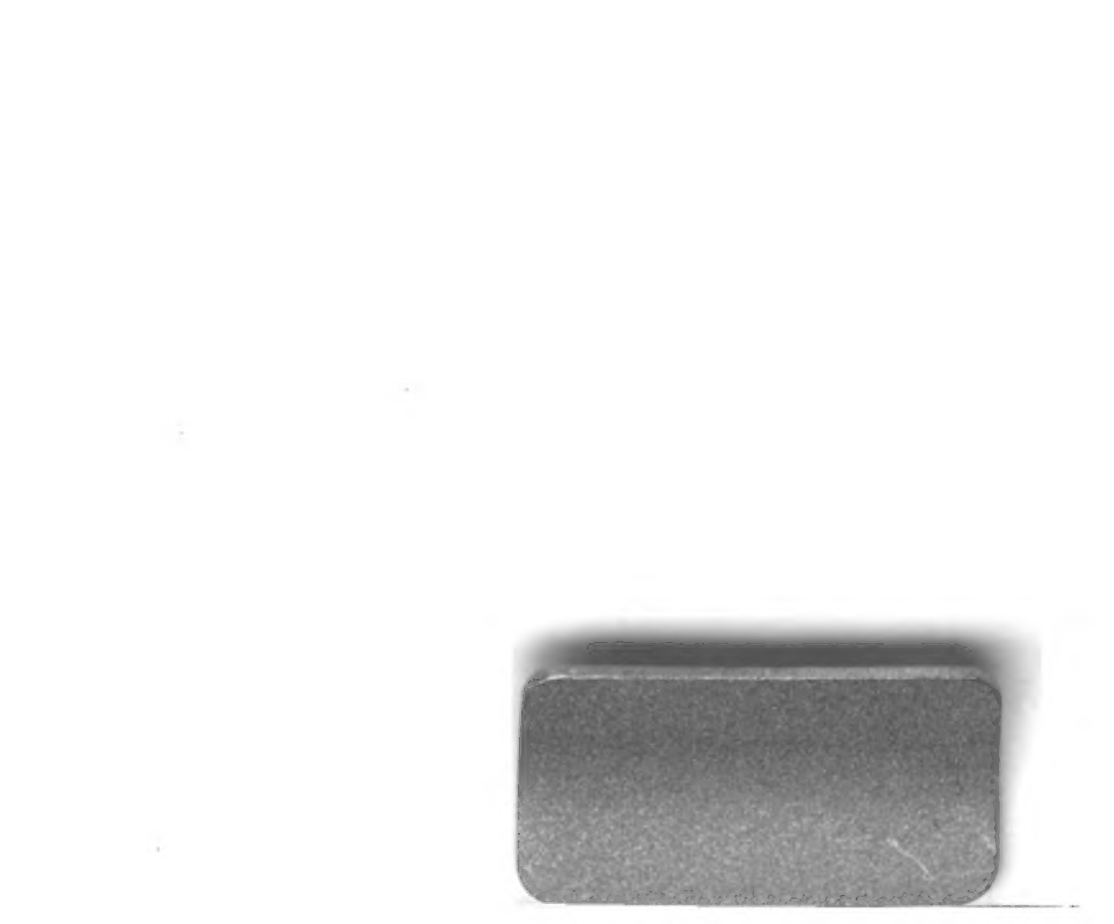


GUIA

DEL

OFICIAL EN CAMPAÑA.

13

GUIA

DEL

OFICIAL EN CAMPAÑA.

POR

D. JOSÉ ALMIRANTE

CORONEL DE INGENIEROS.

Obra declarada de texto para la Academia de Infantería por el Excmo. Sr. Director general del arma.



MADRID.

IMPRENTA DEL MEMORIAL DE INFANTERIA.

1868.



AL EXCMO. SR. D. EDUARDO FERNANDEZ SAN ROMAN, TENIENTE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES, SENADOR DEL REINO, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN DE CARLOS III, DE LA REAL Y MILITAR DE SAN HERMENEGILDO, DE LA AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, DE LA DE CRISTO DE PORTUGAL Y DE LA DE SAN LUIS DE PARMA, CONDECORADO CON LAS DE SAN FERNANDO Y SAN JUAN DE JERUSALEN, Y OTRAS CRUCES DE DISTINCION POR ACCIONES DE GUERRA, GENTIL-HOMBRE DE CÁMARA DE S. M. CON EJERCICIO, INDIVIDUO DE NÚMERO DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAIS DE VALENCIA, ACADÉMICO DE HONOR DE LA DE SAN CÁRLOS DE LA MISMA CIUDAD, MIEMBRO DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE FRANCIA, DIRECTOR GENERAL DE INFANTERIA ETC., ETC.

Excmo. Señor:

A la iniciativa de V. E., ó más bien á la afectuosa distincion que hace tantos años le merezco, debe esta obrilla, en primer lugar su nacimiento; luego advertencias y consejos en los dos meses no comple-

tos que tardó en escribirse; ahora estímulos y facilidades de publicacion.

Como la ofrenda por su pequeñez no expresaria bien el respeto al superior, ni la gratitud al amigo, me limitaré á consignar modestamente en la primera página este testimonio de invariable adhesion.

Excmo. Señor

José Almirante.

Madrid 14 *de Setiembre de* 1868.

Informe de la Junta Consultiva al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra.

Excmo. Sr.

Sírvese V. E. en Real órden, que me comunica con fecha 29 de Abril último, prevenir que la Junta Consultiva de Guerra, bajo mi presidencia, informe el manuscrito de la obra que, con el título de «Guia del oficial en campaña,» ha escrito el Coronel, Oficial de reemplazo de la Secretaría del Ministerio de su digno cargo, D. José Almirante; el cual fué pasado á V. E. con oportuno oficio por el Director general de Infantería, solicitando que se adopte el trabajo del referido jefe para llenar el objeto designado en la Real órden de 11 del mes de Diciembre de 1866, expedida con el fin de que se supriman las Bibliotecas regimentales existentes en el arma puesta bajo su direccion.

Para dar cumplimiento á la soberana resolucion citada, en primer lugar dispuse que dicho manuscrito fuera examinado con detenimiento y reflexion por el Vocal de la Junta referida, Mariscal de Campo D. Crispin Ximenez de Sandoval, á fin de que despues extendiese un informe, si bien compendiado, que, dando una idea de la obra en cuestion, pudiera servir de base al debate en que, con pleno conocimiento de la materia, juzgaran conveniente exponer sus particulares apreciaciones todos y cada uno de los Sres. Generales que componen tan respetable cuerpo consultivo.

El informe presentado dice así:

«Excmo. Sr.—He examinado detenidamente el manuscrito que con el título de «Guia del oficial en campaña» acaba de producir el Coronel D. José Almirante y que unido á la Real órden de 29 de Abril último que á él se refiere, ha tenido V. E. la dignacion de remitirme á fin de que informe á esta Junta Consultiva sobre las condiciones que pueda reunir como obra de texto para los Oficiales de Infantería, á cuya instruccion lo destina el Excmo. Sr. Director General del arma.

Si lisonjero es siempre el emitir un dictámen favorable sobre cualquiera produccion que tienda al mejoramiento de nuestro Estado militar, lo es sobre manera cuando, como ahora, esa produccion se dirige á imbuir en nuestros oficiales, no sólo los conocimientos que les son absolutamente necesarios para el servicio de campaña en sus múltiples atenciones, sinó que tambien otros varios que, áun dentro de los límites que circunscriben un objeto al parecer práctico, los ensanchan y dilatan hasta abrazar principios de los más trascendentales en el variado y difícil arte de la guerra. El «Guia del oficial en campaña» que ha presentado el coronel Almirante, ofrece efectivamente esa que bien pudiera tomarse por condicion importantísima en la época actual; pues que al dictar las máximas reconocidas por más sanas en el fin á que se dirige principalmente, inicia problemas y provoca discusiones que no pueden ménos de despertar la curiosidad, ya que no la aficion, á estudios muy convenientes á cuantos en grados superiores aspiren al mando ó á la consideracion de sus compañeros de armas.

El coronel Almirante al exponer en la introduccion el objeto de su obra, advierte: «que léjos de explanar las altas y complicadas doctrinas del arte de la guerra, solamente desmenuza algunos de sus más ordinarios pormenores, cuyo conjunto forma el servicio del oficial en campaña.» Y añade: «Abundan, quizá demasiado, las obras militares en que con más ó ménos acierto se tratan cuestiones abstractas, elevadas y complejas del arte de la guerra: todas ellas pretenden, al parecer, formar un buen oficial general; faltaba en España una más modesta, que tuviese por objeto servir, no de texto, sinó de guia ó de manual al oficial particular. Bajo esta idea puramente práctica y limitada, pero cuya utilidad es incontestable, se ha procurado reunir y condensar en poco volúmen y á manera de libro de memoria ó índice razonado, una multitud de reglas, máximas, advertencias y pensamientos, que en algunos oficiales despertarán curiosidad, en muchos recuerdo, y en todos probablemente el deseo de perfeccionar su instruccion.»

La idea que se trasparenta bajo la modestia del enunciado, tiene indudablemente mayor alcance. El autor, cuya aficion al estudio se halla acreditada en esta Junta por trabajos mucho más extensos y que han merecido de ella una censura sumamente benévola pero justa, intenta trasmitirla á la oficialidad de las armas generales, por medio de la vulgarizacion rápida, somera, incompleta de suyo, pero de inmediato á la vez que provechoso resultado. El título, la contextura, hasta el volúmen de la obra responden á este pensamiento; pues

sólo con él podría pretenderse encerrar en 500 páginas materias que requieren mucho mayor espacio por su número y variedad. Para vencer la indolencia y para corregir el desvío hácia los estudios técnicos, no sería ciertamente un medio muy discreto el de amenazar con vastos programas, ni abrumar con pesados volúmenes; más conveniente parece tomar, aunque no fuese el más derecho, cierto camino de exploracion que salve los escollos, y mejor es perder algo en profundidad para ganarlo en extension; demostrando á la vez, con la ligereza y amenidad de la forma, que no es tan árido como quiere suponerse el campo de los estudios militares.

Y no es que en España tengamos que lamentar esa incuria y ese desvío, en las proporciones que algunos han querido suponer, en la masa general de nuestros oficiales: esta Junta se ha ocupado y con frecuencia, en el exámen de varias obras de mérito no vulgar y que, casi todas, han alcanzado justos elogios y recomendaciones sinceras. Aun así, el número de los trabajos literarios que ha visto esta corporacion es insignificante comparado con el de los que han visto la luz pública revelando un grado de instruccion mucho más alto que el que generalmente se atribuye á los oficiales del ejército español.

Sin embargo, es de la mayor conveniencia el desterrar esa preocupacion sobre la aridez de los estudios militares, tras de la cual se guarecen la incuria ó la indiferencia, y á la que no contribuyen poco el giro elevado y hasta pomposo que por una parte suele darse á todas las cuestiones de la carrera, miéntras que por otra se las ahoga en detalles ínfimos, tan rutinarios como enojosos. Descender de golpe desde la altura teórica en que se manejan numerosos batallones, hasta el arreglo de las escuadras de una compañía, forzosamente ha de producir un choque desagradable, un verdadero desencanto en el ánimo impaciente ó inexperto del jóven oficial. Por eso el autor del «Guia» señala con acierto, desde la primera página, la línea divisoria que no quiere rebasar: descarta resueltamente nociones de aplicacion dudosa; y resbalando, puede decirse, sobre asuntos complejos y nada más que apuntando generalidades sobre otros facultativos facilita la lectura, que puede muy bien no ser seguida, con artificiosa interpolacion, y la hace amena y provocadora para otras más profundas y trascendentales.

Así se logrará un doble objeto: el oficial ve que no es necesario remontarse á la esfera del mando de una division ó de un ejército para que se le presenten ocasiones de desplegar y hacer valer grandes dotes militares; y en opuesto sentido, comprende que hay algo más allá de la mecánica de cuartel y del servicio de guarnicion. Tal vez al propagarse en las filas ciertas ideas, se despierte emulacion en los jefes de cuerpo y, convirtiendo las academias en verdaderas conferencias sobre puntos importantes, encuentren en el «Guia» un índice razonado, como dice el autor, para explanar y ampliar el tema de algunos capítulos con la luz de su talento y la autoridad de su experiencia.

Tiempo es ya de que el oficial, sin negar preferencia de atencion á sus tareas reglamentarias, levante un poco la vista y observe el mo-

vimiento progresivo que por todas partes le envuelve y le empuja. La guerra participa de él sensiblemente: nuevos soldados, nuevas armas, nueva táctica y hasta nuevas leyes regirán en lo futuro; urge, por lo tanto, prepararse, ilustrando y robusteciendo el espíritu, dando á la parte moral y científica de nuestra profesion el lugar elevado que le corresponde En este concepto, sin extraviarse por arriba en teorías ni abstracciones; sin hundirse por abajo en prolijidades enojosas, el «Guia del oficial,» nutrido de máximas saludables, podrá circular con fruto, avivando el estímulo en los que lo sintiesen adormecido.

La obra, pues, se recomienda por su objeto esencial, que es, además del que revela su título, ensanchar el círculo de estudio, especialmente en los grados inferiores, y hacer ver que no es tan estrecho que en él no quepan muchas y variadas manifestaciones de aptitud y actividad.

Respecto al desempeño, no tendría el que suscribe para ponerlo de manifiesto, más que recordar á esta Junta el que ya elogió en la redaccion de los artículos que el coronel Almirante presentó de su «Diccionario de la lengua militar de España.» El del «Guia» no desmerece en nada del de aquella obra; dentro, por supuesto, del objeto y de las condiciones suyas tan diferentes.

Despues de definir en los tres primeros capítulos el Estado Militar; las propiedades que deben reunir el ejército en general y los de operaciones en particular segun su índole y objeto, y los principios fundamentales de la estrategia y de la táctica; pasa el autor á contraer sus observaciones á los pormenores de esas mismas operaciones, y de las que, por no tener tanta importancia, han recibido el nombre de «secundarias» en el estudio y la práctica de la guerra. Las marchas y el modo de ejecutarlas; los acantonamientos, las posiciones y su eleccion, y el modo de hacer el servicio avanzado, abrazan los capítulos siguientes hasta el 8.º en que despues de manifestar lo que son las batallas y los combates, se dictan las reglas más autorizadas por los principios del arte y por la experiencia, para darlas y sostenerlos con éxito. El capítulo 9.º prescribe las diferentes clases de los destacamentos que puede exigir la guerra, y la manera de que llenen su mision en ella; el 10.º, las maniobras más convenientes para el dominio ó la defensa de los rios, así como las más rápidas para la traslacion de las tropas y de su material de una orilla á otra; y el 11.º, la forma en que debe mantenerse la guerra en los países montuosos, cubiertos de bosques ó accidentados por desfiladeros, cuyo conocimiento puede proporcionar tantos recursos especialmente en una guerra nacional. Los convoyes, sus condiciones y necesidad están detallados en el capítulo 12.º, y en el siguiente las sorpresas y emboscadas, tan frecuentemente dirigidas contra ellos y contra los destacamentos del enemigo; los forrages, sus diferentes especies y la forma en que pueden ejecutarse, si la guerra ha de mantener la guerra, tienen su lugar en el capítulo 14.º En el 15.º, el autor se remonta á describir las propiedades de las fortificaciones de campaña; lo mismo las obras accesorias con que deben cubrirse las posiciones elegidas para reci-

bir una gran batalla, como las más indispensables para la defensa de un bosque, de un puente, ó de una poblacion. Por fin el 16.º, último de los que forman la obra, contiene el asunto importantísimo de los reconocimientos, la teoría del terreno y la manera de observarlo militarmente, para mejor aprovechar sus accidentes, tan distintos siempre como lo es la naturaleza en todas sus manifestaciones.

Tal es el trabajo del coronel Almirante, cuya utilidad para el estudio está revelando la sola enunciacion de las materias que comprende. Distínguese en él, lo sano de las doctrinas, de absoluta necesidad si el libro ha de tenerse por reglamentario; órden rigoroso y grande claridad para el enunciado y la explanacion de los preceptos y de las ideas emitidas en cada uno de los capítulos que lo componen; estilo propio, no humilde y que hastíe en un asunto no tan ameno como algunos desearian para conocerlo casi sin estudio; elevado y digno, pero sin petulancia, para que escite pensamientos levantados y noble y generosa emulacion; las condiciones todas, en fin, que han de hacer del «Guia,» un compañero inseparable del oficial en campaña.

Cree, pues, el que suscribe, que la Junta podria contestar al Excelentísimo Sr. Ministro de la Guerra, que el manuscrito del coronel Almirante llena cumplidamente el objeto á que propone se destine el Director general de Infantería en su comunícacion de 23 de Abril último.—Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 18 de Mayo de 1867. —Excmo. Sr.—Crispin Ximenez de Sandoval.

El escrito inserto ha sido adoptado como dictámen de la Junta que tengo la honra de presidir, declarando en consecuencia que la obra, cuyo manuscrito devuelvo á manos de V. E. segun ordena, cumple satisfactoriamente con el objeto que se proponia llenar el Director general de Infantería, y puede servir para que los oficiales del arma amplíen los conocimientos que tengan, ó adquieran aquellos que les faltasen y es conveniente posean los militares de toda graduacion.

Pero la Junta no se ha limitado á dar su parecer en el sentido que va expuesto, sinó que opina debe acompañar á la obra, cuando fuere impresa, el informe ántes inserto y su aprobacion por la Junta: con el fin de que su lectura sirva como testimonio del justo premio concedido á la laboriosidad del autor. y como noble estímulo para los individuos todos del ejército que se sientan con fuerzas para seguir el camino del coronel Almirante.

Grande es mi satisfaccion, Excmo. Sr. llenando la tarea de consignar por segunda vez en corto espacio de tiempo, el merecido elogio de trabajos sometidos al informe de esta Junta, como fruto de los desvelos de nuestros militares: no há mucho, en 8 de Enero último, la tuve no menor al dar cuenta del que recayó acerca del contenido del primer tomo de la «Historia de la guerra de la Independencia,» escrito por el brigadier de caballería D. José Gomez de Arteche, acerca del cual ha opinado aquella con ocasion del nuevo informe, que se haga lo mismo que queda apuntado con respecto al «Guia del oficial en campaña,» esto es, que se ha de insertar en él, cuando sea impreso el suscrito por los Vocales ponentes, Tenientes Generales D. José Luciano Campuzano y D. Eduardo Fernandez San Roman, con fecha

CAPITULO II.

ESTRATEGIA.

Definiciones: Operacion. — Expedicion. — Diversion.— Teatro de la guerra.—Base.—Eje.—Frente.—Puntos.— Líneas.—Concentracion.—Movimiento.—Maniobra.—Evolucion.—Formacion.—Columna.—Reserva.—Págs. 35-58.

CAPITULO III.

TÁCTICA.

1. Definicion.—Consideraciones generales.—2. Accion y efecto de las tres armas: infantería, caballería, artillería.—Págs. 59—83.

CAPITULO IV.

MARCHAS.

1. Marchas de viaje y de maniobra.—2. Vanguardia.— 3. Retaguardia.—4. Flanqueo.—5. Marchas ofensivas, retrógradas, en retirada.—6. De frente, de flanco.—7. Forzadas, secretas, á la ligera, en posta, de noche.—Págs. 85—119.

CAPITULO V.

CASTRAMETACION.

1. Campos.—2. Vivacs.—3. Acantonamientos.—Páginas 121—133.

CAPITULO VI.

POSICIONES.

Definicion.—Cualidades y condiciones generales.—Ataque y defensa.—Págs. 135—147.

CAPITULO VII.

SERVICIO AVANZADO.

1. Ideas generales.—2. Fuerza y colocacion de los puestos.—3. Comandante de avanzada.—4. Centinelas.—5. Patrullas.—6. Reten.—7. Descubierta.—8. Partidas sueltas. —9. Espías.—10. Guías.—11. Desertores.—12. Parlamentarios.—13. Guerrilleros.—Págs. 149—192.

CAPITULO VIII.

BATALLAS Y COMBATES.

Batallas.—1. Definicion.—Consideraciones.—Máximas. —Preceptos.—2. Orden paralelo y oblícuo.—Combates.—1. Moral.—Disposicion preparatoria.—2. Vanguardia.—Cazadores.—3. Infantería.—Ordenes.—Fuego y bayoneta.—4. Caballería.—5. Artillería.—6. Ofensiva y defensiva. —7. Llave.—8. Retirada y persecucion.—Pág. 198-243.

CAPITULO IX.

DESTACAMENTOS.

Págs. 244 — 266.

CAPITULO X.

MANIOBRAS SOBRE RIOS.

1. Ofensiva y defensiva en general.—2. Defensiva.—Guarda de un rio.—3. Defensa de un puente.—4. Paso de un rio á viva fuerza.—5. Puentes del momento.—6. Precauciones para el paso de un puente.—7. Paso por vados, en barcas, á nado, sobre hielo.—Págs. 261—288.

CAPITULO XI.

OPERACIONES EN MONTAÑAS Y DESFILADEROS.

Págs. 289—310.

CAPITULO XII.

CONVOYES.

Págs. 311—323.

CAPITULO XIII.

SORPRESAS Y EMBOSCADAS.

Págs. 324—336.

CAPITULO XIV.

FORRAJES.

Págs. 337—343.

CAPITULO XV.

FORTIFICACION DE CAMPAÑA.

1. Consideraciones.—2. Reglas generales.—Nomenclatura.—3. Revestimientos.—4. Defensas accesorias.—5. Aplicaciones más usuales.—6. Ataque y defensa.—7. Demoliciones.—8. Combates en las calles.—Págs. 345—414.

CAPITULO XVI.

RECONOCIMIENTOS.

1. Definicion.—Ideas generales.—2. Teoría del terreno.—3. Orografía.—Montañas.—Valles.—Llanuras.—Mesetas.—4. Hidrografía.—Fuentes.—Lagos.—Rios.—5. Topografía.—Distancias inaccesibles.—Orientacion.—Meridiana.—6. Reconocimientos especiales.—Págs. 415—505.

INTRODUCCION.

Distincion entre Arte militar y Arte de la guerra.—Objeto de esta obra.

El uso ha llegado á confundir las expresiones *Arte militar* y *Arte de la guerra.* En obras militares recientes se procura mayor exactitud y deslinde en la denominacion de ramos del saber tan importantes. Por medio de un paralelo rápido, en que se manifiesten de relieve los puntos de oposicion ó diferencia, quizá se consiga disminuir en algo esa dificultad de definicion, que en todas las lenguas rodea á las palabras mas usuales y de complicado sentido.

A primera vista parecerá sutil, ó cuando ménos ociosa, esta distincion; pero á poco que se medite sobre el adjetivo *militar* y el calificativo *de guerra*, se ve que distan mucho de ser equivalentes ó sinónimos.

Repárese, por ejemplo, en el diferente significado que envuelve Estado *militar* y Estado *de guerra*, Administracion *militar* y Administracion *de la guerra*, Constitucion *militar* y Constitucion *de la guerra.*

Desde luego el *arte militar* existe siempre, en ambos tiempos *de paz* y *de guerra*; por que en la *paz* vive tambien,

crece y se desarrolla en el organismo de un pueblo el *espíritu* y el *elemento militar*, aunque bajo forma siempre latente y algo escondida ó menospreciada; miéntras que lo concerniente á *guerra* sólo puede existir en su ocasion, cuando, rotas las hostilidades, pasa un país á ser dominado durante algun tiempo y casi exclusivamente por el arte, el sistema y la constitucion militar.

Se ve, pues, que el adjetivo *militar* lleva en sí una idea esencial de generalidad, de perpetuidad, de armonía: y así, pudiera decirse que el *arte militar* es al *de la guerra*, lo que el pensamiento á la accion; lo que el todo á la parte; lo que la regla, la costumbre y la generalidad á la excepcion. El uno «prepara» lo que el otro «ejecuta.»

El *arte militar*, en toda su extension, es la base eterna en que apoyan los pueblos su existencia social, su independencia y su gloria. Este arte inmenso abraza cuanto concierne á la organizacion, al mecanismo, al entretenimiento, al fomento, á la direccion, en fin, de cuantos medios y recursos emplean las naciones para mantener con las armas su derecho y su nombre.

El *arte militar* tiene larga historia, profunda filosofía y controvertidos dogmas. Obra de los siglos, es el resultado de descubrimientos, de experiencias, de observaciones que vienen alternativamente eslabonándose desde la infancia de la humanidad.

El *arte militar* absorbe en sí todo el saber repartido en los múltiples ramos del servicio del Estado con relacion á la *guerra*; sigue atento la marcha social (evitando muchos tropiezos) no solo del país propio, sinó de los extraños; calcula y mide por la estadística las fuerzas de uno y otros; se apropia apresurado las invenciones y mejoras; se anticipa y asocia con la diplomacia para prevenir los sucesos; se amolda al progreso de las leyes sociales vijentes, dando á su código especial militar el carácter y condiciones á que aquellas y las costumbres le obligan.

El *arte militar*, por su perpetuidad, conserva en su historia archivos de datos, cuya oportunidad nunca pasa y cuya consulta y confrontacion es provechosa. Los recuerdos de Grecia y Roma formarán siempre el fondo de estos

preciosos archivos, en cuantos países admitan la máxima fecunda, de que «el hombre es el primer elemento de guerra.» Por eso el *arte militar* entiende en entresacar de la masa social, adiestrar, educar, guiar, animar, mantener y sobre todo conservar al hombre. Cediendo á los principios de humanidad, compatibles con su sangriento objeto, remunera al que inutiliza, le rodea de precauciones médicas, estimula su instruccion como ciudadano y le devuelve á la masa comun, de donde salió, con las ideas fuertemente impresas de patria, de honor y de gloria.

A todo el de fé ardiente que quiere seguir con honra la áspera carrera, le ofrece el *arte militar*, como árbol frondoso, variedad de ramas siempre florecientes: el arte subalterno de cualquiera de las armas generales, como infantería ó caballería; ó el de la artillería ó fortificacion; ó el de la justicia y administracion; ó el de la geografía ó topografía; ó el de la táctica y estrategia; y puesto que la organizacion humana no tiene bastante capacidad ni alcance para el estudio completo y profundo de todos los ramos, escoge uno de predileccion, abarcando al mismo tiempo, en cuanto puede, el conjunto de los otros por el tronco, por el *arte militar*. Como fruto de sus progresos, los países ostentan *sistemas*, *instituciones* y *constituciones* militares más ó ménos perfectas, y para resultados de tal cuantía, preciso es que el *arte militar* se funde y gire sobre la base comun del Estado, sobre su gobierno, administracion y presupuesto.

Considerado el *arte militar* desde este elevado punto de vista, se ve que el *arte de la guerra* es solo la parte exclusiva del *arte militar* que concierne al *mando* y *gobierno*, á la *direccion* de las *operaciones* de un *ejército activo en campaña abierta*. La expresion *arte de la guerra* era desconocida hasta hace poco: los clásicos de nuestros buenos tiempos nunca la usan: hé aquí uno de tantos nombres nuevos para cosas viejas como el mundo. El *arte militar* tuvo nacimiento en el punto en que los pueblos primitivos, cansados de chocar en masa y sin concierto, encargaron del arreglo de sus diferencias por la vía de las armas á un número delegado de sus miembros, miéntras el resto atendia

á su mantenimiento. Por eso, aunque parezca extraño, el *arte de la guerra*, es muy anterior en existencia al *arte militar*, como la inspiracion precede á la regla, como el poema precede siempre á la historia, como el hecho precede á la precaucion.

Por las revoluciones y evoluciones de la sociedad, la *guerra*, que era el estado habitual, la industria, la manera de ser primitiva de los pueblos, ha venido á reducirse á una conmocion, un desarreglo pasajero de la máquina social; y el *arte* único, confundido entónces, *militar* ó *de la guerra*, ha tenido que dividirse, quedando el último como accidental y transitorio, porque accidental y hasta accesoria se considera hoy la guerra en la vida más tranquila de las naciones modernas.

El *arte militar*, el que entiende en crear, educar, mantener y fomentar la *milicia*, esto es, el *estado militar* de un país, bien se ve que es tan propio del tiempo de paz como del de guerra; es universal y necesario para cuantos ciñen espada; se gradúa y amolda á cada individuo segun su posicion, su grado y sus aficiones particulares de estudio: al paso que el *arte de la guerra*, es decir, el de *llevar un ejército activo al combate*, no puede desplegarse sino en *guerra abierta*, y concierne en su parte más elevada y preferente al General en Jefe. Puesto que la índole de la milicia admite y consagra la unidad absoluta en el mando, el General sabe por el *arte de la guerra* la direccion, combinaciones y formas que ha de dar á la fuerza armada que rige. Por el arte, y segun el arte, escogerá y sentará su base y líneas de operaciones, calificará los puntos, utilizará el terreno, aplicará la estrategia y usará de la táctica. Pero este arte concreto de la guerra práctica, por la eventualidad de sus aplicaciones, por lo imprevisto de sus lances, por lo indefinido de sus casos, no puede someterse al rigorismo y precision de principios que rigen en las hipótesis, ejercicios y simulacros, sobre los cuales se estudia el *arte militar*.

Un escritor francés dice: «que el verdadero *arte de la guerra* se cierne sobre los sistemas y se sirve de todos sin abusar de ninguno,» y el verdadero *arte militar* forzosa-

mente ha de ser producido por un *sistema*. El *arte de la guerra* es al *arte militar* lo que el desenlace á la prevision; es en tiempo de paz, «el objeto» y en tiempo de guerra el «resultado» del *arte militar*; pero no es su consecuencia precisa, así como el duelo no es consecuencia de la esgrima, ni la epidemia proviene de la ciencia médica.

Cuanto tiene de positivo y hasta de matemático el *arte militar*, otro tanto tiene de vago y hasta de poético el *arte de la guerra*.

Reclutar hombres y adiestrarlos; fortificar fronteras y puntos estratégicos; fundir cañones, adquirir caballos, crear recursos, organizar ejércitos, reservas y marina; prevenir reveses, avivar el espíritu militar con recuerdos gloriosos, con leyes de ascensos, recompensas y retiros, excitar el patriotismo..... todo esto, bien se alcanza, que ejecutado en calma, llevará siempre el sello de la prevision, de la utilidad y del acierto, por poco versados que en el arte militar estén el Jefe de un Gobierno y los hombres que le aconsejan.

¡Cuán diferente y escabroso camino ofrece el *arte de la guerra* al *General* y al *Ejército* que han de practicarlo en el campo y al frente del enemigo. La victoria, objeto de sus afanes, no puede encadenarse con principios ni reglas abstractas. «Oficio de bárbaros, exclamó despechado Napoleon I volviendo de Moscou, en que todo el arte consiste en ser el más fuerte sobre el punto decisivo.» Y en efecto, descubrir ese punto *decisivo*, y sobre él ser el más fuerte, es la condensacion de la doctrina de millares de volúmemenes.

Sobre esa aparente trivialidad, como en pedestal eterno, se alzarán ante todas las generaciones los nombres de Alejandro, César, Gonzalo de Córdoba, Gustavo Adolfo, Turena, Federico y Napoleon.

¡Pero cuánto genio, cuánta energía de alma y de cuerpo, cuánta voluntad, cuánta fortuna, requiere la aplicacion de ese principio encerrado en tan pocas palabras! ¡Estudiar los *hombres*, *las armas*, el *terreno*! Este es el verdadero estudio del *arte de la guerra*: estudio que en la paz difícilmente se prepara y en la guerra viva parece casi imposible.

—¿Quién se atreverá á escribir el manual del General en Jefe?—exclamaba el Duque de San Miguel. ¿Quién en efecto puede jactarse de conocer al hombre? ¿Quién, sin haberlo probado, pretende saber conmoverle, inflamarle, subyugarle?

Pero, dejando aparte el «corazon humano,» principal elemento de la guerra, tan poderoso ó tan débil segun las pasiones que le agitan, sólo con el estudio de los otros dos elementos: *las armas* y *el terreno*, por independientes que quieran suponerse de la voluntad y de la influencia del hombre, se hace por demás complicado é indefinible el *arte de la guerra.*

Al abrir una campaña el General, con todos sus recuerdos de estadística, geografía y diplomacia histórica, tiene que conocer el ejército y el país contrarios con tanta certeza casi como los suyos propios; tiene que adivinar, y proveer, y satisfacer las necesidades de su ejército, arreglar en consecuencia sus marchas y sus víveres, alimentar la guerra con la guerra; escoger el teatro favorable, conservar sus líneas, amenazar las contrarias, utilizar el terreno, acomodar á él sus fuerzas; organizar y conservar lo que se conquiste; inquietar constantemente al enemigo, haciendo imposible la ofensiva é insoportable la defensiva. Si se viene á las manos, reconocer de una ojeada el campo de batalla, ver en él anticipadamente desenvuelto el juego de las distintas armas, determinar el punto vulnerable, sorprender el secreto del contrario, adivinar sus maniobras, prevenir las que han de oponérsele, desbaratarle, dispersarle, perseguirle..... Si la fortuna vuelve el rostro, si el número hay que suplirlo con la energía y el teson, si la victoria no puede alcanzarse de un golpe, aquí del «no importa» de nuestros padres en la guerra de la Independencia; aquí del espíritu romano que premia al general vencido por no haber desesperado de la salvacion de la patria: apelar á estratagemas, emboscadas y sorpresas; buscar rios, desfiladeros y montañas; multiplicarse, desaparecer; caer como el rayo sobre convoyes, forrages y puestos, sobre comunicaciones y retaguardia; provocar combates parciales, evitar batallas, repetir algaradas, fin-

gir dispersiones, desorientar, marear al enemigo, y llegar á vencerle, ó mejor dicho, á exterminarle sin combatir...

Tan rápidos y desordenados como en esta enumeracion, suelen presentarse los hechos en la *práctica del arte de la guerra.*—Con más calma y mesura puede procederse en el *arte militar.* Este tiene pacíficos lugares de estudio en las bibliotecas, en los colegios y academias especiales, en los salones de ministerios y consejos, en los campos de maniobras y asambleas, donde se fingen peligros despues de haber escogido el modo de vencerlos. *El arte de la guerra* se practica sobre campos de batalla en mar y tierra, donde se siente el golpe ántes muchas veces que el amago.

No es fácil pues elegir entre las varias definiciones de los autores, una que sobresalga por su precision y exactitud. Unos dicen, con Guibert, que el *Arte de la guerra* es «vencer y hacerse daño con el mayor éxito posible.» Otros, con Rocquancourt «vencer una fuerza mayor con una menor.» Desde principios del siglo actual se acepta generalmente que es «reunir y emplear en el instante favorable un número superior de tropas sobre el punto decisivo.» El resultado siempre es el mismo: *vencer.*

Deslindados así, en cuanto es posible, el *arte militar* y el *arte de la guerra*, ya se puede anunciar y prevenir al lector que sobre el segundo gira exclusivamente la materia de este libro; pero advirtiéndole desde luégo que, léjos de explanar, ni aun tocar, sus altas y complicadas doctrinas, solamente desmenuza algunos de sus más ordinarios pormenores, cuyo conjunto forma *el servicio del Oficial en campaña.*

Abundan, quizá demasiado, las obras militares en que con más ó ménos acierto se tratan cuestiones abstractas, elevadas y complejas del *arte de la guerra*: todas ellas pretenden, al parecer, formar un buen *Oficial general*; faltaba en España una más modesta, que tuviese buenamente por objeto servir, no de texto, sino de guia ó de manual al *Oficial particular.* Bajo esta idea puramente práctica y limitada, pero cuya utilidad es incontestable, se ha procurado reunir y condensar en poco volúmen, y á manera de libro de memoria ó índice razonado, una mul-

titud de reglas, máximas, advertencias y pensamientos, que, en algunos oficiales despertarán curiosidad, en muchos recuerdo, y en todos probablemente el deseo de perfeccionar su instruccion. La única novedad y perfeccion á que puede aspirar un libro de este género, es á presentar lo que anda esparcido en otros muchos con nuevas condiciones de exposicion, método, sencillez y claridad.

CAPÍTULO I.

EJÉRCITO.

Estado militar.—Ejército permanente.—Reserva.—Ejército activo.—Ejército de operaciones.—E. M. G.—Cuartel general.—Organizacion.—Composicion.—Constitucion de la guerra.—Política militar.—Brigada.—Division.—Cuerpo de ejército.—Ejército: expedicionario, aliado, auxiliar, coligado, combinado, sitiador, de socorro, de observacion.—Cualidades: movilidad, solidez, consistencia, confianza, superioridad.

El *Estado militar* de un país constituido como el nuestro comprende (no contando la Marina) aquella parte de su poblacion consagrada, voluntaria y forzosamente por la ley, á mantener por medio de la *fuerza* la integridad del territorio y la independencia nacional; á llevar la guerra al exterior, y á sostener en el interior el trono, las instituciones y el órden público gravemente alterado.

En el *Ministerio de la Guerra*, como alto centro ejecutivo, viene á confluir la accion orgánica, administrativa. gubernativa y legislativa distribuida en varias dependencias superiores, como las Direcciones é Inspecciones generales de las armas é institutos, la Junta consultiva, la Seccion de Guerra del Consejo de Estado, el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, el Consejo de redencion y enganches.

Toda esta accion diseminada en los varios órganos del *estado militar* concurre á crear, organizar, mantener,

conservar, fomentar el *Ejército permanente*, como institucion social de los tiempos modernos.

El *ejército permanente* se compone ordinariamente de dos partes principales: el *ejército activo*, que no deja las armas de la mano, y la *reserva*, de varios órdenes, modos ó sistemas, que las toma cuando es llamada por *decreto* del Gobierno ó poder ejecutivo, y mas bien por el legislativo, es decir, por *ley* hecha en Córtes.

Al estallar una guerra, ó al prevenirla, una parte del ejército permanente, dejando su forma constitutiva ó el *pié de paz*, se organiza con arreglo á las circunstancias y á los preceptos del *arte militar*, en uno ó varios *ejércitos de operaciones*, que bajo el *pié de guerra*, entran *en campaña.*

Si en vez de *Estado militar*, se pudiera hoy restaurar en su sentido latino y recto la voz *Milicia*, más breve y expresiva tambien que *ejército permanente*, podria decirse, que *ejército* es la porcion válida y guerrera de esta *milicia*, la más apta y aparejada para la *guerra* á la primera señal; y que este *ejército activo*, en el acto de *entrar en campaña*, se convierte con ligera preparacion en *ejército de operaciones.*

Por la índole de este libro y la materia del capítulo, son indispensables, pero tienen que ser muy breves, algunos datos y consideraciones sobre *organizacion.*

Un *ejército de operaciones*, cuando no lo manda el Rey en persona, se pone bajo el *mando*, *gobierno* y *direccion* exclusiva de un *general en jefe*, título moderno que tiene las funciones, atribuciones, derechos y deberes antiguamente asignados al Condestable, Generalísimo y General de ejército.

Por lo regular, á propuesta del General en Jefe se nombra el *Jefe de Estado Mayor General*, que reune las antiguas funciones del Cuartel maestre y del Mayor general, y las modernas que el *arte de la guerra* va sucesivamente acumulando. Este cargo de confianza y de especial aptitud, eje verdadero del mecanismo *técnico* de un *ejército en campaña*, ordinariamente recae en un Oficial general ó Brigadier.

Si el General en Jefe tiene la dignidad, suprema en la

milicia, de Capitan general, su Jefe de E. M. puede ser, y es por lo comun, Teniente General.

Sobre estos dos altos pilares principia á levantarse y descansa luego la complicada máquina de un *ejército de operaciones*. El primero el *General en Jefe*, centro, por decirlo así, de todo el sistema, atiende al *mando* en toda su latitud, á la *direccion* en sus altas concepciones. Al segundo le incumbe más directamente el *gobierno* en su mecanismo y sus detalles, la *ejecucion* en sus pormenores.

Uno y otro se rodean del número y clase de Oficiales particulares que tienen por conveniente, predominando los facultativos y entre ellos los del cuerpo especial de E. M. La reunion de todos ellos, con sus dos Jefes, constituye lo que hasta hace treinta años se llamó Plana mayor y hoy *E. M. G. del ejército de operaciones*; órgano y oficina central de donde parten, y á donde concurren, los varios y múltiples elementos de la *direccion* del ejército.

Admitida en casi todos los países la *organizacion divisionaria* para la guerra, el E. M. G. y el Ministerio de la Guerra distribuyen y agrupan las diferentes *unidades tácticas* en *brigadas* y *divisiones*, como luégo se dirá, bajo el mando de sus respectivos *Comandantes generales*, á ménos de reservarse para sí el General en Jefe el mando personal y directo de alguna de las principales fracciones.

En la antigua organizacion á que la Ordenanza se refiere (1768), en que el ejército era, por decirlo así, de una pieza, entraban en la *Plana mayor general* los *Mayores Generales* de todas las armas é institutos, cargo mixto que más tenia de *inspeccion* que de *mando;* además los verdaderos *Inspectores* y un número indeterminado y siempre crecido, de Oficiales generales de todos grados, con el nombre de *empleados*, que turnaban por dias en el *servicio de campo* y *de trinchera*, y mandaban en accion de guerra el trozo de *línea* que se les asignaba. (Véase el título 3.°, tratado 7.° de la Ordenanza.)

El *principio divisionario* que rige actualmente, ha corregido los defectos de esta fluctuacion y alternativa en el mando. Hoy solo acompañan al General en Jefe en calidad

de *Subinspectores* para la parte *facultativa* puramente ó *técnica* de su *especial* servicio, dos Oficiales Generales ó Jefes de artillería é ingenieros, que llevan á sus órdenes un *Mayor general* ó segundo jefe para el detalle, y algunos oficiales sueltos. Todos juntos constituyen la *plana mayor facultativa* de cada cuerpo, que completa bajo este aspecto el E. M. G. Algunos pocos oficiales agregados, de graduacion más bien baja que alta, asisten *á las inmediatas órdenes* del General en Jefe que los destina ó comisiona en lo que conviene.

El importante *servicio administrativo* del ejército tiene cerca del General en Jefe su cabeza y representante, en un *Intendente* ú Oficial superior del cuerpo especial; el *sanitario*, en un *Inspector;* el de *justicia* en el *Auditor general;* el del *culto divino* en el *Vicario castrense;* cada uno de estos Jefes principales, con el número correspondiente de subalternos, tienen por medio del Jefe de E. M. G. la debida concentracion y enlace.

El delicado servicio de *seguridad* y *policía*, dependiente en parte de la *Auditoría general*, ántes á cargo del Preboste y sus subalternos con diferentes nombres, está hoy cometido á un Jefe de la *Guardia civil* con destacamentos de ambas armas de esta excelente tropa de policía pública y militar.

La Ordenanza fija detalladamente la fuerza y composicion de dos pequeños cuerpos de infantería y dragones, que llama *del General*, y en los cuales incluye precisamente dos compañías de gastadores, por que á la sazon no existian tropas especiales tan numerosas y organizadas de ingenieros. Hoy generalmente se agrega un par de compañías de esta arma en vez de gastadores; y respecto á la *escolta*, de infantería y caballería, *del General en Jefe* queda á su arbitrio en cada caso la fuerza y composicion. Un Jefe, á sus órdenes y dependencia inmediata, tiene el mando directo de esta tropa, compuesta ordinariamente de pequeñas fracciones de los varios cuerpos del ejército.

Diferentes veces ha propuesto el cuerpo de E. M. la creacion de una tropa permanente, con el nombre de *guias*, para su servicio especial, evitando sacar de los

cuerpos *ordenanzas* y *escoltas*. Una real órden de 20 de setiembre de 1815, determinaba el modo de formar esta tropa. Si bajo el pié de paz puede ser dudosa su utilidad, en campaña es evidente. De todos modos, si no precisamente con este objeto, es indispensable la formacion de una compañía ó escuadron de verdaderos *guias militares*, es decir, de soldados escogidos por su especial aptitud para completar el servicio de los guias paisanos. Es verdad que en el dia todo soldado es apto para el *servicio avanzado* y para *descubridor* y *flanqueador;* pero hay ciertos encargos y comisiones peculiares del E. M. que solo pueden desempeñar hombres *especiales*, que adquieran la perfeccion de la práctica, por estar constantemente destinados á ellas. La Ordenanza prescribe nominalmente que haya un *Capitan de guias*, nombre que debe conservar el comandante de esta pequeña y utilísima tropa, verdaderamente técnica ó facultativa. Otro grupo de oficiales y soldados, veteranos ó inválidos, para el servicio de *salvaguardias*, relacionado con el de la *auditoria* y *guardia civil* viene á cerrar la extensa lista de pequeñas y heterogéneas agrupaciones ó elementos, á la mano del *General en Jefe* y del *Jefe de E. M. G.*, de cuyo lado no se apartan y de los que reciben órdenes é instrucciones verbales y escritas.

La *reunion* de todos ellos constituye el *Cuartel general de un ejército de operaciones*. Este nombre procede de haberse llamado antiguamente *cuartel* á la *posicion* ó *campo* de cada cuerpo y unidad de un ejército; y de ahí la necesidad de aplicar el adjetivo *general* al que ocupaba el del Jefe supremo con su numeroso séquito y comitiva; como se llama *Cuartel Real*, cuando manda el Rey en persona. El nombre, muy propio para la estacion ó reposo, se ha extendido con impropiedad al movimiento, sin duda por evitar otra denominacion. La reunion de tan crecido numero de Oficiales, tropa, asistentes, guias, correos, telegrafistas, ordenanzas, partidas, caballos, etc. con voluminoso bagaje, requiere quien cuide del órden en marchas, campos y cantones; si además con la gran *reserva del ejército*, marchan largos *trenes* de puentes, de artillería, de equipajes, etc., tambien se necesita un oficial

de alta graduacion con tropas de policía para el órden constante. Hay, por lo tanto, un *Aposentador general*, un *Conductor general de equipajes* y sobre estos dos, abrazando en conjunto todo el servicio interior, un *Gobernador del cuartel general.*

Se compone, pues, ordinaria y principalmente el *cuartel general de un ejército de operaciones* de:— General en Jefe. —Jefe de E. M. G.—Comandantes generales de artillería ó ingenieros.—Intendente general.—Auditor General.—Inspector de sanidad.—Vicario general.—Oficiales particulares del cuerpo de E. M. y de otras armas é institutos, formando el cuadro fijo del E. M. G.—Oficiales á las órdenes.—Mayores Generales y Oficiales de P. M. de artillería é ingenieros.—Comandante y tropas de escolta.—Ayudantes de campo.—Gobernador del cuartel general.—Aposentador general.—Conductor general de equipajes. Comandante de la Guardia civil.—Capitan de guias.—Salvaguardias, escoltas especiales, tropas de ingenieros, etc., etc.

Se ha dicho que el *principio divisionario*, es el que hoy preside á la *organizacion* de los *ejércitos de operaciones:* conviene, pues, explicar é ilustrar con algun recuerdo histórico de orígen y alguna reflexion administrativa, el sentido algo complejo de estas tres palabras: *organizacion, composicion, division.*

Organizar un ejército, en general, es formar de los varios elementos que lo constituyen un todo perfecto, cuyos miembros obedezcan súbita y ordenadamente á los movimientos que se les quieran imprimir y, jugando con cierta holgura y suma precision, hagan sin violencia los servicios que se les exijan.

Así define Lloyd el ejército: «La máquina destinada á operar los movimientos militares; se compone, como las otras máquinas, de partes diferentes; de su buena composicion y conveniente arreglo, depende su perfeccion: su objeto comun debe ser reunir, como propiedades esenciales, la agilidad y la fuerza.»

Es evidente por lo tanto que la *organizacion militar*, léjos de poder improvisarse, requiere un estudio prévio de

clasificacion y ordenacion; un concimiento exacto y anticipado de las propiedades y efectos; una manera de agrupacion apropiada á las varias circunstancias de todos los diferentes elementos que constituyen la *fuerza pública*, ó llámese el *ejército permanente*.

De aquí resulta que la *organizacion*, eventual, particular y concreta, de un *ejército de operaciones*, depende con íntima conexion de la *organizacion militar* y permanente en conjunto. Un *ejército de operaciones*, en el dia, nace, y luego sigue alimentándose del *ejército permanente* que queda á la espalda. Este es quien vela solícito por aquella parte principal de su propio ser, diariamente diezmada y expuesta á ser destruida, aniquilada de golpe, tanto por la fatiga como por el plomo y el hierro enemigos.

Gira pues el importante y temeroso problema de la *organizacion*, como en dos polos, sobre las dos leyes, realmente orgánicas de *reemplazos* y *reservas*. Cometidas ambas en los países constitucionales á los Cuerpos colegisladores, naturalmente se resienten algo de las oscilaciones políticas, que suelen conmover á estas respetables asambleas; del espíritu civil, que tiende á la investigacion fiscal y minuciosa, pero que desconoce el tecnicismo; y del laudable deseo de armonizar, combinar, equilibrar lo que irremisiblemente se necesita, con lo que sin gravámen pueda exigirse al contribuyente. En este inevitable escollo tropiezan y se estrellan muchas veces los planes más vastos y fecundos; y en varias naciones de Europa se observa, desde hace años, la viva contradiccion que existe entre las ineludibles necesidades del poder ejecutivo y las tendencias económicas del poder legislativo. Dejada aparte esta cuestion, como hoy se dice, de presupuesto, y por desgracia la fundamental, todavía dentro de la órbita militar, surgen otras tan árduas y complicadas. El sistema de *reservas permanentes* no es fácil de formular; no es fácil tampoco de copiar el de algun país como la Prusia, improvisado por la necesidad de reparar grandes desastres al principiar el siglo; mantenido luégo con alemana perseverancia, y al cual ha debido en gran parte sus recientes é imprevistos triunfos. España en doce años, lleva ensaya-

dos tres sistemas; y sus resultados no habrán sido muy satisfactorios, cuando ántes de sufrir la prueba concluyente, que es la guerra, el real decreto de 24 de enero de 1867, instituye otro nuevo, sobre bases hasta aquí no conocidas. Francia y otras naciones no están más adelantadas. Planteando la cuestion con toda llaneza, sin hombres y sin dinero, podrá haber discusiones y proyectos; pero no hay *organizacion* posible.

Con ágrias y anuales discusiones, con el sistemático cercenar del presupuesto, el tránsito del *pié de paz* al *pié de guerra*, siempre será lento, dificultoso y producirá una conmocion innecesaria en el cuerpo social. Quizá algunas razones de las que someramente se apuntan en el art. 13 del cap. VII, estén muy relacionadas con este asunto de suyo espinoso.

Tres medios hay de aumentar el *efectivo* de un ejército permanente, para producir *ejércitos de operaciones*: 1.° creando nuevas *unidades orgánicas*, batallones ó regimientos; 2.° aumentando en las ya existentes fracciones ó compañías; 3.° rellenando los *cuadros* existentes. No hay que demostrar todo lo que el primer sistema envuelve de abusivo, de imprevisor, de costoso, de perturbador, de ineficaz: reclutas todos, oficiales y soldados, no llegan á formar *tropa* sino tropel; la *disciplina* no tiene donde arraigar; y la fatiga sola, sin aguardar al fuego del enemigo, pudre en agraz estos cuerpos improvisados. El segundo medio, aunque no tan vicioso, desorganiza y desordena la *constitucion* y la *táctica*. El tercero, parece el único admisible en los tiempos actuales.

Es, pues, de toda evidencia que se necesitan, preparados en la páz, cuadros con elasticidad suficiente. ¿Pero qué es *cuadro?* Cuadro en toda su generalidad, orgánico, agregativo, administrativo, constitutivo, es la reunion de todos los hombres que en la milicia y en el ejército activo tienen mando, graduacion, gerarquía, es decir: *todo el ejército*, sustrayendo el soldado raso. Pues todo el secreto, se dice, está en los cuadros ¡Tener buenos *cuadros!* Convenido; pero no se quiera dar á este principio una latitud tan absoluta que pueda conducir al error de suprimir el

soldado raso en tiempo de paz. El principio es exacto; pero es recíproco. Los buenos *cuadros* constituyen buenas *tropas*; pero á su vez las buenas tropas son las que alimentan los buenos cuadros; sin bnenos soldados no se pueden hacer buenos cabos de escuadra, ni buenos sargentos; y desde esta primera y humilde, pero importante graduacion, hay que atender á la bondad y á la firmeza del *cuadro*. Además los *hombres* solos no constituyen el *ejército* de nuestros tiempos: se necesita armamento, vestuario, equipo, montura, caballos, cañones, material, fortificaciones, servicios administrativos, sanitarios, de trasportes....... ¿Se improvisa tambien esto? Positivamente, á primera vista, el problema de *organizacion* con tan extenso y complicado planteo, parece insoluble; pero esto no debe desanimar al Oficial para prestarle atencion y estudio.

Dado por resuelto; dada por buena y completa la *organizacion general*, mejor dicho, la *constitucion militar* ó del estado militar del país, es decir: las leyes de reemplazos y reservas, ascensos, recompensas y retiros; los varios reglamentos sobre servicio de guarnicion y de campaña; sobre administracion, educacion, manutencion, entretenimiento, armamento, remonta, legislacion, acuartelamiento, sistema defensivo....... dado todo esto; supuestos corrientes en la paz todos los resortes de la *máquina militar*, que dice Lloyd; la *organizacion* particular y exclusiva de un *ejército de operaciones* para *abrir una campaña*, no puede ser ya lenta, ni laboriosa; sale, brota, si pudiera decirse, como de la planta el fruto; es, segun queda demostrado en la introduccion, el simple engarce del *arte militar* con el *de la guerra*; y el General en Jefe con el Ministro, al crear, ó más bien en este caso, al *movilizar el ejército de operaciones*, en rigor no tendrian que atender más que á razones y preceptos puramente militares, de *composicion*, de *estrategia* y de *táctica*. Fundada y completa una buena *constitucion militar*, mucho se facilita el *constituir un ejército de operaciones*, y *constituir una guerra*.

Convendrá explicar, puesto que aquí salen al paso, lo que deben significar estas dos expresiones: *composicion de un ejército* y *constitucion de la guerra*.

Composicion de un ejército, pudiera tomarse al primer aspecto por sinónimo de *organizacion;* pero expresa mejor cierta especie de organizacion puramente *de guerra, viva ó activa*, y exclusivamente peculiar de un *ejército de operaciones* á punto de *abrir una campaña. Organizacion* envuelve idea más vasta y general; puesto que se aplica á la milicia, al estado militar de un país «en todo tiempo:» *composicion* entra en más detalle y desciende á la *calidad ó especie* de las *tropas.* Un *ejército permanente* se *organiza:* un *ejército de operaciones*, una brigada, un destacamento se *compone.* Por ejemplo: el *arte* prescribe, ó prescribia, que en un ejército las tropas ligeras sean la sexta parte de las de línea, la artillería al respecto de tres ó cuatro piezas por mil hombres; este es un precepto general de *organizacion* que puede ser modificado por razones de *composicion*, que unas veces dicta el *terreno*, otras la *especie* de guerra y de enemigo, otras la *calidad* misma de las tropas. Si estas son ágiles de suyo y apénas puede establecerse entre ellas diferencia, no es cosa de tomarla en cuenta, por imitar al Austria, donde es manifiesta y visible la que hay entre un pesado regimiento de croatas fronterizos (*Grüntz-Regiment*) y un batallon de cazadores tiroleses, ágiles, certeros, hábiles en tirar á las gamuzas de los Alpes desde su infancia. La proporcion de la artillería influye mucho en la *composicion* de un *ejército de operaciones.* Napoleon la fué aumentando á medida, dicen, que iba perdiendo confianza en el vigor de las otras dos armas. De aquí se ha querido deducir regla general, y positivamente errónea, «á infantería floja, mucha artillería». (Véase el art. 2 del cap. III.) La máxima de Napoleon, que anda impresa, es cabalmente la inversa «cuanto mejor es la infantería, más se la debe economizar y apoyarla con buenas baterías.» (*Max. de Nap. pág.* 61.) Todo el que haya estudiado la guerra de Treinta Años sabe que la inmejorable infantería sueca de Gustavo Adolfo debió sus triunfos, en aquellos tiempos, á la numerosa y buena artillería. Nuestra infantería de Flandes sabía batirse bien con mucha y con poca artillería entre sus filas. Antes ya, en la célebre campaña de Alemania en 1547, y sobre todo en la batalla de Mühlberg, la infantería

española conservaba todos sus caractéres ingénitos de movilidad y audácia, enredada en un tren de artillería sin ejemplo hasta entónces, ni mucho despues. Es evidente que, si bien respecto á *organizacion general* se puede acatar y seguir en algo á los «maestros extranjeros,» en detalles de *composicion* lo que debemos consultar con preferencia son las singulares condiciones de nuestras tropas y la dificultad de satisfacer algunas otras. De poco sirve que en Hungría á 30.000 infantes correspondan 10.000 caballos, si en España no los podemos reunir; ni que de estos 10.000 los 8.000 sean de caballería gruesa ó de línea, si en nuestro país es casi imposible ó muy costosa.

Fuera de esto, si la guerra es de montaña, por ejemplo, el 1[6, el 1[10 de caballería bajará á 1[20 por esa razon sola.

Queda, pues, demostrado que dentro de la *organizacion* de un ejército, de una tropa cualquiera, caben ciertas ideas y preceptos de verdadera *composicion*.

Respecto á lo que en el dia se entiende por *constituir una guerra*, hay algo de abstracto y hasta filosófico; pero que el Oficial no debe ignorar, puesto que juega en los tratados elementales y es efectivamente digno de atencion. En el fondo se reduce á lo que Jomini, Chambray, Willisen y otros varios comprenden bajo el nombre muy reciente, pero ya admitido, de *política ó filosofía de la guerra*. Y una vez que lo ha propagado el primero de dichos autores, á él compete el honor y la responsabilidad de la definicion. Estas son sus palabras:

«De la *política militar ó filosofía de la guerra*.—Bajo esta denominacion entendemos todas las consideraciones morales que se refieren á las operaciones de los ejércitos; porque si las políticas son tambien causas morales que influyen en la direccion de la guerra, hay otras que, sin depender de la diplomacia, no son tampoco de estrategia, ni de táctica. No puede dárseles una denominacion más racional que la de *política militar* ó de *filosofía de la guerra*.

«Nos atendremos á la primera, porque áun cuando la verdadera acepcion de la palabra filosofía pueda aplicarse

las varias vicisitudes y alteraciones que la han venido modificando hasta su estado actual.

No está bien averiguado si la invencion, ó primera aplicacion de la *brigada* en su moderno sentido *táctico*, pertenece al rey de Suecia, Gustavo Adolfo, ó al mariscal de Francia, vizconde de Turena: los franceses la atribuyen á este último, y de todos modos el arranque histórico es del siglo XVII. Sin embargo, como todo adelanto suele tardar en consolidarse, los franceses mismos confiesan que hasta los tiempos de Puysegur, muy entrado el siglo XVIII, hasta los de Federico II, ya mediado, la voz *brigada* no tomó su acepcion concreta y determinada. Redactada bajo aquellas ideas entónces dominantes, nuestra Ordenanza de 1768, estatuye en su título II, trat. 7 el *servicio de campaña por brigadas*, reciente progreso en aquel tiempo; pero basta reflexionar sobre lo que en el espacio de un siglo han variado la *organizacion* y la *guerra*, para comprender las alteraciones inevitables que en tan largo trascurso habrán sobrevenido.

Hoy mismo, á pesar de lo similares que van siendo en Europa ciertos principios tácticos, la *brigada* no en todos los ejércitos es la misma cosa. Miéntras en Francia se mantiene el antiguo reglamento de formar brigadas por la agregacion de dos ó tres regimientos de un arma sola, de cuatro ó seis batallones, como dice tambien nuestra Ordenanza; en otros países, en el del mismo Federico, desviándose de viejas fórmulas, la *brigada* es gran *unidad táctica*, elemento independiente, y constitutivo por sí, de un *cuerpo de ejército*. No se compone exclusivamente de un arma, sinó de dos y de las tres: siendo en el fondo una pequeña *division*. Sea como quiera, en todas partes, inclusa España, se han reemplazado las vetustas y á nuestros ojos hoy inconcebibles *evoluciones de línea* por la *táctica de brigada*, más susceptible de conbinacion, soltura y movilidad. En estas materias conviene tener presente que desde principios del siglo pasado hasta casi la mitad del actual, hemos tenido á Francia por norma invariable; pero desde hace algunos años, y singularmente desde el pasado de 1866, ha perdido aquel país mucho de la autoridad con que

ántes imponia á todos sus costumbres y sus modas. Más allá del Rhin hay una civilizacion, acaso más sólida y vigorosa, que conviene estudiar: y el jóven Oficial no debe perderla de vista en los movimientos inopinados con que hoy revela su potente vitalidad y se prepara un gran porvenir.

Posterior al de la brigada es el orígen de la *division*. Los autores franceses, celosos siempre de sus glorias, nunca dejan de advertir que á ellos se debe este moderno adelanto: y efectivamente, hácia 1766 ó 1770, parece que brotó en Francia la primera idea de formar *divisiones de tropas* y *de territorio*. Hácia 1788 el consejo de la guerra, en que descollaba Guibert, ya prescribia *divisiones* separadas de infantería y caballería; pero quien dió completa fórmula y ejecucion al pensamiento, fué la República con sus levantamientos en masa y sus enormes ejércitos allegadizos, la cual en ódio á las instituciones demolidas, fué á inspirarse en los clásicos recuerdos de Roma, y quiso resucitar entre otras cosas la legion. Por consiguiente, la *division* republicana de 1793, era un ejército pequeño y completo, compuesto de las tres armas en sus proporciones entónces admitidas. La denominacion aborrecida de regimiento se trocó en *media brigada* (demi-brigade); dos de ellas componian la *brigada* entera, y dos de estas la *division*: de modo que el promedio venia á ser 12 batallones, 12 escuadrones y 22 piezas, que sumaban un total «nominal» de 12.000 hombres. Este pequeño ejército, tenia su E. M. G., su administracion, parques, ingenieros, obreros, etc., y la *organizacion divisionaria*, como toda reforma que llega á debido tiempo y sazon, se adaptó admirablemente á aquella furiosa expansion de patriotismo y al imprevisto «modo de guerrear» que con ella se introdujo. Sin embargo, ya en 1796 comenzó á notarse el defecto de aquella excesiva diseminacion; y al reunir varias divisiones, se tocaron los inconvenientes de no poder agrupar en masas compactas y poderosas como las del enemigo la esparcida caballería y artillería divisionarias. Realmente, como dice Marmont, un ejército de 100.000 hombres repartidos en diez ó doce divisiones es inmanejable. En Marengo por fin, el primer

Cónsul Bonaparte separó definitivamente la infantería de la caballería y con ambas armas formó *divisiones* independientes; pero el aumento progresivo de los ejércitos imperiales, hasta 500.000 hombres, hizo necesaria la creacion de otra *unidad* superior llamada *cuerpo de ejército*, constituida por la agrupacion de dos á cinco *divisiones* de armas combinadas, con su gran reserva de caballería, sostenida por artillería á caballo y con la *reserva central* y parques de artillería gruesa, es decir, un verdadero y respetable *ejército* de 40 á 70.000 hombres. Napoleon, emperador, comenzó á ver todas las cosas á través de un cristal de aumento; y ya no le bastó jugar con enormes *cuerpos de ejército* como si fueran simples *divisiones* de las antíguas, sino que, arrastrado por su talento generalizador, reunió las *divisiones* exclusivas de caballería en *cuerpos de ejército* tambien, dotándolos con suficiente artillería á caballo. Con el nombre de *reserva* aglomeró en una sola masa cuerpos monstruosos de caballería y artillería, que obedecian á un solo jefe. En la invasion de Rusia, en que llegó á su colmo esta exageracion, se vieron de relieve todos sus defectos. Por remediar el fraccionamiento divisionario por «tener en la mano» la artillería se cayó en los cuerpos de 12.000 caballos y en las aglomeraciones de 500 piezas. Disipado el humo de aquellas gigantescas batallas, los mismos franceses reconocen hoy que la organizacion napoleónica no es para repetida. En rigor la denominacion de *cuerpo de ejército* no era nueva: siempre ha existido significando otra cosa mucho más exacta, esto es, el trozo ó parte principal, central de un ejército, lo que tambien se ha dicho y se dice *grueso del ejército*, *cuerpo de batalla*, por oposicion á su *vanguardia ó retaguardia*, á sus *destacamentos* y *partidas sueltas*. Con los *cuerpos de ejército* se ocasionan embrollos de locucion, v. g. «Tal cuerpo se componia de cuatro cuerpos de infantería, de una reserva de caballería, de dos divisiones sueltas, etc.» Los «cuerpos de infantería» bien se comprende que no son aquí regimientos, sinó *cuerpos de ejército* á su vez, compuestos nada ménos que de tres ó cuatro *divisiones* con su correspondiente caballería y artillería. Esto en cuanto al lenguaje. En el

fondo de la cosa, pueden sobrevenir dificultades de otro género. El General en Jefe naturalmente dirije sus órdenes á los comandantes de *cuerpo de ejército*; pero en un dia de batalla, por llenar esta formalidad ¿ha de enviar el General en Jefe á dos ó tres leguas sus ayudantes en busca del comandante, teniendo á su inmediacion y á su vista una ó várias divisiones, á las cuales pueda dar órdenes cási con la voz? La conveniencia inmediata del servicio, dicta en este caso que no se aguarde: y entónces, el *comandante de cuerpo de ejército* se encuentra en la desairada posicion de un coronel, cuando el jefe de brigada le mueve sus batallones, y áun peor, porque el coronel al fin oye la voz de mando y coopera á la ejecucion, miéntras el comandante de cuerpo puede no ver, ni oir, ni adivinar siquiera lo que se está haciendo con sus propias divisiones. Se ve, pues, que no hay en esto de los *cuerpos de ejército* toda la claridad, exactitud y probada conveniencia que en la milicia es indispensable. Al mismo Napoleon I le dieron á lo último bastante que hacer, á pesar de que nadie le igualará en esto de «manejar tropas en grande» y de que sus lugartenientes estaban hechos á su escuela y criados á su mano. Calcúlese lo que podrá suceder sin la reunion de estas dos circunstancias. De todos modos, no parece conveniente, por la rutina de imitar lo que es inimitable, fraccionar un ejército que no pase de 70 ú 80.000 hombres en *cuerpos de ejército*. A estas medidas orgánicas, no sólo ha de presidir el *arte* en su acepcion puramente *técnica*, sino elevadas miras *políticas* con relacion á la extension del territorio, á sus recursos, á las miras de engrandecimiento y de ofensiva, ó á los prudentes cálculos de recogimiento y defensiva.

El principio *divisionario fraccionado* y *suelto*, si bien daña al vigor y á la unidad, permite más amplitud al mando, más independencia y más honroso estímulo á los generales jóvenes para acreditar sus altas dotes militares.

En España, pues, parece que basta una *organizacion divisionaria* bien entendida, sin necesidad de copiar á la letra los *cuerpos de ejército*. Sobre ello hay un reglamento de antigua fecha, 26 de setiembre de 1815, á raiz de la guer-

ra de la Independencia. No es verosímil que en toda la Península pueda tener lugar una batalla como la de la Moscowa: y lo probable es que nunca se reunan en combate arriba de cuatro ó cinco divisiones. Nuestra caballería, por desgracia, nunca será muy numerosa; y tenemos forzosamente que renunciar á las grandes *reservas* exclusivas de esta arma, subordinando á la infantería todo fundamento de *organizacion.*

Por lo demás, en esto hay mucho de cuestion de nombre. Todo se reduce á llamar cuerpo de ejército á la simple division, division á la brigada y brigada al regimiento; pero como el nombre no hace la cosa, es algo expuesto al ridículo que una *brigada* conste de 1.000 hombres (cuatro batallones de á 250); una *division* de 2.500 ó 3.000 y un *cuerpo de ejército* no llegue á 9.000 hombres.

El promedio hoy admitido para la fuerza de una *division* oscila entre 8 y 10.000 hombres, y se funda en razones aceptables de conveniencia, de movilidad y de fácil manejo para el General Comandante. La especie de guerra, el espíritu del país y otras consideraciones determinarán el número de divisiones y su respectiva *composicion*; pero debe predominar la idea (que vuelve á estar en boga) de que la *division* se aproxime á ser un ejército en miniatura y se pueda bastar á sí misma. Al talento estratégico y táctico del General en Jefe es al que compete manejarlas con tino y saber reunirlas como *unidades*, á la manera que el General divisionario y el de brigada manejan los batallones y escuadrones sueltos, unidades suyas.

El Ministro de la Guerra y el General en Jefe con su E. M. G., designadas las tropas del *ejército permanente* que han de componer el *de operaciones*, las distribuyen en el número conveniente de *brigadas* y, por la agregacion de dos ó tres, constituyen las *divisiones*, cuyo mando respectivo se entrega á un Oficial general que, por lógico que sea, en Francia solamente es donde ha tomado el nombre de *General de division.*

Pero esta *organizacion divisionaria*, si no se ha de caer en nuevos extravíos, tiene que ser perfectamente elástica y flexible; y no prescribe en modo alguno que todas las

divisiones sean exactamente idénticas en *fuerza* y *composicion*; ni moldeadas, por decirlo así en su estructura; ni con absoluta proscripcion de alguna brigada ó *agregacion suelta* que el General en Jefe, al constituir la guerra, juzgue oportuno organizar.

Desde que hay memoria de ejércitos en la remota antigüedad, el *órden* inicial, normal, instintivo *de batalla* ha envuelto siempre la idea de un *centro* ó *grueso*, dos *alas* y un trozo especial en *reserva* y á retaguardia, bajo la mano del General en Jefe, que da á esta última la direccion, empleo y forma que segun las circunstancias le convenga.

Bajo este punto de vista las *divisiones* toman un número de órden que las distingue; pero que no por eso les da «puesto fijo en línea» y que en rigor casi es inútil, puesto que el uso, verdadero legislador, siempre designa á las divisiones con el apellido del general que respectivamente las manda.

Organizado y *compuesto* sobre el papel el *ejército de operaciones*, las tropas marchan á verificar su *concentracion*, ó como dice la Ordenanza en su tratado 7.°, al *paraje* de *asamblea del ejército prevenido*.

Desde este punto, *el ejército* depende enteramente de su General en Jefe, rompe, por decirlo así, sus lazos con el resto del *estado militar*, y hasta con su misma patria, si pasa las fronteras. Ya su *servicio* es exclusivamente *de campaña;* todos los tornillos de la «máquina» se aprietan; todos sus resortes se templan, y en virtud del principio inmutable de la *unidad de mando* consagrado por la práctica, por la razon y por la ordenanza, todo el juego viene á concentrarse en la mano del *General en Jefe*, al *romper* las *hostilidades*.

Dejando al General en Jefe abrir por el capítulo que le corresponde el *arte de la guerra*, con el cual y su propio talento conducirá su ejército á la victoria, bueno será descender aquí á ciertos pormenores que tambien interesan al Oficial de fila, como parte integrante, aunque mínima, de ese *todo* que se llama *ejército* y cuyo destino y condiciones generales forzosamente debe conocer, si ha de

comprender y cumplir con inteligencia su servicio personal.

Este ejército deberá ser adecuado, como «instrumento» que es de *guerra* á la índole, *clase* ó *especie* de la que se trata de emprender. Las diferentes calificaciones que el ejército toma, dan sin necesidad de larga explicacion, idea de su *carácter* y *destino*. Por ejemplo: se llamará *expedicionario*, cuando la guerra tenga esta índole de *expedicion*, cuya palabra se define extensamente en el art. 2.°, cap. II. Será de *invasion* cuando, salvando su propia frontera, esté destinado á operar fuera y léjos quizá del país, con objeto de castigar, sojuzgar, dominar, conquistar, intervenir. Una vez entrará en campaña como *aliado*, otra como *auxiliar*, si por desgracia tiene que aceptar la tutela y el subsidio de otra nacion más poderosa; otras obrará *combinado* ó *coligado* con ejércitos extranjeros. La distincion que algunos establecen entre *alianza* y *coalicion* quizá peca de sutil: el fondo en ambas es lo mismo, á ménos que quiera verse en la *coalicion* algo más duro y más odioso que en la *confederacion* y *alianza*; algo de superioridad que abruma, de poca generosidad en reunirse muchos contra uno, como al caer el Norte de Europa sobre la primera república francesa, y más tarde sobre Napoleon I. Tambien parece que al decir ejército *combinado*, se expresa tácitamente cierto carácter de más incorporacion, de mayor unidad, que al decir ejército *aliado*. El ejército inglés que mandó Wellington en la guerra de la Independencia, fué al principio *aliado*, y despues combinado con el español y portugués.

Por otro lado, fuera de este órden de ideas y dentro ya del *arte*, un *ejército de operaciones* ó partes suyas toman nombres, generalmente mudables en el curso de la guerra, por la *clase* y *objeto* de las *operaciones* que emprenda. Así, ejército *sitiador* ó de *sitio* es el destinado exclusivamente, en todo ó en parte, á apoderarse de una plaza ó punto fuerte de importancia. Ejército *de socorro*, por el contrario, es el que quiere salvar esa plaza ó librarla del *sitio* proyectado. Pero el ejército *sitiador* á su vez, si tiene mucha fuerza, destina solo una parte al *sitio* de la

plaza, y su *grueso* ó un gran *destacamento* constituye el ejército *de observacion*, que así se llama al que quiere medirse con *el de socorro.* Otras veces tambien es ejército *de observacion* el que toma actitud meramente preventiva, dentro de su propio territorio, pero cerca de la frontera: «en observacion» efectivamente de acontecimientos ó contingencias políticas que se presumen; como el ejército de observacion de la Gironda, que Napoleon hizo deslizar villanamente en España en 1807, ó los que con más hidalguía formamos *de observacion de Portugal* en 1833 y 1847, al mando de Rodil y del que por eso es hoy Marqués del Duero.

Independiente de su *destino* en general y de las principales *operaciones* técnicas que deba emprender, un *ejército de operaciones*, sea para lo que fuere, tiene que llevar en sí como máquina perfecta, pero humana, condiciones propias, intrínsecas, que pueden indicarse brevemente, pasando por alto las principales de *instruccion*, *disciplina* etc. que ya se presuponen, puesto que son comunes á la paz y á la guerra.

Napoleon I dijo en su estilo matemático y sentencioso: «La fuerza de un ejército, como la cantidad de movimiento en mecánica, se valúa por la *masa* multiplicada por la *velocidad.*» Lloyd, en el texto arriba citado, quiere que su *máquina* reuna como propiedades esenciales la *agilidad* y la *fuerza.* Estas dos notables máximas se completan. La *masa*, esto es, el número no depende de la voluntad del ejército, sino del país que lo mantiene; pero la *agilidad*, la *movilidad*, la *actividad* son cualidades puramente *tácticas*, que adquiere, aunque ántes no las tenga, bajo el mando de un buen general. Ha de entenderse que además un ejército, para ser bueno, necesita otras llamadas *cohesion*, *consistencia*, *solidez;* propiedades y virtudes físico-morales que no son sinónimas ni equivalentes, aunque ordinariamente se confundan.

Solidez es el nombre con que actualmente se designa una gran cualidad militar «en el campo de batalla.» El sentido, en rigor, difiere del de sangre fria; y es más

bien la calma apática, imperturbable, con que ciertas tropas del Norte, y especialmente las inglesas y las rusas, se dejan hacer pedazos sin perder la formacion. Esta cualidad, puramente de temperamento, no puede ser ingénita en soldados meridionales, y si se les impone con violencia, será siempre á expensas de la *movilidad*, y *agilidad*. En la *solidez* inglesa se estrelló la «furia» verdaderamente francesa del primer Napoleon. Esta clase de *solidez* en el combate es, como se vé, independiente de lo sólido de la formacion. Las tropas prusianas é inglesas son sólidas y terribles por su fuego á quemaropa formadas en batalla en dos filas, que llega muchas veces á convertirse en una, mermada esta misma por las bajas.

La *consistencia* es tambien cualidad colectiva de una *tropa*. Así como en el sentido físico «adquirir consistencia» es pasar del estado fluido al sólido, tomar cohesion, dureza, firmeza; así en lo moral, y más aún en lo militar, esta expresiva palabra comprende un gran número de cualidades, como solidez, aplomo, constancia, estabilidad, fortaleza, firmeza, vigor, resistencia. Es más que *solidez:* las tropas inglesas, como se ha dicho, son sólidas, imperturbables en el fuego, y no suelen ser *consistentes* en toda la duracion de una guerra: dígalo, sinó, su memorable y desastrosa retirada hácia la Coruña en 1808. Los últimos ejércitos de Napoleon I se batian mejor quizá que los primeros, y se destruian sin embargo por falta de *consistencia*. Esta cualidad esencial y soberana rara vez ha faltado en un ejército español. Ella sirve de base á la verdadera *disciplina*. A una tropa consistente ni el triunfo la embriaga, ni los reveses la abaten, ni las fatigas la merman, ni la escasez la desmoraliza: hay en ella tal cohesion, tal conexion, tal dureza, que el caudillo puede manejarla como si fuera de una pieza sin temor á rotura ni dislocacion. A un *cuerpo táctico* se le dá á veces *consistencia* por la fusion ó amalgama con tropas duras. Una *reserva estratégica* compuesta de reclutas, de convalecientes, de dispersos, de cuerpos francos ó movilizados, de cuanto hay mas *inconsistente*, puede dejar de serlo, poniendo por núcleo una brigada, una division del *ejército activo*, que traiga en sí

la dureza física y el prestigio moral que le hayan podido dar operaciones ventajosas anteriores.

Despues de estas grandes cualidades un ejército debe tener *confianza* en su jefe.

Marmont, que ha tratado estas altas cuestiones con profunda sagacidad, dice así:

«Un ejército se compone de personal y material. Entre estos dos elementos hay proporciones naturales y determinadas que varían sin embargo segun las circunstancias y el objeto. Sus proporciones no dependen del capricho sino de la naturaleza de las cosas.»

«Un tercer elemento entra en el valor del ejército y es el *elemento moral*. Con frecuencia es superior en importancia á todos los demás: aunque estos tengan por su parte valor respectivo, pues preciso es que el cuerpo exista para que el espíritu pueda animarlo.»

«Así, pasados ciertos límites la *fuerza* real de un ejército no crece en razon del número de los soldados y de los medios materiales, sinó en razon del *espíritu* que le anima.»

«Desarrollar el *espíritu* del ejército, aumentar su *confianza*, hablar á su imaginacion, exaltar el alma del soldado; tal debe ser el objeto constante de los cuidados y de los esfuerzos del general.»

«Esta base fundamental, que llamamos *confianza*, no es posible en tropas bisoñas, sinó en veteranas ya probadas. Y aquí se manifiesta lo absurdo del sistema de una guardia nacional destinada á reemplazar á las tropas de línea. Las guardias nacionales, áun suponiéndolas compuestas de todo lo que haya de más bravo sobre la tierra, nunca valdrán nada, al menos en su principio; pues, no pudiendo ser apreciados por los demás el valor y la capacidad de cada uno, sinó despues de la experiencia, resultará que las primeras tentativas serán hechas sin el socorro de la *confianza* y atraerán probablemente grandes é irreparables desgracias.»

«Tres cosas son necesarias para dar valor á las tropas: amor al órden, costumbre de obediencia, confianza en sí

mismo y en los demás» (*Marmont.*— Esp. des inst. mil. pág. 210.)

Con estas condiciones un ejército puede tomar, desde que habre la campaña, otras dos muy esenciales: *iniciativa* y *superioridad*.

En vista de los múltiples elementos que hoy constituyen un ejército, la superioridad no es ordinario que sea la suma de las ventajas en todos ellos. Indudablemente, si un ejército combate con otro, á quien supera en número, en material, en recursos, en valor, en talento de su jefe, no hay que preguntar si vencerá; pero sería un verdadero acto de demencia por parte del inferior entablar una guerra con tales condiciones. Las nobles y gloriosas tentativas de la infeliz Polonia tienen más de martirio que de guerra. El levantamiento español del Dos de Mayo llenó de asombro y terror á todos los hombres pensadores; pero si bien aquel espontáneo movimiento fué en su orígen una explosion realmente frenética de furor, al *constituirse la guerra nacional* ya entraban ciertos elementos diplomáticos y combinaciones europeas, que anunciaban como próxima la diversion de las fuerzas francesas, las cuales á no ser así probablemente nos hubieran abrumado. La presencia del ejército inglés echó un gran peso moral en la balanza. Ninguna de estas condiciones ha entrado en la lucha gloriosa, pero estéril, de Polonia contra el coloso Ruso, ó de los Esdos del Sur contra los del Norte de América.

Pero el *arte de la guerra* nunca presupone tan excesiva desproporcion. Léjos de eso, busca compensaciones contra la *superioridad numérica* en la *calidad* y *composicion* de las tropas, en los recursos morales de la fé, de la fortaleza, del talento. Las operaciones, las maniobras tienen el objeto exclusivo de engañar al enemigo y hacer que se debilite él mismo sobre aquel punto en que cabalmente piensa uno serle *superior*. Esta *superioridad* relativa y momentánea, repetida varias veces, produce en el curso de una *campaña* ó de una *guerra* la victoria, es decir, la *superioridad absoluta*.

Mal podrian explicarse sinó los triunfos de Marathon y de Platea; las increibles conquistas de Alejandro; los du-

ros castigos de los romanos á los germanos y galos; la superioridad de los ejércitos europeos contra los turcos y en general contra los asiáticos; los memorables hechos de nuestros antepasados en Flandes, en Italia, y en América.—Un autor dice con suma exactitud que la *debilidad* no consiste muchas veces en ser más débil, sinó en ir á ponerse delante del punto *más fuerte* del enemigo.

Cuando en Austerlitz preguntaron los aliados al parlamentario francés Savary, cómo siendo ellos superiores en número, Napoleon lo habia parecido, ó lo habia sido realmente en los difíciles trances de la batalla, respondió el francés con memorable oportunidad: «Eso es el arte de la guerra.»

CAPÍTULO II.

—

ESTRATEGIA.

Definiciones: Operacion. — Expedicion. — Diversion. — Teatro de la guerra. — Base. — Eje. — Frente. — Puntos. — Líneas. — Concentracion. — Movimiento. — Maniobra. — Evolucion. — Formacion. — Columna. — Reserva.

No es este lugar de establecer con exactitud científica el sentido abstracto y trascendental de la moderna voz *Estrategia*, que tampoco tiene interés «inmediato» para el *Oficial particular* á quien este libro se destina. Cada autor fija á su capricho los variables linderos que separan modernamente la *estrategia* de la *táctica*, y las discusiones á que ésto da ocasion suelen embrollar más bien que esclarecer.

Sea, como algunos quieren, la *estrategia* «el arte de bosquejar, trazar ó decidir los *proyectos* y *planes generales* de una guerra ó campaña;» sea «el arte de hacer la guerra sobre el mapa, ó en el gabinete; de *dirigirla en grande*, abrazando y determinando los movimientos y combinaciones en conjunto;» sea, en fin, la «direccion material impresa á los *movimientos* de un ejército fuera del combate, ó del círculo visual y del alcance del cañon,» lo positivo es, que hoy se incluye en el significado de la palabra *estrategia* todo aquello—llámese ciencia ó arte—que concierne á ex-

por acuerdo tácito ó expreso un período más ó ménos largo, de descanso y preparacion. Si fuera lícito comparar la guerra á un libro, en ella serian los capítulos *campañas* y los párrafos *operaciones*. La distincion admitida de éstas en *primarias* ó principales, y *secundarias* ó subordinadas parece sutil ó al ménos innecesaria. En la guerra no debería haber nada *secundario*, ni áun de nombre.

Expedicion.

El sentido militar de la palabra latina *expedicion* es algo incierto y depende de las épocas y circunstancias históricas. Hoy, que la guerra es más científica, la *expedicion* es realmente una *diversion*, un *destacamento*, un *golpe de mano*, un incidente, un episodio. *Expedicion* lleva en sí la idea de ligereza ó aligeramiento, de rapidez, de brevedad. Los romanos decian: «Remotis impedimentis, hoc est expeditus.» Sabido es que llamaban expresivamente *impedimenta* al bagaje, máquinas y estorbos de sus tropas. César habla en este sentido al decir *expeditis legionibus*, legiones *expeditas* desembarazadas. Pero si recordamos en nuestra guerra civil las célebres expediciones de Gomez, de D. Basilio, del mismo Pretendiente, se ve que no tenian precisamente ese carácter rápido y pasajero de *golpe de mano*; sinó que más bien constituyeron la esencia, el *método de guerra*; y á su desgraciado éxito debe atribuirse virtual y militarmente el de la causa carlista. En el sentido técnico moderno, la guerra de Africa en 1860 fué una verdadera *expedicion* como la de Italia en 1849.

Expediciones llaman los franceses á su *intervencion* en España de 1823; á su guerra de Moréa más tarde; á su misma guerra de Argel en los principios (1830).

En la primera edad de los pueblos, la *guerra* es una série de *expediciones*. Por medio de ellas comenzaron los romanos lenta y sucesivamente la conquista del mundo entónces conocido. Simple *expedicion* fué la de Tarif que se convirtió en guerra de siete siglos; y desde las primeras incur-

siones de Alfonso el Católico, toda la *reconquista* de España es conjunto de *expediciones*, algaras, rebatos; sometidos más ó ménos á un plan preconcebido y ayudados por combinaciones diplomáticas. En el siglo X las *dobles expediciones* anuales del terrible Almanzor constituyeron durante veinte y cinco años la guerra de expansion, cuyo núcleo estaba en la Córdoba musulmana.

Vemos, pues, que *expedicion* sin ser, ó deber ser, realmente *guerra* ni *campaña*, es á veces ambas cosas. Hay sin embargo en aquella algo de preciso, de determinado, de inmediato que no puede encerrarse en las otras dos. Al *constituir* y al *estallar* una *guerra*, el éxito siempre es problemático; el objeto no puede ménos de ser vago, indeterminado: al *preparar* una *expedicion*, el fin es casi siempre concreto y único; los medios por consiguiente á él solo se encaminan y es más fácil prevenir los incidentes que surjan. Una *expedicion* produce una *guerra*: una *guerra* puede y debe producir *expediciones*. En este sentido, en el de *diversion* ó *gran destacamento*, su importancia puede á veces ser capital; y constituye un recurso *estratégico* que requiere oportunidad en su disposicion, talento y habilidad en su ejecucion. El jefe que la mande, fija siempre la vista en el *conjunto de las operaciones*, tiene por otra parte que atender con exclusion á la que especialmente se le encomienda; anteponer á todo algunas veces el éxito particular suyo, y prevenir por su cuenta y riesgo, en el caso de victoria ó descalabro, lo que respectivamente convenga.

La grave responsabilidad que ordinariamente asume el que lleva á cabo uno de estos grandes *movimientos* llamados *excéntricos* ó *divergentes*, se compensa con la brillantez del éxito, con los imprevistos cambios y resultados que pueden sobrevenir en el *plan* primitivo de una guerra. Un *golpe de mano* afortunado y audaz, ha inclinado en ocasiones de tal modo la balanza, que en la campaña de 1800, ántes casi de abierta la guerra, los franceses desbarataron todo el *plan* de la invasion enemiga.

Diversion.

Diversion parece tener sentido más *táctico*, más concreto: es en rigor hacer un *destacamento*, separar un cuerpo de tropas de la masa comun ó del *grueso del ejército*, con la intencion de que concurra simultánea ó combinadamente á un ataque. La *diversion* puede verificarse, bien sobre el *teatro* entero de la guerra *estratégicamente*, ó con más frecuencia *tácticamente*, sobre la *zona* reducida de las *maniobras* y hasta sobre un *campo* limitado *de batalla* cuando se resuelve un ataque doble. El uso táctico de las *reservas*, en que Napoleon I tanto sobresalió, es en el fondo un caso de *diversion* especial. Pero la palabra siempre se aplica fuera de él, y como disposicion puramente excepcional ó anormal y producida, no por el sistema general muchas veces, sino por la inspiracion momentánea del general al formular ó modificar su *plan de ataque*. En buen lenguaje se dice: «hacer diversion» más bien que *divertir al* enemigo, para evitar el doble sentido de esta última frase: no por temor de galicismo, pues los clásicos usan este verbo en sentido de apartar, desviar. Se puede decir sin recelo: «divertir la atencion ó las fuerzas del enemigo» llamarlas á puntos lejanos, como tambien se dice en esgrima, «divertir el golpe.»

Teatro de la guerra.

Así se llama generalmente «el territorio en conjunto» donde aquella se hace ó tiene lugar; pero el baron de Jomini distingue dos *teatros:* el *de la guerra*, y el *de las operaciones*, en los párrafos que textualmente se copian á continuacion.

«El *teatro de una guerra* abraza todas las comarcas en que dos potencias pueden atacarse, sea en su propio territorio, sea en el de sus aliadas, ó de potencias secundarias

que arrastren en su torrente por temor ó por interés. Cuando una guerra se complica con operaciones marítimas, entónces no se limita el *teatro* á las fronteras de un estado, sinó que puede extenderse á ambos hemisferios, como sucedió en la lucha entre la Francia y la Inglaterra desde Luis XIV hasta nuestros dias.»

«Así el *teatro de una guerra* es una cosa tan vaga y tan sujeta á incidentes que no se debe confundir con *el de operaciones*, que cada ejército puede abrazar con independencia de todá complicacion.»

. . . .

«El *teatro de operaciones* de un ejército comprende todo el territorio que trata de «invadir» y todo el que puede tener que «defender:» si debe obrar aisladamente, este *teatro* forma todo su *campo*, fuera del cual podria bien buscar una salida si se encontrase atacado por tres lados; pero en distinto caso sería imprudente combinar ninguna maniobra, pues que nada estaría previsto para una accion comun con el ejército que opera sobre el otro campo.»

«Si por el contrario, las *operaciones* están concertadas, el *teatro* de las de cada ejército, tomado aisladamente, no viene á ser en cierto modo más que una de las *zonas del campo general* que las masas beligerantes deben abrazar con un mismo fin.»

Base de operaciones.

La voz técnica *base* tiene dos distintos significados, segun se use en *estrategia* ó en *táctica*. En esta última, *base de alineacion* se entiende la compañía, el batallon, la fraccion cualquiera que permanece, ó entra la primera, en la nueva línea ó alineacion, determinada por un despliege, cambio de frente ó maniobra análoga. Así se dice, *batallon de base*, *batallon-base*. La *directriz*, esto es, la línea de direccion de la marcha es generalmente «perpendicular á la *base*.»—En *estrategia*, *base de operaciones* es el punto, la línea, la frontera, la comarca donde se *concentra* un ejér-

cito de operaciones al abrir una campaña, donde establece el *núcleo* de todos los servicios, y de donde ha de sacar sus *recursos* y *refuerzos*.

Escogida unas veces, impuesta las más al *General en Jefe*, por « razones de estado,» la preparacion militar de una *base de operaciones* requiere ordinariamente la intervencion del *arte del ingeniero*, consultando á la vez las necesidades *estratégicas*, *tácticas* y *administrativas* de las operaciones que ha de emprender el ejército.

Es evidente que una *base* para la *ofensiva* no requiere las mismas condiciones que otra para la *defensiva*; pero la mejor será la que reuna todas; pues una expedicion ofensiva y desafortunada debe contar con su base como refugio y *línea de defensa*.

En la *defensiva* no basta con una buena *base* en primera linea: conviene otra en segunda aún más sólidamente preparada. De aquí viene que en ambos casos un ejército puede tener muchas bases *sucesivas* ó *intermedias* y *escalonadas*, ya avance ó retroceda; y éstas, por su índole, toman en estrategia el nombre de *eventuales*.

Si bien en la «eleccion y determinacion» de una *base* entran primero consideraciones de *estrategia* y de *política*, es indudable que la «preparacion material» envuelve uno de los más altos problemas de *fortificacion*, combinada con la *administracion militar*.

Jomini (*Comp.—T.* 1.º—*cap.* 3.º—*art.* 18) dice expresamente: «Una *base* apoyada en un rio ancho y caudaloso, cuyas orillas se ocupasen con buenas fortalezas situadas á caballo sobre él, sería sin contradiccion la más favorable que se pudiera desear. Cuanto más ancha sea la base, tanto más difícil es de cubrir;, pero tambien dificultará más que el ejército sea cortado.»

«Toda base, para ser perfecta, debe ofrecer dos ó tres plazas de suficiente capacidad para establecer en ellas almacenes, depósitos, etc., y tener á lo ménos una cabeza de puente atrincherada sobre cada uno de los rios no vadeables que haya.»

Por lo demás, los autores concuerdan en las condiciones, no muy fáciles, que ha de reunir una *base*: su extension

no ha de ser absoluta, sino proporcional á las *líneas de operaciones*; conviene que su figura sea cóncava, entrante, de martillo (como prefiere Jomini) y, no precisamente «paralela,» sino hasta «perpendicular» á la enemiga; flancos apoyados; holgura de *concentracion*; obstáculos para el enemigo y que no embaracen los propios movimientos; facilidad de *cambio*.... todo esto debe reunir una buena *base de operaciones*. Basta enunciarlo para comprender que constituye en el fondo lo que genéricamente se llama *posicion militar* con los caractéres que le prestan su mayor extension, permanencia ó importancia.

Los estratégicos disertan largamente sobre «establecer, ensanchar, renovar, cambiar, escalonar *bases*:» operaciones todas, en efecto, de profundo cálculo y suma trascendencia. Aquí solo toca añadir, por vía de definicion, que *cambio de base de operaciones*, ó lo que viene á ser lo mismo *cambio de frente estratégico*, es la operacion análoga, pero en mayores proporciones, al cambio de frente *táctico* de una *línea de batalla*. Todo *movimiento envolvente* lleva en sí algo de incertidumbre y de sorpresa para el enemigo: y cuando la «masa entera» de un *ejército* abandona su base por otra nueva, naturalmente ha de infundir en el enemigo que observa, sin conocer el fin, un sentimiento de inquietud sobre aquel de sus flancos amagado por el cambio *de base* ó *de frente*. Mas, como todo en la guerra tiene su contrapeso, esta *operacion* difícil y brillante ha de «constituirse» con prudencia suma y «ejecutarse» con matemático rigor, si ha de eludir los peligros con que puede trastornarla un enemigo diestro y vigilante.

Eje estratégico.

En *táctica*, elemental y superior, el *eje* siempre es el hombre, el cuerpo ó el objeto que permanece firme sirviendo de centro á un movimiento circular, para *cambiar de frente*. En estrategia *eje*, *quicio* (verdadero equivalente del frances *pivot*) es casi lo mismo que *base* ó *centro de operaciones*; y puede ser, proporcionalmente al vuelo ó

magnitud de éstas, una *plaza*, un *obstáculo geográfico*, una provincia entera ó region física del globo.

Jomini no quiere que se confundan en *estrategia* los ejes *de operaciones* con los ejes *de maniobras:* los primeros son verdaderas *bases parciales* por un tiempo determinado; y los *ejes de maniobras* son «cuerpos movibles de tropas» que se dejan sobre un punto cuya ocupacion es esencial, miéntras que el grueso del ejército se dirige á grandes empresas. Concluida la *maniobra*, cesa el *eje* de existir; al paso que un *eje de operaciones* es un *punto geográfico* y *material*, bajo la doble consideracion *estratégica* y *táctica* y que sirve de apoyo durante una campaña entera.—En este caso y otros que siguen, bien se entiende que al invocar autoridad y transcribir literalmente los textos, declinamos la responsabilidad que en sí llevan tales sutilezas.

Frente estratégico y de operaciones.

«Hay ciertos puntos de la ciencia militar con tal semejanza entre sí, que con frecuencia se suelen tomar por una sola y única cosa, aunque difieran mucho en la esencia.»

«De este número son los *frentes de operaciones*, los *frentes estratégicos*, las *líneas de defensa* y las *posiciones estratégicas*. Por las observaciones siguientes se podrá venir en conocimiento de las íntimas relaciones y de las diferencias que entre sí tienen.»

«Luego que un ejército se encuentra colocado en *la zona del teatro* que ha de abrazar, para atacar ó defenderse, ocupa en él por lo comun *posiciones estratégicas.*»

«La extension del frente que abrazan y mira á la parte del enemigo se llamará *frente estratégico.* La porcion de *terreno*, desde donde el enemigo podrá probablemente llegar sobre este frente en una ó dos marchas, será *el de operaciones.*»

«Entre estos dos *frentes* existe tanta analogía, que muchos militares los confunden bajo una cualquiera de estas dos

denominaciones. Tomando sin embargo las cosas en rigor, es incontestable que el nombre de *frente estratégico* conviene mejor para designar el de las *posiciones* realmente *cubiertas* por el ejército: miéntras que el *frente de operaciones* designaria más bien el *espacio geográfico* que separa los dos ejércitos extendiéndose á una ó muchas marchas más allá de cada extremidad de su *frente estratégico*, y donde es probable lleguen á chocar.»

«Un ejército no tiene siempre *línea de defensa;* sobre todo, cuando invade un país; tampoco tiene *frente estratégico* cuando se encuentra reunido en un solo *campo*, miéntras que siempre lo tiene *de operaciones*.»

«Siendo el *frente de operaciones* el espacio *geográfico* que separa el *estratégico* de los dos ejércitos, y sobre el cual pueden chocar, se halla por tanto casi siempre establecido con corta diferencia paralelamente á su *base*. El verdadero *frente estratégico*, al paso que abraza un espacio algo ménos extenso que el *de operaciones eventuales* ó *presumibles*, se hallará en la misma direccion; debiendo establecerse por lo comun de modo que corte trasversalmente la *línea principal de operaciones* y se prolongue aún más que los flancos de aquella hasta que la cubra cuanto sea posible.»

«El *cambio de frente estratégico* es en realidad una de las grandes maniobras más importantes; porque formando así el ejército una perpendicular con su propia *base* se hace dueño de dos de los lados del *teatro* y se coloca de este modo en una situacion casi tan favorable como si tuviera una base con *dos frentes*.»

Puntos estratégicos.

«Hay *puntos y líneas estratégicas* de diversa naturaleza: unos toman este nombre por el solo hecho de su «situacion» del que resulta toda su importancia en el *teatro de las operaciones* y pueden ser puntos estratégicos *geográficos permanentes;* otros adquieren su valor por las relaciones que tienen con «la colocacion de las fuerzas enemigas y

con las empresas que se forman contra ellas;» estos son puntos estratégicos *de maniobras*, y absolutamente *eventuales;* en fin hay puntos y líneas estratégicas que solo tienen una importancia *secundaria* y aún otros que la tienen inmensa y contínua, á estos se les ha llamado *puntos estratégicos decisivos.»*

Jomini de cuyo conocido compendio traducido al castellano se toman á la letra los párrafos señalados con comillas, se precave contra lo sutil ó embarazoso de estas definiciones añadiendo:

«Procuraré explicar estas relaciones con toda la claridad que las concibo, lo que no siempre es tan fácil como se cree en semejante materia.»

«Todo punto del *teatro de la guerra* que tenga una importancia militar por su situacion, en el centro de las comunicaciones ó por establecimientos militares y obras de fortificacion de cualquiera clase que influyan directa ó indirectamente sobre el *terreno estratégico* lo será, de hecho, *estratégico territorial*, ó *geográfico.»*

«Creo—continua Jomini—que se puede dar el nombre de *pnnto estratégico decisivo* á todo el que es capaz de influir notablemente en el resultado de la *campaña* ó en el de alguna de sus particulares empresas. Todos los puntos, cuya situacion geográfica y ventajas artificiales favorezcan el ataque ó la defensa de un *frente de operaciones* ó de una *línea de defensa* son de esta clase: entre los que, ocupan el primer lugar las *plazas de armas* bien situadas.»

«Los *puntos decisivos* en el *teatro de la guerra* son de muchas especies: el nudo de los valles, el centro de las principales comunicaciones, los desfiladeros.»

«Otra especie de *puntos decisivos* es la de los *eventuales de maniobras*, que son consiguientes á la colocacion de las tropas de los dos partidos.»

«El *punto decisivo* de un *campo de batalla* se determina: 1.° por la configuracion del terreno; 2.° por la combinacion de la localidad con el fin estratégico que se proponga un ejército; 3.° por la colocacion de las fuerzas respectivas.»

«Se podria decir de los *puntos objetivos* como de los que preceden que los hay de *maniobra*, y asimismo *geográficos:*

como una fortaleza importante, la línea de un rio, un *frente de operaciones* que ofrezca buenas líneas de defensa ó buenos apoyos para empresas ulteriores.»

«Sin embargo, como la eleccion misma de un *objetivo geográfico* es combinacion que puede colocarse en la clase de las *maniobras*, sería más exacto decir que los unos sólo se refieren á puntos territoriales y los otros exclusivamente á las fuerzas que los ocupan. En *estrategia* el «objeto» de una campaña determina el *punto objetivo.*»

En cuanto á los *puntos objetivos de maniobra*, esto es, á los que se dirigen sobre todo á la destruccion ó desconcierto de los ejércitos enemigos, se calculará toda su importancia por lo que dejamos dicho respecto á los *puntos decisivos* de la misma especie. En la acertada eleccion de estos puntos se prueba de cierto modo el talento de un general como prenda segura de grandes triunfos. Es indudable que este fué el tino en que más indisputablemente se distinguió Napoleon.»

. . . .

«Todavía hay una clase de *puntos objetivos* que no se deben pasar en silencio; y son los que, teniendo por término un punto militar cualquiera, se ligan sin embargo á las combinaciones *políticas* mucho más que á las *estratégicas*: en las *coaliciones* sobre todo es raro que no hagan un gran papel influyendo en las operaciones y combinaciones de los gabinetes, por lo que se les podria nombrar *puntos objetivos políticos.*»

Líneas de operaciones.

Línea de operaciones es, en *estrategia*, la que une la *base* con el *objetivo*. Los autores, sobre todo si son alemanes, se extienden largamente en consideraciones que podrian abreviarse sin menoscabo de la doctrina.

Es evidente que en *órden paralelo*, ó «de equilibrio del frente propio con el contrario,» la *línea ó líneas de operaciones*, esto es, el avance contra el enemigo será en sentido

«perpendicular» en el mismo en que él nos saldrá al encuentro; pero si por movimientos preparatorios ó estratégicos el enemigo acude á puntos de su base falsamente amagados y nosotros «concentrados rápidamente» nos llegamos á interponer entre sus fracciones, la *línea* sobre la cual marchemos será *interior* y única, al paso que las suyas serán *exteriores* y *dobles* ó *múltiples* respecto de las nuestras. Líneas *convergentes* ó concurrentes ú oblícuas, malamente llamadas *concéntricas*, para el que sepa geometría, son las que recorren los cuerpos ó fracciones de un ejército para todo movimiento de *concentracion* sobre un solo punto, y *divergentes* las que siguen en el movimiento inverso de *diseminacion*. *Excéntricas* son aquellas muy *divergentes* que forman ángulo muy abierto con la perpendicular al frente, hasta el extremo de salirse de él. Un *cuerpo destacado*, para hacer *punta* ó *diversion*, marcha sobre *línea excéntrica*; y cuanto más mejor, para que lo ignore el enemigo. *Largas*, *extensas*, *profundas* son las líneas que *penetran* á grandes distancias en territorio enemigo.

Cuando se cambia ó modifica el *plan* primitivo, hay tambien *líneas provisionales*, *accidentales*, *eventuales*; y segun su importancia toman nombre de *primarias* y *secundarias*.

El capítulo de Jomini que lleva por epígrafe «De las líneas estratégicas,» empieza: «En los artículos 19 y 21 hemos hecho mencion de *líneas estratégicas de maniobras*, que difieren esencialmente de *las de operaciones*: no será inútil insistir, porque muchos militares las confunden con frecuencia.»

«Las *líneas estratégicas* son de muchas especies. No tenemos que ocuparnos de las que tienen una importancia general y permanente por su situacion y por sus relaciones con la configuracion del país, como las líneas del Danubio, etc. Pero se llaman tambien *líneas estratégicas* todas las *comunicaciones* que conducen por la vía más directa ó ventajosa de un punto importante á otro, así como del *frente estratégico* del ejército á todos los *puntos objetivos* que se proponga ocupar.

«Se comprende desde luégo que todo *teatro de guerra* está surcado de semejantes *líneas*; pero que las que se quieren recorrer con un fin determinado son las que tienen solamente una importancia real, á lo ménos por el tiempo de aquel objeto. Este hecho bastará para que se comprenda la gran diferencia que hay entre la *línea general de operaciones*, adoptada para toda una campaña, y estas *líneas estratégicas eventuales*, tan variables como las *operaciones* de los ejércitos.»

Línea de batalla.

Línea de batalla ó *frente de batalla* suele confundirse con *órden de batalla*, en sus dos acepciones, *estratégica* y *táctica*. Por analogía, *línea de batalla*, como *línea de operaciones*, como *línea de retirada* tienen sentido abstracto, absoluto, geométrico, para el cual en nada interviene la relacion ó referencia al enemigo. La *línea de batalla* está constituida en el acto de colocar un batallon sus unidades extendidas en una misma direccion ó de colocarse varios cuerpos ó masas de tropas, unos al lado de otros, poniendo aproximadamente sobre una misma «línea recta» sus centros de figura. Una serie de batallones en masa con intervalos de despliegue constituye línea de batalla, sin que sea preciso referirse á un objeto determinado; pero lo es, y hay que suponer enfrente un «enemigo» imaginario ó real, cuando se dice *órden de batalla*. En el *órden* hay siempre algo ocasional, dispositivo, distributivo, arbitrario, que no hay en la *línea*. Un *órden de batalla* admite en rigor varias *líneas de batalla* en sentido de la profundidad. No se dice ni puede decirse *línea de batalla paralela ú oblicua*, como se dice *órden de batalla paralelo ú oblicuo*. La *línea de batalla* es inicial, fija, casi siempre «perpendicular á la línea preexistente de marcha:» el órden de batalla, como resultado de maniobras preparatorias en general, no cumple esa condicion. En el art. 3.º del cap. VIII se dará mayor amplitud á esta definicion importante.

4

Concentracion.

Movimiento *extratégico* para reunir los trozos ó *columnas* de un ejército de operaciones, que deben marchar separadas y abrazando el mayor *frente estratégico* posible, no sólo para tener víveres y holgura, sino para «desorientar» al enemigo sobre el verdadero *objetivo*, es decir, sobre el punto de ataque elegido. Bien se comprende que una *concentracion* hábil abraza la resolucion de grandes problemas de guerra, y requiere una inteligencia, un tino especial en lo que se llama logística y en la ciencia de las marchas. Con razon dice Jomini que esta «alternativa de los movimientos *espaciosos* y de los *concéntricos* es el verdadero distintivo de un gran Capitan.»

En *táctica* no debe usarse la palabra *concentracion*. La *táctica*, rigorosamente, no juega hasta que la *concentracion* está hecha y el combate preparado. Es evidente que hay perfecta analogía entre lo que pasa en grande, en el *teatro de la guerra*, y en pequeño en el *campo de batalla*; pero en éste la *concentracion* es el *pliegue y repliegue*; la *formacion en columna*; el *pase* del órden *extenso* ó delgado al *profundo*. Un batallon pliega, repliega ó despliega sus compañías; pero no las esparce ni *concentra*.

Adviértase de paso que el adjetivo *concéntrico*, tomado de la geometría, y muy usado en el *arte de la guerra*, singularmente en *estrategia*, no siempre se emplea con entera propiedad. *Concéntricos* son en geometría los círculos ó figuras poligonales que tienen «un mismo centro:» cuando un compás, manteniendo fija una punta, se va abriendo ó cerrando, describe *círculos concéntricos*. De aquí toman este nombre los *movimientos estratégicos* que efectivamente se verifican sobre arcos imaginarios de círculos que van disminuyendo progresivamente en radio, supuesto «centro» el lugar que ocupa el enemigo. En este concepto está bien llamada *concéntrica* la célebre invasion de la Francia por los aliados en 1814. Picadas sobre el mapa las posicio-

nes y etapas sucesivas, se ven materialmente «arcos de círculo» con radio cada vez menor, y por consiguiente con disminucion de intervalo entre los cuerpos invasores; pero es inadmisible llamar *concéntricas*—como hacen algunos estratégicos, incluso Jomini—á las *líneas de operaciones* que en abstracto siempre son «rectas.» Una línea recta nunca puede ser concéntrica: será *convergente*, como lo son los radios que concurren en el centro de un círculo; y aquí está el error de llamar *concéntrico* á lo que «tiende ó concurre al centro.» El *frente estratégico* suele ser, y la ciencia recomienda que lo sea, curvo, con la concavidad hácia el enemigo: y las *líneas de operaciones* (verdaderos radios) *convergen*, concurren en el «centro,» en que aquel está hipotéticamente colocado.

Se dirá, pues, con geométrica exactitud que un *movimiento concéntrico* se lleva á cabo por medio de *líneas de operaciones convergentes*.

Divergente, por la inversa, es el adjetivo que corresponde al sustantivo *diversion*. Los radios de un círculo son convergentes al centro: divergentes á la circunferencia. El *frente estratégico* de un gran ejército, así como el *frente* material *de batalla* de una brigada, presuponen á vanguardia una línea perpendicular, *directriz* de la *maniobra* para la brigada, de las *operaciones* para el ejército. Considerado éste en abstracto como un punto, todas las líneas que de él partan en direccion al enemigo formarán ángulos más ó ménos abiertos con la central ó perpendicular, y serán *divergentes*, como los radios de un semicírculo lo son entre sí y con aquel que es perpendicular al diámetro. Toda *diversion* por lo tanto, todo gran movimiento envolvente ó de estratagema se verifica sobre una línea *divergente* y no, como impropiamente se dice, *excéntrica*. El movimiento es el *excéntrico*: la línea, *divergente*.

Movimiento.

Movimiento es voz tan genérica y usual, que abraza desde la primera leccion que se da al recluta hasta las gran-

des *operaciones* de un ejército. El reglamento de táctica vigente (de 1864) encabeza el artículo 4.° de la instruccion del recluta con el título «movimientos de cabeza» y en él dice: el «movimiento» de vista á la izquierda se ejecutará, etc. En el capítulo 3.° del manejo de armas, tambien el artículo 1.° se titula «movimientos de uniformidad.»

El mismo reglamento táctico en la instruccion del batallon (pág. 5) dice: «Movimiento es la accion que ejecuta un batallon, ó sus fracciones, ó un solo individuo para cambiar su modo de estar.»

Por otra parte, dice el estratégico Willisen (pág. 116 hablando de un ejército ... «Para poder expresar la diferencia de los *movimientos*, bien se ejecuten éstos en grandes espacios y en inmediata relacion con las comunicaciones, en cuyo caso son *estratégicos*, ó bien cuando son tan sólo *tácticos*, daremos á los primeros el nombre de *marchas*, y á los segundos el de *maniobras*; y, como la union de la estrategia y la táctica es el *arte de la guerra*, los denominaremos en ésta *movimientos*.» Y añade en la pág. 122: «lo que las *marchas* son para la estrategia, son las *maniobras* para la táctica.» Se ve, pues, cuán lejanos son los dos extremos de la acepcion.

Los *movimientos* en la guerra, que pueden ser *envolventes*, *simulados*, *retrógrados*, *decisivos*, *concéntricos*, *excéntricos*, etc., y que deben siempre fundarse en cálculos de tiempo, distancia y velocidad, entran por consiguiente con más propiedad en la *estrategia*, y abrazan «en teoria y en conjunto» las marchas, maniobras, campos y combates. Una *combinacion de movimientos estratégicos* constituye una *operacion*.

Maniobra.

La voz *maniobra* es, ó debe ser, peculiar y exclusiva de la *táctica*: así como *movimiento*, de *estrategia*. Su significacion parece algo restringida cuando se dice que «maniobra es el conjunto de medios para pasar de una formacion á otra, de un modo de combatir á otro distinto.»

Maniobra en *táctica general ó superior*, y en su más lato sentido, abarca «la combinacion, la direccion, la acciou general de todos los elementos militares para concurrir á un mismo fin *táctico.*»

Evolucion.

Las palabras más técnicas y usuales suelen ser en la milicia, como en todo, las de significado ménos preciso. Los autores didácticos, y áun los mismos reglamentos, descuidan este punto de lenguaje, y es frecuente ver confundidas las voces, *maniobra y evolucion*. El uso tiende, sin embargo, á dejar á la segunda un sentido ménos ámplio, y subordinado al de la primera. *Evolucion* (en el dia, voz más bien de ejercicio, que de guerra) expresa meramente el cambio de *formacion*, ó modo de estar de una *unidad táctica* aislada. Un batallon, un escuadron que de la *formacion* en batalla pasa, de un modo cualquiera, á la de columna ó á la inversa, hacen, cada uno de por sí, una *evolucion*.

Formacion.

En general, la figura rectangular que toma la *unidad táctica*, ó de fuerza, al colocarse sobre el terreno. La reunion de estas formaciones parciales no constituye la *formacion* de un ejército, sinó el *órden*. Un batallon ó escuadron toma tal *formacion*: un ejército ó division toma tal *órden*. Un batallon *forma* en batalla: un ejército se *pone* en *órden* de batalla.

Columna.

En su acepcion más general es la formacion ó disposicion de una tropa, pequeña ó grande, cuyos «elementos»

están colocados unos detrás de otros y paralelamente entre sí sobre un mismo eje ó línea directriz. La *columna* se forma con una compañía por escuadras ó secciones ó con un batallon por compañías, ó con un ejército por batallones. En todos casos se llama *cabeza* á la primera subdivision y *cola* á la última. Bien se ve que, abrazando la voz *columna* desde la compañía hasta el ejército, desde la *estrategia* hasta la *táctica elemental* ha de ser todo relativo á su magnitud numérica. La voz *columna*, tácticamente, es la opuesta de *batalla* ó de *línea*.—*Columna* envuelve idea de *profundidad*, de extension perpendicular á la direccion de su frente. *Línea* es siempre tomada por la extension de este mismo frente ó de sus paralelos. Tambien se suele llamar *columna*, con el calificativo de *móvil ó volante*, al *destacamento* tal como se explica en el capítulo IX: á la reunion de tropas, más ó ménos numerosa, y compuesta de dos ó de tres armas, destinada, con independencia del *grueso* de una division ó ejército, á un fin táctico de cualquier género.

Reserva.

La palabra *reserva* tiene en el dia importancia suma en su triple sentido: *orgánica, estratégica y táctica*, Sobre el primero se ha indicado en el capítulo anterior lo que la índole de esta obra permite; sobre los dos últimos no será inoportuno, siendo este lugar de definiciones, extenderse un poco y autorizar la parte estratégica trascribiendo algunos párrafos.

«Desde el gobierno que prepara las *reservas nacionales*, hasta el jefe de una partida de tiradores, todos quieren tener en el dia su *reserva*.

«Además de las reservas nacionales que corresponden al capítulo de la *política militar*, y que no se forman sinó en los casos urgentes, cuida un gobierno previsor de asegurar buenas reservas para completar los *ejércitos activos*; y al general incumbe despues, el saber disponerlas cuando

están en el radio de su mando. Un *estado* tendrá sus *reservas;* el *ejército*, tambien las suyas, y cada *cuerpo de ejército*, y áun cada *division* ó *destacamento* no se descuidarán en asegurar la que le corresponda.»

«Las reservas *de un ejército* son de dos especies: las que están en la línea de batalla dispuestas al combate y las destinadas á tener ese mismo ejército al completo; estas últimas miéntras se organizan, pueden ocupar un punto importante del *teatro de la guerra* y áun servir de *reservas estratégicas.*»

«Desde que se resuelve la invasion de un país, es natural que se piense en la posibilidad de verse reducido á la defensiva; así pues el establecimiento de una *reserva intermedia* entre la *base* y el *frente de operaciones* ofrece la misma ventaja que la *reserva del ejército activo* en un dia de batalla porque puede volar á los puntos importantes que el enemigo amenace sin debilitar por esto el ejército que opera. A la verdad, la formacion de una *reserva* semejante exige cierto número de regimientos que es necesario separar del ejército activo: no se puede, sin embargo, dejar de convenir en que uno que sea algo considerable tiene siempre que esperar refuerzos del interior; reclutas que instruir; milicias movilizadas que ejercitar, y depósitos de regimientos y de convalecientes de que sacar utilidad: organizando un sistema de depósitos centrales para la fabricacion de municiones y de equipo, haciendo reunir á estos depósitos todos los destacamentos que salen y entran pertenecientes al ejército, y agregando á ellos solamente algunos batallones de buenas tropas para darles alguna consistencia es como se formará una *reserva* que preste buenos servicios.»

«Estas reservas serán particularmente útiles en los países que presenten un *doble frente* de *operaciones* porque desempeñarán los encargos de observar el segundo frente y de concurrir en caso necesario á las operaciones del ejército principal; si el enemigo amenazase sus flancos ó si un revés le obligára á replegarse sobre el de reserva. Inútil es añadir que se debe procurar no caer en desmembraciones peligrosas.....»

«Napoleon sobresalió en el acierto de emplear las reservas *tácticas*, y de ver á la primera ojeada el *nudo*, el *punto-llave* y decisivo de una batalla. Tenia por principio que el que guarda tropas frescas para el dia siguiente al del combate, casi siempre es batido, y que se debe dar hasta el último hombre cuando sea conveniente: pues al otro dia de una victoria decisiva ya no hay obstáculos; la opinion sola basta para asegurar nuevos triunfos al vencedor.» (*Jomini*—Comp. cit.)

Marmont (Esprit des inst. mil.-pág. 24) sin embargo le acusa de haber sido infiel á sus mismos principios en la Moskowa y en Waterloo.

En los *ejércitos de operaciones*, como queda dicho, se llama *reserva* la *masa* de caballería y artillería independiente de las divisiones y afecta á los cuerpos de ejército. Marmont da 6.000 caballos por máximo manejable. Napoleon formó cuerpos de 12.000, que aquel censura porque nunca sirvieron para nada.

Conviene no confundir, en *táctica*, *reserva* con *retaguardia*, ni con lo que en el siglo pasado solia llamarse *tercera línea;* ni con cuerpos ó tropas apostadas en esta tercera, ó en cuarta línea, como *reten* ó *sosten* destinados á reforzar en el acto, á relevar tropas cansadas, á parar un golpe súbito. Esto implica cierta dependencia ó correlacion inevitable con las tropas *de combate*, que cabalmente es lo que hoy se evita. Por *reserva* ó *cuerpo de reserva* ha de entenderse una *masa* de tropa, respetable por su *composicion* más que por su número; independiente de la primera y de la segunda línea, es decir, de las *líneas*, sean las que fueren, *de combate;* cuya masa, generalmente formada en columna y oculta, en cuanto el terreno y los sucesos lo permiten, obra desde luego moralmente, «dando calor,» como decian nuestros clásicos, haciendo espaldas, conteniendo con su sola presencia y su ejemplo el desórden parcial de cuerpos que se conmueven, amilanan y cejan sin motivo. La *reserva* está siempre bajo la mano del *General en Jefe*, fresca, descansada, serena, siguiendo con atencion, pero sin impaciencia ni inquietud, las vicisitudes de la *accion*, ignorándolas á veces. El que estudia, por ejemplo, la célebre batalla de

Marengo y ve en ella la llegada inopinada de la division de Desaix, en el momento supremo en que la batalla se pierde, porque la guardia consular tiene que cejar, encontrará perfectamente deslindado lo que aquí se pretende definir. La *reserva*, pues, en este elevado sentido *táctico*, no es solamente necesaria en el caso extremo de una «derrota», es más indispensable si cabe en la misma «victoria», cuando se quiere que ésta sea completa y aprovechada. Contentarse, como es frecuente, con vivaquear en las posiciones poco ántes defendidas y abandonadas por el enemigo, es un honor estéril que no satisface al buen general. La victoria está en la persecucion, en el aniquilamiento, en el exterminio. Muchas veces no se abandona el campo de batalla por sensible pérdida, ni por miedo, desorganizacion ó desórden: más de una vez ha sucedido retroceder, huir para volver de nuevo y con más brío. Muchas veces tambien las tropas vencedoras han sufrido más que las vencidas; quedan estropeadas, desorganizadas por muertes y heridas de sus jefes, incapaces de otra cosa que de pernoctar y descansar, gloriosa pero inútilmente, en el campo de batalla. Ahora bien: si despues de arrolladas sus varias líneas y despedazados todos sus resortes de resistencia, al iniciar el vencido la retirada, un cuerpo fresco, intacto, avanza presuroso, acomete, acosa, no deja rehacerse, va cogiendo la artillería é impidiendo sobre todo que logre un punto de reposo, tan necesario despues de las fatigas y emociones del dia; se comprende que no le queda otro recurso que volver caras, empeñar nuevo combate, en el que sucumbirá probablemente por su estado moral y material. Esto, como se ha indicado, no puede lograrse sino con un cuerpo «fresco», es decir, que haya estado fuera del peligro y del fuego; que hombres y animales hayan sufrido poca fatiga y tomado buen alimento: esta reserva, en fin, es un «segundo ejército.» Bajo este concepto, inútil es discutir si ha de ser caballería exclusiva ó principalmente la que lo componga, como algunos sientan. Si es *ejército*, dicho se está, que ha de tener todas las *armas:* tropas ligeras, para escaramuzar; tropas de preferencia, mejor de empuje, para acometer y romper;

artillería para destruir, y caballería, indudablemente respetable, para acosar, destrozar y perseguir. En el caso opuesto de derrota, excusado es repetir que esa misma caballería con sus cargas reiteradas, esa artillería con su serenidad y puntería protegerán los escalones, los cuadros, los cuerpos dispersos, que podrán ir dejando grandes espacios intermedios para perder cuanto ántes de vista al que ocasiona su desgracia. Este doble empleo de la *reserva* prescribe en su *composicion* tropas *de preferencia;* no en el sentido de llevar uniforme con vivos verdes ó encarnados, sino tropas sólidas, consistentes, probadas, con jefes serenos y un General experto, reflexivo y audaz á la vez. La fuerza de una *reserva táctica* la determinan los principios generales de organizacion, oscilando generalmente entre 1[4 y 1]6 del total. Por lo demás, repetimos, siempre que la historia de una guerra registra una victoria «debida al *arte* y al General en Jefe», forzosamente se encuentra un hábil y oportuno *empleo de reservas*. Está demostrado desde Ciro en Thymbrea, Epaminondas en Mantinea, Alejandro en Arbelas, hasta Federico y Napoleon en casi todas sus batallas.—En los capítulos IV, VI y VIII tendrán estas ideas oportuno desarrollo.

CAPITULO III.

TÁCTICA.

1. Definicion.—Consideraciones generales.—2. Accion y efecto de las tres armas: infantería, caballería, artillería.

Para Federico II y Guibert, en el último tercio del siglo pasado, *táctica* era el *arte de la guerra* en todo su conjunto y extension: desde principios del presente, la invencion ó adopcion de la *estrategia*, segun queda definida, fué restringiendo el significado, de modo que hoy la *táctica* viene á quedar subordinada á la *estrategia*, puesto que ejecuta lo que ésta proyecta ó dispone.

Está admitida la division de la *táctica* en dos partes: una elemental, particular, limitada, pequeña y siempre reglamentaria; otra compleja, ilimitada, general, grande, superior ó sublime, aunque este último adjetivo parece algo hiperbólico.

En España, por fortuna, la *táctica elemental* de cada arma, la que cabe en reglamento, ha llegado á tal punto de novedad, sencillez y perfeccion, que los extranjeros la reconocen por la mejor de Europa. Nada pues hay que hacer, más que saberla y ejercitarla.

La *táctica superior*, teniendo por esencia y fundamento las múltiples combinaciones de las *tres armas* y entrando

en ellas además otro complicado factor, que es el *terreno*, no puede ya ser encerrada en reglamento, y su ámplia y discutible doctrina, rebosa en voluminosos tratados.

Sobre ella pueden apuntarse breves consideraciones. Desde luego, confinando, ó mejor dicho, enlazándose por su parte más elevada con la *estrategia*, la *táctica superior* ensancha casi indefinidamente su círculo de accion. Da incompleta idea definirla como «arte exclusivo de manejar las tropas en el campo de batalla, ó (segun la frase consagrada) á la vista del enemigo y al alcance de su cañon.» No tiene por objeto único y limitado «combatir bien sobre un terreno dado;» «ni combinar sólo en el acto del combate, la accion y efecto de las armas;» ni atender «al simple mecanismo de las formaciones ó ejercicios de las tropas,» como generalmente se dice. La *táctica superior* ó *general* se desenvuelve en más ancha esfera, que incluye al pequeño destacamento, á la brigada, á la division y al ejército entero. Positivamente, la *táctica* gira sobre puntos indicados por la *estrategia*, como favorables al éxito de una *campaña*; pero ella tiene á su vez eleccion y libertad para determinar el más conveniente al buen éxito de la *batalla*. Y como ésta, en la region de la teoría, no debe ser de encuentro casual ó choque ciego, sinó empeñada á consecuencia y en virtud de *marchas y maniobras*, viene á resultar en conclusion, que la *táctica superior* es una *estrategia* en pequeña escala; que la *táctica* resuelve en espacios reducidos los mismos ó análagos problemas que la *estrategia* en otros más dilatados. Y esto es lo cierto.

La *táctica*, en toda su generalidad, es el arte de ordenar, disponer, mover y combinar *prácticamente* las tropas; ella enseña á formar, conducir y poner en juego todos los agentes y elementos *de ejecucion*; á repartir y arreglar las *unidades de fuerza*; es el arte de los *órdenes* y de las *maniobras* aplicadas y concordantes; ella da conjunto, movilidad y precision á cuerpos diferentes y heterogéneos; ella imprime á un ejército verdadera *actividad* y aptitud guerrera; busca, y encuentra, y vence, y persigue al enemigo, ó bien le burla y esquiva si conviene; tiene mucho ménos de conjetural, y mucho más de positivo, que la

estrategia ; es el alma de las *operaciones secundarias*; es el arte de las *posiciones*, de los *campos*, *de las marchas maniobreras* y difíciles. La *táctica* reconoce y valúa el *terreno*; lo utiliza, prepara y modifica imponiendo sus condiciones á la *fortificacion* (V. cap. XV); previene y se anticipa al enemigo en sus *disposiciones de combate*; obra sin confusion, manteniendo el órden enmedio de un aparente laberinto de hombres, caballos y máquinas; tantea y desconcierta al enemigo, y le obliga á descubrir su intento, ocultando el suyo propio; suple la *inferioridad* numérica; busca sagaz el *punto-llave* de la posicion, y el débil ó vulnerable del enemigo; sobre él, como la *estrategia*, acumula fuerzas y esfuerzos reiterados de valor y de talento; acude á las *reservas* y si al fin rompe, con la victoria, el equilibrio y corta el *nudo de la batalla* ¡ay del vencido! disperso, desbaratado, sin un punto de respiro á la tenaz *persecucion*. Si la fortuna no premia el valor, todavía es la *táctica* la que disputa al vencedor, engreido y ciego con su triunfo, algun resto de gloria en hábil y sangrienta *retirada*. En resúmen, la *táctica superior*, en su mayor latitud, comprende: eleccion y aprovechamiento de posiciones, puestos, campos atrincherados, órdenes y líneas de batalla; grandes maniobras; disposiciones preliminares para el combate; combates, encuentros, choques imprevistos; ataque y defensa de puestos; acciones parciales de vanguardia y retaguardia; ardides, estratagemas, sorpresas, golpes de mano : en fin cuantas *operaciones secundarias* se encargan á un pequeño cuerpo ó *destacamento* aislado, como se verá en el capítulo IX.

Es, pues, manifiesta la íntima y provechosa conexion entre la *estrategia* y la *táctica*. En toda gran combinacion el principio y el fin pertenecen á la primera ; pero los medios son de la segunda; y como dice Willisen, ¿qué son el principio y el fin sin los medios? nada. Y ¿los medios sin principio ni fin? nada tambien. Nunca pueden marchar desunidas ó desacordes la *táctica* y la *estrategia*.

En tiempo de paz, en que esta última está ociosa, la *táctica*, en contínuo y laborioso ejercicio, preside á la organizacion, adiestra al hombre y al caballo, finge y estu-

dia la guerra en cuanto es dable, y se corrige y perfecciona por todos los medios que la puedan hacer sencilla, precisa, flexible y adecuada al carácter nacional.

Queda por consiguiente demostrado que el *es tudio de la táctica,* no solo ha de ser contínuo y perseverante, sinó más progresivo y profundo á medida que el Oficial sube en graduacion.

A primera vista parece que no presenta materia de grave estudio este ramo del *arte de la guerra,* cuyos principios, de puro sencillos, dan en triviales: y sin embargo Rocquancourt advierte juiciosamente «que la mayor parte de los grandes capitanes no han debido su celebridad, más que al empleo de un corto número de combinaciones por largo tiempo ignoradas de sus adversarios, y cuya invencion nos parece hoy de la más *trivial* sencillez.»

No hay cosa más llana al parecer que la instruccion de batallon y su táctica rudimental; pues nada hay— diariamente lo vemos—que más se preste á ideas sistemáticas y extravagantes, que en todas partes atajan los gobiernos por medio de formales reglamentos. Esto en lo más elemental. Pues dígase hoy, en 1867, con el nuevo armamento de la infantería, cómo ha de arreglarse la artillería, y, con ambas armas perfeccionadas, qué nuevo papel *táctico* le corresponde á la caballería.

Dicen que Napoleon dijo en Santa Elena; «es menester mudar de táctica cada diez años» sin duda comprendiendo que le tenía allí el no haberlo hecho. Tambien dice Jomini que «la táctica es la parte de la guerra quizá imposible de sujetar á reglas fijas». Diego de Salazar en su inimitable tratado *De re militari* en 1536, ya decía: «Las cosas nuevas y repentinas espantan los ejércitos.» Vejecio en fin, hace más de trece siglos, sentaba entre sus máximas: «Maniobras siempre nuevas hacen temible á un General: la conducta uniforme le vuelve despreciable.» Y con efecto en la *táctica general* se debe desechar toda rutina, toda costumbre tradicional y extraña á sus constantes móviles y conocidos fundamentos: las *armas* y el *terreno.* Todo el siglo XVIII se ha pasado en sábias y estériles discusiones tácticas, sin acertar á desembarazarse de los resabios del

anterior, ni de aquella singular preocupacion de la *derecha en cabeza* y de las conversiones en batalla «como el minutero de un reloj.» El coronel austriaco que, ingeniándose como un artífice chino, logró escribir con su tropa en el campo de instruccion la cifra de «Maria Teresa,» y el otro coronel francés que, envidioso de esta gloria, escribió á su vez «Viva el Rey» dan la medida de cómo se habia llegado á comprender la *táctica*. Los Generales y Brigadieres alternando en el servicio como Jefes de dia las veinte y cuatro horas, y más á veces, indispensables para desplegar un ejército en *dos líneas*, invariables, sujetas al suelo como con clavos; las célebres marchas en procesion y otra multitud de ridiculeces muestran cómo se entendian ántes, no solo la *táctica*, sino la *organizacion* y la *guerra*. Es menester desprenderse en el estudio y aplicacion de la *táctica*, hasta de los antecedentes históricos, por más que los abone el éxito ó la gloria, y discutirlos siempre á la luz de la sana crítica. El inmortal prisionero de Santa Elena, ántes citado, cometió en Waterloo, con sus disformes y espesas columnas, el mismo desacierto que en Marengo. Su discípulo Marmont, algo irreverente, le acusa de ser tan rutinario y amanerado en *táctica*, como audaz y feliz innovador en *estrategia*. En el intervalo de medio siglo nuestros terribles tercios de Flandes sufrieron por idéntico motivo, por su clásica y bien puede añadirse gloriosa inmovilidad, los desastres de Rocroy, Lens y Fleurus.—Parece increible, pero se necesitan siglos para instituir y perfeccionar una *táctica*. Desde 1515 el cañon francés, triturando, literalmente, la densa falange suiza en Marignano, advirtió que habia concluido el órden compacto, cerrado ó profundo: y todavía hoy, aunque aceptada, no es unánime esta doctrina. La formacion inicial ó normal en ocho fila tarda en irse adelgazando los dos siglos XVI y XVII; á principios del XVIII queda reducida á tres; pero se estanca allí, y necesitan siglo y medio todos los ejércitos europeos, incluso el francés veleidoso, para persuadirse de que basta con dos: cosa que el inglés y el español sabian desde la guerra de la independencia.

Y es, si bien se mira, porque la *táctica* envuelve una

aparente contradiccion. Miéntras exige en su parte *superior* esta perpétua y flexible variabilidad, requiere por otra que sus formas y resortes *elementales* se conserven fijos y reglamentados con una voluntad de hierro: los detalles se han de convertir en hábitos, hacerse puramente mecánicos para la tropa y clases inferiores; poseyéndolos, meditándolos, cultivándolos los oficiales desde su primera juventud. Sobre esta base indispensable hay que contar, para manejar la *táctica superior* con la victoriosa novedad y soltura con que, en sus respectivos tiempos, lo hicieron Gonzalo de Córdoba, el Duque de Alba, Alejandro Farnesio, Gustavo Adolfo y Federico II.

Hoy, como queda dicho, la *táctica elemental* vigente en España parece haber llegado al extremo de la perfeccion. Si, como dice Luis Blanc, «el eterno problema de todas las evoluciones es el de ocupar poco espacio y ganar mucho tiempo;» si, como dice San Miguel, «la brevedad es el alma de la táctica» sin duda alguna el problema está resuelto y el secreto revelado.

El batallon (y el escuadron) de hoy es un perfecto y precioso instrumento de guerra, fuerte, sólido, flexible, elástico, manejable, divisible; que á la voz de un buen Jefe puede realizar los pensamientos más audaces, las combinaciones más complicadas que surjan en la imaginacion de un general maniobrero.

A la *táctica superior* concierne no desperdiciar, ni malograr en lo futuro estos inmejorables elementos ó *unidades tácticas*.

Unidad táctica, en las diferentes especies de armas, ya se sabe que es aquella fuerza numérica que la experiencia ha demostrado ser más manejable, y amoldarse en todas ocasiones á las tres condiciones fundamentales á que deben satisfacer las tropas: *fuerza*, *solidez* y *movilidad*. Esta *unidad* en las tres armas, aunque oscile entre límites bastante apartados, nunca debe rebasar el inferior, por lo que debilita; ni el superior, que está determinado por la condicion precisa y práctica de que el comandante, no solo vea, vigile y áun conozca á cada individuo, sinó que su tropa entera *en batalla* esté al alcance de su voz.

La *unidad táctica* (y en 1867 orgánica y administrativa) de infantería es el batallon; en caballería el escuadron, y en artillería la reunion de seis á ocho piezas en batería ó compañía.

Las advertencias que ilustran la parte prescriptiva de los reglamentos vigentes, bastan para guiar y esclarecer el criterio del oficial. En el «Proyecto de táctica de las tres armas» encontrará el jefe un copioso raudal de sana doctrina. Merecen ser copiadas á la letra, las bases, tal como se fijan en la pág. 19. (edic. de 1864.)

«1.ª La teoría de los movimientos y maniobras debe fundarse sobre los medios acreditados por la experiencia, como más convenientes y fáciles al frente del enemigo, toda vez que el objeto de dicha teoría no es otro que el de formular y explicar anticipadamente las prácticas recibidas como útiles y necesarias en la guerra.»

«2.ª Debe concretarse la instruccion táctica á lo precisamente indispensable, desechando todo lo que no sea de conveniente aplicacion en campaña, empezando por simplificar la instruccion del soldado, despojándola de todo lo inútil ó supérfluo, y concluyendo por reducir el número de movimientos á los puramente necesarios. Las voces de mando deben acortarse del mismo modo, en cuanto sea compatible con la claridad é inteligencia.»

«3.ª Los reglamentos de las tres armas deben asimilarse, en lo posible, en sus principios, en sus medios de ejecucion y en sus voces.»

«Estas tres bases encierran la fórmula de nuestro pensamiento: una táctica de guerra; una táctica sencilla para que se aprenda bien y pronto; una táctica en vez de tres, para que al ménos los principales movimientos de las tres armas sean conocidos de todos.»

«Establecidas estas bases, hemos desprendido de ellas los siguientes principios:»

«1.° La realizacion de todos los movimientos debe ordenarse de forma que siempre se verifiquen bajo la proteccion recíproca de las fuerzas que evolucionan, conciliando con esta necesidad la rapidez posible en la ejecucion.»

«2.° La formacion y evoluciones de las tropas no deben

retardarse por respeto al órden numérico anterior ó primitivo de las fracciones, ó por la situacion de las filas en infantería.»

«3.° Son formaciones normales indistintamente la batalla y la columna, puesto que en uno y otro órden puede atacarse al enemigo.»

«4.° Debe admitirse el órden escalonado para todos los movimientos en que, el todo ó parte de la fuerza haya de volver la espalda al enemigo durante la ejecucion.»

«5.° Deben facilitarse con preferencia las formaciones en líneas oblícuas, por ser las de aplicacion más frecuente y útil en los combates.»

Pero despues de bien estudiados, comprendidos y ejercitados los preceptos reglamentarios, el jefe y el oficial no deben perder de vista que la táctica es *arte*, y arte, no como los otros de ejecucion tranquila en el taller, con dóciles é inertes elementos, como los colores ó el mármol; sinó de práctica difícil y azarosa; de inspiracion momentánea, de trascendental consecuencia al frente de millares de hombres „ que si arrostran el peligro, no es por que lo desconozcan, sinó porque, además del *deber*, tienen la confianza de que se lo hará más pasajero la *habilidad* de quién á él los conduce.

En materia de reglas, nadie disputará la autoridad al que con tanta gloria supo estatuirlas y aplicarlas, en tiempos que todavía podemos llamar nuestros; pues, oigámosle en las dos máximas siguientes:

«Todas las cuestiones de gran táctica son problemas físico-matemáticos indeterminados, que tienen varias soluciones y no pueden ser resueltos por las fórmulas de geometría elemental ¿Se aprende en la gramática á componer un canto de la Ilíada, ó una tragedia de Corneille?

. . . .

«La teoría no es la práctica de la guerra. Las reglas son buenas para dar ideas generales, que forman el espíritu, pero siempre es peligrosa su estricta ejecucion. Son los ejes que deben servir para trazar la curva. Por lo demás, las reglas obligan á raciocinar, para saber si debe uno separarse de ellas» (*Napoleon I.*)

2. Accion y efecto de las armas.

Infantería.

El renacimiento del *arte militar* tuvo lugar por la propagacion de la pólvora y la preponderancia de la infantería en los ejércitos. Durante los siglos XVI y XVII, los memorables tercios españoles dieron en Flandes, en Italia, en Africa, en el mundo entero, la ley ó norma táctica: y ni entónces las poderosas naciones que los combatian, ni hoy el mundo militar se atreve á cercenar á nuestra infantería la fama imperecedera y legítima que debe á su singular aptitud de ataque y resistencia; á sus increibles dotes de paciente docilidad, de constancia y dureza en la fatiga; á sus especiales y casi opuestas condiciones de soltura, solidez, agilidad y bravura. España es «por confesion de extraños» la tierra clásica de la moderna *infantería*. Ella constituye hoy el nervio de todos los ejércitos permanentes. Es el arma de fondo, la primera materia, la más abundante y barata, la más facil de reclutar, mantener, educar, instruir y formar. La infantería sirve para todo: es el arma de todas las ocasiones, de todos los lances, de todos los terrenos, de todos los climas, de todas las estaciones, de todas las horas del dia y de la noche. Con ella sola se acomete cualquier empresa; sus pocas necesidades son al punto satisfechas; con su armamento uniforme, su equipo sencillo, su táctica inmejorable, todos los movimientos son rápidos, claros, expeditos. La infantería tiene evidente superioridad *táctica* por su triple accion, de fuego, choque y resistencia: tiene, como más numerosa, superioridad *orgánica*, y de ella se extraen hombres para obreros, para ayudar en servicios técnicos, para todas las pequeñas industrias de un ejército, que, abriendo las operaciones de una campaña, se trasforma en una verdadera colonia móvil, en una gran tribu errante. A la infantería incumbe el principal papel, casi exclusivo, en la guerra de *sitios y posiciones*, en la guerra *de montaña*, en todo ataque y defensa

de *puestos*. Ella empieza las batallas; engruesa las escaramuzas; cubre gran parte del *servicio avanzado;* combate entre la niebla y la oscuridad de la noche, esquivando ó acometiendo á las otras armas, á las que tambien resiste en pleno dia y en todas circunstancias, á las que siempre sirve de apoyo y proteccion.

Todo esto es innegable. Pero en manera alguna debe deducir el oficial de infantería ideas vanas de absoluta superioridad y aislamiento; pretensiones de avasallar; ni mucho ménos, bajo el manto falaz del espíritu de cuerpo ó «de arma,» mantener vivas esas eternas y pueriles cuestiones ó rencillas de «primacía y precedencia,» propias de tiempos que ya pasaron; y que por fútiles que sean en «el cuerpo de guardia,» pueden ser perjudiciales y hasta desastrosas en «el campo de batalla.» La *infantería* es parte integrante y la más principal, pero parte y no el todo de un *ejército* bien *constituido*: á ella le incumben, es cierto, el deber y el honor de preparar, ayudar, proteger, cubrir asegurar, acrecentar la *accion* y los *efectos* de la caballería y artillería; pero de estas dos armas—que no son *accesorias* por más que se diga—recibe á su vez la *infantería* mútuo auxilio, proteccion y aumento de valor. Es verdad que en país quebrado ó montuoso, y en llanuras con sus cuadros, la *infantería* puede contrarestar á la caballería; es verdad que detrás de un monton de tierra, y en campo raso, puede esquivar la artillería pero ¿de qué sirve una victoria, si no se aprovecha? ¿qué hace la *infantería*, despues de rota una línea de batalla, sin rápidos ginetes que concluyan de desbaratarla y emprendan sangrienta *persecucion*, complemento indispensable de la derrota? ¿por dónde han abordado la línea enemiga las *columnas de ataque*, sinó por el camino que le han trazado y por la brecha material que abrieron las balas, las granadas, la metralla de una artillería, serena en el peligro, certera en su fuego, rápida y audaz en sus maniobras? La *infantería*, por más que pueda escalar el cielo, no hace figura muy airosa, ella sola sin *artillería* ni *ingenieros*, ante los profundos fosos y las altas escarpas de una *plaza fuerte*..... Se citan estos casos como prueba de la reciprocidad de *accion* y de *servicio*, de la co-

nexion íntima y, si pudiera decirse, de la «confraternidad táctica» que deben reinar en las *tres armas*, para formar de un *ejército*, en paz y en guerra, un *todo* trabado, compacto, armónico, y capaz por consiguiente de esos esfuerzos inauditos, que reuniendo en una todas las fuerzas y todas las voluntades, producen increibles resultados y memorables hechos.

A este principio fecundo de mutualidad, de unidad, de *composicion*, se obedece en todas las páginas de este libro, cuya forma causará quizá alguna extrañeza por lo desusada. Aunque dirigido especialmente al *Oficial de infantería*, sería comprender muy mal su instruccion y su provecho, vendarle los ojos para hacerle oir una especie de himno exclusivo en honor del «arma». Efectivamente, lo primero que debe conocer á fondo el oficial es su arma *propia;* pero no lo logrará sino á medias, ignorando «por sistema» cómo las otras la atacan, cómo de ellas se defiende, y qué fuerza y apoyo dá ó quita su reunion y separacion. Manuales hay, sin embargo, en que se trata de un arma *sola* como si no hubiera más en el mundo. En el dia no es admisible ese sistema, que, como lisonja es vano, como doctrina, perjudicial. El *arte de la guerra* no se puede dominar, sinó como todo se domina, alzándose sobre la vulgaridad: el Capitan hoy, mañana será Jefe, algun dia Oficial *general*, y mal podrá tener la «generalidad» de conocimientos y aptitudes, que el nombre mismo indica, si no comienza desde muy temprano á estudiar y comprender ese *todo* que le rodea, y del cual forma parte mínima, pero esencial é integrante.

En la natural indecision que hoy reina en materias de *tactica* y *composicion*, por los progresos de las armas de fuego, parece que la infantería, adoptando el órden delgado y el disperso, puede, no sólo contrarestar, sino combatir hasta con ventaja á la artillería. Efectivamente su metralla, aunque vaya en *shrapnells* (granadas rellenas de balas) no alcanza á un ala de buenos tiradores, que echados en el suelo, ó cubiertos por una ligera ceja, vayan derribando y poniendo fuera de combate los oficiales, los sirvientes, el ganado. Hasta ahora, por regla general, la

infantería, habiéndoselas con buena artillería, lo que procura evitar á toda costa es la *enfilada* y el *rebote*, no presentando nunca la *diagonal* de sus columnas, ni la *prolongacion* de su línea de batalla; moverse y maniobrar con tino; buscar en fin abrigo en el *terreno* en un pliegue, ceja ú hondonada. En caso de ataque debe ser éste, como siempre que se dice *á la bayoneta*, resuelto y vigoroso. Se ha de contar con que la artillería, por regla sabida, nunca está *sola*: la apoyan tropas de un arma ó de las dos juntas; hay, pues, que atender á dos cosas, y dividir el ataque en dos secciones con accion concorde y simultánea; la que va de frente contra las *piezas*, avanza, como es natural, en *guerrilla*; pero la destinada á tomar de flanco los *sostenes*, forzosamente marcha *compacta*. Si por los trances del combate, logra que estas tropas *de sosten* se embrollen y lleguen á ponerse delante de la batería, tapando sus fuegos, las piezas quedarán facilmente envueltas y el resultado evidentemente se conseguirá á ménos coste.

Casos se cuentan—muy raros por supuesto—de acometer la infantería á la caballería. César lo hizo en Farsalia; los españoles lo hemos hecho, y los ingleses, y los prusianos, y en general cualquiera infantería *consistente* y excitada por el triunfo ¿Quién dice que en lo futuro, con el nuevo fusil, no puedan repetirse? pero de todos modos estos ejemplos agresivos deben considerarse como anómalos y extraordinarios. La «accion normal» de la *infantería* contra caballería siempre será *defensiva*: lo mejor, por decontado, es *utilizar el terreno* y poner obstáculo intermedio; pero áun en llanura rasa los *cuadros* son la fórmula. Tan instintiva y lógica es esta disposion táctica, que lo mismo la usaron los griegos contra los persas que los romanos contra los partos, que los frances y nosotros contra los árabes. Afortunadamente el *cuadro único* de la táctica vigente llena todas las condiciones exigidas á este género de formacion. Con él es imposible aturdimiento, ni vacilacion; pero lo importante, y no muy fácil por las circunstancias, es mantener sangre fria, órden y silencio en las filas. Antes se aconsejaba (en los libros) tirar poco y bien: hoy parece más cuerdo, con las nuevas armas, tirar todo lo

que se pueda. En el campamento de Chalons (1866) se han hecho ensayos, y un caballo recibe, ó puede recibir muy bien, tres ó cuatro balazos en el trayecto de la carga. Si la caballeria anda reacia, y caracolea mucho en lontananza, todavía puede una *infanteria sólida* ostentar su aplomo haciendo salir algunos buenos tiradores á los ángulos, dejando silenciosas hasta el momento supremo las caras del cuadro. Evidentemente hay probabilidades, no de victoria sinó de salvacion en una buena infantería cargada por la caballería «sola.» Pero—y aquí sobrevienen las anteriores consideraciones—si esta *caballería*, como puede y debe ser, maniobra en combinacion y fraternidad con *infanteria* (en una retirada, por ejemplo) ¿que hará la *infanteria sola* en su cuadro? Y si, como casi siempre sucede y debe suceder, la *caballeria* maniobra conjuntamente con *artillería* ¿qué recurso le queda á la pobre *infanteria sola?* —Morir..... hecha pedazos, batida en brecha, como los memorables tercios de Rocroy en 1643.

En el dia tiende á borrarse como en España en toda Europa la antigua, y últimamente convencional, distincion entre la infantería *de línea* y *ligera*, que en resumidas cuentas venia á consistir en el color de los vivos, blancos ó amarillos. Hoy el *instituto de cazadores*, tal como viene de 1848, responde mejor al objeto. En ciertos países, como dijimos de Austria, en que hay visible diferencia de aptitud física entre el soldado croata y el tirolés, las varias *especies de infantería* son comprensibles; no así en Francia que todavía conserva en 1867, *granaderos* con gorra de pelo, y *«tirailleurs, chasseurs* y *voltigeurs.»*

A la infanteria *de línea*, en los tiempos de la táctica apelmazada y napoleónica, en que todo era columna cerrada, masa y conjunto, no se le exigia mucho individualmente, sinó las condiciones colectivas de firmeza, solidez y frialdad. En aquellos tiempos de Austerlitz y Waterlóo, continuados por los rusos en Alma é Inkermann, no se concebia que la *unidad-batallon* tuviese pretensiones de formar *columna* por sí. La *columna* solia ser más gruesa y respetable, como que entraban por elementos, á manera de escuadras hoy, los batallones y los regimientos ente-

ros. En tamaña exageracion de robustez, la «individualidad,» no ya del individuo sinó de la *unidad táctica* elemental, y áun de la *brigada* por completo, quedaba materialmente ahogada, perdida; allí no habia más horizonte que el de la visera del chacó, ni más obligacion que el tacto de codos y cerrar el hueco producido por la bala de cañon. No era, pues, necesario en la infantería *de línea* constantemente encajonada entre sus guías y oficiales buscar soltura, agilidad, ni inteligencia.

En el *cazador*, por el contrario, usando rara vez la masa y la bayoneta, pues su órden habitual es el abierto y disperso, se requiere, lo primero de todo, «individualidad;» luégo robustez y destreza, y cierta clase de valor, que casi pudiera llamarse «elástico,» pues tan pronto se acerca á la audacia como á la prudencia; y á veces, en el mismo cuarto de hora, tiene que mostrarse temerario y cauteloso; horas, dias enteros, en perpétua *escaramuza*, se le van en empujar y cejar, en ganar y perder, segun le manda la corneta. Hombres de esta flexibilidad y de este temple son preciosos, y no muy abundantes en ciertos paises; pero en España hay la ventaja, á cambio de algun otro inconveniente, de que el *infante* nace, y aprende, y vale, y sirve para todo lo que le mandan.

Es singular por cierto que la historia registre en sus más remotos anales esta universal aptitud, esta movilidad y agilidad, esta tendencia nuestra á lo expedicionario, á lo ligero. Desde las primeras noticias que nos dan los romanos de nosotros mismos (véase Tito Livio—XIV—40 y XXIII—26) el tipo que allí resalta es el hondero balear, y una caballería que rivaliza con la númida. Allí se ven ejemplos de esa conexion, ó mejor fraternidad táctica que aquí se recomienda; infantes á la grupa para marchar con celeridad; ginetes que echan pié á tierra en ciertos casos para reforzar y socorrer á su infantería.

Caballería.

Ordinariamente se llaman armas *accesorias ó auxiliares* la caballería y la artillería: no porque sea usual, deja de

ser algo inexacta esa calificacion. Rigorosamente hablando, accesorio es lo no «esencial:» y si esto lo constituyese hoy exclusivamente el hombre á pié armado con fusil, no cabe duda en que todo lo demás es «accesorio.» Pero el *ejército moderno* se compone de álgo más, de mucho más, que de hombres con fusiles; y puede llegarse, usando ciertas palabras sin correctivo, á bastardear ó pervertir las ideas. Positivamente, la *caballería* no es arma «tan esencial, tan general» como la *infantería*; pero ésta hoy no puede en buena organizacion pasarse sin ella, y la caballería es, como *arma táctica*, principal é importantísima. Sabido es que en la antigüedad singularmente, y luégo en la edad media constituyó el *nervio* y fondo de los ejércitos, y de los pueblos armados, como partos, tártaros, escitas, númidas, bárbaros, arábes; pero áun modernamente, Napoleon I asienta en sus Memorias que 20.000 caballos y 120 piezas equivalen á un *ejército* ordinario y completo de 60.000 hombres. El mismo deplora amargamente lo incompleto y estéril de sus últimas victorias, por la inferioridad de su caballería; al paso que la enorme masa que presentaron los aliados, era la que daba fuerza y trabaron al círculo de hierro, que fué estrechando el radio, y concluyendo con todos los recursos de su talento y de su desesperacion.

Desde luégo hay que confesar que la *caballería*, relativamente á la infantería, es arma complicada, costosa: pero lo complicado y caro de una cosa no prescribe que haya de ser supérflua. Hoy mismo, sin ir más adelante, los ferro-carriles aunque costosos no son por cierto «accesorios;» las cápsulas, las armas rayadas y cargadas por la culata, objetos de lujo hace treinta años, no son hoy auxiliares en un *ejército constituido*. Que la *caballeria* moderna, como la *artillería*, como la *fortificacion*, como la *marina*, sean costosas, está fuera de duda; pero que la perfeccion simultánea de «las cuatro» indica el alto grado de la civilizacion de un pueblo, no hay para qué demostrarlo.

La caballería es un arma realmente delicada y de minuciosos pormenores: para ella es cuestion capital la reu-

nion de ínfimos detalles, de montura, herraje, forraje y cuidado diario; por él y porque el caballo necesita descansar de noche, no madruga tanto como la infantería; por todo ello la caballería se destruye muy diseminada en *puestos*, ó cuando sufre mucho la intemperie en el *vivac*. Es verdad tambien que su fundamento y su alimento es la *remonta;* que debe elegir y educar bien sus ginetes, y que no sólo necesita, para obrar, la inspiracion y la ojeada militar de un buen jefe suyo, la luz del dia, y hasta el buen temporal, sinó que su *accion táctica* está frecuentemente limitada por los varios accidentes del *terreno*. No solamente necesita ante sí ancho espacio, llano y despejado, para tomar impulso y velocidad, chocar y revolverse; sinó que cualquier tropiezo la detiene: un riachuelo, un camino hondo y fangoso, un pedregal, una tierra con labor profunda, una zanja, un atrincheramiento por flojo que sea. En *guerra de montaña* su importancia mengua: su número relativo decrece por lo tanto; mas no por eso escluye su notoria é indispensable utilidad. Recuérdese en la guerra civil, qué pronto, á pesar de inauditas dificultades la crearon los carlistas, y no fué por cierto tan secundario su papel.

La primera idea que despierta instintivamente la *caballería*, y que formulaba por completo la irregular de los antiguos, es un no sé qué de bravío, de emprendedor, de instantáneo: una sensacion de torbellino revuelto y polvoroso. No se concibe ciertamente la caballería defendiéndose: el fuego, la repulsion, la quietud, la *defensiva* es excepcion: para ella siempre el ataque, el choque, la carga, la ofensiva.

Al revés en la *infantería* se percibe siempre algo lento, maduro, mesurado. Entre las dos ideas, casi simultáneas en caballería, de la agresion y de la fuga, nace en la infantería y crece una idea fuerte, resuelta, de resistencia, de tenacidad, de reiteracion. Pero por esto cabalmente ambas armas se armonizan y completan mútuamente en los ejércitos bien constituidos y organizados.

La caballería—dejando por ahora su principal accion—ayuda y completa á la infantería *divisionaria* en el servicio

avanzado, en patrullas y descubiertas; en difíciles maniobras de vanguardia, flanqueo y retaguardia; en escaramuzas, reconocimientos, destacamentos, escoltas de generales, de socorros, convoyes y forrajes. Siempre la caballería vela contra toda tentativa por los flancos expuestos de la infantería; siempre la costea y cubre; siempre refuerza sus alas, cuando están mal apoyadas al terreno. Al primer síntoma de flojedad y confusion en las filas revueltas y mermadas de la infantería, ella se arroja adelante; traba escaramuza, caracolea en tiradores, ó carga á fondo; pero de todos modos atrae el fuego y la atencion del enemigo, y al calor de su bravura toma respiro y vigor para rehacerse la infantería fatigada ó rota.

Por otra parte, la *accion táctica* de la caballería en tal manera depende del armamento y de la *especie* y *calidad* de la infantería, que hoy, á consecuencia de las pasmosas mejoras del fusil, los militares pensadores, reconociendo que es imposible obrar con sujecion á las leyes tácticas de principios del siglo, andan asáz embarazados y perplejos para prescribir, ó mejor dicho, para adivinar las inevitables modificaciones que podrán convenir.

Positivamente, ante la carabina de 1867, podria decirse que el ginete vuelve á encontrarse en situacion muy análoga á la del caballero con armadura ante el imperfecto arcabuz del siglo XV; la guerra de Italia y la más reciente de Alemania han modificado radicalmente las ideas napoleónicas de *masas* enormes y exclusivas para todo: masas de caballería; masas, ó mejor falanges macedónicas, para infantería. No parece que con el cañon y el fusil actual puedan volver á repetirse, en iguales condiciones, las brillantes cargas de Kellermann, Poniatowsky y Murat.

En tal perplejidad, la prudencia aconseja huir en lo futuro de dos extremos; ni desmenuzar la caballería en *turmas* romanas, como el Duque de Alba ó Gustavo Adolfo; ni repetir las enormidades de Luis XIV ó del primer imperio francés.

La caballería hoy parece que debe ser esencialmente *divisionaria*, con pequeño cuerpo *de reserva*; contar á la *artillería* como parte integrante suya, y mantener con la *in-*

fantería una intimidad, una ligazon *táctica*, tan cultivada en el campo de asamblea y de batalla, que no pueda ya repetirse un pánico, ni oirse jamás el vergonzoso «nos cortan» por falta de costumbre de sentir á retaguardia las sonoras y polvorosas maniobras de los escuadrones propios.

Todo lo absoluto y escolástico está reñido con la *guerra*, de suyo vária y circunstancial. Eso de dividir las *batallas* en actos, como una tragedia clásica, con su coro de exposicion en las guerrillas, el enredo de la fábula con la artillería é infantería, y luégo un desenlace en que la caballería concluye con todo, como Don Quijote con el retablo de maese Pedro, es amanerar las cosas, y exponerse á inculcar principios falsos, de los que luégo se desprendan reglas infecundas, inexactas ó inaplicables.

Por eso no conviene fijar y estatuir como «doctrina» que la accion de la caballería sea *única* y *resolvente*, segun dicen algunos libros muy modernos. En rigor no es ella sola la que obtiene, sino la que decide y completa la victoria. La artillería trastorna y conmueve; la infantería rompe y desbarata; la caballería dispersa, acuchilla, coge prisioneros. Ahora y ántes esa *accion* ú oficio de la caballería es *múltiple* é indefinible. En la guerra de nuestros dias, tan rápida y activa, la accion constante y general de la caballería es por excelencia exploradora, descubridora, limpiadora, si se permite la voz, de los extensos frentes, de los profundos flancos del ejército moderno, al cual debe protejer, envolver y penetrar, á la manera que la atmósfera envuelve á la tierra. En el drama, no clásico, sinó romántico y descabellado del *combate*, la caballería, en pocos minutos, puede cargar en densa muralla ó en dispersos tiradores; despejar el paso de una columna; convoyar, cubrir y estar á la defensa de una artillería maniobrera y atrevida, que busque á vanguardia una diagonal mortífera sobre el frente enemigo. Lo de la accion siempre *final* y *resolvente*, presupone una victoria infalible, á cuya idea es peligroso aficionarse: la caballería no siempre que se lanza resuelve ó vence; y lo que debe prevenirse es que no pierda la cohesion, la fuerza de resorte en la maniobra, que debe serle habitual, de retirada divergente y presurosa,

para eludir cuanto ántes el fuego enemigo. Conviene imbuir en la caballería, con la idea abstracta del *choque* ¡único, la mas usual y práctica de *escalonamiento*, de reiteracion. Todo en esta arma es efectivamente veloz y arrebatado: «la caballería es un arma de inspiracion» dijo Guibert; pero todo tambien es relativo, y dentro del torbellino de sus maniobras, cabe, para el jefe sereno y amaestrado, cierta ojeada, cierto aplomo, cierta mesura que no están reñidos con la agilidad y el valor.

Entre la «incertidumbre táctica» que hoy reina en lo concerniente á *caballería*, se observa una tendencia marcada á no dejarle sólo el arma blanca, como elemento ofensivo; volviéndole la de fuego, como para darle ¡alguna accion defensiva, y en cierto modo aptitud de repeler y contener. Tambien se ve la tendencia á la reduccion de sus varios *institutos*. En las potencias del Norte la caballería se divide en sus tres distintas y naturales agrupaciones: *gruesa, ligera é irregular*, lo cual permite clasificar su *servicio*, y en esto se funda su excelencia, más quizá que en la calidad y el número. Napoleon queria cuatro especies: exploradores (éclaireus), caballería ligera, dragones y coraceros. Realmente no se alcanza qué distincion cabe entre las dos especies primeras; tampoco se comprenden hoy los dragones, ni ménos se entiende en qué puedan apoyarse los franceses para mantener eso que llaman caballería *mixta ó de línea*, èntre su caballería pesada, gruesa ó *de reserva* y su caballería *ligera*: ostentando *seis* institutos, al parecer diferentes, y que en el hecho son *tres*, con nombres duplicados, á saber: carabineros, coraceros, dragones, lanceros, cazadores y húsares. Los dos primeros constituyen la caballería *gruesa ó de reserva*; los dos segundos esa otra caballería llamada *de línea*, sin saber por qué, y los dos terceros la *ligera*.

No parando mientes sobre que la coraza sea dorada ó blanca, ó en que el chacó sea chaskás, basta racionalmente con las dos especies ó institutos de *gruesa* y *ligera*, cuya diferencia en España tambien podria declararse convencional. Por condiciones, que deploramos, de nuestra raza caballar, y por consiguiente de la poblacion ecuestre, no

será posible cumplir en muchos años con las reglas hasta aquí tenidas por clásicas en este ramo de organizacion. Pero tal es, repetimos, la irresolucion en que oscila todo lo relativo á esta arma principal, que en una obra publicada sobre ella en 1866, por un entendido oficial se lee lo siguiente: «Examinados rápidamente los *institutos* vemos que no hay razon que justifique su existencia. El arma principal de la caballería es el caballo, su cualidad poderosa la velocidad. Cuanto más ligeros sean, más brevemente pasarán el espacio de fuego, y por lo tanto ménos pérdidas sufrirán, ó lo que es lo mismo, llegarán más intactos al enemigo. La caballería no combate *sola;* combinada con la artillería forman un precioso conjunto, tanto mejor cuanto mayores sean las cualidades de ambas. El fuego ocasiona el desórden: las armas blancas hacen pagar caros los efectos de aquel. No hay más que *una sola clase de caballería:* la que combate en órden cerrado y abierto llevando una arma blanca y otra de fuego» (*D. G, Guzman* —Est. sobre la org. y táct. de cab.—pág. 9). Esto es radical.

En la infantería ya queda dicho que, no España, sinó Europa vá borrando la antigua distincion de línea y ligera: en caballería ha tenido, y quizá sigue teniendo, mayor razon de ser y continuar.

Realmente parece necesaria una *caballeria gruesa,* pesada, ó de línea, ó de reserva, ó como quiera llamarse, que, compuesta de hombres y caballos poderosos, siempre oculta y resguardada en el *campo de batalla,* sin comprometerse en despliegues prematuros hasta el momento supremo, pueda «soltarse en él» y avanzar, como el huracan efectivamente, rompiendo los últimos obstáculos, anulando las últimas resistencias, pasando por encima y desbaratando cuanto se le ponga delante. Pero bien se comprende que esta *caballeria gruesa,* por su índole, no admite la *escaramuza* ni el caracoleo en el *combate;* no puede en rigor lanzarse á larga y dispersa *persecucion;* mucho ménos hacer de continuo el *servicio ligero* y diseminado (que la destruye más que el fuego enemigo) de *reconocimientos, descubiertas, exploraciones, avanzadas, escoltas* y *sorpresas.* Parece pues

conveniente, al paso que se ensanche el *instituto ligero* de húsares ó cazadores, que es lo mismo fuera del uniforme, conservar un cuerpo *de reserva*, no pesado porque este adjetivo es inaplicable á caballería, sinó más poderoso, más «compacto.» La conservacion, la continua vigilancia, la estricta disciplina, la minuciosa policía, la incesante revista, el mando mismo imponen á la caballería *de reserva* la necesidad de no interpolarse mucho, ni áun en el *campo de batalla*, con la *infantería*; de hacer las marchas más acompasadas, sola, no en columnas procesionales de 12.000 caballos, como la de Murat en Rusia, pero en trozos razonables y fáciles de reunir á la vista del Comandante general. Este cuerpo pequeño y proporcionado de reserva, bajo su mano serena é inteligente, puede responder á todas las condiciones de oportunidad, celeridad, ímpetu, progresion y choque.

Artillería.

La artillería en su nacimiento sólo sirvió para defender inmóvil los muros de las fortalezas. Arrastrada más tarde en frente de ellos, y luégo, con gran trabajo, al campo de batalla, debió ser efectivamente ineficaz y embarazosa. Sin embargo, ya en el mismo siglo XVI consta la rara habilidad y soltura con que, para aquel tiempo, sabian manejarla nuestros *tercios* inmortales; en el XVII le dió Gustavo-Adolfo movilidad perfecta *de campaña;* en el XVIII, no contento Federico II de Prusia, inventó las baterías *á caballo*, ó como en España se dijo, *artillería volante*, que jugó con los escuadrones maniobreros del célebre Seydlitz. Parece imposible, despues de esto, que hombres del talento de Guibert y de Darçon, y otros muchos copiándolos, se hayan obstinado en sostener y propagar la semejanza perfecta, respecto á ineficacia y embarazo, de la *moderna artillería* con las toscas é inocentes *máquinas* de *proyeccion ó tiro* anteriores á la invencion de la pólvora. Y sin embargo, á tal extremo conduce la exageracion del espíritu doctrinario. Guibert llama desdeñosa-

mente á la artillería «accesorio útil é importante para las otras dos armas.» Darçon, y muchos con él, sostiene textualmente que «la excesiva multiplicacion de la artillería es signo inequívoco de decadencia militar» (*Considerat.*—pág. 30.) De aquí lo que todavía se escribe hoy: «á malas tropas mucha *artillería* y mucha *fortificacion*» ¡Vulgaridad lamentable! Las malas tropas, con todo lo que se les añada seran peores. Se citan estos dos autores, á quienes nadie ha logrado aventajar en lucidez para la exposicion de doctrina, con objeto de que el oficial, ejerciendo crítica sepa discernir la *doctrina* buena de la mala, ó de la que, sin ser uno ni otro, es quizá peor por lo añeja. Napoleon I se dejó de reglas y de escrúpulos doctrinarios, declaró resueltamente á la *artillería* el arma superior, y todos sabemos los prodigios que hizo entre sus manos hábiles este elemento de guerra formidable. Es verdad que no todas las manos tendrán pulso y fuerza para manejar baterías de 100 piezas, como la de Wagram; pero el *principio táctico* allí demostrado siempre quedará en pié, cuando su aplicacion sea proporcional y oportuna.

Hasta hace poco en la *composicion* de un ejército la regla teórica, invariable, asignaba—sin decir por qué—una pieza *de batalla* á cada mil hombres; luego se ha ido subiendo á dos, á tres; en la guerra alemana de 1866, el conjunto quizá pasa de cinco y es de temer que en las futuras no se detendrá la progresion. La *artillería*, pues, *de batalla* se entiende, arma principal, indispensable en buena *organizacion* y en buena *táctica*, conservando su terrible accion demoledora, cuando se concentra en grandes masas, y forma trenes y parques inmensos *de reserva*, se esparce además en sueltas y manejables *baterías* hasta por los más pequeños miembros de la organizacion *divisionaria*. En todos tiempos la *division*, como primer elemento táctico, ha llevado afecta su artillería peculiar; hoy no sólo la division, sinó la *vanguardia*, la *brigada*, el *destacamento* móvil y suelto, no pueden prescindir de llevar consigo algunas *bocas de fuego*. Así la artillería *moderna* tiende por lógica é irresistible consecuencia, á plegarse y asimilarse, á estrechar más su conexion *táctica*

con las otras dos armas; y si por una parte el oficial facultativo tiene que recorrer todos los grados de aptitud, desde el mando de una seccion, afecta al destacamento de unas cuantas compañías, hasta el de la inmensa batería que despuebla un campo de batalla, tambien á su vez los jefes y oficiales de las otras armas tienen que familiarizarse con esta nueva compañera, que «hoy va con ellos á todas partes,» y cuyas propiedades *tácticas* les deben ser conocidas, ya que no algunos de sus principales atributos y condiciones *técnicas*. La *artillería* hoy tiene que movilizarse como todo; casi debe aceptar como la caballería, dentro de su mismo *instituto* ligero ó *de batalla*, la clasificacion de línea y ligera para expresar con exactitud sus dos clases de *servicio* con las *tropas*. Sin duda alguna la artillería siempre es algo embarazosa relativamente á las otras armas: la necesidad de *municiones*, la conservacion prudente de un *material* costoso y delicado, el cuidado constante del *ganado* hacen más cortas las marchas y entorpecen bastante la agilidad y soltura maniobrera. Pero en el dia, fuera de que ese *material* es más ligero, más duro y más perfecto, preciso es romper con la mezquindad pasada y convencerse de que el *material* no ha de economizarse, cuando el *hombre*, que vale más, no se economiza en ningun extremo de fatiga ni peligro. Cuando los capitanes eran «propietarios» de sus compañías, como de una finca, se cita el caso de uno de corazas (como entónces se llamaban los coraceros) que no cargaba sino al trote corto, por no estropear su ganado, es decir, su propia hacienda. Hoy se lanzan los escuadrones como en Balaklava, quizá con excesivo desprendimiento. Con la *artillería* sucederá lo mismo. Desde Federico ha dejado de ser igual en importancia moral la pérdida de una bandera y de un cañon: en las guerras del primer imperio francés quedó abolida esa preocupacion; en las venideras se cogerán y perderán *piezas*, como si fueran fusiles, y *armones* como si fueran cartucheras. No hay que deducir de esto que la artillería pueda ir, ni obrar nunca *sola*; todo lo contrario. Las otras dos armas tienen que poner más esmero, más interés en *escoltarla* con ver-

dadero compañerismo táctico, y hasta si se quiere por un deber de gratitud. La *artillería* es su apoyo constante: ella aleja, contiene, rechaza al enemigo; ella le impide que desemboque por puntos dados. Todo movimiento ofensivo de las dos armas lo prepara, lo protege, lo asegura: á la *infantería* sus ataques á la bayoneta; á la *caballería* sus terribles cargas. La *artillería* refuerza con su presencia los puntos débiles; sin ella no es posible ó fácil atacar ni defender puestos atrincherados; pasar rios echando puentes á viva fuerza; allanar ciertos obstáculos, derribar muros, abrir brechas. La artillería á pié se aviene y maniobra grandemente con la infantería; permite el relevo sin peligro de sus líneas cansadas y mermadas; le abre paso, le «abre brecha» en la línea enemiga, y le deja que gane una *posicion*, tenaz pero inútilmente disputada por un defensor ya hecho pedazos. En retirada, mezclada entre los batallones, sostiene y protege la maniobra *escalonada*; vigoriza, da confianza por el efecto visible de circunspeccion, prudencia y respeto, que causa en el contrario. La artillería *montada*, y más aún la de *á caballo*, completa á la *caballería* dando exactitud á la metáfora que la llama «huracan.» Como él, efectivamente, corren aquí y acullá ambas armas juntas entre densa polvareda; á veces tambien empeñan gruesa y pasajera escaramuza; pero, hallado el *punto-llave* ó decisivo, pronto la artillería fulminando lo indica á los ágiles batallones ó escuadrones que se precipitan casi seguros á la carga. Si despues de la victoria, algun *cuadro* de sólida y consistente infantería repele tenaz á los escuadrones, no tardará en llegar y batir o en brecha la artillería dando á la infantería ocasion de mayor gloria, pero arrebatándole la última esperanza. Nadie, pues, negará á la *artillería de batalla* importancia propia, esencial, peculiar. En el combate, el «secreto» de Napoleon es hoy bien público: producir, como él decia, un acontecimiento (*un evénement*) hacer llegar y concentrar de un modo imprevisto una masa enorme sobre el punto dado. En *sitios de plazas*. no hay que hablar: segun la expresion del mismo conquistador, que se complacia en usarlas pintorescas y senten-

ciosas, un *sitio* es un *combate de artillería.* Reconocida su importancia individual, justo es reconocer tambien lo que esta se encarece con la cooperacion de las *otras dos armas* á las cuales—repetimos—no hay duda que quita alguna movilidad y suele dar algun cuidado. Fuera de las masas que con ella maniobran, la *artillería* necesita siempre verdadera *escolta* suya. Esta nunca puede situarse detrás de la *batería*, á ménos de ofrecer el terreno abrigo con alguna ceja ó pliegue; su lugar es al flanco y en órden desplegado más bien que compacto. La artillería, hasta hace poco, tanto por sus *calibres* como por su razonado empleo táctico, admitia con propiedad las calificaciones usuales de gruesa ó pesada y ligera: la primera, además de su natural aplicacion á *puestos atrincherados* ú otros grandes *obstáculos*, ocupaba en el *combate* los puntos más entrantes y seguros mientras la otra, por el contrario, avanzaba á los salientes y más débiles ó desguarnecidos y maniobraba con la vanguardia. Hoy (1867) por la reduccion á dos solamente (ó más bien á uno el de á 8) de los *calibres de batalla*, por la extrema simplificacion y uniformidad de todo su *material*, bien puede decirse que toda se ha convertido en *ligera.* La artillería *en el combate*, desentendiéndose de la enemiga, se ceba en las *masas*; busca las *diagonales* de las *columnas*; *rebota* en las *prolongaciones* de las líneas; envia balas y metralla, ó granadas y cohetes contra *puestos y caballería*; procura emplear bien y con economía sus municiones; se establece siempre que puede en lomas de poca pendiente, para hacer *rasantes* sus fuegos, y *enfila* certera los caminos, barrancos, cañadas, desfiladeros.— Basta de artillería como *arma táctica*, como inseparable *compañera* de las *otras dos*. Como *cuerpo facultativo*, sus múltiples funciones, sus servicios técnicos, en paz y en guerra, salen fuera del cuadro de este manual.

Por lo demás estas generalidades sobre la *accion* de las tres armas, que ha parecido conveniente anticipar y agrupar en este capítulo de *táctica*, para realzar su importancia, tienen continua mencion y desarrollo en otros varios, singularmente en el VIII dedicado á los Combates.

CAPÍTULO IV.

MARCHAS.

. Marchas de viaje y de maniobra.—2. Vanguardia.—3. Retaguardia.—4. Flanqueo.—5. Marchas ofensivas, retrógradas, en retirada.—6. Marchas de frente y de flanco.—7. Marchas forzadas, secretas, á la ligera, en posta, de noche.

1. Marchas estratégicas.

Las *marchas de guerra* pueden clasificarse desde luégo en dos grandes géneros: las que se hacen léjos del enemigo llamadas *estratégicas ó de viaje*; y las que tienen lugar en su cercanía ó en su presencia, que deberian denominarse por oposicion *tácticas*, pero que técnicamente se llaman *marchas de maniobra*.

Esta principal distincion establece, por sí sola, visible diferencia en sus condiciones y reglas peculiares; pues las primeras obedecerán á preceptos *estratégicos*, higiénicos ó económicos: miéntras que en las *marchas de maniobra* toda condicion, sea la que fuere, cede y se sujeta á las exigencias inflexibles de la *táctica*.

Mencionando aquí solamente las marchas del primer género, se entrará con más pormenor en las del segundo; subdividiéndolas, para mayor claridad, en sus diferentes especies, despues de haber agrupado con la concision po-

sible ciertas consideraciones generales y comunes á todas.

Los artículos 47—60, tít. XVII, trat. 2.° de la Ordenanza, que todo oficial sabe de memoria, contienen algunas; pero aquel libro respetable no puede, ni debe entrar en minuciosos detalles «técnicos y de nomenclatura» que á continuacion se indican.

Para reunir un *ejército de operaciones*, al abrir una campaña, en su lugar ó territorio de *asamblea*, las tropas marchan ordinariamente por regimientos ó batallones, con una jornada ó más de intervalo de unos á otros. La caballería, por regla general, sigue el camino más largo y apartado y nunca forma grandes cuerpos. La artillería, especialmente llevando grandes parques, trenes y convoyes, va la última, si no hay para ella otro camino cómodo y exclusivo,

Las diferentes tropas, segun van llegando dirigidas por el E. M. G., empiezan á *concentrarse* sobre la *base de operaciones*, se *acantonan*, y se esparcen ó juntan segun la *operacion inicial* que el general en jefe haya dispuesto.

Si el enemigo está muy cerca, y para desembocar sobre él hay varios caminos, se forman varias *columnas*: si no hay más que uno principal, lo toma el *grueso del ejército*, en dos ó más trozos, á una jornada de distancia: miéntras que ciertas brigadas ó divisiones marchan por otros caminos peores, laterales, y paralelos ó convergentes; sin apartarse mucho, para no perder la distancia de *despliegue* general.

En estas primeras marchas *de viaje* y *concentracion* se atiende, como es natural, con preferencia á la disciplina, que siempre ha de ser en campaña más estricta; á la instruccion, al órden, á la comodidad. Nunca deben ser largas, ni tampoco muy cortas: sino aumentando gradualmente, para que las tropas vayan adquiriendo soltura. Como el enemigo está muy léjos, son inútiles las precauciones de seguridad, esto es, *descubiertas* y *flanqueos*; y puesto que todavía el *órden de marcha* no tiene que depender del *órden inicial de batalla*, como vamos á ver más adelante, las *columnas*, compuestas de un arma sola para no sujetar el paso del caballo al del hombre, procu-

ran reunir las condiciones de higiene y las que impone el debido respeto al país propio que se atraviesa, ó en el cual se acantona.

Por esta última razon principalmente, la concentracion de un ejército es casi siempre sucesiva; pero podria determinarse por motivos de política ó de guerra *sorprender* al enemigo, hacer, como hoy se dice, una fuerte *demostracion* de iniciativa: y en ese caso bien se comprende que la concentracion ha de ser más convergente, simultánea y vigorosa, procediendo en todo por lo tanto con más cálculo y rapidez. Bastan aquí estas ligeras indicaciones sobre el importante ramo que se ha llamado *logística* en el cap. II y que entra de lleno en la complicada ciencia del E. M. G., por lo cual dista mucho de las *operaciones secundarias* que en este libro se tratan.

En apoyo y para dar solamente una idea, trascribimos los siguientes párrafos del compendio de Jomini:

«Por la *ciencia de las marchas* no se entiende, hoy dia únicamente los minuciosos detalles de la *logística* que consisten en combinar bien el órden de las tropas en las columnas; el tiempo de su salida y de su llegada; las precauciones de su itinerario; los medios de comunicacion entre sí, ó con el punto que se les haya designado, y cuanto constituye las funciones del Estado Mayor: sinó que, además de estos detalles materiales, existe una combinacion de las marchas que pertenece á las *grandes operaciones de la estrategia*: Por ejemplo, la de Napoleon por el San Bernardo, para caer sobre las comunicaciones de Melas; las que hizo en 1805, por Donawerth para cortar á Mach etc., fueron operaciones decisivas, no por sus relaciones con la *logística*, sinó con la *estrategia*.»

«Con todo eso estas marchas hábiles, bien consideradas, son únicamente un medio de poner en práctica las diversas aplicaciones del principio indicado y que explanaremos todavía más: hacer una buena marcha es «conducir la masa de las fuerzas sobre el punto decisivo» por lo tanto consistirá toda la ciencia en determinar bien este punto.....»

«De aquí se puede deducir que todos los *movimientos*

estratégicos que tienden á conducir sucesivamente las *masas* de un *ejército* sobre los diversos puntos del *frente de operaciones* del enemigo serán marchas hábiles; puesto que aplican el principio general indicado poniendo en accion el *grueso* de las fuerzas contra las *fracciones* del ejército enemigo.»

«Uno de los puntos esenciales de la *ciencia de las marchas* consiste en el dia, en combinar los *movimientos de las columnas* de modo que abracen sin exposicion el mayor *frente estratégico* posible, miéntras están fuera del alcance del enemigo: por este medio se consigue engañarle sobre el verdadero *objetivo*, puede moverse el ejército más cómoda y rápidamente, y hallar víveres con más facilidad. Pero tambien es necesario tomar anticipadamente medidas de *concentracion* para reunir las masas cuando se trate de un choque decisivo. Esta alternativa de los movimientos espaciosos y de los concéntricos es el verdadero distintivo de un gran Capitan.»

Marchas de maniobra.

En toda *marcha de maniobra* predomina, como queda dicho, el principio *táctico*. El *órden de marcha* está casi siempre subordinado al *órden de batalla*; la disciplina, la policía, la puntualidad son más severas; se cubre rigorosamente el *servicio avanzado* ó de seguridad; y las diferentes armas entran en la *composicion* de las *columnas* con exclusiva sujecion al *terreno*, y al *objeto* de la *operacion* proyectada.

Antes de entrar en pormenores sobre cada «especie» particular de *marchas de maniobra*, convendrá explanar ideas y advertencias generales.

Es regla fundamental no aglomerar ó amontonar las tropas de tal modo que sus movimientos lleguen á ser embarazosos, ó su accion se paralice, ó su aprovisionamiento se dificulte. De aquí por regla general, la proscrip-

cion de una *sola columna* larga, pesada, difícil de desplegar; y la distribucion en varias, segun el *terreno*, pero con la indispensable condicion de mantener la distancia, de modo que nunca pueda el enemigo introducirse entre dos de ellas, cortando alguna y envolviéndola en detalle. Otra deduccion de este principio, táctico y fundamental es que cada *columna* marche organizada, compuesta y dispuesta siempre á *desplegar* y *combatir*, venga por donde quisiere el enemigo: bastándose á sí misma, al ménos por el tiempo calculado para la llegada de las que con ella están en conexion táctica, sirviéndole de apoyo y sosten. Grandes *flanqueos*, y muchas veces brigadas y *destacamentos* sueltos, mantienen esta imprescindible ligazon entre *columnas paralelas*.

Esta idea táctica de apoyo, sosten y combinacion entre cierto número de columnas paralelas á distancia de despliegue, rige siempre en la guerra, sea en grande ó en pequeño, en marcha ó en combate. Evidentemente el *órden de marcha* no puede ser «exactamente» el mismo *del combate*; pero la habilidad consiste en disponer aquél de modo que se aproxime á éste todo lo posible.

Un principio de humanidad, y de positiva conveniencia tambien, prescribe sumo cuidado y regularidad en el servicio de administracion, de subsistencias y sanitario durante las rápidas *marchas de maniobra* que puede exigir una *operacion* sangrienta, laboriosa ó complicada. La exactitud, la vigilancia en el suministro de raciones, un desvelo siempre solícito por la salud y el bienestar posible del soldado, son atenciones preferentes en el Jefe previsor que de él quiera sacar el máximo producto y resultado. Probado está que la fatiga extremada y el descuido diezman las tropas, más que el clima, más que el combate. Sin comer y descansar ni se anda, ni se vive. En el cuerpo del hombre enervado ó destruido por las fatigas, que las privaciones y la miseria multiplican, no es fácil que jueguen con brio los resortes morales, ni que el espíritu se inflame. Bastante tiene el soldado con el calor y el polvo, con la lluvia y el lodo. ¡Cuántos, valientes en el campo de batalla, se amilanan al aspecto de la muerte en la cuneta de un camino ó en

un hospital descuidado! La seguridad, tantas veces probada, de que el español, despues del árabe, es el hombre más frugal y resistente de la tierra, no debe inducir á más pruebas innecesarias, ni á tensiones excesivas. Si no necesita lo que el soldado inglés ó aleman, su misma sobriedad impone y facilita su buena asistencia. No es necesario advertir que en largas marchas, al par de la racion sana y abundante, debe cuidarse mucho del vestuario y calzado en el hombre; de la montura, del herraje y su repuesto en el caballo. Vigilar las bebidas de los cantineros; impedir que se beba en un arroyo, estando acalorado, ó que se detenga y recueste estando transido de frio; ó que se quite la ropa bañado en sudor; recomendar la limpieza; no descuidar en el principio el mal de los piés... éstas y otras pequeñeces, léjos de parecer impertinentes, son siempre agradecidas; y el soldado las paga, añadiendo al respeto gerárquico, cierta adhesion afectuosa á sus oficiales, más útil en algunos lances que la obediencia fria y pasiva.

Por otra parte, calcular bien el *tiempo* y las *distancias*; distribuir los altos con acierto; tener en cuenta la estacion y el estado de los caminos; evitar en cuanto se pueda los *vivacs* muy repetidos; cuidar el alojamiento; dar reposo cada seis ú ocho dias, todo contribuye á economizar y mantener en el debido equilibrio la fuerza corporal; á entronizar el órden, haciéndolo sistemático, convirtiéndolo «en costumbre,» y á precaver toda relajacion de *disciplina*, que muchas veces se achaca sin razon á otras causas morales, cuando visiblemente proviene de fatigas inútiles, de la mala asistencia, y por consiguiente de la falta de salud, que ocasiona esa otra falta «de ánimo é interior satisfaccion» de que habla la Ordenanza.

Por circunstanciados y minuciosos que sean los pormenores de una marcha en la órden general, muchos de ellos incumben directamente al comandante particular de *columna* y *destacamento*, al jefe inmediato y *natural* de una tropa, secundado por todos sus oficiales.

Los horribles desastres de los franceses en Rusia en 1812, se atribuyen en gran parte al desórden ó mala disposicion de las marchas. Una masa de 12.000 caballos juntos, como

la que mandó Murat, en una sola columna, por un solo camino, no es concebible, ni en la region más fértil y más amiga. Una columna muy larga, fuera de lo que se ha dicho de su dificultad *táctica* de despliegue, tiene los defectos de su propia pesadez; mayor propension á prolongarse, á cortarse, á dejar rezagados; grande embarazo para campar ó alojarse; sacudidas y oscilaciones irremediables. Miéntras la vanguardia, más desembarazada, se escapa, por decirlo así, la retaguardia llega al tránsito fatigada muchas horas despues, cuando aquella ha comido ya y descansado.

Por eso toda *columna*, en marcha pequeña ó grande, ha de procurar romperla por todos sus individuos á un tiempo; y, desde que la rompe, tomar un paso igual, constante, natural, que evite rupturas, serpenteos, soluciones de continuidad; y cuando esto suceda, restablecer al punto el órden y las distancias, haciendo alto la cabeza para que sobre ella vaya el resto cerrando. El mariscal Bugeaud, cuyos consejos tienen grande autoridad por lo prácticos, quiere que en las montañas nunca se baje la vertiente opuesta á la subida, sin haber hecho en la cumbre esta rectificacion indispensable.

Antes de romper la marcha, siempre se deja una hora por lo ménos despues de la diana, para que el soldado haga la sopa; los altos intermedios son variables, segun la *clase* de marcha y el estado del camino: la regla general es uno pequeño cada hora ú hora y media, con otro más largo á la mitad de la jornada. Estos altos son indispensables, en verano por el calor, en invierno por el lodo; y no se debe perder tiempo, como antiguamente, en formar en batalla y poner armas en pabellon. Militares experimentados aconsejan que la jornada se haga siempre de un tiron en el verano y en climas ardientes. Realmente, no produce el descanso que se pretende el sestear en las horas centrales del dia: el excesivo calor, los insectos, la preparacion para la otra mitad de la jornada, quitan á este reposo su primera condicion de comodidad, que es ser «largo y completo.» Vale más, por consiguiente, madrugar mucho y concluir la jornada á las diez ó las once de la mañana. En los dias

cortos del año, debe arreglarse la marcha de modo que se llegue con un par de horas de sol al tránsito ó vivac, término de la jornada.

Toda marcha de maniobra requiere tres principales condiciones; órden, celeridad y secreto. La disciplina de las tropas y la inteligencia de sus jefes naturales consiguen satisfacerlas más bien que las órdenes, por precisas que sean, del E. M. Tanto como se recomienda la resolucion pronta y decisiva en el *combate*, otro tanto se debe tener de prudente y circunspecto en el proyecto y ejecucion de las *marchas*. En país cortado, en presencia de un enemigo vigilante y emprendedor, nunca será bastante la circunspeccion y exploracion. En tales terrenos, puede el enemigo interponerse, arrollar ó envolver la vanguardia, y, por la imposibilidad material del *despliegue*, tal vez no se pueda obrar contra él más que con las *cabezas de columna*. Una mala *disposicion de marcha* puede ocasionar un desastre.

Por eso conviene tanto el *reconocimiento* ó conocimiento anticipado, en lo posible, del *terreno* por medio de *itinerarios* (V. cap. XVI) y datos topográficos y estadísticos de suficiente exactitud. Buenos *guias*, en cada *cabeza de columna* son convenientes, no sólo para el camino, sinó por que en una *marcha de maniobra*, como su nombre mismo lo indica, habrá que salir de él, maniobrando; habrá que concurrir á campo travieso, por diagonales, por atajos, á ocupar un *puesto* señalado *de combate*, en el que un retardo de minutos puede ser lamentable.

Una pequeña seccion de ingenieros en la vanguardia, ó más adelantada es de tan manifiesta utilidad, que algunos ejércitos tienen tropas de este instituto á caballo; tanto para que el soldado descanse, cuando no hay que hacer, como para que se incorpore con rapidez en cuanto acabe de allanar ó reparar el camino.

Se ha visto que en *marchas de maniobra* por su inflexible sujecion á los preceptos *tácticos*, las diferentes armas ni pueden marchar separadas, ni con su velocidad peculiar, sinó subordinada á la más lenta; pero siempre que, respetando aquellos, sea posible, debe procurarse evitar á la infantería la molestia que le causa la interpolacion de la ca-

balleria. En verano la ahoga con el polvo; en invierno lluvioso le deja el camino hecho un barrizal; en una angostura ó mal paso, en un vado, el desfile de los caballos siempre es largo, la infantería se impacienta aguardando, y luego tiene que correr gran trecho..... Si no hay camino muy cercano y paralelo, lo mejor es que la caballeria vaya á retaguardia. Asi tambien en marcha algo forzada, puede recoger los rezagados y montar los despeados ó enfermos á la grupa.

Los principales elementos que regulan una marcha son la *direccion*, la *seguridad*, el *órden* ó *disposicion* de las tropas.

Cuando se marcha en varias columnas la *direccion* está marcada por el camino que recorre la principal ó más gruesa, á la cual las otras se acomodan y subordinan; pero la *direccion* de una *gran marcha*, en general, pertenece á un órden de ideas y combinaciones superior, repetimos, al que se desenvuelve en este libro. Lo que en él cabe, porque la ejecucion atañe de cerca al oficial, es lo concerniente á las medidas de seguridad táctica que se explicarán para la debida claridad, en artículo separado con los nombres de *vanguardia, retaguardia* y *flanqueo.*

2. Vanguardia.

Una *columna en marcha*, se rodea, lo mismo que toda tropa en reposo y estacion, de un *cordon avanzado*, y más ó ménos lejano, que tiene por objeto darle seguridad, cubrir en lo posible el movimiento, alejar y observar al enemigo. Los pequeños cuerpos ó destacamentos que cubren este servicio de *seguridad* y *observacion*, muy varios en fuerza, lugar, composicion y destino, toman los tres nombres genéricos, *vanguardia*, *retaguardia* y *flanqueadores.*

Tienen todos los ramos del *arte de la guerra*, y singularmente los pormenores del *servicio de campaña*, tal enlace, armonia y correlacion entre sí, que la mayor dificultad en

los libros es tener que exponer la doctrina de una manera eslabonada y sucesiva, dislocando y desmembrando forzosamente su perfecta unidad.

En el cap. VII que trata del *servicio avanzado* se ha procurado dar é este interesante ramo toda la amplitud y generalidad compatibles con los estrechos límites de esta obra; allí, pues, se encuentran las ideas y principios fundamentales; pero variando algo las disposiciones y pormenores de seguridad respecto á una tropa, segun esté *en marcha ó en estacion*, es inevitable, al señalar las diferencias, entrar en alguna explicacion que, sin caer en fastidiosas repeticiones, ilustre y complete la materia.

Desde luego el *servicio avanzado* en marcha, aunque en el fondo sea muy semejante al de reposo, bien se comprende que ha de ser más difícil, más fatigoso, más expuesto. Toda tropa en *marcha de maniobra* corre de suyo más peligro, que acantonada ó acampada. Las medidas de seguridad en un *canton* tienen cierto carácter de permanencia: lo mismo generalmente son hoy que mañana. En marcha, por el contrario, á cada hora puede sobrevenir un nuevo lance y complicacion imprevista.

Si la marcha se dirige contra el enemigo que aguarda, sin duda alguna esperará *en posicion*, y por tanto es excusado recomendar la circunspeccion extrema para acercarse. Si, á la inversa, el enemigo es quien nos busca, de un momento á otro podrá aparecer, no sólo por el frente ó la *cabeza* de la columna, sino por un *flanco*, por los dos á un tiempo, hasta por *retaguardia*, como es frecuente en terreno quebrado y montañoso. Cuando ménos se piense, habrá que formar, *desplegar*, *tomar posicion*: y esto podrá suceder justamente al pasar un puente, que corte á la *columna* por la mitad; ó cuando la caballería esté, por ejemplo, atravesando un bosque y la infantería en el llano.

Toda *maniobra*, en general, supone inferioridad propia y contra-maniobra correlativa en el enemigo. La *marcha de maniobra* no puede tener más objetos que acercarse, alejarse ó bien entretener al enemigo, hasta que maduren ulteriores combinaciones. *Maniobrar* así ante un enemigo en observacion, es un problema difícil, pero muy lucido

de *táctica*. Es cubrir, ocultar, tapar; no marchar por hondonadas, sinó por alturas, para ver sin ser visto; apoyarse, utilizando los obstáculos naturales, y si no los hay, en la buena disposicion de las tropas, en rápidos y entendidos atrincheramientos. Es menester, en fin, moverse con cierta holgura en un círculo lo más ámplio y desembarazado que se pueda y sobre todo bien *reconocido*. Por eso el agresor, el que está *á la ofensiva* lo que busca por su cuenta es sorprender, *coger in fraganti* al que maniobra, á fin de lograr á ménos coste envolverle, cortarle, desbaratarle. Antiguamente siempre que se hablaba de círculo de accion y de defensa, de radios y distancias, lo temible era la *caballería* que á 1.500.m, es decir, en cinco ó seis minutos, podia echarse encima: hoy debe añadirse el *alcance* casi increible de las *armas de fuego*.

Por estas razones, el cuerpo principal, *ó cuerpo de batalla*, ó *grueso* de una *tropa*, sea grande ó pequeña, marcha habitualmente entre una *vanguardia*, una *retaguardia* y dos *flanqueos*.

La creacion ó disposicion de la moderna *vanguardia*, es decir, del «trozo anterior» de una tropa, tal cual hoy se entiende como pequeño cuerpo avanzado ó miembro, independiente y ligado á la vez, ha ensanchado de un modo notable esa esfera de la *táctica superior*, que con preferencia se trata en este libro por ser la que concierne al Jefe y Oficial: confinando, por su parte más alta, con la que ya pertenece al General. Bajo este aspecto, el *servicio de vanguardia* en una brigada ó destacamento no muy numeroso, es, tanto para el Comandante como para los Oficiales todos, una escuela, una aplicacion, un complemento de lo que en este libro se entiende por *servicio avanzado* en su mayor generalidad. Para todos hay práctica y empleo, segun su clase, desde el jóven alférez hasta el experto coronel. Es tambien, si se quiere, uno de los innumerables casos del *servicio de destacamentos*, segun se comprende extensamente en el capítulo IX; porque, llevando casi siempre las *tres armas*, y viéndose á veces distante dos y tres leguas de su *grueso*, sin enlace, sin noticias, sin órdenes, el jefe, reducido á sí mismo y obrando bajo su res-

ponsabilidad, ya entra, aunque sea por corto tiempo, en una *esfera de mando* muy distinta y más elevada que la del oficial de fila.

La *vanguardia* tiene varios objetos. Desde luégo en *ofensiva* resuelta, uno bien concreto: llegar con anticipacion á un punto dado y cubrir el *despliegue* de las fuerzas que la siguen. Pero generalmente tiene otros más vagos é indeterminados: buscar, seguir, perseguir, acosar al enemigo; y tambien observar, descubrir, tantear, reconocer, rechazar. Unas veces se mantiene firme; otras, se retira precipitada para armar un lazo; otras, se aferra y escalona, «enseñando los dientes,» segun la expresion familiar

Es costumbre decir metafóricamente que la *vanguardia* es la «antorcha» que ilumina la marcha de un ejército; mas, por lo ya indicado, pudiera tambien añadirse que es la «nube,» en ciertos casos, que se interpone para ocultar al enemigo nuestras fuerzas, nuestros recursos, nuestras maniobras, nuestras posiciones. En efecto, la situacion de una *vanguardia* siempre es interpuesta entre nuestra *posicion*, sea la que fuere, y la *direccion*, probable ó presumible, del enemigo.

Conócido ya el *objeto* y *servicio* de la *vanguardia*,* procede saber las cualidades de la *tropa* que la componga, y sobre todo de su *Comandante*. Napoleon I nos lo dice en los siguientes párrafos, tomados literalmente de la preciosa coleccion de máximas que se le atribuyen:

«El deber de una vanguardia no consiste sólo en avanzar ó retroceder, sino en *maniobrar*. La vanguardia debe componerse de caballería ligera, sostenida por una reserva de caballería de línea y de batallones de infantería, que tambien llevan baterías de sosten. Es preciso que las tropas de vanguardia sean escogidas, que los generales, oficiales y soldados *conozcan bien la táctica*, segun su respectiva graduacion. Una tropa que no esté instruida, no sería más que un embarazo en la vanguardia.»

. . . .

«El arte de un jefe de vanguardla ó retaguardia es, sin él comprometerse, contener al enemigo, embarazarle,

obligarle á que «tarde tres ó cuatro horas en andar una legua;» la *táctica* sola da los medios de llegar á estos grandes resultados; es más necesaria á la caballería que á la infantería, y en vanguardia ó retaguardia más que en toda otra posicion.»

. . . .

«Reconocer prontamente los desfiladeros y los vados, reunir guias seguros; interrogar al cura y al maestro de postas; entablar rápidamente inteligencias con los habitantes, despachar espías, registrar las cártas del correo, traducirlas, analizarlas; responder en fin á todas las preguntas del general en jefe, cuando llega con el grueso del ejército, tales son las cualidades que debe reunir un buen jefe de vanguardia.»

Y en efecto un *buen jefe de vanguardia* debe reunir esas cualidades, algo contradictorias, que exige el *arte de la guerra* en el oficial consumado. Audaz y reflexivo á la vez, tiene que contrapesar con el cálculo y aplomo un gran fondo de energía y actividad. Con ojeada serena y perspicaz; con igual prontitud de juicio que de accion, á cada instante ha de forjarse hipótesis satisfaciéndolas en seguida. Si el enemigo asoma por tal punto ¿qué haré? debe preguntarse á sí mismo. En cuanto haya embarazo en la respuesta, un *comandante de vanguardia* está comprometido. Mas, porque efectivamente lo esté ó se lo figure, un jefe hábil no se aturde, ni importuna á su general con repetidos ó prematuros pedidos de refuerzos.

Es inexacto decir, como suelen, que el objeto «exclusivo» de la vanguardia es *descubrir*. Es algo más, como cuestion de *tacto*: es saber «obstinarse» ó saber «ceder» á tiempo; es, sí, saber explorar, reconocer, avisar; pero tambien es saber *combatir* y ganar tiempo: es, en fin, como dice Napoleon, *saber maniobrar*.

Un buen jefe de vanguardia, al avistar al enemigo, no se agita, ni pierde la cabeza, ni pára su máquina al primer tiro. Si va en *ofensiva* y en *ataque*, no dejará que el enemigo «gane tiempo» miéntras él lo pierde en vacilaciones.

Irá derecho, recogiendo y confirmando *indicios*, y con pocos tanteos y *escaramuzas* le arrollará, si puede con pequeña tropa, despues de dar la conveniente *disposicion de combate*, replegando y concentrando *avanzadas* y *descubierta*. Eso se encontrará ganado el *grueso* cuando llegue; que no tardará en cuanto oiga el fuego; puesto que se supone *ofensiva*, agresion y ganas impacientes, por lo tanto, de trabar combate. La *vanguardia* aquí no tiene más que una regla: seguir adelante, empujar hasta encontrar resistencia verdadera, es decir, «fuerza muy superior» que la detenga. Mucho puede arriesgar, contando, como cuenta, con el apoyo cada vez más próximo de los que vienen detrás.

Pero si, como es frecuente, su encargo tiende á tantear y dar tiempo, á entretener é «impacientar» al enemigo, un jefe de vanguardia busca el medio de extender su frente, de ahuecar su formacion, de aparentar fuerza y «deseo» de batirse; de fingir cierta inquietud y atolondramiento. Medio dia, un dia entero puede detener al enemigo una *pequeña vanguardia*, que, miéntras oculta sus propios designios, logra «penetrar» los de aquel y «participarlos» al general. Algunas veces puede llegar la treta, hasta el extremo de desfilar rápidamente el *grueso* á favor del combate de la vanguardia; escapar por un flanco y encontrarse, por consiguiente, en un momento dado convertida aquella en *retaguardia*, sosteniendo entónces una difícil *retirada* en que hasta la esperanza se va, pues el refuerzo y el socorro, en vez de acercarse se aleja. Todo esto no puede hacerse sin serenidad, sin valor: así suelen ser tan sangrientos y tenaces esos llamados *combates de vanguardia*. A primera vista parece que el más fuerte deberia arrollar y llevarse de calle al más débil; pero siempre hay cierta «prudencia» recíproca, por que uno y otro recelan lo que hay detrás.

El deber de una *vanguardia* persiguiendo al enemigo derrotado es hostigarle y acosarle sin respiro; pero cuidando mucho de no caer en *lazos* y *emboscadas*.

Si cubre y defiende á pié quieto el *acceso* de una *posicion*, su principal atencion se fija en impedir esos *reconocimientos* que se llaman *fuertes*, *ofensivos*, *á viva fuerza*,

con que el enemigo pretende descorrer el velo y salir de incertidumbres.

Se ve, pues, que la *resistencia* de una vanguardia será variable segun las órdenes, la fuerza enemiga, el terreno, el vigor de la tropa y la *habilidad* del Comandante.

Por consiguiente, ha de ser tambien muy variable la *fuerza* y *composicion* de una *vanguardia*: no siendo fácil, ni muy conveniente, fijar en teoría y menos con numeros redondos, la «proporcional» que debe tomar de la fuerza total del ejército ó tropa. Por una parte, el *terreno* prescribirá que una vanguardia sea pequeña: por otra el *objeto* exigirá que sea grande. La *resistencia* que haya de hacer regulará su *fuerza* en unos casos: en otros, la clase de *servicio avanzado*, la proximidad mayor ó menor del enemigo. Por regla general, una vanguardia muy fuerte, debilita, es embarazosa, inmanejable: una muy débil y alejada se deja cortar ó batir. Reina pues incertidumbre técnica en la *fuerza* que deba darse á una *vanguardia*; puesto que oscila entre 1[6, 1[4 y hasta 1[3 de la *fuerza total* ó del *grueso*. 1[3 es á veces necesario en un batallon que marche solo; 1[4 es lo ordinario en una *brigada*; 1[5 y 1[6 en una fuerte *division*.

La *composicion* no es tan incierta: debe ser de tropas buenas y sólidas. Por regla general se dice que sean de instituto ligero; pero debe atenderse en todo, incluso la *guerra*, á la equidad y sinó á ella, á un principio, positivo de conservacion. Si el *servicio de vanguardia* es duro y fatigoso, no se ha de condenar á las tropas ligeras, porque sean mejores, á una fatiga perpétua que concluirá con ellas aunque sean de hierro. Además, no hay por qué exagerar esa ligereza ó «ligerismo» sistemático, que en los libros se atribuye á la *vanguardia*. Si siempre le toca la primera «escaramuza,» tambien muchas veces tiene que «batirse en regla,» y algunas «resistir á todo trance» como en el caso, que se ha visto, de convertirse en *retaguardia*. Necesita, pues, en justa proporcion, elementos *ligeros* y *pesados*, ofensivos y defensivos; necesita perfectas condiciones *tácticas*; necesita, por consiguiente, las *tres armas* y tropas de

ingenieros. Una vanguardia de 300 ó 400 hombres debe llevar ya un par de piezas bien servidas y algunos caballos. En un ejército de 30 á 40.000 hombres la *vanguardia* es una *division mixta* y escogida: siete ú ocho batallones; dos ó tres escuadrones de coraceros, cinco ó seis de cazadores; dos ó tres baterías montadas ó á caballo; una compañía de ingenieros, á veces con tren de puentes. En país llano más caballería; en montaña, ménos; en marcha de noche, ninguna. Un frente extenso en varias columnas impone vanguardia numerosa, para no ser envuelta ni arrollada en la corta resistencia, esto es, en el corto tiempo de *despliegue* que esta disposicion necesita.

Por las mismas razones anteriores, es variable la *distancia* del *grueso* á que marcha la *vanguardia*. Cuanto más fuerte, es decir, cuanto más larga ó profunda sea la *columna*, más tiempo necesita para desplegar: más léjos, pues. Pero si el terreno es quebrado ó montañoso, y el enemigo ágil y activo, pudiera interponerse; luego la *vanguardia*, más cerca y más obligada á resistir, para no dejarse rechazar sobre la *cabeza de la columna*. Ordinariamente un batallon solo lleva su pequeña vanguardia 800 ó 1.000 pasos delante; una brigada á 2.000 y 3.000; si el *nervio* de la *vanguardia* es caballería, tadavía se puede duplicar esta distancia.

Toda vanguardia, como cuerpo *táctico* y perfecto que es, destaca á su vez otra *vanguardia* suya, que toma el nombre de *extrema* vanguardia ó *descubierta*. Los importantes deberes y funciones de esta pequeña tropa se han condensado con bastante pormenor y prolijidad en el artículo 7.° del capítulo VII que trata del *servicio avanzado* en general. Repetirlos, haría éste enojoso por lo largo y difuso: allí pueden verse, y de todos modos, si fuera posible, deberian leerse á un tiempo los dos capítulos, puesto que una de las principales aplicaciones del servicio *avanzado* está cabalmente en el servicio de *vanguardia*.

En ambos entran esos numerosos pormenores de *reconocimiento* y registro, espionaje, guias; interceptar, descifrar, traducir pliegos y cartas.

A la *vanguardia* suele tocar tambien el principal papel



en el *paso ofensivo* de los rios, como puede verse en el capítulo X. Por últmo el *servicio de reconocimientos* tan importante, mejor dicho, tan indispensable en campaña, bien puede tenerse por casi exclusivo y preferente de la *vanguardia*. El capítulo XVI trata de este asunto; pero conviene finalizar el presente con una ligera indicacion que está aquí más en su lugar.

Muchas veces el general en jefe, ó el jefe de E. M. G., ó el comandante de la columna, viniendo en persona á la vanguardia, ordenan un *reconocimiento ofensivo ó á viva fuerza*, para el cual hay que trabar una *escaramuza* ó ligero *combate de vanguardia*. El objeto es *reconocer* la *posicion* enemiga, haciendo replegar sus avanzadas, y dando tiempo con ataques vivos y reiterados á que los oficiales de E. M. se enteren de lo que desean saber, y bosquejen rápidamente, cuando sea posible, el *cróquis* necesario para formar idea.

Si no entra en accion toda la *vanguardia*, el destacamento que avanza como *escolta* del general y de su E. M., debe llevar fuerza suficiente para imponer desde luégo al enemigo; hacerle creer un ataque verdadero, y replegar velozmente sus *avanzadas* y *guerrillas*. En la *composicion* de este destacamento momentáneo entra, como elemento principal, la caballería ligera, á la cual apoya la infantería; algunas piezas de artillería, avanzando atrevidas, dan al *reconocimiento* más apariencia de verdadero ataque. Llegado el destacamento en «órden cerrado» á la proximidad del enemigo, la infantería con parte de la artillería hace alto y *toma posicion* favorable. La caballería, con alguna pieza, sigue y carga resueltamente en tiradores á la *línea avanzada*, que, sorprendida, se replega á sus retenes. El comandante y los oficiales de E. M. ocupan en el acto el punto mejor para descubrir y reconocer, aprovechando los minutos para la tarea que ya llevan de antemano distribuida (V. cap. XVI.—Reconocimiento de una *posicion*). Mas como el enemigo entretanto habrá tomado sus disposiciones, si la escaramuza no tiene más objeto que el simple *reconocimiento*, sin ser prólogo ó preludio de combate formal, hay que pensar á tiempo en la *retirada*, que se

verifica á la señal convenida, bajo la proteccion de la infantería y de la artillería. El comandante del destacamento, ó de la vanguardia, si ha recibido personalmente el encargo del *reconocimiento* reune y coordina los apuntes y cróquis de los oficiales; redacta un breve informe, si hay órden y tiempo para ello, y lo entrega al general ó superior que se lo haya pedido.

Por regla general, en cuanto el *grueso* despliega y *entra en combate*, cesa el papel de la *vanguardia*. (Véase el capítulo VIII.)

3. Retaguardia.

Retaguardia de una *columna en marcha* es voz que expresa idea opuesta á *vanguardia*; pero análogamente, significa el destacamento ó trozo, casi independiente, que marcha detrás del *grueso*, y cuya accion natural se despliega con mayor eficacia cuando, vuelto el frente á donde se tenía la espalda, por causa de un combate desgraciado ó de una combinacion, hay que detener al enemigo que *persigue*, ó como técnicamente se dice, *cubrir la retirada.* Las operaciones en la guerra son siempre azarosas y, como queda dicho, en pocas horas la *vanguardia* y *retaguardia* pueden cambiar de objeto, de oficio y de nombre.

Siendo pues el papel principal de una *retaguardia cubrir la retirada*, vale más, en vez de pormenores de *marcha*, entrar en reflexiones sobre esta *maniobra* fatigosa, ingrata, peligrosa, difícil, sembrada de escollos y de contradicciones; pero que en cambio es mirada—y con razon—por el buen militar como la piedra de toque de todas las virtudes de una *tropa*, que se precie de ser tan diestra en táctica, como vigorosa de espíritu y de cuerpo.

Efectivamente en las *retiradas*, sobre la cuestion *técnica*, descuella otra más elevada, la cuestion *moral*. Sin el sentimiento del *honor*, sin la más severa *disciplina*, sin el amor á la bandera, sin la *confianza* en los jefes, inútil es casi, fiar á la *táctica* sola el restablecimiento de una empresa desgraciada: la *retirada* podrá convertirse en catástrofe.

Pero con jefes hábiles, con tropas consistentes y no des moralizadas, que conserven en trance tan funesto su varonil entereza, mucho puede el *arte*, y recursos tienen las *maniobras* para contrabalancear á un enemigo victorioso, á quien quizá su mismo engreimiento hará ménos cauto.

Un escritor francés dice con su elegancia habitual: «De todas las operaciones militares las retiradas son aquellas en que el arte y la ciencia se desarrollan con más esplendor bajo el imperio de la necesidad. En otra clase de expediciones, las combinaciones políticas, la sed de botin, el entusiasmo del éxito pueden reemplazar momentáneamente al cálculo y al arte; pero en una retirada nada puede suplir á estas dos grandes condiciones de la existencia de los ejércitos.» (*Carrion Nisas.*—Hist. de l'art. mil.—T. 1.—pág. 148.)

Toda *retirada* supone desgracia en el combate, por inferioridad numérica, desaciertos ú otras causas: y de consiguiente «evacuacion» forzosa y algun tanto tumultuaria y desordenada del *campo de batalla.*

Al pronunciar la *retirada*, el general ó jefe que la ordene, indica la direccion, el camino principal y el punto de reunion, algo lejano, de las diferentes tropas ó cuerpos maltratados. Los trenes, el bagaje, los heridos, la artillería gruesa, todo lo que embaraza y que tan expresivamente llamaron los romanos *impedimenta*, toma, con el órden y la rapidez posibles, el camino central ó principal para ganar delantera y poner pronto un grande espacio entre el enemigo victorioso. Tropas que hayan conservado alguna solidez, secciones de ingenieros escoltan esta columno, ó mejor este convoy embarazoso; reparan ó rompen puentes; cortan ó habilitan caminos; buscan, ocupan, atrincheran *posiciones* de respiro y descanso, y puntos en general favorables para rehacerse. Jefes, oficiales, solda dos de esos de valor incontrastable, cuyo espíritu nunca se amilana, detienen fugitivos, reunen dispersos, constituyen núcleos de resistencia, reaniman, alientan y consiguen restablecer el órden y la formacion desbaratada. De un caos aparente nace un cuerpo ó monton que toma el nombre, expresivo entónces, de *retaguardia.* El general

echa la vista sobre un *jefe* ya probado como superior á los sucesos, como soldado de punta, como hábil maniobrero; y miéntras él galopa para hacer entrar en cauce al *grueso* que se va alejando, como torrente desbordado, el *comandante de la retaguardia*, investido de su triste y pelígrosa autoridad, suele recibir por toda instruccion las rápidas palabras que permiten aquellos críticos instantes, «salvar lo que se pueda.»

Bien se vé que en este caso la eleccion del *Comandante de retaguardia* será, como dice la Ordenanza, «sin sujecion á turno ni formalidad.» La salvacion de una columna, quizá de un ejército, queda en sus manos. Si difícil es el mando de una *vanguardia*, algo más y más deslucido es el de una *retaguardia* en el extremo apuro de una derrota, que aquí se toma por ejemplo y caso práctico. Un *jefe de retaguardia* debe tener, y tiene más independencia, más libertad de accion que el de *vanguardia*. Ordinariamente combate hasta muy entrada la noche; y cuanto mejor se bate, más se aleja la esperanza, puesto que más se va alejando el *grueso* de sus fuerzas. No escoge como el de vanguardia, *terreno* para batirse, tiene que aceptar el que le dejan: y miéntras su tropa abatida ó desmoralizada se debilita con las bajas, el enemigo victorioso se refuerza.

En los libros se dan con sumo detalle y tranquilo magisterio «reglas» para la *fuerza* y *composicion* de las *retaguardias;* mas, como no serán por lo regular muy aplicables en los momentos supremos en que la *retaguardia* despliega su vigorosa accion, puede darse por supuesto que así como en vanguardia forma el *nervio* caballería ligera, en retaguardia lo será la mejor infantería, como más apta á la defensa, con alguna caballería consistente, y sobre todo con excelente artillería, para apoyar el movimiento alternativo de los *escalones*. En general, la *fuerza* la determinan el *estado* de las tropas batidas, el *empuje* que traiga el vencedor, y el *terreno* que haya á la espalda.

Verdaderamente «las reglas para conducir una retaguardia,» más que de los libros, han de brotar de la presencia de ánimo, de la sagacidad y de la ojeada del *comandante*;

sin embargo, siempre conviene estar familiarizado con algunos principios generales é inmutables.

Lo que se pretende ante todo es «ganar tiempo» para que el ejército ó el grueso de la columna se aleje, se restaure, se reorganice. Lo que importa es «retardar y entorpecer» la accion victoriosa del enemigo, rehacerse, reunirse *léjos* de su sable y de su fuego. Lo que conviene es aumentar su cansancio (pues no se ha de suponer tan barata la victoria) infundirle algun recelo con *reacciones* atrevidas é imprevistas, no cederle, por más que se empeñe, *posiciones* favorables.

El oficial que ha estudiado la táctica reglamentaria ya sabe, sin decírselo aquí, que si en alguna coyuntura están indicados por excelencia los *escalones* y los *cuadros*, es indudablemente en las *retiradas*. No nos detengamos pues en pormenores sabidos.

¿Cuál es en conjunto el objeto y deber de la *retaguardia?* Oponerse á la *persecucion* ¿Y qué es *perseguir?* Empujar, acosar, acorralar sin tregua ni respiro; impedir rehacerse; procurar cortar, envolver y anticiparse por atajos; dejar la carretera y amagar por los flancos; obligar á que se abandone el material; recoger botin; mantener la dispersion; coger prisioneros; causar pérdidas; reducir, mermar, exterminar.

A este aluvion de calamidades, es al que la *retaguardia* procura poner coto y remedio en lo posible. Encauzada ya, como se ha dicho, la *impedimenta* por el camino ó direccion principal, es consiguiente que el general ó jefe de la tropa fugitiva tendrá cuidado de aprovechar cejas, pliegues, obstáculos del terreno favorables, para ir escalonando cuerpos á medida que se rehagan y refresquen, y ofrezcan así á la *retaguardia* puntos de apoyo, *escalones* y *refuerzos* sucesivos. El papel, pues, de esta *retaguardia* es, como dice un autor, «servir de biombo ó pantalla para ocultar la fuga.» Parece que la *defensiva*, á que está condenada una retaguardia, debe ser absoluta en toda la extension de la palabra; y sin embargo un jefe maniobrero, que cuente con la *solidez* de su infantería, con la *abnegacion* de su caballería, con la *serenidad* tenaz é inteligente

de su artillería quizá pueda intentar alguna arremetida, alguna *reaccion ofensiva* que imponga cierto respeto al perseguidor. Alguna carga oportuna; un fuego á metralla bien aprovechado; el relevar con pausa los *escalones*, sin que en ellos haga presa el enemigo; el aspecto de *cuadros* silenciosos y coordinados; el no correr más que para ocupar una posicion ventajosa.... Todo esto combinado puede compensar los malos auspicios con que ordinariamente se emprende una *retirada*.

Cuando *persigue* infantería sola, no es la cosa complicada: bastan guerrillas firmes con columnas detrás; pero si una caballería audaz trae consigo artillería y ambas, entendiendo el oficio, saben habérselas con los *cuadros*, y sobre todo correrse velozmente por los flancos, á *envolver* y *cortar*, mal encargo tiene entónces la heróica *retaguardia*. Por eso, aunque en general convenga hacer frecuentes *altos*, como señal y prueba de firmeza, no es bueno «hacerlos muy largos.» El enemigo reflexionará y en vez de «tomar el toro por los cuernos» como dice en su pintoresco lenguaje el mariscal Bugeaud, dejará esa firme *retaguardia*, y por un movimiento circular buscará medio de interponerse y acabar de introducir el desórden en las tropas que huyen.

De todos modos, *cubrir*, *proteger*, *asegurar* una *retirada* implica siempre un *combate* sangriento *de retaguardia*, más útil cuanto más largo y obstinado; porque así, repetimos, tiene más tiempo el *grueso* de ponerse en salvo y refrescarse. En los azares de este *combate* puede caber tal vez ocasion que, no debe desaprovecharse, de armar algun *lazo*, si el enemigo viene presuntuoso, ó de cederle para que se cebe, alguna parte del bagaje ó de tirar, fingiendo pánico, mochilas y fusiles; pero dejados bajo la guardia de alguna batería oculta que á su debido tiempo revele su presencia con la metralla. Una *retaguardia* bien dirigida no tiene obligacion precisa de seguir la huella de su *grueso*. Para ella el mejor camino no es el más corto, sino el ménos expuesto: busca, cuando le conviene, los rodeos, pues si malo es fatigarse, peor es morir.

En suma, ha de tenerse facilidad de fuego y mútuo apo-

yo de las *armas*; habilidad y oportunidad en aprovechar el *terreno*; tenacidad, terquedad en conservar la pequeña ventaja *ofensiva* que pudiera adquirirse. Sobre todo, como al principio se recomendó, mantener vivo y exaltado el *espíritu de las tropas*.

Es caso frecuente en *retaguardia* el paso de un rio; pero aquí se omite, porque ha parecido mejor agruparlo con maniobras análogas en el capítulo X. Otras veces una *retaguardia* destrozada tiene que salvarse á toda prisa en una *plaza* ó *fuerte* inmediato. Lo general es concluir su combate ó su tragedia, entre las sombras de la noche y al abrigo de un bosque, de un desfiladero. Sabido es que no hay parte ó boletin de una accion de guerra victoriosa que no concluya diciendo: «el enemigo en completo desórden debió su salvacion á la oscuridad de la noche y á la escabrosidad del terreno.» Lo cual casi siempre es verdad.

4. Flanqueo.

Flanqueo es voz genérica para designar toda disposicion de seguridad que una *columna en marcha* toma por sus *flancos*. El *flanqueo* puede ser inmediato ó lejano. El primero lo emplea una tropa que marcha por un camino, cuyo terreno adyacente es cubierto, tanto por bosques ó matorrales, como por mieses altas en su estacion. El *flanqueo*, que en este caso es la simple *guerrilla*, registra y reconoce á corta distancia. Mas cuando ésta pasa de uno ó dos kilómetros ya el *flanqueo* es lejano y su disposicion se trasforma en *partidas* (V. cap. VII.) más fuertes, que utilizan caminos paralelos al de la columna, y en vez de comunicarse directamente con ésta por señales ó por el fuego, necesita ordenanzas y *patrullas* de enlace. Aun más: en ciertos casos, un grueso *destacamento*, independiente y á mayor distancia, cubre el flanco amenazado con arreglo á lo expuesto en el capítulo IX. El flanqueo entónces queda encargado á esta *columna de flanco*, que así se llama, y que establece comunicacion con la principal por los medios mencionados. El E. M. al señalar, como es de su incum-

bencia, el *itinerario*, prescribe la clase de *flanqueo* más conveniente. Fuera de este caso especial, no toma tantas proporciones; y las *guerrillas flanqueadoras* salen principalmente de la *vanguardia* ó *retaguardia*, segun sea la marcha al frente ó en retirada, y tambien de las tropas que forman el *grueso* de la columna. La caballería ligera en país llano; la infantería en el quebrado; una y otra en el mixto son las destinadas al *flanqueo*.

En *guerra de montaña* el flanqueo es difícil y fatigoso, y absorve gran parte de la fuerza de las columnas. La primera atencion del que flanquea es no dejarse cortar; no permitir que el enemigo se deslice ó se interponga. Si tal sucede por descuido, la guerrilla flanqueadora, para hacérselo perdonar, no tiene otro medio que dar de firme sobre la espalda del enemigo y volver á incorporarse «á toda costa.» Los *flanqueadores* hacen alto á la par que la columna; algunas veces se repliegan, dejando atalayas ó vigias; y en general es el momento que se escoge para el relevo, siempre frecuente por lo penoso del servicio. En toda encrucijada el *flanqueador* penetra, si es preciso hasta media legua, hasta dar con una casa, con alquien que pueda satisfacer su «curiosidad» sobre el enemigo.

En los *desfiladeros* al flanqueo, generalmente reforzado, le toca tapar, por decirlo así, las avenidas y boquetes sospechosos miéntras desfila la columna. En marchas de noche, como se verá más adelante, el *flanqueo* se suprime.

5. Marchas ofensivas, retrógradas, en retirada.

Las *marchas de maniobra* admiten varias clasificaciones. Con respecto al *objeto*, pueden ser *ofensivas*, *retrógradas* y *en retirada*.

Las marchas *ofensivas* son para atacar al enemigo *en posicion*, ó para buscarle y combatir, ó para perseguirle ya batido. El ataque en el primer caso puede ser á viva fuerza, ó por estratagema y sorpresa. La marcha que prepara ó precede á un ataque *á viva fuerza*, unas veces inicia un movimiento, otras completa una ventaja anteriormente

alcanzada, otras, por el contrario, previene un revés amenazante. En los tres casos se avanza «en órden compacto,» la vanguardia con poca delantera, y el *cordon explorador* muy recogido, para no dar alarma anticipada al enemigo. A esta marcha, rápida y cerrada, sucede inmediatamente el ataque con gruesas guerrillas, ó si la *posicion* es abierta, con un fuego vivo de artillería, descubierta de repente. Más cerrada es todavía la marcha, más vigorosa la accion de la artillería en los otros dos casos mencionados en que se busca un efecto pronto y decisivo.

Pero, si la posicion del enemigo, por lo cubierta ó por lo desconocida, exige *tanteos* y *demostraciones*, la marcha entónces se convierte en un verdadero *reconocimiento*: su disposicion toma amplitud, el órden se ensancha y desenvuelve para cubrir mayor espacio y estender «el radio de observacion.» Todas las precauciones de seguridad son por consiguiente indispensables.

Para *perseguir* á un enemigo derrotado la columna ordinariamente se divide en dos trozos. Miéntras uno, el más fuerte y numeroso, acosa directamente, el otro amaga sin cesar al flanco, procura envolver y *cortar la retirada*. Aquél marchando rápido y compacto, éste con numerosas guerrillas y gruesas reservas, siembran el aturdimiento y el desórden en la *retaguardia* enemiga, y procuran anticiparse á ocupar las *posiciones* en que pretenda *escalonarse*.

Las marchas de maniobra *retrógradas* (que no deben confundirse con las marchas *en retirada*) tienen por objeto desviarse momentáneamente del enemigo, para atraerle á algun *lazo*, ó por lo ménos á una *posicion* á un *campo de batalla* más desventajoso para él, más seguro y conocido para nosotros. Estas marchas son realmente *de maniobra*, lentas, tortuosas, escalonadas, variables en su *disposicion* y *órden*, cómo que se trata de dar largas, de impacientar al enemigo y hacerle cometer algun error para aprovecharlo en el acto. Una marcha *retrógrada*, prolongada con habilidad, revela y enaltece las dotes tácticas de una buena oficialidad y la *consistencia* de una tropa veterana.

La marcha *en retirada* es para evacuar definitivamente un *campo de batalla*, una *posicion*; no sólo á consecuencia

de un revés sufrido por la columna, sinó para acomodar sus movimientos á los de las otras de un ejército, que lo hayan sufrido en otro punto del *teatro de la guerra* ó *de operaciones*. Esplicadas extensamente, al hablar ántes de la *retaguardia*, la disposicion general de una *marcha en retirada* y la particular del destacamento que la *cubre*, sólo repetimos que en ninguna ocasion brilla más la inteligencia, la energía, el temple militar del oficial, que olvida su propio peligro, para no atender más que á la conservacion del órden y de la disciplina, única tabla de honrosa salvacion en el naufragio de su fortuna.

Napoleon I, poco aficionado á las *retiradas*, dice sobre ellas lo siguiente:

«Al abrir una campaña es menester pensar bien si se debe avanzar ó no; pero una vez tomada la ofensiva, es preciso sostenerla hasta el último extremo. Por grande que sea la habilidad de las maniobras, siempre debilitará la moral del ejército; puesto que perdiendo las probabilidades de éxito, se entregan en manos del enemigo. Las retiradas además cuestan muchos más hombres y material que las acciones más sangrientas, con la diferencia que en una batalla el enemigo pierde próximamente tanto como vos, miéntras que en una retirada vos perdeis sin que él pierda.»

«Cuando dos ejércitos están en batalla, y el uno debe operar su retirada sobre un solo punto, miéntras que el otro puede retirarse sobre todos los puntos de la circunferencia, toda la ventaja es de este último. Entónces es cuando un general debe mostrarse audaz, descargar grandes golpes y maniobrar sobre los flancos de su adversario: la victoria está entre sus manos.»

6. Marchas de frente y de flanco.

Otra clasificacion admiten las *marchas*, si se consideran con relacion al *órden de batalla*: pueden ser entónces *de frente y de flanco*.

La *marcha de frente* es la que se ejecuta en direccion próxi-

mamente perpendicular á la *linea de batalla* que se abandona, y por consiguiente á la *posicion* del enemigo, que se supone paralela. En el fondo es un caso de la marcha *ofensiva*, ántes mencionada. Como es imposible ejecutarla en el órden mismo de batalla ó desplegando, la *línea* se fracciona en columnas paralelas, que avanzan por las avenidas que ofrezca la *posicion* enemiga, siendo los caminos abiertos, ó abriendo los que se necesiten, ó marchando á través de los campos y de las tierras labradas.

Marcha de flanco se llama la que emprende un cuerpo de tropas «rompiendo en columna» sobre la derecha ó la izquierda, y corriéndose por la prolongacion de la *línea de batalla* ó *posicion* que deja, en direccion paralela, por lo tanto á la que ocupa el enemigo. En la antigua fórmula, que hoy no es ya tan respetada, de que todo *órden de batalla* se componga de dos líneas de *combate* y otra tercera de *reserva* con parques, trenes y bagajes; naturalmente al marchar *de flanco*, quedan de hecho constituidas tres *columnas* paralelas entre sí. El *flanco* más próximo al enemigo se denomina *exterior*, y, por oposicion, *interior* el que está más lejano. En esta marcha de flanco más bien que vanguardia y retaguardia se llama *cabeza* y *cola* á las tropas extremas, que, al volver al órden de batalla, se convierten en *alas*. Sabido es que, hablando con técnica propiedad, *alas* son los últimos *hombres*, ó las tropas *extremas* por ambos lados, de una *formacion* ú *órden de batalla*: miéntras que *flanco* es el *terreno* adyacente al que pisan las *alas*.

Desde luégo se ve que el ataque ménos peligroso contra una *marcha de flanco* es el que se dirija sobre el *exterior*, por la facilidad de formarse instantáneamente en batalla con una simple variacion; pero en cambio, por los antiguos medios tácticos, el ataque por la *cabeza* ó por la *cola*, por ésta singularmente, introducia una perturbacion, muy próxima al desórden, para *desplegar* y *combatir*. Hoy, gracias á la simplicacion y flexibilidad de nuestra táctica reglamentaria, la maniobra, si bien mas lenta forzosamente que una *variacion*, por causa del camino que las unidades

ó batallones tienen que recorrer, nunca pueden producir embrollo, ni gran pérdida de tiempo.

Alguna vez, ante un enemigo poco maniobrero y emprendedor, aunque tenga superioridad numérica, *la marcha de flanco* podrá ser empleada para correrse ó extenderse, y procurarse así superioridad «relativa» sobre el punto que se tiene por *decisivo* en la *línea* ó *posicion* enemiga, al cual técnicamente llaman los tácticos *punto-llave*, ó más corto *llave*.

Como se verá con mas detencion en el capítulo VIII al tratar de los órdenes de batalla *paralelo* y *oblícuo*, esta marcha de flanco que hoy satíricamente se dice *en procesion*, constituia el fondo de la célebre *maniobra* de Federico II, admirada con increible candor por los tácticos del siglo pasado. Sólo ante la calma imperturbable, ante la pesadez y la torpeza sin ejemplo del enemigo que le dejaba *desfilar*, podia repetirse impunemente esa *marcha procesional* del gran monarca y general prusiano. Y tanto es así, tan convencido estaba él mismo de los peligros evidentes de esa cándida maniobra, que, al quererla copiar Soubisse con sus franceses en Rosbach, cayó Federico como el rayo sobre la *cabeza* de la *procesion*, desbaratándola, como si efectivamente lo fuera, y logrando á poca costa una de las victorias de más lauro en los anales militares de Prusia.

Si hoy es imposible la repeticion exacta, quizá la permita aproximada en algun caso, un fuerte destacamento ó *columna de flanco*, que proteja; ó bien lo cubierto del terreno, la mayor distancia que imponen las armas y sobre todo la *agilidad* y la *disciplina* de unas tropas que sepan marchar entre la niebla, la tempestad ó las sombras de la noche. De otro modo, la *marcha procesional* podria ser tan ridícula como el mismo apodo que la designa, admitido ya en el tecnicismo táctico de los reglamentos actuales.

En el remoto caso de emprender una *marcha de flanco*, se necesitan razonablemente *dos vanguardias*, una á la *cabeza*, otra, que podria llamarse *lateral*, al flanco *exterior* ó más próximo al enemigo. Y como éste puede cargar tambien sobre la *cola*, conviene además una *retaguardia*. La caballería y artillería marchan, si pueden, en estas tres fraccio-

nes ó trozos: si no es posible, en el centro ó en el flanco *interior*, donde tambien se agrupan trenes y bagajes.

Aunque basta lo dicho para llamar la atencion del oficial sobre lo defectuoso y anticuado de las *marchas de flanco*, reforzaremos, como siempre, el raciocinio con las palabras textuales del primer emperador francés.

«Nada es más temerario, ni más contrario á los principios de la guerra, que hacer una marcha de flanco delante de un ejército en posicion; sobre todo cuando este ejército ocupe alturas, al pié de las cuales se tenga que desfilar.»

«Es menester evitar las marchas de flanco: y cuando haya que hacerlas, deben ser lo más cortas y rápidas posible.»

7. Marchas forzadas, secretas, á la ligera, en posta, de noche.

Todavía se reconocen en *táctica* y *estrategia* otras variedades de *marcha*, segun la disposicion, manera ó celeridad con que se ejecutan.

En general *marcha forzada* se llama (por oposicion á la que es *regular*, ó por tránsitos y etapas) á toda la que dobla ó triplica estas últimas: á la que en tiempos iguales recorre espacio mayor que el ordinario. En un porvenir no muy lejano, en que los ferro-carriles jueguen como verdaderos *elementos de guerra*, bien se ve que estas «clasificaciones» serán ociosas; pero hay que citarlas, puesto que hoy subsisten.

Una marcha á pié puede empezar á llamarse *forzada* desde siete ú ocho leguas hasta diez ó doce: siempre tomando en cuenta el objeto, la estacion y el estado del camino. La marcha *ordinaria* suele ser de cinco ó seis leguas, unos 30 á 35 kilómetros; aunque para nuestra infantería, cuya fama de andadora es universal y merecida, casi puede decirse que no hay distancia, ni trayecto fijo, pues marcha sin esfuerzo cómo y cuánto se le manda. Sin embargo, diez ó doce leguas ya ocasionan rezagados ó despeados. La caballería marchando sola y bien cuidada, duplica próximamente la marcha de la infantería. En-

trambas requieren mejor asistencia, doble racion ó por lo ménos abundante, algun regalo de vino, café, tabaco. El alto central es necesario, y el descanso, el reposo indispensable, como se ha dicho, cada cuatro ó cinco dias á lo ménos.

Napoleon I entre sus máximas incluye la siguiente: «Un general no debe saber más que tres cosas en la guerra: marchar diez leguas al dia, combatir y acantonarse en seguida.» Willisen da un poco desleida esta concision favorita del gran maestro, donde dice: «La más perfecta solucion del *problema de la guerra* no puede obtenerse sinó caminando simultáneamente, por los dos caminos los *espacios y el tiempo*, esto es, dirigiéndose contra las *comunicaciones* del enemigo con la rapidez del relámpago, haciendo *quince leguas por dia*, como algo exageradamente prescribe Napoleon.» La exageracion será del autor aleman; pues, como se ha visto, Napoleon, ó sus comentadores, prescriben *diez* que no es poco. De todos modos, estas citas vienen á inculcar cuánta *superioridad* da á una tropa ó ejército el «marchar bien, mucho y á tiempo.» La *ocultacion* y la *celeridad* son condiciones indispensables lo mismo á todo movimiento *estratégico*, que á toda maniobra *táctica*. Así lo condensó Napoleon en aquella frase, casi ininteligible por lo profunda y sentenciosa: *El secreto de la guerra está en el secreto de las comunicaciones.*

Al decir marcha *oculta* y *secreta*, hablando de una *de maniobra*, ya se entiende que no ha de tomarse el calificativo al pié de la letra. En rigor, sólo deberian llamarse así las que se emprenden *de noche* para una *sorpresa* (Véase cap. XIII); mas, por extension, *marcha secreta* se dice de toda la que es ignorada, ó no muy conocida y presumida por el enemigo, aunque él esté muy cerca y se marche á la luz del dia. Teóricamente, pues, toda *marcha de maniobra* deberia ser *forzada* y *secreta*; pero en la imposibilidad material de que así suceda, siempre conviene aproximarse: singularmente, cuando se tiene *iniciativa*, cuando hay que anticiparse á tomar una *posicion*, á socorrer una *plaza*.

Marchas á la ligera, que siempre tienen algo de forzadas, son aquellas cuyo objeto es una *expedicion* ó *golpe de mano*

una *demostracion, diversion ó estratagema* muy calculada, y en las que se prescinde de todo embarazo, bagaje ó *impedimenta*; de la artillería gruesa y sus reservas de municiones; y á veces la infantería de su mochila y la caballería de su grupa.

Las antiguas *marchas en posta*, no por la existencia de los caminos de hierro han perdido su interés é importancia. Al contrario, quizá serán más útiles y frecuentes, para llegar «trasversalmente» á una línea férrea y tomar más pronto los wagones. *Marchar en posta* es simplemente montar la tropa, si es pequeña en acémilas: si es grande, y si los hay, en carros tomados por requisicion. 2.000 á 2.500 hombres necesitan unos 250 carros y estos á razon de 10 ó 12 metros ocupan cerca de tres kilómetros. Por lo regular no toda la infanteria va montada: se combina y alterna para descansar. Los carros no deben hacer más de dos jornadas, para causar ménos perjuicios; lo cual exige relevos bien dispuestos y prevenidos. La *impedimenta*, en estas marchas rápidas, como que ha de separarse de las tropas, se organiza en *convoy* (V. cap. XII.) con su correspondiente *escolta*, y se la dirige á un punto determinado de antemano.

Respecto á las *marchas por ferro-carril* que tanto juego han tenido ya en las guerras de Italia, Estados-Unidos y Alemania, como preludio de más extenso y ordenado empleo, no se desenvuelven aquí porque el oficial conocerá en esta parte y habrá estudiado el «Reglamento para el trasporte de las tropas por los ferro-carriles» aprobado por S. M. en 30 de Diciembre de 1864, impreso en 1865.

Para cerrar este capítulo vendrán bien algunas reglas y pormenores sobre las

Marchas de noche.

Recuérdese ante todo que se deben evitar en lo posible las *marchas de noche*. Fatigan más que tres de dia; se anda ménos que con el calor más rigoroso; dejan muchos rezagados y extraviados; es inútil ó imposible la combinacion

de las armas; la caballería y la artillería embarazan, más que auxilian; y hasta en soldados curtidos entran terrores y extrañas alucinaciones, que les hace «ver de otro modo» las cosas, y el país mismo aunque lo conozcan, produciendo pánicos y desórdenes inconcebibles.

Ordinariamente una *marcha de noche* tiene por objeto una *sorpresa ó golpe de mano.* La regla general en estos casos es mantener el secreto; pero tal vez convenga á cierta distancia del *vivac ó canton* iniciar á algunos oficiales de los más caracterizados; desenvolver el plan; describir, en lo posible, el terreno, los obstáculos que se han de encontrar, la posicion y fuerza presumible del enemigo, y todo cuanto contribuya á evitar recelos, interpretaciones y comentarios erróneos ó infundados. Si la columna ó pequeño destacamento tiene que dividirse en trozos que hayan de concurrir á un punto, es indispensable enterar de lo más preciso á cada comandante. En estos casos nada ilustra ni esclarece tanto como un ligero *cróquis*. Y no es grande el trabajo. Cualquier *sargento* hace en muy poco tiempo tres ó cuatro copias en papel ó tela trasparente del *plano* del E. M., en aquella parte que convenga para la marcha; apuntando los caminos que lleven los demás trozos, y los arroyos, barrancos, ventas ó *accidentes* principales que interesen directamente. Hoy, que al subir á un wagon de ferro-carril, hasta el viajero de tercera consulta su *mapa*, ya es tiempo de perderles el miedo y familiarizarse con unas cuantas líneas sobre el papel, que abrevian y explican mejor que las palabras. Para *calcar* en un papel trasparente con lápiz ó la pluma del tintero no se necesita mucho tiempo, ni grande habilidad. Para consultar el *calco*, se usará el mismo medio que para consultar el reloj, y respecto al modo de *orientarse*, en el capítulo XVIII artículo 5 se indica la regla y su fundamento.

Los *guías* son indispensables en *marchas de noche*: irán á pié y bien vigilados. El principal, cuyo puesto es al lado del comandante y á la cabeza de la columna, podrá ir á caballo; pero sujeto el brazo ó el cuerpo con una cuerda, cuyo extremo llevará un sargento ó el corneta de órdenes para impedir que se escape ó se duerma. Tambien son ne-

cesarios algunos ayudantes ú ordenanzas listos de caballería, para recorrer *al paso* los *flancos* de la columna, cerciorarse de que no se abren claros y venir á dar parte al comandante en caso de haber alguno. Esto indica que una parte de la columna ha perdido la huella ó se ha quedado atascada. El comandante manda *alto general*; pues si la cabeza sigue marchando sin él y el guia, podria extraviarse tambien. La voz de *alto* corre por las compañías, ó más bien la llevan los ordenanzas á caballo, pero sin trotar ni galopar.

Sabido es que el *silencio* ha de ser profundo en toda marcha de noche; las voces de mando muy bajas; se prohibe el más pequeño murmullo; nadie fuma, y hasta se amarran las cantimploras, fiambreras, los sables en caballería y todo lo que pueda sonar y descubrir. Mas, si á pesar de todas las precauciones, la columna se corta, los soldados se desunen y extravían y la confusion crece, no hay otro medio que tocar la corneta y áun las bandas, encender fósforos ú hogueras, y hacer dlsparos ó tirar cohetes.

Ya que no se pueda hacer la marcha de un tiron, los *altos* no deben ser frecuentes. A poco que duren, el soldado se deja vencer del sueño, se entumece con el frio; el de caballería echa pié á tierra, se tiende con las riendas en la mano y se duerme, escapándosele el caballo; á todos les cuesta trabajo volver á emprender la marcha y entrar en fila. Para mandar el alto, mejor que correr la voz es, como se ha dicho, que lo avisen por el flanco ordenanzas á pié ó á caballo: así todos saben que no es un tropiezo de los que anteceden. Muchas veces sinó, el tropiezo ó accidente se toma por un *alto*: algunos soldados se separan; la columna sigue, y, si el enemigo rastrea, son hombres perdidos. De todos modos el *alto* debe ser corto: diez ó doce minutos, y se evita que el soldado se tienda. Cuando hay que prolongarlo, se avisa para evitar inquietud y «motivo de conversacion.» Para ponerse en marcha, el aviso corre de la cola hácia la cabeza, á fin de que la columna no se alargue, como sucederia viniendo inversamente de la cabeza á la cola.

Este ha de ser el principal cuidado del comandante: lle-

var su tropa *unida*. Diez bajas de dia por el fuego enemigo no hacen el efecto de un hombre que se echa ménos de noche. Hay que tener muy en cuenta lo que en el ánimo más sereno influye la oscuridad y lo misterioso de una empresa desconocida, que nunca se calculará muy fácil cuando se acomete por medios desusados. La vigilancia del comandante, tomando cierto aire agasajador y paternal, es lo que más *confianza* infunde y lo que casi siempre aleja el *pánico*.

En el capítulo XIII de las *sorpresas*, que generalmente requieren marchas rápidas y peligrosas de noche, se advierte que no haya *vanguardia ni retaguardia* ni mucho ménos *flanqueo*. La razon es llana. Se flanquea de dia á 200 ó 500 pasos y más, para alejar al enemigo; pero de noche cuando un hombre no puede separarse diez pasos, es imposible *flanqueo* ni *descubierta*. Se suple marchando *al flanco* la oficialidad y las clases.

Al vadear un riachuelo deben redoblarse las precauciones. Como importa mucho que la tropa no marche *de noche* con la ropa mojada, se avisará si es necesario, y se verá si hay tiempo de quitarse los pantalones y el calzado. Los zapadores que vayan, arreglan en un momento las *rampas* de entrada y salida (V. cap. X.) Únos cuantos se dedican á levantar los hombres ó acémilas que caigan. La caballería siempre pasa la última, para no entorpecer ni inutilizar el *vado*. La cabeza, despues de pasar, sigue marchando largo tiempo y un cordon de ordenanzas y oficiales, sirven de *jalones* indicadores á los que van saliendo del vado.

Si, como alguna vez sucede, (singularmente á *partidas sueltas* (V. art. 8.º cap. VII) despues de una penosa *marcha de noche*, hay que *emboscarse* ú ocultarse durante el dia, el comandante y los oficiales mantendrán el espíritu y el «buen humor» de la tropa: y como no será posible encender fuegos, habrán ántes acreditado su prevision y solicitud al racionarla, para salir de modo que el soldado descanse lo posible y se reponga.

El encuentro con el enemigo en una marcha nocturna es realmente temible y peligroso. Hay que darse cuenta

de las cosas sin exageracion en ningun sentido. Se debe retardar todo lo posible el momento de romper el fuego; y para ello aconsejan los prácticos que se mande estrechar distancias, poner las armas en tierra, y sentarse con profundo silencio: los oficiales y sargentos recorriendo los flancos harán cumplir esto rigorosamente. Contando con la quietud de su tropa, el comandante podrá hacer salir *descubridores* poco á poco y tomar las disposiciones más convenientes para «aceptar ó rehusar el combate.» Quizá los descubridores, si son diestros, podrán armar un *lazo* al enemigo, fingiendo estar cortados ó perdidos... pero es inútil detenerse en recordar todo lo que un combate nocturno puede tener de expuesto y desastroso.

El mariscal Bugeaud en sus «Instrucciones prácticas» dice con su profundo conocimiento de la *guerra* y de los *hombres*: «Una tropa asaltada durante la noche ó sorprendida y desordenada de cualquier manera, está siempre bajo una influencia *moral* deplorable, á la que es preciso sustraerla cuanto ántes. El mejor modo de lograrlo, de hacer pasar á nuestro lado las ventajas morales, es tomar la ofensiva con las primeras tropas que se tengan á la mano. Al punto, el órden y la confianza se restablecen detrás, y el enemigo por lo tanto va perdiendo la seguridad con que venia.»

CAPITULO V.

CASTRAMETACION.

1. Campos.—2. Vivacs.—3. Acantonamientos.

La voz *campo* en la milicia es tan genérica, que además de ciertas expresiones actuales como *campo de asamblea*, *campo de batalla*, *campo de tiro* y otras, significó antiguamente *ejército de operaciones*. Mexía, Avila y Zúñiga, Mendoza, todos los clásicos del siglo XVI, casi nunca dicen *ejército*, sino *campo*. Hoy todavía se dice de un oficial que «procede del campo carlista» ó que «se pasó al campo enemigo.»

Aquí se usa la palabra *campo* solamente en el sentido de lugar despoblado, en que se *establece* por corto tiempo un *ejército* ó *tropa* cualquiera. Suelen confundirse las dos voces campo y campamento; pero, mirándolo bien, no deben ser sinónimas. *Campo* tiene algo de más genérico que *campamento*: abraza el establecimiento de las tropas en *barracas*, bajo *tiendas* y *al raso* ó *al vivac*. *Campamento*, parece indicar más bien los dos primeros modos.

Sutilizando algo, tal vez *campamento* envuelve cierta condicion pasajera de tránsito, cierta referencia á detalles de ordenacion, de acomodamiento de las tropas en *líneas* segun lo que hasta hoy se ha venido llamando *castrametacion:* la colocacion sistemática de las tiendas, de las guar-

dias, de las cocinas. Es decir, en un *campo*, tal como hoy se entiende, en una *posicion* ocupada por un ejército, puede haber varios *campamentos* de diferentes cuerpos ó tropas, llamando así al espacio circunscrito que cubre cada uno con sus *tiendas*, *barracas* ó *vivacs*. Marmont dice terminantemente: «Los *campamentos* son para reposar las tropas ó para satisfacer sus necesidades, de ningun modo para combatir.» En efecto nunca se dice *campamento*, sinó *campo atrincherado* ó *permanente*.

Sea como quiera, el ramo del *arte de la guerra* que entiende especialmente en *disponer el campamento*, llámese con palabras latinas *castrametacion*, ó con palabras griegas *estratopédia*, tenia en lo antiguo un interés que hoy ha perdido, por el modo de «hacer la guerra;» quedando refundido en la *táctica*, y en su parte especial de *marchas* ó *logística* (si se acepta la denominacion de Jomini) cuando el campo es *de marcha*, y en la parte de *posiciones*, cuando el campo es de *de combate* próximo.

Desde el abultado volúmen que sobre el *arte de campar* publicó en 1800 D. Vicente Ferraz no sabemos que haya aparecido cosa nueva. Y realmente no hace falta. Los célebres campos judíos, griegos y romanos de que se ocupa preferentemente aquel libro, no tienen importancia de actualidad, sino de erudicion: como la encontrará el que la busque, original, en las copiosas descripciones y reglas de Polibio, Vejecio y Justo Lipsio. La disposicion del *frente de banderas* y de las *tiendas* es atencion muy secundaria, que deben prescribir los reglamentos; pues distan bastante las voluminosas *cañoneras* y *marquesinas* de la reducida *tienda-abrigo* usada en Africa. Por regla general, una tropa *campa* ó *vivaquea* en su órden natural *de batalla ó de combate*, y no son rigorosamente necesarios aquellos preliminares ni trazados, ni el aparato de jalones, piquetes, banderolas y cuerdas de otros tiempos.

Cuando el *campamento* pasa á ser verdadero *campo*, esto es, deja de ser un accidente de marcha, para convertirse en *operacion de guerra*, entónces entra en el dominio de la estrategia, de la táctica, de la fortificacion, y no hay para qué crear nuevas palabras. Reducida así la *castrametacion*

á meros detalles de *logística*, que cuidan los Oficiales de E. M., no creemos que merezca el antiguo aprecio y extension que en los programas de estudios se le daba. Es curioso, pero nada más, saber por Homero cómo Agamenon y Ulises establecieron sus campamentos, ó dónde colocaba Moisés su tabernáculo, ó hácia que lado ponian los romanos la puerta pretoria ó la decumana: en el dia las *posiciones*, extensas generalmente, que se llaman *campos* exigen lo primero ser «croquiseadas» por los procedimientos de la *topografía* (V. cap. XVI) y estudiadas detenidamente bajo el punto de vista que la «conveniencia,» la *estrategia* ó la *táctica* impongan en «cada caso particular.»

Parece pues oportuno, y á la par más breve, respecto á esta materia de campos y campamentos, detenerse en algunos pormenores de *vivac* y *acantonamiento*, refundiendo luégo con más holgura y generalidad las ideas principales en el capítulo, que sigue, de *Posiciones*.

2. Vivac.

Por *vivac* se entiende el campamento de una tropa *al raso* sin barracas ó grandes tiendas, y en rigor sin abrigo de ningun género. Se *vivaquea*, generalmente, en las marchas de maniobra, en las persecuciones, en las retiradas: siempre que se está muy cerca del enemigo y muy próximo á combatir, ó cuando no hay habitacion inmediata al punto en que se quiere descansar y pernoctar.

Si se tiene en cuenta que la fatiga diezma las tropas más que las balas, es ocioso advertir que debe economizarse el *vivac* en lo posible y, siendo inevitable, procurar la mayor comodidad. Así pues, las condiciones *higiénicas y topográficas* han de combinarse, en cuanto se pueda, con las exigencias *tácticas*. Aquellas prescriben en todo campo y vivac *agua* potable próxima y abundante; *leña* para ranchos y hogueras; facilidad para conduccion y distribucion de víveres, paja, forrajes; *suelo* seco de suyo, con alguna pendiente para que no lo encharque la lluvia; *exposicion* saludable y abrigada; *aire* que no esté inficionado por

emanaciones pútridas de pantanos ó arrozales. Además el *vivac*, á pesar de su índole eventual y pasajera, procura cumplir con ciertas condiciones comunes, como se dirá más adelante, á toda *posicion*: ser inaccesible ó difícil de acceso para el enemigo, y de fácil desembocadura contra él; ocupar *terreno dominante*, que permita ver sin ser visto, etc. Si por andar un poco más se consigue todo esto, no se debe vacilar en prolongar algo la marcha.

Cuando el enemigo lo permite, el oficial de E. M. que va con la vanguardia de la *columna*, ó el que se haya habilitado para suplirle, sea ó no facultativo, se adelanta con pequeña escolta y con los ayudantes, algunos sargentos y los furrieles de las compañías ó cuerpos. Al *comandante de la columna* toca decidir segun el *objeto*, si han de adelantarse las guardias de prevencion, más escolta ó más tropa para ocupar préviamente algun pueblo, posicion ó avenida que interese. En un caso ya se ha dicho que podran predominar las condiciones de comodidad ó de higiene: en otro habrá que subordinarlas ó sacrificarlas á lo más importante que es la táctica. Pero de todos modos, las órdenes del *comandante* deben ser previsoras, rápidas y precisas en cuanto concierne á todas las menudencias de raciones, leña, forrage, abrevaderos, cocinas, hornos, si son necesarios.

La *instalacion* ha de ser á la vez pronta y ordenada. Al llegar cada cuerpo ya debe tener su lugar fijo, invariable; pues nada molesta tanto como tener á las tropas formadas largo tiempo, ó andar vacilando y con los trastos al hombro de aquí para allá despues de una marcha forzada y fatigosa. Antes era de fórmula campar rigorosamente en *órden de batalla*: tenía por lo tanto gran importancia señalar el *frente de banderas* y trazar las *calles de tiendas* exactamente perpendiculares y equidistantes. En un *gran campo* de alguna permanencia, bien se vé que estos preparativos son convenientes y muy recomendables; pero en esos grandes campos hay de sobra oficiales facultativos, singularmente de E. M. que saben hacerlos con todo primor científico usando instrumentos y fórmulas sencillas; mas en el *vivac* generalmente de una noche, y de una pequeña *colum-*

na ó *destacamento*, pronto se calcula el espacio necesario, multiplicando simplemente el *frente* por el *fondo* de los cuerpos, y pronto se miden las distancias á pasos. La lanza sirve de jalon, la bayoneta de piquete; y para nada se necesitan aparatos ni cuerdas de trazar. Un *vivac* no tiene que ser bonito, ni ofrecer «visualidad» con sus calles tiradas á cordel. Lo principal es acomodarse al *terreno* y al *órden de combate* en unos casos, al *de marcha* en otros: ya segun se traía, ya tambien, y es lo mejor, segun se piense emprender á la madrugada siguiente. El *frente* pues se establece en esta direccion, y en el acto mismo de instalarse se prepara ya la desembocadura, es decir, la salida fácil de las tropas en formacion. Si las mieses están altas y no pueden respetarse, se avisa al pueblo de que dependan y si no acude, las *forrajea* la tropa. Muchas veces se necesita poner salvaguardias, centinelas, guardias ó puestos formales, en caserías, almacenes próximos ó en las fuentes y abrevaderos no abundantes, para evitar desórdenes. La salida en busca de agua ó leña siempre es algo ocasionada.

Por lo demás «no hay regla fija para la colocacion de las tropas»; puesto que no la hay tampoco en *marcha* ni en *combate*. Hoy convendrá el cuadro, y mañana las columnas paralelas; la caballería unas veces detrás, otras delante. Como el vivac se reduce á hacer alto fuera del camino, formar pabellones y encender unas cuantas hogueras nunca puede exigir mucho cálculo ni meditacion. Son pues inútiles esas tablas de distancias que traen los libros, y cualquier abanderado «saca la cuenta» de lo que ocupa su batallon. Lo que importa es distribuir á cada uno su tarea y su papel, de modo que el *reposo* sea inmediato, completo absoluto.

Para esto es indispensable nombrar y establecer con tino el *servício avanzado*, del cual trata extensamente el capítulo VII.

La infantería pronto está acomodada. Formados pabellones, enciende hogueras: en diez minutos guisa el arroz y en cinco se lo come. Ella tambien se ingenia para procurarse algun abrigo improvisado contra el viento ó el

temporal, sinó lleva las pequeñas tiendas africanas, con las cuales hace varias combinaciones. Napoleon I detestaba, y con razon, las de su tiempo y dice así en una de sus máximas. «Las tiendas no son sanas: es mejor el *vivac* para el soldado porque duerme con los pies al fuego, que seca pronto el suelo en que se acuesta; unas tablas ó un poco de paja, le abrigan del viento. Sin embargo, la tienda es necesaria para los jefes, que tienen que escribir ó consultar el mapa: es preciso, pues, dársela á los oficiales de aquel grado y prohibirles que duerman en las casas. Las tiendas son objeto de observacion, para el E. M. enemigo: le ofrecen datos sobre vuestra fuerza y posicion; pero un ejército formado en dos ó tres líneas de vivacs no deja percibir de léjos más que una humareda que el enemigo confunde con los vapores de la atmósfera y le impide contar el número de fuegos.»

La caballería en *vivac* no tiene tan fácil y pronto acomodo como la infantería: el ganado pierde mucho si se repite, y con más razon por consiguiente debe evitarse, alojándola en pueblos, siempre que se pueda. Lo primero es sujetar bien los caballos para que no alarmen ó incomoden de noche, soltándose á cada instante. Los franceses de Africa prefieren el sistema de cuerdas de 20 á 25 metros tendidas á flor de tierra entre dos ó cuatro pequeños piquetes, á las cuales se traba el caballo por una mano. Los piquetes deben estar bien clavados, sin que sobresalga la cabeza, para que el animal no se lastime al echarse ó revolcarse. Los anchos capotes de la caballería permiten hacer con uno tendido sobre las carabinas en pabellon, una media tienda, que siempre cubre á tres ó cuatro hombres, echados juntos, hasta la mitad del cuerpo. Una manta y paja por debajo, los capotes restantes por encima, y la silla por almohada completan la habitacion. La *tienda abrigo* sabido es que nació hácia el año 1834 espontáneamente de las ingeniosas combinaciones que los zuavos franceses empezaron á dar en Africa, primero á sus turbantes, y luego á los primitivos *sacos de campamento*. Siempre la necesidad fué madre de la industria.

La artillería, especialmente los grandes parques, exigen

cuidado y holgura en la colocacion, para atalajar y enganchar con rapidez y sin desórden. Tanto la caballería como la artillería deben prevenir que no haya tropiezo imprevisto al formar de pronto en la oscuridad de la noche.

Como el *vivac* presupone proximidad del enemigo, al levantarlo redobla su vigilancia y su firmeza el *cordon avanzado*. Es tambien frecuente «entretener los fuegos» para lo cual se queda una partida de caballería que puede incorporarse velozmente á la columna. La pronta y fácil salida de las tropas del vivac ya se advirtió que debe estar prevista y preparada desde el acto de instalarse.

3. Acantonamientos.

Se entiende por *acantonamiento* la accion de establecer las tropas por poco tiempo en pueblos grandes ó pequeños, aldeas ó caserías, alojándolas en las casas. Estos pueblos ó lugares de *acantonamiento* se llaman *cantones*, y están generalmente agrupados en pequeña extension de territorio. Su mayor ó menor distancia, la determinan en general la proximidad del enemigo, la fertilidad ó riqueza del país y la duracion ú objeto del acantonamiento. Un ejército de 30.000 hombres, por ejemplo, ha de poder reunirse ó concentrarse en una jornada: por consiguiente no debe extenderse más de ocho ó diez leguas.

Unas veces las tropas *acantonadas* se distribuyen á razon de cierto número de individuos por casa ú hogar, en el que reciben solamente los auxilios de ordenanza. Otras, por excepcion los soldados alojados, que nunca exceden de tres ó cuatro por hogar, reciben del patron los víveres. Otras en fin, las tropas se distribuyen en las casas particulares y en los edificios públicos por *unidades de fuerza* secciones, compañías, batallones enteros, en cuyo caso el propietario solamente da el techado y la *administracion* cuida de racionarlas. Un deber de humanidad y una razon de conveniencia, prescriben en todos los casos atender en lo posible á no esquilmar, ni perjudicar mucho al país.

El *acantonamiento* es determinado por varios motivos. Al

prevenir ó declarar la guerra, al abrir la campaña, para verificar la primera reunion ó *concentracion* de las tropas destinadas al ejército *de operaciones* ó al ejército *de observacion* si se trata de vigilar una provincia ó territorio fronterizo.

En el curso de la guerra, singularmente despues de algunos dias de marcha contínua ó *forzada* y de duro *vivac*, conviene tambien *acantonar* las tropas por pocos dias á fin de darles indispensable descanso. Los *cantones* en este caso por tener en frente al enemigo, deben estar muy cercanos y conexos para «tener las tropas en la mano.» El habitante sufre mayor número de alojados, pero en cambio dura ménos la molestia. La interrupcion de las *operaciones vivas* por cualquier causa, por negociaciones de treguas ó de armisticio, es motivo de *acantonamiento*. Una gran batalla, un combate muy sangriento obliga muchas veces á acantonarse para reorganizar, refrescar, reposar las tropas, para esperar socorros y refuerzos.

En el siglo pasado se suspendian generalmente las hostilidades en el rigor de las dos estaciones, singularmente en la de invierno. De aquí la frase técnica *tomar cuarteles de invierno*. Hoy nada detiene: ni el frio excesivo, ni el calor; pero, mirándolo imparcialmente, tiene algo de cruel. Guerrear en lo crudo del invierno, puede ocasionar la ruina y la disolucion de un *ejército*, si no se cuida con gran solicitud de su *asistencia*, si no se multiplican los recursos para hacer más soportable la fatiga. Verdaderamente hay casos que no permiten los *cuarteles de invierno*. Desde luego estando á la defensiva contra un enemigo que «no quiere descansar»: ó á la inversa, cuando el contrario esté abatido, y se vea probabilidad de aniquilarle; cuando urja penetrar hasta el corazon de la conquista, para obligar á una paz más pronta, ó porque haya inteligencias que aprovechar; en fin cuando por otras causas no convenga «perder tiempo.» Tambien se *acantona* un ejército para sujetar un país conquistado, *ocupándolo militarmente*.

En general un *acantonamiento*, si bien no puede satisfacer rigorosamente á todas las condiciones que, como se verá más adelante, debe reunir una *posicion militar*, tiene que

aproximarse en lo posible al *órden de batalla*, y establecerse al abrigo de obstáculos naturales; montañas, rios, desfiladeros, ó suplirlos sinó con el arte por medio de las *fortificaciones pasageras* que se mencionan en el capítulo XV. Si lo que cubre es un rio, necesita puentes militares como los del capítulo X; si terreno inculto, caminos: de todos modos, *comunicaciones* fáciles y seguras que permitan circular, reunirse sobre los puntos importantes ó convenientes de la *línea de defensa*, y al mismo tiempo *desembocar* cuando se quiera sobre el enemigo. Es por demás advertir que al frente de la *línea* ó *zona* de *acantonamiento* siempre debe escogerse un terreno, ó verdadera y desahogada *posicion* en que las tropas puedan concentrarse para esperar ó recibir al enemigo, sin que éste las tome *de flanco* al venir de sus cantones respectivos y mucho ménos *de revés* para cortarlas ó envolverlas. La facilidad y seguridad tan recomendadas en las *comunicaciones* interiores, bien se ve que son indispensables para evitar trastornos y desórdenes en maniobras ó concentraciones de noche.

Además de estos preceptos *tácticos* y *topográficos*, el E. M. G., al disponer un acantonamiento tiene en cuenta consideraciones de otro género que pueden llamarse *estadísticas*, respecto á los recursos locales para el *alojamiento* y *subsistencia*. Al decir en la definicion que el *acantonamiento* no debe ser de duracion muy larga, se advierte implícitamente que es algo ocasionado á que decaiga la *moral* y se relaje quizá la *disciplina*; por lo cual es necesario variar continuamente los *cantones* de las tropas, para que no les tomen apego.

La condicion *táctica* de aproximarse cuanto sea posible al *órden inicial de batalla*, exige naturalmente que el cuartel general ocupe el centro de la faja ó zona territorial que comprende los *cantones*, y respectivamente, el de su respectivo distrito los comandantes de division y brigada. Se procura tambien que esté junto cada cuerpo ó unidad de fuerza; y si en un canton no cabe toda, la plana mayor va con la parte más crecida. Las bandas se alojan lo más cerca posible del jefe.

La caballería, tanto por su rapidez que le permite entrar

pronto en línea, como por lo ocasionada que es á *sorpresas* estando acantonada, siempre se coloca á retaguardia. La artillería, por esta última razon y por no embarazar, generalmente se *aparca* detrás de los pueblos. Así tambien, en caso de una arremetida imprevista y sin consecuencia, de uno de esos rebatos ó algaradas, como decian los antiguos, á que tan propicios son los *cantones*, la artillería puede replegarse con facilidad y prontitud. Ordinariamente en todo pueblo hay una plaza, la más central y espaciosa, llamada *de alarma* ó reunion; y en cada canton se fijan los límites exteriores que no pueden rebasar los soldados bajo las penas reglamentarias.

El *reconocimiento* preliminar y la buena disposicion de un gran *acantonamiento* es uno de los más importantes servicios del cuerpo especial de E. M. Entran en él, como se ha visto, condiciones estratégicas y tácticas, morales, políticas, estadísticas, de higiene, de comodidad y de seguridad. La reparticion ó distribucion material y calculada de cada trozo del ejército y de cada unidad en su *canton* respectivo, toma en algunos ejércitos extranjeros el nombre técnico, y expresivo por cierto, de *dislocacion*. El Estado Mayor, en vista del mapa, del censo y de las relaciones de las autoridades locales, hace la *dislocacion* en tablas y estados que entrega á los jefes de las tropas para evitar aglomeraciones y desórden.

Los oficiales de ingenieros, secundados por los de las armas generales más inteligentes ó aficionados, tambien toman parte muy principal en el *acantonamiento*; pues de ordinario se *atrincheran* algunos pueblos ó aldeas, y se levantan en despoblado ligeras *obras de campaña*. Para este caso, en que el ingeniero, por tener otras atenciones, confia gran parte de la ejecucion al oficial de infantería, es para el que principalmente se incluye en esta obra el capítulo XV con algunos recuerdos, definiciones, y apuntes muy someros sobre la *fortificacion de campaña*. El *servicio avanzado*, de que trata con bastante pormenor el capítulo VII, tiene en el *acantonamiento* aplicacion importante. La *seguridad*, bien se comprende que es lo primero; pero se echa de ver que el servicio avanzado; en la exten-

sion generalmente vasta de los *cantones*, no puede tener el carácter, ni la misma «disposicion material» que en un reducido *campamento* ó *vivac*. El *cordon* extremo de centinelas y avanzadas, so pena de fatigar excesiva é inútilmente por la gran fuerza necesaria, no puede tener la «continuidad» que en el último caso se recomienda.—Aquí, como siempre, á la aplicacion de toda regla *general* y sistemática debe presidir el criterio, la apreciacion justa, exacta y oportuna de las condiciones principales ó esenciales en cada caso particular. Por ejemplo: el enemigo puede estar tan cerca, tan encima, que las tropas duerman vestidas, la caballería tenga sillas puestas y la artillería esté atalajada. En ese caso se manda tener luz en cada casa; hay siempre establecido sistema de señales; todo está apercibido: basta por consiguiente con *patrullas* en redondo, con *avanzadillas* que avisen. Por abierto y despejado que el terreno sea, hay en todo caso puntos característicos, avenídas precisas que indican la colocacion de las *avanzadas* y de sus correspondientes *sostenes*. En tal lugar convendrá cubrir la infantería con algun *atrincheramiento* ó *tala de árboles*; en tal otro, á la inversa, allanar un obstáculo, echar un puentecillo sobre algun barranco, para que la *patrulla* ó *gran guardia* de caballería pueda salir á la *descubierta*, ó al encuentro del que se acerque. En algunas partes, por el peligro de los flancos ó quizá de la espalda, más bien habrá que atender á ellos que al frente. El *cordon avanzado* tiene por objeto saber del enemigo, dificultarle el acceso, y contenerle el tiempo «estrictamente necesario» para que las tropas se armen, se reunan y se dispongan al combate. Satisfaciendo esas condiciones, poco inporta la «forma» y manera. Si aquí conviene un *puesto fijo*, allí convendrá uno *volante*. En un campanario, en un castillejo que domine una extensa planicie, claro es que basta un hombre, todo lo más con un anteojo. Por regla general, hoy los *puestos avanzados* tienen que adelantarse á distancia mucho mayor que la admitida antiguamente. Cuanto más se adelanten, más fuertes han de ser, y más cuidado y vigilancia necesitan para no dejarse cortar.—Al entrar en advertencias de este género, enojosas quizá por lo que han de

repetirse en el curso de esta obra, guia el buen deseo de evitar que ciertas «reglas generales» se tomen rígida y absolutamente al pié de la letra. Decir regla «general» es decir que hay «excepcion:» y lo que hace dificultoso el *arte de la guerra* es cabalmente el abundar más en excepciones que en reglas.

Pocas palabras bastarán sobre el ataque y defensa de un *acantonamiento*. Siempre que el *servicio avanzado* se cubra con tino y puntualidad, la llegada del enemigo será conocida con tiempo, y las tropas, saliendo velozmente de sus cantones, *toman posicion* y se disponen al combate en el espacio, ó en la *posicion* escrupulosamente *reconocida* que más arriba se indicó. Pero no es lo frecuente que el enemigo haga «de pronto» una irrupcion en masa; más bien intentará *sorpresas* y *encamisadas*, para incomodar y aburrir.

En ese caso el *comandante del canton* atacado no debe empeñarse en acudir al sitio indicado para la *concentracion*, ni apresurarse á evacuar el pueblo, con objeto de reunirse por retaguardia al *grueso* de las fuerzas. Debe defenderse con teson. Si el pueblo está *atrincherado*, en el capítulo XV se encontrarán para ello algunas advertencias prácticas; pero aunque el canton esté *abierto*, la defensa debe ser vigorosa y «anticipadamente estudiada.» Lo mejor es encastillarse en las casas y tirar por las cercas y ventanas: así no hay duda de que todo el que ande por la calle es enemigo. La caballería se recoge á una plaza ó extremo del pueblo, y procura acuchillar, si vé ocasion. La artillería, estando, como se ha dicho, aparcada fuera del pueblo, cuando es pequeño, corre indudablemente grave riesgo. No viendo muy determinada y expedita su *accion* en el *combate*, vale más que en el primer momento se ponga en cobro, tomando la direccion de los primeros refuerzos que acudan, y con los cuales podrá volver escoltada.

El *comandante de un canton* no debe dejarse aturdir por el estrépito formidable, ni por el silencio misterioso y amenazador de que opuestamente se vale la *sorpresa*. Se defiende con serenidad y procura resistir, sin molestar ó

importunar al resto del ejército; pero ante un enemigo muy superior, ó en virtnd de órdenes y señales, tal vez tendrá que *evacuar el canton*. Nunca lo hará sin dejar bien puesto el *honor de las armas*, combatiendo bravamente en retirada, como en el capítulo IV se previene para una tropa ó destacamento especial de *retaguardia*.

El ataque por *sorpresa* (V. cap. XIII) indicado siempre como favorable contra un *canton*, ó se envuelve, repetimos, en silencio cauteloso, ó procura sembrar el desórden y mantener la incertidumbre con amagos ruidosos y falsas arremetidas por todas partes. La caballería ligera, si el terreno la favorece, se encarga de inquietar y llamar la atencion de los cantones contiguos; miéntras la columna compacta de verdadero ataque obra rápidamente sobre la línea de retirada, para cortarla ó amenazarla por lo ménos.

Si el ataque es formal y con fuerza numerosa, ó bien si la *sorpresa* aborta, y el enemigo acantonado encueutra espacio y oportunidad para tomar posicion, el *combate* entra ya en la regla general del capítulo VIII.

CAPÍTULO VI.

POSICIONES.

Definicion.—Cualidades y condiciones generales.—Ataque y defensa.

Algunos definen con tal generalidad la palabra *posicion*, que llaman así á cualquier *terreno* en que un ejército ó tropa se detiene para descansar, campar, vivaquear y combatir Otros restringen algo, teniendo por *posicion* «todo lugar ocupado por una tropa que se dispone á iniciar ó sostener un ataque.» En el dia el significado es aún más concreto, y se debe entender por *posicion* «aquel terreno, muy circunscrito, que ofrece á un ejército, cuerpo ó tropa cualquiera, facilidad y garantía de combatir con ventaja aunque inferior en número.» Es de advertir que hay diferencia, determinada por la respectiva magnitud, entre *posicion* y *puesto*.

En el *sistema* actual *de guerra*, la antigua importancia de las *posiciones* ha decaido visiblemente: tanto que se califica (por oposicion al presente) el sistema usado hasta principios del siglo, con el nombre de *guerra de posiciones*; indicando así una manera de hacerla, más económica de sangre, pero muy pródiga de tiempo. Y en efecto, lo

inmenso de los ejércitos reunidos en grandes masas, su movilidad, su armamento, la abundancia de comunicaciones, singularmente por ferro-carril, preparan para la *guerra futura* graves é imprevistas modificaciones.

Hace treinta años se expresaba Jomini en estos términos:

«En el dia (1837) se presenta una cuestion grave y capital, que es la de decidir si el sistema de Napoleon puede convenir á todas las edades, á todas las épocas y á todos los ejércitos; ó si, por el contrario, sería posible que los gobiernos y los generales volviesen al sistema metódico de las *guerras de posicion*, despues de haber meditado sobre los sucesos de 1800 á 1809. Compárense, en efecto, las marchas y los campamentos de la guerra de Siete Años con los de la guerra de Siete Semanas (como Napoleon llamaba á la campaña de 1806) ó con los tres meses que transcurrieron desde la salida del campo de Bolonia en 1805 hasta la llegada á las llanuras de la Moravia, y dígase despues si el sistema de Napoleon es preferible al antiguo.»

. . . .

«Sin imitar su impetuosa audacia, se podrá caminar por las sendas que él abrió; pues el sistema de la *guerra de posiciones* quedará olvidado probablemente por mucho tiempo, ó cuando ménos considerablemente modificado y perfeccionado.» (*Jomini.*—Comp. pág. 288.)

En compensacion, á medida que decrecen para la *guerra de grandes masas* y movimientos la necesidad y la importancia de las *posiciones*, aumentan notablemente para la *pequeña guerra de destacamentos*, ó para lo que en aquella se ha convenido en llamar *operaciones secundarias*. Y como éstas se ponen generalmente á cargo del *oficial particular* con pequeña fuerza, serán útiles las siguientes consideraciones.

Puesto que el *combate*, en general, puede tener carácter ofensivo ó defensivo, y tambien uno y otro alternativamente; la *posicion* podrá ser, segun los casos, *ofensiva*, *defensiva*, y *mixta* si participa de entrambos caractéres. Y puesto que sobre ella se ha de *maniobrar* y *combatir*, una

posicion no es otra cosa que «un *campo de batalla* escogido y preparado con más ó ménos arte y antelacion.»

Examinemos sus principales condiciones. La primera, indudablemente, es que su capacidad, sus dimensiones sean proporcionadas á la tropa que la ha de ocupar y defender. Sería inútil y embarazoso emplear una fuerza numérica superior á la necesaria; y por otra parte una inferior comprometería el éxito de la operacion.

La extension, variable en cada caso, del *frente de una posicion*, naturalmente ha de estar determinada por la del *frente de batalla* de las tropas; así como la *profundidad* dependerá de la *disposicion de combate* que se les dé. Si ésta es, como ordinariamente se supone en teoría, de dos líneas con una reserva, una simple multiplicacion basta para saber el espacio ó superficie rectangular indispensable. Pero ha de tenerse en cuenta la estructura del *terreno*; si es mayor el número de *líneas* que se deben escalonar, y tambien que detrás de la *reserva* se necesita anchura y desahogo para los parques, ambulancias, trenes y equipajes. En guerra de montaña, donde cabalmente juegan más las *posiciones*, un ejército entero se vé forzado á estrecharse y condensarse en algunas, que son la quinta, ó la sexta parte á veces, del espacio que el mismo número de hombres, necesita para estar holgado en una llanura. En *posicion ofensiva*, tambien ese espacio podrá ser menor relativamente, atendiendo á que el ataque siempre recoge más las tropas.

La *dominacion*, es decir, la altura ó relieve sobre el terreno adyacente conviene á toda *posicion*. El fuego es eficaz, y se descubre mejor al que ataca; pero esta elevacion ha de tener su límite: si es excesiva, las fuegos en vez de *rasantes*, son *fijantes*, y por lo tanto ménos temibles. No son, pues, en todos casos las altas cumbres con rápidas pendientes las más preferibles: bastan en general declives y laderas suaves y tendidas, ó mesetas y resaltos en forma de gradería.

Toda *posicion*, para merecer este nombre, supone *obstáculos* naturales y artificiales que la circunscriben, que constituyen sus elementos y condiciones tácticas. Con los

obstáculos se cubre y apoya el defensor, con ellos entorpece y dificulta el acceso al enemigo; pero tambien aquí se debe huir cuerdamente de la exageracion; y no por buscar á toda costa lo «inaccesible y lo inexpugnable» en absoluto, caer en un encerramiento *pasivo*, inerte, que quite á la defensa el carácter *activo*, que nunca debe perder; impidiendo la reaccion ofensiva, la capacidad de atacar, de tomar desquite en el instante en que se logre una pequeña ventaja ó coyuntura favorable.

Por eso no siempre son buenos esos *obstáculos naturales*, que pueden llamarse completos ó impracticables, como lagunas, grandes pantanos, altos escarpes, que forman «barrera material,» tanto para el defensor como para el agresor: en general se prefieren otros obstáculos más practicables, bosques, barrancos, aldeas, que las tropas pueden guarnecer y ocupar, haciéndolos valer con su defensa y acrecentando su importancia por los medios artificiales é ingeniosos que procura el arte de la fortificacion. En las montañas, la naturaleza presenta variadas combinaciones; pero en las llanuras mismas un riachuelo encajonado, charcas, canales, que determinen puntos precisos de paso, que impidan el despliegue del que ataca; que le obliguen á desfilar, á desembocar con estrechez, á presentar columnas profundas que la artillería destroce, son *obstáculos* que un buen *táctico* aprovecha grandemente.

Comprendemos que no es muy fácil esa reunion de dos condiciones casi contradictorias: *acceso* difícil y *salida* cómoda; obstáculo para el agresor y facilidad para el defensor; mas no porque el precepto sea de ejecucion laboriosa se ha de atenuar, ni ménos omitir en un libro de arte. Importantes consideraciones para esclarecer este punto se desarrollan, como lugar más á propósito, en el capítulo XV que trata de la *fortificacion de campaña*, destinada principalmente «á suplir la insuficiencia natural» de un *puesto* ó *posicion*. En él se verá cómo este problema, realmente difícil, puede tener solucion satisfactoria; y para allí se aplaza, por evitar prolija repeticion, cuanto concierne á la relacion íntima que existe entre la *fortificacion* y las *posiciones*, puesto que á entrambas sirve la *táctica* de lazo y

nudo. Napoleon I dice en una de sus máximas: «En guerra de marchas y maniobras para esquivar una batalla contra un ejército superior, es preciso atrincherarse todas las noches y siempre situarse sobre el pié de una buena defensiva. Las posiciones naturales, que ordinariamente se encuentran, no pueden sin los socorros del arte poner un ejército al abrigo de la superioridad del contrario más numeroso.»

En toda *posicion* se distinguen el *frente* y los *flancos*; por que aquel y estos están señalados por esos obstáculos naturales, ó artificialmente realzados. Pero se comprende bien que ninguno de ellos, como caserías ó bosques, ha de ocultar y favorecer los movimientos del que ataque; y que todos, pequeños ó grandes, deben estar *bajo el cañon defensor*. Su mayor alcance hoy hace triplicar ó cuadruplicar ciertas distancias y dimensiones que se daban como fijas en libros didácticos no muy añejos. Se tiene por buena y bien acondicionada la *posicion defensiva* que presenta en su frente configuracion favorable para la «concentracion y cruzamiento» de fuegos sobre los puntos principales ó presumibles de ataque, para barrer con la artillería los pasos estrechos y forzosos. Por eso se buscan líneas ondulosas ó, si pudiera decirse, festoneadas con *entrantes* y *salientes* alternativos, que forman hasta cierto punto *baluartes* naturales con largas *cortinas* intermedias, (Véase el capítulo citado) que constituyan en fin una fortificacion *natural* aproximada en lo posible á la fortificacion *artificial* trazada por la mano del hombre.

Y combatiremos de paso una preocupacion, que no por ser muy general, tiene razonable fundamento. En cuanto se dice *posicion*, mayormente cuando la fortificacion interviene, parece ya que sólo ha de jugar en ella la infantería ó lo más la artillería. *Posicion*, repetimos, quiere decir *campo de batalla preparado*, y sería por cierto extraña preparacion *táctica*, la que anulase ó vedase el empleo de una de las tres armas. Así pues, la caballería, léjos de estar excluida, juega, y mucho, en el ataque y defensa de ciertas posicíones: hay por consiguiente que dejarle desembocaduras y espacios, por donde salir, cargar y replegarse. El

principio fundamental que rige en la eleccion, mejora y acertado empleo de una *posicion* es, no sólo la «circulacion» holgada y segura, sino la «colocacion» acertada y provechosa de las *tres armas*, de modo que se combinen y se apoyen; que tengan capacidad para desarrollar su máximo efecto, que no se aglomeren y embaracen, y sobre todo, que no se divorcien ó incomuniquen. La *táctica* no se estudia para aplicar sus reglas en la pradera lisa de un campo de instruccion, sinó en los imprevistos accidentes de un *campo de batalla*: y los que en él la han ejercitado no la acusan por cierto de esa aparente «facilidad» que en aquel otro tiene. Con frecuencia se ha visto en el ataque y defensa de *posiciones*, tropas, en forzosa inactividad, presenciando impasibles la derrota y el degüello de sus compañeras, por un accidente que las incomunica, por una imprevision al disponerlas, por un error de cálculo. Es, pues, necesaria la recomendacion, la insistencia sobre este principio táctico de conexion y enlace de las *tres armas* singularmente cuando se combinen en una *posicion* con ciertos recursos de la *fortificacion de campaña*.

La seguridad, el eficaz apoyo de los flancos merece tambien atencion escrupulosa. Si no hay buenos obstáculos naturales, rios, precipicios, pueblos, se acude á los atrincheramientos; y si no es posible tampoco, á los escalones á las masas, á la artillería bien establecida con ancho campo de tiro y respetables sostenes. Para que un *flanco* esté sólidamente cubierto, es preciso que los obstáculos se extiendan bastante en direccion lateral, á fin de que el enemigo no pueda envolverlo, á ménos de grandes circuitos y movimientos peligrosos por lo largos y excéntricos. Es comun fijar la atencion en el *frente* de la *posicion* y no en los *flancos*, dejando, como técnicamente se dice, las alas en el aire: el remedio no es fácil en llanuras; pero á toda costa hay que buscarlo ante un enemigo que sepa maniobrar.

Si hácia el exterior, esto es, hácia el enemigo, la *posicion ofensiva*, y áun la *defensiva* por pasiva ó encastillada que sea, debe tener *comunicaciones* fáciles y seguras, mucho más deben serlo las interiores, ya corran paralelas al

frente de la posicion, para ligar lateralmente los diferentes cuerpos y campamentos; ya perpendiculares tambien, para la debida conexion de las varias líneas de batalla en sentido de la profundidad. Entre estas últimas, hay que prevenir y cuidar y cubrir con preferencia la *línea* ó camino de *retirada*. Geométricamente, el mejor modo de asegurarla, es hacerla perpendicular al frente, casi siempre extenso, de la *posicion*. Cuanto más se aparte de esta direccion perpendicular y central, más peligros ofrecerá la *línea de retirada*; y será de todo punto inadmisible la que obligue á correrse sobre la prolongacion de un flanco, singularmente en terreno llano y descubierto. Si una *marcha de flanco* en la ofensiva está reprobada (como se ha visto en el capítulo IV) calcúlese el desastre de una retirada al ser desalojado de una posicion.

Se recomienda, en general, para elegir y establecer *posiciones*, los terrenos algo movidos y variados, de esos que se llaman ondulados, entrecortados ó mixtos, que, si no son buenos para grandes ejércitos, tienen singular utilidad y provecho para pequeñas tropas y destacamentos. Excluida pues, en principio la uniformidad y la monotonía, toda *posicion* tendrá de suyo variedad de puntos débiles y fuertes, vulnerables y seguros. Los *débiles* serán, en general, los *salientes*, las alas, los de fácil acceso, los que estén *dominados*, los que tengan delante algo que oculte al enemigo y favorezca su avance, su ofensiva. Los *fuertes* serán á la inversa aquellos más *entrantes*, más *dominantes* más inaccesibles, y toda localidad, como bosque ó pueblo, útilmente ocupado ó atrincherado por el defensor.

Entre estos varios *puntos* de una *posicion*, irremisiblemente hay uno que, por su importancia relativa, descuella sobre los demás y de cuya posesion depende la toma ó conquista de la *posicion* entera. Ese punto singular, característico, decisivo, toma el nombre técnico y expresivo de *llave de la posicion*. Sobre él se acumulan los esfuerzos; sobre él se disputa sangrientamente la victoria; en él se desenreda el *nudo* del *combate*, como se explicará más largamente en el capítulo VIII.

Una posicion se toma por alguuas horas pero con más

frecuencia por algunos dias, y en este caso encierra un *campo*, *campamento* ó *vivac* de los que quedan mencionados en las páginas anteriores. Puesto que predomina rigorosa y exclusivamente la *táctica*, á sus reglas tienen que subordinarse las condiciones higiénicas y las consideraciones estadísticas de agua, leña, paja, buen aire, buena exposicion al sol, suelo seco etc. Sin embargo, deben conciliarse en lo posible, y muy especialmente la abundancia de los tres primeros é indispensables elementos.

Respecto al *servicio avanzado*, que se explica en el capítulo VII, debe naturalmente cubrirse con gran puntualidad; pero conviene evitar fatiga inútil á la tropa con excesivo número de *puestos*. Los oficiales prácticos y conocedores del *terreno* saben economizarlos sin desatender la seguridad.

A ménos de entrar aquí en largas consideraciones y detalles de geografía física ó geología, no es posible detenerse en analizar las *posiciones* bajo el punto de vista *topográfico* ó *del terreno*. Algunas indicaciones se encontrarán en el capítulo XVI que trata de los *reconocimientos*; y otras, puesto que las verdaderas *posiciones*, para columnas pequeñas y destacamentos, donde abundan y se aprovechan es en las montañas, en el capítulo XI, que á ellas se refiere, tendrán más oportuna cabida y desarrollo.

Concluiremos con algunas generalidades de *ataque* y *defensa* anticipándonos al artículo general de *combates* pues no es más que un caso de ellos, y muy frecuente, la *disputa de una posicion*. Sin atenerse estrictamente á las dos líneas primera y segunda, consagradas en los antíguos reglamentos, la infantería que *ocupa* una *posicion* y se dispone á defenderla formará en batalla, en guerrilla mixta, allí donde su fuego sea útil: se mantendrá en columna, siempre que esté á cubierto y con intencion de caer sobre el enemigo, aquella otra parte destinada á la defensa llamada *activa*, y para acudir en relevo ó en refuerzo. Por regla general hay que andarse con cierto pulso en esto de las *masas*, que antiguamente se recomendaba; y, sin caer en el extremo opuesto, dar á las tropas holgura y espacio para moverse. Algunos «claros en el órden de combate,»

que ántes asustaban á los *tácticos*, no son hoy tan peligrosos y comprometidos, ya por el largo alcance de nuestras armas, ya por la agilidad mucho mayor que en la actualidad tienen los batallones y especialmente las guerrillas. Las tropas destinadas á *reserva* sabido es que deben sustraerse por completo á la accion del fuego y al peligro, hasta el momento crítico de su empleo.

La artillería se distribuye con libertad análoga. Hoy, con su enorme alcance, puede batir mejor el acceso, y buscará con preferencia para establecerse aquellos puntos, salientes ó entrantes, desde donde *cruce fuegos*, barra avenidas, enfile columnas de ataque.

La caballería suelta ó ligera vela directamente por las piezas, escoltándolas en su movimiento; y, sin perder de vista los de la caballería enemiga, alarga *patrullas* ó *descubiertas* sobre aquellas direcciones presumibles de un movimiento *envolvente* del agresor. La caballería gruesa y en órden compacto, ya se sabe tambien que es parte integrante de la *reserva*, y atiende por consiguiente á la *llave de la posicion*, al punto que, segun se ha dicho, ha de merecer los principales esfuerzos de ambas partes. Los parques, trenes, ambulancias, bagajes, dispuestos sobre la línea de retirada, se sitúan detrás de la *reserva* La habilidad táctica de la defensa consiste en ocultar las disposiciones preparatorias, en colocar la infantería á cubierto en lo posible, la artillería en los puntos donde juegue con más eficacia y ménos riesgo, y la caballería perfectamente abrigada y con fácil desembocadura. Cuando se dice que todas las tropas y todas las armas «se tengan en la mano» que nunca pierdan conexion y enlace, no es que estén codo con codo; no es amontonarlas sin concierto: léjos de eso, es extenderlas y adaptarlas al terreno de modo que, sin perder la necesaria comunicacion, tengan ancho juego y accion expedita. El que se defiende, á no ser por alguna mira cautelosa, siempre tiene interés en aparentar más fuerza, y le conviene la formacion extensa y bastante «hueca.» Suple la debilidad de ciertos puntos, dobla la fuerza de otros con *talas*, *espaldones*, *reductos*, *cortaduras*, *trincheras* y otros recursos improvisados de los que se in-

dican en el capítulo XV. A poco que la expectativa ó la ocupacion se prolongue, un jefe activo (como siempre debe suponerse) va mejorando y aumentando sus *obras*, hasta el punto de encontrarse, sin pretenderlo, con que la simple *posicion natural* se ha convertido por su «habilidad» en un *campo atrincherado*, con el cual no contaba el enemigo. Y advertirá de paso el oficial de infantería, que el desarrollo de *obras* y *trabajos* que esto presupone no lo han de hacer, miéntras él los mira, los pocos ingenieros, si los lleva, de su columna ó destacamento: todo el mundo tiene que arrimar el hombro, poner manos á la obra; y, puesto que á todos ha de alcanzar su parte relativa de responsabilidad y de gloria, á todos alcanza proporcionalmente el deber de conocer con antelacion algunos rudimentos sencillísimos.

Por lo demás, los preliminares, el empeño y los giros del *combate*, aunque siempre nuevos y variables, tienen semejanza con los que en el capítulo VIII se desenvuelven respecto á un *combate campal*, y los del capítulo XV referentes á un *puesto atrincherado*. Las avanzadas, si cumplen con su oficio, avisan oportunamente la presencia del enemigo; se niegan (por el tiempo razonable) á dejarle paso, y la accion se entabla con más ó ménos brio. Si la defensa tiene carácter *pasivo*, su fuerza principal estriba en la artillería; á ella, pues, tiene lógicamente que subordinarse la infantería y caballería. La artillería, sabido es que dobla su efecto cuando se descubre de pronto; conviene, por lo tanto, refrenar la impaciencia, no contestar á la batería enemiga (como no se tenga seguridad de apagar sus fuegos) y ver si puede introducir su primer proyectil por el espesor de una columna de ataque, cuando avance confiada en el silencio.

Mas, si á pesar de su energía, el defensor empieza á evacuar puntos débiles, la direccion del repliegue es naturalmente al *punto llave*, ó digámoslo así, á la ciudadela, al *reducto de seguridad*, al último refugio; y en este movimiento retrógrado, muy propenso á la indisciplina, es donde el oficial acredita su serenidad y sus dotes de mando. Allí se concentran los esfuerzos; allí acuden las reservas; y la fortuna veleidosa recompensa muchas veces la

«terquedad» cuando es valerosa é inteligente. Si tal sucede, seria notable ingratitud á sus favores contentarse con la estéril satisfaccion de ver que se aleja al enemigo: aunque la táctica no lo prescribiese, la venganza, muy justa, aconseja perseguirle, acosarle.

Pero si la fortuna, como suele, es más amiga del número que del valor, y hay que evacuar ó desalojar la *posicion*, la retirada debe iniciarse y emprenderse con la posible sangre fria y con arreglo á los preceptos generales enunciados en los capítulos IV y VIII.

El que intenta apoderarse de la *posicion*, razonablemente ha de suponerse que es muy superior en fuerza al que la defiende, y que lleva las tres armas: artillería para iniciar y entablar el ataque de léjos y de cerca; infantería para decidir; caballería para completar y perseguir. Debe suponerse tambien que sabe algo acerca de la *posicion* por medio de los *reconocimientos*, que se explican en el capítulo XVI. Llevará por consiguiente un *plan* que poner en ejecucion. Ese *plan*, donde mejor se estudia y se combina, es sobre un *plano* de la *posicion* codiciada, ó por lo ménos sobre un *cróquis*; pero aunque no los tenga, que es lo más frecuente, ciertas consideraciones generales ofrecen puntos de apoyo al razonamiento y al cálculo.

Es absurdo y hasta criminal tomar una posicion *á viva fuerza* por el «capricho» sólo de ocuparla. Algo ha de haber que interese detrás de esa posicion, singularmente para la *columna* ó *destacamento* no muy numeroso, que aquí vamos suponiendo, y que maniobra, no por cuenta suya, sino por la de una *division* ó de un *ejército*. Esa *posicion* cubre necesariamente una *línea* importante *de comunicacion ó de defensa*; por consiguiente el apoderarse de la posicion, es para *cortar la línea*. A esto, pues, tenderá el *plan*. Y cuanta ménos sangre y ménos esfuerzo cueste, más recomendable será la ejecucion. El ataque se dirige en consecuencia, no á batir, en el sentido de exterminar (pues no ha de suponerse en el agresor tan excesiva superioridad) sino á *desalojar*, á echar al enemigo de allí. Si pudiera conseguirse sin una baja, tanto mejor. Luego, ántes de empeñar un combate formal y sangriento, el buen

táctico reconocerá, amagará, *maniobrará*; miéntras tanto irá corrigiendo y madurando su *plan*. Pero los ataques «falsos» son más fáciles de prescribir que de ejecutar: para que logren su objeto, y engañen al enemigo, es indispensable que se alejen y que éste, llevando y distrayendo sus fuerzas, no tenga tiempo de concentrarlas sobre el ataque «verdadero.» Y tan audaz ó listo puede andar, que hasta se interponga y bata en detalle algun trozo muy desprendido del agresor. Hay, pues, que ser cauto, y llevar la prudencia al extremo de pensar en la *retirada*, y en el modo de cubrirla con la *reserva*, ántes del momento de romper el *ataque*, para que la desgracia no coja desprevenido. Por eso importa mucho el tino en la eleccion de los medios *tácticos*. En la pluralidad de los casos está proscrita la antigua *columna* espesa y larga: por torpe que sea la artillería defensora, pronto dará cuenta ella; las pequeñas y convergentes, á distancia de despliegue, tal vez convengan, si se tiene seguridad de su «exacta concurrencia» porque no haya obstáculos ó se interponga el enemigo; pero el órden de ataque por excelencia será el *de escalones*. La autorizada recomendacion que de ellos se hace en el capítulo VIII sobre los *combates* dispensa aquí de todo comentario.

Entre el aparente desórden de amagos, demostraciones y tentativas con guerrillas, y hasta con algunas piezas sueltas, el momento oportuno del *ataque* es, para el comandante, cuando adquiere la certeza de que el defensor, engañado, ha debilitado ó desguarnecido el punto importante. En terreno descubierto el ataque formal y verdadero se inicia con un fuego terrible y concentrado de artillería que, descubierta de improviso, apaga el de la defensa con la lluvia de sus proyectiles. Si el terreno impide esta poderosa concentracion, ó las piezas, por ejemplo, tienen que tirar de abajo arriba, hay que sustituirla con una nube de certeros tiradores que logren igual efecto, haciendo materialmente «inhabitable» el punto escogido. De cualquier modo que sea, es indispensable «preparar y abrir camino» á las *columnas de ataque* lanzadas al descubierto: tambien la caballería, á retaguardia y mejor detrás de los flancos, debe servir de escolta previsora.

Pero el defensor no olvidará por su parte el precepto arriba indicado; y probablemente, cuando la columna á mitad de camino avance con vigoroso impulso, una batería, hasta entónces callada y escondida, vomitará sobre ella balas ó metralla. Contra la eventualidad formidable de este crítico momento la *táctica* no tiene recursos, ni remedio. Hay que buscarlos en la esfera *moral* y elevada de la *disciplina* y del *honor*. Los jefes y oficiales no los encontrarán en las inspiraciones del arte, sinó en las de su propio corazon. Con ademan firme y voz serena tienen que recordar al soldado su deber, inflamar su valor, y hacerle comprender que el menor peligro está en salvar á paso ligero y la cabeza baja la corta distancia que resta; que la vacilacion es fatal; el alto, más costoso; el retroceso, imposible. Sea la que fuere la *formacion* en que se avance, nunca ha de variarse en aquel instante, ni el jefe principal, por aturdimiento ó quizá por alarde inoportuno de serenidad, debe mandar bajo el terrible fuego del enemigo *evoluciones* intempestivas.

Si á pesar de todo el ataque es rechazado, al comandante en jefe concierne tener previsto el más acertado empleo de refuerzos y reservas.

Por lo demás el desalojamiento, si se logra, la ocupacion, la persecucion y complemento de la victoria entran en la regla general mencionada en varios capítulos, especialmente en el VIII destinado á los *Combates* ó en el IV de las *Marchas*.



CAPÍTULO VII.

SERVICIO AVANZADO.

1. Ideas generales.—2. Fuerza y colocacion de los puestos.—3. Comandante de avanzada.—4. Centinelas.—5. Patrullas.—6. Reten.—7. Descubierta.—8. Partidas sueltas.—9. Espías.—10. Guias.—11. Desertores.—12. Parlamentarios.—13. Guerrilleros.

1. Ideas generales.

Bajo el nombre genérico de *servicio avanzado*, se comprende el conjunto sistemático de disposiciones y precauciones encaminadas á rodearse por todos lados de una seguridad perfecta, fundada en una vigilancia contínua.

Este importantísimo y delicado servicio, indispensable á todo un ejército y á su más pequeña fraccion, ya esté en reposo ó en movimiento, se ejecuta por medio de *puestos avanzados* (que implican idea de estacion) ó en general *avanzadas*; y de *rondas*, *patrullas*, *descubiertas*, *partidas sueltas* de reconocimiento, registro ú observacion.

En general, *avanzadas* ó *puestos avanzados* envuelven todo lo que se explicará con los nombres técnicos de *grandes guardias*; *retenes*, *sostenes* ó *piquetes; avanzadas*, *avanzadillas*, *centinelas*, *escuchas*.

Antes de entrar en pormenores, irremediablemente difusos, conviene exponer en abstracto, y con toda generalidad la índole y objeto del *servicio avanzado de campaña*.

Dos son sus fines principales y condiciones precisas: «cubrir y observar» ó, si se quiere más desleido:

1.º Mantener el reposo inalterable del ejército, ó de la tropa, evitándole fatiga y sorpresa; y repeliendo al enemigo si avanza, ó teniéndole en jaque el tiempo necesario para que el ejército se aperciba, tome las armas y se disponga al combate.

2.º Atalayar, registrar, observar, vigilar al enemigo cuando está inmediato; y procurar, cuando se presenta, reconocerle bien, es decir, formarse idea exacta de su fuerza, posicion, movimientos é intenciones.

Existiendo perfecta analogía entre las *avanzadas* de un cuerpo en *estacion* ó reposo y en *movimiento*, marcha ó maniobra, á entrambos casos son aplicables las siguientes consideraciones generales.

La organizacion y disposicion en globo del *servicio avanzado* es atencion primordial del E. M.; porque exigiendo, como todo en la guerra, conjunto, unidad y relacion armónica, el E. M. es quien mejor la puede imprimir y mantener; pero todos los múltiples detalles del *servicio avanzado*, que envuelven fatiga y peligro á la vez, se ejecutan exclusivamente por las *dos armas generales*, infantería y caballería. Y aquí es de notar, cómo se verifica de suyo ese enlace y correlacion de todos los diferentes *servicios* en campaña; ese contínuo y recíproco cambio de aptitudes, necesidades y medios de compensarlas y satisfacerlas. Si el E. M. dispone «en general» los *puestos avanzados*, porque en él radican los datos mas fidedignos de fuerzas, distancias y accidentes del terreno en grande; al E. M. vuelve á subir por medio de las *avanzadas* un caudal precioso de detalles y noticias, que él luego confronta y depura; llenando, por decirlo así, los innumerables huecos del gran cuadro que tiene constantemente á la vista, para la marcha de las operaciones y la direccion de la guerra.

Sea por las menudencias, que efectivamente constituyen el *servicio avanzado*; sea porque la ejecucion material se encomiende á los oficiales subalternos y clases de tropa; su teoría en unos libros se expone como «accesoria» con cierta desdeñosa concision; al paso que en otros manuales ó catecismos, con la intencion laudable de ser «prácticos,» se busca la claridad en lo difuso, se amontonan ejemplos

con recetas inútiles ó triviales, y se ahoga esta importante materia bajo un cúmulo de vulgaridades, só color de que así conviene para hacerla inteligible.

Esto contribuye á rebajar la alta importancia de una parte del *servicio de campaña*, que por lo general, lo imprescindible, lo diaria tiene que ser atendida y entendida por todas las clases de coronel abajo.

Cabalmente el *servicio avanzado* es el que más excluye la rutina reglamentaria, la indolencia que se pretende cubrir con la letra escrita, el amaneramiento pedantesco, tan grato al hombre más amigo de la palabra que de la accion. En el *servicio de avanzadas* todo es razonado, lógico, práctico: sus reglas son pocas, y sus aplicaciones infinitas; en él no basta mandar, sinó entender lo que se manda; y requiere en todos, ya manden ya obedezcan, especial aptitud, sereno juicio, robustez corporal, actividad incansable, valor, atencion sostenida, perseverancia que raye en tenacidad.

Nada como el *servicio avanzado*, pone en relieve la extension que en las clases subalternas alcanza la educacion militar; nada promueve y estimula tanto ese varonil sentimiento de la «individualidad propia,» cuando, dentro del círculo de la obediencia y del arte, se mueve espontánea, suelta, responsable; nada aguza tanto el ingenio y la sagacidad, fortalece el espíritu, revela cualidades ignoradas; nada, en fin, como el *servicio avanzado* crea y desarrolla los hábitos de discernimiento y responsabilidad, la fecundidad de recursos, la costumbre de bastarse á sí mismo. ¡Excelente escuela de las clases subalternas para obedecer y mandar, para despuntar y ascender! Tal vez con 20 ó 30 hombres se haga á todo el ejército un servicio señalado.

En los ejércitos del dia especialmente, sus grandes masas, su increible movilidad, y el alcance y manejo de las nuevas armas, imponen al *servicio avanzado* pauta más ancha y ménos uniforme. En el siglo pasado, por falta de organizacion y de estados-mayores; por el distinto sistema de reemplazo; por el método, que hoy nos parece imposible, de generales y brigadieres de dia; aquello era un

laberinto de *avanzadas* y *puestos* sin cohesion, pegados al *grueso* de las tropas, sacados los hombres individualmente de las líneas, y lo que realmente asombra, más con objeto de contener á los desertores propios, que los conatos, agresiones y reconocimientos del enemigo. No es, pues, doctrina admisible por completo en nuestros tiempos, la que exponen algunos reglamentos y tratados militares de larga fecha. La antigua y más señalada diferencia entre las tropas de línea y ligeras prescribía que sola y exclusivamente á estas últimas se encomendase el *servicio avanzado.* Hoy, que la guerra toda es rápida y móvil; que se instruye más, y se economiza ménos, y se trata con equidad al soldado, el *servicio de avanzadas* es general y obligatorio, por más que en algunos otros especiales se usen con razonada preferencia las tropas ligeras. Si éstas son buenas y llenan cumplidamente los deberes de su instituto, razon mayor para no abusar de ellas en fatigas y peligros de toda especie.

El *servicio avanzado* tiene el inconveniente de no poder ser aprendido, ni ejercitado sinó incompletamente en tiempo de paz. Por más que se pretenda fingir en simulacros, en ellos falta el principal estímulo y resorte: el peligro. Se aprenderán fórmulas ó ceremonias, pero no la esencia.

Como queda dicho, «la disposicion en globo» de las *avanzadas* parte del E. M. de la brigada ó division. Conocedor del «terreno y del enemigo,» da ordinariamente en direccion de éste á la *línea avanzada* una forma mas ó ménos regular, pero que generalmente, se aproxima al semicírculo, ó segun la expresion vulgar, «en abanico.»

Los jefes de cuerpo ó *unidad* independiente destacan desde luégo la parte proporcional de sus tropas, que los reglamentos prevengan; y unas veces distribuyen y colocan por sí los puestos, otras aguardan, segun las órdenes, la llegada del oficial de E. M. La brevedad y la costumbre hacen que el oficial de infantería ó caballería establezca provisionalmente las *avanzadas,* sometidas luego á la rectificacion general, indispensable para la armonía entre todas las brigadas y divisiones.

Naturalmente, los *acantonamientos, campos atrincherados*

ó *posiciones* de alguna permanencia requieren mayor desarrollo, inteligencia y perfeccion en el *servicio avanzado*, que el *vivac* pasajero de una marcha; pero siempre existe una correlacion manifiesta, una visible circulacion y enlace entre el último *escucha* y el *cuartel general*.

2. Fuerza y colocacion de los puestos.

La distribucion y colocacion material de los *puestos avanzados*, si admite algunas reglas, tienen que ser muy generales. Un cuerpo de tropas, que constituya *vanguardia* no sólo cubre el frente, sinó que rebása un poco por los flancos del ejército que está detrás. A veces necesita destinar al *servicio avanzado* hasta una tercera parte de su efectivo. No es, como bien se comprende, la multitud ni la aglomeracion de *puestos*, sinó su previsora y acertada «disposicion,» lo que dá fuerza real á un *cordon avanzado*; y además, si todos han de estar de pié y sufrir la fatiga, se frustra el primer objeto, que es descansar en la vigilancia de pocos. Se tenderá pues á que la gente de servicío relativamente, no exceda de una sexta parte del total. Esta tropa se raciona la primera.

Por regla general, el servicio avanzado se cubre hoy por infantería y caballería, mezcladas en variables proporciones que determina «la manera de guerrear del enemigo» y la naturaleza y estructura del *terreno*. Alguna rara vez *las avanzadas* tienen artillería, ya como señal de alarma ó guardando la embocadura de un estrecho desfiladero, tal como un puente. Antes las *grandes guardias* eran reglamentarias y exclusivamente de caballería. Como el jinete descubre más y corre más, la razon dicta que cuando la infantería supla en terreno quebrado á la caballería (preferente en llano) su fuerza duplique y triplique la de esta última.

Las distancias antiguamente prescritas, tanto de los *puestos* entre sí, como de la circunferencia que entre todos forman, al centro, sufren hoy notables modificaciones por la mayor movilidad y agilidad militar, y por el superior

alcance de las armas. No puede fijarse, como ántes, guarismo encerrado entre 300 ó 600 pasos. Hay que buscar en cada caso concreto «la razon y motivo» que la determine ó aconseje. Lo que se pretende es «cubrir y observar.» Lo que importa, que el enemigo no pueda «deslizarse» impunemente; y al mismo tiempo atalayar, acechar, «ver sin ser visto.» La conexion y contacto material es indispensable, para que la *línea avanzada* vibre toda, si así puede decirse, al menor sacudimiento. Por otra parte, para guardarse bien, hay que irse léjos; puesto que las *avanzadas* han de dar tiempo, batiéndose, á que el cuerpo á quien cubren se prepare y disponga, no siempre «á combatir,» sinó, como advierte juiciosamente Bugeaud, «á esquivar tambien el combate» si así conviniese. Por ejemplo, si el grueso de la fuerza, por su masa numérica ú otras causas, necesita 20 á 30 minutos para tomar las armas, montar á caballo y disponerse al combate; necesita el aviso con estos 30 minutos de antelacion: los *comandantes de puesto* necesitarán á su vez otro tanto tiempo para *reconocer* al enemigo, esto es, darse cuenta exacta y trasmitirla, por medio de partes sucesivos y reiterados de la «fuerza, especie é intento» del enemigo; tienen, pues, que distar del cuerpo central de 20 á 60 minutos, es decir de 1.500 m hasta 5.000 m; quizá más en llanura; ménos, en país quebrado, ó cuando retenes escalonados, atrincheramientos y emboscadas obliguen al enemigo á avanzar con recelo y circunspeccion. De todos modos, aquí se vé en pequeño una aplicacion oportuna del «cálculo de tiempo y distancias» tan necesario en la guerra.

Todo cuerpo considerable, con extenso frente tiene que guardarse de modo, que siempre pueda hacer su concentracion en el punto que le convenga: delante ó detrás, á izquierda ó á derecha; para aceptar ó para rehusar el combate, segun las circunstancias y proyectos; tiene por lo tanto que moverse con cierta holgura y con perfecta seguridad detrás de sus *avanzadas*. Tan relacionadas deben estar con su *grueso* ó *núcleo*; tan bien lo han de cubrir y hacer inabordable, impenetrable, que se formula siempre metafóricamente esta idea, al decir que deben ser la «atmós-

fera, la nube, la cortina del ejército.» La palabra *cordon avanzado*, que es la generalmente usada, envuelve la idea primordial de continuidad sin interrupcion.

En terreno muy despejado, los *puestos principales ó grandes guardias* son naturalmente de caballería; en el fragoso y quebrado, de infantería; en el mixto, mixtas: por consiguiente, y en general, las exclusivas de infantería siempre deben llevar, si están distantes, algunos jinetes para destacar ó alargar *avanzadilla* en algun punto útil y lejano, para pequeñas *patrullas*, ó de todos modos, para llevar partes y avisos con más rapidez. Las *grandes guardias* de caballería exclusiva se acercan más, como es lógico al enemigo.

Nunca debe presidir á la *disposicion de un cordon avanzado* el confiar en la «negligencia ó descuido» del contrario sinó en la «vigilancia.» propia.—La *línea de puestos*, que debe considerarse como un todo contínuo, obedece á un movimiento de esparcimiento y concentracion, determinado por causas puramente atmosféricas, como la niebla, la nieve espesa, la tempestad, y singularmente por la noche. En ella, ni el enemigo es tan temible (particularmente con su caballería) ni los centinelas descubren á tanta distancia: el *cordon*, pues, se encoge, so pena de intercalar *puestos* que le den continuidad. De dia, y con despacio, es cuando se «estudia» y determina esta nueva colocacion nocturna á retaguardia. Sin necesidad de estos motivos, con el solo de engañar ó desorientar al enemigo, basta para que convenga variar la *colocacion relativa*. Requiere, pues, el *cordon* flexibilidad, elasticidad y, tomado en conjunto, una variedad grande en los *puestos* ó elementos que lo componen. Este, por estar en un llano raso, será una simple *guerrilla* con su correspondiente reserva; aquél, que guarda una avenida, ha tenido á mano árboles, que dispone en forma de *tala*, carretas que vuelca, cuerdas con que hace un enrejado por la noche, paisanos que le ayudan á cabar una *trinchera ó cortadura*; aquél otro, que está en una venta, ó ermita, ó molino, les hace unas cuantas *aspilleras* y los convierte en *fortines ó reductos* etc. En resúmen, la disposicion en conjunto y el guarismo de

fuerza de un *cordon avanzado* compete al E. M.; la distribucion «local» de los *puestos* á los jefes principales de cuerpo; la *fuerza* de cada uno depende del número aproximado de *centinelas* y *patrullas* que deba dar, de su distancia al *grueso*, de la resistencia que se le encargue; la *colocacion* material la corrige y modifica su propio comandante; arreglándose á las instrucciones especiales y sobre todo al *reconocimiento* prolijo *del terreno* que expresamente recomienda el art. 22, tít. XVII, trat. 2 de la Ordenanza.

El aspecto general de un *sistema avanzado* es ordinariamente una línea extrema en forma curva, con la convexidad hácia el enemigo, compuesta de *centinelas y escuchas*, voz castiza que expresa bien centinela muy avanzado y especialmente «de noche»; la segunda línea, de *grandes guardias*, concéntrica y más recogida que la primera; otra tercera línea, más interna, formada por gruesos *piquetes* (como los llama la Ordenanza) *retenes ó puestos de apoyo* y *sosten*, necesarios cuando se está en contacto material con el enemigo y se recela un ataque. El objeto de los piquétes ó *retenes* es recoger los *puestos* anteriores que sobre ellos se repliegan batidos, y avanzar contra el enemigo. Por entre esta ancha línea ó, mejor dicho, por esta ancha «faja avanzada» circulan constantemente *patrullas*, para mantener la vigilancia y las relaciones entre todos los *puestos*.

Esta red, cuando está hábilmente dispuesta, obtiene con poca gente el doble resultado: de ejercer sobre el enemigo una observacion de todos los instantes, y de enlazar los diferentes trozos de un ejército, de modo que en caso de ataque se comuniquen y apoyen mútuamente.

3. Comandante de avanzada.

Recibidas las instrucciones (ó la consigna si es relevo) el *comandante de un puesto* se cerciora del «estado» de su *tropa* y escrupulosamente del de las *armas*, inculcando de paso la importancia del *servicio* que se le confía. *Reconoce* detenidamente *su puesto* bajo dos aspectos: hácia el interior, para mantener siempre su comunicacion expedita, rápida

y segura con el *puesto principal* que tenga á la espalda; hácia el exterior, para saber los caminos que vienen del enemigo y, calculando tiempo, distancias y «tropiezos», decidir aproximadamente lo que aquél tardará en llegar, y preparar su resistencia presumible. Desde luégo todo obstáculo que al enemigo se oponga, es beneficioso: buscará pues, el modo de utilizar los que haya, y de aumentarlos de una manera pronta, sencilla y artificial; atrincherándose «formalmente» sólo cuando sus instrucciones se lo prescriban. En el capítulo XV que trata de la *fortificacion de campaña* se dan, como lugar más propio, ligeras advertencias para este caso.

El *comandante* «hará por sí todo,» delegando lo ménos que pueda en sus subalternos. Al instalarse, él colocará las *avanzadillas* y hasta los *centinelas*: hablando con este motivo amistosa y familiarmente á su tropa de las obligaciones «individuales» que esta clase de servicio impone; de lo convenientes y saludables que son ciertas *formalidades*, aunque parezcan ceremoniosas; de la confianza que el ejército deposita en los que guardan su reposo; todo en el lenguaje que más pueda cautivar la atencion del soldado, y fijándole en la memoria por medio de ejemplos ó de cuentos picantes y oportunos, aquellos puntos que en cada caso merezcan preferencia.

La *disposicion* más general que suele darse á una *gran guardia*, mandada regularmente por capitan, es la que se ve en la figura 1, lámina I, que se ofrece, no como tipo invariable, al que siempre haya de ajustarse, sinó como medio de hacer más perceptible y rápida la explicacion.

La fuerza para la faccion ordinaria de veinte y cuatro horas, se divide en tres cuartos ó trozos: uno que da los centinelas y avanzadillas *A* y *B*; otro *C*, vigilante; el tercero *D*, de descanso. La estacion, el terreno, la fatiga, las «circustancias» en fin, determinan el modo y horas de recíproco relevo.

La figura 2 representa, como ejemplo otra *disposicion* de las innumerables que se pueden adoptar sobre un rio. (V. cap. X.) Las *avanzadillas A* pasan á la otra orilla; la *gran guardia* es *B* (que quizá tenga alguna pieza de ar-

tillería); el *reten ó sosten C* destaca *avanzadillas* para asegurar de léjos sus flancos. Constantes *patrullas* recorren todo el círculo del *puesto*.

Las reglas generales para la «instalacion local» de todo *puesto avanzado* son: no tener delante una arboleda, un pueblo, mieses altas, que puedan ocultar la aproximacion del enemigo; buscar alturas que dominen y descubran, ó ermitas, ventas, alquerías; no situarse «materialmente» sobre los caminos ó avenidas, sino al lado, detrás de vallados, setos, cercas, tapias; ó, si se guarda un rio, en molinos, puentes, cañaverales, vados, barcas (que se cuida de recoger) etc. Siempre por condicion primera y constante: «el acceso difícil y la retirada segura.»

Debe desechar el *comandante de un puesto avanzado* la preocupacion y afan, casi inevitables, de atender con cierto egoismo «á su propia seguridad:» el *puesto* no es más que la parte elemental de un conjunto con el cual ha de estar relacionado: depende, pues, de los colaterales, sobre cuya situacion le darán las necesarias noticias su jefe principal ó el oficial de E. M. de su brigada.

El interés primordial de toda *avanzada* de ver y descubrir al enemigo, debe aplicarlo simultánea é inversamente á no ser ella vista ni descubierta. En cuanto sea dable suprimirá las hogueras; que dan sueño y pereza, y como puntos de mira que son de noche, y señal que revela su presencia. En un espacio completamente raso tendrá que estar la avanzada por duro que sea, sin abrigo y sin fuego. En la imposibilidad de pasar sin él, se hace la hoguera en alguna hondonada y los soldados van por tandas á calentarse; teniendo siempre á mano agua ó tierra para apagarla en el acto. Como en la guerra de todo se ha de sacar partido, áun de lo desfavorable, alguna vez la hoguera servirá de telégrafo para hacer señales convenidas con el *puesto principal*, ocultando su luz cierto número de veces ó por más ó ménos tiempo; y hasta de ardid pueden servir en otros casos, poniéndolas solas entre dos centinelas que cuiden de atizarlas: la *partida* enemiga que de noche se deslice, evitándolas con cautela, irá á dar cabalmente con el *escucha* inmediato.

El *comandante de avanzada* no puede dar un instante de reposo á su cuerpo ni á su espíritu. En los breves ratos en que pueda recogerse en sí mismo, reflexionará sobre todos los extremos que abraza su faccion, Para él las palabras *vanguardia y retaguardia* son puramente convencionales: un enemigo ágil y osado «viene por todas partes.» Confíar en la «distancia» es expuesto, hoy que se multiplican los ferro-carriles, y las marchas en general son más rápidas y vigorosas. Además que muchas veces un enemigo «inquiéto» no intenta *sorpresas* por obtener gran resultado, sinó por insultar, molestar, aburrir la paciencia, singularmente en tiempos cubiertos, de nieblas, nevadas, ó tempestades. Las *patrullas* y *partidas sueltas* enemigas dedicadas exclusivamente á perturbar un *cordon avanzado* y, como se dice vulgarmente, á no dejarle vivir, siempre se componen de gente lista, dura, incansable, que regularmente hace alarde de audacia, de travesura y hasta de buen humor.

En suma, el *comandante de avanzada*, persuadido de que «la confianza engendra el descuido,» tiene que erigir en principio «la desconfianza.» Desconfianza de todo: del enemigo que tiene en frente, de la tropa que le obedece, de sus «propios sentidos» que tambien le pueden engañar. Debe desechar él mismo esa vulgaridad perniciosa de que se «muestra miedo» por cubrirse y ocultarse; y desvanecer en su tropa, si es bisoña, esa contínua exageracion que toma las guerrillas por columnas, los tiros sueltos por descargas. Alejará del *puesto* los paisanos, cantineras ó vivanderos extraños, que son ordinariamente espías; pero utilizándolos, si conviene, para adquirir ó comprobar noticias que puedan interesarle sobre el *terreno* y el *enemigo*. Como regularmente lo primero que este busca, si está inmediato, es confusion y desórden; lo que debe oponerse es vigilancia, silencio, mesura y ese continente de fria serenidad que desconcierta.

«Cubrir y observar» son las dos ideas simultáneas y principales. *El comandante* y su *tropa* observan «todo;» áun aquello que en apariencia no tenga relacion con su servicio. Dicho se está que han de notarse los toques, los

movimientos del enemigo; pero la *observacion* perspicaz va más allá y se ayuda con meros *indicios*. En ellos, traidos por varios caminos y comprobándose recíprocamente, un oficial sagaz ó experto lee casi tan claro, como si el enemigo se lo dijese. Cada uno en su escala debe saber notarlos ó recogerlos. Luego el E. M. los junta, coordina y aprovecha.

Si bien se mira, no es sólo el *servicio avanzado* ó el de *reconocimiento*, es el *arte* mismo *de la guerra* el que se funda sobre *indicios*, probabilidades, inducciones, que á veces rayan en adivinacion. El enemigo cuida de ocultar sus proyectos, sus planes, sus movimientos: hay, pues, que mantener la vista fija sobre él, para no perder uno solo de los *indicios* que, ya suelto, ya combinado con otros, puede ser una completa «revelacion.»

En las altas regiones de la *política militar* y de la *estrategia*, los *indicios* vienen de «elevado espionaje,» de la diplomacia, del gobierno: y son en general alianzas, tratados, almacenes, puntos de concentracion y asamblea, composicion del ejército, interés político del enemigo, etc., pero en el círculo, más estrecho, de las *operaciones* y del *servicio de campaña*, los indicios «suben», digámoslo así desde la *avanzadilla* y *patrulla* hasta el *cuartel general*. Es evidente que para recogerlos y tambien para trasmitirlos nada puede suplir á la sagacidad natural; pero ciertas pequeñeces, aunque parezcan frívolas, pueden refrescar la memoria y estimular la atencion.

Por ejemplo: el color y hechura del uniforme;—el número del regimiento en los botones, chapas, etc. perdidas. —La disposicion y clase de tiendas y barracas,—el número de centinelas,—el modo de hacer el servicio,—la frecuencia, la direccion y la fuerza de rondas, patrullas, partidas.—Los uniformes nuevos que indican á veces refuerzos,—el acopio de faginas, vigas, maderas, escalas, barcas, si se recela sitio de plaza.—Hasta las nubes de polvo: la caballería levanta polvareda muy alta, pero leve; la infantería baja y espesa; los trenes y artillería, término medio en altura, pero aún más espesa que las otras dos.— Si el polvo avanza, es quizá que llegan refuerzos; si se

aleja que se retiran; ó tambien si se incendian barracas, si se oye el rodar de cañones por los puentes.—La extension y disposicion de las hogueras,—el modo de estar pisada la yerba, etc., etc.

En marcha:—profundidad, frente, rectitud de las columnas;—clase de las tropas, velocidad, direccion, altura de la polvareda;—reflejos;—número de flanqueadores.

Cuando se persigue:—la pista de hombres, caballos, ganados, acémilas: si son naturales, revueltas, en disposicion invariable;—los carriles de carruajes,—los puntos de alto, si son muy inmediatos;—si va dejando material estropeado,—si los cadáveres de caballos están flacos, tienen muermo;—si rastro de sangre ó tumbas recientes,—si algunas indican jefes;—si hay devastacion ó casas quemadas;—si quedan restos de bueyes, carneros comidos,—si los fuegos tienen ceniza reciente;—si hay puentes rotos;—si el paisanaje está triste, encolerizado, satisfecho, etc. etc.

El *comandante de avanzada* «observa» para «trasmitir» el resultado de su observacion por medio de *avisos* y *partes* oportunos. En ellos revela un oficial su espíritu militar, es decir, sereno, sagaz y previsor. Los partes, en general, van á su jefe superior ó inmediato; pero en casos apremiantes y extraordinarios, se da duplicado y simultáneo, á aquél y al jefe de la brigada ó division. Conviene así, cuando importa ganar tiempo y evitar trámites, en que el aviso puede perder claridad ó lucidez. Los *partes* son verbales, en la imposibilidad absoluta de darlos por escrito: para esto último siempre se debe ir prevenido. El tiempo que se tarda en enterar á un ordenanza, por listo que sea, sobra para escribir unas cuantas palabras con el lápiz de la cartera, sin fórmula de cumplido y á manera de telegrama. De todos modos, en las guerras futuras ha de jugar mucho la *telegrafía militar*, facilitando grandemente el *servicio avanzado*. Antes de dar un parte alarmante se aguarda á que madure la primera impresion; pero si hay que rectificar se hace en seguida. Todo parte debe indicar su «procedencia,» especificando si es testimonio ocular, relacion de desertor, confidente ó viajero.

Cuando el enemigo se echa encima, los partes se reiteran al compás que arrecia el peligro. Exige parte inmediato la desercion de un soldado, que obliga á cambiar en el acto la contraseña y á redoblar la vigilancia.—En otros capítulos de este libro, singularmente en el X y el XVI se repiten y amplían estos importantes pormenores.

La *faccion en servicio avanzado* tiene su duracion habitual de veinte y cuatro horas, que algunas veces se reduce á la mitad. El relevo se verifica al amanecer, ó al anochecer. Recomienda lo segundo la consideracion, de que en las primeras horas de la noche la gente está más despierta; pero tiene en su pro el amanecer la circunstancia de ser esta hora la predilecta de las *sorpresas*, por el mayor cansancio del soldado; y, prolongando algo el relevo, los *puestos* se duplican en ésta hora crítica apoyando mejor la *descubierta*. Al volver esta, se retira la avanzada saliente de faccion y la entrante despliega y se extiende por la posicion, siempre más ámplia, que se ocupa durante el dia.

En los momentos de *levantarse el campo* dobla su vigilancia el *cordon avanzado:* cada puesto espera inmóvil á que vengan á recogerlo; y por lo regular todos juntos forman la retaguardia al incorporarse á la columna en marcha.

Respecto á reglas *de combate*, las que técnica y racionalmente se pueden dar en un libro, esparcidas andan por éste en casi todos sus capítulos. Lo que «moralmente» necesita un *oficial avanzado* es valor, atencion y obediencia; recordar la Ordenanza y «entender bien» las instrucciones particulares que reciba. Al tímido, al modesto, podrá asustarle la inmensa responsabilidad que en ciertos casos contrae; pero pronto, reflexionando con serenidad, verá que no hay situacion, por crítica que sea, que no la dominen al fin la energía y la voluntad. Por ejemplo: al recibir «la órden absoluta de conservar su puesto á todo coste,» y recordar el terrible laconismo del artículo 21, título XVII tratado 2.°, la primera sensacion será penosa. Pero, justamente esa misma órden fulminante le advierte la «importancia» de aquel *puesto*, que es quizá el *eje* de una *maniobra*, de una *operacion*; por consiguiente, en él estará fija la

vista del general, de su E. M., del ejército entero; sobre él se acumularán *sostenes*, se dirigirán *refuerzos*, se combinarán *maniobras*. Su *comandante* dista mucho de «estar solo, ni abandonado.»—¿Qué es el puesto? ¿Un desfiladero, un puente? El enemigo, por lo mismo, no puede desplegar ni aglomerar su tropa; miéntras llega el socorro, con las tablas, con un carro se levanta una barricada......

Regla general: una *avanzada* jamás se retira ante fuerza inferior ó igual; si la superioridad del enemigo obliga, se replegará, perdiendo terreno lentamente, como previene la táctica de guerrilla. La direccion siempre se toma hácia el flanco de la *gran guardia* ó *sosten* que venga en su auxilio, y que necesita el frente despejado para recibir al enemigo ó avanzar contra él.

El combate de noche exige extrema circunspeccion. Una simple *alarma* puede turbar el reposo de un campo, y tomar las proporciones de una *sorpresa*. Al primer aviso, el comandante con algunos hombres va «en persona» al punto donde lo dió el centinela. Si en efecto, el enemigo avanza con ímpetu, se repliega sobre el *puesto de sosten*. Si por falta de vigilancia y precaucion, el enemigo le corta, le sorprende cayendo como el rayo, no le queda otro camino honroso de lavar la mancha que «abrirse paso» y buscar á toda costa el medio de volver á incorporarse.

4. Centinelas.

Sobre la línea extrema de *centinelas* y *escuchas* viene á descansar, en último resultado, toda la vigilancia de un *cordon de avanzadas*. Importa, pues, que cumplan su deber, no sólo con serenidad y fervor, sino con «inteligencia.» Si bien se debe inculcar al soldado lo que tiene de solemne y responsable su faccion, no hay que abultárselo, ni realmente se necesita. El peligro bien se ve: lo que interesa es que sepa prevenirlo.

No crece la seguridad de una *avanzada* por poner muy espesos los centinelas: se necesita colocarlos con discernimiento, y combinarlos bien con el servicio de *rondas y pa-*

trullas. En ciertos puntos, como un puentecillo, vado, choza, pequeño barranco, no se coloca centinela, sinó *avanzadilla* de un cabo y cuatro hombres, para que uno corra desde luego á avisar; otro despues, si es necesario, á confirmar ó rectificar, y el cabo con los restantes queda observando el tiempo que pueda. Veces habrá en que convenga buscar un hombre ágil para que se suba á la copa de un árbol, y dé los avisos á otro ú otros dos que queden al pié. Lo comun es apostar los *centinelas* en alturas, sentados ó echados al pié de un árbol, vallado, breña etc. Es, como bien se comprende, sumamente irregular y variada en casos la *colocacion de centinelas.*

La regla general es que se vean bien de dia y se oigan, si es posible, de noche los dos contiguos; y que todos, sinó precisamente la *avanzada,* vean y oigan la *avanzadilla* que los provee. La distancia admitida antiguamente, por término medio, era de 300 á 600 pasos. De 800 á 1.000 metros no se oye bien el fuego. Hay que evitar principalmente que la caballería los coja: y cubrirlos en lo posible, atendiendo á que, con las armas de hoy, á 800 metros un tirador detrás de una mata puede fusilar friamente. Cuando un obstáculo, pequeño ó grande, puede cubrir á un enemigo suelto que apunte, hay que dejarlo, ó muy afuera ó incluirlo dentro del *cordon.* Nadie ha de poder deslizarse por entre dos centinelas contiguos.

En algunos casos se pondrán *sencillos* y en lo general *dobles.* Hay en este segundo el inconveniente de que se distraigan por trabar conversacion, lo que se les prohibe severamente; pero lo compensan las ventajas. El campo de *observacion* para la vista fija de un hombre atento, no pasa de un ángulo recto: dos por consiguiente perfilados, ó dándose un poco la espalda, observan por completo el semicírculo visual. Ya que no por esta razon, siempre convienen los centinelas *dobles,* para que miéntras uno está firme, el otro circule, llegue hasta el contíguo, lleve avisos, conduzca al puesto desertores ó paisanos; y en fin con dos hombres es más fácil evitar ciertas alucinaciones y terrores pánicos. De noche, y en casos de gran lluvia, niebla ó nevada, siempre *dobles*; aunque debe con-

tarse con que el enemigo tambien sufre por su parte los mismos efectos: de noche no puede andar á través de los campos, tiene pues que venir por las sendas y éstas son las que principalmente se guardan. Cada *puesto* adopta ciertas señales para entenderse el *centinela* con los inmediatos y con su respectiva *avanzadilla*; y contraseñas particulares para las *rondas* y *patrullas*, como levantar, abrir y cerrar la mano, dar tantos golpes con ella en cierta parte del fusil ó vestuario.

El *centinela* debe «registrar» todo lo que alcance con la vista de dia, fijándose bien en ciertos objetos para darse cuenta de ellos á fin de que por la noche no le asusten, ni le alarmen. Generalmente de noche se observa mejor que en la altura al pié ó en la falda, para que los objetos se destaquen sobre el cielo. El oido de noche sirve más que los ojos: aplicado á tierra, percibe el ruido á larga distancia, y siente claro el desfile de la caballería. ó el de la artillería por una carretera ó por un puente. Tanto en estos casos, como en el de oir relinchos, ladridos, carruajes, pisadas, el *escucha* avisa á su cabo, y bien cerciorados, se da parte al comandante. No porque haya producido alarmas ridículas una acémila suelta que pasta tranquilamente, debe dejarse de avisar. Ridículo podrá ser de dia alarmarse ó fijarse en la polvareda que levante una yeguada ó una manada de carneros; pero entre ellos puede muy bien venir una pequeña *partida* enemiga. No hay *indicio*, ni incidente despreciable, y así se le hace entender al *centinela*. De «todo» debe dar á su cabo aviso pronto y sin comentario. En la consigna, que no conviene muy difusa y que debe repetir con claridad el centinela, se le reitera siempre esta advertencia.

El enemigo puede llegar de varios modos: ó á la carrera impetuosa, ó silencioso y rastreando. Cuando no hay medio, ni tiempo de avisar, el centinela dispara y se corre hácia un flanco, para no cubrir el fuego qne pueda hacer la *avanzadilla* ó el *puesto principal* que se adelante al encuentro.

El centinela detiene á razonable distancia, y segun la consigna á todo el que quiera cruzar la línea «hácia den-

tro ó hácia afuera.» A todo *militar* sin órden ó pase le hará volver; al *paisano*, avisará al cabo para que lo lleve al comandante del puesto; al *desertor* enemigo, le hará ante todo que arroje al suelo sus armas; al *parlamentario*, que vuelva la espalda, miéntras llega el *comandante del puesto*, que es quien le debe recibir. Los centinelas guardarán siempre silencio, sin entrar en ninguna clase de «interrogatorios» que solo pertenecen á sus superiores.

El *relevo* suele ser convencional, segun el clima y la estacion; debe siempre procurarse que medie una hora lo ménos de reposo ántes y despues de la faccion.

5. Patrullas.

Las *patrullas* tienen por objeto recorrer, vigilar y animar á los *centinelas avanzados*, circulando constantemente por entre ellos; «registrar» con detencion todo el espacio cubierto por las *avanzadas*, explorando tambien el que puedan en direccion del enemigo; «reconocer» un objeto y establecer comunicacion y cambio de noticias entre dos *puestos* contíguos. Con tropas bien amaestradas en el *servicio de patrullas*, en algun caso quizá se puedan suprimir los *centinelas*. La *fuerza* de las *patrullas* varía desde dos á cuatro hombres con un cabo, hasta veinte con un subalterno. Por excepcion puede llegar á treinta. Cuando el *terreno* lo indica, y la necesidad exige andar mucho y pronto, las *patrullas* son de caballería. Pero en general su verdadero objeto de «vigilar, registrar y observar,» prescribe sean de infantería, para marchar con suma cautela, silencio y lentitud; haciendo frecuentes altos, aplicando el oido; serpenteando, ocultándose, emboscándose; evitando todo ruido que anuncie su presencia ó revele su fuerza. La *disposicion* ordinaria de las *patrullas* es en la forma dispersa que representa como ejemplo la figura 3, lámina I. Supuesta de treinta hombres, *A* es el oficial, *B* el sargento, *C*, *C* los cabos.

La *patrulla* se diferencia esencialmente de la *ronda* y de la *descubierta*. Su *circulacion* es constante: en cuanto una vuelve al puesto, otra sale en el acto; si la fuerza de aquél

lo permite, salen dos á un tiempo en direccion cruzada. Las *grandes guardias* son las que ordinariamente proveen las *patrullas*; pero si aquellas no tienen fuerza bastante las da el piquete ó *reten*: de éste salen por lo regular las *grandes patrullas* de 20 á 30 hombres, cuando se consideran necesarias.

Por regla general una patrulla «no combate.» Seria inútil con tan corta fuerza: lo más, si encuentra otra enemiga no muy superior y «se atreve con ella» cierra á la bayoneta silenciosamente y la hace prisionera; á un hombre suelto le debe cortar. Pero si topa súbitamente con el enemigo y éste viene en fuerza, se desliza á toda prisa, se embosca, se agazapa; envia en el acto aviso con un hombre; permanece observando el tiempo que pueda, y sale, cuando tenga ocasion, dispersándose por diferentes atajos ó veredas, para llevar cuanto ántes noticia de lo que haya visto al *puesto* que la destaca ó al inmediato si lo tiene más cerca. Si, á pesar de todas sus precauciones, cae en un lazo, y en poder del enemigo muy superior y que naturalmente avanzará cauteloso «no se bate:» dispara en el acto y grita con todas sus fuerzas, por más que el enemigo la amenace ó, como ha sucedido alguna vez, le ofrezca dinero en la mano ó recompensar largamente su silencio. Algun rasgo de esta abnegacion de mártir cita la historia, que no pierde en sublimidad, por que haya pasado en el oscuro rincon de una pequeña avanzada.

La *patrulla* exige siempre una fórmula, aunque poco ceremoniosa, de reconocimiento por parte de los *centinelas*; pues podria sorprenderlos el enemigo, disfrazado con el vestuario mismo de la *patrulla* que hubiese ántes cogido. Por eso conviene en cada puesto, como queda dicho, una *contraseña* peculiar y convencional, como toser, dar cierto número convenido de golpes con las manos ó en la cartuchera, en el fusil.

6. Reten.

Detrás del *cordon* interior de las *grandes guardias* y á la competente distancia está «dispuesto siempre á combartir» con las armas en pabellon y la mochila al pié (ó con las

sillas y bridas puestas en caballería) una tropa, bastante numerosa, que sirve de apoyo, de *sosten* de *reserva* á todo el *sistema avanzado*. Se le llama indiferentemente *reten sosten* ó *piquete*. La primera denominacion es más castellana y usual.

El modo de sacar y nombrar la fuerza para este servicio, y el de formar y componer el reten varían segun las órdenes y reglamentos.

El «objeto» del *reten* es el de toda *reserva* (V. cap. I, II y VIII). Dar calor, apoyo y seguridad á las *grandes guardias* ó *puestos principales* que tiene delante. Esto determina la *colocacion* variable del *reten*, que siempre ocupará un lugar central á cubierto si es posible, y fuera de la direccion que al replegarse tomen las *grandes guardias*, para que no cubran ni entorpezcan su fuego y su avance.

La «accion» del reten es siempre vigorosa «como la de toda *reserva*» y se ejerce singularmente en el caso de venir casi revuelto el enemigo con un *puesto* atropellado y arrollado. De aquí nace la regla constante que prescribe al *reten* la «formacion cerrada» para cargar impetuosamente á la bayoneta: al paso que la *gran guardia* siempre combatirá en «órden abierto.»

En el *reten* vienen á confluir, por su respetable fuerza y su situacion central, los hilos ó las mallas si puede decirse de la *red avanzada*. Toda ella mantiene cou él comunicacion continua, rápida y expedita. Si es necesario, el reten da fuertes *patrullas*; y ordenanzas suyos están fijos en la *gran guardia* para traerle avisos ó partes.

La crecida fuerza y el objeto del *reten* le imponen el deber de rechazar ó resistir al enemigo «en combate sério y vigoroso.» Esta obligacion envuelve la de buscar una situacion ventajosa de suyo ó que pueda hacerse, rápida y artificialmente, por alguno de los medios indicados en el capítulo XV.

El *reten*, como es natural, ocupará un paraje á la mitad próximamente de la distancia entre las *avanzadas extremas* y el *cuerpo* de tropas á quien todos cubren; pero no siempre será dable ese arreglo simétrico y normal. Muchas veces deberá atender cuidadosamente á sus flancos,

si no los tiene apoyados en el *terreno*, con *patrullas* móviles, con *avanzadillas* fijas, que impiden al enemigo emprendedor despues de rota por fuerza ó ardid la línea extrema, llegar á envolverle ó cortarle. La resistencia, tenaz ó hábil, del *reten*, es la que ha de evitar en algun caso la confusion en la brigada ó cuerpo principal; y en todos ha de protejer el repliegue ordenado de los *puestos* pequeños y grandes.

7. Descubierta.

La significacion de esta voz técnica puede decirse que es varia por la forma, si bien única por el fondo de lo que quiere expresar. *Avanzada* siempre indica un *puesto*, una *tropa firme* que vigila «á pié quieto»: *descubierta* es una «avanzada que marcha al frente.» En el servicio especial de *vanguardia*. (V. cap. IV.) la *descubierta* constituye, en parte ó en todo, lo que se llama *extrema vanguardia*. Por otro lado, *descubierta* es el nombre reglamentario, y muy propio, de la pequeña tropa que al romper el dia sale, lo mismo de un *campo* que de una *fortaleza*, á descubrir, reconocer, registrar los alrededores en un radio muy corto. En un *puesto avanzado* la *descubierta* es una *patrulla* grande que al amanecer rebasa el *cordon* y llega, si puede, hasta el del enemigo; «batiendo el terreno» para que avancen con seguridad á establecerse los centinelas y avanzadillas durante el dia. Por extension es *descubierta* en campaña la pequeña tropa tendida en guerrilla que «limpia el frente,» es decir que tiene por destino ahuyentar partidas, aventar emboscadas, evitar sorpresas y adquirir noticias ó como ántes se decia en castellano, «tomar lengua.»

Bajo esta acepcion «general» se apuntan aquí algunas ideas que completan las más principales sobre el *servicio avanzado* en conjunto y sobre el especial de *vanguardia* ya explicado en el referido capítulo.

La fuerza de la descubierta siempre suele ser pequeña; un subalterno con quince ó veinte hombres. Los que la componen toman nombre peculiar: «corredores ó escaramuzadores» antiguamente; *batidores*, *exploradores*, *des-*

cubridores en el dia. Su *disposicion* normal es la indicada para las *patrullas*. Este *servicio* exige en el soldado raso robustez, cierta sagacidad y mucho deseo de «hacerlo bien.» Efectivamente: para *descubrir* hay que trepar á los puntos culminantes, y desde allí, por señal convenida, avisar que no hay novedad, ó que venga á enterarse de la que haya el sargento ó el oficial. Por punto general, siempre hay que andar y desandar camino. Los *descubridores* van por *parejas* antiguas, ó medios grupos modernos de guerrilla: miéntras el uno avanza cautelosamente á registrar lo que parezca sospechoso, el otro aguarda sin perderle de vista. Al llegar á un punto en que crezca el recelo, miéntras los descubridores registran y exploran, el *grueso* de la *descubierta* hace alto y todos especialmente tienen la vista fija en ellos para ver las señales. Si un *descubridor* desaparece se busca á toda costa su paradero. En una encrucijada, los descubridores entran hasta cierta distancia por los varios caminos que allí se crucen, y el oficial los espera hasta que vuelvan con la noticia que hayan recogido en tal venta ó casería, de tal pastor ó arriero que han encontrado. En un barranco ó pequeño desfiladero, se entra uno á uno con la condicion de no perderse de vista, de que no se interumpa la continuidad: el *comandante* á retaguardia, encarga, como siempre, que se retarde el hacer fuego miéntras se puedan entender por señas. Lo que importa es pasar cuanto ántes y establecerse á la salida. En una aldea ó barriada, se coge y pregunta al primer paisano que se encuentra en el campo, con él entra en el pueblo una pareja, que habla con el alcalde y se encarama, si no hay riesgo, al campanario, á un palomar, á lo más alto: miéntras unas parejas van entrando por la calle principal, otras dan la vuelta por las tapias y cercas, y confluyendo á su vez por el extremo opuesto, viene al fin la *descubierta* á reunirse en la plaza. La *disciplina* se pone de relieve en este servicio: pues ni el soldado debe preferir la taberna ó las mozas á lo que importa; ni entrarse por las casas á maltratar al paisano. Si la moral y la ordenanza no lo reprobasen, el mismo «interés propio» recomienda que se evi-

ten excesos y tropelías. El paisano, hosco en general ante el soldado, si recela mal trato huye ó miente; respetado, no es tan esquivo; gratificado, suele tener expansion y hasta llega á «inventar».—Análogamente, en un bosque pequeño ó matorral, se rodea, se cruza, y basta explorar una faja de 200 á 300 pasos para espantar *emboscadas*.

Al ejecutar todo esto, como se ve, no hay que pensar en batirse, ni mucho ménos: lo que se debe cuidar es de «no ser cogido.» Si el enemigo se echa encima de improviso, fuego y replegarse. Por regla general: atacar si es inferior, defenderse si es igual, escapar si es superior. Al avistar una *patrulla* enemiga, es de presumir que no andará sola. Lo primero, avisar; despues, ver si se la puede coger, no por lo que ella valga, sinó por las noticias que pueda dar. Echarse al suelo, esconderse, dejarla pasar, cortarla, siempre al arma blanca; si todo esto no es posible y el caso aprieta, descarga cerrada como aviso á la *columna*. La *descubierta* vigilará á los *guias*, si los necesita, pues muchas veces por miedo extravían intencionalmente cuando se les pide la direccion exacta y más corta al enemigo.

En este rudo servicio es indispensable la buena «ojeada militar» en cuanto á valuar *distancias*, apreciar el *terreno* y determinar á primera vista la *fuerza*, *especie* y *movimientos* del enemigo.

El *reconocimiento* análogo y constante que se hace sobre los *flancos* de toda *tropa en marcha*, pierde, como ya se dijo, el nombre de *descubierta* para tomar el de *flanqueo*. Por régla general, el *flanqueo* es más pasivo relativamente: la *guerrilla* que lo hace se despega ménos de la *columna*. Los batidores ó descubridores que por el flanco se convierten en *flanqueadores*, trepan y marchan siempre por las alturas inmediatas, y procuran no dejar interpuesto un obstáculo como pequeño monte, riachuelo ó pantano. Es evidente, por lo demás, que al temerse un ataque ó al iniciarse de pronto una *maniobra de flanco*, la *guerrilla* que va por éste queda trasformada de hecho en *descubierta*.

Lo mismo sucede á la pequeña *partida* que forma la extrema *retaguardia* (V. cap. IV) y cuyo papel es inverso.

Miéntras se marcha *de frente*, cuida de recoger rezagados, de que no se deslicen *partidas* enemigas y de mantener su distancia proporcional, para no quedar cortada, ni tardar mucho en incorporarse, ni exigir contínuo socorro por verse comprometida. Su vigilancia tiene que ser activa, justamente por el mayor efecto que tiene un ataque inopinado por la espalda. Marchando en *retirada* crece su importancia por consiguiente su *fuerza*; y este servicio, como se indicó, es aún más duro y meritorio que el ordinario de *vanguardia*.

8. Partidas sueltas.

Cuando una *patrulla* ó *descubierta*, se desprende por decirlo así, de un *cordon avanzado*, obrando yá con cierta soltura é independencia, pierde carácter y nombre, para tomar el de *partida suelta* de observacion ó reconocimiento. A fin de evitar en lo posible las repeticiones, que en esta clase de manuales hacen enojosa la lectura, se engloban en el presente artículo bajo esta rúbrica de *partida suelta* algunas indicaciones, sueltas tambien, pero interesantes como complemento del *servicio avanzado*, y preliminar del de *destacamentos* y *reconocimientos*, tal como debe abrazarlos en toda su generalidad el oficial de fila.

Por *partida suelta* se entiende un *pequeño destacamento*, y tan pequeño que su fuerza ordinaria la constituyen desde 15 hasta 30 hombres, al mando de un oficial, con un par de sargentos. Su destino es sumamente vário; sus instrucciones complejas; su *faccion* ó *servicio* dura desde algunas horas ó dias, hasta semanas y meses. Unas veces va la *partida suelta* con el encargo principal de adquirir noticias, reconocer y observar «en general;» otras lleva órden más concreta de «registrar» y darse cuenta de un objeto exclusivo como un paso preciso, un vado, un puente, un bosque. Una *partida suelta* se nombra para romper la línea enemiga y abrir paso á un correo, á un pliego, á una pequeña cantidad de municiones para una plaza sitiada; otra *partida*, al contrario, cuida de interceptar correos y despachos, de cortar ó perturbar las comunicaciones de los cuerpos de un ejército, de la plaza que se intenta si-

tiar; de apoderarse quizá «por golpe de mano» de un general ó personaje enemigo. Por último, la comision más frecuente de una *partida suelta* tiene gran vaguedad y latitud: es hacer *incursiones* y *correrías*; acosar con tenacidad los flancos y retaguardia del enemigo; serpentear por entre sus cuerpos y avanzadas; coger prisioneros, rezagados ó extraviados; aventar y anular otras *partidas* de su misma especie, que llegan á hacerse insufribles; destruir algun almacen ó depósito lejano, y ejercer, en suma, por todos los medios posibles una accion contínua, sinó de terror, de inquietud, de molestia sobre el ejército y el país enemigo, por la misma razon de no ofrecer bulto á los golpes de la cólera, de ser, digámoslo así, invisible, impalpable.

A pesar de tanta variedad, la *fuerza* y la *composicion* de una *partida suelta* es constante. Los hombres, «voluntarios casi siempre» sacados de los cuerpos tienen que reunir las condiciones extremas del *soldado ligero*. No basta que sean ágiles, robustos, infatigables; no basta que tengan la subordinacion, el aplomo, la firmeza que con el tiempo se adquiere en la fila; para ser buen *soldado de partida* se requiere instinto, travesura, sagacidad; la aficion á la guerra por la guerra; y si la guerra es *arte*, casi pudiera decirse la aficion noble, desinteresada del verdadero «artista.»

Si tan extrañas condiciones necesita la gente, puede inferirse las que ha de reunir el que la mande. A esa bravura, que suele llamarse «nocturna,» porque no necesita luz ni espectadores, tiene que juntar la cautela recelosa, el hábito constante de preveer, discernir y «sacar partido de todo;» la costumbre de obrar solo; el tacto con la gente campesina, y esa moralidad severa y razonada que impide entregarse al menor exceso, aunque sea, como suele acontecer en la guerra, por justo desquite y compensacion de insoportables fatigas y privaciones.

Porqué, debe entenderse que hay gran distancia entre el *comandante de partida suelta*, tal como aquí se va explicando, y el *cabecilla* de una *partida franca*, ó *partidario*, ó *guerrillero* de quien se hablará más adelante. Aquel es un oficial, y un *buen oficial* del ejército que desempeña una «co-

mision del servicio ordinario de campaña,» dependiente siempre del ejército, de la Ordenanza y de sus jefes; sin romper los vínculos sagrados de la disciplina y del honor caballeresco. Y tanto es así, que el oficial *comandante de partida suelta* tiene regularmente el honor de recibir su «comision» del mismo general en jefe, ó del jefe de Estado Mayor; va siempre provisto de un pasaporte, firmado por el segundo; y se le confian á veces crecidas sumas, preciosos documentos, importantes secretos verbales.

Por precaucion, si tiene que dispersar su tropa ó destacar ordenanzas, se le entregan algunos pases y salvo-conductos en blanco.

Entre sus condiciones especiales debe contar, si es posible, el *oficial de partida* la de hablar la lengua ó dialecto del país; y añadir á una vista perspicaz el hábito de calcular tiempos y distancias. Un anteojo, una cartera con recado de escribir, un mapa, un reloj, excelentes armas y bastantes monedas en el cinto son accesorios casi indispensables. En cambio, se debe prohibir á la tropa, no sólo aquello que exceda del morral, sinó espresamente llevar dinero ú objetos de valor. La *partida suelta* ha de justificar el adjetivo, soltándose moral y materialmente para todo género de lances y aventuras.

Esta misma variedad de lances impide poder prevenirlos todos con reglas teóricas, como pretenden algunos libros. La primera que suele darse es que la *partida suelta* mantenga su conexion con el cuerpo que la destaca: lo cual no será siempre posible; y casos habrá en que, porque éste se mueva ó por extraviarse aquella, y sufrir viva persecucion, tenga que acogerse á una *plaza* ó *puesto fortificado*, dando luégo gran rodeo para incorporarse. Por eso á una *partida* el tiempo no le importa, á ménos de tener órdenes fijas en contra; «volver sana y salva» con las noticias ó resultados pedidos, es su principal cuidado. Bueno es y muy esencial, sin embargo, conocer el camino que haya de tomar cuando se ponga en movimiento su brigada, division ó cuerpo principal. Como la *partida suelta* debe excusar en cuanto pueda los *guias*, no solo el comandante, sino los soldados han de tener facilidad para *orien-*

tarse, singularmente de noche, es decir, para referirse á los cuatro puntos llamados «cardinales» en el cielo y así no extraviarse. (V. sobre esto el cap. XVI).

La *partida sueltı* huye, en principio, de poblado y de grandes vías de comunicacion; molesta poco al paisanaje; evita en lo posible forzar á que le sirva de *guia* ó ayuda, y procura sonsacar las noticias y datos que le interesen, valiéndose de la astucia, excusando el mal trato, y, si no acierta á ganarse las voluntades, inspirando respeto con alguna invencion ó amenaza, fingiendo ser la *extrema vanguardia* de numerosa tropa que viene detrás.

Pero, si bien la *partida suelta* evita lugares frecuentados, y nunca se detiene mucho en uno mismo, porque su fuerza y su interés están en el secreto y movilidad; en cambio, busca, detiene, interroga á los viajeros, á los arrieros, pastores y gente de campo que puedan ilustrarla con sus respuestas. Para envolver entre las preguntas generales aquellas que más importen en cada caso, hay una especie de formulario. Es natural, por ejemplo, empezar preguntando al paisano de dónde viene y á dónde vá;—cómo está el camino;—dónde el enemigo;—si está acantonado ó acampado;—con qué fuerzas;—con qué armas;—dónde sus avanzadas;—si es fácil atravesar por ellas;—cómo se llama el general;—si hay trabajos de fortificacion y en ellos emplea paisanos;—si abundan las raciones y el dinero, ó si esquilman y merodean y maltratan,—si salen partidas, y son fuertes, y hácia dónde etc. Es evidente á pesar de lo dicho, que si el paisano por la direccion que lleve, por su modo equívoco de contestar, por su apariencia ú otras razones, inspira sospechas, la seguridad propia aconseja y autoriza que se le detenga, sin mal trato, el tiempo necesario hasta que las circunstancias varíen. Tal, que se finge palurdo, revela en la finura de sus palabras, de su acento, de sus manos, de su camisa, de su porte, que es algo más: quizá, un oficial enemigo disfrazado. En tales casos debe remitirse ó llevarse el individuo, con la seguridad posible, al *cuartel general* como debe hacerse con ciertos *prisioneros* ó *desertores*.

En esta interminable materia de «observacion general»

nada hay inútil, nada despreciable: la crítica, la sagacidad, la maña dan más resultados que la fuerza ó la violencia. Un simple *indicio* pone en camino de un *descubrimiento*; y como el enemigo por su parte usa de medios análogos y quizá más desusados, nada está fuera de lo contingente y presumible. La serenidad de espíritu, la despreocupacion absoluta del peligro personal, la seguridad en sí mismo dejan el ánimo libre para juzgar con exactitud, dando á cada caso el «valor real» que su importancia le asigne. El hombre que sólo piensa en que no le cojan, no tiene bastante tiempo para discurrir. Y, sin embargo, mucha atencion hay que prestar á este último punto. Por eso se recomienda dormir al raso, no acercarse á pueblo ó vivienda sinó con gran cautela y desconfianza, aunque ofrezcan apariencia habitual y tranquila; enviar parejas sueltas y hasta disfrazar soldados; registrar todo bosque, subir á toda altura; y hacerse en fin, como queda dicho, impalpable, á fuerza de movilidad calculada y de artificiosa conducta.

Su *pequeña tropa* no es allí la escuadra táctica en dos filas y encajonada entre dos sargentos ó guias; es la reunion de «auxiliares» que cooperan al éxito de su *comision*, de la cual deben estar individualmente imbuidos en la parte que les concierne, y cuya aptitud natural (ya probada en el hecho de ser escogidos) debe desarrollar, instruyéndolos, sobre la manera de observar, de reconocer, de registrar, de orientarse, de apreciar distancias (V. cap. XVI), con ciertos fenómenos ópticos y frecuentes; de escapar, de agazaparse, en una palabra de «servir bien.» El contínuo recuerdo de la importancia de la comision, de las leyes «variables» de la *guerra*, pero «inmutables» del *deber* y de la *disciplina*, logrará, más que el castigo imposible por entónces, refrenar en el soldado los malos instintos que pueda despertarle lo suelto y desembarazado de este servicio.

Por sabidos no nos extenderemos en ciertos detalles, sobrado minuciosos en otros manuales, sobre el modo de «conducir la tropa.» En algunos, por ejemplo, se lee que no se deje nunca una encrucijada sin escudriñar y asegu-

rar; que se disperse la gente, y luego por sendas «convergentes» se vuelva á concentrar..... Realmente, no se comprende que con 20 hombres se pueda entrar en grandes *flanqueos*, ni *maniobras:* harto se hará con ir unido y vigilante, sin meterse en esparcimientos, que siempre dan por resultado extraviarse. La *partida suelta* no es la *descubierta* que lleva detrás de sí una *vanguardia* y un ejército; no es tampoco la *gavilla de guerrilleros* que, en enterrando la carabina, cada uno tira por su lado y se va á su casa ó á la del amigo: es *tropa organizada* que á las pocas horas, á los pocos dias da en su campamento estrecha cuenta de su *conducta* y de su *comision*.

Asi el *comandante* apunta en forma de *diario* aquello que no deba olvidar en su *informe*, si es verbal, ó que debe formar la base de su *memoria*, si se la piden por escrito.

Cuando su encargo exclusivo es *reconocer*, y dar cuenta por consiguiente, de un paso ú objeto preciso, de un desfiladero, de un puente, de un puesto; entra ya en la órbita de lo que se llama *reconocimiento* para lo cual se dan indicaciones en el cap. XVI. Entónces algunas medidas, un ligero *cróquis*, ciertas apreciaciones «pertinentes y oportunas» completan y encarecen el trabajo. La rapidez suele ser condicion precisa. En *comision* de esta especie tampoco hay que pensar en lucirse, batiéndose ni trayendo prisioneros.

Y por la inversa, tal suele ser á veces la carencia de noticias en el *cuartel general*, que envía una *partida suelta* para hacer prisioneros y adquirirlas por su medio. Cuando se va, por decirlo así «á caza de prisioneros» no basta uno solo, que puede ser un imbécil: se ha de procurar coger «unos cuantos:» se necesita, pues, arrollar y rendir un *puesto*, hacer una *sorpresa*, armar una *emboscada*, dar un *golpe de mano*. Si se presentan los necesarios al jefe de E. M. sin que hayan costado un cartucho, tanto mejor.

Pero distinta conducta hay que seguir, si la *partida suelta* va en busca de otra ú otras análogas, con que el enemigo infesta el *pais*, entorpece las *comunicaciones* y aburre las *avanzadas*. Puede este servicio tomar las proporciones de un duelo á muerte. Se trata de «limpiar, de

exterminar:» aqui por consiguiente la victoria será del que más pueda, es decir, del que más valga y más sepa; aqui ya no hay que «economizar nada.» Ingenio, para buscar sin dejarse coger; piernas para andar y desandar, aparecer y desaparecer; paciencia y tino para esperar la ocasion; «corazon,» en fin para aprovecharla. Ciertos *golpes*, de estos pequeños, cuando se logran contra una *partida enemiga*, que llega á tomar fama y sonar por su audacia y fechorías, tienen eco satisfactorio en ambos ejércitos, cuyo espíritu, respectivamente se recrea ó mortifica, y dán al oficial afortunado, crédito con sus jefes y motivo de justa recompensa.

No siempre, ciertamente, premia la fortuna el valor y el buen deseo. Quizá sin el menor descuido, al atravesar una llanura, un grueso destacamento de caballería enemiga envuelva y corte á la pequeña *partida suelta*..... Si el fuego no le contiene, ni hay tiempo de recogerse á las breñas, á edificio inmediato, el comandante se bate hasta morir, como en ancho y tumultuoso campo de batalla: que su ejército, aunque no lo presencie, inscribirá su nombre en los anales de su gloria. Cuando la Ordenanza dice que el Oficial «en los lances dudosos debe elegir el partido más digno de su espíritu y honor» (art. 9—título XVII—trat. 2.) es porque efectivamente, el talento y el valor parece que se amenguan queriendo darles reglas.

En las operaciones preliminares, y generalmente lentas, que requiere el *sitio* de una gran *plaza fuerte*, las *partidas sueltas* tienen tambien ocasion de importantes y señalados servicios, que se prestan más por la inmovilidad del objetivo, á reglas é instrucciones poco variables, y que pueden darse claramente por escrito. Al *acordonar una plaza*, lo esencial está en observar la guarnicion, sus relevos, sus refuerzos, sus convoyes, sus requisiciones, sus preparativos: y todo ello, como previsto y acompasado, por la índole de todo *sitio*, admite en la ejecucion mayores garantías de acierto, sin excluir las de peligro. Si la guarnicion en sus *reconocimientos* ó un cuerpo respetable se aproxima á la *partida*, ésta cede prudentemente el puesto, se repliega, se esconde; pero con la intencion de

volver á ocuparlo y más avanzado, si puede, en cuanto el sitiado vuelva la espalda.

Por último, el caso más frecuente y general de la *partida suelta* es la *observacion* contínua, sostenida del *ejército* enemigo ó de un *cuerpo* importante de sus tropas. Aqui la *partida suelta* se convierte, valga la expresion, en una mosca, en un insecto pegado tenazmente á la *columna* enemiga, en campo, en marcha, en vivac. Para *observar* una tropa, campada ó en posicion, hay que acercarse de noche y apostarse al amanecer en una altura que domine. Allí se procura examinar, no sólo el campo, sinó el movimiento que emprenda el enemigo. Emprendido, la partida se agarra, se constituye *al flanco* en «observatorio ambulante» examinando la *composicion* de la columna; su órden de marcha; las armas, la artillería, los parques, si deja rezagados etc. Como el enemigo, en cuanto perciba que lleva tan incómodo testigo, procurará alejarlo; aunque alguna *patrulla* igual ó inferior se ofrezca inocentemente á ser cogida prisionera, no debe intentarse por no «dar ruido.» Si es caballería superior, correr á una viña, á un seto, á un barranco; si infantería á una venta, á una ermita, desde donde se pueda segun la expresion vulgar, plantarse en firme. Quizá esta actitud enfríe un poco y corte los vuelos á la *descubierta ó patrulla* enemiga.

Evidentemente la *columna* enemiga cargará su *flanqueo* por el lado que más recele; y como á la *partida observadora* lo que le tiene cuenta es «no despegarse,» pasará resueltamente al otro flanco.... ¿Cómo? atravesando el camino; y si no puede, todo tiene remedio: aprieta el paso y da la vuelta por la extrema vanguardia enemiga. En este flanqueo «invertido» y pertinaz, que pudiera llamarse *contraflanqueo*, muchos obstáculos materiales harán difícil la marcha: no hay más remedio que vencerlos. La columna enemiga es claro que pasará los rios cómodamente por sus puentes: la *partida suelta* tendrá que buscar, agua arriba ó agua abajo, un *vado*, una *barca*, la *presa* de un molino. En tales tropiezos todas las reglas se resumen y compendian en la palabra familiar y expresiva «buscárselas.»

Esta *comision* prescribe de suyo que el *comandante* dé

contínuos avisos y partes, por ordenanzas montados si los puede llevar; por sus propios soldados disfrazados; por paisanos, en fin, si son amigos; por todo conducto que ofrezca seguridad y rapidez. Pero ha de tener en cuenta que en materia de noticias, lo insignificante y repetido fastidia; lo tardío da mal concepto: es, pues, necesario «criterio y oportunidad» reiterar los partes, cuando la importancia crezca; callar, cuando continúa sin alteracion lo ya participado. Siempre se encabeza el aviso con la hora exacta y el lugar, determinándolo con la posible precision. Si se puede remitir algun desertor ó extraviado que valga la pena, nunca dejará de agradecerse en el cuartel general. La *partida suelta*, cuando encuentra en su excursion algun *parlamentario*, le guia y acompaña hasta la primera *avanzada* en muestra de cortesía; pero guarda durante el viaje profundo silencio, por más que incite á la conversacion la «afabilidad» del oficial enemigo.

Conviene deshacer el error vulgar de que para los varios extremos tocados someramente aquí, son preferibles las *partidas francas* ó *guerrilleros*. En su artículo propio al final de este capítulo, se apuntan otras razones de más alta importancia y alcance. Por regla general, mira más por su propia persona que por el bien comun todo aquel que no pertenece á las filas de un *ejército organizado*, y no está por consiguiente sujeto con los fuertes y nobles lazos de la disciplina, del deber, del honor: y además, no se comprende cómo pueda darse cuenta á sí mismo, ni darla á los demás de ciertas cosas aquél que «no las suele entender» por mucho que las mire. El mando de una *partida suelta*, en el sentido que le hemos dado, verdaderamente *militar*, solo puede confiarse, repetimos, á un buen oficial con excelente tropa, y da ocasion á grandes riesgos, señalados servicios y envidiable lucimiento.

9. Espías.

Bajo este nombre, ó el más decoroso de *confidente*, se comprenden los individuos de diferentes clases sociales y «extraños al ejército» que por oficio, y por lucro general-

mente, observan, atisban y dan cuenta de los movimientos y sucesos, y hasta de los planes, proyectos ó intenciones del enemigo. Por bajo y repugnante que como oficio sea, no solo hay que admitirlo en un ejército, sinó, lo que es más, premiarlo y fomentarlo del único modo posible: con pródigas remuneraciones en dinero. Por oposicion el *espía* como traidor, ó al ménos delator de profesion, y considerado por consiguiente «fuera de la ley y del derecho de gentes,» está expuesto si es cogido á malos tratos, y á la última pena con solo identificar su persona, segun las leyes penales de la ordenanza.

En las guerras civiles y nacionales suele haberlos de ambos sexos y de elevada condicion social, que hacen en el fondo servicio de *espías*, no por vil interés, sino por espíritu ardiente de partido y tambien por laudable patriotismo. Algunas mujeres singularmente pueden prestar inmensos servicios. Veces hay en que algun paisano se convierte en espía, más por miedo que por codicia, si se le amenaza fuertemente; pero este es punto de moral dudosa y no muy recomendable. Los informes son más apreciables y naturalmente más costosos, cuanto más elevado inteligente ó instruido es el espía. En general, estos agentes pagados se reclutan voluntariamente entre vivanderos, guardas, buhoneros, posaderos, contrabandistas y descontentos de mala ralea. La mayor parte de los *espías* suelen ser *dobles*, y léjos de rechazarlos, muchas veces la habilidad los puede utilizar. En este ruin negocio, el único y poderoso resorte es el dinero; pues la severidad tiene sus límites y sus contras, áun en el caso de una doblez ó traicion manifiesta. Es un ramo de verdadera corrupcion en el que no deben detener escrúpulos. La *guerra* lo autoriza «en el gabinete,» como autoriza «en el campo» una *emboscada*, que en el fondo puede tener algo de asesinato.—Y sobre todo, el *espionaje* no es más ó ménos útil, y por consiguiente discutible: es en la guerra necesario, forzoso, indispensable. Ahorra fatigas, peligrosos reconocimientos y combates, proporcionando datos que saldrian más caros por otros medios. Con razon se dice que los *espías* son los verdaderos «ojos de un ejército.» Un general no fundará

un *plan* sobre el dicho de un espía; pero el de varios, que no se conozcan entre sí, y se confronte y compruebe satisfactoriamente, puede ofrecer segura base al cálculo y combinacion de las *operaciones*. Los *ardides*, las *emboscadas* las atrevidas empresas de los *guerrilleros* siempre se fundan en un activo y seguro *espionaje*.

Este importante servicio radica siempre en la seccion más secreta y reservada del E. M. El oficial de fila rara vez tiene que entenderse con ciertos *espías* de alta esfera, como empleados del gobierno enemigo y mujeres tramoyistas; pero en el *servicio avanzado*, con todas sus imprevistas y múltiples incidencias, en el de *vanguardia* y en el de *reconocimientos* y *destacamentos*, suele tener frecuente trato con *espías*. Buscar, educar y emplear con tino esta clase de gente, que, para ser apta y útil, por fuerza ha de rebosar de astucia, socarronería y doblez, no es tarea que admita reglas escritas; ni pueden formularse las precauciones exquisitas que requiere el trato íntimo y confidencial con personas generalmente abyectas y codiciosas. Lo principal, y no muy fácil, es asegurarse de su fidelidad por medio de alguna prenda que los sujete. Siempre deben ser varios y entre sí desconocidos, para poder confrontar y comprobar sus avisos. Se les trata con gran misterio, disimulo y alejamiento: tanto, que alguna vez se les maltrata y atropella aparentemente, y con su consentimiento, para disipar sospechas de vecinos ó deudos. Se les va probando y «educando» poco á poco, dándoles gradualmente encargos de más importancia. Por regla general, el *espía* «no debe comprender su objeto:» hay, pues, que emplear en la conversacion el usual artificio de resbalar sobre lo que más importe, fijando aparente curiosidad en lo que ménos convenga. Tino y paciencia se necesita para lograr que, entre un diluvio de preguntas inútiles y tortuosas, ó de vulgaridades insípidas «suelte» el espía lo que se desea saber con interés y urgencia. Al mismo tiempo, hay que cuidar de que no se «escapen» más datos de los precisos sobre la situacion propia, y áun hacer que se revelan, pero truncados y falsos, para que, si el *espía* es *doble*, embrolle y desoriente al enemigo.

10. Guias.

En el cap. I. se indicó la utilidad de los *guias militares*: aquí solo se apuntan algunas reflexiones sobre los *paisanos* que, forzosa ó voluntariamente, guian efectivamente la *marcha*, ó en general, los *movimientos* de una tropa. Ordinariamente los mejores son los cazadores de oficio, contrabandistas ó mercaderes ambulantes, que «crucen y conozcan en todos sentidos» el país. En el *servicio avanzado*, en el de *vanguardia* y *descubierta*, y en toda *marcha de noche* y *de maniobra* son indispensables los *guías*: no puede haber sin ellos *ardid*, *estratagema*, *sorpresa* ni *emboscada*; y en una derrota ó *dispersion*, bien se comprende que pueden ser salvadores, indicando senderos, trochas y atajos ocultos. El oficial tratará á los *guias*, como debe tratar á todo el mundo, con afabilidad y buen modo. Cuando se tiene la fuerza tan inmediata y visible hay cierta delicadeza y cortesía, que siempre se agradece, en no hacer alarde de ella á cada paso con arrebatos de cólera, bravatas y guapezas. Más se logra con recompensas que con amenazas: y por un principio de equidad, debe evitarse el terror y la molestia posible al inofensivo paisano á quien se arranca de su hogar y se distrae de sus quehaceres. Puede suceder tambien que la idea de venganza, tan sabrosa en los campesinos violentados, supere al temor; por eso es regla muchas veces llevar el *guia* hasta más allá de donde se necesita; pues al punto que se suelte se convertirá en *espía* por desquite y represalia. Lo que al guía más le interesa, es dejar cuanto ántes una compañía para él nada agradable, y bastante peligrosa; por consiguiente la «evasion,» especialmente de noche, es su tendencia y su conato; no hay más remedio, pues, que echarle una cuerda á la cintura, cuyo extremo lleva un sargento y ponerle á cada lado un soldado que no le quite la vista de encima. Realmente, si se rompe el fuego es lastimosa la situacion del pobre *guía* forzado á presenciar el combate, pero, deplorándolo y

todo, se le echa un nudo más á la cuerda, y si es preciso se le aproxima á la sien la boca de un fusil, para recordarle que su bala está más cerca aún que las del enemigo. En país hostil y desafecto el *guia*, aunque no le cueste gran trabajo servir, pretende aparecer forzado; por lo que consiente y hasta pide, (como se dijo del *espía*) que le aten y amenacen, para sincerarse á la vuelta y evitar que sus convecinos duden y le reciban mal.

11. Desertores.

Tan sabidas y practicadas son las añagazas de los *desertores fingidos*, que una *avanzada* debe siempre prevenirse contra ellas. Estando Cárlos V ante los célebres muros de Metz (para él tan fatales) y no sabiendo cómo introducir en la plaza, gallarda y vigorosamente defendida por el duque de Guisa, dos *espias* españoles, tomó el arbitrio, para dar al ardid más colorido, de hacerles saltar las trincheras, y miéntras los falsos tránsfugas corrian desaforados, enviarles, como se decia entónces, «una buena rociada de arcabucería, sin pelota.»

Los *desertores* ó *pasados* de buena fé suelen presentarse sin armas; pero si las traen, lo primero que el *centinela avanzado* les intima es que las tiren al suelo; y cuando el grupo ó peloton de desertores sea crecido, la avanzada redoblará su precaucion. Por regla general, ni el *centinela* ni su *avanzadilla* deben entrar en conversacion con los *desertores* enemigos, sinó enviarlos derechos al oficial que mande el *puesto*, y á quien compete interrogarlos con la intencion, interés ó latitud que convenga. Generalmente el interrogatorio no es muy fecundo en resultados. Desde luégo, es sospechosa ó no muy respetable, la verdad en boca de quien comete un gravísimo delito militar; y naturalmente el desertor miente ó exagera por hacerse más aceptable. Para él todo en su ejército «va perdido.» ¡Qué no ha de estar perdido para el que perdió su honra! Por lo demás las preguntas son obvias: su nombre,—su pais,—su regimiento,—su coronel,—su general,—la fuerza de su

cuerpo,—la de su brigada,—la de su division ó ejército, su situacion, en campo ó acantonado;—si hay pagas, raciones, enfermos;—si reina confianza;—si hay preparativos etc. Los *desertores* se envian de la *avanzada* al *reten* y de éste al *cuartel general*, por si sus noticias merecen ser sabidas.

12. Parlamentarios.

Recibe este nombre todo *oficial* que sale del *campo* encargado de una *comision*, verdadera ó ficticia, *para el enemigo*. La mision ó pretexto puede ser: entrar en conferencias, tratos, negociaciones, convenios, capitulaciones, armisticios, canjes de prisioneros ó heridos, suspension de armas para recogerlos, ó para enterrar los muertos; llevar pliegos, ó dinero para prisioneros; averiguar el paradero de algun oficial, etc. La persona del *parlamentario*, sagrada é inviolable por las *leyes de la guerra*, se reviste de cierta solemnidad diplomática y se rodea de conocidas formalidades. Como es natural, siempre se escoge para *parlamentario* al oficial de alguna nombradía, listo, enérgico, discreto; cuyo buen porte, atentos modales, brillante uniforme y excelentes armas, causen en el campo enemigo impresion ventajosa. Debe entender la lengua que allí se hable; pero se le recomienda expresamente no usarla, si, como es frecuente en estas comisiones, va envuelto el deseo de husmear algo interesante en el cuartel general enemigo. Necesariamente habrá más reserva, si le oyen hablar su mismo idioma. Esta treta de convertir al *parlamentario* en *espía* sin riesgo y al amparo de la ley, hay que confesar que no es del mejor género; y puede ser ocasionada á faltas de respeto y de decoro. Bueno es que la sagacidad y el ardid penetren hasta donde puedan; pero ya que la guerra es de suyo resbaladiza y tan propensa á desmanes, conviene, por encarnizada que sea, prevenir y evitar incidentes brutales que lleguen á rayar en el asesinato ó la alevosía. Este proceder, si degenera en costumbre, engendra en el enemigo suspicaz el recelo natural de ser

espiado á mansalva, el temor de que haya ó nazca alguna connivencia ó inteligencia en su propio E. M.; y sea por estas causas justas, ó por ser poco amigo de conferencias, de trampantojos y de «perder el tiempo,» el resultado suele ser cerrarse á la banda y no admitir *parlamentario* alguno. Si así lo manifiesta con la debida antelacion, usa de un derecho perfecto, que le autoriza á no recibir y hasta «hacer fuego,» en caso de obstinacion, si á las tres intimaciones no se retira, al parlamentario que posteriormente se presente. Es por demás advertir que enviar *parlamentario* en el *campo de batalla*, y en lo más caliente de la refriega «de la cual se lleve lo peor,» es simplemente una inocentada. El que gana está muy atareado y algo sordo para entrar en pláticas que le detengan: tambien suele estar ciego para distinguir entre el humo trapos blancos.— Por lo demás y fuera de estos casos, el oficial *parlamentario* debe ser bien acogido y hasta festejado. Es costumbre consagrada que lleve visible una cinta ó pañuelo blanco, y le acompañe un corneta ó trompeta que tambien goza de inmunidad. En el trayecto al *real enemigo*, le acompañan ordenanzas ó una pequeña escolta, para librarle de algun mal encuentro ó contratiempo con desertores ó merodeadores mal intencionados. La *patrulla* ó *partida suelta* que le encuentre tiene el deber de dirigirle y acompañarle «por el camino más corto y con silencio profundo y cortés» á la *avanzada* más próxima. Así se evita que, só pretexto de extravío si se le deja ir solo, ruede el *parlamentario* más de lo que pueda convenir. Al avistar al primer *centinela*, el parlamentario agita su pañuelo ó su trompeta toca llamada. A la señal ó aviso del centinela que le manda hacer alto y volver la espalda, á él y á su gente, echando pié á tierra, el cabo ó sargento de la *avanzadilla* con el *oficial del puesto* sale á recibirle. Si la comision se reduce á entregar un pliego, se toma: se le da su competente recibo y se le despide. No hay que advertir que entretanto el centinela y todos andan con ojo avizor sobre la *escolta* ú *ordenanzas* que esperan. Si el *parlamentario*, en virtud de las órdenes que exhibirá, pretende ser conducido al *cuartel general*, se le hará despedir en el acto su comitiva, ménos

el trompeta, á la cual se le dará guía ó soldados que la saquen por el camino más breve del círculo de accion del *puesto*. —Conviene recordar, entre paréntesis, que ese trompeta «autorizado por la ley» ha sido en algun caso un oficial de E. M. ó de ingenieros que ha medido ó reconocido lo que á él le importaba.—Se introducirá al *parlamentario* en la avanzada y allí esperará la vuelta del ordenanza, que el comandante habrá enviado al jefe superior del *reten* avisando la llegada y pidiendo permiso para recibirle. Llegado éste, es de fórmula vendar los ojos al parlamentario y á su escudero ó trompeta, y llevados al reten, allí esperan definitivamente las órdenes del general sobre el modo de ser conducidos á su presencia.

13. Guerrilleros.

Por mucha imparcialidad, por mucho pulso con que quiera tocarse en España la cuestion de *guerrilleros* bajo el punto de vista puramente *militar* y *técnico*, es imposible no rozar algunas preocupaciones nacionales, si se han de limitar, como conviene, ciertas exageraciones ó apreciaciones sobrado entusiastas de la «opinion pública» que pueden trascender con detrimento grave á la «opinion militar.»

Lo más prudente sería suprimir este artículo; pero ni su alta importancia permite tan medrosa resolucion; ni, porque el asunto sea espinoso, conviene dejar á oscuras al lector. En el desgraciado dia en que se levanten *guerrillas* españolas, que no puede ser sinó aquel en que el extranjero pise el território pátrio, ó la guerra civil lo incendie, el *guerrillero* estará en «contacto exterior» con el *ejército regular* y organizado; y en relacion por consiguiente más inmediata, con el *cordon avanzado* que lo cubre, con las *patrullas*, *descubiertas*, *partidas* ó *destacamentos*. Es, pues, este artículo complemento indispensable del extenso capítulo que comprende el *servicio avanzado*, y bajo este aspecto «militar y concreto» se emiten algunas consideraciones, que no pecarán de inoportunas, por más que de

propósito se hagan algo abstractas. Al tratar en el artículo 8 de las *partidas sueltas*, se resbaló deliberadamente sobre este asunto similar, pero escabroso, que merece sério y detenido exámen.

Negar, la generacion que sucede á la de 1808, la utilidad, la importancia, la gloria de las *partidas guerrilleras*, expresion de bravura y patriotismo en un pueblo justamente irritado, sería una falta de sentimiento y de tacto; una rebeldía inútil contra la historia; una profanacion abominable de laureles frescos aún, y que nunca se marchitarán, porque á los militares incumbe más que á nadie regarlos con profunda y asídua veneracion.

La *partida guerrillera* «en su buen sentido,» la engendrada por una chispa de noble cólera nacional que cae en el corazon de un buen patriota, tiene su razon de ser; cabe holgada y perfectamente en «la organizacion activa de una defensa nacional,» y juega sin tropiezo en la esfera de los *ejércitos regulares de operaciones* de algunos países. No en todos: pues ahí están Inglaterra y Francia, por ejemplo, que desconocen las *guerrillas*: así como Suiza, en otro sentido, tan celosa de su independencia, desconoce el *ejército permanente*.

El buen guerrillero—¿quién lo duda?—es el perpétuo vigilante alrededor de un *ejército* formal *de operaciones*; es, si pudiera decirse, la linterna sorda con que el *general en jefe* penetra la densa oscuridad en que se envuelve su cauteloso adversario.

La *guerrilla* «militarizada y obediente,» corta en fuerza y en pretensiones, bajo la mano férrea de un hombre de bien, economiza al *ejército* que le sirva de núcleo muchas *partidas*, muchos *destacamentos* por regla general peligrosos. Ella corta pequeños convoyes; intercepta pliegos y correos; coge, si es preciso, generales; incendia y guarda pequeños depósitos, fábricas, polvorines, cajas, tesorerías; lleva y trae noticias; hace y libra prisioneros; toma rehenes y represalias; mantiene limpias ciertas comunicaciones, inquieta, insulta, «punza» al enemigo por donde ménos se guarda, etc., etc. El guerrillero con cierta disciplina y desinterés; el amigo de los pueblos; el protector

de los débiles; el libertador, el bienvenido en todas partes, tiene un espía en cada muchacho; un abogado en cada mujer y en cada cura; un escondrijo en cada cueva; una ciudadela en cada cumbre. ¿Para qué necesita guías; si todos los de su partida lo son: si nadie conoce su país mejor que él mismo? ¿Para qué vituallas, ni municiones, si él consume tan pocas, que con arrimarse á una puerta, el ama de la casa se las dá ó se las «fabrica?» El guerrillero de tipo caballeresco, el que al empuñar la carabina contrae en aras de la pátria votos solemnes y casi militares de abnegacion, de integridad, de respeto constante á la moral y «de guardar sólo para el enemigo sus odios, sus cóleras ó sus venganzas;» ese hombre duro, vigilante, valeroso se consagra con determinada vocacion á una vida de insufrible aspereza, que cada instante puede venir á cortar la cuchilla del verdugo. Porqué para él son implacables, pero justas, las leyes de la guerra. El las sabe: para él la ley es estar «fuera de la ley». Si aceptó el contrato; si prefirió dar suelta y expansion á su valor y patriotismo, en vez de encajonarlo entre las filas y sujetarlo á la Ordenanza, sabido tiene su fin, el triste dia en que la dispersion no sea posible, ni el socorro esté á la vista, ni el refugio á la mano.

Con razon, pues, el tipo del perfecto *guerrillero*, se imprime tan gallardo en nuestra imaginacion meridional: ¿Quién no conoce y respeta el nombre de Cereceda, Vallejo y Bracamonte en la guerra de Sucesion; de Sanchez, Mina y Palarea en la de la Independencia? El pueblo, en sus capas inferiores, está condenado á pensar poco, y en justa compensacion á sentir más: no le deis á estudiar la *guerrilla* en los macizos volúmenes de Decker ó Davidoff: él no la siente, sinó á través del romance callejero, á través tambien de las odas de Gallego y de Quintana.

Sensible es descender de estas alturas de poesía y entusiasmo, en que respira anchamente todo pecho noble, para venir al terreno árido y escueto de la ciencia. En él—hay que confesarlo—la *guerrilla* pierde mucho de su importancia.

Desde luégo, el guerrillero no existe sinó en país ami-

go, en país propio; es más, en país «fuertemente estimulado por el vivo y noble sentimiento de independencia y nacionalidad.» (El guerrillero de guerra civil, no hay para qué mentarlo, sinó para deplorar su existencia histórica y conjurar por siempre su reaparicion). Queda, pues, circunscrito el *guerrillero* á un solo caso de guerra, importante sí, pero exclusivo: la *guerra nacional*. ¿Forma la *guerrilla* parte integrante del *ejército regular*? No: su esencia cabalmente se lo veda; por eso es *guerrilla*; sinó tomaria el nombre, las funciones y el servicio de las tropas semi-regulares que con el nombre de *francas* ó *movilizadas* «levanta un gobierno» al estallar la guerra. Por consiguiente la *guerrilla* por su propia índole, desprendida del ejército, y de su organismo, y administracion militar; teniendo que vivir y campear por sí, necesariamente ha de ser de poca *fuerza*, debe asimilarse á la *partida suelta* (como se considera en las páginas anteriores.) Con ella bien se ve que nada puede emprenderse que sea decisivo, ni muy importante. Y si el *guerrillero* cae en la tentacion de engrosar su *partida*, queriendo acometer empresas mayores, hay una completa inversion de ideas: en vez de reclutar poca gente, buena, fiel, afecta, dura, conocida; al revés, tiene que buscar mucha y mala. El *guerrillero* no debe tener en rigor más que un segundo y le basta, sin galones y entorchados; creciendo mucho su *tropa* ya necesita *oficiales* ¿y de qué los forma? quizá del desecho del ejército permanente. Este mayor número de bocas necesita víveres ¿quién los da? Si la *administracion militar* y el general en jefe y todo su E. M. con sus profundos estudios y ensayos en la paz, tiemblan, y con razon, cuando se plantea este temeroso problema de guerra ¿qué puede hacer un hombre, por capaz que sea, sin aquella instruccion prévia y sin autoridad tan extensa y legítima? De ahí puede muy bien nacer violencia, ilegalidad, desórden, requisicion arbitraria, y, por inevitable consecuencia, enagenacion del cariño del país. Desde este punto pierde el *guerrillero* su primera y esencial condicion que es la adhesion, el afecto del paisanaje. ¿No se cita, en la guerra misma de la Independencia, alguna comarca que prefirió el amparo y la

tutela del francés?—Ciñéndose al arte solamente. ¿Opera la guerrilla muy adherida ó pegada al ejército? Entónces lo mismo ve y sabe la *guerrilla* que sus propias *avanzadas* y *descubiertas*. Es vulgar la preocupacion de que, así como todo *guerrillero* ha de ser irremisiblemente embrion ó crisálida de *gran general*, nada puede suplir á la *guerrilla* en el *servicio avanzado*. A los ojos del soldado (que siempre lo hace mejor) su inconexion, su inconsistencia, su misma vaporosidad, si así pudiera decirse, le perjudican; ningun *jefe de vanguardia* se creerá muy seguro por «tener delante un guerrillero» más bien se verá comprometido: allí se necesita tenacidad inteligente, no audacia sola y tal vez ignorante. Además ¿no es condicion esencial tambien de la *guerrilla* el no parar, el no establecerse, vagar siempre, como se ha dicho, vaporosa, incoercible? Por más que pretenda la guerrilla, no está en su manera de ser la condensacion, el conjunto, el órden, la verdadera «perseverancia militar.» Su accion es intermitente, por relámpagos, por correrías, algaras y rebatos. Salgan bien ó mal, á la guarida volando, al barranco, al monte. ¿Y qué se hace un general en jefe, en caso de multiplicarse desmedidamente las *guerrillas* en torno suyo, con esta especie de meteoros, de fuegos fátuos, que nunca han de obrar ó caer, por ley de su existencia, sinó de una manera imprevista, inaudita, que se aparte de todo lo sabido y presumible, de todo cálculo y prevision? ¿Las organiza, las ata, las sujeta? ya no son *guerrillas*.

Basta para llamar la atencion del oficial sobre un asunto digno de meditacion, que si bien no resiste al razonamiento frio y científico, toma algun volúmen y consistencia en el extravío, hasta cierto punto laudable por lo patriótico, de la opinion pública. Ese contínuo recordar la fecha inmortal del Dos de Mayo; esa credulidad popular en la «accion militar de las *guerrillas*;» esa conviccion general, lisonjera pero lamentable, de que para una invasion (que Dios aleje) es insuficiente el *ejército organizado*, inútil toda prevision; puesto que no hay más remedio que el «levantamiento en masa» frenético, dislocado, perturbador: todo eso que el militar oye, y quizas aplaude como buen

español, no ya en columnas de periódicos, sinó en los bancos del parlamento; mirado fria y desapasionadamente desde la altura del *arte militar*, sin que se interponga la nube de incienso que sube del altar de la pátria, quizá puede conducir á confiar demasiado en nuestra propia fuerza; á abultar desmedidamente nuestros *medios defensivos*, algo escasos por desgracia; á adormecer una prevision razonable que los quiera fomentar y organizar con tino, con tiempo, sin dispendios; y á fiar quizá en un dia nefasto á la vuelta de un dado, sinó la independencia, la prosperidad nacional á tan duras penas alcanzada.— Todavía si este fuera lugar propio, pudieran analizarze bajo otro aspecto los inconvenientes superiores á las ventajas, de ese estímulo constante al *guerrillismo* en un pueblo fogoso que, al parecer, no acierta á constituirse de una vez, quizá por tener desde su orígen ese vicio orgánico tan inoculado en las venas, que se le achaca haberlo trasmitido á los pueblos americanos que engendró. La materia es grave, ciertamente: aquí se toca de pasada, porque entraña soluciones de *organizacion militar*, (V. página 16) hoy más que nunca importantes: y que al subir en años y en grado, debe el jóven oficial tener ya preparadas y maduras al calor de estudiosa reflexion.



CAPITULO VIII.

BATALLAS Y COMBATES.

BATALLA. 1. Definicion.—Consideraciones.—Máximas.—Preceptos.—2. Orden paralelo y oblícuo.—COMBATE. 1. Moral.—Disposicion preparatoria.—2. Vanguardia.—Cazadores.—3. Infantería.—Ordenes.—Fuego y bayoneta.—4. Caballería.—5. Artillería.— 6. Ofensiva y defensiva.—7. Llave.—8. Retirada y persecucion.

La voz *batalla*, más casi que el actual significado *táctico* de pelea y combate, ha tenido hasta muy entrado el siglo XVIII el *orgánico* de agregacion, de centro, masa principal y compacta, *grueso* de un ejército: *cuerpo de batalla* se dice todavía, por oposicion á *tropa suelta*, como vanguardia ó retaguardia, como alas ó cuernos, que tambien se decia en aquellos tiempos. Hoy *batalla* es un gran combate, una accion de guerra ordenada con mucha preparacion y precisamente *campal* ó en campo abierto, en que toman parte dos *ejércitos enteros*, ó por lo ménos sus *cuerpos principales* mandados «personalmente» por sus *generales en jefe*, que van á buscar una ventaja proporcional á un grande esfuerzo. El nombre de *batalla*, cuando se da á una accion de guerra, envuelve siempre algo de inportante, solemne y decisivo. No es condicion forzosa que hayan de jugar las *tres* armas, como vulgarmente se dice; pues-

to que un ejército ó los dos pueden carecer de alguna de ellas: lo que científicamente determina esta denominacion es el *plan* anterior; las *operaciones estratégicas*; las maniobras, prévias y calculadas; la *concentracion* de todas las fuerzas; la *preparacion general* de este acto, sin duda alguna el más importante de la *guerra*. Respecto á lo *decisivo*, no siempre los hechos concuerdan con los intentos del hombre: y en varias batallas *decisivas* se ha cantado el *Te-Deum* por ambas partes. Como quiera que sea, si aquí, por pura mencion, se intercala este artículo sobre tan vasto asunto, es más bien porque pareceria extraña omision no consagrarle algunas reflexiones. Al oficial general le importa más que al particular la *teoría*, si es que la hay, *de las batallas*; pero pudiera añadirse todavía que no es ella, que no es en las «batallas escritas ó descritas aisladamente» donde el oficial estudioso puede encontrar mayor raudal de inmediata y provechosa doctrina. Si sólo se estudian los partes ó boletines oficiales, sabido es que tales documentos no son muy apreciables por la veracidad; si ésta se busca en relaciones históricas, tambien cuesta trabajo encontrarla muchas veces entre la envidia, la lisonja ó la ignorancia. Por ejemplo, la batalla de Marengo parece que debia ser un tipo clásico de *batallas campales*; sin embargo, los franceses dicen que de ella se hicieron tres relaciones oficiales tan inexactas, tan contradictorias, que ni el mismo Bonaparte pudo decidir cuál era la mejor. Esa batalla campal, decisiva, gloriosa, tampoco puede servir de tipo, de modelo, de ejemplar para estudio. Oigamos sobre ello lo que dice uno de los más aventajados discípulos del primer emperador francés. «El enemigo ataca, la batalla de Marengo tiene lugar; disputada con tenacidad, parece perdida á las cinco de la tarde, cuando llega al campo la division destacada sobre Novi. El general Desaix que la mandaba, la detuvo cuerdamente al oir el cañon de batalla; para esperar órdenes vuelve atrás, y áun llega á tiempo para servir de reserva; y la batalla es ganada, aunque solo 27.000 hombres hayan podido combatir, y 22.000 se hayan visto forzados á soportar ellos solos todo el peso de la batalla. Así nuestras fuerzas

empeñadas no ascendieron en esta ocasion más que á las dos terceras partes de las del enemigo, y en poco estuvo que no fuese más de la mitad. Hermosa victoria sin duda, cuyos resultados fueron inmensos; pero sería peligroso tomar por modelo las combinaciones estratégicas que la produjeron: la batalla debió haberse perdido, en razon de la superioridad de las fuerzas, y de los medios que tenia el enemigo contra nosotros. Si hay victorias posibles bajo estas condiciones, preciso es no contar demasiado con ellas. («*Marmont* Esp. des inst. mil.—pág. 149.) Y añade el mismo autor (ibid. pág. 170) «tratar en detalle de las disposiciones que exige la direccion de una batalla es cosa imposible.» En efecto, si el *arte de la guerra* en su conjunto se presta tan poco á las *reglas*; si como dice el mismo Jomini que pretende dictarlas es «un drama apasionado,» júzguese qué reglas podrán caber en el desenlace, ordinariamente fortuito, de este *drama*. Positivamente el estudio de las *batallas escritas*, y mucho más el de las *pintadas* con la imaginacion, como la muy conocida de Jacquinot de Presle, es mal camino de enseñanza ó aprendizaje: no habrá dos quizá, aunque reñidas en el mismo *terreno*, que hayan reunido, no iguales, ni aún análogas condiciones respecto á las *tropas*, á las *armas*, á los *generales*. Los datos casi siempre son vagos, falsos, erróneos; y mal se puede sobre ellos fundar «sistemas» ni establecer principios. Más bien que en la conducta de una *accion de guerra* se debe seguir cuidadosamente en la historia á los grandes capitanes, «ántes y despues de la refriega,» en el curso entero de una campaña, en la «preparacion y en el aprovechamiento» de la *batalla*. Por regla general la historia nos muestra á los hombres prudentes que han dirigido ejércitos, comenzando por tantear y foguear, así el suyo como el contrario, con breves escaramuzas, con pequeños combates, ántes de venir á *batalla campal* y echar á un golpe de dados su propia reputacion, y, lo que es más caro para una conciencia recta, la gloria y la existencia de su ejército, y quizá de su patria. Es evidente que en pequeñas acciones parciales, en combates de puestos, en tiroteos pasajeros con masas dóciles y manejables la influencia del

«azar» ha de ser tanto ménos sensible, cuanto más previsor sea el talento, mayor la pericia táctica, más experta y vigorosa la mano del general en jefe. Este cuerdo principio de tanteo y de reconocimiento; esta regla prudente de dilatar, de esquivar, de aplazar esas grandes y temerosas *batallas*, hasta reunir en pró todas las garantías y condiciones humanamente posibles de éxito y victoria, están recomendadas desde la antigüedad por los grandes hombres que han tenido ocasion de pasar por estos momentos supremos que preceden al choque material y decisivo de dos *grandes ejércitos*.

Sabido es el precepto de César de fiar más en la maña que en la fuerza, en la habilidad que en la espada (1). El mismo Napoleon I, el rayo de las batallas, inculca en todas ocasiones esa máxima saludable, que no siempre respetó.

Entre estos dos nombres inmortales, que se alzan como dos hitos seculares en el campo de la historia, bien puede intercalarse otro más grato á nuestros oidos españoles, el de Gonzalo de Córdoba, verdadero restaurador del *arte militar*.

Para el que haya estudiado las memorables campañas del Gran Capitan, ocioso es encarecer la sagacidad penetrante, el tino maravilloso, la tenaz perseverancia con que, luchando á brazo partido con la fortuna, supo *preparar* sus victorias de Cerinola y del Garellano. Allí se ve la batalla ordenada con preparacion, aquella es la verdadera *batalla estratégica*, segun decimos hoy, la batalla calculada, prevista, forzosa; no el choque brutal y ciego de dos masas errantes; no su encuentro inesperado y casual; sinó el desenlace lógico, inevitable de una situacion militar creada y sostenida por esfuerzos, desusados hoy, de ardidoso cálculo, de inflexible disciplina, de marcial y varonil entereza.

Si la conocida obra, que con el título *De re militari* publicó Diego de Salazar en 1536, es, como bien puede ser, reflejo de aquellos luminosos pensamientos; en el resúmen

(1) «*Consilio pótius quam gladio superare.*»

de máximas con que termina encontramos algunas como las siguientes:

«Aquel que será más vigilante en la guerra á observar las astucias del enemigo, y sufrirá más el trabajo para ejercitar su gente, en ménos peligros incurrirá y más esperanza tendrá de la victoria.—No traigas jamás tus guerreros á dar la batalla, si primero no estás seguro de sus corazones.....—Mejor es vencer al enemigo con la hambre que con el hierro.—Saber en la guerra conocer la ocasion y tomarla, aprovecha más que ninguna otra cosa.—La disciplina puede más que el furor.—Mejor es en el ordenar de la batalla, reservar más ayuda tras la primera frente, que, por hacer recia la vanguardia, enflaquecer el resto.—Difícil es de vencer el Capitan que sabe conocer sus fuerzas y las de los enemigos.—Más vale la virtud de los guerreros que la muchedumbre de ellos.—Las cosas nuevas y repentinas espantan los ejércitos.—Haced á vuestro ejército platicar (practicar) y conocer á vuestros enemigos nuevos con pequeñas peleas, ántes que vengais con ellos á la batalla principal.—El Capitan que sigue con desórden al enemigo, despues de roto, no busca sinó tornar de victorioso, vencido.—El Capitan que confia más en los caballeros que en los infantes, ó en los infantes que en los caballeros, se concorde con el sitio (se adapte al terreno).—Mudad partido cuando conociéredes que el enemigo está proveido contra el que teneis pensado.—A los accidentes repentinos con dificultad se dá remedio, y á los pensados con facilidad.—Haced que vuestro enemigo no sepa de qué manera ordenais vuestro ejército para la batalla; y despues, cuando la ordeneis, haced que el segundo batallon (la segunda línea) pueda recibir al primero, y el tercero á entrambos los primeros.—En la batalla ó en la pelea no hagais que una escuadra (un cuerpo) haga otra cosa de la que primero habeis ordenado, si no quereis hacer desórden; salvo en un trance muy conocido, ventajoso ó necesitado.—El buen capitan no viene jamás á dar batalla si la necesidad no le apremia, ó la ocasion no le llama...»

En estos sanos principios se nutrian, á mediados del siglo XVI los Albas y sus tenientes; á últimos, los Fuentes

y Farnesios. Esta doctrina estaba en todas partes: en el campo y en el gabinete, en los hombres y en los libros. Por comprobacion sea lícito trascribir literal otro texto de una obra que muchos años despues (1567) refleja el espíritu de aquel pequeño y memorable ejército que el Duque de Alba llevó á Flandes con admiracion de la Europa.

«El dar batalla campal en escuadrones formados, cuanto fuere posible se debe excusar, especialmente defendiendo, y estando el poder del que defiende junto; porque si el enemigo vence, gana más de lo que pretende, y el vencido con dificultad puede rehacerse; por eso se deben sentar todos los medios que puede haber ántes de poner en discrimen (riesgo, contingencia) de batalla la victoria; pero cuando ya fuere forzosa ó necesaria, será grandísima parte para vencer tener muy bien consideradas las cosas que siguen.»

«El número y calidad de los enemigos; los géneros de las armas, la destreza de los unos y de los otros en ellas; la experiencia de haber combatido muchas ó pocas veces. La confianza con que están los amigos y vienen los enemigos; las fuerzas, aliento y tolerancia de todos; el tiempo, el dia, la hora, el lugar, la forma de los escuadrones; el número de ellos; cuáles naciones ú ordenanzas de gente á pié ó á caballo son más feroces y robustas, para oponerlas á las que fueren de los enemigos. Cómo irán mejor los pertrechos y artillería para ofender; la manera de comenzar y proceder en las batallas; de recoger los suyos, si fueren rotos, y de ejecutar los enemigos rompidos, sin peligro que se rehagan y revuelvan.»

«Son infinitas las cosas y circunstancias que en especie se podrian decir sobre las dichas, que por la brevedad se quedan para mejor oportunidad. Pero de todas debe el generalísimo tener noticia y mayor experiencia que otro alguno de los que le han de obedecer. Pues es claro que si no acierta á mandar, no está en mano del que obedece enmendar los yerros que se pueden seguir: que en la guerra inmediatamente se sigue el castigo» etc. (*Londeño.*—Disc. militar—fól. 29.)

Todavía en el siglo pasado el juicioso marqués de Santa Cruz, recomendando al general de un ejército que procure, al tomar el mando, acreditar cuanto ántes sus cualidades para adquirir crédito y prestigio añade los siguientes párrafos:

«Sentado el principio de que el entrar desde luégo en alguna operacion, contribuye á los créditos del general y de su ejército, falta averiguar las excepciones y circunstancias que deben servir de luz á esta regla peligrosa por ancha; pudiendo perderse en ella como quien viaja de noche en países llanos, y pareciéndole todo buen camino, se extravía fácilmente del término de su jornada, si no observa ciertas señales para guiarse al meditado paraje.»

«Sea, pues, la primera advertencia para el principio de la guerra entrar sólo en aquellas operaciones, que aunque no sean de la mayor importancia, den una razonable seguridad del buen suceso; por que así como las primeras acciones, saliendo felices, acreditan al jefe, animan al ejército, y se extienden á que su impresion disimule cualquier posterior defecto; del propio modo aconteciendo infaustas quedan intimidadas las tropas, despreciado el jefe y orgullosos los enemigos.» *(Reflex. mil.*—lib. 4.—cap. IV).»

Por último el más ardiente y afortunado batallador de los tiempos modernos se expresa así:

«Las batallas no deben darse si no se tienen de antemano setenta probabilidades favorables de vencer; tampoco se debe empeñar batalla, sinó cuando ya no queda recurso, ni lance que esperar; puesto que la suerte de una batalla siempre es de suyo dudosa; pero una vez resuelta, se debe vencer ó morir.»

«Con un ejército inferior en número, inferior en caballería y artillería es menester evitar una batalla general; suplir el número por la rapidez de las marchas; la escasez de artillería por la naturaleza de las maniobras; la inferioridad en caballería por la buena eleccion de las posiciones. En semejante situacion la *moral del soldado entra por mucho.*

«Dáos todas las probabilidades de éxito cuando proyec-

teis empeñar una gran batalla: sobre todo si os las habeis con un gran Capitan, porqué si llegais á ser batido, por más que esteis en medio de vuestros almacenes y de vuestras plazas fuertes ¡ay del vencido!» (*Napoleon I.*—Máximas.)

En el dia, los preceptos *tácticos* que rigen en esta espinosa materia de las *batallas*, son los que á principios de nuestro siglo dejaron establecidos y consagrados las grandes victorias napoleónicas. El emperador francés se ha complacido en repetirlos y condensarlos en las varias obras que corren bajo su nombre, por ejemplo en *Las Cases* (T. VII pág. 243) donde dice: «El arte consistia en hacer converger sobre un mismo punto un gran número de fuegos; empeñada una vez la refriega, el que tenia la destreza de hacer llegar súbitamente, y á despecho del enemigo, sobre uno de sus puntos una masa imprevista de artillería, estaba seguro de arrollarlo todo: hé aquí su gran secreto y su gran táctica.»

Esta presencia «inopinada» de una masa enorme y convergente de artillería, que, segun la expresion gráfica de Victor Hugo, tenia en la mano «como una pistola,» era, como atrás dijimos, lo que el mismo Napoleon llamaba en su lenguaje pintoresco *un événement*, un acontecimiento. Nadie en efecto disputará al emperador francés, el instinto feliz, la habilidad envidiable y oportuna en el manejo de las *reservas*, en producir el *événement* á su debida sazon y sobre el punto conveniente y decisivo, ó como dicen los tácticos, sobre el *punto-llave*.

Consignemos en apoyo la delicada observacion de un filosófico escritor: «En ninguna parte mejor que en las batallas se echa de ver el enlace y la semejanza de la fortificacion con la táctica.» (V. cap. XV.)

«Una línea de batalla debe considerarse como una plaza de guerra, que tiene sus puntos fuertes, débiles y decisivos, segun el valor absoluto de las obras ó el que éstas adquieren por las armas y el terreno: así como no hay precision de atacar la circunferencia entera de un recinto fortificado para enseñorearse de él, sinó de dos ó tres salientes; tampoco hay que forzar sobre toda la extension de su

frente una línea de batalla; lo que importa es *batirla en brecha*, como un muro; lanzarse sobre las partes desunidas; dislocadas y destrabadas, deshacerlas en detalle. Examínense las batallas napoleónicas, y se verá en todas seguido este principio luminoso, combinado con el oportuno empleo de grandes masas de artillería para abrir enérgicamente la brecha, y grandes masas de caballería é infantería para envolver y deshacer los trozos dislocados.» (*Luis Blanc.*—Discursos.)

Es constante que Napoleon I sucumbió, más que por el uso repetido, por el «abuso» creciente de sus teorías y de sus medios ejecutivos. Aquellas y éstos han sido, son y serán verdaderos, miéntras no rebasen los linderos de la conveniencia y de la cordura. Su atrevida manera de preparar, de ganar y sobre todo de *ejecutar la victoria* (como dicen nuestros clásicos) esto es, de aprovecharla, de *perseguir* al enemigo roto sin trégua ni descanso; su intuicion *estratégica* sobre el mapa; su ojeada *táctica* sobre el campo de batalla; su valor personal, ardiente en los principios, impasible, estóico más tarde, cualidades son que rara vez han visto juntas las pasadas generaciones y difícilmente verán las venideras.

La tension excesiva que se empeñó en dar á lo que él en su soberbia creia simple «máquina» con inerte sumision á sus caprichos, le llevó á Leipsick, á Waterloo, á Santa Elena, justa compensacion que dió la Providencia á la Europa conturbada.

Las doctrinas y ejemplos napoleónicos cayeron luego, por desgracia, en manos de escritores apasionados; de esos que no comprenden la admiracion sin la adoracion, el estudio sin el exclusivismo, la reproduccion sin la exageracion ó la caricatura. La *escuela* llamada napoleónica, presentando siempre sus brillantes cuadros con los grandes toques de luz de la *victoria*, sin las tintas oscuras de la *derrota* y las sombras del *desastre*, puede subvertir los eternos principios del *arte de la guerra;* proscribe de una plumada todos sus fecundos antecedentes; concreta, esteriliza los innumerables recursos de la fé, del talento, del valor; sujeta como en un molde los sucesos; pregona la



infalibilidad; y casi viene á entronizar en pleno siglo XIX la fuerza física y brutal de los tiempos de barbarie.— Pasemos á otro órden de ideas.

2. Orden paralelo y oblícuo.

La definicion de la voz *batalla* quedaria incompleta, si no comprendiese alguna explicacion sobre lo que en táctica se entiende por *órden de batalla.*

En el dia reina tambien alguna indecision sobre el significado de esta frase. Algunos usan como más clara y expresiva la locucion *órden de combate* y uno de los últimos escritos del anciano Jomini se titula: «Disposicion de las tropas para el combate.» Efectivamente, *órden de batalla* implica algun resto del órden inicial, de la disposicion sistemática, del arreglo invariable que en el siglo pasado solia darse á un ejército al abrir una campaña, como si fueran las de una máquina de hierro, destinadas á jugar y engranar en sitio inmutable y con movimiento uniforme en el trascurso de una guerra. En aquellos tiempos en que un ejército tardaba por lo ménos veinte y cuatro horas en tomar el *órden de batalla*, y quedaba como clavado al suelo con sus *dos líneas,* sin el menor movimiento, por temor de descomponerlas; en aquellas batallas ceremoniosas, como la de Fontenoy, en que la guardia francesa saludando con el sombrero invitaba cortés á la guardia inglesa á que hiciese la primera descarga; cuando un batallon en columna con distancias, para desplegar al frente, hacía alto, formaba en batalla (irremisiblemente por la izquierda para dejar la derecha en cabeza) y luego emprendia la célebre conversion todo de una pieza, como se dijo en la página 63; en tales circunstancias, con tales preocupaciones, no es de extrañar que el *órden de batalla* tuviese algo de solemne y mucho de complicado. ¿Quién entónces hubiera tenido el atrevimiento de llevar la *izquierda en cabeza,* de interpolar un batallon de la guardia real con otro de línea, ó de posponer un capitan de granaderos á otro de fusileros?

Pero hoy que se han desatado, ó cortado si se quiere, todos los nudos que embrollaban y ataban la *táctica* antigua, ó lineal, ó procesional, se ha proclamado que no hay tal *órden de batalla:* lo que hay, como arriba decimos, es formacion, disposicion de las tropas en ó para el combate; sobreentendido que nunca puede ser reglamentaria, ni calcada y estereotípica, sinó prescrita por las circunstancias «de cualquier género», *morales, tácticas, topográficas*, á las cuales únicamente se ajusta la voluntad del jefe supremo.

En rigor, la cuestion es meramente de palabras: dígase *órden de batalla* ú *órden de combate*, la idea en el fondo es la misma; conviene sin embargo, cuando las ideas se alteran y modifican tan radicalmente, cambiar á la vez el tecnicismo, como divorciándose de lo pasado y confirmando su abolicion. La *tradicion*, tan conveniente y respetable en otros ramos del *arte militar*, es imposible, desastrosa, inconcebible en *táctica*. (V. cap. III y IV). ¿Sería cuerdo volver hoy á las antiguas marchas procesionales á lo largo de la línea de batalla y á un kilómetro del enemigo, en *órden de batalla* á su vez, como si dijéramos, cubriendo la carrera? ¿Hemos de dejar hoy nuestras carabinas por los arcabuces que ganaron la batalla de Pavía? Conviene no confundir esto de las *tradiciones*, con la preocupacion, la indolencia y la *rutina*.

Quede, pues, enhorabuena *órden de batalla* para significar en *táctica elemental*, el órden delgado, sencillo, extenso, desplegado; por oposicion á profundo, cerrado, compacto, plegado; órden *de batalla* por oposicion á órden *en columna*, y en *táctica general* ó *superior* la disposicion, la colocacion,—que alguna ha de haber—inicial, normal, habitual, ceremonial, como quiera llamarse, de las tropas; más aun, del *ejército de operaciones* tal como sale organizado en el papel de las oficinas del Ministerio de la guerra; y llámese *órden*, formacion, disposicion *de combate* á la que toma este ejército el dia de batalla, para *combatir* efectivamente.

La libertad que, como sabemos, dejan hoy todos los reglamentos de táctica europeos al comandante en jefe, no

permite, ni mucho ménos, la licencia ó la extravagancia; y las numerosas combinaciones modernas caben sin estrechez en un círculo racional y científico, con algunas reglas fundamentales y su indispensable nomenclatura.

Si no son obligatorias las *dos líneas* rígidas, solidarias, irremisiblemente paralelas de los tiempos de Federico, la experiencia y el raciocinio aconsejan como principio teórico y general que haya ordinariamente tres: la primera desplegada, la segunda en columnas á distancia de despliegue; la tercera constituida por la reserva en la formacion que más convenga y bajo mando independiente.

Estas *líneas*, llamadas así por extension, pero sin que de ningun modo impliquen idea de «rectas geómetricas» puesto que más adelante veremos que pueden formar escalones, componen en conjunto el *órden de combate*; y por más extension todavía, á pesar de su grueso, es decir de la profundidad ó distancia que las separa, el *órden todo* se considera imaginariamente como otra *línea*; como un rectángulo si se quiere, en que la longitud excede bastante á la latitud, ó la base á la altura.

Esta *línea*, mejor esta *faja*, puede tener respecto á la que por su parte forma análogamente el enemigo, dos posiciones, *paralela* y *oblicua*; de donde toman orígen y denominacion esos *dos órdenes* que tanto dan que hacer á los antiguos escritores de *táctica* y que procuraremos definir ó resumir brevemente.

En su orígen, el *órden paralelo* lo sería exactamente en su sentido geométrico. Antes de la invencion de la pólvora, sabido es que el éxito de una *batalla* generalmente, más que á la combinacion, á las maniobras y al terreno se fiaba al valor y á la destreza personal del soldado. Casos se citan en que se igualó y terraplenó con antelacion el *campo de batalla* para dos grandes ejércitos, como pudiera hacerse con la liza ó el palenque preparado en la edad media para un torneo ó para un duelo judicial. Y en verdad ciertas batallas antiguas no eran otra cosa que la suma ó conjunto de combates ó peleas *singulares*, individuales, que presuponian en el *órden de batalla* un perfecto paralelismo. Hoy, sin implicar exactitud geométrica, el *órden para-*

lelo quiere decir que dos ejércitos pueden abordarse, chocar, trabar combate á la vez sobre *todos* los puntos de sus *frentes* respectivos. El *órden paralelo* es más bien una disposicion de equilibrio, de reparticion igual, de colocacion homóloga (como dicen los geómetras) en ambos contendientes: claro es que en tal órden estrictamente *paralelo* á no intervenir superioridad de número ó ventaja de terreno, la victoria, si no al azar, será siempre debida al valor, á la esgrima, ó á las armas, á la destreza «puramente individual» del soldado. Pero se comprende tambien que con nuestras armas de proyeccion, con nuestra moderna movilidad, el *órden paralelo* no puede ser más que momentáneo, aunque hubiese empeño en mantenerlo, á los principios de la *accion*. El espectáculo de dos grandes ejércitos chocando á un tiempo en todo su frente, no puede ya repetirse en nuestros tiempos; lo impide la extension misma de nuestras líneas y el largo terreno que ocupan. Trabada la refriega, el *órden paralelo* empezará forzosamente á trastornarse; se romperá pronto el equilibrio. El que tenga *superioridad*, por numero ó por valor, rebasará, por ejemplo, las alas del contrario, en cuyo caso este se replegará sobre su centro, para romper el del enemigo y batir á su vez las alas dislocadas, ó caer con ligereza sobre una de ellas......... De todos modos el *órden paralelo* pronto quedará convertido en *órden oblícuo*.

Definamos éste con toda amplitud. Por *órden oblícuo* no ha de entenderse al pié de la letra la simple «inclinacion en las alineaciones» *de dos frentes de batalla*: la idea de *órden oblícuo*, en su más lata generalidad, abraza toda combinacion táctica que tienda á producir esfuerzo sobre uno ó dos puntos de la línea contraria, con superioridad de accion sobre ellos. Para constituir *órden oblícuo* es indispensable que haya una maniobra ó série de movimientos que desarreglen el órden inicial ó habitual, con el intento preconcebido de chocar ó embestir con *superioridad visible* en un punto señalado del frente enemigo. Todavía con mayor extension y en la region más elevada de ideas que hoy llamamos estrategia *órden oblícuo*, es la derogacion, el rompimiento del órden de batalla primordial; cu-

yo objeto, cuyo efecto sea procurar á un ejército inferior probabilidades de éxito contra otro más numeroso, materialmente más fuerte.

Para decirlo de una vez y en una palabra, el *órden oblícuo es el arte de la guerra.*

Y no hay exageracion en expresarse así. ¿Qué es el *arte de la guerra*, segun la definicion más moderna y admitida? *Lograr superioridad sobre el punto decisivo.* Esto es aplicable lo mismo al vasto *teatro de operaciones*, que al reducido *campo de batalla.* Pues bien, en el momento que se trate de llevar la fuerza y la superioridad sobre un punto más bien que sobre otro; de fundar y justificar esa preferencia; de someterse á un principio; de imaginar un ardid; de preparar una combinacion; de rehusar por un lado, miéntras se amaga por otro; en el momento, decimos, en que hay *arte*, combinacion, artificio, sea el que fuere, para burlar al más fuerte; para esquivar el choque brutal y *paralelo* en todo nuestro frente; para fiar la victoria á otros elementos que el natural y primitivo de la fuerza material, en ese momento se toma, ó mejor, se hace *órden oblícuo.* Esta locucion en el dia caracteriza, aunque con extrema vaguedad, un conjunto «de ideas, operaciones y maniobras,» al que preside la parte *moral*, y que busca siempre por caminos de infinita y desconocida variedad el resultado único de «acumular fuerza sobre el punto que se cree *decisivo*,» tanto en el curso de la *guerra*, como en el trance de la *batalla.*

En ésta, lo mismo que en aquella, puede relativamente manifestarse de muchos modos la potencia moral, el *órden oblícuo*, sin necesidad, de *alineacion*, de *formacion oblícua* en muchos casos.

Si quisiéramos apurar la materia, casi pudiera decirse que el *órden oblícuo*, con esta moderna latitud, no es en rigor órden *táctico.* Su esencia, su índole, su fuerza está en los movimientos, maniobras y estratagemas envolventes; en las marchas rápidas y ocultas; en los ardides, emboscadas y sorpresas; en todo cuanto reuna condiciones de calculado, artificioso, nuevo, imprevisto, audaz, inopinado.

Evidentemente, el que se bata en la proporcion de seis contra uno no necesita pensar mucho en el órden *paralelo*, ni en el órden *oblícuo*, ni en el *arte de la guerra.*

El *órden oblícuo* se acomoda á los ejércitos pequeños, vigorosos, bravos, maniobreros, animados por un espíritu, más que belicoso, *militar.*

Requiere iniciativa, voluntad, secreto, combinacion, empuje, movilidad, tino, oportunidad sobre todo. El *órden oblícuo* envuelve hoy todo lo que se quiere expresar con esta concisa locucion: «acertado empleo de las reservas.» (V. cap. I y II).

Comprendido así el *órden oblícuo*, dígase si hay, ni puede haber regla, ni reglamento para «formarlo»; concíbase la exactitud del aserto, que leemos en todo libro militar, de que Epaminondas «inventó» el *órden oblícuo* en Leuctra y Mantinea; y el otro, más peregrino aún, de que «lo volvió á inventar» Federico de Prusia, segun Guibert, Grimoard y sus copistas.

Napoleon I lo niega, y con razon se enfada cuando dice: «En ninguna de sus batallas empleó Federico una *táctica nueva.* ¿Qué es *órden oblícuo*? Segun unos, todas las maniobras que hace un ejército, ya en la víspera, ya en el dia de la batalla, para reforzar sus alas ó su centro, para tomar de revés al enemigo, etc. segun otros es la célebre maniobra de parada de Federico en Postdam, por lo cual, estando dos ejércitos en órden paralelo, el uno maniobra, marchando, es decir corriéndose en columnas sobre uno de los flancos del contrario.... Será preciso entónces que la línea de operaciones del que toma el tal órden oblícuo caiga hácia el flanco que apoya, porque sinó la perderá, etc. (*Montholon.*—Mem. de Santa Elena.—T. 5.—página 335). El mismo Napoleon afirma que el taimado Federico se reía para su capote (*sous cape*) del fanatismo de los jóvenes oficiales extranjeros por el famoso *órden oblícuo* «de las paradas de Postdam»

No entraremos, pues en más detalles, ni pormenores, ni mucho ménos en «describir una batalla.» En el momento que á las batallas, en el papel, se apliquen las líneas y los ángulos, se podrá caer en deplorables extravíos.

Vejecio explica siete órdenes de batalla, Jomini diez. ¿Porqué detenerse en esos dos números, cuando con abrir ó cerrar un poco los ángulos se puede llegar al infinito? ¿Qué se busca en una *batalla?* la *victoria.* Esta se consigue de dos modos: arremetiendo de frente y á lo que salga, como Don Quijote á los molinos de viento; ó pensando, engañando, doblando, tanteando, envolviendo: órden *paralelo* y órden *oblícuo.*

Las infinitas «variedades» de este último se condensan en dos ó tres á lo más. Desde luego en el dia no será posible repetir aquello de rebasar ó desbordar un ala, corriéndose *en procesion* por la línea de batalla como en los tiempos de la guerra de Sucesion. (V. cap. IV). Descontado este *órden oblícuo* por lo inocente, queda: 1.° atacar las dos alas; 2.° el centro; 3.° el centro y un ala, el sistema favorito de Napoleon en Wagram, Bautzen, Eylau, Moskowa, Ligni. Pero bien se vé que todo ataque *doble* mal se aviene con la *inferioridad* numérica, y que en todo gran movimiento *envolvente* se corre el peligro de quedar envuelto ó cortado.

Sobre el órden de batalla ó *de combate* los libros no pueden ni deben decir sinó vagas generalidades que no adelantarán mucho á las que atrás quedan citadas de Salazar, Londoño y Santa Cruz.

Por ejemplo: que la batalla sea estratégica, esto es, prevista, preparada con un objeto importante y decisivo; que sea producto de meditadas combinaciones; que esté sometida á un plan anterior y estudiado, pero tan flexible, que en él puedan caber las modificaciones accidentales que los sucesos impongan; que se tenga muy en cuenta el terreno para adaptar á él la formacion y las maniobras, que el órden en conjunto presente la debida trabazon, sin grandes claros ó vacíos, y que sin embargo ofrezca al enemigo algo de hueco, si pudiera decirse de esponjoso, para alucinar y desorientar; que haya defensa y apoyo recíproco; que los flancos sobre todo y la retaguardia estén seguros; que las armas jueguen, se auxilien y combinen sin embarazarse, sin mezclarse, sin entorpecerse en su accion; que el órden se preste con elasticidad á todo género de movimientos, amagos y demostraciones,

sin que la derrota, ni el desórden en un punto pueda cundir y trastornar el resto; que el relevo ó, como decian ántes, el paso de las líneas se verifique sin confusion; que el juego de las reservas se dilate, conteniendo todas las impaciencias hasta el momento supremo: que la impedimenta, parques, material, trenes, equipajes ni corran peligro, ni en caso de retirada embrollen el movimiento ya de suyo angustioso y ocasionado; que el ímpetu mismo del ataque se refrene, contando con que la persecucion ha de ser inmediata, implacable, etc., etc.

Por lo demás, todas esas otras *reglas* para las *grandes batallas* de que la caballería se ponga á los flancos, la artilleria aquí y acullá, excusado es decir que si no se estudian con crítica y aplican con discernimiento podrán atar y amanerar al hombre de guerra que rara vez ha de ver en el terreno condiciones idénticas, ni parecidas á las de la lámina del libro.

La *batalla* es sin duda el acto más importante y esencial de la *guerra*, como que á él tienden todas las operaciones; mas, por las razones apuntadas, no es fecundo ni provechoso «el estudio aislado y exclusivo de las batallas.» El que quiera satisfacer curiosidad ó dedicarse á recuentos, comparaciones y estadísticas, no muy útiles tampoco, tiene diferentes catálogos y diccionarios voluminosos, entre los que descuella el Atlas de Kausler, traducido al castellano con notables adiciones.

COMBATES.

1. Moral.—Disposicion preparatoria.—2. Vanguardia.—Cazadores.—3. Infantería.—Ordenes.—Fuego y bayoneta.—4. Caballería.—5. Artillería.—6. Ofensiva y defensiva.—7. Llave.—8. Retirada y persecucion.

—

1. Moral.—Disposicion preparatoria.

Despues de lo dicho acerca de las *grandes batallas*, no es lícito el atrevimiento de «dar reglas» para los *combates*, ni mucho ménos la vulgaridad de «describirlos.» Sólo,

pues, se agruparán en este artículo, con el método y claridad posibles, algunas advertencias sobre la *accion* y *juego* de las diferentes armas, como ilustracion y complemento de las ideas generales anteriormente expuestas sobre *táctica* en el capítulo III.

En el dia, por lo numeroso de los ejércitos, el largo alcance de las armas y la enorme extension de su frente desplegado, una *batalla* campal, casi puede decirse que es la agrupacion ó conjunto de varios *combates parciales*; y andando el tiempo, si esta progresion continúa, puede muy bien realizarse el principio que hace más de un siglo sentaba el Mariscal de Sajonia, de que una *gran batalla* debia reducirse á una série de *ataques de puestos*.

De todos modos, así como las *batallas* interesan más directamente á los generales, los *combates*, pequeños ó grandes, importan al oficial, sea jefe ó subalterno. El *comandante* de un *destacamento*, de una *vanguardia*, de una *tropa suelta*, sea la que fuere; el *jefe natural* de la *unidad* táctica, batallon, escuadron ó batería, aunque obre embebido en brigada; el simple *subalterno*, en fila y en guerrilla; todos, y cada uno en su puesto, son actores principales en el *combate*, á todos concierne el difícil cargo de animar dirigir y contener al soldado.

Porqué— á riesgo de parecer sobrado insistentes— no dejaremos ante todo de recordar otra vez lo mucho que influye en «la preparacion, en el giro y en el éxito del combate» apreciar con anticipacion y prevenir con tino el *estado* y el *espíritu* de las tropas. Para dar mayor autoridad á esta capital recomendacion, no será importuno trascribir literalmente los siguientes párrafos de militares pensadores.

«En la guerra, más que en nada, el hombre es lo principal, todo lo demás es accesorio: todos los demás elementos son auxiliares más ó ménos importantes: el hombre sólo es esencial.»

«En la guerra, la fuerza material y mecánica, que á primera vista parece tan importante y variada, tiene en realidad límites muy estrechos; miéntras que la influencia moral, que estaría uno tentado á mirar como pasajera y

circunscrita es constante, iilmitada.» *Carrion Nisas.*—Hist. de l' art. mil.—T. I.—pág. 36.

«En la guerra hay dos clases de principios: los filosóficos, basados únicamente sobre el instinto humano y que son inmutables; los que guian para poner por obra los medios materiales que el hombre inventa para llegar á su objeto, esto es, la realizacion de los primeros,—estos son variables.» (*Vauvilliers.*)

«En todas las circunstancias de la guerra hay que considerar los efectos *materiales* y los efectos *morales*. Los últimos hacen en los combates de todo género papel más importante que los primeros.» (*Bugeaud.*)

Este último general, tan conocido por lo práctico de sus instrucciones, fruto de larga experiencia, añade, algunas páginas más adelante: «Hay en verdad pocos principios absolutos pero hay estos por ejemplo; nunca se debe combatir sin un *objeto*; nunca se debe combatir sin un *plan.*»

Habiendo pues *plan* y *objeto*, el combate ordinariamente no puede, ó no debe ser *imprevisto.* Así, aunque en campaña siempre se debe estar á punto y apercibido, la *víspera de un combate* requiere ciertos preparativos. Desde luégo reunir la gente; no hacer inoportuno destacamento, ni desmembracion; despues, cerciorarse del *estado* de los hombres, de las armas, de las municiones. En lo posible debe concederse á las tropas largo y completo descanso; rancho abundante, buen tabaco y aguardiente; y que ellas vean por sus ojos el esmero con que se atiende á la preparacion de los servicios administrativo y sanitario.

En los momentos que preceden al *combate*, como no sea literalmente *choque* súbito é impensado, toman las tropas una *disposicion* especial que da hoy mucho que hacer á los tácticos. No seguiremos sus árduas y luminosas discusiones sobre estas *maniobras* preliminares ó preparatorias, comprendidas en la locucion, ya técnica, de *disposicion para el combate*; sólo advertiremos al oficial que, vistos los progresos recientes de la *táctica*, no busque en libros de atrasada fecha reglas y principios inaplicables hoy por lo amanerados y concretos. No hay que hablar más, por lo viejas, de aquellas dos líneas clásicas del siglo anterior á

300 pasos una de otra, inmóviles y como clavadas al suelo—bastante queda dicho sobre ellas; pero dentro del órden moderno de ideas, puede caber todavía cierto exclusivismo y parcialidad por tal ó cual sistema. Esta *disposicion para el combate* ántes de romper el fuego y venir materialmente á las manos, debe ser siempre dirigida por las reglas de la *logística*, de la *táctica*, del *terreno* y sobre todo de la *oportunidad*. Bien se alcanza que no pueden ser idénticas ni parecidas, las que rijan en el caso de ataque *á viva fuerza* al enemigo *en posicion*, y las que presidan á otro lento enmascarado, tortuoso, ó al que forzosamente se acepta en *defensiva* muy desnivelada. En tal ocasion convendrá recoger y ocultar las tropas, por aparentar que se tiene poca fuerza; poner quizá la infantería «detrás» de la caballería en columna cerrada: en tal otra, inversamente, es necesario ahuecarlas, extenderlas, asomar por muchas partes guerrillas y cabezas de columna que nada tengan detrás; formar en una fila; aturdir con las cornetas; alargar las columnas; presentar la misma tropa en varios puntos. Siempre es la tendencia de estas *maniobras preparatorias* reconocer y tantear; y, ya que no engañar al enemigo, mantenerle en larga perplejidad é incertidumbre con movimientos cautelosos é indecisos, que distraigan su atencion á varios puntos. Pero, tampoco debe abusarse; pues «á puro maniobrar» podrán estar las tropas reventadas ántes de romper el fuego, contra el principio ántes sentado. Si el ataque que se prepara lo han de ejecutar columnas convergentes (que rara vez concurren en el instante prefijado) si hay que combinar un largo movimiento *envolvente* (que siempre envuelve en sí grave peligro) no está demás llevar la precaucion hasta la nimiedad, y tener seguridad perfecta en las señales, en los relojes y en los guias.

Importa, pues, conocer sus propias tropas y saber «lo que dan de sí;» ahorrarles fatiga en lo posible; «conservarlas en la mano» para llevarlas pronto donde convenga, evitando las órdenes lejanas, casi siempre mal interpretadas y ejecutadas; guardar y situar bien las *reservas*, para reforzar puntos amenazados, para detener fugitivos, para

impedir que el enemigo *envuelva* de flanco ó de revés. Este principio de la «libertad por la espalda,» como dice la Ordenanza es constante y salvador. La direccion de la *retirada* debe estar, no en los lábios, pero sí en la mente del que manda, en los momentos mismos en que se dispone á *combatir*, y por consiguiente á *vencer*. Todo esto exige el conocimiento prévio, y si éste no es posible, la adivinacion del *terreno* que se tiene delante y del que se deja atrás.

Generalmente se recomienda el secreto en toda operacion de guerra, ó por lo ménos la tardía revelacion del *plan*; pero disponiéndose al combate, no solo es inútil andarse en misterios sinó que conviene alguna expansion con las tropas. Ya debe suponerse que aquí no se trata de esas arengas oratorias, que nunca han salido de los lábios de los grandes caudillos, sinó de la pluma laboriosa y literaria de sus historiadores y panegiristas. «Hablar á las tropas,» es simplemente conversar con ellas, mostrándoles el jefe semblante afable donde nunca pueda leerse recelo, perplejidad ni indecision. En las pocas, pero expresivas palabras que dirija, cabe sin embargo el más difícil de los artificios, que es hacerlas parecer francas, espontáneas y naturales, á pesar del cúmulo de atenciones y cuidados que en aquellos instantes asedian y preocupan al hombre más experto y mejor organizado. Al anunciar que está en frente el enemigo; al enumerar con aire de franqueza, y «en lenguaje comprensible al soldado,» las ventajas de nuestra *fuerza* y *posicion*, las garantías por consiguiente de éxito probable, nunca debe caerse en bravatas ó exageraciones de mal gusto. No ha de trasparentar la duda, ni mucho ménos el miedo al adversario; pero deprimirle y despreciarle demasiado, fuera de lo impropio, quizá produzca resultados negativos. Si, defendiendo un puesto, se hace creer al soldado, que pondrá en fuga al enemigo á la primera descarga, y, léjos de eso, avanza éste imperturbable, lo natural es una reaccion de desaliento, áun en el más bravo; si, atacando, se anuncia sériamente que se le llevará de calle, al primer tropiezo el soldado reflexiona y se echa á conjeturar si el enemigo habrá

recibido refuerzos, ó su jefe comete un desacierto. Con el soldado español no se corre peligro alguno en decirle lisa y llanamente la verdad. Por otra parte, con ciertos jefes y capitanes veteranos, no solo es conveniente, es necesario deponer el aire misterioso y reservado al *entrar en combate*, dándoles la conveniente y justa participacion en la parte del *plan* que á cada uno concierna, para que así la estudien y comprendan mejor. La observacion que alguno hiciere, movido por un celo evidente y recomendable, no debe desoirse por sistema: tal vez ilustre un punto oscuro ó revele una imprevision. Es inútil la afectada rigidez con hombres leales y probados, de cuya abnegacion y obediencia se tiene seguridad perfecta.

Respecto á la *disposicion táctica* de las tropas es imposible, repetimos, dar reglas fijas; puesto que dependen, no solo del *número*, *especie* y *estado* de las nuestras, sinó del de las enemigas; de la *capacidad* y *valor* de sus jefes, y en fin, como se ha dicho, del *terreno* y sobre todo del *objeto*.

Hay, sin embargo, una tendencia, ó por mejor decir, una teoría razonable y aceptada por tácticos eminentes, que se aparta mucho de los principios que regian en la guerra de la Independencia. La abolicion de las *grandes masas*, de las disformes columnas, que tantos desastres ocasionaron, es hoy un hecho elevado á la categoría de principio. Lo proclaman casi todos los generales extranjeros; y en España quedó asentado en sólidos fundamentos, y demostrado con el ejemplo y el raciocinio, desde la publicacion del proyecto de táctica de las tres armas, formado por el Márques del Duero en 1852, impreso en 1864. Nada puede añadirse á la doctrina luminosa que allí se discute y establece. Ciertas ideas son atrevidas en apariencia, como todas las que, rompiendo con lo pasado, miran proféticamente á lo porvenir. El mariscal Bugeaud, que tambien participa de ellas, y que hizo, entre las guerras napoleónicas, muchas campañas contra nosotros en la guerra de la Independencia, concluye su calorosa recomendacion del órden *extenso* y en *pequeñas masas* con este párrafo: «Napoleon reconoció que se habia combatido de-

masiado en columna y con columnas excesivamente profundas. Estoy convencido que á esta falta debemos (los franceses) gran parte de nuestras desgracias. Fijemos nuestras ideas sobre este punto, que ya es tiempo: y, si volvemos á hacer la guerra, no caigamos en los mismos errores.» Hoy en España con nuestras ágiles columnas, singularmente las de medio batallon; con nuestros rápidos y seguros despliegues; con nuestros escalones y cuadros, no es siquiera presumible que se reproduzcan los desastres de Rioseco, Ocaña y Medellin. En esa táctica hoy anticuada y meticulosa, siempre se recomienda que se *despliegue* y en general que se *maniobre* «fuera del alcance de los proyectiles:» con razones evidentes combate, en la obra citada, el Marqués del Duero este principio falsó, sobre cuya proscripcion funda ingeniosamente el ilustre táctico la idea generadora de su fecundo sistema. «La táctica—dice en la pág. 213—está caracterizada en nuestros dias por ese absurdo principio de que sus maniobras son para *prepararse* al combate, no para *ejecutarlas* bajo el fuego enemigo».... Y en efecto no puede darse ya á la *disposicion para el combate* el caracter rígido, y algo ceremonioso, de los tiempos pasados: hay que darle prevision, sí; pero al mismo tiempo flexibilidad para adaptarse á imprevistas vicisitudes, Además ¿cómo desplegar y maniobrar *fuera de alcance*, en 1867 cuando el cañon de á 12 de batalla nos saluda con su bala ojival á tres y cuatro kilómetros?

2. Vanguardia.—Cazadores.

En general la *vanguardia*, como se ha visto en el artículo 2 del capítulo IV, es la encargada, tanto de cubrir las *disposiciones de combate*, como de abrirlo y empeñarlo. Ella, arrollando, si no ha podido cortar y envolver que es mejor, las *avanzadas* enemigas, ocupa aquellos puntos que más pueden ocultar y facilitar la marcha y movimientos de las tropas que la siguen; y áun aquellos otros tambien, que á primera vista son necesarios ó convenientes para una *retirada*, como puentes, desfiladeros, bosques,

alturas. Cumplido este objeto primordial, sigue procurando, sin comprometerse mucho, entretener al enemigo con ataques simulados y verdaderos, engañarle ó mantenerle perplejo sobre la marcha y proyectos del cuerpo á quien cubre.

Evidentemente, el enemigo por su parte hará sus correspondientes *contramaniobras*. Si á su vez se oculta tras de una *cortina* de avanzadas y guerrillas, hay que rasgarla á toda costa: corriéndose á derecha é izquierda con pequeñas tropas al mando de oficiales sagaces é inteligentes; con ardides y demostraciones; con amagos, con empujes imprevistos, con tretas de todo género. Esta primera é importante *escaramuza* es, relativamente, el tanteo preliminar de dos hábiles tiradores de esgrima cuando se plantan en guardia.

En ella toca el principal papel á la infantería, á la caballería, á la artillería verdaderamente *ligeras*: si por esta voz se entiende como siempre que la usamos, tropas, no solo ágiles, sinó inteligentes y muy diestras.

En conjunto, si bien se mira, la *disposicion de combate de una tropa en órden abierto*, esparcido ó diseminado, es perfectamente análoga y semejante al *cordon avanzado*, que «á pié quieto» se establece segun explicó el cap. VII. Tiene, como él, que *plegarse al terreno* y sus accidentes, tomando progresivas modificaciones á medida que estos cambian. Su *línea extrema*, la que sirve de lindero á la faja de ocupacion, está determinada con irregularidad por los arroyos, barrancos, árboles, terraplenes, setos, vallados, escarpes, etc. Otros accidentes tambien determinan la *colocacion* de las respectivas *reservas*, apoyos y sostenes: los cuales, á la vez que procuran cubrirse, mantienen comunicacion constante entre sí; no sujetándose, como es natural, á esas distancias fijas, que en los reglamentos y ejercicios sólo se dan «para formar idea,» pero nunca para exigir uniformidad y amaneramiento en la *guerra*.

Con las nuevas armas de precision, con el modo actual de combatir, las *guerrillas* han de adquirir importancia creciente. No será tanta en una gran llanura completa-

mente rasa y despejada; pero doblará en terreno muy quebrado, ó por lo ménos montuoso y mixto. Un combate de algun interés entre dos tropas algo numerosas, no siempre tiene lugar en terreno excesivamente fragoso y quebrado; más bien se riñe en ese otro ondulado y mixto, con barrancadas, setos, labranzas, malos caminos de travesía que dificultan el conjunto, embarazando el juego de la caballería y artillería; que favorecen alternativamente la *ofensiva* y la *defensiva*; y que ofrecen el campo más propicio á los *cazadores* y á su órden disperso.

En líneas de alturas, las *guerrillas* ocupan el borde que técnicamente se llama *cresta militar*; ó bien bajan á media ladera, corriéndose por las bermas y resaltos. Cuando la direccion de la guerrilla corta á través un pequeño valle ó cañada, estando *á caballo* sobre ella, como suele hoy decirse, generalmente se extiende por ambas vertientes con sus reservas parciales: la principal, ó núcleo de la fuerza, estaciona en el fondo; miéntras que dos retenes, en lo alto de las cumbres laterales, apoyan las alas ó extremos de la línea, y en caso de ser empujada violentamente cuesta abajo, ellos, alargándose por la meseta ó cima, logren quizá tomar de flanco ó de revés al que intenta así tambien atropellar la guerrilla. Si ésta, á la defensiva, se extiende á lo largo de la falda, ó del riachuelo que corre al pié, sus alas se apoyan en los barrancos ó quebradas de los arroyos afluentes.

Por regla general, cuando una tropa *maniobra* y *combate* en país algo montuoso, si el *grueso* de ella ocupa el *fondo* del valle ó garganta, los *cazadores* observan y coronan las *cumbres*: si, á la inversa, el *grueso* va por éstas, aquellos ocupan y observan el *fondo* de la hondonada. La dificultad de mantener el debido enlace en estas alternativas es visible. El ataque de una *posicion dominante* con grandes cuestas ú obstáculos compete casi siempre á los *cazadores*: batallones enteros desplegados circundan la altura; trepan por donde pueden; las reservas siguen por los senderos, miéntras que otros destacamentos amagan ó cortan la retirada al enemigo. En el combate por el fondo del valle, varios grupos de guerrilla tienen que trepar á toda costa,

aunque sea por medios artificiales, hasta las cumbres inmediatas, para infundir alarma ó recelo por la espalda y facilitar el ataque de frente. Es general este principio de maniobrar ágil y «simultáneamente» al frente, por los flancos, por la espalda misma del enemigo.

Se vé, pues, que en el combate la *tropa ligera* debe ser› no solo lista y obediente, sinó muy *diestra* en las *evoluciones* de su reglamento, para avanzar, retroceder, prolongarse recogerse cambiar de direccion y de frente; acomodarse al movimiento de la columna; cubrirlo bien, usar á tiempo el fuego más ó ménos vivo, y la bayoneta siempre con vigor; burlarse ó defenderse de la caballería, inquietar y amagar, y «atacar» tambien en la artillería: todo esto con órden, silencio, atencion, inteligencia, firmeza y valor.

La *caballería ligera* por su parte, inseparable compañera de la infantería en el vivac y en el combate, se asimila á ésta en cuanto es dable: y ambos institutos alternan, segun lo indiquen el enemigo y el *terreno*, en su rudo y peligroso servicio. Donde haya una meseta, una llanura, el cazador *á caballo*, explora trabaja y se bate: el *de á pié* le sostiene en formacion cerrada. En cuanto un accídente ó coyuntura favorable se presenta, el *infante* la aprovecha: y el *ginete* á su vez le ayuda en lo que puede. En el terreno mixto, donde espacios despejados alternan con los cubiertos y fragosos, esta, que frecüentemente nos permitimos llamar «fraternidad táctica,» para expresar mejor la idea, puede llegar hasta pasar en ciertos trechos los ginetes con los infantes á la grupa, para mayor celeridad ó descanso; y en alguna rara vez en *vanguardia*, si la caballería, cruzando veloz el trecho despejado, se encuentra de pronto empeñada en una angostura ó fragosidad; miéntras llega su «compañera,» ella resueltamente echa pié á tierra, como los antiguos dragones, y la espera usando de su carabina.

Más detenida explicacion merece la importante accion de las *tropas ligeras en combate*; pero basta lo dicho para llamar la atencion y el estudio sobre este *servicio de cam-*

paña, visiblemente destinado á tomar en lo futuro mayor importancia y desarrollo táctico.

Volviendo á la *vanguardia*, desde que entran en fuego sus guerrillas, las tropas que haya dejado escalonadas ó eslabonadas para mantener su comunicacion expedita con el *grueso*, ó *cuerpo de batalla*, se le van incorporando velozmente á medida que aquel avanza. Si al *tomar posicion* se determina que la vanguardia continúe separada del cuerpo principal por alturas ó desfiladeros, que de consiguiente han de ocuparse para mantener el debido enlace, estos puntos deben ser guardados, para no debilitarla, por tropas del *grueso* que va entrando en línea.

En las marchas digimos que el papel de la *vanguardia* cesa al *formalizarse el combate*. Se mezcla ya con las demás tropas; y generalmente para darle algun descanso, ó forma un ala, ó toma posicion que le permita más tarde favorecer la *persecucion* ó cubrir la *retirada*.

El *cuerpo principal* entra en combate dispuesto en varias líneas: no precisamente *dos*, sinó las que aconseje el *plan* de ataque y el *terreno*. Tampoco están formadas estas líneas invariablemente en uno de los dos órdenes extenso ó profundo, batalla ó columna. Tomarán uno y otro alternativamente, no sólo por las órdenes directas del *comandante* superior, sinó tambien á la voz de sus *jefes naturales*. Con intervalo á veces de pocos minutos, segun los incidentes y alternativas, un batallon cerrará en masa; desplegará en batalla; volverá á plegarse en columnas gemelas; se diseminará en guerrilla mixta; se sentará, correrá adelante ó atrás; se ocultará, se arrojará al suelo, desaparecerá de la vista para mostrarse de pronto en el momento oportuno.

La *reserva*, proporcional siempre no á la «fuerza numérica» sinó á la «real é intrínseca,» al vigor *táctico* y *moral* de las *tropas en combate*, avanza lentamente y se establece en aquella *posicion*, regularmente central, desde donde pueda atender al punto en que ya se comience á indicar el mayor empeño del ataque y la defensa. La manera ámplia con que debe entenderse la *reserva táctica* queda explicada en las páginas 56-58. Siempre tiene que estar dispuesta

para su doble papel: ó decidir y completar la *victoria*, ó iniciar y cubrir la *retirada*. En ambos casos, su comandante «especial» al frente de las mejores tropas, ha de acreditar capacidad é intrepidez, prontitud en el juicio y vigor en la ejecucion. En el caso de una *retirada* descompuesta, ya se ha visto en el capítulo IV, páginas 102-107 lo espinoso de su cargo: en el más favorable de *victoria* y *persecucion*, tambien se verá que necesita circunspeccion y mesura.

INFANTERÍA.

3. Orden extenso y cerrado.

Las nuevas *guerras*, y las nuevas *armas* principalmente, han hecho revivir la cuestion debatida hace más de un siglo sobre el *órden* de combate *extenso* ó delgado y el *cerrado* ó profundo. Antes se podia avanzar en grandes columnas hasta 2.000 pasos del enemigo, para establecer la *línea de batalla* allí, áun despues del *despliegue general*, todavía era posible maniobrar en columnas de batallon hasta el alcance del fusil, y atacar tambien en este órden cerrado. Hoy no se podria repetir esto impunemente: las pérdidas serían desastrosas.

Es, por consiguiente, indispensable preludiar el *despliegue general* y fraccionar las columnas á algunos kilómetros de distancia del enemigo. Las pequeñas columnas de batallon que el reglamento llama *de maniobra*, ó á media distancia, tienen que avanzar con circunspeccion y bien cubiertas por sus correspondientes guerrillas, aprovechando cejas, pliegues, accidentes del terreno y dispuestas á desplegar en el acto mismo de entrar bajo el fuego enemigo. Esto lo dicta la prudencia y la razon. Pero hoy se va todavía más allá: y fundándose en la preponderancia indisputable que el *fuego* toma, no sólo por la precision, sinó por la rapidez con las nuevas armas (1867) que se cargan por la recámara, se pretende mantener el *órden extenso* hasta para el acto de avanzar y *cargar* al enemigo.

En reglamentos extranjeros muy recientes (1866) mo-

dificados bajo la impresion de la guerra de Alemania, se toca ya en el extremo de proscribir la *columna* dejando el *órden extenso* para el ataque. Con infantería probada, que reuna la *solidez* y *consistencia* de que se habló en el capítulo I página 29 todo es posible; todo puede acometerse, y todo sale bien. Sin remontarse á la *legion romana* (tipo antiguo del órden delgado) que dió cuenta de la *falange griega*, cerrada y maciza; los prusianos de Federico II atacaban hace un siglo en batalla, no á la infantería, á la caballería misma; los ingleses de la guerra de la Independencia, en batalla atravesaron la llanura para tomar los Arapiles. Los muchos y respetables partidarios que hoy va teniendo el *órden extenso* para el ataque, miéntras buscan, como es de regla en toda discusion, los defectos de la *columna*, para enaltecer las cualidades de la *batalla*, no toman en cuenta los graves inconvenientes de esta última. Es indudable que la bala rasa hace en ella poco estrago; pero es manifiesta en cambio la dificultad de alineacion: la inevitable rotura y culebreo; la propension del soldado á pararse en la mitad del camino, romper el fuego y perder por consiguiente el ataque su principal fuerza de impulso y como dicen los mecánicos «de velocidad adquirida.»

Ya que la mecánica se cita, adviértase al paso que en el dia nadie respeta el principio teórico, tan repetido en los libros, de que la *columna*, como si fuera bala de cañon, ó cuerpo físico y material, toma *fuerza de choque*, empujando las últimas fracciones á las primeras, cuando éstas aflojen y se quieran detener. Efectivamente los elementos, «las partículas» que forman la *columna* son hombres y no cosas; hombres excitados cabalmente por los estímulos, por las pasiones más violentas que pueden enardecer ó entibiar la sangre y conmover el corazon. Y siempre que de *hombres* ó con *hombres* se trate, al principio de este artículo y en otros muchos del libro, se recomienda que no se entre en razones y cálculos puramente «matemáticos» de líneas ó de ángulos, de presion, peso y medida.—Pero, dejando á esta consideracion «física» el escaso valor que realmente tiene, no cabe duda en que la *columna* desarrolla y mantie-

ne un doble efecto «moral:» en la *cabeza*, por saber y sentir que el apoyo la sigue inmediato; en el *centro* y en la *cola* por verse cubiertos ó tapados por la *cabeza*, Fuera de esto, la facultad de dominarla el jefe con la vista y con la voz; la facilidad de despliegue; el llevar más encajonados ó apretados á los bisoños ó ménos intrépidos, impidiéndoles cejar ó detenerse; la posibilidad de pasar por todas partes, aunque haya angosturas y quebradas; la pronta defensa contra caballería, todo esto hace muy recomendable, casi exclusiva, la formacion en columna ú *órden cerrado* para el *ataque*.

El reglamento vigente para la escuela táctica de batallon en las páginas 53-58, y el de brigada en las páginas 115-126 hacen breves, pero interesantes indicaciones sobre el más adecuado y oportuno empleo de las diferentes *clases de columna*. La columna con distancias enteras y medias; la cerrada; la de maniobra, la de combate, todas tienen aplicacion, más ó ménos provechosa; todas pueden tener un momento «suyo» de incuestionable utilidad. Pero al hablar de *columnas* no puede prescindirse de llamar la atencion del oficial sobre las gemelas *de medio-batallon*, nuevo resorte táctico, ingeniosa y sencilla solucion, que el citado y notable reglamento ha venido á arrojar, como una sentencia arbitral digámoslo así, en la eterna y estéril dísputa, cada vez mas enconada, entre el órden *extenso* y el órden *profundo*. Esta nueva *formacion* está visiblemente destinada á sobreponerse á todas, por lo rápido, flexible y múltiple de sus combinaciones. Las columnas de medio batallon tienen la doble y preciosa aptitud del *ataque* y de la *defensa*. Fuertes y manejables; sin excesivo fondo en que se cebe la artillería; con bastante frente, y con claro central ó sin él segun convenga; resistentes á la caballería, consistentes en la marcha... así van contra una batería, como la sirven de sosten; así atacan un bosque, como un pueblo; lo mismo pliegan que despliegan; avanzan que se retiran; tanto les dá correr por el flanco, como tomar una direccion oblícua; en fin, á cuanto la imaginacion quiera suponer de veloz, imprevisto y complicado á otro tanto responden con su increible sencillez las *columnas de medio*

batallon. Además, el órden nuevo de *batalla mixta*; la suma facilidad y seguridad en los despliegues y cambios de frente, maniobras ántes peligrosas y complicadas, dan mayor *accion* y *juego* á la *infanteria*, más ensanche y variedad á sus combinaciones con las otras armas.

Respecto á la disposicion *en escalones*, que hoy constituye el *órden* verdadero y variable *de combate*, no se pueden emplear otras consideraciones, ni palabras más concisas que las del mismo reglamento de brigada, páginas 223-225.

Es, pues, de esperar que esa *agilidad táctica* de nuestro batallon actual, tan admirada por extranjeros en el campo de ejercicio, sostendrá su merecido renombre en el *campo de batalla*, dando nueva fisonomía á los combates.

De todo lo dicho se deduce que hoy la *táctica de combate* es, y tiene que ser mucho más suelta; deja mayor campo al criterio y á la iniciativa del *jefe natural* de la *unidad*; pero, en justa compensacion, le aumenta su responsabilidad personal y le exije mayor estudio y práctica, más inteligencia y prevision.

Hace trece años decía ya el mariscal Mac-Mahon, en sus instrucciones para el campamento de Châlons, las siguientes palabras, que en 1867 han duplicado su oportunidad y exactitud:

«En campaña es bien raro que las circunstancias permitan á un general de division mandar por sí mismo sus tropas á la voz y espada en mano. Desde el momento en que se halla prevenido de la presencia del enemigo, tiene deberes más importantes que llenar, que los de hacer ejecutar por sí mismo *movimientos de linea* que pueden ser mandados por los jefes de brigada y los coroneles que están á sus órdenes. Tiene que *reconocer* el terreno, la fuerza y las disposiciones del enemigo; que tomar una decision y disponer sus tropas, de todas armas, de la manera más útil, segun el objeto que se proponga, sea para el ataque, sea para la defensa. Se ha visto tambien en todas las guerras que han tenido lugar, que las órdenes para la ejecucion de movimientos sobre los campos de batalla han sido trasmitidas verbalmente desde los generales de division á

los generales de brigada, y de estos á los coroneles, ya directamente, ya por oficiales á caballo.»

«Los coroneles, cuando les es posible, mandan á la voz; pero con frecuencia dan directamente sus órdenes á los jefes de batallon ó las trasmiten por medio de oficiales.»

«De esta manera, los jefes inferiores tienen mayor libertad de movimiento, con lo que gana siempre el servicio. El general de division no puede estar en todas partes. Pueden acontecer circunstancias, en que para aprovecharse de una ocasion favorable ó atender á un incidente imprevisto, un general de brigada, un coronel, un jefe de batallon, y hasta un comandante de compañía, se vean obligados á tomar una formacion particular, á destacar fuera de la línea algunos batallones, algunas compañías ó bien algunos hombres. Es, pues, esencial que todos estos oficiales tengan cierta facultad de accion, pero deben penetrarse bien que esta mayor libertad les impone igualmente una responsabilidad mayor.»

De seguro, como en las grandes batallas, no se contarán dos *combates* iguales, ni aun parecidos, por más que hayan tenido lugar en el mismo terreno, con las mismas tropas, hasta con los mismos jefes. En tal combate el resultado es incompleto: en tal otro indeciso. El que tiene visible superioridad, que le permite desplegar accion más *ofensiva ó inicial*, se vé impensadamente detenido y anulado por el enemigo débil que ha tenido tiempo y tino de escoger su *posicion ó campo de batalla*; de atrincherarse y mejorarlo para aguardar al agresor, que llegará quebrantado por la fatiga y á ciegas sobre su terreno y sus disposiciones.

Aunque teóricamente se prescriba que todo *combate*, por regla general, sea bien pensado, corto, vigoroso y decisivo sobre todo al *abrir* ó inaugurar *una campaña*, en que tanto juega la parte *moral*, alguna vez conviene hacerlo adrede, prolongado y fluctuante. Por ejemplo: cuando se quiere solamente entretener hasta la llegada de refuerzos, que involuntariamente se retardan; cuando se arma una estratagema, fundada en un largo movimiento envolvente. Este peligroso juego de tira-y-afloja sólo puede aventu-

rarse con tropas «hechas» ó aguerridas. A los cazadores toca el papel principal y fatigoso. Ellos en elásticas guerrillas, que tan pronto se aclaran como se condensan, avanzan ó retroceden, son los que cubren al grueso de la fuerza que procura mantener detrás cierta actitud velada y misteriosa. Las primeras tropas frescas que lleguen tienen el deber moral de relevar en el acto aquellas pacientes guerrillas.

Concluiremos repitiendo, que así como la teoría y ordenamiento de las *grandes batallas* entre dos *ejércitos* no encierra para la mayoría de los oficiales un interés de utilidad práctica, ni de aplicable doctrina; en los *choques, escaramuzas* y *combates* de dos destacamentos ó pequeños cuerpos de tropas resalta y juega siempre la «individualidad» del oficial, por modesto que sea su grado y corta su edad, su experiencia ó su saber.

Fuego y bayoneta.

En el acertado empleo de los *fuegos* influye tambien la serenidad y la pericia del *comandante de batallon*, secundado por sus inferiores. Por el reglamento sabe los inconvenientes y ventajas de las diferentes *especies de fuegos*, como el de filas y de hileras: conociendo, pues, la *tropa* que manda y el *enemigo* á quien combate, no puede vacilar en la eleccion del que más convenga en cada caso.

Por regla general, es de tropas bisoñas romper el fuego á larga distancia, con lo que se alienta al enemigo en vez de intimidarle; ó contestar ruidosamente un batallon entero al de una simple guerrilla. A ésta naturalmente se responde con otra, y en algunas ocasiones mantenerse callado hace más efecto. El *oficial de fila* debe hablar y convencer de esto al soldado, inculcándole lo que realmente importa, que es *conocer* su arma y *apreciar* bien las distancias. Se recomienda tambien economizar las municiones y afinar la puntería: hay, sin embargo, excepcion de esta regla, como de casi todas, en el caso, por ejemplo de no importar tanto las bajas enemigas como producir á

propósito mucho ruido, mucho humo, para ocultar un movimiento que se esté preparando detrás. Fuera de este caso es evidente que el fuego *nutrido* y *certero* debe reservarse para contener y detener tropas que avancen con osadía, ó castigar á las que molesten demasiado con el suyo. Se vé, pues, que al *jefe natural* de la *unidad táctica* es á quien directamente concierne, no solo mandar, sinó «saber elegir» la especie de fuego, avivándolo, apagándolo segun prescriban los rapidos trances, y siguiendo con calma las pulsaciones, si tal puede decirse, del *combate*. Los fuegos *oblícuos* contra formaciones profundas y de corto frente; los *de revés* cuando sean posibles; los *cruzados*, sobre todo, tienen, por lo general, aplicacion en momentos que pasan como el relámpago, y que por lo mismo no se deben desaprovechar.

Hoy más que nunca — volvemos á recordar— es manifiesta la preponderancia del *fuego* sobre el *arma blanca*; y de consiguiente exige más profunda atencion este poderoso elemento de la *infantería*.

Hasta hace pocos años corrian como sentenciosas, ó por lo ménos como agudas, aquellas sabidas expresiones: «la bala es loca, la bayoneta cuerda;» «el fusil no es más que el mango de la bayoneta» y otras varias dirigidas á mantener la preferencia del *arma blanca* sobre el *fuego* de la infantería. Sea porque aquellas frases saliesen de lábios del mariscal de Sajonia ó de Souvarow, de Napoleon ó de Blücher; sea porque sonasen bien en las filas francesas, tan idólatras de la bravura y del arrojo ciego; lo cierto es que en ellas hasta hace poco persistian como «máximas,» á pesar de innumerables descalabros ó escarmientos; y, con la ligereza algo presuntuosa, genial en nuestros vecinos, se complacian en repetir: «la baïonnette, c'ést une arme française.» Todavía en 1866, la célebre alocucion del feld-mariscal austriaco Benedek, que, al abrir la campaña, profetizaba desdeñosamente á sus tropas la «ventaja infalible de la bayoneta sobre el fusil de aguja» vino á confirmar lo expuesto que es, en *guerra* y en *táctica*, ceder á preocupaciones ó negarse á olvidar reglas y principios anticuados.

En 1793, con el *fusil de chispa*, con su escasa y diseminada artillería, las columnas republicanas francesas bíen podian avanzar incólumes, tras de su densa nube de guerrillas, contra *líneas* rígidas, casi inmóviles, formadas de hombres pesados y torpes en el manejo del arma. Más adelante, las tropas inglesas empezaron á demostrar cruelmente lo que valía el *fuego* con armas que hoy, comparativamente, ya se pueden llamar inperfectas. Los rifles, la introduccion de las cápsulas y de las rayas, vinieron años despues, confirmando la sospecha de no ser ya tan *decisiva* la *bayoneta*, ó al ménos de no poder continuar el uso tan frecuente y ensalzado.

Hoy, en 1867, ante las carabinas de precision, ante las que se cargan por la recámara, ¿es razonable, es posible mantener por pura terquedad, que casi raya en baladronada, la preferencia «exclusiva» de la *bayoneta* sobre el *fuego?* Oigamos lo que oficialmente ha dicho al ejército belga su ministro de la guerra, en la instruccion sobre las innovaciones tácticas indispensables hoy en el *órden de combate*:

«Cuando las armas que se cargan por la recámara se hayan introducido en todas partes, cuando cada soldado, instruido por la experiencia de tiros repetidos, haya puesto toda su confianza en el fuego; cuando en el espacio de tres minutos se pueden hacer, no dos ó tres, sino diez ó doce descargas, la tropa que quiera realizar semejantes proezas marchará á una derrota inevitable, cierta.»

«Habrá perdido la mitad de su gente ántes de haber recorrido el tercio de la distancia que la separa de su adversario.»

«Por lo demás, en este género de ataque vence más el *elemento moral* que la *bayoneta.*»

«Los casos en que dos líneas se aborden *al arma blanca* serán tan raros, que deben ser considerados como puros incidentes. Una de las líneas cederá siempre al *ascendiente* de la otra ántes del *choque.*»

«Puede, pues, predecirse que en lo porvenir no será ya posible renovar semejantes ataques contra una infantería intacta y no desmoralizada. Antes de marchar sobre ella

para desordenarla, será preciso desconcertar su órden por medio del cañon, ó desorganizarla con un fuego de fusilería superior.»

«Por el contrario, una buena infantería bien colocada, que tenga á su frente un campo de tiro abierto y favorable, deberá desear de todas veras el ataque del enemigo. Lo esperará al alcance de su punto en blanco, lo desorganizará con sus descargas, despues se lanzará sobre él á la bayoneta para obligarle á abandonar el terreno.»

«De aquí en adelante la *defensiva activa* en los combates de infantería será superior á la *ofensiva* pura y simple.»

«Los reglamentos prusianos prescriben á los batallones que atacan, aproximarse al enemigo bajo la proteccion de los tiradores hasta 200 ó 300 pasos; verificar entónces sus descargas, y no abordarle hasta despues de haberle hecho vacilar por los efectos del fuego.»

Quedemos conformes en que el fusil de 1867, el que se carga por la recamara y alcanza á 1.000 metros, sirve positivamente para tirar balas, y es algo más que «el mango de la bayoneta.» Probará de paso al oficial veterano, si se deja vencer por la indolencia y la rutina, que no basta hoy haberse batido, ni haber sabido, ni estudiado; sinó que es forzoso seguir estudiando y sobre todo «saber estudiar.»

Pero de aquí—advertiremos como siempre—no resulta ni la adopcion constante y exclusiva de un *órden de batalla* ni la proscripcion absoluta y sistemática de la carga ó *ataque á la bayoneta.* Nada de eso. Lo que se recomienda es mayor tino y circunspeccion en su empleo; mayor oportunidad en la eleccion del momento; más preparacion con artillería; frecuente uso de los escalones; más seguridad del apoyo de una caballería que venga á retaguardia, ó al flanco á *completar* la victoria ó en caso de retroceso, á *contener* al enemigo. Hoy el ataque á la bayoneta, si bien no tan repetido, forzosamente tiene que ser más *perfecto*, es decir, más oportuno, más corto, más vigoroso.

4. Caballería.

En el capítulo III se dieron algunas ideas generales sobre la *accion táctica*, hoy algo incierta, de la caballería:

por ellas puede presumirse la gran variedad que admite su puesto y empleo en el *combate*.

Ordinariamente la caballería se escalona en las alas y en el centro siempre que el terreno le permita maniobrar y combatir. Como su principal destino es la *carga* y el amago, no debe estar muy léjos del punto que ha de atacar ó amenazar; pero como su golpe es momentáneo y su marcha tan veloz, conviene no lanzarla sinó en el instante preciso, manteniéndola á cubierto en lo posible. No es indispensable para sus *cargas* un terreno tan llano que sea liso y raso: no es tampoco el efecto y resultado de esas cargas tan pasmoso como la imaginacion supone. A la caballería maniobrera y bien mandada, más que la *llanura* perfecta, le conviene un *terreno mixto* con suaves ondulaciones, cuestas y cañadas anchas, que permitan su imprevista ocultacion y aparicion.

Generalmente se le encomienda rebasar, doblar un ala del enemigo; envolverla, si es posible, *en combinacion* casi siempre con las otras armas. Un ataque contra el centro de una línea, donde los fuegos convergen y se cruzan, se comprende que sería desastroso. Como un escuadron, por más que se quiera, no es un cuerpo inerte y sólido, al lanzarse á la carga, debe conservar la posible adherencia, y no perder su fuerza de conjunto y de choque: por eso conviene ante todo el frente despejado y descubierto, sin zanjas, arroyos muy encajonados, caminos hondos, pantanos ú otros obstáculos engañosos; por eso tambien debe tomar los aires de modo gradual y progresivo, y guardar el máximo de su «fuerza acumulada» ó de su «velocidad adquirida» para cuando esté al verdadero *alcance* de la tropa á que cargue. Todo ataque ha de ser vigoroso, y sinó más vale no intentarlo; toda *carga* ha de ser corta y rápida. El principio, general en la guerra, de no defenderse pasivamente ó «á pié quieto» es fundamental en caballería, que nunca debe *recibir* la carga enemiga. Lo mejor es salir al encuentro; de todos modos si la enemiga es más fuerte, siempre hay que moverse para retroceder y maniobrar. Si fuera permitida una locucion muy familiar, pero muy expresiva, diríamos que el precepto de «no po-

ner toda la carne en el asador» tan vulgar y tan poco obedecido en la *guerra*, tiene en la *caballería de combate* su más perfecta aplicacion. En todos los casos, ya cargue para *romper* la infantería enemiga; ya para *perseguirla* y acuchillarla despues de rota, impidiendo la accion de las *reservas*; ya convoye y proteja la infantería y la artillería propias, nunca la *caballería* debe empeñar ni comprometer *todos* sus escuadrones á la vez. En medio de su revuelto torbellino cabe, como ya se dijo, escalonamiento, reiteracion. Un buen comandante no es un jugador ciego que todo lo arriesgue á la vuelta de un dado; ni un cuerpo de caballería, aunque pequeño, es una bagatela tan fácil de reemplazar para exponerlo sin discernimiento. Las nuevas armas imponen al ginete mayor discrecion y aplomo. En vez de cerrar los ojos al cargar, convendrá abrirlos mucho; preparar con artillería; cubrir con tiradores, que al fin siempre tapan y marean algo con el humo, y el polvo, y el caracoleo. Del ataque de los cuadros se da idea en el capítulo ántes mencionado, así como de la combinacion ó amalgama de la caballería con la artillería. Indudablemente, cuando esta combinacion cae en manos de Federico II ó de Napoleon I es irresistible, hay que confesarlo.— La caballería procura siempre, más que cargar de frente sorprender á la infantería «in-fraganti» al maniobrar, sobre todo cuando no tiene los flancos apoyados; á la artillería ya se supone que nunca debe presentarle gratuitamente su extenso blanco. De frente le bastan tiradores, y la *carga* realmente se dirige oblícua, escalonada, y en lo posible cautelosa, contra los sostenes y reservas que guarden la batería. Los tres elementos de éxito en caballería son orden, celeridad y valor.

5. Artillería.

Por regla general la *artillería* dirige sus fuegos contra las *tropas*, contra las *columnas*, contra las *masas*; pero tambien en ciertos casos allana y derriba *obstáculos* materiales, y *contrabate* á la artillería enemiga para «hacerla callar.» Todo lo que esta *arma* tiene de poderoso en buenas

manos, se vuelve embarazosa y débil cuando no entra bien en juego con *las otras dos*, por que la desdeñen ó la abandonen. Poco puede hacer el simple artillero con su machete y su espeque; es menester, pues, constante *escolta*, contínuo *apoyo*. Hoy á la artillería «le ha salido un mal enemigo» en la carabina de precision, y puede que «resucite» la antigna costumbre de cubrirla alguna vez con ligeros *espaldones* hasta en el mismo *campo de batalla*. No es esto decir que vuelvan los grandes *reductos* del siglo pasado, á los que servian de *cortinas* las tropas, constituyendo asi verdaderas líneas ó *frentes de fortificacion*; pero alguna precaucion habrá que tomar contra los tiradores «invisibles,» que en poco tiempo dejarán una batería sin oficiales, sin sirvientes, sin ganado.

Por lo demás, el principio de aglomeracion, de convergencia sobre un punto, tan eficaz, como ántes se ha visto, en las grandes *batallas* es igualmente aplicable á los pequeños *combates*. Una tropa formada resistirá una bala de cañon, dos, tres; pero no resistirá veinte. La *solidez*, como todo, tiene su límite.

El cañon rayado ha venido á modificar, no solo las antiguas distancias, sino hasta la *movilidad* de la artillería en el combate. No es hoy preciso que siga muy de cerca los movimientos de las tropas á quienes apoya, singularmente en el *avance* hasta corta distancia del enemigo, pues, bien se comprende que, siendo el tiro eficaz desde tan léjos, se conseguirá el mismo efecto sin acercarse al fuego temible de la fusilería.

En estos tiempos (1866-67) el *material de artillería* en España está sufriendo una modificacion, refundicion y simplificacion (no publicada oficialmente en el momento de escribir esta página,) que tiende á conciliar la facilidad con la economía. Ya la reduccion de calibres fué en el siglo pasado un gran síntoma de progreso, y en nuestros dias toca al extremo. *La artillería rayada de batalla* no contará más que dos calibres: el de á 12 y el de á 8, sin otra subdivision que la de *largos* y *cortos*. El *material* todo parece que no puede alcanzar límite mayor de ligereza. El

cañon de á 12 con carga de 1,7 kilóg. por 0,m43 de alza, tiene un alcance de 3.4 60.m

Para justificar esta insistencia con que se recomienda aquí el estudio de las *modificaciones* que las *nuevas armas* imponen á la *táctica*, y como prueba del interés que en todas partes despiertan, traduciremos literales algunos otros párrafos de la instruccion belga ántes citada.

«A la influencia del perfeccionamiento de las armas de fuego portátiles, hay que añadir la de la nueva artillería rayada, cuya precision en el tiro ha triplicado asi como tambien el alcance de sus proyectiles.»

«En el sistema adoptado en Bélgica, el bote de metralla da hasta 400 metros resultados más mortíferos que el de la antigua artillería; y las granadas, así como los *shrapnells* explosivos, llevan hasta 2.000 metros los efectos de la metralla.»

«A 1.200 metros hay una seguridad completa de hacer sentir los efectos de cada tiro sobre una línea desplegada, ya sea por las balas y los cascos de los proyectiles que caen y revientan ántes de esta línea, ó por los disparos directos. A 2.000 metros las columnas de batallon tendrán que sufrir más que antiguamente á la distancia de 500, y poco tardarán, si se encuentran bajo la influencia del fuego vivo de algunas piezas, en ser, no dispersadas, sinó destruidas.»

A 4.000 metros no habrá un solo proyectil que no alcance á un campamento ó á un vivac. ¿Qué llegarán á ser nuestras antiguas *evoluciones* en presencia de estos hechos? No hay más que un solo medio para disminuir los efectos desastrosos de las nuevas piezas; consiste en desplegar, adoptar órdenes delgados, ocultar las tropas hasta el momento de la accion, y si esta precaucion no es posible, mantenerlas en cuanto se pueda, en movimiento. Para obrar con eficacia, la artillería nueva tiene necesidad, como la antigua aunque naturalmente en menor grado: 1.° que no la sirva de blanco un objeto que presente muy pequeñas dimensiones en altura y en profundidad; 2.° ver distintamente el objeto que haya de batir, y si no lo descubre conocer de una manera aproximada la distancia que lo sepa-

ra del accidente del terreno que lo oculta á la vista; por último, si el objeto que bate es una tropa que se mueve, es preciso que se pueda determinar prontamente (lo que no siempre será fácil á grandes distancias en medio del polvo y del humo, y sobre todo en tiempo nublado) de qué manera deben modificarse las alzas á medida que el objeto cambia de posicion.»

«Los comandantes de tropa no deben jamás perder de vista estas condiciones, á fin de obrar en consecuencia.

6. Ofensiva y defensiva.

En la guerra, desde las grandes *operaciones* hasta los más pequeños *combates*, se procura á toda costa tener *iniciativa*, ó lo que en el fondo es igual, *tomar la ofensiva*. Esto exalta el valor propio y desorienta, desconcierta, derrota moral y anticipadamente al enemigo. Ir en busca suya en vez de aguardarle; invadir su terreno; anticiparse á ocuparle sus posiciones; estorbar su concentracion; cortarle sus comunicaciones; batirle sus destacamentos; cercenarle sus vituallas; establecer en fin una, *superioridad* científica y *moral* probada con hechos, indudablemente es ventajoso y recomendable. Pero bien se vé cuán difícil será lograrlo sin *superioridad numérica* ó por lo ménos sin esa otra superioridad que dá la *calidad* ó el entusiasmo de las tropas (V. cap. I.), la clase de *terreno*, el *talento* del jefe.

Aunque se interrumpa en cierto modo el órden minucioso y práctico de ideas que vamos desenvolviendo, no es dable prescindir, por lo importantes, de ciertas reflexiones y generalidades sobre la *ofensiva* y la *defensiva*. Definamos ambas palabras, invocando primero, como de costumbre, una autoridad—la de Jomini. Dice este autor:

«Una vez resuelta la guerra, la primera cosa que hay que decidir es si ha de ser *ofensiva* ó *defensiva*: por lo tanto conviene definir bien lo que se entiende por estas palabras.»

«La *ofensiva* se presenta bajo muchos aspectos: si se di-

rige contra un gran estado y abraza todo él ó una gran parte, se dice entónces una *invasion*; si se aplica sólo al ataque de una provincia ó de una linea de defensa más ó ménos limitada será una *guerra ofensiva ordinaria*; y en fin, si sólo es un ataque contra una *posicion* cualquiera del ejército enemigo y circunscrita á un solo punto, se llama *iniciativa de movimientos.*» Y el autor añade por nota al pié de la página. «Esta distincion parecerá demasiado sutil; pero yo la creo justa, sin darle gran valor; pues es indudable que se puede tomar la iniciativa de un ataque por media hora, aunque siguiendo en general un sistema defensivo.» (*Comp.* T 1.º—Cap. 3.º—art. 16—pág. 150.)

Puesto que el autor no le da «gran valor» seguiremos su ejemplo, y sólo ponemos éste (como algun otro que pusimos en el capítulo II dedicado á la estrategia) para mostrar hasta donde puede llevar la manía de complicar las nociones más sencillas.

La voz *ofensiva* se usa como adjetivo y sustantivo. Como adjetivo, califica la guerra, la campaña, la accion. Pero, tomada en sustantivo, ya expresa «con más generalidad» iniciativa de movimiento, idea de agresion, de ataque: por eso se dice *tomar la ofensiva*, que es buscar al adversario para batirle, bien sea por creerse uno mismo *más fuerte* en número, en saber, en valor; bien por querer aprovechar una *ocasion* favorable.

Una guerra, un sistema *defensivo* puede tener incidentes, reacciones, momentos *ofensivos*, permaneciendo no obstante *á la defensiva*, no tomando por esto *la ofensiva*. Es evidente, repetimos, que toda *ofensiva* impone y desconcierta al enemigo; sin embargo, tan temeraria y descabellada puede ser que á veces le convendrá dejar que se hagan «profundas» ó extensas las *líneas estratégicas de operaciones* ó de invasion, como á los rusos en 1812 contra Napoleon I. Sin estas grandes escepciones, la *ofensiva* razonable, la *iniciativa* rápida y audaz es siempre recomendable y posible en *estrategia*. El que espera tiene que estar prevenido por todos lados: y esta situacion indecisa le debilita ó le aturde; porque ignora dónde va á recibir el golpe. Esta condicion cabalmente hace que la *ofensiva* no sea tan pro-

vechosa en *táctica*, ni tan recomendable siempre en el *combate*; pues descubierto al instante el movimiento *ofensivo*, pronto y fácil es el remedio, sabiendo *maniobrar* y siendo cauto en la prevencion y uso de las *reservas*. Conviene por lo tanto distinguir el *sistema ofensivo*, como medio, y como fin ú objeto: como accidente, y como fondo, carácter ó esencia de la *guerra*.

A veces, efectivamente, una *campaña* es *ofensiva* en medio de una *guerra defensiva*; sin que por ello cambie la índole, el carácter general de esta guerra.

Así tambien hay momentos y períodos puramente de *defensa* en una guerra, cuya índole por eso no deja de ser *ofensiva*.

Puede definirse como *ofensiva* la guerra que no podria parecer ventajosamente terminada miéntras que no se conserve todo ó parte del país ocupado á consecuencia de la *invasion* ó *agresion*, que es naturalmente la compañera natural é inmediata. Por último la definicion siguiente de un autor moderno es á nuestro juicio la más exacta:

«Se dice que la *guerra* es *ofensiva*, cuando estando bien asegurada la propia conservacion se maniobra con el objeto de destruir al enemigo; y *defensiva* cuando, estando en peligro la propia conservacion, se maniobra con el objeto de sostenerla, compensando las fuerzas hasta poder tomar la ofensiva.» (*Villamartin*.—Noc. de arte mil.—página 37.)

Estar á la defensiva se dice cuando se evita la presencia del enemigo por creerse más débil ó por querer sacar mayores ventajas, esperándole sobre un *teatro* ó *terreno* estudiado y preparado de antemano.

La *defensiva* en general tiene por objeto ganar tiempo, allegar recursos y refuerzos; hacer, como vulgarmente se dice, la bola de nieve; aprovechar coyunturas, evitando golpes contundentes y decisivos; concentrando sus fuerzas para acudir por los radios. La buena *defensiva* rechaza el sistema desparramado ó *de cordon*: al contrario procura que el agresor se extienda y disemine por que entónces el defensor *concentrado* es realmente *superior*.

En la *defensiva* juegan con provecho la *fortificacion*

natural y artificial: las *montañas*, las *posiciones*, las *plazas*, los *atrincheramientos*. Se acude á los *ardides* y *estratagemas*, y sobre todo á las *maniobras* calculadas para distraer, turbar y fatigar al enemigo. Pero bien entendido, que estas *maniobras defensivas*, por complicadas ó cautelosas, por grandes ó pequeñas que sean, siempre han de tener un *objeto* por decirlo así *ofensivo*, al cual se va con resolucion; pues, si bien se mira, más que de la *táctica*, depende quizá el éxito de la *habilidad* del que manda y del *valor* y *resistencia* de los que obedecen.

Respecto á la propiedad del lenguaje técnico, no puede haber sinonimia ni confusion entre las dos palabras *defensiva* y *defensa*, tomadas como sustantivos. Un ejército *está á la defensiva*, no está *á la defensa* (como no se quiera sobreentender «de un país»): un cuerpo, una division de ese ejército, como accidente en medio de una operacion ofensiva, *defiende* un puente, una posicion, una plaza. La diferencia es visible, por la diferente magnitud de los objetos: la *defensa* es un acto puramente concreto y material por medio de las armas y del *combate*; la *defensiva* es un estado teórico ó abstracto, nominal, distintivo. *Defensiva* no deberia usarse propiamente sinó en estrategia: *defensa*, en táctica. Se dice: *estar á la defensiva*; pero no *estar*, sinó *tomar la ofensiva*.

Contra algunos libros *de arte* que andan en manos de todos, conviene insistir en esto de la *defensa* y *defensiva*, para advertir lo que hay de falso y peligroso en deslumbrar, en cebar, si puede decirse, á la juventud con esas *ofensivas*, con esas *puntas* locas y arrebatadas en *estrategia*; con esas *cargas* y *ataques* descabellados en *táctica*, que la fortuna veleidosa, corona alguna vez, pero muchas castiga severamente.

¿Quién al estudiar la atrevida concentracion de Napoleon sobre Ulma no admira atónito la iniciativa, el poder de combinacion, el tino para detalles de aquella voluntad ofensiva? Pues, veámosle ocho años despues, defendiendo su trono, su patria, ante aquella *invasion* fria, convergente geométrica; saltando, como un leon en la jaula, contra aquel círculo de hierro. (V. pág. 50) que se estrechaba in-

falliblemente á cada etapa; y, agotado su talento ante aquella *ofensiva* brutal, abrumadora (y ántes por él tan encomiada) no encontrar en su desesperacion más recurso que pedir con grito de agonía más hombres á su patria exhausta, más carne para el cañon *ofensivo.*

Lo primero que se exige al tirador de esgrima en la sala de armas, la primera idea, innata en el hombre, de *conservacion* propia ¿se ha de olvidar cabalmente donde más se necesita, *en la guerra*?

¿Qué fundamento tiene—y más entre españoles—ese aforismo de que «el que se defiende está ya vencido á medias»?

¿Es bochornoso acaso defenderse, por ser *inferior* en número, en recursos? Creemos que pueden aceptarse sin rubor *defensivas* que producen resultados como los del Garellano, Pavía Mühlberg, Gemmin ghen y Bailen.

La *defensiva* con soldados españoles nada tiene de enervante y ocasionado, siempre que se les diga claramente que á la defensiva están. El atrevido resorte del célebre caudillo carlista en 1834 al enseñar adrede á sus bisoños batallones el imponente desfile de las columnas cristinas, prueba, como un hecho, que no es petulancia sostener que la *defensiva* es propia y característica de España. Porque en esta tierra no es la *defensiva* absoluta, amilanada, pasiva, cubridora, infecunda: es el cálculo sesudo del animo sereno, que juzga imposible «por entónces» y descabellado el ataque; pero que, juzgando al mismo tiempo «imposible» siempre la derrota total, no perdida nunca la causa que defiende, huye, cede, evita; mas como el antiguo Partho disparando al huir su temida flecha; como el peon de la edad media contra el armado caballero, buscando con la punta del chuzo el falso de la armadura; teniendo en fin la vista fija constantemente sobre el enemigo superior para aprovechar su ignorancia, su desvanecimiento ó su fatiga.

El historiador francés Roseeuw de Sainte Hilaire lo ha dicho en concisa frase:» L'Espagne, c'est le génie de la resistance.» Y *resistir* encamina á vencer. Para *atacar* se

necesita *valor*, no hay duda: para *resistir* se necesita algo más que valor, se necesita *fortaleza*.

Inculcaremos de paso lo desventajoso del sistema de abultar las glorias y callar los reveses; de engrandecer la *ofensiva* y achicar la *defensiva*; de hacer la apoteósis de la fuerza brutal que abruma y arrolla más que vence, y no enaltecer la fé, la constancia, el patriotismo, siquiera no los premie la fortuna; la confianza propia; el destello de dignidad varonil y de legítimo orgullo, que impulsa á aceptar un *duelo* con más probabilidades de morir que de vencer. Pero, dejando la parte moral, para dar militarmente á nuestro voto todo su peso, no leamos siempre en «catecismo extraño;» estudiémonos ántes á nosotros mismos; veamos bien el papel importante y malamente desdeñado que el terreno y la fortificacion hacen en la guerra, singularmente cuando ésta es *nacional*; ampliemos con perseverante prudencia y prevision nuestros recursos; ensanchemos sin miedo la *educacion militar*, y entónces veremos, con mucha más claridad que en la guerra de la Independencia, que en resúmen, *defensiva* se reduce á lo contrario de *ofensiva*; que una y otra son «accidentes» muchas veces alternativos y de ningun modo estados constitutivos, inalterables. Que el considerarlas aisladas, desunidas, independientes desquicia el *arte*; confunde sus principios, llevando por un lado la *ofensiva* por caminos de aventura quijotesca, y descarriándose por otro la *defensiva* acobardada, sin esperanza de *reaccion ofensiva*.

Apuntemos ejemplos. Ese mismo movimiento ofensivo y convergente de Napoleon sobre Ulma, que acabamos de mencionar con la admiracion con que siempre lo mencionará la historia, ¿hubiera sido tan completo, tan victorioso si el buen Mack hubiera tenido un poco más de seso ó de corazon? La batalla de Magenta; ¿fué realmente perdida ó simplemente «dejada» por los austriacos doctrinarios, porque teóricamente «debía» estar perdida?

No demos á las palabras más valor del que tienen; y así como los físicos dicen con razon que no hay frio sino «ausencia de calórico,» pudiera decirse que *defensiva* es «que no hay *ofensiva* razonable por el momento.»

Un cuerpo de tropas, sobre el que vienen otros tres enemigos iguales á él cada uno en fuerza, está «inicialmente» *á la defensiva*. Si la hace *pasiva* hasta el extremo; si permanece quieto, ofrece á las *tres líneas* un punto fijo de interseccion invariable, como rectas tiradas con la regla sobre el mapa: y positivamente aquel cuerpo está en la relacion de 1:3 que es la cuenta que se echaría Mack, y por la cual hay que rendirse; pero el cuerpo atacado se mueve: sólo con esto, falta, desaparece ya el *punto de encuentro* de las *tres líneas*, ó llámese *vértice objetivo*; y si por hábiles maniobras suyas, ó por torpezas y tropiezos de *combinacion*, los que atacan no llegan á juntarse, y léjos de eso se encuentran interpuesto al *defensor*, puede muy bien éste derrotar *uno á uno* á los *tres* que le acometen. La primera campaña de Bonaparte en Italia, de todos sabida, se fundó en este principio, trivial, como todos los de la guerra, cuando se vé escrito en el papel; pero de dificultad incalculable en el terreno. Su aplicacion afortunada valió al jóven general republicano su primera corona de laurel, que ya presagiaba convertirse en otra de oro, quizá ménos fulgente.

Recapitulando, y en vez de definir aisladamente la *defensiva*, dejemos sentado y repetido; que uno de los árduos problemas de la guerra, tanto en *operaciones* como en *batallas* y *combates*, es «pasar con tino y oportunidad de la defensiva á la ofensiva y recíprocamente.»

7. Llave.

Tanto en la *ofensiva* como en la *defensiva* general, tanto para el que ataca como para el que defiende en cada empresa particular, y lo mismo (guardada proporcion) en grandes *operaciones* que en pequeños *combates* hay siempre un punto importante, característico, *decisivo*, porque efectivamente decide la victoria su conquista, ocupacion ó posesion. En las definiciones de *estrategia* del capítulo II queda indicado lo que bajo este aspecto basta para el oficial de fila. En *táctica* y especialmente en el

combate ese punto singular y decisivo, que en rigor debería ser conocido, adivinado por el último subalterno, toma segun se dijo en la página 140 el nombre técnico, de *punto-llave* ó simplemente *llave.* (En algun libro mal traducido se dice *clave*, pero ésta es la de un arco ó la de un pliego en cifra.)

No es fácil definir bien lo que es *llave*, asi como tampoco lo suele ser encontrarla en una *posicion*, ó en un *campo de batalla*. Llave tienen, repetimos, la defensa y el ataque. En un atrincheramiento, en una posicion, el *punto-llàve* suele ser material y visible: es, en general, la parte más débil por naturaleza ó arte, y tambien la más vulnerable, desguarnecida ó descubierta. En campo abierto hay llave allí donde se note un gran error ó desacierto en la *disposicion ó colocacion* de las *tropas*. Desde el momento en que el agresor marca un punto de ataque con obstinado empeño, aquél es *llave* para el que se defiende: allí está el *nudo del combate*. Pero, como arriba se advirtió al hablar de la *defensiva* en *táctica*, muy cándido ó petulante será el agresor que desde luégo y gratuitamente revele su intencion ofensiva. Pronto acudirá al remedio el defensor. Por eso, aunque la *llave* esté visible, de relieve, que se coja con la mano, por decirlo así, un militar hábil y experto hace que no la ve ó que no la quiere; finge que tantea y reconoce; se va por otro lado; simula ataques falsos; aparenta calor en otro punto, y miéntras tanto arregla sus preparativos para el ataque real y verdadero, para producir en el momento crítico el *acontecimiento* que recomienda Napoleon (V. página 200.) Ciertas columnas que ostensiblemente se disponen á caer sobre tal punto, no sueñan en eso: esperan la señal de estar dispuestas otras tropas, cubiertas por el terreno ó por guerrillas. Dada aquella, giran de pronto y concurren velozmente á romper juntas por el *punto-llave*. Mas, como esta *acumulacion de fuerza*, por rápida que sea, tiene que enflaquecer el resto de la *línea*, la habilidad suprema está en contener al enemigo con el mínimo de fuerza en los puntos que no importan, y sobre los que él llevó el máximo de la suya. Se sobreentiende que al decir «se acumulan tropas» sobre el punto-llave, no es amon-

tonarlas para que se estorben y quizá se anulen. Pocas no bastan: muchas embarazan; ahí está, pues, la *destreza táctica*, lo que se llama *manejar las tropas*, que es conocerlas, comprender su *accion* combinada, y tambien, si el caso apura ó no van de buena gana, *saber llevarlas*, esto es, saber ponerse á la cabeza, empujar y romper á todo trance con obstinacion, con terquedad. En la *guerra* y mucho más en el *combate*, tan malo es darse demasiado pronto por vencedor, como por vencido. Este es el motivo de recomendarse aquí con tanta insistencia el órden escalonado, reiterativo, repetidor. Es dicho vulgar y muy exacto, que «vence quien guarda la última reserva.»

8. Retirada y persecucion.

Suponiendo ya decidida la suerte de las armas y llegado el desenlace, uno de los combatientes inicia la *retirada*, y correlativamente el otro la *persecucion*. Contentarse con vivaquear en el *campo de batalla*, es victoria estéril. Poco puede añadirse sobre estas dos importantes y opuestas maniobras á lo explicado en el capítulo IV páginas 102-107. En la *disposicion preparatoria* debe estar prevenido, como ya se advirtió, este desdichado y peligroso trance. Es regla general no empeñarse en evoluciones inoportunas, en rehacer siquiera bajo el fuego del enemigo tropas rotas y desordenadas: vale más dejar que ellas se sustraigan presurosas, y salven pronto el espacio preciso para ponerse en salvo. El jefe que, marchando á su cabeza al avanzar, queda á retaguardia al retroceder, debe seguir el movimiento; dejar pasar los primeros instantes del terror; aprovechar el pliegue ó accidente del terreno que á su paso encuentre; y mostrar, segun convenga reprenderlas, castigarlas ó animarlas, esa energía que se trasmite hasta el más débil, esa voluntad que logra imponerse á despecho de todas las contrariedades. Si al entrar en combate es recomendable la sobriedad de palabras, más convendrá todavía en un movimiento retrógrado y forzosamente desordenado y descompuesto. A veces un agudo epigrama, una expresion enérgica, un simple recuerdo, una furiosa

interjeccion, logran detener, rehacer, *volver al combate* tropas fugitivas y sordas en apariencia á la imperiosa voz del honor y del deber. La historia conserva dichos breves y oportunos de maravilloso efecto. Por ejemplo: el del general inglés, que al ver venir despavorido al comandante de su caballería atropellada, le sale al encuentro diciéndole con exquisita cortesía: «Milord, vais equivocado, el enemigo está allí;» ó el de Federico de Prusia, que viendo á sus escuadrones reácios en emprender por cuarta vez una carga sangrienta, que en las tres arremetidas anteriores los habia dejado en cuadro, se arroja al frente y con airada voz les grita «¿Qué es esto? ¡pensais vivir eternamente!»

La historia tambien nos dice que con tropas españolas es más fácil y frecuente de lo que parece, esto de recobrar una *ofensiva* repentina y vigorosa en medio de un retroceso precipitado.

Poniéndonos ahora de parte del que *persigue* del que «ejecuta la victoria» lo que debe aconsejarse es refrenar el ímpetu y la impaciencia. Si la *retirada* exige calma en lo posible y sangre fria, tambien son necesarias y provechosas en la *persecucion*. Desde luégo la tropa de infantería ó caballería que *ha decidido la accion* con su ataque ó carga victoriosa, no debe ir más allá: léjos de esparcirse y diseminarse, debe rehacer en el acto su formacion, descansar, y dejar la persecucion á la *reserva* (V. pág. 57) á un *destacamento especial* más fresco, y en que predomine la caballería para anticiparse velozmente por el *flanco* y *cortar la retirada*. Aunque ciertos preceptos rara vez se cumplan en la práctica, no por eso deben omitirse, cuando el provecho es manifiesto. En el *perseguir* puede pecarse por «defecto» y por «exceso.» Miéntras algo resista y quede en pié, no conviene entusiasmarse, ni entretenerse en hacer prisioneros, ni botin: lo que importa es desbaratar, cortar, dislocar; si esto se consigue, todo lo cogerán las reservas ó tropas que vengan detrás. Hasta en la *persecucion* misma, operacion ó maniobra que al parecer ménos tacto y cautela requiere, el *arte* recomienda y prescribe pulso, método, saber. La artillería, á la cual fia su salvacion el que

se retira, debe ser lo que codicie con más ahinco el perseguidor.

. . . .

Mucho más pudiera extenderse este interesante artículo de retiradas, que viene á cerrar el capítulo ya largo de combates; pero lo vedan el tamaño y objeto de la obra, y su misma contextura, que obliga á distribuir esta materia tanto en el capítulo II, página 54 de la Reserva, como en el capítulo IV, página 102 de la Retaguardia.

CAPITULO IX.

DESTACAMENTOS.

La voz *destacamento* se aplica en general á toda *tropa*, más ó ménos numerosa, segregada por poco tiempo de su masa, unidad ó núcleo *táctico* y *orgánico* para un fin «cualquiera del servicio.» Tan lato es efectivamente el sentido, que un batallon en guarnicion *destaca* una compañía; y en *táctica superior*, una division *destaca* un regimiento; como en *estrategia* un ejército *destaca* una brigada ó una division entera para hacer una punta, una diversion, un falso ataque, un movimiento envolvente ó simulado. Estos *grandes destacamentos* suelen traer más inconvenientes que ventajas. Debilitan el ejército y pueden quedar á su vez envueltos y cortados; por lo que es preciso pesar con madurez si valdrá más moverse con todas las fuerzas reunidas, que exponerse á perder una parte de ellas, ó estar privado de las mismas por más tiempo del calculado, si el enemigo las ataca y las aleja. Conocida es la máxima de Napoleon I: «no hagais destacamentos en vísperas de una batalla.» De todos modos, estas *grandes operaciones* siempre están á cargo de un oficial general; y aquí sólo se trata de esas otras más pequeñas y frecuentes, encomendadas á un oficial particular y que no salen de la esfera de la *táctica superior*.

El objeto y destino de un *destacamento* pueden tener suma variedad. Por ejemplo: atacar ó escoltar *convoyes*, ya de víveres ó municiones, ya de heridos ó prisioneros que embarazan; armar ó ahuyentar *emboscadas* y *lazos*; hacer *reconocimientos* y observar en general; *sorprender* un pequeño cuerpo de tropas ó un *puesto* del enemigo; hacer lo que se llama una *demostracion*, ó tentar un ataque falso; asegurar un *paso* preciso para el ejército propio; atacar, guardar ó defender *puestos atrincherados*; talar una comarca hostil ó desafecta; imponer y cobrar *contribuciones de guerra*; cubrir un gran *forraje*; formar, establecer y cubrir grandes *almacenes* y depósitos; *perseguir* al enemigo derrotado; proteger, ó cubrir, ó asegurar la *retirada* propia, como division especial *de retaguardia*. Todos estos destinos y encargos, al fin, son determinados y concretos; pero en la guerra de nuestros dias, en que los grandes ejércitos, para vivir y moverse con más soltura, tienen que fraccionarse en grandes *cuerpos* y *columnas*, el papel de los *destacamentos* es todavía más importante, más vário, más indeterminado, ménos sujeto á reglas, cuando tienen que mantener, como los anillos de una cadena, constante enlace y contacto entre esos trozos de un ejército; y como éste, por su misma masa, no puede entrar en ciertas operaciones de guerra, que, por lo relativamente pequeñas, se ha convenido en llamar *secundarias*, á los *destacamentos* se da el encargo vago, y por lo tanto espinoso, de hostigar, inquietar, aburrir y lastimar por todos los medios posibles al enemigo. Los grandes ejércitos modernos quieren—y es justo—producir efectos proporcionales á su enorme *masa* y á su creciente *movilidad*: se reservan, pues, con cierta majestad que siempre impone alguna lentitud ceremoniosa, venir á terrible y decisiva *batalla*, en que se juega de un envite la existencia misma, no sólo del ejército, sinó del país que defiende. Son por consiguiente inevitables los *destacamentos* para esas pequeñas empresas y servicios que se dejan enumerados, las cuales unas veces sirven, si pudiera decirse, de prólogo y otras de entreacto, al «apasionado drama» como Jomini llama á la guerra.

Un *destacamento* se compone de tropas de un arma sola;

generalmente de dos, y algunas veces de las tres; de las cuatro, si se agregan ingenieros. Puede ser por consiguiente, una *division* en miniatura. A dos ó tres batallones siempre se suele dar caballería ligera y un par de piezas. El mando se encarga á un oficial inteligente, activo, experto, conocedor del enemigo y del terreno, de esos que francamente muestran la «honrada ambicion» que la Ordenanza recomienda, de merecer y distinguirse. Muchos generales célebres han dado á conocer su nombre oscuro todavía, y se han abierto el camino del ascenso y de la gloria por su habilidad en el mándo de *pequeños destacamentos*. Aunque estos cuerpos sueltos obren siempre en la esfera de accion del principal, pues por eso se llaman *destacados* y no *separados*; aunque giren ligados, por decirlo así, á puntos fijos, siempre queda ancho campo al jefe que los manda y á la tropa que los compone, para lucir ingenio, valor, sagacidad y resistencia.—Una *composicion* adecuada al *objeto* es indispensable.

En el siglo pasado, en que tan diferentes eran la organizacion de un ejército, y el modo de manejarlo, y de «hacer la guerra,» habia la perniciosa costumbre, hoy abolida, de entresacar para un *destacamento* hombres sueltos de muchas compañías; con lo que se hacia difícil, sinó imposible, mantener la estricta *disciplina* que estas operaciones requieren, por lo mismo que son tan ocasionadas á relajarla. Sólo, pues, en raros casos dejarán de ir compañías, escuadrones, *unidades* completas y mandadas por sus jefes naturales. Un comandante de batallon, por ejemplo, marcha, no sólo con la mitad del suyo, sinó con «fuerza menor» si tal se dispone por conveniencia del servicio. Cuando ciertas compañías ó fracciones están empleadas en otro, se las releva porque se considera preferente el *de destacamento*.

Tambien ántes la artillería, que muchas veces «servia de estorbo» se manejaba con excesivo pulso y parsimonia. Era «contra fórmula» darla á un *pequeño destacamento*, por que «la podia perder:» en el dia, que no importa tanto perder una ó muchas piezas, si con anticipacion ó posterioridad se «cobra gloriosamente su precio,» muchas veces

la necesita un destacamento para allanar un obstáculo, para atacar ó defender un *puesto*, un *paso*. A veces un batallon entero no hace el efecto de un buen metrallazo, seguido de la carga de unos cuantos húsares audaces. *Pasos* que no pueden abrir cientos de fusiles, pronto los deja expedito un cañon; y moralmente la concurrencia de esta arma no solo da seguridad y decoro, imponiendo cierto respeto al enemigo y al país en que se opera, sinó que vigoriza al mismo destacamento en sus condiciones ofensivas y defensivas, dándole conjunto, firmeza y solidez. Convendrá, pues, en muchos casos la artillería, ligera en el sentido que aquí se dá á la palabra, es decir, desnuda y desprovista de toda preocupacion y formalidad, de toda traba y embarazo, con excelente material, cumplidos atalajes, duro ganado, sirvientes listos, y un oficial ligero tambien, esto es activo, perseverante, audaz con prudencia unas veces, con temeridad las más. La «guerra en grande» de nuestros dias proscribe con razon la mezcla ó amalgama de las tres armas, como se entendia en tiempos de Aléjandro Farnesio, Gustavo Adolfo y Turena; pero la guerra de destacamento «la guerra en pequeño» (como se debe traducir *petite guerre, Kleine Krieg*) prescribe, al contrario, mezcla y fusion; no sólo para mayor efecto material y táctico sino para suavizar el excesivo ó quisquilloso espíritu de cuerpo; para estrechar el compañerismo; para dar al oficial y al soldado ejemplo práctico y escuela, donde ver lo correlativos y solidarios que son, y deben ser, los distintos elementos del ejército.

Arreglada en el E. M. la *composicion* de un *destacamento*, en la que lógicamente debe intervenir el oficial que lo ha de mandar, éste recuerda las instrucciones generales de la Ordenanza y recibe las «especiales» de su cometido.

En pro del servicio, de la reputacion de las armas y de la suya propia, que vá á comprometer, el oficial *comandante de un destacamento* procurará, dentro por supuesto de las fórmulas respetuosas, que estas instrucciones, escritas siempre que se pueda, sean claras, explícitas, concretas. Ellas han de ser base y luz de sus disposiciones; ellas tambien, á su vuelta, servirán de comprobacion y

testimonio de su conducta. En esta materia, algo escabrosa, de instrucciones, surgen á menudo compromisos, que ningun reglamento puede prevenir ni resolver; y que únicamente evita y esclarece el buen sentido y el recíproco deseo del mejor acierto. Un *comandante de destacamento* seguro de sí mismo, y de sus recursos personales, con hábitos de iniciativa y de mando, curtido á las vicisitudes de la guerra, dirá para sí que le «atan las manos» ciertas instrucciones menudas y prolijas, que otro oficial, más corto, más tímido, más bisoño encontrará todavía insuficientes, abstractas ó incompletas. La manera de dar ó redactar «instrucciones especiales» no es la menor, entre las dotes militares de un general, y entre las facultativas que señalan al buen oficial de E. M. La regla general, pero de pura apreciacion, es distinguir bien lo esencial de lo accesorio. En un *convoy*, por ejemplo, dicho se está que lo importante es llevarlo con felicidad á donde se designe; pero en la *defensa* de un *puesto* ó pueblo atrincherado, importa saber si se ha de defender á todo coste, ó por un número fijo y determinado de horas; si se ha de evacuar, si se ha de incendiar. Cuando se va á impedir el *paso de un rio*, y al llegar el *destacamento* se encuentra con que el enemigo lo pasó ya, es preciso que sepa si ha de retroceder, ó entablar *maniobras* para esperar, ó correrse por un flanco, etc., etc. Aun en el caso más vago y arbitrario de *correr* y *talar* un territorio, de exigir *contribuciones* ó *requisiciones*, es forzoso fijar, en cuanto sea dable, los límites, entre los que pueda desenvolverse la responsabilidad, la actividad y el celo de un *jefe de destacamento*. Por más que en estos casos reciba «carta blanca,» él obrará con prudencia haciéndose las suposiciones ó hipótesis, que su criterio le sugiera para evitar en lo posible compromisos por exceso ó por defecto.

Por lo demas, pretender instrucciones para el modo general de obrar y «manejarse» técnica ó tácticamente, en *atrincheramientos*, *marchas* ó *combates*, acreditará en el oficial poco estudio preventivo, escasa expedicion y soltura, no mucho empeño de señalarse y ascender. En lo que sí es lícita alguna exigencia es en datos y noticias perti-

nentes ó indispensables para su encargo. Buenos mapas, itinerarios, y datos estadísticos; fieles confidentes, guias seguros; metálico, raciones nunca deben escasear para un comandante de destacamento. Pero él, á su vez, procurará llevar muy poca ó ninguna *impedimenta*: tanto que muchas veces le será permitido dejar las mochilas. Fuera de las pocas raciones y municiones y de los útiles de ingenieros que pueda necesitar; su pequeña *columna*, que no irá regularmente por llanuras, sino por vericuetos, ha de ser literalmente *volante*, *ligera* y nada puede admitir que le dé peso ó cuidado, ni le quite agilidad y vigor.

El *comandante de un destacamento* debe evitar dos extremos: ni creer con presuncion ó fatuidad que su encargo es fácil, pues el enemigo se cuidará de probarle cruelmente lo contrario; ni dar tampoco á su empresa proporciones gigantescas y decisivas, ó si quiere decirse, *estratégicas*. Sentado queda que la esencia y propiedad característica de un *destacamento* es no rebasar el círculo limitado y modesto, pero fecundo y práctico de la *táctica superior*: dentro de él le sobran medios y ocasiones para acreditar celo y aptitud. No piense, pues, en combates decisivos, ni en maniobras complicadas, ni en «grandes combinaciones,» ni áun en la ofensiva tan brillante y seductora. El oficial cuerdo bien comprende lo que se puede hacer con un par de batallones y unos cuantos caballos, los cuales más que para cargar á fondo, se le dan para el servicio de observacion y avanzado, de *patrullas* y *descubiertas*. Su *teatro de guerra* compensa lo poco que tendrá de extenso, con lo que le sobrará de fragoso y desconocido; en él puede que se encuentre atónito con que no le sirven, ó son falsos, muchos preceptos que haya leido en los libros sobre la *táctica* y la *geografía física*. Su inferioridad numérica, la sujecion á ciertos puntos le impone el deber constante de suplir la fuerza material con la movilidad, con la astucia y la estratagema. La mayoría de sus *combates* que en rigor serán *choques*, donde jugarán las guerrillas mucho más que la bayoneta, no tendrán por resultado probable vencer, sino retirarse ó ser socorrido. Toda su *ofensiva* se reducirá probablemente á *emboscadas* y *sorpre-*

sas; y áun en la *defensiva*, excepto raros casos, sus mismas instrucciones le prevendrán quizá que, en vez de una defensa numantina, procure conciliar dos extremos no muy fáciles: sostenerse todo lo posible y salvar su tropa. No siempre la *defensa de un puesto*, para ser buena y honrosa, bajo el doble punto de vista del arte y del valor, exige que su guarnicion quede enterrada en los escombros. (Véase el art. 20—tit. 17—trat. 2.º de la Ordenanza.)

Mirando así las cosas con detenimiento y entusiasmo, que no están reñidos; el *jefe de destacamento* evitará muchos escollos; y entre ellos el muy frecuente de señorear más terreno del que humanamente puede; de estirar excesivamente su tropa; de querer cubrir todo y «estar en todas partes» con lo que regularmente se logra no cubrir nada, ni mantenerse con fuerza en ninguna. Este sistema, llamado antiguamente *de cordon*, está proscrito, no por la *táctica*, sinó por el sentido comun. Fuera de que el *cordon*, como su nombre lo indica, pronto se rompe y en ninguna parte ofrece resistencia; tiene el inconveniente *moral* de debilitar, acobardar y desmoralizar la tropa, acostumbrándola á huir y llevar siempre la peor parte. El primer cuidado en un destacamento es conservar cabalmente la *disciplina* y sobre todo la *moral ó espíritu del soldado*. Claro es que la disposicion *en cordon* ó diseminada será sin embargo indispensable en algunos casos, con poca fuerza y en *guerra de montaña*, como en las líneas célebres del general Córdoba en la guerra Civil, ó en la de la Independencia, cuando tenian los franceses que mantener expeditas sus *comunicaciones*, ó sujeto y refrenado un territorio dispuesto siempre á devorarlos.

Se debe meditar profundamente sobre las muchas analogías y semejanzas, pero tambien sobre las enormes diferencias y distinciones que el *arte* y la razon establecen entre el mando de una gran *masa divisionaria* y el manejo de un *pequeño destacamento*. Todo en este último es relativamente tan microscópico, que hasta ciertas ideas se invierten ó modifican. Un *gran cuerpo* muchas veces se ve forzado á presentar ó aceptar batalla á su pesar: el *destacamento*, que ordinariamente se destina á observar, elude todo empeño

premeditado, en que el enemigo es más fuerte. Sólo cuando ve la suya, la aprovecha. En la *batalla* con *grandes masas* se tiende á disolver, á destruir, á exterminar: un *destacamento* en el *choque*, bastante hará, trabajando bien, con reducir, con debilitar y repeler la fuerza enemiga. La *retirada,* que desmoraliza un *gran cuerpo* y tantas veces se convierte en desastre, es en el *destacamento* maniobra frecuente y consuetudinaria, que ni trae deshonra, ni descomposicion, ni gran perjuicio. La *emboscada* que está vedada á las *grandes masas* por su mismo volúmen, es, como hoy se dice, la «especialidad» de los *destacamentos.* Un *cuerpo de ejército*, sólo para racionarse, tiene que pensarlo mucho ántes de moverse: un *destacamento*, vive, come, marcha, serpentea y se desliza por todas partes.

Queda, pues, demostrado que el comandante de un destacamento, si bien tácticamente debe mirarlo, segun queda dicho, como una *pequeña* brigada ó division, evita desde luego el lujo ordinario de preparativos y disposiciones; se arregla sin estrépito; se concentra en sí mismo y explora si su espíritu es capaz de responsabilidad, fecundo en recursos y expedito en soluciones; calla su encargo; revista y raciona la gente; no abruma con exigencias; se contenta con lo que le dan, y apresura el momento de marchar á la cabeza de su tropa. Con la corneta le basta para mover su reducido ejército.

En tiempos no muy lejanos la defectuosa organizacion de campaña hacia muchas veces estériles los destacamentos, ya por lo mal definido de las categorías entre los oficiales, ya por las rencillas y discordias que nacian de los inconsiderados privilegios y exenciones concedidos á ciertas tropas. Hoy puede decirse que el mal se ha desarraigado. La gerarquía está visiblemente escalonada. Si el *objeto* del *destacamento* es puramente *facultativo* ó *técnico*, el mando se da por lo regular á un oficial del cuerpo á que el *servicio* corresponda: si *grandes reconocimientos*, al de E. M.; si *atrincheramientos* al de ingenieros. En caso de juntarse dos con la misma graduacion, la antigüedad precede segun las disposiciones y reglamentos vigentes. En atencion á que pueden ir oficiales de alta graduacion,

que no se conozcan entre sí por su distinta procedencia, es prudente al nombrar el *comandante* indicar tambien, para evitar cuestiones, quien le ha de suceder en caso de accidente.

Si en un destacamento compuesto de fracciones de varios cuerpos, una de ellas viene á quedarse sin su jefe natural, el mando puede encargarse á un oficial de otro regimiento, pero regularmente de la misma brigada.

En caso de encontrarse y juntarse dos ó más destacamentos en «lugar abierto,» donde no hubiese tropas establecidas, el mando se arregla (miéntras dura la reunion) como si no formasen más que uno sólo; pero con la condicion expresa de no impedir el comandante *accidental* á los otros que sigan su servicio y cumplan sus respectivas órdenes.

Si el destacamento entra en un «*puesto* ocupado y guarnecido» por otras tropas, el *comandante* de aquél queda durante su permanencia, y bajo el punto de vista disciplinario y de autoridad local, á las órdenes del que *mande el puesto*, aunque sea de inferior graduacion; pero tambien sobreentendiéndose que en ningun caso ni bajo pretexto alguno, puede este último retener el todo, ni parte del destacamento, cuando salga del *puesto*.

Por regla general, siendo el *mando de un destacamento* esencialmente supremo é independiente, el jefe tiene todas las atribuciones y responsabilidades de *jefe de cuerpo*, en disciplina, policía y servicio. Al volver, el es quien dá cuenta al brigadier ó general que le haya destacado. (Artículo 57. tit. 17 tratado 2.)

En el *servicio de destacamento* es donde debe reinar verdadero compañerismo entre las diversas armas é institutos. No hay tiempo de sobra para perderlo en disputas de precedencia, eterno é insustancial alimento, en guarnicion, de espíritus superficiales. Cada uno pone de su parte cuanto puede. Tan censurable es en el oficial de ingenieros reventar la infantería en trabajo de fortificacion ó de gastador, como en el jefe de aquella negar al otro su fuerza con sutilezas, ó corregirle la plana, ó desanimar al soldado con su ejemplo y con sus dichos. El Oficial de

mar una senda de cabras casi paralela; otras, para desorientar, emprenderá la jornada con rumbo diametralmente opuesto y, desandando luego á paso largo, aparecerá en otro punto inmediato al de partida. Un trozo de camino lo podrá andar en carros; otro, tendrá que montar los infantes cansados; en el dia se usará el ferro-carril entre dos estaciones que convengan. Sobre este punto de *marchas* advertido queda en el capítulo IV que casi es excusada toda explicacion para tropas españolas. Desde el tiempo de los cartagineses y romanos, que es el primero militarmente conocido en el país, nadie ha disputado al español la preferencia en marchar bien y mucho: más quizá debe recomendarse no hacer «esfuerzo extraordinario» sinó cuando una evidente necesidad lo imponga.

Por lo demás, ciertas reglas en *marcha* y *combate* fuera de las que abrazan los capítulos IV y VIII de puro sabidas son triviales. Ni extenderse con extremo, ni hacerse, como vulgarmente se dice, un ovillo. La tropa, la caballería especialmente, siempre en la mano. No establecer hipótesis sobre faltas «presumibles» del enemigo: si las comete, se le «castiga en el acto,» aprovechándolas. Si en terreno montañoso y quebrado la infantería va en guerrilla y la caballería en reserva, en llano al revés. Si hay que cruzar una gran extension perfectamente despejada, y recorrida á menudo por buena caballería enemiga, no será razonable fiarse en la propia muy inferior, y que no logrará más que comprometer la infantería. Vale más aguardar cautamente la noche y salvar de un tiron el llano peligroso. Nada de «grandes combinaciones,» ni de inútiles terquedades. A un cuerpo de ejército le podrán acaso importar las *grandes posiciones*: á un destacamento las pequeñas, los *puestos*; por eso acude más frecuentemente á los inagotables recursos de la *fortificacion de campaña*. En la generalidad de sus *choques ó encuentros* inevitables, el destacamento no tiene más remedio que bastarse á sí mismo; no siempre habrá cerca sostenes, ni refuerzos. La *retirada* debe en todos los casos iniciarse á tiempo; en ella servirán de mucho sus caballos ligeros, sus dos ó tres piezas de artillería. La noche, el desfiladero son los puertos de salvacion. La

conocida disposicion en abanico ó semicírculo favorece la desaparicion oportuna del centro ó de las alas; y, una vez dentro, la artillería usa, si puede, la metralla en el fondo de la cañada; todos los demás cortan puentecillos, ruedan peñascos, dejan atravesados los carros sin ruedas.... El enemigo echará sus cuentas, y probablemente no tendrá el capricho de perder tiempo y gente. En campo abierto, ántes que rendirse, un destacamento se abre paso á la desesperada. La caballería se arroja y en general rompe: la infantería es quien la paga; pero es acto recomendable de compañerismo en la caballería, no salvarse hasta tentar el último esfuerzo para desenredar en lo posible á su infantería.

En resúmen: el *comandante de un destacamento* debe estudiar y usar aprovechadamente el *terreno*; apoyar sus alas, no dejar obstáculos al frente; no dejarse enfilar; utilizar las cejas y accidentes, para ocultar su inferioridad numérica; no estirar, ni diseminar, ni apelotonar su tropa; guardar siempre sostenes y reservas; mantener conexion y enlace; no dejar sin proteccion, ni enfilada su artillería, escoltándola siempre; no situar la caballería detras de un obstáculo, que le embarace salir de pronto; practicar rigorosamente el *servicio avanzado*, sin rutina; reconocer y observar sin dejarse atrás encrucijadas, puentes, desfiladeros.

En manuales como el presente, que tienen por condicion primera abrazar mucho en poco espacio, y tratar todo por consiguiente de una manera sucinta y compendiosa; si bien son admisibles algunas repeticiones, á fin de inculcar más la doctrina, deben evitarse duplicaciones inútiles y pormenores muy desleidos.—*Conducir un destacamento* algo crecido, es, para el oficial *particular* (pero de la clase ya de jefe como es frecuente) una *operacion secundaria* que requiere el conocimiento de lo que hoy decimos *arte de la guerra en pequeño*. A él justamente se dedican todas las páginas de este libro; y en ellas se encontrarán esparcidas (recorriendo el índice por capítulos y el alfabético) las reglas, datos ó reflexiones que en cada caso convengan. Desde luégo, si el *destacamento* es de tan corta fuerza que de-

genera en *partida suelta* el capítulo VII hace ver la diferencia en el servicio. ¿Hay que *cubrir* ó *pasar* un *rio*? del capítulo X se extraerá lo conveniente. ¿Hay que *atrincherarse*? el capítulo XV es de consulta. ¿Es el objeto *convoy* ó *forraje*? Los capítulos XII y XIV hablan de ello. Por último si vá á *reconocimiento* en el XVI se apuntan las breves nociones compatibles con el objeto de esta obra, y destinadas nada más á llamar la atencion del oficial de las armas generales sobre este importante ramo del *servicio de campaña*. En todos se evita siempre adrede, para dejarles cierta elasticidad, fijar fuerza numérica, ni ejemplos ó casos muy concretos, que con la pretension de muy «prácticos» no dejan holgura ni camino al raciocinio individual. La taréa sería interminable si hubiera de satisfacerse á las innumerables combinaciones que hacerse pueden con la *fuerza*, el *terreno* y las *circunstancias* de todo género. Fijados los límites extremos, no es cosa de hacer capítulo separado para cuando el *destacamento* es de ocho compañías, ó de quince ó de veinte.

Mas, como en ninguna otra parte mejor que aquí puede especificarse, no será inoportuno cerrar estas advertencias generales con las siguientes.

La moderna organizacion de la *administracion militar* hace que hoy sea ménos frecuente enviar *destacamentos* con el objeto exclusivo de «exigir contribuciones ó hacer lo que técnicamente llaman algunos *forraje en seco* (V. capítulo XIV) esto es, reunir, por medio de *requisicion*, víveres ó forrages en comarcas amigas ó enemigas, separadas del ejército. Este encargo ofrece ocasion al oficial de mostrar más bien que cualidades tácticas, cierto tino en el mando que, sin excluir la energía, la temple con la equidad, el buen modo y una severa integridad. No será dable evitar comunicaciones duras, ejecuciones violentas, rehenes, multas y otras medidas coercitivas, para activar el cobro, y el cumplimiento de su encargo; pero miéntras el país no manifieste su descontento per medio de una fermentacion amenazante y con hechos criminales que comprometan «la seguridad de las tropas,» éstas, que siempre deven observar estricta disciplina, no se permitirán excesos produ-

cidos por impaciencia, ni mucho ménos represalias que no se hayan ordenado por el jefe «único y responsable.» Esta comision, en pais amigo, casi es más difícil y escabrosa que en el enemigo: en éste, al fin, no hay que contemporizar, ni respetar otros fueros que los generales de la humanidad y de la guerra. Mas, como el enemigo no dejará probablemente que la *requisicion* en su propio territorio se haga con perfecta tranquilidad y sosiego, lo que importa, (como en el caso más breve de un *forraje*) es «despachar pronto» para no verse enredado entre detalles administrativos y embarazosos convoyes, cuando haya que maniobrar. De todos modos el perfecto conocimiento del país; la severa disciplina; el buen modo, en lo posible; el órden y método; las noticias seguras sobre el enemigo; la exactitud minuciosa en el servicio avanzado, son elementos heterogéneos que deben combinarse para obrar con garantías de acierto. La operacion—á ménos de llevar el *destacamento* gran fuerza, en cuyo caso excederá su mando del de un oficial particular—rara vez podrá ser simultánea y habrá que ir de pueblo en pueblo. Una gran parte del mecanismo incumbe á las clases de cabos y sargentos, para la reparticion de papeletas, apremios y recorrer pronto con pequeñas partidas caserías que suelen estar diseminadas y distantes. El *comandante*, que habrá sondeado el espíritu del país, nunca olvidará las precauciones reglamentarias de seguridad llevándolas (aunque aquel no fuese abiertamente hostil) al extremo de poder hacer uso de la fuerza en cualquier instante. El *honor de las armas* ante todo. El sólo intimida y produce un respeto saludable, que facilita y abrevia esta clase de enojosas operaciones. Cuando entra la conviccion de que no hay medio sinó ceder, pronto se rinde el paisanaje, sin apelar á morosidades, intentonas, ni dilaciones inútiles.

Así pues, el *comandante* mostrará su fuerza con cierto aparato algun tanto imponente, y si se quiere teatral, para que entre bien por los ojos la posibilidad de hacer efectivas esas atroces, pero indispensables amenazas de incendiar y fusilar, si no viene lo pedido en el plazo fijado. La tropa estará convenientemente dispuesta y escalonada

para poner cuanto ántes en cobro y perfecta seguridad las remesas parciales; evitando la aglomeracion embarazosa y la conduccion difícil de grandes convoyes y rebaños. El *comandante* cuidará de cubrir su responsabilidad personal recogiendo los recibos, y certificaciones, y *contentas* de quien corresponda para entregarlos á su vuelta con la memoria y estados en que resumirá el resultado de su comision. Las de esta especie, por salir de la esfera puramente *táctica*, suelen compensar lo que tienen de espinoso con el mayor crédito que dan al oficial, como hombre de expedicion, de integridad y de energía.



CAPITULO X.

MANIOBRAS SOBRE RIOS.

1. Ofensiva y defensiva en general.—2. Defensiva.—Guarda de un rio. —3. Defensa de un puente.—4. Paso de rio á viva fuerza.—5. Puentes del momento.—6. Precauciones para el paso de un puente.—7. Paso por vados, en barcas, á nado, sobre el hielo.

—

1. Ofensiva y defensiva en general.

No entran en el plan de esta obra, ni en la reducida dimension de este capítulo las *grandes operaciones estratégicas* sobre un rio. Sólo se tocan, por inevitables, ciertos principios generales, abrazando luego con más detencion muchos pormenores, que ya conciernen directamente al oficial, cuando está encargado, con un *destacamento* más ó ménos fuerte, y de *flanco* ó de *vanguardia*, bien de *guardar* un rio; bien, por la inversa, de *pasarlo*, ó de *preparar* oportunamente *el paso* de un gran cuerpo que maniobre detrás; bien de *cubrir una retirada*, como destacamento especial de extrema *retaguardia*.—Se advierte que para dejar aquí más rápida y desembarazada la explicacion, evitando en lo posible las repeticiones, se han agrupado en el cap. XVI como lugar más propio los incidentes relativos á *geografía física* y *topografía* que siempre envuelve el *reconocimiento de un rio*, preliminar indispensable de toda *maniobra* sobre él con cualquier objeto.

Un rio, en general, entra en la guerra como elemento ó medio *defensivo*. Si es ancho, rápido y profundo, retarda y entorpece la *ofensiva* del contrario; cubre el frente, apoya un flanco de un ejército y le sirve á la vez de *línea de defensa* y *de comunicacion*.

Pero nunca debe considerarse un rio como obstáculo absoluto, infranqueable. Napoleon I asienta esta máxima: «Las fronteras de los estados son grandes rios ó cordilleras, ó desiertos. De todos estos obstáculos, que se oponen á la marcha de un ejército, el más difícil de salvar es el desierto; vienen luego las montañas, y los rios, por anchos que sean, no ocupan sinó el tercer lugar.»

La *maniobra*, es decir, la defensa ó el ataque sobre un rio puede ser general ó parcial, segun se refiera respectivamente á un largo trozo de su curso ó á una localidad muy circunscrita.

En este último caso, algunas condiciones *topográficas* son comunes y provechosas á entrambos. Por ejemplo: que la direccion de la corriente tome en grande una figura curva ó semicircular cuya convexidad esté vuelta hácia el enemigo, tal como se indica en la figura 4 lámina I. Entónces, un cuerpo de tropas *A*, que intente atacar ó defender, puede tomar una posicion intermedia, próximamente hácia el centro del arco ó gran semicírculo que describe el rio, á media ó quizá una jornada, segun la importancia de este obstáculo cubridor. Esta situacion central bien se vé que es conveniente y amenazadora contra todos los puntos del semicírculo; lo mismo para el agresor que para el defensor, para el que quiera echar un puente que para el que trata de impedirlo. Pero, llegado ya el momento de construir este puente, de *pasar el rio*, y de jugar por consiguiente las armas *en combate* sobre su misma orilla, entónces ya, en aquel reducido trozo en que tenga lugar la disputa ó el combate, es evidente que la ventaja estará de parte del que pueda acumular y cruzar más fuegos sobre la orilla opuesta, y sobre el punto ya fijo y determinado de *paso*: por lo tanto un pequeño recodo, inverso ahora á la gran curva anterior, es decir, con la «concavidad» hácia el enemigo, como el que la misma figura 4

indica en *C*, es lo que preferirá, por su provecho respectivo, tanto el que echa el puente como el que lo quiere impedir.

Hoy, con el mayor alcance de las armas, han variado notablemente muchas dimensiones y distancias que hace pocos años se consideraban inmutables al tratar del *paso de los rios*. En general, si lo que siempre conviene es hacer concurrir (como en todo ataque) una gran cantidad de fuegos sobre un punto dado, lo más imprevista é impunemente que se pueda, el que disponga de una orilla dominante y cubierta contra la opuesta baja y descubierta, ese es el que llevará la ventaja ya ataque ó ya defienda. El que esté en lo bajo y descubierto mal podrá acercarse á la orilla sin grave pérdida.

La grande anchura del cauce favorece más la defensa que el ataque; pues, si no llega eficaz la metralla sobre la orilla opuesta, el defensor no la abandonará y la maniobra, siempre lenta, de construir el puente se dificulta ó imposibilita.

2. Defensiva.—Guarda de un rio.

Defender, ó mejor dicho, «guardar y vigilar un rio» es operacion difícil y embarazosa para el pequeño *destacamento* que aquí se supone.

El objeto siempre es obligar al enemigo á suspender, ó embarazar y retardar por lo ménos miéntras llegan refuerzos, su operacion ofensiva; ó ganar tiempo, si se cubre una retirada; ó preparar en fin el desarrollo de ulteriores combinaciones.

Como toda defensa, la de un rio puede tener dos caracteres: *activo* ó *pasivo*. El primero lo determina el ocupar ambas orillas; estar, como hoy se dice, *á caballo* sobre el rio; tener puestos y *cabezas de puente* sobre la orilla enemiga; facilidad, en una palabra, de «pasar de la defensiva á la ofensiva,» pudiendo *desembocar* cuando convenga. El carácter *pasivo* lo dá el no ser dueño más que de una orilla; y estar, por consiguiente, reducido á no mantener más que alguna pequeña *avanzada*, muy comprometida,

en la orilla enemiga; habiendo destruido, ó preparado la destruccion (como se explicará en el capítulo XV) de todos los *puentes* y *pasos* permanentes. La *guarda* tambien puede ser más ó ménos directa, es decir, más ó ménos próxima al agua, segun se intente, oponerse *á viva fuerza* al paso material, á la construccion del puente enemigo; ó bien se le quiera dejar pasar, para caer de flanco sobre sus columnas.

De todos modos, el oficial que recibe este difícil y fatigoso encargo, principia, como se ha dicho, por hacer un *reconocimiento*, con arreglo al capítulo XVI. El sistema de diseminacion ó *de cordon*, que se proscribe en varias páginas de este libro, es aquí tan ineficaz como siempre. Querer estar en todas partes, es no estar en ninguna. No sabiendo, ni presumiendo siquiera, por donde el enemigo intentará *el paso*, lo mejor, es decir, lo razonable consiste en ocupar con el *grueso* de su tropa una «posicion central á retaguardia» en un nudo de caminos, en una colina á una legua, á media, segun diste del rio el grueso del ejército ó su gran vanguardia; de cuya posicion, como radios, se destaquen *puestos avanzados* fijos, en corto número, y *patrullas* muy móviles, cruzándose en constante y rápida comunicacion. El mérito y la utilidad de este *servicio* consisten principalmente, no en andar corriendo atolondrado por la orilla del rio, sinó en descubrir y fijar al primer vistazo, con tino, con instinto, con eso que se llama *ojeada militar*, cuáles, entre ciertos *puntos característicos* del rio, serán los que con más probabilidad escogerán los ingenieros enemigos. Esto es más fácil, ciertamente, de recomendar que de hacer; pero si el oficial en su imaginacion se pone en lugar de aquellos, y tiene los conocimientos *técnicos* necesarios para atacar bien, no hay duda que pronto sabrá encontrar, como en la esgrima, el quite ó la parada. Por ejemplo: el recodo ó ángulo entrante, siempre, como se acaba de decir, lo buscará el enemigo para *cruzar fuegos*; el espacio en que se agrupan huertas, plantíos y casas á propósito para ocultar los inevitables preparativos del *paso*, las isletas, los vados, etc. Por consiguiente, sin quitar la vista un instante de esos pocos pun-

tos *característicos ó peligrosos*, el resto se guardará con pequeñas *patrullas* de caballería y de infantería al mando de cabos ó sargentos. Esto, como se vé, no es más que una aplicacion algo extensa del *servicio avanzado* tal como se explicó en el capítulo VII; por lo tanto su fundamento es la *vigilancia*. Ella busca activamente noticias, *indicios*, y el criterio luego los tamiza, los comprueba. Algo más que indicio, es ver en la orilla enemiga aparecer un grupo, perfectamente distinto con el anteojo, de oficiales que por el uniforme son de E. M. y de ingenieros, que miran, miden y *reconocen*: todavía es más fuerte no el indicio el hecho de ver con toda claridad desembocar el *tren de puentes* con sus zapadores, aparcar y disponerse; pues bien, todo ello puede que no valga la pena de alarmar con un parte. El oficial sabe que en la guerra, cuando más se *maniobra* y se amaga y se finge es al *pasar un rio*: quizá, pues, al volver la cabeza todo aquel aparato haya desaparecido; y en aquella misma noche, irá el tren á toda prisa á otro punto, donde ya estará todo preparado para recibirlo.

Segun las instrucciones especiales del E. M., ó se destruirán desde luego los *puentes permanentes* y *vados*, ó bien se dejarán aquellos minados, (V. cap. XV) y estos últimos cubiertos con algun *atrincheramiento* como el que representa la figura 47, lámina II. Siempre se recogen á la orilla propia, aunque no se inutilicen, las barcas de tránsito ó pesca.

El *espionaje* tiene que ser muy activo, sobre todo cuando no se puede hacer pasar el rio á *partidas sueltas* como las que se citan en el artículo 8 del capítulo VII.

Al oficial le interesa con preferencia «calcular bien el tiempo y las distancias,» para que sus partes y avisos lleguen oportunamente al cuerpo principal que le ha destacado, no para que impida con su fuerza el *paso* á un enemigo, que naturalmente será superior á su propio ejército en el hecho de atacar, sinó para tenerle al corriente de lo que pasa. Lo que importa es no rendirse á la fatiga, precursora del descuido; que la caballería no quite las sillas; que la artillería, que siempre llevará, no desatalaje. Sabido es que la artillería, y mucho más la moderna, es arma

principal en la *defensa de un rio*, tanto como en su *ataque*.

Por lo demás, la disposicion de sus *grandes guardias* ó *puestos* principales, *avanzadillas*, *patrullas* y *centinelas* tiene que guardar grande analogía con la explicada en el mencionado cap. VII del *servicio avanzado*, cuyas consideraciones y reglas son, repetimos, exactamente aplicables. La *línea extrema*, de que allí se habló, está aquí determinada y fija por la *orilla del rio*; las grandes guardias y principales puestos, siempre más atrás, vigilan los puntos que se han llamado *característicos* ó *peligrosos*; el grueso del destacamento, muy á retaguardia en su posicion céntrica (que tal vez convenga fortificar ligeramente ó cubrir con algun reducto, tala ó simple trinchera) mantiene constante comunicacion con sus puestos por medio de patrullas y ordenanzas y con el cuerpo principal de quien depende. Las *patrullas*, conviene que sean lo ménos de seis hombres. En caso de alarma verdadera, el cabo envía tres *partes*: uno á la gran guardia ó puesto fijo que le haya enviado á patrullar; otro al jefe principal del gran puesto de sosten, y otro directamente al general en jefe ó jefe de E. M. general si la cosa lo merece.—Y aquí se hecha de ver lo imprescindible de cierta instruccion general y anterior en las clases de tropa en campaña y lo claras que han de ser en cada caso del servicio las instrucciones particulares y consignas que den tanto el jefe, como el oficial subalterno. Los partes se reiteran, si la novedad en efecto toma cuerpo. Se avisó, por ejemplo, la aparicion de algunos oficiales de ingenieros, á tal hora, tantos minutos, en tal lugar; al poco rato, que se descubren cazadores, los cuales van guarneciendo la orilla; luégo que varios oficiales de artillería tantean y miden sin recelo, porque no descubren la patrulla ó el puesto; por último, que en tal punto de la orilla, á tal hora bien precisa empiezan verdaderos preparativos para *echar un puente*.

Aquí cesa, sinó tiene otras órdenes, la accion puramente «observadora y pasiva» del oficial destinado á *vigilar* ó *guardar* un rio, y entra el período de la verdadera *defensa* y del combate.

Si el enemigo, como es costumbre, intenta arrojar lo

primero á la otra orilla *descubiertas* de caballería á nado, cazadores en balsas ó en las primeras *compuertas de embarque* que arman los pontoneros (y que son dos cuerpos flotantes unidos por un trozo de tablero) el oficial rompe el fuego; concentra sus puestos, hace adelantar el *sosten* y entra en accion: ó al contrario (si tales son sus instrucciones) se repliega silencioso sobre el cuerpo principal. Tal vez el general haya dispuesto, no solo permitir la *construccion del puente* para caer en masa sobre el enemigo en el momento difícil de pasar por él sus tropas; sinó dejar que tome tierra la vanguardia entera, y por una maniobra, que á veces ha coronado el éxito, cortar atrevidamente la embarazada columna, en el momento crítico de estar comprometida por la mitad en su estrecho desfiladero.

En el caso de entablarse el combate desde luego, las reglas de *defensa* se deducen de las del *ataque* indicadas más adelante. El agresor abocará, por punto general, una masa de artillería para barrer, limpiar la otra orilla y proteger el trabajo de sus pontoneros. A estos, pues, en primer lugar, es á quien se debe impedir el trabajo á toda costa, haciendo converger sobre ellos una granizada de proyectiles. La artillería que tendrá el destacamento, rompe en el acto un vivo fuego de metralla; la que sucesivamente vayan trayendo el sosten y los primeros refuerzos que llegan, se va distribuyendo contra la enemiga á lo largo de la orilla; quizá más atrás, en alguna línea *dominante* de colinas, tirando con bala y granada contra los grupos de pontoneros y cazadores.

Las reservas de caballería avanzan á buen aire; y la infantería del cuerpo principal, para ganar tiempo, usa el ferro-carril, si lo hay; monta á la grupa; corre, si es preciso, en carros de antemano prevenidos, al que ya se puede llamar *campo de batalla*; y sobre el cual no hay en adelante más voz, ni mando que el del general comandante, al cual no nos es lícito seguir.

3. Defensa de un puente.

Son varias las condiciones que pueden dar lugar á la defensa de un puente. Este puede ser *permanente* ó *militar*, atrincherado ó no; y la defensa misma puede tener índole *activa*, esto es, que tienda á preparar un *paso del rio* en reaccion ofensiva; ó, por la inversa, el carácter *pasivo* de una accion momentánea, y limitada á entretener y ganar tiempo para concentrar una operacion ó *cubrir una retirada.*

Supongamos este último caso, el más frecuente y difícil para un *destacamento*, y sin que el puente esté *atrincherado*. No hay para que encarecer nuevamente despues de lo explicado en los capítulos IV y VIII todo lo que ésta tiene de árduo, sangriento y propenso al desórden, en presencia del enemigo engreido con su victoria.

Si el puente que se ha de pasar es *permanente* y ancho, de hierro ó sillería, la operacion para el ejército en fuga será más ordenada; pero á expensas de otro inconveniente grave, cual es el tiempo y la mayor dificultad para *volarlo* ó *destruirlo*. Un *puente militar flotante* hace, en verdad, penoso y largo el *paso*, siempre atropellado en la derrota, singularmente á los carros y caballos; pero en compensacion se *repliega* en el acto, por medio de una simple conversion, ó se incendia, se destruye, se echa á pique en rápidos instantes.

El *comandante de un destacamento* que cubre esta retirada presurosa, tiene que desplegar, al encontrar un rio detrás de si, tino, serenidad y grandes dotes tácticas para manejar y situar su tropa aprovechando *los accidentes del terreno*. En general, la parte de ella de su mayor confianza, la que compone su *reserva*, se anticipará volando á *ocupar el puente*. Unas veces convendrá «situarse delante» tomando posicion, atrincherándose rápidamente (V. cap. XV) en caserías ó pueblos, improvisando quizá en minutos una *cabeza de puente*; otras veces, si la ribera es abierta y despejada, y la opuesta cortada cubierta y dominante, no ca-

be duda en «situarse detrás» del puente, que se defiende como un *desfiladero* (V. cap. XI.) Sería en ciertos casos muy arriesgado no hacerlo así, y quedar *cortado* ó ser batido de flanco en el acto material de pasar por el puente.

Por regla general aplicable á toda tropa que se repliega sobre otra, cuidará el destacamento, al estar ya cerca del puente, de dejar libre y desembarazado el frente y la accion de la *reserva* anticipadamente apostada en él, y mucho más la de su artillería, que es el ancla de salvacion.

Si no logra con un vivo fuego detener al enemigo, ella es la que primero pasa el puente y se establece al otro lado; en pos vá la caballería, y la última la infantería con su guerrilla extrema. Si el rio, por ejemplo, tuviese un *vado* próximo al puente, á la caballería que lo puede utilizar, es á quien entónces incumbe cubrir y sostener vigorosamente la extrema retaguardia.

Una vez pasado el rio, la caballería y la artillería que la acompañe, se rehacen y sitúan próximas á la salida del puente; para tomar de flanco al enemigo, si lo pasa como suele suceder, cási revuelto con la guerrilla de la extrema retaguardia.

El puente, si está minado, *vuela*; si es militar se *repliega* ó *destruye* (V. cap. XV.) cuando la salvacion del ejército ó del destacamento imperiosamente lo exige, no hay más remedio que dejar en la orilla abandonada valientes cazadores, que buscarán su salvacion, en una balsa, en un vado ó nadando si no hay otro recurso.

El *comandante*, concluido este acto de su sangriento drama, puesto ya el obstáculo por medio, no desmaya, ni se apresura en incorporarse al grueso fugitivo de su ejército. Al contrario, que éste marche cuanto pueda como se dijo en el capítulo IV y logre poner grande espacio entre el enemigo, para rehacerse lo más léjos posible. Para eso queda él allí: para ganar minutos, horas, que todas son de salvacion, y el ejército se las pagará en gratitud: quizá cuando se crea ya perdido, sin esperanza, sin remedio, una division restaurada no muy léjos, desechado el pánico racionada, fresca, venga á asomar sus guerrillas y sus piezas, y traerle..... ¡quien sabe! la victoria.

Por eso, porque nada hay imposible en la suerte y vicisitudes del *combate*, el comandante anima y conforta á su tropa con su ejemplo; y aunque en su interior reconozca ya llegado el trance á toda la estremidad del peligro y de la fatiga, le anuncia con tranquilo semblante que entónces escabalmente para los bravos «el momento de principiar.»

Cuando hay *cabeza de puente* (V. lám. II. fig. 42.—46) construida de antemano, la *defensa* es simplemente la de un *puesto atrincherado* (V. cap. XV.) que se incendia y destruye al abandonarlo, con elementos preparados de antemano. A su abrigo las tropas van pasando lenta y ordenadamente á la otra orilla. Los últimos defensores, que naturalmente no serán los más flojos, prenden fuego, vuelan los *hornillos* y *fogatas* (V. cap. XV, art. 4.°) disputan á palmos y al arma blanca el *parapeto* y el *terraplen interior* de la obra; y no habiendo ya puente, saltan como pueden en las últimas barcas ó balsas que tambien destruyen al pisar la otra orilla. La artillería convenientemente apostada hace un fuego nutrido y convergente sobre la *gola de la cabeza de puente* abandonada.

Paso de rio á viva fuerza.

Es evidente que las *maniobras ofensivas* sobre un rio, que el *ataque y paso á viva fuerza* tienen, como toda iniciativa en la guerra, ventaja incuestionable sobre la *defensa*. Caben en aquellas los ardides y estratagemas, las demostraciones, la sorpresa para mantener en continua perplejidad é incertídumbre al defensor, estendido sobre una línea larga en general, y que le inducen á *falsas maniobras*, á desguarnecer cabalmente en el momento critico el punto vulnerable y escogido.

Pero como el defensor sabrá por su parte todo esto, es menester para no desperdiciar la ventaja, que el agresor tenga ó se procure exactas noticias sobre la ordenacion general de la defensa; sobre su vigilancia; sobre la colocacion más ó ménos atinada de *avanzadas*, *sostenes y reservas*.

El que ataca, lo mismo que el que defiende, hace, volvemos á repetir, un prolijo *reconocimiento*, (V. cap. XVI.) para fundar su eleccion y determinacion del *punto de paso*. Este, fuera de las condiciones locales apuntadas de ser entrante, cubierto, dominante etc., ha de cumplir con otra muy principal que es señorear en lo posible la *línea de retirada* del defensor, sin que él comprometa la suya propia.

Análogo interés al de la defensa tiene el ataque, en saber lo que le importa. Así, tambien en busca de noticias destaca patrullas que de paso recogen barcas, maderas, útiles, materiales, obreros y cuanto requiere la *construccion de un puente*; registran las orillas, los bosques, los islotes, los puestos del defensor, y *reconocen* sus *cabezas de puente*.

El *paso ofensivo* de un rio tiene dos caracteres marcados y distintos: el de ardid, estratagema ó *sorpresa*, y el abierto, franco, *á viva fuerza*.

El primero resume todas las precauciones y medios tortuosos que implica esta operacion cautelosa (V. cap. XIII). El éxito, ya se sabe que estriba en la sagacidad, la diligencia y el secreto; las probabilidades para intentarlo están en las seguridades de la desmoralizacion, flaqueza, indolencia ó descuido del contrario. No hay que recomendar un modo de obrar cuando con él se consigue el resultado con el mínimo esfuerzo y la mínima pérdida. Es, sin género de duda, la *sorpresa* preferible al paso *á viva fuerza*. De consiguiente actividad, disimulo, concentracion, ataques y preparativos falsos, que desorienten y distraigan: luégo, para construir el puente de noche, destreza, silencio, órden en el trabajar y al pasar; de modo que al romper el dia ya se esté *en masa* al otro lado.

A veces un raro modo de «sorprender» es echar el puente en el punto tenido por desfavorable, y que por lo tanto desatiende el enemigo. Trabajan más los pontoneros; pero sufren ménos ellos y las tropas.

No siempre sin embargo las cosas se disponen para poder hacerse bien y pronto. Urge el tiempo; el enemigo no se deja engañar; hay una localidad excelente; se tiene «superioridad en artillería,» confianza en las tropas de inge-

nieros: se resuelve, pues, el *paso á viva fuerza*, arrostrando de frente todos los riesgos y dificultades.

Un grueso *destacamento*, ó la *vanguardia* entera del ejército se encarga especialmente de ejecutar «el pormenor» de esta atrevida operacion. Con aquella van los *pontoneros* y los *trenes*, que *aparcan* lo más cerca posible de la orilla, para evitar el porte á hombros largo trecho de su pesado y voluminoso material.

Agua arriba ó agua abajo, cerca ó léjos, vadeando, á nado ó como fuere, es preliminar indispensable que algunas compañías de cazadores, á pié y á caballo, pasen á la orilla enemiga para distraer y hostilizar. La artillería de la vanguardia, la divisionaria, la de reserva, toda la que haya, viene á *coronar la orilla* y concentrar sus fuegos, principalmente, sobre el punto de la opuesta en que ha de caer el puente, y tambien sobre las baterías, puestos ú obras del defensor.

Si el puente se echa en un recodo entrante, la ventaja *táctica*, ya dicha, de concentrar ó cruzar fuegos es apreciable, positiva; pero en compensacion, la tarea *técnica* y *especial del pontonero* se alarga y complica, porque en esos recodos justamente la orilla propia se escarpa demasiado; en la de enfrente, la profundidad del rio mengua mucho, y hay necesidad de concluir el puente con caballetes ú otros apoyos fijos, á larga distancia del último ponton que puede flotar.

No son de este lugar los pormenores *técnicos* de la *construccion del puente*. Los ingenieros saben buscar un trecho de corriente encajonada; evitar confluencias cercanas, que aumenten el caudal y la velocidad, que oculten los brulotes enemigos; aprovechar isletas que ahorren, cubran y protejan el trabajo; hacerlo por trozos ó *compuertas*, etc. Ellos escogen, si están bien amaestrados, las sombras de la noche para construir, ó á lo ménos para allegar y disponer su complicado material; no temen la niebla, el vendaval, la lluvia, si les libra un poco de la otra lluvia peor de balas enemigas; y echan, no solo un puente, sinó dos ó tres, de distintas clases, siempre convenientes y para un gran ejército necesarios.

Construido el puente, la infantería de vanguardia con poca artillería y caballería, es la que primero pasa y despliega, aprovechando los *accidentes* de la otra orilla. Este momento de la operacion es el más crítico, con un adversario cauteloso y tenaz. Las baterías protectoras de la otra orilla deben estar prontas á recoger y sostener la retirada de la vanguardia, que puede muy bien ir al rio de cabeza y malograr quiza todo lo que se llevaba ya ganado. Aun suponiendo felicidad completa y el *paso* concluido, no hay que descansar un instante: sinó organizar en el acto el *ataque* ó la *persecucion* vigorosa del enemigo, que naturalmente consagrará todo su esfuerzo vengativo á interponerse y destruir de algun modo el *puente*, cuya atrevida construccion no pudo ó no acertó á impedir.

Si se *toma posicion* en vez de *maniobrar* ó *persegnir*, no podrá tener más que dos direcciones el *órden de batalla*: paralelo, ó perpendicular al rio. No hay duda que el primero cubrirá el *puente*, pero las alas «quedan en el aire:» el segundo apoya una, y en caso de volver el enemigo con refuerzo permite mejor el *paso en retirada*. En cambio, deja dueño al contrario del terreno agua-arriba, que le permitirá enviar brulotes, máquinas infernales ó aparatos destructores contra el puente.

Lo mejor pues, tanto al echar un puente *á viva fuerza*, como al apoderarse de otro permanente ó establecido por el enemígo, es, en cuanto se pasa, cubrirlo con una *cabeza de puente* rápidamente levantada con *obras de campaña*, de las que se indican en el cap. XV, y se muestran para dar idea en las figuras ántes citadas.

5. Puentes del momento.

Los ingenieros tienen grandes *trenes de puentes* de varias clases, rodados y á lomo ó de montaña, en cuyo manejo se ejercitan largamente durante la paz: aquí, por lo tanto, solo se trata de ciertos *puentecillos de campaña*, llamados, para distinguirse, de circunstancias, *ó del momento* y construidos rápidamente por un *destacamento* que no lleve tro-

pas de ingenieros, ó las lleve en tan corto número y sin sus elementos reglamentarios, que sea preciso contentarse con los recursos que pueda haber á la mano.

Fuera de que casi siempre se sacan *obreros* de las armas generales, para ayudar á la construccion de un gran puente, y el oficial de infantería que vá mandándolos no debe ser extraño á lo que hagan; nunca está demás tener sabidas algunas ideas generales, que recordadas á tiempo, y mejoradas quizá por las circunstancias, puedan sacar de un lance crítico.

Los *puentes* llamados *militares*, por oposicion á los civiles ó *permanentes*, se agrupan en tres clases generales, segun sus apoyos son *fijos*, como pilotes y caballetes, ó *flotantes*, como pontones, balsas, ó tambien porque no constituyan «línea contínua entre ámbas orillas,» en cuyo caso, como las barcas y almadías con fiador ó maroma, se llaman *volantes*.

Una *columna*, ó pequeño *destacamento*, ve muchas veces interrumpida su marcha por una rambla ó cañada, convertida de pronto en torrente á causa de un violento aguacero; el remedio es fácil, rodando algunas peñas y formando *pasaderas*, por las cuales se vá saltando. Es un puente rudimental, que tiene pilas ó *estribos* y le falta el *piso*.

Una quebrada ó barranco muy estrecho y profundo, se salva fácilmente por el medio que indican bien claro las figuras 5 y 6 de la lámina I, que tambien puede aplicarse á la reparacion de un arco *volado* en un gran puente *permanente*. La cuestion en ámbcs casos se reduce á que dos ó tres *viguetas* ó vigas de la longitud necesaria (que si no las hay á mano se sacan del edificio más próximo) se apoyen en la orilla ó borde opuesto. Por ellas pueden ya pasar los hombres necesarios para abreviar la *maniobra* por ámbos lados.

La figura 5, lámina I indica el medio más obvio: la viga *A B* se sujeta fuertemente á un *avantren C*, y además con cuerdas gruesas muchos hombres dirigen y retienen el extremo *B*, hasta que haya avanzado lo necesario para dejarlo caer en *D*. A falta de avantren, y no permitiendo tampoco la gran profundidad como en la figura 6 apoyar

una viga verticalmente, para pasar otra horizontal, se amarra esta última, como se ve en *A B*, á otra *C D*, de manera que el punto *C* de amarre no diste mucho, unos 0,m 5, del centro de gravedad, ó lo que es lo mismo para el caso, del medio de *A B*. La amarradura naturalmente es floja para que permita algun juego. El extremo *D* de la viga *C D* se sujeta por medio de una grapa ó gancho, ó de un lazo sinó á la cuerda fuerte *D E* que á su vez está amarrada al grueso piquete *E*. Empujando la viga *A B*, con el cuidado de sujetar y dirigir desde *A* con cuerdas largas el extremo *B*, las líneas de puntos de la figura hacen ver claramente el movimiento por el cual dicho extremo vendrá á apoyarse en *F* en la otra orilla. Muchas veces, ni este procedimiento, ni el anterior del avantren serán necesarios. Bastará empalmar la viga con otra para darle contrapeso hácia atrás, sujetar el extremo que avanza, y empujarla ó hacerla correr sobre rodillos, es decir, sobre troncos rollizos algo torneados.

En riachuelos estrechos y de poca profundidad una *partida* ó pequeño destacamento echa un árbol con sus ramas, reteniéndolo por el tronco y dejando que la corriente lo apuntale, como se ve en *A* en la fig. 7, lám. I; si no basta, dos ó tres hombres, que pasan á nado, hacen lo mismo en la otra orilla, y los árboles, como en *B*, por sí se apuntalan y aseguran mútuamente. Si todavía no basta, dos árboles grandes y uno más pequeño completan el sistema, como en la misma figura se indica en *C*.

En *corrientes* cuya profundidad no pase de 1^m se pueden hacer con carros del tren, ó del país, varias combinaciones para salvar grandes anchuras. La de 12 ó 14^m no requiere más que un carro de dos ruedas perpendicular á la corriente, sobre cuyo eje se arma un pequeño aparato ó *caballete* en que asienten las *viguetas* que van desde las orillas. Por regla general, éstas se acomodan en lo posible, colocando un gran madero sujeto con fuertes estacas, imitando á lo que los pontoneros llaman *cuerpo muerto*. Dos ó tres carros fuertes de cuatro ruedas en direccion de la corriente, espaciados entre sí lo que tengan de tiro las *viguetas* de que se disponga, pueden constituir un *puente*

en forma y bastante largo, en que los carros son los *estribos*. Si las ruedas se hunden por lo fangoso del lecho, se calzan con tablones.

Visto el partido que puede sacarse de un *avantren*, para echar una viga al otro lado, todavía con él, es decir, con un par de ruedas, el eje y la lanza de un carro, se puede hacer otra combinacion como la de la fig. 8. lám. I, para un riachuelo ó como la de la fig. 9 para el *paso á viva fuerza* del *foso*, siempre estrecho, de una *obra de campaña*. El artificio no puede ser más sencillo: las piezas *A B* y *B C* están fijas y empotradas por su extremo *B* en el eje que une las dos ruedas, y por los otros *A* y *C* á las viguetas *A C*. El ángulo *A B C* lo determina la anchura del foso, arroyo ú obstáculo. Las viguetas sostenidas en el centro por dos montantes *B D* se cubren con tablas muy ligeras. Este puentecillo se arma á larga distancia y, como la figura indica, puede traerse á brazo en el instante oportuno.

Los puentes *de pilotes*, en que los *apoyos* están formados por filas de grandes estacas clavadas al hilo del agua, son muy sólidos, resisten á corrientes impetuosas; pero tienen el inconveniente de exigir madera de grande escuadría ó dimensiones, mucho tiempo, auxilio de barca ó balsa para la construccion, y, sobre todo, el manejo de un grueso *martinete* para hincar lentamente los *pilotes* á golpes repetidos. Esta última parte sin embargo, cuando el *lecho* lo permite, todavía se puede facilitar sustituyendo al golpe del martinete la accion de vaiven de dos largas cuerdas, que obligan á la punta del pilote (mantenido vertical por otras cuerdas ó *vientos*) á ir barrenando el suelo; pero si el procedimiento del *martinete* es laborioso, éste le excede en mucho y entrando con desigualdad los *pilotes* no ofrece gran seguridad para el paso, especialmente de artillería.

Más que los pilotes, son socorridos los *caballetes*, que reunen solidez y facilidad de construccion «en seco.» Para unos 14.^{m} de ancho basta un buen *caballete*, que puede servir á profundidades de 2.^{m} y á corrientes de 1.^{m} 5. Esta simple y conocida armazon, que bien clara indica la figu-

ra 10, lám. I en *A*, *B* y *C* se reduce al madero ó gruesa viga llamada *cumbrera*, que puede dejarse rolliza sin escuadrear del todo; cuatro piés ó *montantes* más delgados; dos *travesaños* inferiores, dos superiores y cuatro *tornapuntas* que sujetan y consolidan. Diez hombres con un sargento, ó un par de maestros carreteros de un pueblo, *arman un caballete* en dos horas. La distancia entre los caballetes puede ser de 4.m ó más segun el *tiro* ó largo de las viguetas. Se van haciendo *tramos*, esto es, echando sucesivamente caballetes al agua como se ve en la figura. Una pequeña *balsa de maniobra*, representada en *D*, *D'* facilita la operacion. Los *caballetes* en verdad, para que no queden cojos y sienten bien requieren el *sondeo del lecho*, conocer el *perfil* ó *seccion trasversal* del rio, para cortar y acomodar los piés á sus desigualdades: siendo fangoso, se calzan con tablones para que no se entierren. En ambas orillas se arregla bien el *cuerpo muerto M*, dejándolo horizontal como las *cumbreras*. El piso ó *tablero* del puente, cuando no hay tablones para cubrir las viguetas se suple con *faginas* en una ó dos capas ó con *zarzos* (V. cap. XV) y tierra encima. La falta de clavazon, se suple tambien con clavijas de madera más dura.

Todos estos puentes requieren bastante madera, especialmente para las *viguetas* largas que forman la armazon del tablero. Si la madera falta ó no está cerca, no hay más remedio que sacarla de las casas más inmediatas, quitándola de los techos y los suelos.

Todavía se simplifica el *caballete* dándole la forma rústica de la fig. 11 lám. I, que no necesita más que palos muy largos, pero delgados, y cuerdas, ó en último apuro «mimbres» para ligaduras.

Un canal, una acéquia, un riachuelo encajonado no necesitan más que puentes tan sencillos como los que se representan y ellos mismos se explican en las figuras 12 y 13, lám. I.

Los *de cuerdas*, imitando, ó por mejor decir, que dieron modelo á los colgados de hierro, tan en moda ántes como desairados hoy, quizá sirvan, siendo muy cortos y momentáneos, y cuidando de evitar el *balance*, si hay á mano

por supuesto la materia primera y quien la sepa manejar, es decir, que entienda de *nudos* y *amarraduras*.

En ciertos rios de bordes encharcados, en arroyos pantanosos, terrenos de fango, charcas, lagunas grandes, lo indicado son los *cestones* (V. cap. XV). Si sólo ha de pasar infantería basta con que tengan la dimension usual y reglamentaria. Si son bajos, se aumenta la altura y proporcionalmente el diámetro á 1^m ó $1^m,5$, segun el agua, el ancho de via y si ha de pasar artillería ó grandes pesos. Cada *apoyo* lo constituye una fila de *cestones* rellenos de cascajo ó de tierra con grava bien apisonada. Las viguetas de uno á otro apoyo se fijan en *durmientes*, se atan con *vencejos*, que así llaman los zapadores á la ligadura de mimbres y aun de cuerda tosca. Si no hay tablones para el *piso*, se cubren las viguetas con *faginas* hechas á la par que los *cestones*.

Por último, en rios y puentes grandes y pequeños el artificio más simple, el elemento más usual es la *balsa*.

Por *balsa*, en general, se entiende la reunion de pequeños cuerpos *flotantes*, sujetos con listones ó ligaduras. La *balsa* puede ser de troncos, de ramaje (cestones ó faginas) de toneles, de cajones, de pellejos.... de cualquier cosa que á mucho volúmen pese poco, y por lo tanto *flote* bien. Las más usadas de troncos, llamadas *almadias* sirven para todo: bien de *apoyos* á *puente fijo*, ó bien constituyen por sí solas un *puente volante* con maroma ó *fiador* tendido de una orilla á otra como se vé en la fig. 14 ó sujeto en el centro del rio á un ancla ó pilote, como en la fig. 15.

La *balsa* nunca se va á pique; cala poco; soporta el peso que se quiera; se construye en el agua misma, en algun remanso de poca corriente, donde no hay más que ir juntando y sujetando las maderas por las cabezas; y léjos de escuadrear los árboles (entre los cuales siempre son mejores los de madera blanca) se les deja la corteza para que floten más. La *balsa* es mejor cuanto más larga y estrecha: ménos de 10 ó 12^m cabecea, no tiene estabilidad. Si los maderos no llegan, se empalman. Los troncos se van colocando alternativamente con el grueso agua arriba y agua abajo, para que el centro *de gravedad* coincida con

el *de figura*, y tambien para que no quede hueco entre ellos; pues, aunque parezca inexacto, la experiencia ha demostrado que si se separan algo, á fin de que el agua pase por en medio, se logra el efecto contrario, que es oponer mayor resistencia á la corriente.

A la *balsa* rectangular ó cuadrilonga se le hace siempre la *cabeza* ó lado menor agua arriba en figura de *tajamar* ó ángulo saliente, y el lado opuesto á la inversa en entrante ó *cola de golondrina*.

La *balsa* que constituye *puente volante*, es decir, que atraviesa el rio sujeta á una maroma ó *fiador* tirante entre ambas orillas (fig. 14) tiene una figura especial de rombo cuyo ángulo de cabeza ha de ser precisamente de 54 á 55 grados: así un lado va al hilo y el otro recibe el empuje de la corriente, que por sí sola hace mover la balsa.

Esta es la mejor disposicion; porque si va suelta, y movida con *remo* ó *bichero*, deriva mucho y nunca remonta bien la corriente.

En pasos de rio *á viva fuerza* llevan las balsas artillería, dándoles la fuerza necesaria con dos, tres, cinco órdenes ó *tongadas* de troncos superpuestos. *Balsas* hubo tambien con seis órdenes y con *parapetos* de tablones y *troneras*, donde la tropa iba haciendo fuego á manera de *reductos* ó *blockhaus flotantes:* y tan perfectas llegó á hacerlas Cárlos XII de Suecia, al pasar el Sund en 1718, que el parapeto de uno de los lados con juego de visagras, á modo de *puente levadizo*, caía sobre la orilla y daba paso á la guarnicion encerrada, que salía á la bayoneta y debia ser respetable: 500 hombres y 2 piezas de á 18 en cada balsa.

Las de *ramaje*, *cestones*, *faginas*, *zarzos*, flotan más de lo que á primera vista parece. Naturalmente las mejores son las de *toneles*, *cajones embreados* y *pellejos*; pero en un *paso á viva fuerza*, ya puede calcularse el estrago que en ellas harán las balas.

En dos ó tres toneles con un remo pasa un subalterno, ó un sargento, á *reconocer* la orilla opuesta, á *sondar* cuando se necesite.

Los pellejos, por más que se haga, siempre se deshinchan. Si no los hay, pueden suplirse con las pieles frescas

de las reses vacunas muertas para el rancho, guardándolas con sal, y dándoles con brea, en todo caso hácia el lomo, que es lo más poroso. Se cortan círculos de 1m á 1m, 70 cuyo borde ó circunferencia se reune y sujeta bien á un pedazo de sauco, al que se quita la médula, á una caña ó canuto, á cualquier pedazo de tubo que haga el efecto. Se sopla con fuelle, se tapa con un pedazo de cuero, se pone hácia arriba esta boca ó túbo, y las primeras horas cada piel soporta 130 kilógramos. Al dia siguiente, ni la mitad. En fin se hacen *flotantes* con lo que se ocurra ó se pueda, por ejemplo, con haces de ramas ó sarmientos envueltos en telas impermeables.

En todo puente de alguna importancia se empieza, para el debido cálculo y proporcion, por medir la anchura del rio y su profundidad con la sonda en la misma direccion, para obtener un *perfil* del cauce ó álveo trasversalmente que por eso se llama *seccion trasversal*. Puede verse para esto el cap. XVI.

La direccion ó *eje* del puente fijo es siempre perpendicular (por ser la más corta) á entrambas orillas; y se marca en la propia, alineando dos jalones que quedan clavados.

Deben arreglarse las *rampas* suaves de entrada y salida, y cuidar de la solidez de los *cuerpos muertos* y *tramos* primeros, en que el *tablero* del puente se une á las orillas.

Respecto á «resistencia» siempre conviene dar la máxima posible. Muchas veces por un mal puentecillo tiene que desfilar en derrota, ó avanzar rápidamente, un gran cuerpo de tropas. Y debe tenerse presente que si en un metro cuadrado caben por término medio tres hombres en columna compacta, en el desórden de una fuga se apiñan hasta seis en el mismo metro cuadrado, con un peso de 300 kilógramos. A tres hombres juntos se atribuye un peso medio de 125 á 150 kilógramos. Un caballo montado pesa unos 390 kilógramos y ocupa 3.m cuadrados. Una pieza de á 12, 2.150 kilógramos y 15m cuadrados. Se vé, pues, que el máximo de peso lo produce la infantería muy apelotonada.

6. Precauciones para el paso de un puente.

El Oficial de guardia en un *puente*, y en general todo militar que por él transite, además de las instrucciones particulares que para cada caso den los ingenieros, debe saber en globo ciertas reglas generales sobre el *paso*. Nunca los *puentes militares*, por estables y concluidos que los ingenieros los hagan, pueden tener la solidez de los *permanentes* de piedra ó hierro: son por consiguiente indispensables grandes precauciones para evitar desgracias y hasta catástrofes, que no han dejado de ser frecuentes.

Sobre todo, en retirada y en derrota un puente es un peligroso *desfiladero*, cuyo paso requiere el mayor órden; donde la confusion retarda el desfile y por querer pasar muy de prisa, lo que se logra es ir despacio y á veces ir al agua.

Cuando se han establecido varios puentes, uno se reserva exclusivamente para la infantería, y otro ú otros para la caballería, artillería y carruajes; no permitiendo nunca que por el mismo puente pase una *columna mixta* de las tres armas. Si el movimiento de tropas es en los dos sentidos, se cuida de señalar un puente *de ida* y otro *de vuelta*, para que de ningun modo se puedan cruzar dos columnas.

Al entrar la infantería en un puente rompe el paso; marcha de á dos ó de á cuatro, segun los ingenieros determinen por la solidez que hayan dado al puente; nunca tocan las bandas, ni las músicas, por evitar los grandes balances y trepidacion que produce el paso acompasado; además de perjudicar á la estabilidad del puente flotante puede llegar á derribar hombres ó caballos, aunque por esta razon siempre se ponen guarda-lados.

Entre las compañías se dejan algunos pasos de intervalo, y entre los batallones mucho mayor, casi la extension misma de su frente en batalla: de este modo, sin interrumpir el paso, disminuyen los balances y el puente recobra su quietud y estabilidad. Si durante el tránsito ocur-

riese algun desórden ó avería, en el acto se suspende, impidiendo la entrada de nuevas tropas hasta que se haya reparado.

La caballería, por seguridad suya y del puente echa pié á tierra y lleva el caballo del diestro por que generalmente se asustan cuando el pavimento del puente se conmueve y toman el trote, se plantan ó se defienden, con lo que llegan á desunir los tablones. Solamente los tronquistas de los carruajes tienen que pasar necesariamente á caballo. Para evitar retardos y tropiezos, la caballería no monta en cuanto sale del puente, sino un gran trecho más allá.

Los carruajes pasan uno á uno; precisamente por el medio y con grandes intervalos de á 20 pasos lo ménos: aunque se oigan crujir los tablones, viguetas ú otras partes del puente, en vez de detenerlos, se arrea y castiga al ganado para llegar pronto á la otra orilla. Mas si, por accidente irremediable, el carruaje se atasca, su carga se tira en el acto á las barcas ó pontones más próximos, se desengancha y se vuelca prontamente al rio.

Todo ganado, especialmente el vacuno, se pasa por grupos de pocas cabezas, al cuidado de un hombre que las haga ir de prisa, impidiendo que se apelotonen ó que se arrojen al rio, como lo hacen con frecuencia, prefiriendo nadar, por el susto que les da el tablero vacilante del puente.

En los grandes, siempre tienen los pontoneros avanzadillas de vigilancia á un kilómetro agua arriba para avisar ó estorbar el paso de cuerpos flotantes é incendiarios con que el enemigo pretenda destruir el puente.

7. Paso por vados.

Para buscar y *reconocer* un *vado* desconocido, ó que no quieran enseñar los habitantes del país, se baja por el rio en una barca ó pequeña *balsa*, la cual lleve sujeta y pendiente una *sonda* (una cuerda con una bala) que entre en el agua 1.m Cuando la sonda toque el fondo se hace alto, y

se buscan otros puntos en todas direcciones; porque frecuentemente los *vados* no son perpendiculares, sinó oblícuos á la direccion de la corriente. Tambien se puede encargar este *reconocimiento* á unos cuantos soldados buenos nadadores, ó á una fila de lanceros, tendida á lo largo de la orilla, que van avanzando y sondando cuidadosamente con las lanzas evitando que los caballos dejen de hacer pié.

Reconocida la longitud, anchura, calidad y direccion del *vado*, se fija ésta con dos filas de piquetes ó pilotes en los cuales se hacen marcas á la superficie del agua para conocer las crecidas.

Cuando las aguas están bajas, y se nota que la corriente pasa con rapidez por entre dos bancos de arena, es probable que allí exista un vado.

En las montañas, los vados suelen estar impracticables por grandes peñas; en los terrenos arenosos el fondo es generalmente de cascajo muy fino y de arena menuda; este fondo es peligroso porque se ahonda con el paso, especialmente de la caballería. Mejor es el de *grava* mediana, que se encuentra en las llanuras cultivadas.

No hay que fiar mucho en la «fijeza» de los vados. Con abrir las esclusas ó compuertas de un molino, ó sangrar un rio agua arriba, se tiene á veces un *vado* que antes no existía; pero en cambio, una crecida repentina por un chaparron de verano, no solo cambia la situacion del vado sinó que lo hace desaparecer. El paso muy frecuente ó desordenado los destruye; por consiguiente se ve que nunca se debe contar con un vado como medio «seguro y permanente» de *comunicacion* entre dos cuerpos de tropas. Un vado cerca de un puente echado por los ingenieros, siempre es útil para activar el paso de la caballería ó trenes.

La profundidad para el paso de la infantería no debe exceder, ni áun llegar á 1.^{m}; para la caballería 1.^{m}, 24; para la ártillería 0,^{m} 80; para los carros 0,^{m} 70, á ménos que no importe que la carga se moje, en cuyo caso pueden pasar hasta con 1,^{m} 30. Por regla general, se debe facilitar y acomodar las dos pendientes de entrada y salida

y consolidar ó hacer llano y firme el fondo, si se necesita, con faginas rellenas de piedras. Estas faginas ó bien sacos, cajones, toneles llenos de piedras, arena ó grava sirven para elevar un poco el piso ó fondo de un vado, que en algun pequeño trozo tenga hoyos ó mayor profundidad.

Ordinariamente la infantería pasa primero; luego la artillería, y el tren ó bagajes; la última, la caballería. Al pasar los soldados de infantería, se perfilan un poco, retirando el hombro de agua arriba; fijan la vista en el punto de la orilla por donde han de salir, para evitar el mareo; se agarran de la mano y no dejan hueco entre sí, sinó la suficiente distancia entre las secciones. El fusil y la cartuchera se ponen si es necesario sobre la mochila. Agua abajo siempre debe haber botes, balsas, ó una fila de ginetes, ó de gruesos pilotes clavados, por cuyas cabezas pasa una maroma, de la que cuelgan muchas cuerdas cortas para agarrarse. Agua arriba hay que situar á veces escuadrones enteros para romper la fuerza de la corriente. Otras, el vado se estropea y los infantes concluyen por pasar á la grupa.

Se debe evitar en lo posible el *paso por vados* á la *infantería*. Puede alterar la salud; siempre se molesta y desanima la tropa al verse mojada, y sobre todo las armas y municiones. Un enemigo listo podrá aprovechar la coyuntura, echándose sobre las primeras fuerzas que pasen. Algo se corrige pasando algunos infantes á la grupa ó en carros del país si es posible.

La *guarda* y *defensa* de un *vado* suele ser servicio pesado y deslucido. Donde hay un vado casi siempre hay otros cerca, por los cuales el enemigo rodea y envuelve. Más vale inutilizarlos y contentarse con la simple *observacion*. Si fuese forzoso defenderlos se consideran como *puentes*, con la diferencia de que no admiten *cabeza* en la otra orilla, sinó que se defienden desde la propia. La única ventaja al defender un vado es que el enemigo, como queda dicho, salga mojado.

Para destruir ó inutilizar un vado se abren zanjas al través, esparciendo á los lados la arena ó grava que pro-

duzcan. Al perder pié el enemigo, no puede ménos de sufrir el efecto moral, y aunque el material sea poco, se detendrá receloso. Tambien desaparece un vado si se aumenta el volúmen de las aguas haciendo diques, soltando compuertas. En ninguna otra parte mejor que en un vado, tiene aplicacion el género de obstáculos, que con el nombre de *defensas accesorias*, se indican en el capítulo XV *abrojos*, *piquetes*, *arados*, *trillos*, *mantas*, *viñas*, *talas*, sobre todo si se añaden algunas ligeras *obras de campaña*.

Para *guardar un rio* de bastante anchura y cuya profundidad media sea de 1m, 50 á 2m, es preciso romper ó inutilizar cuidadosamente los vados, y á veces no bastando esto, construir ligeros *atrincheramientos* en frente de los puntos más peligrosos, que suelen ser los que ofrecen recodo saliente hácia el enemigo. La disposicion ordinaria de estas pequeñas *obras*, fig. 47, se reduce á una simple *trinchera* ó zanja, para cubrir á los tiradores y que la puedan saltar cuando convenga, con aberturas *C* y *D* para que salga la caballería y una *flecha*, *luneta*, *blockhaus* etc. avanzada, segun la importancia del caso, y el tiempo y brazos disponibles.

Paso en barcas.

En rios anchos y navegables, ocurre muchas veces que un destacamento de vanguardia tiene que atravesarlos en varias barcadas. La *barca* ó *ponton* determina por su capacidad la fuerza que deba pasar. El soldado se sienta en los bancos y atiende á preservar de la humedad su arma y municiones. Se facilita el embarco y desembarco, arreglando la orilla con un ligero *muelle* ó con unos cuantos tablones.

Los pontoneros, como ántes se dijo, llaman *compuerta de embarque* á un trozo de *puente militar* esto es á dos *pontones* unidos con sus corespondientes *viguetas* y *tablero*, que se mueve de una orilla á otra con ayuda del *remo* ó del *bichero*. En los grandes pasos, estas *compuertas* son las que llevan á la otra orilla las primeras tropas.

Paso á nado.

Se citan casos, no muy frecuentes, de grandes cuerpos de tropas que han pasado rios á nado. Es más comun en los pequeños *destacamentos* de infantería ó caballería, en la generalidad de su servicio, especialmente cuando se intenta un *golpe de mano*; ó se necesita arrojar alguna fuerza enemiga que quiere embarazar la construccion de un puente; ó se quieran traer barcas y otros materiales á propósito para esta construccion y que esten en la otra orilla.

De todos modos, para pasar un rio *á nado* lo primero es buscar un paraje en que no sean escarpadas las orillas, ni muy rápida la *corriente*. Por supuesto nunca «se lucha contra ella» al atravesar el rio, sinó que se cede á su accion. La caballería entra á cierta distancia «agua arriba» del punto de la orilla á que quiera abordar, y en columna cerrada, con extenso frente, á fin de resistir mejor al impulso del agua y sostenerse mútuamente hombres y caballos. Si no por esta razon, siempre hay que hacerlo para abordar con más fuerza á la otra orilla y atacar con mayor vigor cuando el enemigo está presente. Entre las columnas, sin embargo, quedan intervalos de trecho en trecho, para no impedir enteramente el paso del agua.

La caballería, si tiene alguna costumbre y buenos caballos, pasa un rio á nado perfectamente. Aconsejan algunos que el primer caballo se lleve con el pico algo torcido hácia la corriente; la cabeza del que sigue tambien algo vuelta se le hace descansar sobre la silla del primero y así de los demás. Los caballos flojos ó viciosos se dejan los últimos. El ginete al entrar en el agua debe levantar hácia atrás las piernas todo lo posible, inclinar por consiguiente el cuerpo adelante; coger con la mano derecha un puñado de crines, y sostener con la izquierda las riendas, levantando la cabeza del caballo para que vea bien la orilla opuesta, animándole si se cansa. Generalmente en los pasos á nado de la caballería, como los caballos aunque nadan bien sumergen la grupa, deben proporcionarse bo-

tes, barcas ó balsas y en ese caso en ellas van los ginetes con las monturas, grupas, armas, llevando del ronzal á los caballos que atraviesan á nado. Cuando se hace un desembarco, muchas veces se dejan sueltos los caballos, que por su instinto nadan hácia la orilla, singularmente si en algun punto visible de ella se colocan algunos otros á fin de que los vean los que van nadando.

Para la infantería el paso á nado siempre es mucho más fatigoso. Se hará lo posible porque el vestuario de los nadadores vaya en barcas ó pequeñas balsas, que ellos mismos tambien podrán ir empujando. Tambien convendrá, cuando se pueda, que lleven individualmente un arma ligera, una lanza en la mano, un sable entre los dientes un pequeño revolver y algun cartucho en el morrion bien sujeto con un pañuelo ó las carrilleras. En estos lances siempre hay que contar con que la superioridad *moral* que da la audacia, compensa la inferioridad de las armas y del número. Los cinturones llamados de salvamento, de goma ú otras materias, usados en las escuelas de natacion, no hay duda que pueden tener grande utilidad.

Paso sobre el hielo.

En España no es comun helarse los rios; pero como el oficial español puede hacer la guerra en otros paises y otros climas, debe saber que el hielo necesita una consistencia de 0,^{m}09 á 0,^{m}1 para infantería con filas abiertas, y por pequeñas secciones, (dejando siempre un intervalo doble de su frente) y áun para piezas muy ligeras; 0,^{m}13 á 0^{m},16 para artillería de batalla más gruesa, y 0,^{m}27 á 0,^{m}30 para grandes pesos.

Desde luégo se comprende todo lo que tiene de eventual confiar el paso de una tropa crecida al hielo, es decir, á la *temperatura* que suba ó baje un par de grados. Si á esto se añade que la tropa venga *perseguida*, el más pequeño desórden y el aglomerarse en algun punto rompe la capa de hielo, por gruesa que sea, y puede ocasionar una catástrofe.

Los proyectiles de la artillería francesa ocasionaron la

de una columna austriaca en la célebre batalla de Austerlitz, rompiendo la espesa capa de hielo sobre la que confiadamente marchaba.

Conviene cubrir el sitio de paso con tablas ó ligeras capas de paja, tierra, ó estiércol para que no haya peligro de que los caballos rompan el hielo, y tambien para que el peso se reparta en mayor extension superficial. Se aumenta el espesor del hielo, cubriéndolo con paja larga ó ramaje menudo, ó clavando «agua abajo» tablones con piquetes para que rebalsen un poco el agua y se hiele más pronto.

Por supuesto las piezas de artillería no pasan rodando, sinó á brazo en trineo ó rastra, que se improvisa poniendo debajo de cada rueda un fuerte tablon y calzándolas con cuñas.

La presion de lo que primero pasa produce fuertes y alarmantes chasquidos; pero no hay recelo miéntras el agua no brote por las grietas.



CAPITULO XI.

OPERACIONES EN MONTAÑAS.

No existe—y sería utilísimo por cierto—un tratado especial y completo sobre la *guerra de montaña.* Cabalmente en esta especie de guerra, en que tanto escasean y se contradicen los preceptos, es donde más se necesita y desarrolla la «individualidad del oficial particular,» y donde, por obrar independiente con más frecuencia, convendría ilustrar y ayudar su celo con reglas seguras, prácticas y en lo posible generales; pero no pudiendo aquí entrarse en largas ni profundas consideraciones, se suplirá el vacío, quizá forzoso, que en esta parte ofrecen los tratados, con algunos textos de grande autoridad, y con rápidas indicaciones *tácticas*, en armonía con las *topográficas* y *geológicas* que se apuntan en el capítulo XVI de los *Reconocimientos*, como lugar más adecuado.

Trascribiremos textual, por via de definicion, el siguiente párrafo de un elegante autor español.

«La guerra de montaña es casi siempre la guerra del débil contra el fuerte. No es un resultado, es un medio; no es un problema que se resuelve, es un problema que se plantea; no es el drama completo de una guerra, es la introduccion ó un episodio de ella, porque, ó bien se reduce la lucha á que un corto ejército cierre el paso de las montañas á un enemigo poderoso, ó es una naciente insurreccion que, para crecer y propagarse, necesita guarecerse en

19

las escabrosidades de una sierra hasta que pueda esgrimir sus armas en campo abierto.»

«De un modo ó de otro la guerra consiste en el empeño por parte de uno de los ejércitos de hacer bajar á la llanura á su enemigo: y por éste, en no bajar hasta que, por haber crecido su fuerza ó por haber perdido la suya el contrarío en combates parciales sea superior á él en campo raso. No es por consiguiente una guerra de grandes batallas ni movimientos generales; porque ni el terreno lo permite, ni uno de los dos adversarios lo consiente: sinó que es una combinacion de pequeñas maniobras, ardides, sorpresas, rápidas marchas y choques aislados, todos independientes al parecer, pero todos subordinados á un plan general; porque sinó la campaña sería interminable y los hechos se compensarían unos con otros.» (*Villamartin.*—Noc. del a. m.—pág. 616).

Estando tan fresca la memoria de nuestra guerra civil de los siete años no hay para qué insistir sobre las graves dificultades de la *guerra de montaña.* Basta recordar aquellos cambios y vacilaciones de *plan*, aquellas impaciencias y lentitudes, aquellos desastres por ambas partes, para comprender todo lo que envuelve de imprevisto, de anómalo y sangriento. Porque debe recordarse tambien como enseñanza, que algunos generales y jefes, de los dos bandos, que sufrieron desaires de la fortuna, traian su envidiable reputacion de las célebres guerras de la Independencia y de América.

Con razon dice Roquancourt «La guerra de montaña es la escuela por excelencia de la guerra en grande (grande guerre); pero ésta no enseña siempre lo que en aquella conviene hacer.»

Rebuscando entre las máximas de Napoleon I esparcidas en las memorias que se le atribuyen, sólo se encuentra sobre la guerra ú operaciones de montaña alguna regla tan vaga como ésta: «La índole de la guerra de montaña consiste en escoger campos situados á la espalda y sobre los flancos del enemigo, á fin de forzarle á desalojar sin combatir, ó á escoger otras posiciones si quiere conservar alguna ventaja. En la guerra de montaña el que

ataca lleva desventaja: la habilidad consiste en esquivar la ofensiva, no atacar de frente las posiciones, sinó desalojar al enemigo envolviéndolo y flanqueándolo. (Mem. de *Montholon.*—Tom. 3—pág. 62.)

Esto, como se vé, nada resuelve. Los franceses consideran al duque de Rohan, que combatió contra la casa de Austria en el siglo XVII, como el primer escritor y general moderno que ha dado y aplicado algunos preceptos útiles. Este francés exige un principio capital «la posicion de las cumbres». Pero otro francés de últimos del siglo pasado, Lecourbe, tenido tambien por maestro en su país, prescribe al contrario «marchas hábiles por los valles» ocupando las desembocaduras. Tenemos pues los dos extremos.

Dice Luis Blanc en su discurso VIII: «Primeramente se dió una importancia exagerada á la posesion de las cordilleras más elevadas; pero la vista de grandes ejércitos con todas armas maniobrando sobre ellas, junto con las reflexiones de la ciencia, ha hecho conocer que en los valles es donde se defiende y se domina la parte montañosa de los paises, estratégicamente considerados.»

Si acudimos á Jomini, que tiene la pretension de dar reglas para todo, nos deja sumidos en mayor incertidumbre.

Por ejemplo, respecto á esta cuestion capital de ocupar *valles ó alturas*, dice textualmente en su compendio: «Mucho tiempo hace que se duda si la posesion de las montañas hacia dueño de los valles, ó si debe suceder al contrario. El archiduque Cárlos, juez ilustrado y competente, se inclina al segundo extremo, y ha demostrado que el valle del Danubio era la llave de la Alemania meridional. Sin embargo es menester convenir en que todo depende en esta clase de cuestiones de las fuerzas relativas y de las disposiciones del país.»

. . . .

«En el estudio de los hechos es donde se puede reconocer cuán vanas son las teorías de detalle (sic) y asegurar que una voluntad firme y heróica puede más especialmen-

te en la guerra de montaña que todos los preceptos del mundo. En vista de semejantes lecciones me atreveré á decir que una de las principales reglas de esta guerra es *no aventurarse en los valles sin asegurarse de las alturas*, máxima sencilla, que ningun capitan de cazadores debe ignorar.»

. . . .

«Algunos escritores han presentado las altas montañas como otras tantas murallas de la China, inaccesible á todo el mundo: al paso que tratando Napoleon de los Alpes Réticos, decia que un ejército debia pasar por donde un hombre pudiese pasar á pié.»

«Algunos generales, no ménos experimentados que él en la guerra de montaña, han tenido sin duda la misma opinion, proclamando la gran dificultad que hay en dirigir en ellos una guerra defensiva, á no reunir las ventajas de un levantamiento en masa de las poblaciones á los recursos de un ejército regular; el primero para guardar las cimas y acosar al enemigo; y el segundo para presentarle batalla en los puntos decisivos de reunion de los grandes valles.»

«Al censurar estas contradicciones—continúa el mismo Jomini—no lo hacemos por espíritu de murmuracion, sinó únicamente de mostrar á nuestros lectores, que léjos de haberse llevado el arte á sus últimos límites, quedan todavía muchos puntos que discutir.»

Y en efecto para que todo parezca dudoso y contradictorio en la *guerra de montaña*, hasta la *defensiva* misma tiene sus escollos, y está muy léjos, en ciertos casos, de esa ventaja incondicional y absoluta que el raciocinio y la teoría le atribuyen.

Nada probará mejor este aserto que los siguientes párrafos tomados á la letra del conocido autor que vamos citando.

«Cuando un país cortado por montañas viene á ser el teatro principal de las operaciones de dos ejércitos no pueden calcularse enteramente las combinaciones de la estrategia sobre las máximas aplicables á los países abiertos.»

«Efectivamente, las maniobras trasversales para ganar las extremidades del frente de operaciones del enemigo son más difíciles de ejecutar en él, y áun con frecuencia imposibles: en país semejante no puede operarse con un ejército considerable, sinó en un corto número de valles, donde el enemigo habrá tenido cuidado de colocar fuerzas á vanguardia, suficientes á entorpecer la marcha el tiempo necesario para pensar en los medios de dejar burlada la empresa; y como en los contrafuertes que separan estos valles no hay por lo comun más que sendas insuficientes para los movimientos de los ejércitos, no podrá hacerse ninguna marcha trasversal sinó con ligeras y cortas divisiones.»

«Los puntos estratégicos importantes marcados por la naturaleza en la confluencia de los valles principales, ó, si se quiere, en la de los rios que van encajonados en ellos, están trazados tan claramente que seria necesario ser ciego para no conocerlos; así es que siendo poco numerosos si los ocupa el ejército defensivo con el grueso de sus tropas, el agresor, para desalojarle de ellos, se verá en la necesidad de recurrir á los ataques directos ó de viva fuerza.»

«No obstante si los grandes movimientos estratégicos son en ellos ménos frecuentes y más difíciles, no por esto son ménos importantes; porque si el invasor llega á apoderarse de uno de estos nudos de comunicacion de los grandes valles sobre la línea de retirada del enemigo, es aún más probable la pérdida de éste que en los países llanos, respecto á que á veces bastaria ocupar en esta línea uno ó dos desfiladeros de difícil acceso para causar la ruina de un ejército entero.»

«Además si el que ataca tiene dificultades que vencer es necesario confesar que no las tiene ménos el ejército defensivo, por la necesidad de cubrir todas las salidas por donde podria llegarse en masa á estos puntos decisivos, y por los obstáculos que las marchas trasversales le opondrian cuando se tratase de volar á los puntos amenazados.»

«Por otra parte, en un país llano puede el general que esté reducido á la defensiva, conservar una gran parte de sus fuerzas reunidas; porque si el enemigo se divide para

ocupar todos los caminos que el tal general pudiese tomar en su retirada le será fácil pasar arrollando á esta multitud de divisiones aisladas; pero en un país montañoso, en que por lo comun no tiene un ejército más que una ó dos salidas principales, á las que van á parar otros muchos valles en la misma direccion del distrito que ocupa el enemigo, es más difícil de concentrar las fuerzas respecto á que si se descuida uno sólo de estos importantes valles podrán resultar graves inconvenientes.»

«En efecto nada puede demostrar mejor la dificultad de la *defensa estratégica* de las montañas que el embarazo que se experimenta al querer dar no ya reglas sinó consejos á un general á quien se haya cometido este encargo. Si no se tratase más que de la defensa de un sólo frente determinado de operaciones de poca extension y formado por cuatro ó cinco valles ó radios, convergentes hácia el nudo central de ellos á dos ó tres marchas cortas de la cima de la cordillera, no hay duda en que sería más fácil esta defensa. Bastaría entónces recomendar la construccion de un buen fuerte sobre cada uno de estos radios, en el punto más estrecho y más difícil de flanquear, y colocar bajo la proteccion de estos fuertes algunas brigadas de infantería para disputar el paso; entre tanto que una reserva de la mitad de un ejército, apostada en este nudo central de la reunion de los valles, estuviese en disposicion, ó de sostener las vanguardias más amenazadas, ó de caer en masa sobre el atacante cuando quisiese desembocar teniendo todas las columnas reunidas para recibirle. Agregando á esto unas buenas instrucciones á los jefes de estas vanguardias, tanto para señalarles el punto de reunion, tan luégo como la línea se rompiese, cuanto para prevenirles continuasen obrando en las montañas sobre los flancos del enemigo, se podria creer entónces invencible por los infinitos obstáculos que las localidades presentan al invasor. Pero, cuando á los lados de este frente de operaciones se hallan otros más ó ménos semejantes á derecha é izquierda; cuando se trata de defender á un tiempo todos estos frentes, so pena de ver caer rendido á la primera aproximacion del enemigo, el que se hubiese descuidado, entón-

ces varía la tésis, se aumenta el embarazo del defensor á medida que se aumenta la extension de la línea de defensa y aparece el sistema de los cordones con todos sus riesgos sin que sea fácil adoptar otro.»

. . . .

«El concentrar sus fuerzas en las llanuras es un sistema natural; pero en un país de gargantas difíciles, es entregar las llaves del país al enemigo, y entónces no se sabe ya en qué punto será posible reunir un ejército inferior sin comprometerlo.»

. . . .

«Parece que los hechos históricos prueban que si los paises de altas montañas son favorables á la *defensa táctica,* no lo son igualmente á la *estratégica,* que, obligando á diseminarse, debe buscar un remedio á este inconveniente, aumentando su movilidad con el fin de pasar frecuente y fácilmente á la ofensiva.»

Recordará el lector que al definir en el capítulo VIII la *ofensiva* y la *defensiva*, procuramos establecer alguna distincion entre las dos voces *defensiva* y *defensa.* Jomini en este último párrafo la pone de relieve. La *defensiva* en grande, en conjunto, ó lo que es lo mismo, la *defensa estratégica* no es tan favorable en las montañas como la *defensa táctica*, es decir, local, parcial, sucesiva de las fuertes *posiciones* que en ellas abundan.

Un general, muy conocido por lo profundo y sentencioso de su lenguaje, dijo no hace muchos años que se podia perder una campaña ganando todas las acciones. Fecunda aplicacion puede tener este dicho á la *guerra de montaña*, tanto por parte del defensor como del agresor.

Cerraremos estas largas trascripciones, que son evidentemente necesarias para imprimir autoridad en materia tan árdua y compleja, con los siguientes párrafos en que el mismo autor resume las principales condiciones y embarazos de la guerra de montaña.

. . . .

«Podria decir tambien que en esta guerra más que en

cualquiera otra se debe tratar de hacerla á las comunicaciones del enemigo; en fin que en estos países escabrosos, buenas bases temporales ó líneas de defensa establecidas en el centro de las grandes confluencias y cubiertas con reservas estratégicas unidas á una gran movilidad y frecuentes ataques ofensivos, (sic) serán los mejores medios para defender el país.»

«No es posible sin embargo terminar este artículo, sin hacer observar que los países de montañas son particularmente favorables á la defensiva, cuando la guerra es verdaderamente nacional, y las poblaciones sublevadas defienden tenazmente sus hogares con el entusiasmo que presta una causa justa: entónces cada paso que da el invasor le cuesta los mayores sacrificios. Mas para que el triunfo corone la lucha, es necesario siempre que las poblaciones estén sostenidas por un ejército disciplinado, más ó ménos numeroso, sin cuyo apoyo pronto sucumbirán los valientes habitantes como los héroes de Stanz y del Tirol.»

. . . .

«Sería un absurdo pretender dictar preceptos fijos para complicaciones que se multiplican á lo infinito por las localidades, los recursos del arte, el estado de las poblaciones y el de los ejércitos. La historia..... pero la historia escrita con discernimiento y bien presentada, he aquí la verdadera *escuela de la guerra de montaña.*»

Todo lo expuesto concurre á demostrar que la carencia, que al principio deplorábamos, de un *tratado especial* sobre este difícil ramo del *arte de la guerra,* quizá provenga de la imposibilidad de compilarlo. Tan varias son efectivamente las condiciones de esta especie de *guerra* bajo los dos aspectos ofensivo y defensivo. Desde luégo no hay en la superficie del globo dos países ó comarcas montañosas de fisonomía y *estructura* parecida, de rasgos y accidentes, no idénticos, sinó semejantes. El deseo de esclarecer y confirmar esta idea nos ha movido á incluir algunas consideraciones *geológicas* en el capítulo XVI de *Reconocimientos* que podrán parecer extrañas, que son indudable-

mente ligeras; pero de ningun modo inoportunas, dada la índole de esta obra, y su propósito de llamar la atencion con preferencia sobre aquellos puntos más importantes á que debe consagrar su estudio el oficial.

Es evidente que en las montañas, mucho más que en las llanuras, abundan las *posiciones naturales*, tanto como las *comunicaciones* generalmente escasean. De aquí podría deducir el espíritu imprevisor ó ligero que son, sinó inútiles, muy embarazosas por lo ménos las dos armas de caballería y artillería, y de todo punto excusados los recursos de la *fortificacion de campaña*. ¿A qué fortificar lo que la naturaleza ha hecho fuerte? Y sin embargo, por una de esas aparentes contradicciones que erizan y dificultan el estudio y la práctica del arte, no se abrirá un libro juicioso, áun de aquellos destinados por desgracia á desvirtuar la *fortificacion*, que no recomienden el uso contínuo, indispensable en la *guerra de montaña*. Las consideraciones que encabezan el capítulo XV tienden á robustecer este fecundo principio.

En llanuras, visiblemente, no es tan fácil cortar y envolver a un ejército de 100.000 hombres que no lo quiera permitir. Todo se reduce á *cambiar de frente*. Pero en montañas, estos cambios son por todo extremo difíciles y ocasionados: no hay espacio para maniobrar y desenvolverse; y se necesitan además *ejes*, puntos fijos, que no pueden ser constituidos, como en lo llano, por grandes masas de tropas.

Tambien se abulta y pondera en demasía la escasez de *comunicaciones*, mucho menor desde principios del siglo presente. Si el defensor, á quien ha de suponerse notable inferioridad numérica, desdeña, por indolencia ó por sistema, los recursos de la *fortificacion*, si prudentemente no convierte en *puestos* las *posiciones* ¿cómo ha de cubrir, ó si pudiera decirse, tapar los boquetes, los *nudos* de valles y cumbres, los *puntos vulnerables* por donde asoma y ha de entrar al fin la punta de la espada agresora.

Resumiendo la escasa y oscura doctrina que de los libros, aunque sean buenos, puede exprimirse, resulta que en la *guerra de montaña*, más que en otra alguna, al paso

que se evite el ataque de frente contra ciertas posiciones y puestos es recomendable la actividad maniobrera, la anticipacion, la prioridad, la iniciativa. La ventaja es siempre, no del que primero *ataque*, sino del que primero *ocupe*. Todo cuerpo de tropas que estacione mucho tiempo al descubierto, que se aglomere y estanque sobre un punto fijo en las montañas, cuanta mayor sea su fuerza y mayores por consiguiente sus necesidades, más inminente y segura tiene su disolucion y su ruina. Por más que á primera vista parezca lo contrario, ni áun la *defensiva* puede ser inerte, pasiva, absoluta.

La *ofensiva*, mucho ménos. Ya formen las montañas un simple obstáculo lineal ó barrera, que se deba salvar como largo *desfiladero*, para caer en el llano de la otra parte; ya constituyan el *teatro de la guerra* y el *núcleo defensivo*, la accion de la *ofensiva* debe ser eficaz, más áun que en las llanuras, por su energía, por su *iniciativa estratégica*, si bien templada por gran mesura y circunspeccion *táctica* en las *marchas*, *encuentros* y *combates*. Si en la *defensiva* entra por mucho el *terreno*, la *ofensiva* requiere su exacto «conocimiento,» que no puede obtenerse sin continuos, prolijos y acertados *reconocimientos*. Bien se vé que sin aquel y sin estos, los amagos, las demostraciones, los falsos ataques y llamadas, tan recomendables para que el enemigo se esparza y desatienda los puntos codiciados, podrian llegar á ser una série de *choques* sin resultado, ó quizá una suma de sangrientos descalabros. Nada más frecuente, ni más censurable, en la *guerra de montaña* que la manía de tomar, y perder, y volver á tomar *posiciones*, dejándolas encharcadas de sangre, para estar al fin de la jornada peor que al principio, y quizá teniendo á la espalda msá envalentonado el enemigo que ántes estaba al frente.

Si en la guerra de montaña influye con preferencia la estructura y naturaleza del *terreno* no hay que desatender ideas y elementos que se relacionan con la *organizacion* y con la *política*. Esta última, singularmente, acrecienta los embarazos al *constituir la guerra* y al proseguirla. Si unas veces conviene el sistema, hoy tan conocido en medicina,

de «similia similibus,» ó de herir por los mismos filos, es decir de contra-guerrillas, de dispersion, de dislocacion; otras veces convendrá *localizar la guerra* para establecer ese *cordon* ó *bloqueo* como hoy se dice «hermético;» otras, en fin, obrar, como el ariete sobre una muralla, por golpes repetidos de una «masa» única y poderosa.

Demostrado hasta la evidencia cuán varia y complicada es la *guerra de montaña* en su esencia, todas las reglas que se quisieran deducir para sus *operaciones secundarias* y pormenores de ejecucion, forzosamente participarian de ese mismo carácter ambiguo y circunstancial. Ya se ha visto, por ejemplo, que no es posible estatuir sobre la conveniencia de la posesion separada de las *cumbres* y de los *valles*. Unos ú otros predominarán segun los casos; pero en todos su enlace es manifiesto, su correlacion visible: nunca se podrá maniobrar sinó sobre entrambos á la vez. Aquí el *grueso* de la *columna* marchará por lo alto, y su gran *flanqueo* por lo bajo: allá, inversamente, los cazadores y áun fuertes *destacamentos de flanco*, cubriran desde las cumbres el *grueso* que marche por el valle. Esta última será la disposicion más ordinaria. Segun tambien el espacio de que se disponga, la artillería con vivo cañoneo podrá apoyar un rápido despliegue, ó con más frecuencia, en valles encajonados, se tendrá que romper el ataque desde luégo con las cabezas de columna. La índole de esta guerra prescribe *destacamentos*, amagos, *sorpresas* en la *ofensiva*; pero tambien á la *defensiva* le proporciona, en compensacion, continuas *estratagemas*, *lazos* y *emboscadas*. La inaccion es funesta: y tambien puede serlo la impaciencia, la inquietud atolondrada, el movimiento sólo por moverse, sin *plan* y sin *objeto*. En llanura la vista va fija en la *vanguardia*; pasa por jefe cauto y previsor el que cuida de sus *flancos:* todavía esto no basta en las *montañas*. Hay mucho que temer por la *retaguardia*; pero excusado es insistir respecto á lo desastroso de algunas *retiradas*, en el país, cuyos anales ilustran en sus primeras y oscuras páginas los nombres sagrados de Covadonga y Roncesvalles. De modo que el movimiento es preciso, pero con exquisita precaucion, tanto en avance como en retirada. En esta úl-

tima especialmente, debe reinar íntima conexion entre todas las tropas del *valle*, de las *laderas*, de las *cumbres*, para evitar grandes claros ó intersticios que pueda aprovechar el enemigo.

En la imposibilidad absoluta de defender, cubrir y tapar todos los pasos y accesos, la *defensiva* muestra su tino y prevision en discernir cuáles son los más *característicos* sospechosos ó amenazantes. En los que se reunen y confluyen interiormente, ya se sabe que ha de situarse el *grueso* de las fuerzas: en los otros accesorios bastan *puestos* pequeños, bien atrincherados, con escasa guarnicion; muchas veces *avanzadas* y áun simples *avanzadillas* de aviso y alarma. En cuanto el agresor (á la manera que en el paso de un rio V. cap. X.) señala y determina su verdadero *ataque*, todos los *puestos*, ya inútiles, se repliegan velozmente para no quedar cortados, y hostilizar incansables el *flanco* enemigo. Supuesto en el defensor minucioso *conocimiento del terreno*, casos habrá en que léjos de esperar *en posicion* al que le ataca, podrá salir á recibirlo con esa audacia que desconcierta al más templado. Se entiende que esto ha de ser dentro del *núcleo montañoso*; pues el que de las montañas baje al llano, ya sabe que le ha de esperar el enemigo en masa y concentrado al desembocar; por consiguiente ha de reunir á distancia conveniente las cabezas de sus columnas.

La interesante materia de este capítulo, que apenas dejamos desflorada en su abstracta generalidad, recibe algun esclarecimiento en otros varios sobre ciertos pormenores, y más directamente en el VI y VIII, destinados á las *posiciones* y *combates*; sin embargo la positiva importancia que aquellas tienen en la *guerra de montaña* nos obliga á particularizar aquí, meramente como ejemplo, algunas de sus principales especies y condiciones.

Abundan efectivamente en las comarcas montañosas las *posiciones*, singularmente *defensivas*, que reunen la doble cualidad de *dominacion* y *dificultad de acceso*; mas á pesar de los bosques, torrentes, barrancos y quebradas que ordinariamente cubren las alas, téngase en cuenta que rara es la *posicion* en montaña que no pueda ser circuida, envuel-

ta ó amenazada por un enemigo tenaz y emprendedor, valiéndose de senderos ó caminos laterales más ó ménos insuperables, y desconocidos á veces hasta de los mismos habitantes del país. No hay, pues, que dar al adjetivo *inexpugnable* un valor absoluto.

Esa misma dificultad de acceso impone casi siempre á la *defensa* el carácter *pasivo* tan favorito del militar indolente; todo el que no lo sea procurará, pues, modificarlo en lo posible, quedándose en razonable aptitud de desplegar alguna *ofensiva* en caso de ventaja.

Las posiciones de montaña están, como se ha visto, en los *valles* y en las *cumbres*. Ordinariamente, como tambien se ha dicho, el *grueso* de la fuerza ocupa el *fondo* ó como algunos llaman la *solera* del valle: miéntras que pequeños destacamentos observan desde los puntos culminantes. Pero tambien se advirtió que no debe excluirse la combinacion inversa en ciertos países montañosos, en los que las comunicaciones principales ó más fáciles corren «á lo largo de las cumbres.»

En los valles ú hondonadas la *posicion defensiva* puede tener una direccion perpendicular á la *corriente de agua* que determine su *fondo*, ó por el contrario paralela, desenvolviéndose á lo largo de la falda ó, como técnicamente se dice, *á media ladera*. La primera cierra efectivamente el paso (véase lám. II, fig. 34 y 36) pero algo cercena esta ventaja el inconveniente de la *dominacion* de los flancos en ambas vertientes, y la interrupcion, á veces grande, que la corriente de agua ocasiona en el centro. De aquí la necesidad imprescindible de ocupar las dos alturas. Por lo demás, esta especie de *posicion* entra en la de los *desfiladeros*, á los cuales por su importancia se destina á continuacion artículo separado.

La otra disposicion *á media ladera*, si bien favorable á la defensa, por cuanto el rio lo cubre por el frente y domina el flanco inferior, en cambio el superior, es decir el que se aproxima al orígen ó *cabecera* del valle la dominará probablemente. Hay, pues, que vigilar escrupulosamente el acceso por este lado. De todos modos esta posicion poca ventaja tendrá sino se *domina* la vertiente opuesta.

Viniendo á las cumbres ó alturas, se comprende que las reglas para su eleccion, ocupacion y defensa han de variar segun su respectivo *perfil* (así se llama un corte imaginario ó seccion trasversal de la montaña) segun la mayor ó menor pendiente de las *faldas* ó *laderas*, y segun tambien la naturaleza cubierta ó rasa y la *estructura* del *suelo* que las forme. Este ángulo de inclinacion ó declive, es decir, el que la vertiente forma con el plano horizontal determina sensibles diferencias. El de 45 grados, ó mitad del ángulo recto, se considera técnicamente como inaccesible ó impracticable; el de 42 grados en terreno arenisco es el límite casi para el cazador; el de 35 es muy difícil todavía el de 15 lo es para acémilas cargadas; el de 7 á 8 se considera como máximo para carruajes. De manera que puede llamarse declive, ó pendiente, ó rampa *suave* la que varía entre 8 y 15 grados: *fuerte* ó agria desde 30 á 40.

Aquella favorece el fuego *rasante* y la reaccion ofensiva contra el que ataca: esta última perjudica bajo ambos aspectos. Visiblemente la primera, más casi que *defensiva*, está indicada como *posicion ofensiva*: miéntras que la segunda, por lo que embaraza y dificulta los movimientos agresivos, convida á la defensa *pasiva* y absoluta. Por eso el sistema de alturas con alternativa de pendientes, con resaltos ó rellanos, bermas y escalones, dá á la *posicion* un carácter *mixto* que concilia ventajosamente los dos extremos.

La de pendiente muy suave y descubierta (de 8 á 15 grados) se ocupa, ó técnicamente, se *corona*, disponiendo el grueso de la infantería á 40 ó 50 pasos lo más de la *cresta militar*, como suele llamarse á la *arista* ó línea, no muy marcada de encuentro del plano de la *pendiente* con el de la *cumbre* ó meseta. Sobre ella se establece la artillería destinada á barrer con fuego *rasante* la rampa de subida. Mas, por suave y lisa que esta sea, siempre tendrá algunos árboles, matas, hoyos y asperezas que utilizarán los cazadores. Estos, al avanzar el enemigo, cuidan de replegarse por los flancos, para dejar libre el frente á la infantería de la cima que, despues de hechas sus descargas, bajará probablemente cargando á la bayoneta. Si lo hace, los ca-

zadores no pierden la ocasion de acosar por el flanco al enemigo rechazado.

Respecto al ataque, sabido es que si la localidad se presta, debe abrirse con un violento fuego de artillería seguirse con columnas cubiertas por densas guerrillas, que obliguen á la defensa á esparcir prematuramente su fuego y sus medios; y tan suave podria ser la rampa que hasta pudiera avanzarse desplegado en batalla ó en guerrilla mixta, sinó en columnas de medio batallon con guerrillas tapando los claros. Excusado es añadir que el arbolado, viñedos ú otras clases de cultivo impondrán la conveniente modificacion en cada caso.

En el *perfil* rápido de 30 á 40 grados puede considerarse el empleo de la artillería como excepcional para la defensa y el ataque. Si éste no la puede hacer subir, aquella no puede emplear el fuego rasante. Todo lo más, la de montaña desde léjos molestará con granadas. En esta clase de perfil se acomodan mejor las guerrillas avanzadas, sin embarazar al *grueso* que *corona* materialmente la *cresta*; y la reserva se sitúa más atrás, pronta siempre á todas las eventualidades.

Como todo se compensa, esta pendiente áspera y escarpada, que hace el fuego de fusil y de cañon algo ineficaz por lo *fijante*, permite en cambio al defensor echar á rodar troncos y peñascos contra el que va subiendo trabajosamente; y quizá ruede este mismo tambien, si al tocar la cumbre codiciada tiene corazon el defensor para usar bien la bayoneta y hasta la culata. Es, pues, el ataque de semejante *posicion* rudo y sangriento: generalmente se encomienda á guerrillas con fuertes reservas y el éxito depende en gran parte del arrojo individual del cazador, escitado por «el ejemplo del Oficial.»

Entre estos dos casos extremos, que forman límite, la naturaleza da á las *posiciones* de montaña combinaciones de infinita variedad que seria prolijo describir.

Si un gran *rellano* corta la *pendiente* en dos, la defensa lo utiliza, dividiendo tambien su fuerza en dos trozos. Pero cuidando mucho de la *comunicacion*, para que al evacuar el escalon bajo, no solo sea pronta y segura la *reti-*

rada, sobre todo de la artillería que se hubiese establecido, sinó que el frente quede al punto despejado para la accion de las tropas desde la *cresta* superior. Esta defensa escalonada hace el ataque más difícil y sangriento, en el hecho de hacerlo doble. Para evitarlo, debe el agresor, en cuanto se apodera del primer escalon ó resalto, procurar á toda costa que sus cazadores, sin descansar ni detenerse, sigan la huella del fugitivo, para mezclarse con él, si es posible, y desordenar la defensa superior.

Bastan estas ligeras indicaciones para demostrar lo que únicamente nos proponíamos: la dificultad científica que ofrece la *guerra de montaña* en su *direccion*, es decir, en la parte elevada y *estratégica*, concerniente al comandante en jefe; la variedad de lances, realmente embarazosa y contradictoria, con que aturde y desespera á los que ejecutan; y como consecuencia, lo conveniente, lo indispensable del «estudio anticipado,» para prevenir en lo posible las eventualidades de la práctica, en este ramo del arte, en que la «individualidad» se pone á prueba desde el cazador y el oficial subalterno hasta el coronel y el general.

Desfiladeros.

Desfiladero es voz técnica y propia de la milicia que ha pasado, como otras varias, al lenguaje vulgar. En su sentido más lato, táctico y topográfico, se aplica á toda angostura, á todo paso estrecho, á cualquiera extension de terreno «oprimida ó dominada por dos obstáculos laterales,» y donde la tropa, al pasar, tiene que disminuir notablemente el frente de su formacion, tiene que *desfilar* ó marchar *en desfilada*, de donde procede el nombre.

Para el militar, por lo tanto, no es *desfiladero* solamente lo que por tal entiende el vulgo, es decir, un paso estrecho ó garganta entre dos montañas; sinó tambien los vados, los puentes, los túneles, los caminos y carreteras sobre pantanos, entre bosques, entre una montaña y un rio, ó entre el caserío de una poblacion. En el país que cuenta en su variado territorio Termópilas como El Bruch,

Pancorvo y Despeñaperros, las *maniobras en desfiladeros* tienen grave y especial interés.

Para entenderse, conviene distinguir los *desfiladeros* en largos y cortos. Los primeros son los que, excediendo mucho en longitud ó trayecto al alcance de las armas, se prolongan por algunas horas y hasta por algunos dias de marcha. Tales pueden ser, los grandes valles y gargantas, ó calzadas á través de bosques, de terrenos pantanosos ó impracticables. En el otro grupo se cuentan puentes, vados, calles y en general pequeñas angosturas ó cañadas entre dos colinas. El *combate en las calles*, tal como se supone en el art. 8 del capítulo XV es un ejemplo perfecto de operacion ó maniobra en *cortos desfiladeros.*

Esta maniobra sobre un desfiladero, en general, puede tener carácter *ofensivo* ó *defensivo*, es decir, se desaloja al enemigo para pasar, ó se defiende y mantiene para impedir el paso. Como esto último es más frecuente, examinaremos con detencion algunos casos. La *ocupacion defensiva* de un desfiladero puede ser pasajera y momentánea, ó permanente y definitiva. La primera se ejecuta ordinariamente por una *retaguardia* que *cubre la retirada.* La segunda entra en la órbita de *operaciones secundarias*, en las que un cuerpo de tropas, ó gran *destacamento,* recibe órden terminante de conservar la posesion á toda costa y por tiempo indeterminado. En el fondo este es un caso particular de las *posiciones*, explicadas con generalidad en otros capítulos, y en el que entra como poderoso auxiliar la fortificacion de campaña. No nos detendremos, pues, en discutir al por menor las condiciones defensivas de cada *desfiladero.* Será excelente el constituido por dos bosques v. g., en que se pueda *cruzar* fuegos y *atrincherarse*; y será muy desventajosa una calzada, ó dique, ó viaducto entre dos grandes lagunas ó pantanos impracticables.

La ocupacion con objeto *ofensivo* tiene lugar para asegurar el paso de un ejército que avanza contra el enemigo. Concierne por lo tanto á la *vanguardia.* Construir una *cabeza de puente* (V. cap. X y XV) es un ejemplo de *ocupacion ofensiva.*

Un *largo desfiladero* admite en general tres modos de

ocupacion defensiva: estableciéndose delante, en el interior ó á la salida.

Una tropa que no disponga del tiempo ó medios necesarios para atrincherarse, toma delante de la entrada una disposicion semicircular, ó en abanico, apoyando las alas á retaguardia en los obstáculos locales que presente la *boca del desfiladero*. Por ejemplo: en un valle ó garganta las primeras alturas ó estribos; en un camino entre bosques, los primeros manchones y matorrales. En tal disposicion la artillería se distribuye donde esté más segura y obre mejor; donde cruce y acumule fuegos, sea en las alas ó en el centro. La caballería, siempre detrás, reunida y cubierta en lo posible, espía el momento de cargar *por el flanco* á la columna enemiga que avance. Bien se comprende que una *posicion* de este género lo mismo puede tomarla una *retaguardia* al cubrir retirada, que la *vanguardia* de una tropa en marcha ofensiva.

Y haremos aquí tambien una advertencia, repetida pero necesaria, sobre la diferencia que existe entre muchas operaciones de guerra evidentemente análogas y semejantes, segun se hagan, «en grande ó en pequeño,» con *ejércitos* pesados y numerosos y con ágiles y cortos *destacamentos*. Esta observacion, aplicable á *sorpresas* y *emboscadas*, se repitió en el capitulo VI de las *posiciones*. Sabido es que para un gran *ejército* se tiene por *posicion* mala ó defectuosa aquella que con buen frente tiene un *desfiladero* á la espalda. Napoleon I dice en una de sus máximas, en que con tanta frecuencia buscamos ilustracion y autoridad. «Es contrario á los usos de la guerra hacer entrar los parques y la artillería gruesa en un desfiladero de cuya extremidad opuesta no se haya uno apoderado: en caso de retirada se embarazaran y son perdidos. Se les debe dejar en posicion con escolta conveniente hasta ser dueño de la desembocadura.» No hay para qué demostrar el inmenso desastre que á un *gran ejército* puede acarrear el verse rechazado, acorralado sobre la estrecha boca de un largo desfiladero. Pues esta operacion, que el *arte* proscribe en absoluto para los *ejércitos numerosos*, la encarga, sin que por eso pierda su peligro relativo, á pequeños cuerpos y

destacamentos. De cualquier modo que se verifique, sea en defensiva, porque toda retirada es funesta; sea en ofensiva porque el avance es dificultoso á causa de no poder desplegar, el *paso de un desfiladero* nunca es fácil; pero la razon dicta que no hay comparacion entre la voluminosa *impedimenta* de un gran *ejército* y el escaso bagaje de un *destacamento ó columna volante*, que, para mayor movilidad suele dejar al desprenderse del grueso todo lo que abulta y embaraza, incluyendo á veces hasta lo indispensable, como la mochila y la grupa.

En grande y en pequeño es indudable que el defensor á la *entrada de un desfiladero* lleva implícitamente esa desventaja inicial y casi constante en la guerra del que espera y se defiende. No hay, pues, más remedio que suplir y compensar con *táctica* y *valor* lo desventajoso que la *maniobra* envuelve en sí. En ella justamente no hay eleccion de terreno: forzoso es acomodarse, clavarse al suelo. Irse muy adelante es buscar voluntariamente el ser envuelto y cortado, es desatender el *objeto* esencial que estriba en que el enemigo no se anticipe y guarnezca ó corone la entrada. Más vale, cuando ya no se pueda resistir el empuje, iniciar á tiempo el retroceso, retirando despacio la artillería y el escaso bagaje que se lleve, y, miéntras una parte escogida corra á establecerse en el interior ó á la salida, verificar el repliegue con la calma y el órden posibles, comenzando por las alas ó por el centro, segun convenga. La *extrema retaguardia*, es decir, la última guerrilla es á quien toca el peligroso honor de terminar la maniobra con felicidad dando tiempo á que su tropa se aleje.

Pasemos al caso en que el *desfiladero* se defienda en el interior. Si se dispone de tiempo y medios para *atrincherarse*, la operacion puede ser lucida; y algo ayudarán, para comprender lo que debe hacerse, los someros apuntes del capítulo XV y de la lámina II. Pero aunque no los haya, con utilizar bien la *estructura* natural del terreno, será posible detener ó embarazar grandemente al enemigo. Siempre que los *flancos* se apoyen en obstáculos realmente insuperables, como escarpes verticales ó grandes lagunas, se tiene ya ganada la mitad de la partida; pero cuidando

mucho de guardar, no sólo las alturas sinó los senderos que lateralmente desemboquen. Miéntras dura el *paso* ó la *ocupacion* el servicio de *descubierta*, *exploracion* y *flanqueo* dobla en fatiga y dificultad. Un destacamento de tres batallones, por ejemplo, envia uno entero, con el que ordinariamente va el jefe superior en persona á que se escalone y establezca, á que *corone* alturas y tape boquetes sospechosos. Si la ocupacion ó el paso es largo, hay que relevar á esta gente cansada y rendida de tanto trepar y bajar al cruzar barrancos trasversales. Como no puede haber *flanqueadores* ordinarios á larga distancia, y por el contrario se embeben, lo que resulta es un *flanqueo* peligroso, hecho «en grande escala» por toda la *columna* á la vez.

Naturalmente una *vanguardia en ofensiva* nunca tiene que pararse dentro de un desfiladero: quien tiene que hacerlo es la *retaguardia* que ántes dejamos acorralada contra la boca, ó el *destacamento* especial destinado exclusivamente á *mantener la posicion* por tiempo indeterminado. En ambos casos la artillería bien manejada, y sobre todo bien sostenida, puede hacer gran servicio en el *fondo* ó centro del *desfiladero* por angosto que sea; en resaltos y mesetas laterales, donde quizá podrá cubrirse fácilmente con ligeros *espaldones*, y sostenerse con diestros tiradores por arriba y por abajo.

Por último una tropa en las mismas condiciones anteriores puede tener que defender, esto es, impedir la *salida* del desfiladero. Su disposicion entónces debe ser cóncava, es decir, en escalones con el centro retirado y las alas avanzadas, apoyadas en los obstáculos que ofrezca la *desembocadura*. En una garganta ó cañada serán las últimas alturas ó laderas: en un puente, las orillas del rio. La artillería á medio tiro de distancia si es posible *enfila* por el eje el desfiladero, arroja granadas contra el enemigo que naturalmente estará aglomerado dentro. Sinó, toma colocacion lateral para *cruzar* fuegos sobre la salida. La caballería, bien se ve que ha de estar recogida hácia las alas, para cargar, siempre *de flanco*, á la primera columna que desemboque.

El ataque, ó *paso ofensivo* de un desfiladero tiene, como

es consiguiente, los tres casos inversos que para la defensa quedan mencionados. En el primero, cuando el defensor aguarda cubriendo la entrada en disposicion convexa ó semicircular, lo primero que indica la regla fundamental de todo ataque, es «no hacerlo de frente:» tantear, amagar, distraer, circunvalar, buscar sendas, entretener con tiroteo de guerrillas, miéntras una *reserva* cubierta se lance á paso largo y se apodere de la entrada. Si esto no es posible y el terreno es descubierto hay que empujar de frente. La artillería se encarga de abrir paso. Concentrada en una sola batería, avanza con resolucion hasta buen tiro y despeja ó *bate en brecha* la puerta del desfiladero. A su espalda, y mejor á un flanco, se dispone la columna de ataque que no se lanza sinó á su debido tiempo. El terreno cubierto modifica esta maniobra, imponiendo más cautela y circunspeccion.

Si las piezas no pueden avanzar, ni obrar juntas y eficazmente como *batería de brecha*, hay que encargar la primera tarea á los cazadores, que irán abriendo camino poco á poco á los artilleros hasta ponerlos en las condiciones anteriores. Probablemente si el terreno es muy quebrado toda la accion pesará sobre las guerrillas muy densas ó mixtas. Al refugiarse el defensor atropellado en el desfiladero es cuando puede la artillería *enfilarlo* y utilizar sus granadas. En algun caso convendrá al vencedor entrar revuelto con él; pero si el desfiladero es corto, la prudencia aconseja no comprometer el grueso hasta que la guerrilla de la *extrema vanguardia* estacione en la *desembocadura*. De todos modos si es largo, las tropas entran escalonadas en lo posible.*

Cuando el desfiladero está defendido en el interior por tropas serenas, que hayan tenido tiempo y habilidad para *establecerse* con prevision y solidez, el ataque es penoso, largo y sangriento. Con tales condiciones no hay que pensar razonablemente en ataque sério, sinó lo más en amagos de flanco; y la embestida de frente, puesto que el despliegue es imposible, toda pesa sobre la *cabeza de la columna*. Algo podrá hacer la artillería del ataque; pero más hará de seguro la defensora, que si no ametralla de

sivamente destinadas al órden, arreglo y defensa «inmediata» de la columna compuesta de carros y acémilas, es la que toma el nombre técnico de *escolta.*

La Ordenanza dedica los artículos 27-39 del título XVII tratado 2, á este importante servicio de campaña, cuya dificultad se encarece en aquella prudente advertencia que dice: «Los varios casos que pueden ocurrir en la marcha de un convoy imposibilitan el dar para cada uno reglas particulares: es preciso fiar las providencias á la inteligencia del oficial encargado de su escolta, que conocerá por dónde pueden venir los accidentes en su marcha; pero éste hallará siempre alguna luz y auxilio en las instrucciones siguientes...»

En este manual, más que añadir otras nuevas, se intenta glosar ó desenvolver las de la ordenanza, para que se fije profundamente la atencion. Y el asunto por cierto lo merece. *Escoltar un convoy* es empresa fatigosa, en la que muchos buenos oficiales han quedado desairados. Concurren á dificultarla, más casi que la proximidad ó la audacia del enemigo, otras varias causas: como la *extension del convoy,* lo pesado de la marcha, el mal estado del camino, lo flojo del ganado, las malas condiciones de los carros y la peor voluntad de los que los guian.

La «fuerza y composicion» de la *escolta de un convoy* dependen naturalmente de la naturaleza é importancia de éste, del riesgo presumible, de las condiciones y extension del trayecto.

Si el *convoy* es exclusivo de municiones, requiere *escolta* más crecida, para que pueda alejar y prevenir mejor los incidentes del combate.

Lo llano y descubierto, ó lo quebrado y montuoso del país determinan la proporcion de la caballería en la *escolta* que nunca debe llevar por principal *objeto* arrollar ó perseguir, sinó cubrir, flanquear y protejer á distancia la marcha.

Por regla general debe agregarse una seccion de zapadores, y en su defecto de soldados ó paisanos con útiles; tanto para allanar en el acto obstáculos locales, como para levantarlos si la defensa lo requiere (V. cap. XV.) Un sim-

ple hoyo ó cortadura, la voladura de una alcantarilla pueden producir detenciones y trastornos: al paso que en el momento del *combate*, puede traer ventajas incalculables una *trinchera* rápidamente abierta, una *tala* de árboles, una ligera *barricada*.

Si no es posible disponer de carros y ganado de repuesto, convendrá por lo ménos contar con cuerdas, espeques, cabrias, crics y algunas piezas sueltas, como ejes, lanzas, ruedas, que, en manos de obreros militares ó civiles, abreviarán las recomposiciones en el acto.

Organizado ya el convoy por el E. M., con la cooperacion que corresponda á la administracion, artillería ó ingenieros, se nombra el *comandante de la escolta*, que siempre debe ser un oficial acreditado por su tino, valor, serenidad y experiencia. Basta reflexionar un poco sobre la índole de este servicio complicado, deslucido y fatigoso, para comprender que en la *tropa de escolta* y en su *jefe* debe sobresalir, más que el arrojo impaciente y desordenado, un espíritu tranquilo, previsor y vigilante; una paciencia sistemática para luchar, más quizá que con los ardides del enemigo, con los de los propios conductores, indóciles por su mismo oficio, y deseosos de sacudir el yugo de la disciplina á que pasajeramente tienen que someterse.

Consecuente al principio fundamental en la milicia, que resume siempre en uno solo el mando y la responsabilidad, el *comandante de la escolta* de un convoy tiene plena autoridad, no solo sobre las tropas de todas armas que la compongan, sinó sobre los individuos militares y civiles que se agreguen. Y tanto es así, que por más que entre estos últimos los hubiere de mayor graduacion ó autoridad, ninguno podrá ejercerla, sino por delegacion ó consentimiento del jefe de la escolta, pudiendo éste á su vez disponer desde luégo, en interés del servicio, de los que le fueren iguales ó inferiores.

Por lo demás, se deja entender que si el *convoy* es exclusivo de municiones ó pertrechos, correspondientes á la artillería ó ingenieros, á oficiales de estos cuerpos se encargará el mando de la *escolta*; pero aunque así no suceda, el *comandante*, en cuanto lo considere oportuno, puede con-

sultar el parecer «facultativo» de aquellos, respecto á pormenores de la marcha, de los altos, del mecanismo de aparcar ó atrincherarse y defenderse.

El art. 28 de la Ordenanza encarga expresamente, que el *comandante de la escolta* «se haga instruir muy puntualmente por el jefe que lo destaca de los puestos que ocupe el enemigo y su fuerza, para comprobar las noticias que más interesen su seguridad con partidas que fiará á oficiales de su entera satisfaccion y los informes del paisanaje que encontrare.»

Efectivamente, si en toda operacion de guerra son indispensables los datos que en campaña se comprenden bajo el nombre de *reconocimientos* (V. cap. XVI) en ninguna quizá más que en un *convoy:* y el jefe, en cumplimiento de la Ordenanza, debe, no sólo ampliar sinó «comprobar» los que le facilite el E. M.

Para disminuir en lo posible las complicaciones que suelen acumularse en caso de desgracia, las instrucciones especiales que reciba el comandante de un convoy deben ser siempre por escrito y sumamente detalladas. Por ellas se enterará del valor relativo de los objetos que se le confian; podrá distribuir su *convoy*, como luego se dirá, en secciones de los más análogos; y en el desesperado trance de la derrota, en que la vacilacion es lo más funesto, tendrá de antemano sabido y resuelto cuál es la parte del convoy que puede sacrificar, y cuál la que interesa salvar á toda costa. En un caso, por ejemplo, serán las municiones; en otro podrán ser víveres ó efectos de hospital; en lo general será el metálico lo mas importante.

Recibidas «las instrucciones especiales,» el jefe de un convoy sobre nadie puede ya declinar la responsabilidad de su encargo; y para llevarlo á feliz término debe concentrar todo el esfuerzo de su voluntad y de su talento.

Conveniente será, aunque no muy fácil, procurar el secreto, como en toda operacion de guerra, y, segun el texto del artículo 29, «reservar con sumo cuidado el dia y hora de la marcha del convoy y anticiparlo siempre á la que el público haya conjeturado.

Por regla general, todo convoy algo considerable tiene

que ser dividido en trozos ó secciones de objetos y medios de trasporte análogos, bajo la inmediata vigilancia de oficiales subalternos ó sargentos, que, con escaso número de soldados listos, lleven numerados los carros ó acémilas, cuiden inflexiblemente del órden y de las distancias, y celen sobre todo con rigor la conducta de los carreteros y arrieros. Aquí nace, pues, lógicamente un principio fijo para la «distribucion» preliminar de la *escolta*. El enemigo temible y constante de un convoy es el «desórden.» Para evitarlo, para esta parte, si puede decirse, de policía (que naturalmente se encargaría á la guardia civil, si la hubiese) se escoge el número de hombres conveniente y proporcional, que queda fijo durante la expedicion, é independiente de la fuerza activa y principal de la escolta. Al segundo jefe compete este cuidado de policía y vigilancia.

El *comandante del convoy*, al proceder con tino y cuidado en esta distribucion, debe tender á dar á su *columna* cierto órden, ó si pudiera decirse, cierta «forma tácticamente articulada» imitando, en lo posible, la que toman los carruajes de la artillería. Por teórica que parezca esta «regla» hay que practicarla; pues sale de los límites razonables querer conducir sin ella, y en una «columna sin distancias» 500 malos carros, que ocupan más de dos leguas.

Respecto á la distribucion de los efectos, es imposible asignar anticipadamente el órden; pues nadie mejor que el jefe del convoy podrá determinar dónde debe colocar lo más importante ó precioso. Tal vez podrá ir en el centro; tal otra convendrá llevarlo en la extrema vanguardia. Ordinariamente van en ella las municiones y el metálico; siguen luego los víveres; dejando el último lugar al vestuario, efectos y pertrechos militares. Cuando van coches con oficiales sueltos, ó familias civiles, forman un trozo ó brigada particular é independiente, dentro de la cual toman el órden gerárquico. Por último, los carruajes ó acémilas de cantineros, vivanderos y mercaderes forman la cola del convoy.

Una vez señalado el órden, lo importante es que no se altere; que el convoy no se alargue, ni mucho ménos rompa su continuidad que cada cual atienda á su deber; que

reine silencio, y que los soldados sueltos no se suban en los carros, ni pongan en ellos su mochila ó fusil.

Segun previene el artículo 30 «en caso de romperse ó descomponerse algun carro del convoy, cuya habilitacion pueda detener la marcha, se deberá luego repartir su carga en los demás, para abreviarla: bajo pena de rigoroso castigo al carruajero ó arriero que repugne el peso ni disposicion de la parte que le toque.»—Lo primero es sacar fuera del camino el carruaje estropeado; si puede componerse, entra en la cola; sinó, se reparte la carga, y el ganado pasa á reforzar el tiro que lo necesite.

Siempre que la anchura del camino lo permita, los carros deben marchar en dos hileras. Los conductores á pié en el puesto que acostumbren, y obedientes á las órdenes de los sargentos y soldados vigilantes.

Considerado el *convoy*, en cuanto es posible, como una *columna* de tropas en marcha, aunque más embarazosa y tarda en maniobrar, ó tomar medidas de defensa, el comandante aplicará á este caso particular las disposiciones generales que se enumeran en el capítulo IV de *Marchas*, y especialmente en el VII de *Servicio avanzado*, adaptándolas á las circunstancias, segun la proximidad del enemigo, su fuerza, «género y modo de combatir» y sobre todo segun los accidentes del camino y del terreno adyacente.

Naturalmente distribuirá la *escolta*, como de costumbre, en los tres trozos elementales y tácticos de *vanguardia*, *centro* y *retaguardia*, cuya fuerza proporcional será variable; pero quedando siempre el grueso ó la más importante, bajo sus órdenes inmediatas. En terreno despejado, este trozo principal suele marchar por los lados del camino á la altura del centro del convoy; en caso contrario se sitúa á la cabeza ó á la cola, segun la que se considere más expuesta al ataque del enemigo. La ordenanza, con su sistemática prevision, al aconsejar esta disposicion normal ó comun regla para la *escolta* en su artículo 36, tiene cuidado de añadir: «pero segun el caso y circunstancias podrá variarla como responsable de las resultas.» El asunto, con efecto, es discutible en teoría. Hay quien aconseja renunciar al sistema de ir pegado al convoy, y dejándolo aparcado,

«limpiar» ántes de ponerlo en marcha, el trozo de camino que haya de recorrer en la jornada. Se funda esta opinion moderna en que mejor podrá «obrar y combatir» la *escolta* suelta, que con el embarazo del *convoy*. Esta regla que, como todas en la guerra, tendrá su aplicacion alguna vez, no puede hacerse general. El que ataca un convoy, si pudiera cogerlo sin combate, se daria por satisfecho: buen cuidado tendrá por consiguiente de no dejarse ver, ni mucho ménos batir por la *escolta suelta* que avanza limpiando ó despejando; y miéntras ella adelanta, él retrocederá, buscando medio de coger el *convoy aparcado*. De todos modos este sistema requiere doble fuerza de *escolta*, y siempre tienen más aplicacion las reglas siguientes segun el método ordinario, es decir, no perdiendo de vista el convoy.

La seccion ó trozo de vanguardia, que ordinariamente lleva caballería y zapadores, debe salir y marchar con antelacion suficiente y calculada para allanar los obstáculos, reparar los malos pasos, ensanchar angosturas. A ella toca tambien hacer lo que se previene en el servicio de *descubierta* (V. cap. IV y VII) atalayando desde las alturas y registrando los bosques, aldeas y desfiladeros; reconocer y preparar en fin el terreno más conveniente para hacer alto, vivac ó defensa.

El comandante de la vanguardia, ó *partida batidora* como dice la Ordenanza, pondrá singular atencion en no perder la comunicacion y enlace con el *grueso* de la escolta y con su jefe: á cuyo fin mantendrá siempre un cordon de soldados sueltos de caballería, por medio de los cuales trasmitirá sus partes y observaciones, y á su vez recibirá las órdenes superiores.

Cuando se teme la aparicion del enemigo sobre la *cabeza* del convoy, la vanguardia ó descubierta se apodera y estaciona en todos los desfiladeros, alturas ó posiciones, en que el enemigo pueda presentar tropas ú obstáculos materiales. Al llegar el grueso ó trozo principal de la escolta, la releva y deja, si es necesario, una fraccion que va siendo relevada sucesivamente por las pequeñas secciones de vigilancia arriba indicadas; las cuales no la dejan hasta

conocer y conocer al enemigo, sinó penetrar, adivinar sus intentós. El peligro que aturde por lo vago é indeterminado se conjura friamente cuando toma forma real y concreta. La sagacidad y el raciocinio ejercitado sobre indicios y confidencias, producen á veces como ya dijimos efectos de verdadera adivinacion.

La primera preocupacion que debe desechar el jefe de un convoy es la de querer vencer, ó castigar, ó *batir* al enemigo. No es ese su *objeto*, ni su deber. Lo es conducir su *convoy* intacto y pronto al punto que se le haya designado. La *escolta*, pues, tiene por encargo cubrir y protejer el convòy; «ahuyentar,» pero no precisamente batir al enemigo. La ordenanza con su expresivo lenguaje está terminante en el artículo 34: «y en caso de no poder evitar el combate»—dice, lo cual presupone claramente que debe evitarse—«elegirá el terreno etc. y atendiendo—nótese bien—con preferencia á todo á la libertad de su espalda.» Esta expresa recomendacion caracteriza magistralmente la idea fundamental de la *defensa de un convoy.*

Se debe, pues, evitar el combate, se debe huir, literalmente, del enemigo. «Si conteniendo al enemigo (sin esperanza de continuar su marcha por la direccion que llevase) pudiese el convoy tomar otro rumbo que lo salve, lo reflexionará quien lo mande.» (Art. 37).—Esto es explícito.

Pero si el enemigo, por superioridad de fuerza ó por otra causa, se anticipa ocupando una angostura, un desfiladero, una *posicion* dominante; si manifiesta resolucion de atacar formalmente y *cortar el convoy*, entónces el jefe, no sólo acepta el combate, sinó que á veces, «segun las circunstancias,» toma la iniciativa y acomete. Así lo prescribe la Ordenanza en su artículo 36. «En caso de ser atacado y de no hallar paraje ventajoso para refugiarse, ó de no tener tiempo para ello, sólo le quedan que tomar dos partidos: el uno es el juntar su tropa y marchar intrépidamente al enemigo; el otro, formar sus carros ó cargas en cuadro ó círculo, abrigar su gente de ellos y hacer allí la más vigorosa defensa.»

El primer medio será generalmente preferible. Si se «ahuyenta» al enemigo, está logrado el objeto. Y en este

caso el *jefe de un convoy* no debe caer en la tentacion de *perseguir*: quizá la fuga del enemigo sea una simple estratagema para atraerlo á una *emboscada*.

Cuando la suerte de las armas es contraria, no hay más remedio que retirarse al abrigo material del convoy, formando con él un *atrincheramiento* ó rigorosamente una *barricada*. Este remedio, sin embargo, que invariablemente se propone en los libros, no tendrá frecuente aplicacion en la práctica. El enemigo naturalmente elegirá un «accidente» del camino; y no es presumible por lo tanto que haya á los lados espacio suficiente ó cómodo para *formar el cuadro* con las cargas ó carros. No son tampoco los momentos de turbacion de una *retirada* los más á propósito para «hacer evoluciones,» digámoslo así, con carreteros y arrieros, á quienes quizá convenga el triunfo del enemigo y con él la libertad y el desórden. En fin, dado que el *cuadro* haya podido formarse con prontitud y facilidad, y que el enemigo desista ante lo tenáz de la defensa, la nueva dificultad y embarazo para volver el convoy á su *órden de marcha* hará perder tiempo y desaprovechar los momentos preciosos de vacilacion del enemigo para alejarse de él con rapidez.

En la mayoría de los casos, el *cuadro* vendrá á reducirse á estrechar bien las distancias y apiñar los carros sobre el mismo camino, volviendo el ganado para que quede cubierto con los carruajes, y utilizando como *troneras* sus intervalos, para contener con vivo y certero fuego al enemigo. Aunque no sea «costumbre» se ve cuánta ventaja podrá dar el apoyo eficaz de algunas piezas de artillería como parte integrante de la *escolta*. En estos momentos críticos el jefe no debe olvidar que su perdicion es segura, si disemina su tropa con esceso y no conserva á la mano una *reserva* proporcional de gente resuelta, con la que quizá pueda en una coyuntura favorable tomar empuje ofensivo.

Si á pesar de todos los esfuerzos, el enemigo lleva lo mejor de la pelea, debe el jefe probar si es posible salvar una parte del convoy. Esta debe contener los objetos preferentes que como se dijo pueden ser el metálico y las mu-

niciones; y entre los víveres que se dejen á merced del enemigo debe cuidarse que caigan primero en sus manos los carros ó cargas de vino y bebidas espirituosas.

Por último, cuando la escolta, con su tenacidad, con sus bajas «deja cubierto el honor de las armas» y la responsabilidad del *comandante*; cuando no queda esperanza de socorro, ni posibilidad de salvacion, se debe, ántes que entregar el convoy al enemigo, ponerle fuego, matar el ganado, y con resolucion vigorosa, (que á veces corona la fortuna) abrirse paso á traves del vencedor.

Este caso extremo, sin embargo, no suele ser frecuente. El enemigo para *cortar el convoy*, tambien tiene que hacer por su parte un *destacamento*, sufre dilaciones y bajas; y ante la serena firmeza de la *escolta*, es natural que pese friamente lo que gana y lo que pierde.

Ordinariamente el *ataque de un convoy* se encomienda á *guerrilleros* del país, ágiles y prácticos, pero que no suelen tener gran consistencia; ó se confía á la caballería ligera, si el terreno lo permite, como más apta para correr y amagar; para insultar con molesto tiroteo, que inutilice el ganado y embrolle la columna; para desaparecer y aparecer de repente á la entrada de un desfiladero, donde se embosca y, dejando pasar una parte del convoy, trata de arrebatar lo que pueda.

Reglas análogas presiden á la conduccion de enfermos y heridos; pero es evidente la mayor complicacion de escoltar una *cuerda de prisioneros*. En consecuencia de lo arriba expuesto lo primero es «forzar la marcha» para llegar á un pueblo y encerrarlos en la iglesia, ó edificio más propio para fortificarse y defenderse; si forzosamente hay que hacer alto para batirse, se les obliga bajo pena de muerte á permanecer tendidos é inmóviles el tiempo que fuere necesario. Es ocioso añadir que la moral y las leyes de la guerra proscriben el mal trato y el despojo de los prisioneros, ó medidas ventajosas que no estén impuestas por la necesidad. Pero durante el *combate* puede surgir una eventualidad de terrible embarazo: en la evidencia de que los prisioneros van á ser libertados por el enemigo ¿se debe asesinarlos? Difícil es la respuesta, por los varios inci-

dentes que pueden sobrevenir en este triste momento. Un libro no puede darla, pero de fijo será negativa si se deja al ánimo caballeresco del buen militar.

La *escolta de convoyes* en barcas por rios y canales tiene que sujetarse á las reglas especiales que impone este medio de trasporte. Con él no es posible la fuga, ni la variacion de camino, ni la formacion y defensa en cuadro; sin embargo las esclusas, molinos y demás obras y edificios convenientemente guarnecidos y fortificados ofrecen puntos de apoyo sucesivos.

En un porvenir muy inmediato los ferro-carriles jugarán en la guerra, modificando, no solo los grandes movimientos llamados *estratégicos*, sinó las *operaciones secundarias*. Todavía no pueden establecerse reglas experimentales que lleven el sello y la autoridad de la práctica; pero si los convoyes por via férrea presentan alguna dificultad semejante á los anteriormente citados de via fluvial, tienen en cambio la ventaja de su pasmosa velocidad. De todos modos convendría que las tropas, desde el tiempo de paz, estuviesen amaestradas en viajar por ferro-carriles con arreglo al reciente reglamento de 30 de Diciembre de 1864.



CAPITULO XIII.

SORPRESAS—EMBOSCADAS.

Por *ardid*, *lazo* y *estratagema* se entiende en general toda operacion ó empresa de guerra, ordinariamente «en pequeño,» cuyo cálculo y proyecto se funda y establece sobre el error en que está, ó se quiere hacer caer al enemigo, y sobre la impresion repentina de terror que entorpece la accion de sus medios ofensivos. Hay pues, como se ve, mucha diferencia en «la forma y magnitud» pero bien poca en el «fondo» entre lo *estratégico* y lo *estratagémico*, ó como algunos dicen *estratagemático*. El *ardid*, palabra castiza, breve y expresiva, que deberia ser más usada, compendia, si bien se mira, un «modo de hacer la guerra» avaro de medios y de sangre propia, pero pródigo de ingenio, sagacidad y sutileza. El *ardid* no excluye, más bien prescribe, el valor y la audacia. Lo prueba, que al nacer esta voz, puramente militar, en los orígenes del habla castellana, estábamos en plena reconquista sobre los árabes y no solamente *ardit*, como puede verse en las Siete Partidas, indicaba una *expedicion ó algara* cautelosa y meditada sino que «ardido y ardidoso» eran entónces calificativos lisongeros para el hombre de guerra, como hoy lo son bravo y resuelto.

En el estudio de aquella *reconquista* y en el de otras brillantes y tenaces guerras más recientes, que tan alto elevan el blason de España, lo que seduce, lo que asombra es la inmensa desproporcion de los «resultados,» con los

«medios materiales» puestos en juego para alcanzarlos. Y en efecto, si se ha de establecer el equilibrio entre dos fuerzas desiguales; si se ha de inclinar la balanza del lado contrario á la superioridad numérica; allí, donde está lo más pequeño, lo más pobre, lo más débil, no hay remedio, se tiene que hechar en el platillo mucho *ardid*, mucho ingenio práctico, mucho valor.

Desde Frontino han aparecido bastantes libros militares exclusivamente dedicados á explicar y narrar *ardides* y *estratagemas*. Hoy son ilegibles: unos por lo cándido, otros, al reves, por lo perverso. Envenenar las aguas, romper capitulaciones, cambiar banderas y otros actos de esta índole, sean ó no *estratagemas*, están hoy proscritos por las leyes más suaves de la guerra, y mucho más «caballerescas» que en los tiempos de la «caballería.» Ellas autorizan los dos de que únicamente se trata en este capítulo: las *sorpresas* y *emboscadas*. Ambas son *operaciones* muy *secundarias* en la guerra moderna, que ordinariamente se confian á la pequeña tropa ó *destacamento* que manda un oficial particular de más ó ménos graduacion.

Sorpresa es caer de repente sobre el enemigo quieto y descuidado, sin darle tiempo á ponerse en defensa. Evidentemente, el mejor modo de «evitar sorpresas» es saber «cómo se hacen;» por lo tanto solo se hablará aquí en sentido activo, y de las reglas generales para «obrar» se deducirán virtualmente las convenientes para «oponerse,» que en rigor pueden resumirse en una: *vigilancia*.

El cálculo y proyecto, ó *plan* de una sorpresa, si ha de tener algun fundamento y probabilidades de éxito, requiere la reunion precisa de varios datos y condiciones. Se necesita tener ante todo noticias exactas y confidencias seguras sobre el «estado» del enemigo, es decir, sobre su disciplina relajada, su vigor enervado, su mal espíritu, su negligencia en los pormenores del servicio, la incapacidad ó abandono de los jefes, el descontento, en fin, la tibieza, el descuido, la indolencia de todos.—Por el contrario, es fácil sorprender á un enemigo en el mismo dia de su victoria, si, demasiado envanecido, se duerme sobre sus laureles. O tambien, por ejemplo, en un pueblo atrincherado,

despues de una gran fiesta ó romería popular, en la cual haya tenido la inadvertencia de tomar parte y de hacer, como es natural, excesivas libaciones. Además de esta parte *moral*, hay que tener en cuenta la posicion *táctica* de la tropa ó puesto enemigo; la seguridad y conocimiento de los caminos que á ella conduzcan; la clase de territorio y de poblacion que se ha de atravesar; porque bien se ve, que si el pais es hostil ó no muy amigo, una larga y forzada marcha, por lo mismo que se debe hacer *secreta*, llamará la atencion de quien ménos se recele, que pronto se anticipará á prevenir al enemigo.

Se necesita, pues, para intentar una *sorpresa* noticias seguras, datos verídicos, indicios claros, buenos mapas, buenos guias, buenos espías, mucho tino, bastante fortuna y alguna costumbre de habérselas con lo imprevisto y azaroso.—La sorpresa se envuelve en el misterio y confia en la audacia.

El tiempo más favorecedor de las *sorpresas* es el cubierto y tempestuoso, el extremado en frio y calor; las horas más propicias, las de la noche cercanas á la madrugada: si bien en países cálidos pueden ser las del centro del dia ó de la siesta.

El *objeto* de una sorpresa es variable: la pequeña *partida suelta* va contra un *puesto avanzado* (V. cap. VII) sólo por coger prisioneros ó alarmar un *campo*; una tropa mayor intenta exterminar á un guerrillero y su *partida*, que incomodan demasiado; destruir un depósito mal guardado, ó al revés, tomar un *puesto* y conservarlo; en fin un *destacamento* algo crecido, y por lo tanto con dos armas ó con las tres, puede ya pensar en alguna empresa séria contra *campos*, *cantones* y hasta grandes *fortalezas*.

Tan varia como el *objeto* de la sorpresa y como el *terreno* en que se haya de obrar, es por consiguiente la *fuerza* y *composicion* de la tropa que la intente. Y no sirven aquí cálculos proporcionales con la *fuerza* enemiga: sorpresas se citan, en que un puñado de hombres se han burlado de un *ejército*; y, por compensacion, otras en que, á fuerzas casi iguales, el sorprendedor ha venido á ser el sorprendido, volviendo á su campo en vergonzosa fuga, no sólo

con el descrédito, que siempre tiene algo de ridículo, sinó con dolorosa pérdida material.

La sorpresa, teniendo por condicion primera la rapidez de la marcha, parece exigir caballería; pero si cruza por terreno algo quebrado en marcha forzada ó de noche, no puede ir sin infantería. La caballería es indispensable para amagar, aturdir, envolver, cortar, coger y guardar prisioneros, distribuir órdenes: á la infantería por su parte le corresponde siempre el honor del ataque principal y vigoroso. Todo se reduce en último caso á que la infantería en algunos trechos monte á la grupa. Pero si hay que destruir algun obstáculo, tiene que ir artillería: muy poca y á la ligera, por supuesto, sin carros y con las municiones sólas del armon. Si hay que derribar solamente puertas ó estacadas, convendrá contar con algunos de los medios indicados en el capítulo XV. En lo que no cabe duda es en que la tropa, sea el que fuere su número y especie, debe ser escogida, andadora, serena, disciplinada y nunca «más de la precisa.» Generalmente se recomienda que no vayan hombres que tosan, ni caballos con el vicio de relinchar. Tambien debe tenerse en cuenta la lengua que hable el enemigo, y áun la del país que se atraviese; porque si al «quién vive» se ha de responder, como es costumbre, «desertores» ó entrar de cualquier modo en pláticas, seria curioso por cierto querer engañar en lengua extraña. Se necesitan, pues, intérpretes.

Los *guias* y *espías* son el alma de una sorpresa. Guias, deben ir varios: no sólo para la marcha, sinó que, dividiéndose ordinariamente la tropa en varias secciones al sorprender, cada una debe llevar su guia, so pena de extravío ó de retardo en una operacion que estriba en la perfecta «coincidencia» de muchas condiciones. Los espías, naturalmente si son los que han traido las noticias, tienen que acompañar tambien, especialmente contra *puestos* y pueblos *atrincherados*, en que puedan haber anudado alguna trama ó inteligencia.—Adviértase de paso, que estas complicaciones con vecindario de pueblos hacen abortar el noventa y nueve por ciento de las *sorpresas*. En toda conjuracion se ofrece mucho; pero en cumplir está la dificultad

Ya que no se necesite la artillería ó artificios ántes indicados, por lo ménos contra puntos fuertes se necesitarán escalas, hachas, cuerdas, clavos para cañones, barras ú otros útiles.

Corriente la expedicion, el *comandante* debe llevar formulado su *plan* sin más consultas ni vacilaciones; pero se entiende que ese plan tendrá alguna elasticidad y acomodo para ciertas contingencias presumibles, aunque no todas puedan preveerse; pues decir *sorpresa* es poco ménos que decir «azar.» El sabrá bien á lo que va: si ha de conservar ó abandonar el puesto enemigo; si éste recibirá refuerzos, y en cuánto tiempo; si ha de hacer prisioneros ó no; si ha de saquear y castigar al pueblo, ó sólo exigir contribucion de guerra; y, sobre todo, si la empresa aborta, saber cómo y por dónde ha de emprender su *retirada* segura: pues al ménos, ya que no saiga airoso, que no se pierda más que el tiempo. Ordinariamente las grandes *sorpresas* á un *canton* ó gran cuerpo de tropas se dan al romper el dia, para que la primera luz, en caso de victoria, deje jugar las *tres armas* y asegurarla por completo. La *marcha* siempre es de un tiron: si se hace largo descanso, la cosa se enfria y se complica. En el «cálculo de tiempo» nunca debe olvidarse, que de noche, por más que se haga, siempre se anda ménos. (V. pág. 115).

El *intento* de una sorpresa casi siempre debe ignorarlo, no sólo el enemigo, sinó tambien el campo propio y áun la misma tropa del destacamento; por lo tanto se necesita combinar artificiosamente la salida del campamento. Por ejemplo, el *comandante* hace que se va con licencia, ó se finge enfermo; la tropa, al mando de otro jefe, marcha en direccion opuesta hasta cierta distancia convenida; los guias se van presentando citados en distintos puntos etc.

La base de una *sorpresa* es el descuido del enemigo, el cual generalmente es producido por suponer lejano el peligro. Estará, pues, casi siempre léjos el *puesto* que se intenta sorprender; la marcha será *forzada*; y en ella hay que observar órden, silencio y todas las reglas de una marcha *nocturna* y *secreta*, segun quedan explicados en los varios artículos del capítulo IV.

Tanto por esta condicion fundamental del *secreto*, como por no ser generalmente muy numerosa la tropa, se suele suprimir en la marcha toda precaucion de descubierta, vanguardia y flanqueo, marchando unido en un sólo grupo. Pero si la expedicion se compusiese de varios trozos, que hubieran de acudir desde puntos distintos por caminos trasversales, hay que cuidar de poner acordes los relojes de los respectivos *comandantes* para el cálculo de tiempo y vigilar mucho á los *guias*.

Llegado el destacamento á la inmediacion del punto en que ha de dar el golpe, es regla general hacer alto en algun lugar «cubierto:» en un bosque, pliegue del terreno, ó edificio aislado, cuyos moradores estén en la trama ó puedan ser rigorosamente incomunicados. Allí el *comandante*, miéntras da ligero descanso á su tropa, explica rápida y claramente los pormenores de la empresa; distribuye la gente en los trozos que convenga; da á cada jefe sus instrucciones particulares; fija bien el sentido de las diversas señales y contraseñales que hayan de hacerse, y, por último, se coloca la tropa sobre el uniforme, si fuese necesario, un distintivo bien visible, para no confundirse con el enemigo en las tinieblas de la noche.

En los siglos XVI y XVII, aunque no se conocia el uniforme de nuestros tiempos, el coselete, el yelmo y demás armas defensivas producian casi mayor uniformidad; y era costumbre en los tercios españoles, terribles en las sorpresas nocturnas, ponerse la camisa por encima de las armas. De aquí la voz *encamisada* por ataque nocturno, no sólo usual, sinó técnica en aquella incomparable milicia. Por una *encamisada*, al alborear la mañana del 24 de Febrero de 1525, principió la célebre batalla de Pavía; y cuentan—tal era el extremo apuro y miseria—que algun soldado por no tener camisa, tapó sus armas con papel blanco. En la última guerra civil todavía la sorpresa de Úbeda y Castril en 1837 fué verdadera *encamisada*, puesto que se llevó la camisa sobre el capote. Sea el que fuere, un «distintivo» es indispensable para la refriega nocturna, así como una contraseña breve y clara.

Puesto que la *sorpresa* se funda en la súbita impresion

de terror pánico que sufre el enemigo, se ha de tender á producirla abultando la fuerza; por lo cual el ataque se simula sobre muchos puntos, siempre los más fuertes, con grande estruendo algunas veces de cornetas fuego y vocería, miéntras que el grueso de la tropa carga en silencio á la bayoneta por el punto más débil ó vulnerable. Otras veces, por el contrario, si hay inteligencias dentro y algun traidor es el que da paso, todo estriba en el silencio, hasta que se dé la señal; y la tropa se aprieta para salvar cuanto ántes el rastrillo ó puente levadizo que el oro y la traicion le hayan abierto.

En el artículo 6 del capítulo XV se explica, con los detalles que este corto volúmen permite, la marcha ulterior y probable de una sorpresa de *puesto* ó *pueblo atrincherado*.

Sólo, pues, se repite aquí que con más facilidad se sorprende un *canton* que un *campamento* ó *un vivac*, en el que ordinariamente, no suele pretenderse más, que causar alarma y desórden. Por flojamente que se haga el *servicio avanzado* en estos últimos, siempre es un gran tropiezo: y apoderarse sin ruido de una simple *avanzada* puede ser mas difícil que sorprender una *plaza fuerte*. Asi, unas veces se apela al medio de disfrazar soldados con el uniforme enemigo, ó fingirse desertores ó parlamentarios con su escolta: cualquiera añagaza en fin que permita á un corto número de hombres «determinados» arrollar al arma blanca la *avanzadilla*, y hasta la *gran guardia* si es posible, haciéndola «toda» prisionera.

Otras veces se procede más despacio. Arrastrándose un par de hombres resueltos por entre los surcos y las yerbas, sorprenden uno ó dos centinelas, arrojándose de pronto y cosiéndolos á bayonetazos. Abierto el paso, y con señal de advertencia, como silbido ó canto de ave nocturna, avanza más gente, repite la *sorpresa* en la *avanzadilla* ó puesto intermedio, y así procura envolver la *gran guardia*. Tratándose de un *vivac*, bien se comprende que todo ha de ser rastrero y silencioso: en cuanto suene un tiro la *sorpresa* aborta: ya no es sorpresa, es combate, *ataque á la bayoneta*. El *comandante*, segun sus instrucciones, segun tambien su *fuerza* y *objeto*, determinará si ha de seguir adelante ó re-

tirarse. En este último caso, no debe retardar el toque ó señal, especialmente contra un *vivac,* dispersando su tropa, que ya debe ir enterada, para ganar á toda prisa un punto lejano y bien marcado de reunion.

En *canton ó pueblo abierto,* si el tiro descubre cuando se esté muy cerca ó dentro, es probable que convenga proseguir, lanzar la caballería en ruidosas galopadas por las calles y ver el partido que se puede sacar del desórden. De todos modos, en combates de noche y por las calles, lo más seguro, lo que más impone es la bayoneta: con el tiroteo se pueden matar quizá más soldados propios que enemigos. En estos casos lo recomendable es andar listo; dislocar, embrollar, impedir la formacion de la tropa sorprendida; y sobre todo que acudan reservas y socorros inmediatos. Si se encuentra alguna ya formada y en ademan de resistir, no hay más remedio que cerrar los ojos y arremeter con ella hasta desbaratarla. Segun la gráfica expresion de un general, no se debe en este caso pasar como una «flecha» sinó entrar premioso y destrozando como una «cuña.»

La caballería y la artillería cuando están acantonadas, (V. cap. V.) se prestan más á la sorpresa nocturna: y una vez roto con felicidad el *cordon avanzado,* es el éxito seguro casi siempre.

Por último, se puede hacer una sorpresa «estando cerca» por el método opuesto al explicado: en vez de sigilosos preparativos y rápida ejecucion, emplear por muchos dias y con reiteracion continuas y ruidosas alarmas, insultos, amagos. El enemigo, cansado y aburrido, es posible que se descuide cabalmente al récibir el golpe verdadero.

Emboscadas.

La *emboscada* es en el fondo una sorpresa: sinó que este nombre se aplica técnicamente contra una tropa á pié quieto, y el primero contra la que está en marcha ó movimiento. *Embascada* es el ardid ó estratagema que consiste en ocultarse con anticipacion al paso del enemigo, para

acometerle descuidado y con ventaja. Por supuesto, *emboscada* se llama tambien al «paraje» en que la emboscada se arma, y á la «tropa» misma que se *embosca*. Como lo mejor para esto es un bosque, de ahí el nombre. Pero tambien se arman *emboscadas* en cercas, vallados, hondonadas, zanjas, cejas, cañadas, desfiladeros, sembrados altos, arcos de puente, edificios; en cualquier lugar que cubra y oculte, dejando expedito el paso para «caer de improviso» sobre el enemigo, y para ponerse en salvo, si la empresa aborta.

El efecto que más se busca en la *emboscada*, es el de la «accion moral:» la impresion exagerada de terror súbito, que, embargando al enemigo, le impide apreciar la fuerza inferior que le acomete.

El *objeto*, en general, de las *emboscadas* suele ser cortar convoyes ó grandes trenes; caer sobre un cuerpo de caballería; interceptar correos y escoltas; deshacerse de partidas incómodas ó guerrilleros; hacer prisioneros que den luz y cuyas revelaciones puedan desconcertar un plan.... Por lo demás, bien se comprende que la emboscada es imposible con un gran cuerpo de tropas que se guarde medianamente. Es negocio casi exclusivo y predilecto de *patrullas* y *partidas*, como las del capítulo VII, artículo 8.

Análogamente á las *sorpresas*, lo primero que se necesita es saber «cuándo, por dónde y cómo» marcha el enemigo; pues él es quien da la pauta con su descuido, su clase de tropas, su indisciplina, su mal modo de marchar y el mayor ó menor afecto del paisanaje. Si éste es muy amigo, el mejor lugar de una emboscada es cabalmente un pueblo; pero si no lo fuese, mucho tino y cautela se necesitan para que el paisanaje, por más que se le oculte, no llegue á percibir y aventar la emboscada. En general, el paraje mejor será siempre el ménos sospechoso, el más «inocente» en apariencia. Estas reglas de precaucion y ocultacion, á pesar de ser el fundamento de la cosa, hay que dejarlas á la perspicacia del oficial. El es quien podrá juzgar si el transeunte pasa de buena fé, ó si tiene trazas de ir á contar lo que ha visto. Hacerle retroceder no será bastante, porque sabrá dar la vuelta: mejor, por si acaso,

es detenerlo. Está demás advertir que ni se fuma, ni se habla, ni se produce el menor ruido, esperando la señal del vigía y la del *jefe* con paciencia y atencion. Emboscadas hay de bastante duracion, por ejemplo, la inolvidable de Mina en 1811 contra los franceses en Salinas de Leniz, que duró dos dias nada ménos, y por la «paciencia» de 2,000 hombres se logró.

Tampoco es dable fijar por regla general la «colocacion» de una emboscada. Siempre lo que se busca es coger al enemigo en ese instante de descuido y de «debilidad táctica,» en que marcha «arrastrando» con poco frente y mucho fondo. La caballería, por su rapidez, puede dejar un ancho espacio, siendo llano, entre la emboscada y el enemigo; pero la infantería tiene que estar materialmente encima, para hacer su descarga á quemarropa.

La *caballería* suele caer más en emboscadas por fiarse en el caballo; la *artillería* es perdida si no lleva *escolta* suficiente. Un camino á media ladera, que va cortando cañadas trasversales es expuesto á emboscadas tan desastrosas como la de Ateca en la guerra civil, en que cayeron, sin saber cómo, excelentes tropas de la Reina. Y tal puede ser la disposicion del terreno que permita reiterar y escalonar las *emboscadas*; pues se citan casos de haberse descuidado y dado por seguro despues de salir de una y caer en otra, como queda atrás indicado para las *sorpresas*.

Lo más frecuente es colocar la tropa emboscada á los dos lados del camino, cuidando de que las diferentes secciones estén alternadas para que no se hagan fuego unas á otras. Parece que repartiendo la emboscada en dos ó más trozos, que caigan simultáneos sobre el enemigo con gran vocerío y estrépito, se logrará mejor el intento de aturdir y aumentar el *pánico:* otras veces, sin embargo, en el recodo de un camino, al esperar á una tropa que vuelva descuidada á su *canton*, valdrá más cargar en silencio á la bayoneta, y en órden compacto á la *vanguardia* para que se repliegue, y desordene el resto, ó bien dejarla pasar y cortarla. Pero esto último ha de mirarse bien, porque la vanguardia puede volver sobre sí, cargar a su vez y coger en medio á la *emboscada*.

Si se lleva alguna pieza de artillería, debe estar establecida y apuntada de modo que *enfile* el mayor trozo posible de camino. La *caballería* impide, por la cabeza y por la cola, que la columna enemiga avance, ni retroceda, ni se disperse. La *infantería*, singularmente de noche, no debe hacer más que la primera descarga general y usar en seguida el arma blanca.

En cuanto el enemigo confuso y embrollado rinda las armas, hay que sacar á toda prisa del camino los prisioneros, carros y botin, para que en varios trozos y direcciones se pongan en salvo.

Si por el contrario la emboscada aborta, la retirada tambien es rápida y dispersa: el enemigo quedará perplejo y receloso de si le tenderán otro *lazo*. En ambos casos la rapidez es indispensable.

Cuando el golpe se da contra caballería sola, se ha de tirar con preferencia á los caballos, es decir, á desmontar el mayor número de jinetes. A los que queden se les grita «pié á tierra;» y miéntras unos apuntan, como ya debe estar convenido, otros recogen presurosamente las armas y los caballos que cuanto ántes se sacan fuera de camino.

Por *lazo* se entiende la estratagema ó emboscada que se tiende ó prepara al enemigo en el trascurso de un *combate*, y singularmente en la *retirada*, cuando se cuenta, más que sobre su descuido, sobre la audacia irreflexiva que suele producir la embriaguez de la victoria. Este *ardid* de la fuga simulada, de la torpeza cometida á sabiendas, de fingirse atolondrado, para atraer á un enemigo petulante y baladron, es tan antiguo como la guerra: y sin embargo siempre puede salir bien acomodando la forma á las circunstancias. Un soldado que se hace el extraviado, siempre escita ganas de cogerle: si «sabe huir,» sirve, por decirlo así, de cebo, y es posible que una tropa entera caiga en el *lazo* que casi pudiera llamarse ratonera.—Aparentar que se «evacua» un pueblo; quedarse oculto á la inmediacion; dejar que llegue y «se instale» el enemigo confiado, y entrar luégo acuchillando, es tambien uno de tantos *ardides* que, no por ser muy usados y conocidos, dejan de tener contínua y provechosa aplicacion.

En resúmen, como dice un autor aleman, en esta clase de empresas se debe calcular una tercera parte á la fuerza y astucia, otra tercera al descuido enemigo y la restante á lo imprevisto. Esparcir noticias y rumores falsos, aparentar preparativos y convoyes, amagar plazas fuertes, falsificar pliegos y partes, valerse de espías dobles, de oficiales disfrazados, etc. etc., entran ya en un género de *ardides* que nada tienen de *táctico* y sobre los cuales no cabe explicacion. Convendrá, sin embargo, tener presente que la excesiva repeticion de estratagemas, lazos y emboscadas «sangrientas,» si bien es útil para foguear y aguerrir tropas bisoñas puede influir mucho en el *carácter* de la *guerra*, dándole un tinte, que suele pasar de cruel á feroz, por lo difícil que es contener la tendencia á las *represalias*.

En el dia, tanto en estrategia como en táctica, pero más frecuentemente en la primera, se ha dado en llamar *demostraciones*, (porque así las llaman los extranjeros) á los ardides ó estratagemas «en grande,» que consisten especialmente en amagos, maniobras y ataques falsos ó simulados, para engañar al enemigo y desorientarle sobre las intenciones verdaderas. Un general en jefe hace una *demostracion* sobre una plaza, por ejemplo, muy distante de de la que realmente piensa atacar. Un general de division, en el campo de batalla hace tambien una *demostracion*, cuando maniobra sobre el flanco de una posicion para que se desguarnezca ó debilite el otro. Como no sea para dar á á entender cierta «magnitud» en el movimiento, y en la tropa que lo ejecuta, no se ve que haga mucha falta en el lenguaje técnico esa nueva palabra, ya muy admitida, y que en el fondo viene á expresar lo mismo que *diversion*. (V. cap. II.)

CAPITULO XIV.

FORRAJES.

Por *forraje* se entiende una operacion ó servicio, ántes habitual en campaña, pero que cada dia va siendo ménos frecuente; tanto por el carácter de las guerras y por la mayor facilidad y abundancia de las comunicaciones, como por los contínuos progresos de la *administracion militar*. *Forrajear* es, en general, procurarse las tropas por sí la yerba ó alimento del ganado de toda especie: y, por extension, abastecerse de víveres, singularmente de granos, tomándolos directamente del punto en que se encuentren. El *forraje* se dice que es *en verde*, cuando se corta la yerba ó la mies en el campo donde está sembrada, ó la leña en el monte; y *en seco*, cuando el grano y en general los víveres, se toman de las paneras, trojes ó almacenes particulares, en que los conservan los labradores y propietarios de los pueblos.

Tan ocasionado es el *forraje* á todo género de abusos y desmanes, tan propenso de suyo al desórden y á la indisciplina, que hoy en nuestras guerras más regularizadas, ese verbo *forrajear* casi viene á significar en el fondo devastar ó talar. Y en efecto el *forraje* es perjudicial y peligroso: se estropea y desperdicia más de lo que se recoje y

aprovecha; agota pronto un país, cuya posesion quizá convenga por más largo tiempo; puede introducir, si se repite mucho, hábitos de pillaje é indisciplina, y en vez de facilitar y abreviar como á primera vista parece, embrolla y entorpece el suministro.

En la guerra moderna, por lo mismo que los ejércitos son más móviles y numerosos, es más indispensable enaltecer el principio de regularidad y órden, hasta para el más ínfimo detalle: al paso que las nuevas ideas en política y en moral imponen cierto respeto á la propiedad, ántes desconocido ó menospreciado, y una tendencia visible á separar, en las hostilidades, el *ejército* enemigo, del *país* á quien defiende; evitando á éste el vejámen posible, miéntras que contra aquél se perfeccionan por todos medios y con creciente refinamiento nuevos elementos de destruccion y exterminio.

Desde luégo, el *forraje en seco* debe escasearse y encomendarlo á la *administracion militar*; pero el *forraje en verde*, como más frecuente ó irremediable, merece algunas reflexiones y estatuir ciertas reglas necesarias para guiar al oficial.

La Ordenanza las compendia en sus artículos 60—68 del tít. XVII, trat. 2; y aquí (como tambien se advierte en el capítulo de Convoyes y otros) de paso que se glosan y amplían sus respetables preceptos, se añaden aquellos pormenores que ha modificado el largo trascurso de los años. De todos modos lo que la Ordenanza recomienda, y lo que realmente se necesita, es prontitud y órden.

Hoy un *forraje* se dispone y prepara por el E. M., que hace un *reconocimiento* prévio del terreno (V. cap. XVI) levanta el *cróquis* competente; calcula el producto por hectáreas; asigna á cada cuerpo ó destacamento su espacio ó su lote, y dirige hácia él cada *columna* dejándola instalada.

Un forraje siempre debe establecerse de modo que quede concluido de dia: que nunca pueda «sorprender» la noche. Ordinariamente se distribuye en varias columnas; pues está reconocido como ventajoso repartir la operacion en trozos pequeños, ordenados y manejables, más bien

que establecer un *forraje* grande, ó de una pieza, siempre muy difícil de cubrir ó guardar y más ocasionado á desórdenes y abusos. La buena disciplina prohibe todo forraje clandestino, furtivo ó particular, sea con el pretexto que fuere, y la víspera del dia señalado se impide la salida del campo ó canton á los asistentes, criados ú ordenanzas.

El *forraje*—como toda operacion de guerra—debe mantenerse secreto en lo posible, para evitar ó burlar preparativos de ataque concertado por parte del enemigo vigilante. Antecede siempre á las varias *columnas de forrajeadores*, que podrán ir por distintos caminos, una gruesa *vanguardia*, compuesta, en terreno quebrado, de mucha infantería y poca caballería: en llano, á la inversa, y en general, de las tres armas. Esta vanguardia procede exactamente como en el establecimiento de un extenso *vivac*. Lanza sus *descubiertas* en todas direcciones; establece sus *puestos* y *avanzadillas*; destaca *patrullas* y asegura en fin el *campo pasajero* con igual ó mayor formalidad que la prescrita en el capítulo VII para el *servicio avanzado* en general.

Si el oficial de E. M. ha tenido tiempo ó posibilidad de «croquisear el terreno,» el oficial de infantería ó caballería comandante, forzosamente tiene que entender, ó como se dice técnicamente, *leer el cróquis*, darse cuenta del terreno por su pintura ó representacion en pequeño sobre el papel: si no hay *cróquis*, ó aunque lo haya, «todo pende del golpe de ojo» como dice muy bien la ordenanza en el art. 61 del título citado. Fuertes *retenes* en puntos céntricos, en encrucijadas ó nudos de caminos, en puentes ó vados, en eminencias, en hondonadas peligrosas, en desfiladeros, darán consistencia y trabazon al *cordon avanzado* que debe ser lo más extenso posible, y en cuya vigilancia y valor estriba generalmente el éxito del *forraje*. Las *avanzadas*, y áun los mismos *retenes*, se cubren, si es preciso y la localidad lo facilita, con *talas* de árboles, con una rápida *trinchera* (V. cap. XV) y por lo ménos cortan y embarazan del modo más expedito y eficaz las *desembocaduras* ó avenidas presumibles del enemigo. La *artillería*, bien colocada y escol-

tada, en ciertos *pasos* precisos, los puede hacer muy respetables.

Las *columnas de forrageadores* generalmente con armas y con las hoces, cuerdas, sacos, carros, acémilas, caballos ó medios de trasporte prevenidos, concurrirán con órden y por el camino más corto al punto señalado del forraje con sus respectivas *descubiertas* y pequeñas *guerrillas de flanqueo* durante la marcha: estas pequeñas tropas, formadas miéntras dura el *forraje*, constituyen otros tantos sostenes del *cordon avanzado*, y á la vez sirven para mantener el órden en su respectivo tajo. El *grueso de la escolta* marcha unido y compacto á la voz del comandante principal, y al llegar al punto del *forraje*, toma posicion tácticamente; se pone en relacion con el cordon avanzado por medio de señales, ordenanzas eslabonados ó patrullas, y cuida tambien de *escalonar* algunas *reservas* hasta el campo ó canton de donde sale. Su disposicion, en general, es la prevenida para todo *destacamento* que se apercibe al combate.

Los *forrajeadores* emprenden su tarea con silencio; tratan de abreviarla en lo posible; cuidan de atar bien los haces, que siempre deben ser grandes, de cargarlos con cuidado etc. Así que un grupo concluye su faena, se reune y espera á que acabe el tajo grande á que pertenece; y reunido éste, forma su columna á manera de *convoy*, que vuelve al campo con su pequeña *escolta* en el órden en que vino. Por evitar la menor ocasion de desórden con el cruce de columnas yentes y vinientes la que llega de vuelta al campo, si esta léjos, aunque sea temprano y sobre tiempo no vuelve al *forraje*.

Como en toda funcion y servicio de guerra en que la *unidad de mando* está prescrita por la Ordenanza, y por la razon, en un *forraje*, por más que en su preparacion y direccion *técnica* puedan intervenir oficiales de E. M. de artillería y caballería, «la responsabilidad absoluta» en todos sus incidentes y contingencias *tácticas* reside en el *jefe superior de la escolta* de la misma manera que en un *convoy*, con el que el *forraje* tiene algun punto de semejanza.

Asi, le competen las órdenes de *combate* y *retirada*, las *maniobras* de defensa; porque, lo mismo que en el convoy,

nunca existe «accion ofensiva» en un *forraje*, y su come tido se reduce á «proteger» ahuyentando al enemigo, no para batirlo, sinó para que no interrumpa ó frustre la operacion. Un forraje bien hecho en presencia de un enemigo inquieto, no es por cierto de las más fáciles. Por regla general no dejará un minuto de tranquilidad. El insultará, aparecerá por varios puntos, fingirá que se cansa y se retira, volverá de pronto, amagará cortar las *comunicaciones*, envolver las *avanzadas*, procurará, en fin, con *ardides* de todo género molestar, embrollar, entorpecer y ver si puede llevarse algo entre las garras, para no perder el dia.

Ante esta reiteracion, que es la fórmula consagrada para todo ataque ó perturbacion de un *forraje*, el *comandante de la escolta* tiene brillante oportunidad de acreditar sus dotes militares: entre ellas, esa calma ó sangre fria, pero no pasiva, sino inteligente y sagaz, que permite «ver claro» entre la confusion y asignar á cada incidente el valor real y positivo que tiene. Para esto le ayudarán el *conocimiento del terreno*, tantas veces recomendado, y el «conocimiento á la par del enemigo» que le hostiga. No dispersar la atencion sobre lo que visiblemente es accesorio y secundario, para concentrarla mejor sobre lo esencial é importante: es regla general en campaña, como en la vida misma, y se repite con insistencia por eso en muchas páginas de este manual.

Una vez emprendido el *forraje*, mal se puede acabar «pronto y bien» que es lo esencial, si á cada *alerta* se suspende, si cada *tiroteo de avanzada* asusta y lo interrumpe. Aquí está lo difícil: porque se ha de evitar el otro extremo de ver impasible que el enemigo carga y dejarse romper el *cordon avanzado*. Sabido es que todo ataque de *convoy* y *forraje* tiene apariencia más lucida que la defensa; pues cuenta á su favor la constante ventaja de lo concentrado contra lo disperso, de la eleccion de momento y punto favorable, del cebo y estímulo de botin, de no perder gran cosa porque el ataque se malogre. Pero ni siempre el forraje será en un llano como una tabla, ni el enemigo será tan dueño de cargar en fuerza para romper por «todos» los puntos de la circunferencia. El *grueso de la escolta* ya

se ha dicho que ocupará una posicion central y podrá acudir por consiguiente al punto verdaderamente amenazado. Conocido el terreno, conocidos serán tambien los puntos vulnerables ó peligrosos, que nunca podrán ser muchos; porque no se han de esperar cargas de caballería por senderos entre bosques ó viñas, ni metrallazos por donde corra un barranco ó un escarpado. Allí donde el tiroteo tome cuerpo, donde ya se señale un empeño, justo es acudir, suspender el *forraje*, recoger lo cortado y entablar la *escaramuza*. Si esta se engruesa ó calienta, como dicen los clásicos, se entra ya decidida, vigorosamente *en combate*, con resolucion de ahuyentar al enemigo. Nueva duda, sin embargo, en el caso de no lograrlo fácilmente: retirarse pronto, siempre trae desórden y descrédito, con algunas puntas quizá de ridículo; empeñarse con imprudencia, para que crezca el conflicto, nunca es recomendable. El momento, pues, de iniciar la *retirada*, cuando la imponen los sucesos, tiene que ser elegido con tino y oportunidad: para ella sirven las *reservas* bien escalonadas y las reglas generales de todo *combate de retaguardia* que se dieron en los capítulos IV y VIII. Resuelta la *retirada*, se hace con la misma resolucion que se hizo el *avance*.—Nunca términos medios, cuando las armas juegan. A la señal ó toque convenido, todos los puestos se repliegan muy á retaguardia; los *forrajeadores* sueltan y dejan todo, forman y, haciendo uso del fusil si lo llevan á la espalda, se procura llegar al *campo* lo más lenta y honrosamente que se pueda.

El *forraje en seco*, bien mirado, no tiene de comun con el forraje en verde más que el nombre. La operacion en sí es más prolija, más extensa, más complicada. Ni puede llevarse á cabo de un tiron, ni cabe tanta precision en las reglas *tácticas* para cubrirlo. No es llevar rápidamente á un campamento forraje para el ganado: es, ordinariamente, abastecer «en grande» ciertos depósitos de víveres, que se almacenan para algun tiempo. Además intervienen precisamente otros elementos: el paisanaje, desde luégo, ya porque se le compela á llevar él mismo su grano, ya se le vaya á buscar á su casa; la *administracion militar*, si ha de llevarse la debida cuenta y razon, y la guardia civil ó

tropa de policía, para ciertos pormenores é incidentes de justicia, exenciones, salvaguardias y apremios. Por estas razones, lo que concierne al *forraje en seco*, ó con más extension y exactitud á la *requisicion de víveres*, se apuntó, como caso complicado y ejemplo importante, al final del capítulo IX que trata en globo de los *destacamentos* de alguna importancia.



CAPITULO XV.

FORTIFICACION DE CAMPAÑA.

1. Consideraciones.—2. Reglas generales.—Nomenclatura.—3. Revestimientos.—4. Defensas accesorias.—5. Aplicaciones más usuales.—6. Ataque y defensa.—7. Demoliciones.—8. Combates en las calles.

1. Consideraciones.

Suele definirse y entenderse la fortificacion «en general» de una manera tan incompleta ó inexacta, que las ideas se tuercen y resabian, contribuyendo quizá á mantener esa especie de indiferencia ó repulsion de algunos militares á este importante ramo del *arte de la guerra*. Para desvanecerla en lo posible, para rectificar y esclarecer algunas opiniones erróneas que cunden en las filas y fuera de ellas, no es inoportuno exponer ciertas consideraciones generales con la brevedad y sencillez que la índole de este libro impone al tratar las más árduas y espinosas doctrinas.

Ordinariamente se dice que la *fortificacion* tiene solamente por objeto: «cubrir y flanquear;» ó bien «ver sin ser visto y herir sin ser herido;» ó, en fin, «defender á pocos de muchos.» Todo esto es limitado, exíguo. Por *fortificacion* —en toda su latitud—debe entenderse: «la mejora, prepa-

racion ó modificacion del *terreno* para la *guerra*, que produzca, no solo embarazo, entorpecimiento, retardo y aniquilamiento en la fuerza enemiga, sino ventaja, holgura y acrecentamiento en la propia.»

Admitida, con toda su abstracta vaguedad, esta definicion ámplia y fecunda, se ve que la *fortificacion* juega lo mismo hombre contra hombre, que ejército contra ejército, que nacion contra nacion. El círculo del significado técnico debe comprender, desde la *cortadura* que hacen en minutos unos cuantos gastadores en vados, puentes ó desfiladeros, hasta los profundos fosos y robustas murallas de las *grandes plazas de guerra* en que se invierten siglos, talentos y tesoros. Esta *fortificacion en grande,* llamada *permanente*, está en todos los países, por lo complejo y costoso de su teoría y práctica, á cargo exclusivo de un cuerpo especial, que en todos ellos se distingue por la modestia excesiva que acompaña á su profundo saber. Quizá de aquí provenga que, no divulgándose y popularizándose en las filas y en la sociedad misma ciertos principios generales, despojados de su escabrosa tecnología, el oficial de las armas generales, áun con alta graduacion y larga experiencia, y el hombre político al llegar á ser hombre de estado, mantengan cierto recelo sistemático, cierto alejamiento de los más usuales y socorridos elementos del *arte de fortificar*. Fácil es demostrar todo lo que ese desden, y antagonismo en algunos, tiene de infundado y perjudicial.

Admitido que la fortificacion «en toda su generalidad» tiene por objeto y fundamento «modificar ventajosamente el terreno» y dada á esta última palabra la significacion extensa del capítulo XVI, se ve que no puede existir sin la geostrategia, llamando así á la estrategia aplicada al suelo, sin la topografía, sin el conocimiento «anterior y razonado» de su estructura, de sus formas generales y locales, de su relieve y accidentes. Pero si el *terreno* constituye la base ó, por decirlo así, la materia primera ¿qué es la *fortificacion* sinó la *ciencia de las posiciones*, base tambien y principio del *arte de la táctica*? ¡Efectivamente: la *fortificacion* y *la táctica* se enlazan sin confundirse; se engranan sin entorpecerse; se completan mútuamente; marchan,

crecen, juegan con el mismo fin, en el mismo teatro, con reglas casi idénticas por lo análogas.

Esta íntima y fecunda conexion, á pesar de ser tan clara como la luz y tan antigua como la guerra, dista bastante de estar universalmente reconocida. Y quizá estribe mucho, en el sentido variable que las palabras tienen cuanto más usuales y repetidas son. *Posicion* en la guerra ¿es otra cosa—como atrás se dijo—que el terreno *tácticamente* escogido para aumentar «el efecto de las armas ó el valer de los hombres;» para dar mayor vigor, incremento y energía á lo que llamamos abstractamente *fuerza*? Miéntras que esta *posicion natural*, es decir, este *terreno*, la mano del hombre no lo modifique, terreno se queda más ó ménos utilizable, segun lo hizo la naturaleza; pero en cuanto suceda lo contrario, sea con sujecion á reglas, á instinto ó á lo que se quiera, la *posicion*, el nuevo *terreno artificial* se convierte de hecho en *fortificacion*.

No es de este lugar, y atenuaria la absoluta generalidad de estas ideas, entrar en sutiles y técnicas distinciones sobre la fortificacion *permanente* ó *pasajera*, perpendicular, atenazada etc., indispensables para el estudio de la *ciencia*; pero lo que se deja entender, sin necesidad de profundizarla, es que la *posicion*, modificada ó no por la mano inteligente del soldado, prescribe para ser tal, *defensa*, esto es, «presencia y accion del hombre sobre ella;» porque sinó será simplemente *obstáculo*. Un puente ó un vado, que se corta y se abandona, retardará y embarazará por sí solo el movimiento agresivo de una tropa; pero es forzoso que este entorpecimiento éntre y juegue «en la esfera táctica del combate y de las armas,» para que pueda considerarse como *fortificacion*. La idea pues de *ataque* y *defensa*, de *combate*, ó en una palabra de *maniobra*, es siempre implícita, correlativa, inseparable de *fortificacion*. Es indudable que en ella el obstáculo, «la dificultad de acceso» impone atencion preferente; pero de ningun modo única y exclusiva: favorecer, acrecentar, multiplicar el efecto de las armas miéntras el enemigo vence la dificultad de acceso es su fin más importante, fecundo y decisivo. Tal podrá ser esta dificultad, tal el artificio y «poder defensivo» de la *fortifi-*

cacion que el enemigo fallezca y sucumba en su empresa desde luégo; ó que, á consecuencia de graves pérdidas sufridas, no sólo se restablezca el equilibrio numérico y material, sinó que se incline del lado del fortificador. Este entónces «saldrá» de su fortificacion; la abandonará como un escudo, como un *arma*, que ya no le es necesaria: así como cesa el fuego cuando quiere combatir al arma blanca, y proseguirá en otro *terreno* su movimiento y su victoria.

Un ejemplo todavía para mayor claridad. Pancorvo, Despeñaperros, tal como están hoy, son *posiciones*: una simple *cortadura*, la *cabeza de un puente*, la *voladura* de un arco, unos *reductos*, la «modificacion» en fin por la mano y la voluntad militar, los convierte en el acto en verdaderas *fortificaciones*, es decir, en terrenos, en posiciones fortificadas; pero sería un error llamar ni tener por *fortificacion* esos obstáculos, amparos ó entorpecimientos, si no hubiese precedido á su artificiosa disposicion y construccion la idea capital de una *defensa* más ó ménos inmediata y activa. De lo contrario, el embarazo, el obstáculo nunca puede entrar en el concepto de *fortificacion*, sinó en el de otros medios de hacer daño, en que la guerra abunda, como cortar un convoy, interceptar un correo, quemar forrajes, ó talar territorios. Los rusos, en 1812, «modificando el terreno» en Moscow y aniquilando á Napoleon I, no «fortificaban» seguramente.

Y aquí viene un raciocinio que se eslabona con el anterior: puesto que la fortificacion, ó sea la posicion militar modificada y mejorada, no tiene razon de ser sin tropas que la guarnezcan, cubran, maniobren y defiendan, la *fortificacion* no puede existir sin la *táctica*.

Y en efecto no existe. Toda tentativa de alejamiento y divorcio entre la *fortificacion* y la *táctica* solo puede conducir á lamentables extravíos que el raciocinio advierte, que la historia comprueba; pero que, desgraciadamente, no corrigen ni escarmientan.

Queda, pues, establecido que la *fortificacion*, si no hija, es hermana ménor de la *táctica* en cuanto modifica y mejora el *terreno* que ésta conquista ó defiende. Consecuencia

lógica es, que ni el ingeniero puede ignorar los fundamentos variables de la *táctica*, ni el oficial de fila dejar de saber algunos «rudimentos» de *fortificacion*.

Hay más. De los tres elementos constitutivos de la guerra, que son los *hombres*, las *armas* con que se baten y el *terreno* sobre que maniobran, los dos últimos, como materiales, son susceptibles de arte; pero adviértase bien que en el momento en que el terreno sale de manos de la naturaleza ó del hombre civil, para entrar en las del «hombre de guerra»; y éste, con sus *obras de fortificacion*, aumenta y multiplica su valor y condiciones *tácticas*, esto es, ofensivas y defensivas; el tal *terreno* podrá hacer veces de *arma*: ofrecerá un *arma nueva*; pues no cabe duda que una *tala*, un *foso*, un *muro*, que detiene largo tiempo al enemigo bajo el fuego mortífero de un batallon, es en rigor el fuego mismo de ese batallon «multiplicado» por dos, por cuatro, por diez; por un coeficiente ó multiplicador variable, que son los minutos ó el tiempo en que obra á mansalva, sobre el enemigo á quien detiene. Pudiera decirse que dispone de un arma nueva, ó más perfecta, ó más mortífera: ó en fin que «acrecienta y multiplica el valer y *efecto* de las suyas ordinarias.»

Hé aquí, pues, cómo la *fortificacion* tiene ó puede tener su más vasto, importante y esencial significado de *arma*. El de *arte* solo conviene á la reunion de reglas dictadas por la observacion y el raciocinio, y á veces desgraciadamente tambien por la preocupacion, la rutina y hasta por el capricho.

Al oficial de fila se le recomienda en el capítulo III que para estudiar con provecho el arma en que sirve conozca ciertas propiedades generales y tácticas de las otras *dos*: y por lo dicho aquí, debe entenderse de las otras *tres*. Positivamente: dejando al ingeniero que cultive con ayuda de otras ciencias su estudio especial y profundo de la *fortificacion* como *arte*, el oficial de las armas generales no puede prescindir de tocarlo como *arma*, que debe conocer y saber usar. Porque si la *fortificacion* es *arma* necesita quien la maneje. La *fortificacion* sin *defensa* bien se ve que es incomprensible: sería el cañon sin artillero que lo sir-

va, la lanza sin jinete que la enristre. Si la fortificacion—esto es, el terreno preparado con arte—requiere para convertirse en «elemento activo de guerra» la intervencion del hombre armado, es decir, de las *otras armas*, irremisiblemente tiene que sufrir entre sus condiciones técnicas y estratégicas las que le imponga la *táctica*, árbitra y reguladora de los movimientos de los hombres, de la eleccion y juego de sus armas, de la eleccion y aprovechamiento del *terreno* más favorable á ellos y á ellas.

Por lo demás, es de esperar que estas ideas, que nada tienen de nuevas ni mucho ménos de atrevidas, no servirán de alimento á esa cuestion eterna y estéril de «precedencia» entre la *táctica* y la *fortificacion*, que ha dado y está dando nacimiento á más perjuicios que el de perder tiempo y papel. Como todas, ó las más, esta cuestion proviene de no quererse entender.

La fortificacion—hay que confesarlo—sufre hoy las oscilaciones é incertidumbres de otros varios ramos del *arte de la guerra*. El exagerado empeño que ántes se ponia en «construir» hoy se pone en «demoler.» Desde las guerras napoleónicas, que se ha dado en llamar nuevas, por oposicion á las viejas ó anteriores de *sitios* y *puestos*, empezó á cundir, entre los que todo lo acogen sin exámen, un cisma peligroso. Algunos profetas, derribando los viejos ídolos, quieren hacer ver en lo que ántes era «escudo,» ahora techumbre que aplasta; en lo que antaño, y siempre, robustecia y amparaba, hoy lo que «enerva y embaraza»; en los muros torreados que sirvieron de cuna á algunos pueblos (como España), de reparo á muchos y de salvacion á «todos», quieren hacer ver, repetimos, á los ejércitos tumbas entreabiertas, que los han de tragar sin esperanza ni gloria.

Lo singular es, que de los modernos adelantos de la *táctica* y de la *guerra*, y de la flexibilidad con que á ellos deba plegarse la *fortificacion* no sale, si se raciocina con criterio, ni el desmantelamiento atolondrado, que algunos proponen contra la *permanente*, ni la proscripcion que otros decretan contra la *pasajera*.

Cabalmente, abriendo las máximas de Napoleon I, del

que gratuitamente se supone «aborrecedor de la fortificacion» en su calidad de gran estratégico y batallador, se leen las siguientes:

«Las plazas fuertes son tan útiles para la guerra ofensiva como para la defensiva. Es indudable que ellas por sí solas no pueden detener á un ejército; pero dan excelente medio de retardar, entorpecer, debilitar y molestar al enemigo vencedor.»

«Los que proscriben las líneas de circunvalacion y todos los auxilios que ofrece el arte del ingeniero, se privan voluntaria y gratuitamente de una fuerza y de un medio auxiliar que nunca son nocivos, casi siempre útiles y muchas veces indispensables.»

«Las fortificaciones de campaña son siempre útiles, nunca perjudiciales, si están bien entendidas.»

«En una guerra de marchas y maniobras, para esquivar una batalla contra un ejército superior, hay que atrincherarse todas las noches y situarse en buena defensiva. Las posiciones naturales que ordinariamente se encuentran no pueden abrigar sin el socorro del arte contra la superioridad de un ejército más númeroso.»

Es, en efecto, una vulgaridad insostenible, una verdadera blasfemia que la *fortificacion* bien entendida y oportunamente aplicada embarace, acobarde, ni enerve las tropas. Para suprimir la fortificacion en las guerras venideras, hay que suprimir lógicamente el *terreno*, las *posiciones* y hasta los lugares habitados, que ella cubre, mejora y defiende. Esas guerras tendrán lugar, sin duda, en la monótona llanura del desierto: y el *arte de la guerra* tendrá por progreso retroceder al estado en que lo conservan los beduinos, heredado de aquellas innumerables hordas asiáticas que chocaban sin más concierto que las olas encrespadas del océano.

Si se acepta como exacto lo que expuesto queda, acerca de la fortificacion considerada como *arma*; si se reconoce su coexistencia, paralela ó subordinada (poco importa) con la *táctica* y su influencia eterna, visible sobre la *guerra*, fácil es discurrir con acierto y buscar estudio provechoso en la fortificacion como *arte*. Arte—segun Balmes y segun

todos—es «el conjunto de reglas para hacer bien una cosa» Si el oficial ha de cultivar con fé y esmero el *arte de la guerra* y en él entra, como parte integrante é indefectible, *el* de la *fortificacion*; no es voluntario, sinó forzoso que lo comprenda y use en aquella proporcion sencilla y racional que le compete y que para nada se roza con las matemáticas, ni la arquitectura. Y no hay que desmayar por la inundacion, realmente aterradora, de opiniones, libros y *sistemas*: el arte de la guerra por entero, táctica, administracion, artillería, organizacion, todo sufre los embates de la impaciencia y de la ignorancia, las oleadas de la discusion, el mareo de la incertidumbre. Razon mayor para buscar la verdad entre los sofismas de unos cuantos estratégicos demoledores y batalladores decisivos, (V. cap. VIII) que quizá se fingen ateos para evitar las molestias del estudio y meditacion. Hoy casi se proscribe la *fortificacion*, como *arte* y como *arma* inteligente, en nombre de ese principio que adora y preconiza el empuje ciego, el armamento general, la multitud numérica, la masa, la fuerza... ¡Singular manera de aumentar *fuerza* desprenderse de lo que la dá!

Es probable, sin embargo, que seguirá en lo porvenir siendo cierto y provechoso lo que lo ha sido desde las famosas líneas de contravalacion de Escipion ante Numancia hasta los atrincheramientos de nuestras últimas guerras. El «mover la tierra,» esa excelente y práctica *fortificacion* que se llama *pasajera, del momento, de campaña*; que el ingeniero á veces «traza» pero que la infantería «construye, ataca y defiende,» formará, en todas épocas, un ramo preferente de la *educacion militar* y ofrecerá *en campaña* recursos inagotables al talento y al valor.

Repetimos—por temor de que se interpreten nuestras palabras—que el oficial de las armas generales ni puede, ni debe convertirse en ingeniero: y tan léjos estamos de pretender abrumarle con pesados in-fólios, que recomendaríamos, si tuviéramos autoridad, la expulsion de las bibliotecas, de cierta fortificacion puramente *teórica*, que vive, ó quiere vivir por sí sola, sin dependencia, ni conexion con la *estrategia*, ni con la *táctica*, ni con la *topografía*, ni con

la *guerra*, ni con la *política:* fortificacion cultivada antiguamente por hombres del estado civil y hasta del eclesiástico, que no presupone terrenos que la sustenten, ni soldados que la defiendan, ni ejércitos y pueblos con quien combinarse.

La fortificacion, tal como queda definida, puede ser *móvil*, *ofensiva*, por extraña que parezca esta palabra. ¿Qué son, sinó, las humildes *trincheras* que se desenvuelven, culebrean, embisten y concluyen por tomar una *plaza fuerte* que prefiere estarse quieta?

La fortificacion, singularmente la de *campaña*, no es impracticable por costosa; no implica ideas absolutas de «defensa y conservacion,» ni acude siempre en auxilio de la «inferioridad numérica ó moral,» ni tampoco corrige la flojedad ó la cobardía. Las malas tropas, tan malas ó peores son detrás de *parapetos* que en campo raso. En la guerra nada hay absoluto: ni la «destruccion,» ni la «conservacion.» El que ataca procura «conservarse y cubrirse:» el que se defiende «se conserva ofendiendo.» Estas dos ideas gemelas de *ataque* y *defensa* son, como se ha dicho, inseparables, correlativas, solidarias: y á entrambas responde simultáneamente la *fortificacion* bien entendida.

En una profesion, como la nuestra, en que el primer voto es el desprecio constante de los riesgos; la bravura personal, y áun su apariencia sola, cubrirán siempre con espléndido manto de gloria muchos arranques punibles de impericia, imprudencia ó despecho: lamentable sería que esta calorosa recomendacion del *arte* y del *uso* de la *fortificacion* quedase tan estéril en resultados, como las pragmáticas sobre el duelo; pero es un deber—hoy más que nunca—llamar la atencion del oficial con este preámbulo, excesivo quizá, hácia un ramo importante y descuidado del *arte de la guerra*; sobre el cual las siguientes brevísimas indicaciones sirven meramente como de índice no completo, para despertar ya que no aficion, curiosidad; y que ésta impulse á buscar, en los tratados especiales, más extensa y provechosa instruccion.

2. Reglas generales.—Nomenclatura.

El *comandante de un puesto*, con arreglo á las instrucciones que reciba, debe concentrar su atencion en aumentar su fuerza, tanto facilitando su defensa, como disponiendo obstáculos, que embaracen, retarden ó anulen el *acceso* y el *ataque* del enemigo. La *fortificacion de campaña* bien entendida llena ambos objetos.

Fortificar un puesto no es precisamente «construir obras,» sinó aprovechar con tino y modificar con arte los accidentes y circunstancias locales, ya del *terreno*, ya de los *edificios* ó de sus ruinas mismas.

Excusado es advertir que sin el propósito y la «resolucion anticipada» de una *defensa* vigorosa, está demás acumular esfuerzos y recursos, así del *arte* como de la naturaleza. Por muchos obstáculos que se interpongan, si se dejan inertes ante un enemigo emprendedor, pronto los salvará y dará cuenta de la floja guarnicion del puesto.

Su jefe, pues, necesita sagacidad, sangre fria y buen discernimiento, para emplear los recursos del arte y aprovechar los muchos que en circunstancias críticas atesoran «los hombres, las armas y el terreno.»

Lo primero de todo es *reconocer* este último con mirada serena y previsora. Si, por resultado del exámen en conjunto, se cree conveniente construir una pequeña *obra de campaña*, véase bien ántes si bajo tal aspecto satisface á estas principales condiciones: responder al objeto *táctico* á que se le destine; ofrecer la extension ó espacio necesario para la obra que se proyecta; tener en sí los materiales ó medios indispensables para la construccion; ofrecer «acceso difícil y retirada fácil» y por último no ser dominado.

Dominacion, en el tecnicismo de ingenieros, vale tanto

en general como «elevacion relativa de un lugar ó de una *obra* sobre otra.» Claro es que puede *dominarse* sólo con la vista, es decir, más léjos ó fuera del alcance de las armas; con el cañon y con el fusil; y tambien, segun la situacion, una obra es *dominada* de revés, ó por la espalda, de flanco y de frente. Cuando el ingeniero no es dueño de elegir punto para el *asiento* y construccion de una obra, y el suelo que se le fija sufre *dominaciones*, es decir, tiene cerca lo que tambien se llama *padrastros*, puntos *dominantes* y *peligrosos*, acude á los recursos que le da una parte de su ciencia que se llama *desenfilada*; pero el *comandante de un puesto* ni tiene que cultivar en teoría este ramo de geometría descriptiva, ni probablemente ocasion holgada de practicarlo. Bástele saber que debe evitar en lo posible la cercanía de peñas elevadas, cerros, campanarios, palomares, ermitas y áun árboles copudos. Unas veces convendrá demoler la ermita ó cortar los árboles: otras, será mejor dar un poco más de *relieve* á la *obra* ó construir algun *espaldon* ó *través*, es decir, un macizo interior de tierra, cestones ú otros materiales meramente para cubrir, ó mejor, tapar; otras quizá *ocupar* y *fortificar* tambien con *defensas accesorias* y rápidas de hacer, como *talas*, el mismo punto dominante, guarneciéndolo con pequeña tropa de confianza que retarde lo posible el acceso del enemigo.

El terreno que circuye la obra debe quedar desde luégo raso y despejado al alcance de las armas, segando yerbas altas y matorrales; demoliendo cercas y edificios; terraplenando quebradas, barrancos y hoyos que puedan ocultar.

Deben ser pesadas con detencion las ventajas é inconvenientes de construir la *obra de campaña* en una altura. Es verdad que favorece mucho á la defensa ver al enemigo y tenerle bajo su fuego subiendo por una ladera áspera y escarpada; es verdad que seduce la idea de echarlo á rodar con una *salida*, cuando sube ya sin aliento jactancioso é imprevisor; pero debe tenerse en cuenta la desventaja del *fuego fijante*, es decir, de arriba á bajo sobre el *rasante*, que es á la inversa. Casos habrá en que no convenga *asentar la obra* en la misma arista, *cresta* ó borde

de la altura, sinó más atrás; ó quizá más adelante en el principio de la falda y áun á media ladera.

La costumbre de ver en los libros destinados á la teoría las *obras de fortificacion* consideradas sobre un suelo no sólo llano, sinó perfectamente liso y horizontal, embaraza y amanera en la práctica por empeñarse, tanto en dar una simetría inútil, como en nivelar y allanar lo que no se necesita. La *traza*, es decir, las líneas principales de una *obra de campaña* consideradas en su conjunto y en disposicion horizontal, y en general la línea llamada *magistral* que, como su nombre lo dice, es la más importante de toda fortificacion, deben «plegarse y acomodarse» al *terreno*, por desigual y quebrado que sea.

Se procura, siempre que se pueda, que la *obra de campaña* tenga comunicacion expedita por la *gola* ó por la espalda, para facilitar tanto la retirada como la venida de socorros; pero bien se comprende que ha de ser con la condicion (no muy óbvia) de que lo fácil y practicable para el defensor sea impracticable para el enemigo.

Si el *puesto*, aunque *pasajero*, ha de tener alguna permanencia probable, un deber de humanidad aconseja contar con la salubridad del aire y del suelo. Pero en éste, como en muchos casos, suelen andar reñidos el interés de la humanidad y el interés de la guerra. Las tercianas y otras enfermedades se desarrollan por la vecindad de riachuelos, pantanos y lagunas: y cabalmente la *fortificacion de campaña* incluye esos «accidentes» como poderosos medios de defensa, cuando pueden ser utilizados.

Toda *obra de campaña* ha de ser proporcionada al número de brazos con que se cuente para construirla y, más singularmente, al de hombres que la hayan de defender y á la clase de sus armas. En caso de vacilacion, siempre es mejor pecar por defecto que por exceso, como es costumbre. Una *obra* demasiado extensa, en lo general nunca se acaba, y siempre resulta débil: miéntras que otra pequeña concentra el vigor de la defensa, permite el justo relevo de la gente y admite reservar la más fresca y descansada para los puntos y momentos peligrosos. Lo pequeño, sin embargo, tiene su límite, ya en atencion al estrago de los

proyectiles *huecos*, ó ya porque convenga *abarracar* la tropa dentro, y quizá guardar algun pequeño *almacen* ó depósito.

Se advierte que se tenga en cuenta la *especie de armas*, porque si la *obra* ha de ser defendida por infantería sola, el cálculo ordinario para el desarrollo de la *línea de fuego* es de un metro lo más por fusil; pero si entra artillería, cada pieza necesita de seis á ocho metros lo ménos para servirla holgadamente.

Toda *fortificacion* tiene que satisfacer á dos primarias condiciones: *cubrir* y *flanquear*. Lo primero se logra dando á los *muros* y *parapetos*, que por eso se llaman genéricamente *masas cubridoras* las dimensiones competentes en *relieve* ó *altura* para no ser visto, y en *espesor* para que no sean *penetrados*. El *flanqueo* se logra por la disposicion relativa y recíproca, en ángulos que se aproximan al recto, de las partes de la fortificacion que se llaman *frentes* ó *lados*. Uno de ellos *flanquea* al otro, cuando los proyectiles que desde el primero se disparan hieren de flanco al enemigo que ataca al segundo. Cada *frente*, por supuesto, debe tener su defensa peculiar y *directa*, para que el soldado no tenga que cuidarse más que de tirar «á su frente.»

Este principio y regla general del *flanqueo* es extensivo y áun más aplicable, cuando dispuestas en *línea* varias *obras de campaña* tienen que prestarse «mútua defensa y apoyo.» En este caso el verbo *flanquear* toma acepcion más lata: pues significa respecto á un *fuerte* «barrer, limpiar con sus fuegos» el frente de otro, siendo al mismo tiempo independientes, hasta el punto de que la pérdida de uno no cause la pérdida de los demás.

Estos principios, como se ve, no pueden ser fijos ni absolutos, puesto que están subordinados al *efecto* y *alcance* variables hoy más que nunca de las armas. Así, todas las «tablas de dimensiones» insertas en manuales como el presente, se dice y con razon que «han envejecido» en el corto trascurso de quince años. Los enormes *alcances* y *penetraciones* de las armas de fuego en 1867 han triplicado y cuadruplicado casi todas las distancias y dimensiones en fortificacion.

Sentadas estas generalidades, procede entrar con algun detenimiento en la *nomenclatura técnica* y razonada de las partes constituyentes de una *obra de campaña* «elemental y supuesta en terreno raso.»

Parapeto, A B C D E F (fig. 16 lám. I), es la masa de tierra extraida del *foso G H L M* y levantada para resguardar y cubrir al soldado del fuego enemigo.

Por lo arriba dicho, su *altura* ó *relieve D S* y su grueso ó *espesor S T* tienen que ser correspondientes y proporcionales al *arma* que haya de batirlo y tambien á la talla del defensor. Si dentro de la *obra* proyectada ó, como los ingenieros dicen, en el *espacio interior*, tuviese por cualquier motivo que estar tropa á caballo, ó construirse algun *barracon* ó *tinglado*, que forzosamente deba estar cubierto ó *dominar* algun punto cercano, bajo y hondo, ó no *dejarse dominar* por otro elevado y contíguo, la *altura D S* del *parapeto* queda subordinada á esta condicion. Fuera de estos casos singulares la *altura* ordinaria de un *parapeto* normal, es decir, lo que se levanta del suelo *X Z* la *cresta ó línea de fuego* ó *magistral* representada en *D* suele oscilar entre 2^m y $2^m,5$ sin exceder en ningun caso de 4^m. Un *parapeto* demasiado bajo, léjos de disminuir el temor del soldado, se lo aumenta, porque le deja desabrigado y descubierto, obligándole á agacharse. El *parapeto* alto con exceso requiere más tiempo y coste; hace el fuego ménos *rasante* y certero, y no defiende bien el *acceso al foso*.

El *espesor S T* del *parapeto* es aún más «variable» que su *altura* por cuanto depende del destino de la obra y de las *armas* que la hayan de batir.

En general, si se tiene seguridad de habérselas exclusivamente con fusilería, basta con 1^m; si con artillería de batalla de á 8 ya 2^m; con artillería de á 12 ó más no puede bajar el *espesor* de 3^m.

Banqueta B C es la parte integrante del *parapeto*, dispuesta para que el soldado subido en ella *vea* la campaña y *dispare* sobre el enemigo. Ordinariamente se le da $1^m,5$ de anchura para que la tropa esté en dos filas; con la recomendacion (que casi nunca se cumple) de que la primera tire y la segunda cargue. La banqueta se une al suelo *X A*

ó *terraplen interior* de la *obra* por medio de una *rampa* de tierra ó *declivio* suave *A B* para facilitar la subida y la circulacion; ó por medio de escalones ó gradas formadas con *faginas* ó *salchichones* como en las fig. 22-27.

La distancia *vertical* que media desde la *cresta del parapeto D* al piso ó *plano B C* de la *banqueta* y que se llama técnicamente *altura de apoyo* es «invariable» de 1^m, 3; puesto que la determina la condicion única de que el soldado «haga fuego sin encorvarse ni descubrirse mucho» por encima del *declivio superior D E* del parapeto; cuya «inclinacion» varía segun la *altura*, como es forzoso para que el *plano de fuegos* bata el *borde del foso* ó de la *contraescarpa M*, pasando el tiro á 1^m lo más por encima.

Berma F G es el pequeño resalto ó espacio de 0^m, 5 que se deja con objeto de que las tierras que rueden del parapeto no lleguen á inutilizar y *cegar* el foso. Pero, viendo algunos que por evitar un mal se cae en otro peor, ofreciendo un escalon de subida al enemigo en el asalto, han suprimido y con razon la *berma* por innecesaria, como se ve en las fig. 17 y 18.

Aquí conviene distinguir las dos palabras *talud* y *declivio*, que suelen considerarse como sinónimas hasta en libros técnicos.

Todo plano que no sea vertical ni horizontal, forma un ángulo con cada una de estas líneas. La costumbre prescribe que siempre se tome para «indicacion» el ángulo menor; y asi cuando el plano, como en *C D*, fig. 16, se acerca mucho á la vertical *D S* se distingue con la palabra *talud*; y cuando, como en *A B* de la misma figura, el plano se acerca notablemente á la horizontal se usa con preferencia la voz *declivio*. Es evidente que con el ángulo de 45 grados ó próximamente, como en *E F* ó *G H*, lo mismo es *talud* que *declivio*; pero en fortificacion está convenido que á *D E* se le llame *declivio superior* del parapeto y á *A B* declivio ó *rampa* de la *banqueta*, miéntras que al plano algo ó nada inclinado *D C* se dice *talud interior* y al *E F talud exterior* del parapeto. De estos dos taludes, al *interior D C* se le hace vertical ó á plomo, ó se le aproxima lo posible, conteniendo la tierra con *revestimientos*; y al *exterior E F*

se le deja sin *revestir*, con la inclinacion que por sí adquieren las tierras, y que por eso se llama *talud natural*.

Foso, *G H L M*, no hay que decir que es la excavacion qne precede al *parapeto*, hecha con el doble objeto de «dificultar el acceso, dando más *relieve* al parapeto y de proporcionarse las tierras necesarias.» Los ingenieros tienen fórmulas exactas, que en este manual no pueden hallar cabida, para buscar el necesario equilibrio entre la *excavacion* y el *relleno*, entre el *foso* y el *parapeto*: las cuales dan en toda construccion, militar ó civil, el *balance del desmonte* y *terraplen*.

Las dos paredes *G H* y *M L* que forman el *foso* toman espectivamente el nombre de *escarpa* la *G H* adyacente ó inmediata al parapeto y el de *contraescarpa* la opuesta *M L*. Donde esta *contraescarpa* encuentra al terreno ó suelo se llamaba *arcen* y hoy, más á la francesa, *borde del foso*. Y en fin, el suelo *H L* se dice propiamente *fondo del foso*. Así como en el parapeto se llama *altura*, la que efectivamente tiene la *cresta D* sobre la superficie del terreno *X Z*; así tambien se llama *profundidad* la distancia vertical desde aquella al *fondo* del foso. Los dos taludes *G H* y *M L* de *escarpa* y *contraescarpa*, así como el exterior *E F* del parapeto tienen su «inclinacion variable» y determinada por la «calidad de las tierras.» Será grande en las húmedas ó inconsistentes: miéntras que en la dura y seca podrá cavarse la escarpa «vertical» como en la fig. 18. Cuando en medio del *foso* se hace, aunque no es comun en campaña, una pequeña zanja ó rigola para recoger las aguas el foso tiene *cuneta*.

Ya porque sobren tierras, ya porque importe levantar ó realzar el *borde del foso* á fin de que pueda «verse y batirse» desde la *cresta D*, las *obras de campaña* suelen tener (como las *permanentes*) un *glácis* ó *glásis M N O*, fig. 16, palabra francesa, que en el siglo pasado sustituyó á la italiana *espalto*, usada siempre por nuestros autores clásicos del siglo XVII. La *pendiente* ó inclinacion *N O* del *glásis* se relaciona con la del *declivio superior D E*. Unas veces porque falten tierras para el *glásis*; otras porque se quiera darle más extension ó pendiente, se abre en la *cola O del*

glásis otro foso triangular, como en la fig. 19, de poca profundidad que por su posicion se llama *antefoso.*

Si la *cresta N* del *glásis* en vez de apoyarse sobre el *borde del foso* como en la fig. 16, se retira un poco, dejando el espació *M P*, como en las fig. 17 y 18, para que desde él se pueda hacer fuego, ese espacio se llama *camino cubierto* en toda forti ficacion *pasajera* y *permanente.*

La condicion primera del *foso* es ofrecer *obstáculo*: por consiguiente cuanto más ancho y profundo ménos podrá saltarlo el enemigo. La relacion matemática que, como se ha dicho, busca el ingeniero entre el *desmonte* y el *terraplen* da con exactit ud sus dimensiones. Aproximadamente vienen á ser las del parapeto contando con que la tierra que se excava, por mucho que luego se apisone, siempre abulta más que el hueco del foso abierto en el terreno.

Pero, ni el *comandante de un puesto* necesita saber con extension los fundamentos científicos de las fórmulas matemáticas que aquí se suprimen, ni suelen dar los tiempos *en campaña* á los mismos ingenieros holgura y descanso para ciertas delicadezas.

Al «conjunto» de *foso*, *parapeto* y *glásis*, es decir á la fig. 16 tal como está, se llama *perfil*. Este debe considerarse como «regulador ó modelo;» pero de ningun modo como «tipo invariable» al cual haya que ajustarse ciegamente. Por ejemplo: en algun caso como indican las fig. 20 y 21 no habrá tiempo ó brazos ó necesidad más que de una rápida excavacion ó zanja interior con la tierra en monton á un lado. Esto es lo que «genéricamente» se llama *trinchera.* Por peligro, calidad del suelo ú otras razones hay casos en que conviene hacer dos fosos, como en las fig. 19 y 22 uno *exterior*, que quizá no es dable concluir, y otro *interior*.

Unas veces «la calidad ó el espíritu de las tropas» aconsejan un *perfil* que pueda saltarse desde adentro para «salir á la bayoneta» contra el que asalta, como en las fig. 21 y 23; otras, á la inversa, será prudente «encastillarse» y faltarán obstáculos que interponer.

En tal localidad, por abundar en madera, se clavan simplemente dos filas de estacas, fig. 24, y con tablones se

sujeta la tierra que se saca del foso. En tal otra en que el suelo es de laboriosa ó imposible cava, y abundante en cambio de ramaje, el *parapeto* sin *foso* se convierte en simple *cestonada* ó *faginada*. Aquí, por haber grandes bodegas y pipería, los toneles ahorran tiempo y trabajo; allí frescas praderías dan *tepes* excelentes; acullá la proximidad de un tejar hace mas cómoda la construccion de un *muro* que la de un *terraplen*.

En general: la forma y dimensiones de un *perfil* dependen de la naturaleza de las tierras, materiales y *revestimientos*; del ataque y resistencia presumibles; del tiempo dado para la construccion. Ordinariamente se tiende á dar grandes *espesores* para resistir á artillería; y lo que resulta es que no hay brazos, ni paciencia, ni tiempo para acabar el *atrincheramiento*. Vale más una simple *trinchera* rápidamente cavada en una noche, que emprender anchos *fosos* y *parapetos* para que se queden á la altura de *rodillera*, es decir, inservibles.

Estas indicaciones tienen por objeto desembarazar al oficial de las armas generales, que no haya hecho grande estudio, de las trabas que suelen imponer ciertos manuales erizados de cifras y reglas; inculcándole repetidamente que en campaña no ha de buscar excusa á su indolencia rutinaria en la «regla escrita» (que jamás alcanzará todos los casos posibles) sino acreditar esa viveza del espíritu despierto y fecundo, que encuentra soluciones y recursos en el lance más imprevisto.

Ni al oficial de fila, ni al ingeniero, le servirá de recomendacion que una *obra de campaña* sea bonita como la de un simulacro, por lo pulida y *perfilada*; sinó que, por su *traza* inteligente, por su rápida *construccion* revele el «perfecto conocimiento del objeto, de las circunstancias, de las armas y del terreno.»

Ordinariamente la defensa de un *puesto* muy pequeño no cuenta con artillería; y si por su importancia la merece es natural que de la construccion se encargue personalmente un ingeniero. Sólo, pues, se menciona, para completar la nomenclatura que *barbeta* es la plataforma, la masa de tierra generalmente adosada á un *ángulo saliente*,

más elevada que la *banqueta* para la infantería, y lo suficiente para que la boca del cañon juegue con mayor *campo de tiro* sobre el *declivio superior*: por eso se dice *tirar á barbeta*. A la inversa, cuando conviene «resguardar la pieza y sus sirvientes» se abren ó dejan en el *espesor del parapeto* huecos por donde éntre la caña de la pieza que son *cañoneras ó troneras*, de ningun modo «embrasuras» como dicen los malos traductores. Sus paredes laterales, se llaman *caras*, que pueden ser *planas* ó *alabeadas*; el plano inclinado del fondo, *derrame*; *abertura interior*, la más estrecha del *talud interior*, y *exterior* la opuesta. La distancia vertical desde la abertura interior al suelo, *rodillera*; la línea imaginaria, que se supone pasar por el centro de ambas aberturas, *eje* ó *directriz*, que puede ser directa ú oblícua. Los tablones, con que á veces se cubre la abertura interior para resguardar al artillero miéntras carga, se llaman, como en la marina, *portas*. El macizo ó parte de *parapeto*, que no lleva *banqueta*, comprendido entre dos *cañoneras* contíguas es el *merlon*.

Concluiremos estos brevísimos apuntes sobre *perfiles*, advirtiendo que en las figuras agrupadas en la lámina I desde el número 16 al 29 solamente se intenta dar una idea de su extrema variedad de forma, sin distraer la atencion con la que además introducen las respectivas dimensiones en cada caso, y áun dentro de la misma disposicion.

Bajo el aspecto horizontal, las *obras de campaña*, segun su diferente forma, disposicion ó *traza* toman varias denominaciones técnicas que importa no confundir.

La *flecha* es la obra más sencilla, puesto que se reduce, fig. 30 lám. II, á dos líneas *A B* y *B C* muy cortas, que forman un ángulo *saliente A B C* más ó ménos «abierto.» Los dos lados *A B* y *B C* del ángulo se llaman *caras* de la *flecha*. Como se ve, nada puede haber más elemental, para cubrir ó cerrar un *puesto* ó *paso*. Cuando las *caras* de la *flecha* toman grandes dimensiones, tanto en su longitud como en su *perfil*; por ejemplo, de 20 m ó 30 m á 80 m ó 100 m; cuando tiene artillería y por consiguiente más importancia; y en general cuando entra como «elemento» en combinacion, como en las fig. 31,32, entónces la *flecha*,

cuya primera condicion es estar «aislada,» se convierte en *rediente.* La línea *M A B C D P*, fig. 31 y 32, es *linea de redientes.* Cuando estos *redientes*, como en la fig. 31, no están ligados por largos trozos rectos; adquieren aún mayores dimensiones; abren ó cierran más ó ménos sus ángulos *entrantes*, *A*, *B*, *C*, *D*, y sus ángulos *salientes M*, *N*, *O*, *P*, *Q*; y toma la *magistral* una forma alternativa, entónces la línea es de *tenazas* ó *atenazada.* Pero si la magistral tiende á ser más uniforme, como en la fig. 33 ó en la fig. 34 y tanto los ángulos salientes, *M*. *N*, *O*, *P*, *Q*, como los entrantes *A*, *B*, *C*, *D*, *E*, se aproximan á 90 grados; reinando gran desproporcion entre las caras pequeñas *A M*, *B N*, y las grandes *M B*, *N C*; ya la línea no es de tenaza, sino de *llares*, de *dientes de sierra.*

Si á la *flecha* y *rediente* se le «tronzan» á cierta distancia del *saliente* y hácia dentro las dos *caras*, *A B* y *B C* como en la fig. 35, resulta, en general, un *baluarte* ó *forma abaluartada* más ó ménos «regular» segun estén dispuestas sus partes con relacion al «eje de simetría» es decir á la línea *M N* fig. 30 y 31 que se llama *capital*, por «dividir en dos partes iguales» el *ángulo saliente A B C* y señalar efectivamente la *direccion* de la *obra.*

La costumbre, árbitra siempre en materias de lenguaje, ha establecido que el nombre de *baluarte*, aunque génerico para toda *obra* de la traza mencionada, se reserve con especialidad para la *fortificacion permanente*, es decír, para las *plazas de guerra*; y en la de *campaña*, así como se ha dicho del *rediente*, sólo para la combinacion en largas líneas. La fig. 36 representa en *A B C D* una *linea abaluartada.* Cuando el *baluarte* está «aislado;» tiene pequeñas dimensiones eu su *traza* y *perfil*, y cubre exclusivamente (como la *flecha*) un pequeño puesto, desfiladero, ó puente; toma el nombre propio y técnico de *luneta.* Asi pues la *flecha* y la *luneta* son las dos *obras* mas simples y elementales del género que comprende las *abiertas por la gola*, es decir, por la espalda ó retaguardia. *Gola* es el nombre técnico de la línea imaginaria, más bien del «espacio» que media, fig. 30, entre los puntos extremos *A* y *C* en la *flecha A B C*; *E* y *D*, fig. 35, en la *luneta E A B C D.* En ésta

última las partes *A B* y *B C* conservan el nombre de *caras*; pero las otras dos partes más pequeñas que se han tronzado, *A E* y *C D* toman el genérico de *flancos*. El ángulo *B*, es el *saliente*, los otros dos *A* y *C*, de las *caras* con los *flancos*, se llaman ángulos *de la espalda*. Tanto en la *línea de redientes*, fig. 32, como en la de *baluartes*, fig. 36, la línea *A B* ó *C D*, que une dos obras elementales contíguas, se llama *cortina*. Esta denominacion es «universal ó genérica» en *fortificacion* antigua y moderna, *permanente* y *pasajera*, para toda larga línea ó miembro (ordinariamente recto y seguido) que «enlaza» dos *obras* ó partes correlativas ó conjugadas, más *salientes*, más importantes, y que recíprocamente se *flanquean*, se protegen, *cruzan sus fuegos*.

La *traza abaluartada* admite, entre límites muy anchos, «variantes» en la abertura ó amplitud de sus *ángulos* y en la extension de sus *caras* y *flancos*. Por esa elasticidad, desde el siglo XV hasta muy entrado el presente el *sistema abaluartado* (bastionado es galicismo intolerable) ha sido, no el preferido, sino el único y exclusivo de la *fortificacion permanente*.

Las *obras abiertas por la gola* sólo pueden tener aplicacion oportuna cuando hay «seguridad por la espalda:» fuera de este caso, un *puesto* se guarda ó cubre generalmente con *obras cerradas*.

Estas, segun su objeto y dimensiones, segun tambien su *traza* y *perfil*, toman nombres «genéricos» de *reductos*, *fortines* y *fuertes*. La voz *reducto* envuelve la idea de una *obra cerrada* y muy ligera *de campaña* «aislada, independiente, construida generalmente con tierra, de cuatro, cinco ó más caras; y cuya condicion característica es no tener *flanqueo*.» Cuando el *reducto*, por su capacidad y por su disposicion más complicada, tiene traza análoga á las fig. 37, 38 y 39, se convierte en *fortin*, *fuerte*. La palabra *fortaleza* implica ideas de permanencia, solidez, perpetuidad: la de *castillo*, de antigüedad, de edad media, de «construccion anterior al uso de la pólvora.»

La voz, todavía más genérica é indefinible, *atrincheramiento* comprende desde la simple *barricada* de una boca-

calle ó *cortadura* de un camino, hasta el conjunto inmenso de fortificaciones «de todo género» que suelen cubrir el campamento ó la posicion de un *ejército* entero. Aun en la *fortificacion permanente,* construida por el cuerpo de ingenieros en larga paz, y con gran copia de recursos y ciencia, *campo atrincherado* envuelve la idea de un extenso desarrollo de *obras* «en forma próximamente circular» con una gran *fortaleza ó plaza* por «centro ó núcleo defensivo,» como hay algunas en Europa.

La discusion y áun la simple nomenclatura de las innumerables combinaciones y disposiciones que admiten las *líneas* y *ángulos* de una *obra* ocupan extenso y preferente lugar en los tratados especiales. Muchas ciencias, y singularmente la *fortificacion*, suelen ahogarse, por la mala exposicion de la doctrina, en detalles minuciosos y á veces pueriles de «tecnicismo». En la *guerra*, más que en nada, importa fijarse en las «ideas» con preferencia á las «palabras:» y aquí es oportuno prevenir al oficial de fila contra esa aparente escabrosidad que ofrece el importante estudio de la *fortificacion*, producida por la exagerada importancia que algunos autores, generalmente no facultativos, suelen dar á las voces técnicas, para abultar nociones simples en el fondo y comprensibles para todo el mundo.

Por ejemplo: si á la *flecha A B C* de la fig. 30 se la corta ó mata el ángulo *saliente B* para colocar una pieza de artillería *á barbeta*, ó proporcionarse fuegos en direccion de la *capital M N*, la nueva *cara F G* que resulta en la figura 40 es un *chaflan*; el ángulo saliente *B* se *achaflana*. Si por extension, en una obra más grande, pero de forma semejante, como la representada en la fig. 41, al *frente* ó *cara F G* que en pequeño era *chaflan*, se le hace un *ángulo* ó *tronzadura* (no *brisura* como dicen los malos traductores del francés) aquel *frente* recto *F G* se *atenaza* como *F L G*, para obtener fuegos *cruzados* sobre el espacio *B F L G*, que puede importar. La *obra abierta A F L G C*, fig. 41, tomada en conjunto, se dice que está trazada *á cola de golondrina*. Si en vez de la simple *tenaza F L G* de esa fig. 41, ó de la 42, se dispone un *frente abaluartado* como en la figura 43, se tiene un *hornabeque*, en el cual ya las líneas

rectas y más extensas *A B* y *C D* toman el nombre de *alas*. Una *flecha*, una *luneta*, construida delante como en *E* toma «con relacion al *frente abaluartado A L I C*» la denominacion especial de *rebellin ó media luna,* segun su capacidad y *perfil*. Ese mismo *hornabeque*, si cubre el paso de un rio como en la misma fig. 43 entra en la denominacion genérica de *cabeza de puente*, como se llama «en conjunto,» (y haciendo abstraccion de pormenores de *traza*) á toda obra ú obras que «cubren y defienden un puente.» Los pequeños *parapetos M* y *N* sin foso, porque no lo necesitan, puesto que solo sirven para *flanquear* las *alas A B* y *C D* se suelen llamar *espaldones*. Las otras fig. 44, 45 y 46, dan idea de la disposicion usual de las *cabezas de puente*. La 47 de la guarda de un vado segun se explicó en el capítulo X.

Se ve pues, que así como sucede con las importantes voces técnicas *estrategia* y *táctica*, ó con otras como *batalla*, *accion* y *combate*; muchas veces no será fácil ni tampoco necesario, definir con exactitud si una *obra abierta* es *flecha* ó *rediente*, si otra *cerrada* es *reducto* ó *fuerte*.

De todos modos, sobre el atinado empleo, rápida ejecucion y vigorosa defensa de estas *obras* debe concentrar su atencion el oficial de las armas generales ó quien se le confia un *puesto*.

Dejando á la palabra *reducto* ó *fuerte* toda su amplitud, se concibe la variedad de formas que pueden tener por las que se indican en las figuras 37, 38, 39.

Así como es ociosa toda explicacion teórica sobre la conveniencia de tal ó cual *traza* en cada caso práctico y concreto; así tambien se suprimen por inútiles y enojosos aquí largos detalles, y siempre «incompletos» en todo manual, sobre la *construccion* de una *obra*. La voluntad y el ingenio del oficial deben suplirlos. Se empieza por recomendar que el *trazado* de una obra en el suelo se haga con cuerdas, piquetes y jalones: el oficial desidioso excusará su indolencia con no encontrar *jalones*, aunque un «palo» se encuentre en cualquier parte. De poco sirve explicar la division de la gente en cuadrillas, tajos ó talleres, á razon de dos ó tres hombres por cada metro lineal de obra. De ménos utilidad sería aquí entrar en si son 14 ó 15 metros cúbi-

cos lo que un hombre cava en 10 horas segun las tierras, y en los diferentes casos de moverlas con pala, espuerta ó carretones. Unas veces se dispondrá de paisanaje, en el que podrá haber hasta algun destajista de obras públicas diestro en mover tierras; otras, el *comandante de un puesto* no dispondrá más que de su tropa hambrienta, fatigada, temerosa del enemigo que la acecha; y no tendrá más zapapico que la bayoneta, ni más espuerta ni carretilla que el capote del soldado.

Lo que en todas ocasiones y trances tiene oportuna y salvadora aplicacion es el recuerdo de unos pocos *principios* realmente fundamentales y generadores que siempre se recomiendan por su pasmosa sencillez.

En todo *reducto* ú obra *cerrada* la principal condicion es, como se ha dicho, que tenga capacidad para la tropa que lo ha de defender. Una sencilla fórmula algebráica (que aquí nos hemos vedado por sistema) da el *lado* que segun los diferentes datos corresponde al reducto cuadrado. Hay que tener presente que á un hombre en el *parapeto* se le asigna 1^m lineal. Para vivaquear en el *espacio interior* 3/2 de metro cuadrado. A cada pieza 6^m lineales sobre la magistral; 36 ó 40^m cuadrados para ella dentro, con su armon y carro; á un pequeño repuesto para 3 ó 4 piezas, 12^m á 15^m cuadrados etc. Estos datos se modifican si la tropa ha de tener dentro tiendas ó barracas, si hay algun depósito especial etc.

La entrada ó *puerta* de un *reducto* se hace generalmente en el frente ménos probable de ataque. De todos modos se cubre y refuerza ó con una *flecha* por fuera como en la fig. 39 ó con un *través* por dentro. El *foso* se atraviesa por un *puente* que pueda hacerse *levadizo*, ó fácil de retirar; y la puerta es siempre un fuerte *rastrillo*, ó verja móvil de madera, por entre cuyas estacas se pueda hacer fuego.

3. Revestimientos.

Por *revestimiento*, en general, se entiende todo medio, sea el que fuere, destinado á contener el empuje de las tierras de una *obra de fortificacion*. Estas, por mucho que

se apisonen, tienden á tomar una caida que, como queda dicho, se llama su *talud natural*, más ó ménos inclinado segun su calidad y cohesion. Las incoherentes ó flojas, cuyo límite extremo es la arena pura, son las que mayor *talud* toman, es decir, las que más se ruedan ó derrumban. A la inversa, hay tierras fuertes con las que, bien apisonadas, no sólo se construyen muros ó tapias de cerca (que por eso se llama *tapial* á esta construccion) sinó edificios grandes, que desafian á la intemperie y á los siglos. De modo que si la tierra de un *atrincheramiento* fuese tan fuerte ó coherente ó arcillosa, que ella por sí tomase la forma vertical de la fig. 18 sin derrumbarse, ninguna necesidad habria de *revestimiento*. Pero este caso no es frecuente, y tampoco lo es en campaña tener tiempo de sobra para ir apisonando mucho las tierras por capas delgadas ó tongadas como se construye el *tapial*: lo regular es que la tierra tome un *talud natural* próximo á 45° ó, lo que es lo mismo, de 1 de base por 1 de altura, en el *parapeto* y de algo ménos, esto es, de 1 de base por 2 y áun por 3 de altura en el *foso* tanto en la *contraescarpa* como en la *escarpa*. El *talud exterior E F*, fig. 16, del parapeto nunca se *reviste*; pero el *talud interior C D* casi siempre necesita *revestimiento*, porque, si se dejase la tierra suelta, impediria que el soldado se arrimase y se apoyase, como debe, á fin de no descubrirse más que lo indispensable para hacer fuego. Tambien es evidente que exigen *revestimiento* las *caras* de las *cañoneras*, las *rodilleras*, y en general las *entradas* de los *reductos* y aquellas partes como *rampas de barbetas*, etc. en que conviene contener las tierras, para que no embaracen el tránsito, ni ocupen tanto espacio.

El material más comun y adecuado para *revestir*, ó contener el empuje de las tierras, es el ladrillo y la piedra. Es por demás decir que estos medios sólo podrán usarse en *atrincheramientos* de pueblos, y algo grandes: en despoblado, imposible. Sin embargo, con alguna modificacion, todavía podrán ser aplicados en rasa campaña. En ella, segun la calidad del suelo, se ven cercas y chozas construidas con *piedra seca*, como su nombre lo dice, sin argamasa que la trabe; tambien se usa el *adobe*, nombre que se da al

ladrillo sin cocer en el horno. Si entre la tropa ó paisanaje hay alguno que entienda en labores de tejar, y la tierra se presta, 8 ó 10.000 *adobes* se cortan en pocas horas, pero siempre, como es consiguiente, tardan en secarse.

En tierra de buenas praderías, con yerba corta, espesa, de mucha raíz entrelazada, suple al ladrillo y al adobe el *tepe*, es decir, el césped cortado en forma aproximada á ellos, ó mejor á una baldosa de 0,^{m} 25 á 0,^{m} 35. Un zapador con dos peones corta de 1.000 á 1.500 por dia. El procedimiento es sencillo: el zapador, como si arase, aprieta y dirige de corte una pala muy afilada, de la cual van tirando sus dos ayudantes por medio de una cuerda atada al mango del útil, cerca del hierro. Antes, naturalmente, se ha segado ó guadañado la yerba á rapaterron, y el *tepe* siempre se coloca con ella hácia abajo en el *revestimiento*, que se construye por hiladas á soga y tizon como una pared cualquiera. En la jornada de diez horas de trabajo un zapador con un peon hace por reglamento unos 6^{m} cuadrados de obra. Los *tepes* se aseguran con piquetes ó estacas muy pequeñas de 0,^{m} 3 de largo.

Tambien se hace sólo el *revestimiento* de *tapial*, amasando tierra, ni muy arenisca ni muy arcillosa, hasta que este barro tome la suficiente consistencia para no aplastarse y resistir al pison. Se va subiendo por tongadas y apisonando á la vez la capa de *revestimiento* y la tierra que se le adosa. Muchas veces se siembra alguna yerba, que al brotar aumenta solidez.

La *fagina* es un haz de ramaje sujeto por ligaduras, que se llaman *vencejos*, de cuerda ó mimbres y largo, para *revestir*, de 2 á 4^{m}; grueso de 0,^{m} 22 á 0,^{m} 25, y que ordinariamente pesa 25 kilógramos. Se construye sobre tres caballetes y, si no los hay, en el suelo, apretando el ramaje con una cuerda gruesa llamada *braga*, que lleva en sus extremos lazadas, por donde entran y juegan dos palos gruesos ó palancas. La disposicion de las faginas en el *revestimiento* es por hiladas, que se mantienen sujetas por largos piquetes que las atraviesan y por otros más cortos llamados *de retenida*, fijos en el *espesor* y centro del para-

peto, y en los que se ata la cuerda que retiene la *fagina* en su lugar.

El *salchichon* no es otra cosa que una *fagina* mucho más larga, 4 á 6m por 0,m 3 de grueso, que generalmente no se usa más que en el revestimiento de *baterías* y por la inversa la *fagina* muy corta que no llega á 1m pierde su nombre, y se convierte en *fajo de zapa.*

El *zarzo* es un simple tejido «plano» de ramaje entrelazado en piquetes clavados de firme y espaciados entre sí 1m ó ménos; que se construye á medida que va subiendo el parapeto, ó despues de concluido. Necesita, como bien se comprende, *piquetes de retenida*, y *ligaduras* de cuerda por arriba para que no se deshaga.

El *ceston* (y no *gavion*, palabra francesa innecesaria) es, como su nombre lo indica, una cesta grande, cilíndrica, sin fondo, tejida con ramaje como el zarzo entre 7 ú 8 piquetes, bien clavados en el suelo y en disposicion circular, que se mantienen durante la construccion (algo engorrosa) con ayuda de dos aros ó de una tabla circular con muescas y tambien ingeniándose como se pueda, sin ninguno de estos aparatos. El tamaño, por término medio, del ceston es: altura 0,m 80 á 1m; diámetro interior 0,m 48; exterior 0,m 65; peso 25 á 30 kilógramos; cabe dentro 0,m 157 cúbicos de tierra. Tres cestones juntos vienen á ocupar 2m de longitud. Las ramas ó varas mejores deben tener sobre 0,m 01 de grueso y 3m á 4m de largo; y es preciso sujetarlas por ambas bases con cuerdas ó ligaduras del mismo ramaje para que no se deshaga el tejido. El *ceston* necesita tres hombres y una hora de tiempo, ó dos y la mitad, cuando hay útiles, aparejo y destreza. Por esto el *ceston* es «obra ya de zapador» y los ingenieros mismos no lo suelen usar sinó en trabajos formales de sitio, donde la tropa del arma establece talleres, con sujecion á sus reglamentos especiales; ó en *obras* tambien *de campaña* de alguna importancia que llevan *traveses*, ó *repuestos* de municiones, ó *abrigos blindados*. Donde hubiese muchas pipas ó toneles vacíos, ó bien cajones de empaque proporcionados, claro es que puede evitarse perder tiempo y paciencia con los *cestones*.

Los *sacos de tierra ó terreros* no necesitan explicacion; pero merecen indudablemente preferencia por la increible comodidad y facilidad de su empleo en *barricadas*, *baterias*, *espaldones*, *trincheras* y *obras* muy pequeñas en general. No hay más que echar la cuenta de lo que se tarda en coser un *saco* de unos 0,m 65 de largo por 0,m 33 de ancho; de lo que se tarda en llenarlo, atarle la boca y colocarlo. Los *sacos* de lona ó jerga fuerte pueden llevarse hechos; y no ocupan mucho volúmen vacíos. Con un poco de órden y tierra suelta bien cavada, sin terrones, el tiempo para llenarlos es cortísimo. Con 60 basta para un metro cúbico recien llenos, algunos más si la tierra «ha hecho asiento.» Al colocarlos se aprietan y achatan con el pison.

En una batería, por ejemplo, de 2m de altura y 5m de espesor en el *merlon*, el cálculo de los ingenieros es de 4.000 *sacos* por pieza y 8 horas de trabajo. Por aquí se puede calcular la rapidez de un simple *espaldon* ó *barricada*. Además, los sacos en todo *parapeto* tienen aplicacion cuando conviniese por el excesivo peligro formar sobre la *cresta* algunas *aspilleras*, para tiradores que apunten despacio: dos sacos un poco separados y otro encima sujetándolos, dejan agujero y dan cierta tranquilidad. Las fig. 23, 25, 26 y 27 dan idea del uso de cestones, faginas y sacos en baterías, trincheras y barricadas.

Para concluir, se *reviste* «con lo que haya más á mano.» Si abunda la tablazon y la madera es gran ventaja, no sólo para *revestimientos* que no necesitan explicacion, sinó para *rastrillos*, *estacadas*, *frisas*, *puentecillos*, *caponeras*, etc , y sobre todo, para *tinglados*, *blindajes*, *barracas* y *repuestos*.

Estos últimos, cuando hay artillería, son los pequeños almacenes ó polvorines en que se guardan las municiones. Sus dimensiones no pasan de 2m en cuadro y ménos de altura. Generalmente se aprovechan para ellos los grandes macizos de los *traveses* interiores y se les pone entarimado para evitar la humedad, abriendo una pequeña regata en el suelo.



4. Defensas accesorias.

Bajo el nombre de *defensas accesorias*, el arte del ingeniero comprende una gran variedad de medios defensivos que, á pesar de su aparente sencillez, si están bien escogidos ó empleados, y sobre todo «valerosamente sostenidos» pueden muy bien no ser «accesorios» sinó muy «esenciales.»

Las *estacadas*, *palizadas*, *palenques*, cuya descripcion es excusada, se plantan para cerrar las *golas* de las *obras abiertas*; para establecer pequeños *cubos y tambores* salientes que abriguen unos cuantos fusiles de *flanqueo*; para dificultar el salto al *camino cubierto*, y formar en él *traveses* y *abrigos*; para embarazar el paso del foso, cuando es grande, con *caponeras* (verdaderas jaulas de donde les viene el nombre) y utilísimas para la guarda de los fosos ó partes de ellos que ofrezcan *espacios muertos*, es decir, que no sean vistos desde el parapeto; para *cuerpos de guardia* ó *barracones* defensivos; en fin, para *reductos de seguridad* ó último refugio, dentro de las *obras* que por su importancia los requieran y por su capacidad los permitan.

Los *blockhaus* (*block*, tronco, *haus*, casa en aleman) reductos de madera, puestos en moda por los franceses en sus primeras guerras de Argel, son facilísimos de hacer donde haya la materia primera y unos cuantos carpinteros de armar; fáciles tambien hasta de trasportarse con las piezas numeradas, como repetidas veces se ha hecho. La combinacion de *blockhaus* con ligeras *obras de tierra*, con simples zanjas ó *trincheras* puede dar increibles resultados.

Frisas son variedad de *palizadas* que no están «verticales, sinó inclinadas:» alguna vez se ponen en la *berma*, como en la fig. 29, ú otro punto en que se quiera dificultar la subida. La *frisa* es fija: está clavada en la tierra. El *caballo de frisa*, que es móvil, se reduce á un tronco ó gruesa viga en la que se hincan estacas aguzadas, que se llaman y son púas, bastante largas.

Abrojos, que son clavos ó pequeños y artificiosos aparatos de hierro en forma aproximada de pirámide triangular, por lo que, tirados al suelo, siempre presentan una punta hácia arriba; *mantas* ó tablones con gruesos clavos presentando la punta; *trillos* vueltos hácia arriba; *viñas*, ó multitud de estaquitas aguzadas; espinos, zarzas, cambroneras de los que forman los setos y vallados de las heredades; *pozos de lobo*, grandes agujeros ú hoyos en el suelo, como se ven en la misma fig. 29, con una estaca puntiaguda en el fondo y tapados con ramaje y tierra; pequeñas minas ó *fogatas*, que es su nombre técnico, bien dispuestas; *inundaciones* artificiales por pequeños diques ó presas en los riachuelos; *cortaduras* ó zanjas ocultas en las sendas y caminos: todos estos medios y otros análogos, que se omiten por evitar prolijidad, sirven, cada uno en su caso y á pesar de su apariencia inofensiva, para detener, turbar y por lo ménos dar recelo al enemigo. Pero entiéndase bien—repetimos—que no han de ofrecerse inertes como obstáculo; pues entónces todo es «cuestion de tiempo» para el que ataca; sinó protegidos por un fuego vivo y certero, por una *salida* imprevista y briosa, que acabe de desconcertar y ahuyentar al enemigo.

Entre estas *defensas accesorias* la *tala de árboles* merece lugar preferente. Es una fila de ellos cortados, como muestra la fig. 48, por el pié, quitada la hojarasca, aguzadas las puntas de las ramas fuertes y tendidos, con el tronco hácia adentro, que se sujeta al suelo con piquetes. ¿Qué medio más breve y expedito de cortar una carretera, un paseo que el indicado en la fig. 49? Los hechos prueban todo el partido que el valor puede sacar de una *tala* bien dispuesta: contra *caballería* desde luégo, y áun contra infantería ágil y tenaz. Alguna *tala* registra la historia que ha merecido los honores de la artillería: y no de frente, porque su efecto es casi nulo, sinó *de enfilada* y *de rebote* contra el grueso de los troncos. Todavía la artillería se contraresta con *traveses*, ó enterrando la tala en un *antefoso* como el de las fig. 50, 19 y 28. Contra el incendio el único remedio es no dejar que se acerque el enemigo.

Entre estas *defensas accesorias* de la fortificacion de

campaña, se cuenta como principal la mina por su doble efecto moral y material. Ya se entiende que al decir *mina* tiene muy poca semejanza con las de una *plaza permanente*, y para evitar toda comparacion la *mina* en un *puesto atrincherado* toma el modesto nombre de *fogata*. Lo que se llama *fogata ordinaria* se reduce á un *hornillo*, ó más llanamente un hoyo de 3 m ó 4 m de profundidad, donde se encierra una caja con pólvora, la cual se inflama (si no hay, como es probable, aparatos de electricidad) por el antiguo y conocido medio de la *salchicha* que es, lo que su nombre dice, una tira angosta 0,m 02 á 0,m 05 de tela cosida y rellena de pólvora, resguardada, cuando hay tiempo, dentro de una canal de tabla. Para que todo esté en carácter, la *salchicha* requiere un modo, tambien desusada ya por lo vetusto, la yesca. Dos pedazos iguales, uno llamado *fraile* (no se sabe porqué) el cual inflama la pólvora, y otro, más propiamente llamado *testigo*, que se conserva en la mano é indica el momento de la *explosion* constituyen todo el «aparato.» Dentro de pocos años, áun en los *puestos atrincherados de campaña* será un objeto arqueológico esto de la *salchicha*; por lo cual no debe dejar el oficial de fila de procurarse, por mera curiosidad, algunas noticias sobre las verdaderas maravillas que hoy producen los ingenieros con sus *pilas* y alambres.

En vez de pólvora encajonada, unas cuantas bombas enterradas y dispuestas con precauciones, que no merecen indicarse por óbvias, como muestra la fig. 51, constituyen la *fogata de bombas*, útil tambien para defender un *glásis*.

Por último, la *fogata pedrera* es lo más perfecto del género, sin gran complicacion. Tiene por objeto lanzar una lluvia de piedras contra la *columna de ataque*, á la cual forzosamente hay que «hacerla venir por donde esté la *fogata*» so pena de perder el tiempo y el trabajo. La *fogata pedrera* fig. 52, lám. II, es un hoyo en forma de medio embudo cuyo *eje* está inclinado en la direccion del tiro y en cuyo fondo se deposita un cajon lleno de pólvora, cubierto con un grueso tablon cuadrado para despedir las piedras que sobre él se van ordenadamente amontonando. Los ingenieros distinguen cuatro especies de *fogatas pedreras*,

que aquí no hacen al caso. Todavía se simplifica la especie más sencilla, que es la indicada en la fig. 52, sustituyendo la figura de embudo ó cónica con las tres *caras planas* que se ven más claras en la fig. 53. La profundidad ordinaria del *centro de la pólvora* bajo el suelo, es de 1,m 80 para la fogata, como suele decirse, «gran modelo.» Los *taludes* se cavan con esmero y alrededor de la *boca* se apisona y maciza la tierra excavada, con objeto de producir hácia atrás una sobrecarga que, impidiendo la explosion por allí, determine el *tiro* de las piedras. Nueve ó diez horas, seis ú ocho hombres, cordel, escuadra, picos y palas necesita la construccion de esta *fogata*. La *salchicha* siempre requiere *canal* de madera, y ya, puestos á la obra, merece esta *fogata* cuerda *porta-fuego*, es decir, *mecha de estopin* envuelta en una cubierta impermeable. Con 25 kilógramos de pólvora se lanzan 3m cúbicos de piedras grandes, que cubren un espacio de 90m á 150m de largo y 20m á 50m de ancho. El tablon va á 50m ú 80m. El efecto, como se ve, no es despreciable. Las *fogatas* se colocan donde convengan: en un *foso* sin *flanqueo*, por ejemplo, en cuyo caso se hacen *rasantes*, es decir, que se inclina más hácia la horizontal la direccion del *eje* ó del *tiro*. No debe confundirse con *fogata rasa*, que es la que «oculta su presencia en el *glasis*» y no lleva por lo tanto monton de tierra, ni la menor señal que la revele, como se ve en la fig. 52. Desde el tipo anterior, la *fogata* puede descender á las mínimas dimensiones de 1m profundidad de la pólvora y carga: 4 kilógramos de pólvora y 0,m 3 cúbicos de piedras. Dos hombres la arreglan en cuatro horas. Es ocioso advertir que, si la tierra es mala y no sostiene los *taludes*, se *revisten* éstos; y que si la *fogata* no ha de saltar en cuanto se construye, hay que tomar precauciones contra la humedad, embreando la caja de la pólvora y la *canal* de la *salchicha*.



5. APLICACIONES MAS USUALES.

Caminos.

Cuando se aplican á un camino los principios generales de fortificacion, no se usa la expresion fortificar, sino *guardar* ó *cortar*; porque, en efecto, se corta materialmente, ó por lo ménos se procura «interrumpir la comunicacion, hacer difícil ó imposible el paso.» Excusado es advertir que una carretera ó camino cualquiera, que atraviesa una comarca llana no es susceptible de *cortadura* ni *defensa*: seria, segun la locucion vulgar, poner puertas al campo. Se sobreentiende, pues, al decir *camino*, que es algun trozo importante de él que constituya *paso preciso*, desfiladero, esto es, que marche por hondos barrancos, entre dos montañas altas, por en medio de un grande y espeso bosque ó á través de pantanos extensos ó impracticables en forma de dique ó calzada (V. cap. XI.)

La primera idea que ocurre es hacer una *cortadura*, esto es, un *foso* con su *parapeto* segun el *perfil normal* de la fig. 16, 24 etc. pero basta reflexionar que la voz *desfiladero* implica idea de angostura, para convencerse de que el frente de la cortadura daria fuegos despreciables para detener una columna enemiga; y que los *flanqueadores* de ella, buscando sendas laterales, pronto «envolverian la cortadura por la espalda.» Repetir ó escalonar las *cortaduras simples* sobre el eje del camino, solo produciria en el enemigo alguna pérdida de tiempo con la repeticion del mismo género de ataque. Multiplicar *obstáculos* y *defensas accesorias* como *talas* ó *estacadas*, si no están «vivificadas» ó defendidas como queda dicho, por un fuego nutrido, tampoco serán de gran provecho: una sola pieza de montaña barrerá pronto el obstáculo. Además, la *fortificacion* tiene por poco eficaces, en principio, los fuegos al frente llamados *directos* ó *de cortina*, y busca siempre, por medio de la *traza*, ó disposicion de la línea *magistral* fuegos *de flanco* y singularmente *cruzados*.

Resulta, pues, que para fortificar, esto es, para *cortar* y *defender* un camino (dos ideas, se repite, solidarias y correlativas) no es forzoso siempre cortarlo materialmente con una zanja ó *inutilizarlo* en varios trozos; sinó preparar á los costados *obras de campaña* que, cumpliendo con la primera condicion de *cubrir* al defensor, proporcionen una espesa faja de *fuegos cruzados* por entre la cual no pueda atravesar el enemigo. Dicho se está que si al «peligro» se añade la «fatiga,» ó si este peligro con ella se dobla y se prolonga, se llena cumplidamente el objeto de toda *fortificacion*. Así volar ciertas alcantarillas, ó puentes, ó viaductos; derrumbar peñascos; cortar «literalmente» algun trozo con *zanjas y talas* (fig. 49, 50, 28, 29) siempre que el enemigo tenga que emprender la reparacion ó allanamiento «bajo el fuego» certero del defensor, no puede ménos de ser ventajoso, y en rigor no perjudicial, puesto que impone tropiezos y detenciones, siempre que no se tenga (como ordinariamente debe tenerse) la idea ulterior de acosar al enemigo escarmentado, y áun de «avanzar contra su retaguardia» resueltamente, si se retira en desórden. En este cambio de fortuna, que el defensor ha de mirar como posible, los *obstáculos* muy acumulados llegarian á embarazar la persecucion.

Al discurrir sobre estas materias conviene evitar dos escollos: uno generalizar con sobrada vaguedad; otro caer, por huir de ella, en una prolijidad enfadosa, por el afan de dar recetas ó reglas para «todos» los casos probables y concretos. Basta fijar la vista sobre las fig. 34 y 36 para comprender *trazas* y disposiciones, que requieren largas páginas de explicacion. En la defensa de un desfiladero hay que atender con preferencia á evitar las dominaciones ó, como dicen los ingenieros, á *desenfilarse*. No estriba el remedio en dar grandes *relieves* ó excesiva altura á las *crestas* sinó en *trazar* con tino y tantear bien las *magistrales*. Cuando hay que plegarlas y adaptarlas á una cuesta ó falda de montaña, de donde deriva el expresivo verbo *faldear*, la magistral, como en la fig. 34, de *llares ó dientes de sierra* con alguna *obra* mayor interpolada, está recomendada como especial.

La mayor ó menor anchura del *desfiladero*; la naturaleza del terreno que lo forme; el juego presumible de la artillería por ambas partes; el valor ó importancia *táctica* que se dé á su posesion, determinan las reglas variables, tanto de conducta como técnicas, que en cada caso particular han de regir.

Despues de leido el cap. XI, ¿quién puede decidir «en teoría» si las *obras* para defender un *desfiladero*, se han de construir á la entrada, hácia el centro ó en la salida?

Al decir *desfiladero* no debe formarse la idea absoluta de un paso único: suele haber sendas laterales que, si no se guardan, hacen inútil el trabajo principal. Las Termópilas, que siempre vienen á la memoria como tipo inmortal, tuvieron su «senda,» funesta para Leónidas y sus valientes.

La defensa de caminos que atraviesan extensos pantanos no es frecuente. Sin embargo el oficial estudioso encontrará lecciones y ejemplos admirables en la historia de nuestras célebres guerras de Flandes (1567-1609.)

Puentes.

Un puente permanente se defiende con medios que varían segun las circunstancias y localidades. Cuando el camino ó caminos que confluyan sean carreteras en terraplen ó calzadas con firme alto y grandes taludes, bastará muchas veces una simple *cortadura* para detener artillería y caballería, y quizá iafantería. Si el camino tiene árboles, no hay que decir que lo mejor es una *tala*, fig. 49 y 50, protejida si es necesario por un *glásis* contra la artillería, ó suplida con *caballos de frisa*. Cuando es completamente llano el acceso tiene que ser contínuo el *atrincheramiento*, ligando los caminos y apoyándose en las orillas del rio. Aquí pueden tener oportuno empleo las *estacadas*, singularmente si cerca del puente hay edificios que se pueden utilizar, y por consiguiente basta cerrar algun espacio.

En el caso de no haber obstáculo alguno natural ó de requerirse una defensa más séria, en vez de simples *tambores ó palizadas* se recurre á *obras de tierra* que toman, por

su importancia y objeto el nombre genérico de *cabezas de puente*. La *traza* y *perfil* de estos *atrincheramientos* adoptan formas varias, como queda dicho anteriormente al citar las fig. 42, 43, 44, 45 y 46.

Respecto á los vados sobra con lo expuesto en el capítulo X, donde tambien se cita la fig. 47.

Bosques.

En un monte ó bosque, salta á la vista que los elementos materiales de defensa son la tierra y la madera. Un oficial que cuente con esa ojeada serena, perspicaz, inteligente, que no se enreda ni embrolla en detalles ínfimos, y que discierne al punto lo que es preferente, puede hacerse «inexpugnable» en un bosque, desafiando á numerosa artillería.

Se guarnece el perímetro y principales avenidas con *tiradores* que tengan sendos *sostenes* y *reservas*, las cuales se cubren con *talas*. La artillería cubierta por ligeros *espaldones* de tierra, *flanquea* las partes salientes y *barre* los caminos. El grueso de la tropa ocupa una posicion central, cubriéndose con *talas* por frente y flancos. Las encrucijadas de sendas ó caminos son los puntos á propósito para pequeños *atrincheramientos de tierra*. El espacio que media entre la circunferencia y la posicion central se disputa á palmos. Si hay claros, todavía pueden aprovecharse por algunos caballos ligeros, oportunamente emboscados, y hasta por algunas piezas sueltas.

Edificios.

Ordinariamente el *comandante de un puesto* no será dueño de elegir el edificio en que se ha de «hacer fuerte,» pues quizá sea único: un molino, una venta, un santuario. Pero si lo fuese, escogerá el que cumpla con el mayor número de estas condiciones: estar situado en el punto más á propósito para el objeto á que la tropa ó puesto se destina; dó-

minar y no ser dominado; acceso difícil y retirada segura contener en sí mismo materiales para la defensa; ofrecer capacidad para la tropa que lo ha de defender; que no requiera para quedar en estado de defensa ni más tiempo que el fijado, ni más medios que los que haya á la mano; que tenga paredes sólidas y que se flanqueen recíprocamente.

Puede suceder que el edificio, un monasterio por ejemplo, sea demasiado vasto para ser fortificado por entero: lo primero entónces es estudiar qué parte ha de utilizarse y cuál demolerse, para emplear en aquella los materiales. A la inversa, un edificio muy viejo y ruinoso no hay que pensar en fortificarlo, si no se quiere que á los primeros tiros aplaste al defensor.

Las paredes ordinarias de ladrillo y de tapial bien hecho y con suficiente espesor son excelentes para abrir *troneras* ó *aspilleras* que constituyen el «fundamento de la defensa.»

Reconocido minuciosamente el edificio, el oficial forma su proyecto mental y va distribuyendo su tropa y el paisanaje que tenga, con lentitud y discernimiento. Lo primero es *aislar* el edificio, arrasando sin piedad lo que estorbe, inclusas las cercas ó anejos que no convengan y las alamedas que puedan ocultar tropas, y que servirán cortadas para la defensa. Los montones de heno, paja, leña, estiércol se recogen ó se incendian. Desembarazado el exterior, una parte de la tropa cava, si es oportuno, un foso al rededor de todo el edificio, ó por lo ménos delante de las puertas y rejas bajas, para evitar que el enemigo se acerque á incendiarlas. Sólo debe quedar una puerta practicable: las demás se condenan por dentro con grandes travesaños empotrados en las paredes, con estiércol, con tierra, con muros formales de ladrillo, aspillerándolas por supuesto. Si sobre las puertas y rejas hay ventanas, en ellas se construyen *ladroneras* ó *matacanes*, imitando los de las murallas antiguas, voladizos de madera como se ve en la fig. 54, que permitan arrojar sobre las cabezas del enemigo agrupado al pié ladrillos, plomo derretido, agua hirviendo, arena candente.

La puerta única que se deja se cubre ordinariamente con

un *tambor*, el cual proporciona tambien flanqueo para aquella fachada. Al muro exterior se le abren *aspilleras* de arriba abajo en todos los pisos; y, si lo permite la altura de los techos, con dos y áun tres órdenes de ellas: uno cerca del suelo, y otro con *banquetas* como los andamios de albañil para enlucir. En las ventanas *condenadas* se abren en la madera las *troneras*, y se cuida de rellenar el hueco con tierra y tablones ó colchones. En el balcon *volado* se arma una especie de mirador con tablas y, levantando el piso, queda convertido en *matacan*. Se levantan y amontonan los ladrillos ó tablas del pavimento, y se hacen pequeños agujeros por todo él, para imposibilitar al enemigo la permanencia en el piso inferior. Se cortan todas las escaleras, y la comunicacion se establece por escalas de mano que puedan retirarse. Se taladran tambien los tabiques interiores que convengan, para disputar al enemigo las habitaciones á palmos. Las esquinas de una casa siempre quedan débiles por falta de *flanqueo*: es preciso, para remediarlo, acudir á los *tambores* ó á los *matacanes* bastante *volados*, que permitan un par de *troneras* laterales, ó á las *aspilleras* taladradas oblícuamente en la pared y muy juntas hácia la esquina.

Disponiendo de «tiempo y medios» se ciñe todo el edificio á la distancia conveniente con un *atrincheramiento* de perfil normal (fig. 16, 24) ó por lo ménos se disponen *flechas avanzadas* que se ligan con *estacadas* con *trincheras* para obtener una primera línea ó *recinto*, al que sirve, el edificio de núcleo, ciudadela ó *reducto de seguridad*.

Todas estas prevenciones bastan cuando son sólo contra fusilería; pero bien se ve que contra el cañon son insuficientes. Puede acontecer sin embargo, por lo pequeño del calibre de las piezas de batalla ó de montaña y por la sólida construccion del edificio, que, sin rebasar los límites de la prudencia, convenga fortificarlo. En este caso la tarea se complica, y es necesario acopio de fuertes vigas para reforzar y apuntalar interiormente la casa. Amenazando *granadas ó cohetes incendiarios*, es forzoso desmontar el tejado; retirar toda la madera de su armadura que se utiliza en puntales, y *blindar* el techo plano que queda, es de-

cir, colocar horizontalmente gruesas vigas hasta de 0,m 3 de escuadría y ménos de 5m de tiro ó longitud á 0,m 15 de intervalo; encima dos capas de *faginas*, ó *salchichones* ó *ramaje* y una capa de tierra ó estiércol de 0,m 80 á 1m de espesor. Son indispensables grandes precauciones y preparativos contra el incendio.

Entre los edificios más susceptibles de defensa son preferentes las iglesias, que generalmente no están dominadas, tienen adyacente el cementerio, y las pocas casas que estén inmediatas dan, con su demolicion, materiales para la defensa. En muchas forma su planta una cruz; lo que proporciona *flanqueo*, evitando la construccion exterior de *tambores*. Las paredes suelen tener excesivo espesor para dejarse taladrar con *troneras* pero hay que multiplicarlas á toda costa; pues en ellas, como se ha dicho, consiste lo «principal de la defensa.» En cambio, muchas iglesias pueden recibir dentro y resistir artillería. Las reglas generales de fortificacion son las mismas que quedan apuntadas: y pueden aplicarse más favorablemente, por ofrecer la nave principal espacio desahogado: y el coro, la sacristía, las tribunas *cortadas* y *aspilleradas*, medios de prolongar la defensa haciéndola «sucesiva y á palmos.» La torre se considera siempre como ciudadela extrema, que supieron bravamente utilizar Cenicero y otros pueblos en la guerra civil.

Al par de la iglesia muchos pueblos, en España singularmente, conservan, en mejor ó peor estado, *castillos* de la edad media, que no es difícil «habilitar para la defensa» disponiendo de algunos albañiles, y sobre todo de maderas, que se recogen sinó de las casas en el pueblo inmediato. La dura mampostería de estos castillejos proporciona siempre un excelente núcleo ó *reducto interior* que, ceñido y cubierto con ligeras *obras de tierra*, puede constituir un conjunto respetable. Su situacion, siempre dominante en un cerro, su difícil acceso; los restos á veces de *barbacanas* exteriores ó *falsabragas* se recomiendan con preferencia. Tal vez perjudique lo escarpado para los fuegos; pero con poco trabajo se añaden «á media ladera» *trincherones*, que bien entendidos forman excelente *camino cubierto* con fue-

gos *rasantes*. Si estas *obras avanzadas* se alejasen mucho, las mismas sendas en zig-zag, los *palenques*, las *estacadas*, *las caponeras* aseguran y cubren la comunicacion con la cima.

Pueblos pequeños.

La frecuencia con que hay que «poner en estado de defensa» una aldea ó lugarcillo abierto, impone algunas veces al oficial de las armas generales la obligacion de hacerlo sin direccion, consulta ni auxilio de ingenieros. Y la dificultad de apuntar reglas, que sean útiles por lo «generales,» crece aquí en proporcion de la inmensa variedad con que se presentan y combinan los datos del problema. Unas veces se *fortifica* ó *atrinchera* un pueblo sólo para los rápidos y azarosos momentos de una *batalla*, en la cual juega como *punto-llave*, se pierde y se gana su posesion alternativamente, y á las pocas horas la pobre aldea suele dejar de existir entre el saqueo y el incendio. Otras veces á la inversa, un mísero lugarcillo principia por un *puesto*, que se «pone al abrigo de un golpe de mano»; se convierte luego en *canton*; recibe tropas, depósitos, almacenes; ensancha sus *recintos*; se acumulan *obras de defensa*, y, como sucedió en la última guerra civil, conserva «durante siete años» importancia, no solo *táctica*, sino *estratégica*: constituyendo una verdadera *fortaleza* que roba quizá su preeminencia y sus derechos á una gran *plaza fuerte* y permanente no lejana. Tal pueblecillo se *atrinchera* para poner en seguro un convoy, un almacen; tal otro, para cubrir un campo, un canton, para atalayar una posicion enemiga, para servir de núcleo y guarida á un *guerrillero*. Siendo pues, tan distantes los límites, las consideraciones siguientes se referirán al inferior, es decir, al caso en que la aldea es un puesto momentáneo y pasajero.

Los principios generales, llamados así por tener comun aplicacion á lo pequeño y á lo grande, deben repetirse para que se inculquen bien. Buena situacion, despejada, no dominada; extension proporcionada al tiempo, medios y

tropas; caserío agrupado, para constituir *recinto*; algun edificio sólido, para *último reducto* ó ciudadela; dificultad de ser incendiado; avenidas difíciles para el enemigo, y comunicacion segura con el ejército que haya de socorrer..... todas estas condiciones ha de reunir «al primer golpe de vista» el pueblo que se intente «poner en estado de defensa.»

Naturalmente, si encierra vecindario algo crecido, complica y allana mucho la cuestion que sea enemigo ó amigo. Si hay que entrar en son de combate, ó por lo ménos bajo un pié de recelo y desconfianza la tarea se agrava, y el *comandante del puesto* ha de comenzar proveyendo con sagacidad y discernimiento «á su propia seguridad.» No estará demás hacer salir á las afueras al alcaldé y al cura, so color de saber noticias y tantear el espíritu. Estos rehenes aseguran de una emboscada, pueden refrenar alguna impaciencia del paisanaje y evitar conflictos ó embarazos en la entrada y ocupacion. Dudoso es que el buen modo y la conducta afable logren suavizar la antipatía ó la hostilidad; ni áun templar el espíritu siempre desconfiado y socarron de la gente campesina: forzoso será, por más que duela, recurrir á medidas coercitivas y vejatorias, que se explicarán en un bando y que se mantendrán con severidad. La entrega de armas; la visita domiciliaria; el registro de cuanto éntre y salga; la requisicion de víveres; la prision de sospechosos ó rehenes; el escarmiento ejemplar de algun atrevido, la suspension de ferias, mercados, romerías...... son medidas, aunque violentas, inevitables y autorizadas por «el derecho de la guerra,» que en este extremo es simplemente el de la «defensa propia.» Casos habrá en que será indispensable echar fuera parte del vecindario y *bocas inútiles*: en otros, por la inversa, convendrá impedir con rigorosa pena que nadie salga. Sea como quiera, el comandante exigirá en el acto datos *estadísticos* indispensables, como el número de habitantes, el de hombres útiles, el de artesanos, albañiles, carreteros, etc. la cantidad de víveres y forrajes, los carros y caballerías etc.

Decidida, «pronta y resueltamente,» la *conducta* que deba seguir en estos asuntos gubernativos y de pura aprecia-

cion, el comandante del puesto hará un *reconocimiento* prolijo de la localidad. Nada es más sencillo, ni abrevia tanto como llevar en la mano la cartera y el lápiz para hacer un *cróquis á ojo*, sin la menor medicion, de las principales entradas y caminos, las manzanas, las cercas. Una corta estacion en el campanario para el oficial acostumbrado á *mirar militarmente* las cosas, prepara el *esqueleto* del *cróquis*, que luégo se va rellenando y concluyendo al recorrer despacio el pueblo, primero por su *perímetro exterior* ó *ronda*, y luego, haciendo repetidas entradas y salidas de la plaza, que generalmente está en el centro, hácia las tapias de la circunferencia. Miéntras que en una cuartilla de papel va retocando y completando su *cróquis*, en las pequeñas hojas de la cartera apunta nombres de personas ó cosas que debe retener; órdenes y encargos que va dando, sin premura ni atropello; tanto á sus propios subalternos como al alcalde, al cura y á los principales y prácticos del pueblo, de quienes se hará seguir irremisiblemente en la primera visita ó *reconocimiento*.

Por inmediato resultado de éste, se tomará la determinacion de *atrincherar* el pueblo «por entero ó sólo una parte.» De aquí, por consiguiente, las primeras órdenes y disposiciones para despejar la *zona táctica* (y como los ingenieros muy bien dicen, *polémica*) esto es, los contornos á la distancia conveniente; y como medida rrelativa, tapiar, obstruir, barricar las boca-calles extremas. Al paso que esto ejecuta una seccion de su gente, oportunamente repartida en cuadrillas, con subalternos y sargentos, otra seccion se dedica á preparar la defensa de la *casa-fuerte*, corral atrincherado, iglesia, castillo, destinado á *reducto interior*, central ó no, segun se pueda; pero cuyas *comunicaciones* con el *recinto* han de quedar seguras y expeditas. Una fuerza proporcional, la tercera parte ordinariamente de su tropa que «no deja las armas de la mano» ocupa desde luego este *punto* ó *edificio* y constituye en permanencia «la guardia del principal». Alli se empieza por acomodar y guardar las municiones de boca y guerra, los útiles, los rehenes ó presas; allí establece el *comandante* su residencia y sus oficinas; allí funciona, por decirlo así, la nueva vitalidad militar.

En interés y ventaja del servicio, el *comandante* cuidará de distribuirlo con equidad y acierto entre su tropa: tanto el de fatiga como el de peligro; y es hasta cierto punto lógico recargar el primero al paisanaje, para que la tropa descanse, cuando el *combate* es inminente. Muchas veces el penoso servicio de *escucha ó atalaya*, conducir materiales ó buscarlos, mejor que el soldado, lo hará el aldeano, práctico en los atajos y veredas, y en ciertas labores campestres que requieren maña ó costumbre. Pero cabalmente las omnímodas facultades con que está revestido el *jefe de un puesto*, le imponen el deber moral y caballeresco de no abusar, ó por mejor decir, de usarlas en pro de la disciplina de su tropa, algo ocasionada á relajarse. La elevacion y firmeza de carácter, la integridad y rectitud de conducta, la robustez corporal para la fatiga, la desconfianza constante bajo la apariencia de una seguridad jovial y con igualdad de humor; la sagacidad, la prevision, y una vigilancia incansable que «ahogue al nacer» el menor conato de impaciencia, de laxitud, de indisciplina, son las cualidades con que un *jefe de puesto* arrostra las imprevistas complicaciones de su difícil cargo; previene, esquiva, resuelve los conflictos; ensancha su reputacion militar y justifica la recompensa.

Por lo demás, las pocas reglas puramente técnicas de *fortificacion* que para casos tan varios pueden darse, apuntadas quedan en los párrafos anteriores.

Regularmente, un pueblo siempre suele estar cerca de una corriente de agua pequeña ó grande. Se mirará si hay que cortar los puentes, ó reconstruirlos, ó guardarlos, ó establecer otros *de circunstancias* como los indicados en el capítulo X. Aunque salga un poco de su esfera, todavía puede el oficial examinar el partido que el riachuelo ofrezca para la defensa, rebalsando las aguas y produciendo *inundaciones*. Sin entrar en estudios de hidráulica, se concibe que unas cuantas vigas y *zarzos* adosadas á un puentecillo; algunas peñas ó *sacos de tierra* en un caz ó acequia, pueden determinar una subida en el nivel del agua y que, quizá con ayuda de algun molinero, pueden llegar á hacerse «voluntarias» estas subidas y bajadas; remedando

sin esclusas con rústicos artificios lo que los ingenieros llaman *maniobras de agua*. Ninguna nocion de hidráulica tenia seguramente el célebre *Hernan Tello Portocarrero*, gobernador de Amiens, cuya plaza, despues de ganada con aquella estratagema «de las nueces» sin igual en la historia por lo afortunada y atrevida, sostuvo en 1597 más de siete meses contra todo el poder de la Francia: y sin embargo á este incomparable soldado, de ingenio tan peregrino como indómito en valor, es á quien la historia atribuye la *invencion*, ó el primer uso en los tiempos modernos, de esas *maniobras de agua*, hoy tan conocidas y perfeccionadas para la defensa de fortalezas.

Un *pueblo atrincherado* todo lo tiene que temer de las *granadas*, *cohetes* y *artificios* de artillería. Si las casas pajizas predominan, difícil es el remedio; si son pocas, podrán cubrirse con tierra fresca; y lo mejor será destecharlas: providencia dura que tambien deberá tomarse, para aprovechar las maderas, con casas que sin ser de paja, parezcan viejas ó ruinosas. Los grandes almiares ó montones de paja y heno en las eras, si hay tiempo se recogen, sinó, se queman ó destruyen.

Por desgracia, en nuestros tiempos el arte de levantar *barricadas* va siendo cultivado de sobra y conocido. Las *barricadas*, pues, formarán el *fondo del atrincheramiento*. Al paso que se tapian y condenan las puertas falsas de corrales y jardines, y áun de la calle, si sobran; se *atroneran* las fachadas; se horadan las medianerías para establecer comunicaciones; y se aplica en grande respecto á las «manzanas» lo que en pequeño se ha dicho ántes para un solo edificio. Hasta dónde se puede llevar la *defensa interior* de un pueblo *abierto*, el mundo lo sabe con asombro desde que Zaragoza lo enseñó en 1809.

A veces, para establecer comunicacion de una acera a otra, mas que *puentes* y *caponeras*, que podrian perjudicar entorpeciendo la circulacion ó el fuego de la artillería defensora, convendrá un paso *subterráneo* por las bodegas. Si hay en el puesto artillería, su colocacion requiere seguridad, *campo de tiro*, buena enfilada y metralla en calles largas; si caballería, su lugar es la plaza, donde suele haber

mesones y paradores. En el alojamiento de la tropa, se procurará que concuerden la necesidad «preferente» de la defensa con la de comodidad y descanso. La humanidad prescribe habilitar desde luego un local seguro para los enfermos y heridos: dedicando mujeres ó ancianos, si tienen voluntad, al servicio sanitario que, como todos, debe estar previsoramente organizado.

Porque el ataque se retarde ó aplace, el *comandante de un puesto* no aflojará un punto en brio, atencion y vigilancia. Su idea fija ha de ser «aumentar y perfeccionar sus defensas:» tal vez en el instante que recibe una órden tranquilizadora, una *confidencia* de que el enemigo se aleja, la primera granada, cayendo á sus piés, le hará renunciar á toda esperanza de descanso.

Tambien debe ser cauto en el sentido contrario de abultar el peligro. Para la gente del campo el enemigo siempre «está encima» aunque diste jornadas; y no se ha de turbar el ánimo, ni suspender los trabajos, porque una partidilla suelta se obstine en tirotear desde léjos. Al campesino, interesado en deshacerse cuanto ántes de un huésped incómodo, le sobran ardides y cautelas para dar cuidado al militar más curtido.

No son por cierto momentos muy holgados para discutir, como el ingeniero en su gabinete de paz, la *traza del recinto* de una aldea; pero el oficial debe huir «en principio» de los grandes *frentes* ó *cortinas*, es decir, de la mucha extension en línea recta sin razonable *flanqueo*. Muchos *entrantes* y *salientes*, parece como si multiplicasen los fuegos. Consideraciones «morales y materiales» desde muy antiguo abonan la preferencia que el tiro *de flanco* tiene sobre el *directo* ó *de cortina*. Pero en esta traza *dentellada*, *atenazada* ó de *salientes* y *entrantes* alternativos, hay que evitar cuidadosamente los *sectores indefensos* en las *capitales*; y, sobre todo en los entrantes, los *espacios muertos*, como se llaman técnicamente, aquellos á los que no llega la vista, ni la bala del defensor. El buen cazador, al atacar agazapado, tiene un instinto singular para reconocerlos y adivinarlos. La noticia del hallazgo pronto cunde y ¡cuántas veces la guarnicion de un pueblo se

aglomera atolondrada, para sostener un punto batido con furor; miéntras por la espalda asalta impune y silenciosa una espesa columna de ataque! Esto recomienda al *comandante* que no se contente con mirar sus obras «desde dentro,» sino que las examine «por fuera», si es posible. En rigor, la buena *defensa* presupone el conocimiento anterior de todos los medios y estratagemas de *ataque*.

Nunca por ahorrar fatiga, deje de poner en planta un proyecto visiblemente acertado y ventajoso; nunca se deje seducir por escarpados donde no se sube «ni á gatas,» por rios «sin vado,» por pantanos «sin fondo.» Escarpado era el célebre *castillo de Morella* en la noche horrible de diciembre de 1836, y el increible arrojo de un tránsfuga, que aturdió á un oficial de guardia pusilánime, hizo al carlista dueño de una *plaza*, ante cuyos muros se desperdició luego la sangre de muchos valientes. Aníbal atravesó pantanos que los romanos tenian por impracticables; y por esa misma creencia Coligny perdió á San Quintin. En esta materia de rios y pantanos «la mejor sonda es la desconfianza;» y en general para la defensa de un puesto, como vamos á ver en el artículo siguiente, de poco sirve la inteligencia si no se emplea con vigorosa voluntad.

6. Ataque y defensa.

Un puesto, un pueblo se fortifica en campaña para conservarlo y defenderlo. La «vigilancia» libra de sorpresas, y el «valor» rechaza los ataques; pero si algun saber y discernimiento no presiden, ni la vigilancia, ni el valor mismo bastan para la buena *defensa de un puesto*. La vigilancia, cuando se ejerce con tino, cuando el inferior adquiere la certeza y conviccion de que ni por un instante escapa de ella, se trasmite al punto y se eslabona, que es lo que importa. Si la tropa se ve bien atrincherada, tiende siempre al descuido, suprime formalidades y concluye por no acordarse del peligro. El *comandante de un puesto* debe ser inflexible en el cumplimiento religioso de las formalidades y ceremonias de Ordenanza. La noche es exclusiva

del jefe de un puesto atrincherado, hasta muy entrado el dia en que puede descansar algunas horas; pero ni en el sueño, ni en nada debe ser sistemático. Por lo demás, las reglas del *servicio* son las mismas que en el *de plaza* y el *avanzado*, segun los casos, procurando fatigar lo ménos que pueda á su tropa.

El *jefe del puesto* debe entablar conversaciones instructivas con sus subalternos, sargentos y soldados, en que explique, sin afectacion, esas menudencias á veces salvadoras, como el modo de guarnecer el parapeto; de hacer fuego con utilidad; de distinguir el ataque verdadero del falso; de repeler un asalto ó escalada; de usar el arma blanca; de tirar las granadas de mano; de defender una brecha; de hacer salidas impetuosas; de servir ó inutilizar una pieza de artillería; de colocar los pequeños hornillos ó fogatas; de defender un foso. Sobre todo, en edificios y pueblos atrincherados, el modo de usar las ventanas, las troneras, los tambores, los matacanes, los diferentes pisos de una casa; la manera y oportunidad de arrojar piedras, ceniza, agua hirviendo; tapar boquetes, recogerse al fuerte principal; son pormenores al parecer triviales, pero que merecen ensayos y ejercicios. Tambien la *nomenclatura técnica* de los elementos más importantes debe propagarse, porque da al lenguaje brevedad y precision.

Tal vez si el enemigo y las circunstancias lo permiten, al examinar, como se ha recomendado, su puesto «por fuera,» pueda hasta hacer por sí un pequeño *simulacro* de ataque y defensa. Esto da ocasion al jefe de cerciorarse de su obra; y al mismo tiempo imbuir á su tropa más seguridad; pues, si está bien hecha y el soldado toca la dificultad por ejemplo, de trepar por el parapeto, aprovechará el ensayo para inspirar gran confianza en la excelencia de su *fortificacion*, en la dificultad de ser tomada por poca voluntad que el defensor muestre. Ciertas instrucciones importantes deben consignarse por escrito y hasta repartir copias. La conversacion que sobre estos puntos y pormenores no gire, en los ratos de descanso, el comandante hará que tienda á despertar ideas varoniles, ponderando lo que el general y el ejército aplaudirán si el *puesto* hace una defensa heróica.

Cuando el peligro arrecie y el *ataque formal* se aproxime y se entable, es cuando el *comandante* hace resaltar todas sus dotes militares. Dará parte al general de quien dependa; á los jefes de puestos y tropas inmediatas; recorrerá su *recinto*; exhortará á su tropa, mostrando, en la inalterable serenidad de sus disposiciones y áun de su semblante, la seguridad en el éxito, la confianza en todos y en sí propio. Su resolucion—por más que luégo los sucesos la modifiquen—ha de ser defenderse hasta el último extremo. A veces los minutos que se prolongue una defensa vigorosa son salvadores para un ejército.

La dificultad, demostrada en el capítulo VIII, de dar reglas para cualquiera *accion de guerra* aumenta visiblemente para la *defensa activa* de un puesto atrincherado. El comandante se atendrá estrictamente á las órdenes que para el caso tenga. Si es de «conservarlo á todo coste.... *lo hará*» como dice la Ordenanza con su bello y terrible laconismo; si es de retirarse, procurará retardar el momento; y en fin en los casos dudosos, usando tambien las inimitables palabras de la Ordenanza, «tomará el partido más digno de su espíritu y honor». (Art. 9, tit. XVII, trat. 2.)

En general, toda *defensa*, aparte su vigor y tenacidad, toma, segun hemos repetido, un carácter propio, que la distingue en *pasiva* ó *activa*. Aquella es sostener con firmeza los obstáculos y parapetos: la segunda envuelve la idea de *salir*, dejar su abrigo y tomar, en algun momento, *la ofensiva*. Una *salida* vigorosa é inesperada siempre causa efecto moral en el que ataca; y se citan defensas que han frustrado un *asalto*, con el amago atrevido de una *salida* por el flanco de la *columna de ataque*, la cual se ha detenido sorprendida ante semejante audacia.

El comandante sin embargo debe andarse con prudencia y prevision en esto de determinar y verificar *salidas*. Por regla general, si han de ser provechosas, deben llevar mucha fuerza para cargar siempre al arma blanca, ser mandadas por un oficial de confianza que sepa templar la bravura con la prudencia; dependen de momentos críticos y pasajeros; de señales, avisos y órdenes bien combinadas; de preparativos bien dispuestos para protejer su retirada:

todo esto hace que las *salidas* no suelan ser convenientes ó factibles en un pequeño *puesto atrincherado*. En un edificio, desde luégo son imposibles; en un pueblo, cuyo vecindario es desafecto, pueden ser peligrosas; de todos modos la guarnicion de un puesto no suele contar tanta fuerza numérica, que pueda desprenderse de una gran parte y arriesgarla á quedar en poder del enemigo.

La *defensa* puede mostrar tal pertinacia, que el agresor escarmentado en sus primeros *insultos* y *ataques á viva fuerza,* resuelva cautamente encomendar la victoria al tiempo, á la estratagema, á la artillería. Este cambio de conducta suele inspirar recelos y temores á la guarnicion del puesto, entibiando su ardor: y el comandante debe prevenirlo, convenciendo á su tropa de que en el enemigo aquello es «puro miedo» y que en el caso extremo de *batir en brecha*, todo se reduce á taparla. Así, en cuanto la artillería señale el punto en que se va á *establecer* y el de la obra que intenta batir, el comandante dispone la construccion de una *cortadura* ó *través* interior, en que la tropa se interesa mucho, porque bien claro ve el objeto y la ventaja. La defensa de una *brecha* ó *portillo*, como se decia en castellano, con una inmensa hoguera preparada de antemano detrás, ha sido eficacísima en algunos casos, como el de Morella en el sitio de 1838.

La artillería defensora, si la hubiese, debe economizar sus balas á no ser contra el *establecimiento* de una *batería* enemiga. La metralla es la que ha de diezmar las columnas *de ataque* ó de *asalto*. Siempre se ha de recomendar tirar más bien bajo que alto, por el mayor efecto moral que produce ver caer muchos proyectiles en el espacio que se va á recorrer.

El *comandante* de un *puesto atrincherado* desechará siempre con arrogancia ó cortesía, segun vengan, las primeras *intimaciones* y amenazas que el enemigo no dejará de hacerle, para evitar las pérdidas y contingencias del ataque. Si, atenido siempre á sus instrucciones, juzga llegado el triste momento de *capitular*, espere siempre á que el enemigo lo proponga: que no dejará de hacerlo, si ha probado la bravura del defensor. Los pormenores y ceremonias de

una capitulacion honrosa no necesitan explicacion por lo conocidos: siempre es útil el cambio preliminar de *rehenes*; y lo que no debe olvidar el *comandante* es que no tiene otros derechos ni atribuciones que las que le dá su cargo, esto es, que solo puede estipular salir él y su tropa con honores ó quedar prisionero; pero de ningnn modo intercalar en los artículos de la *capitulacion* cláusulas ó condiciones referentes á otras tropas, aunque sean de su mando, que no estén dentro del *puesto atrincherado*; y mucho ménos, por consiguiente, condiciones que puedan afectar al ejército de que dependa, y á la marcha, direccion, carácter ó política de la guerra. La redaccion del documento ha de ser por todo extremo clara y precisa, para evitar contestaciones, que pueden luego entrañar actos de vandalismo y represalias.

El diario verídico de operaciones que el comandante procurará llevar, si es posible, ilustrará á la autoridad de quien dependa sobre la conducta é incidentes de la ocupacion, de la fortificacion y de la defensa.

El oficial particular suele estar encargado con más frecuencia del *ataque* de *un puesto atrincherado*, que de su *defensa*. Por esto, y porque los trances de una *defensa* se acomodan y subordinan al género, conducta y recursos del *ataque*, conviene apuntar sobre éste último, ligeras consideraciones que completarán en cierto modo las anteriores.

Lo primero, en el encargado del *ataque*, es penetrarse de las órdenes é instrucciones que reciba. Hasta en la obediencia puramente militar y pasiva, se requiere criterio, oportunidad y discrecion. Desgraciadamente el ingenio suele emplearse en criticar y satirizar las instrucciones superiores, dadas muchas veces sin datos seguros porque «no los hay» desde puntos lejanos y entre el torbellino de apremiantes atenciones. El ingenio, si la naturaleza ha sido pródiga con el oficial, debe emplearlo noblemente, sin rebasar nunca la esfera de su grado ni pretender saber más que el superior, en «adivinarle» si así puede decirse; en «ejecutar por completo» su pensamiento, apénas bosquejado muchas veces en escrito, en la palabra, hasta en el gesto.—Recuérdese lo advertido en el cap. IX.

Así, el oficial sabrá, por ejemplo, si el puesto que le mandan atacar ha de ser *desmantelado, arrasado* ó *mantenido*; pues, en cada uno de estos casos varía esencialmente el carácter y la disposicion del *ataque*. Tendrá en cuenta la clase, las armas y el espíritu de la tropa que se le confia. Evidentemente, no ha de manejar lo mismo ágiles é inquietos cazadores, que metódicos y reflexivos ingenieros. Le importa saber con antelacion, por lo que pueden influir en sus disposiciones *tácticas* de ataque, ciertos detalles íntimos y puramente morales, sobre la nacion, costumbres, índole militar, estado, y espíritu de la tropa defensora, singularmente sobre el carácter y antecedentes de su *jefe*. El, como se ha dicho, es la piedra angular de la *defensa*. Unas veces su genio colérico habrá enconado los ánimos ya desafectos del vecindario de un pueblo, que podrá ofrecer una cooperacion traidora. Otras veces, su conducta viciosa y descuidada aumentará la indisciplina y flojedad de su tropa. Incidentes políticos, pasiones de localidad, hábilmente explotadas, pueden ofrecer alguna veta de negociacion.

Por regla fundamental é indeclinable, toda *operacion de guerra* pequeña ó grande y sea cualquiera su objeto, no ha de entablarse *á viva fuerza*, hasta despues de explorados los caminos tortuosos de las estratagemas, de las maniobras, de la *industria* (como generalmente se dice por oposicion á *fuerza*.)

Estos preciosos é indispensables datos, emanados del E. M., se confrontan y completan con el *espionaje*. Algunos hay vagos y sólo presumibles, que tambien interesan, como la distancia á que está el *puesto atrincherado* del ejército á quien cubre; si este ejército le dará socorro; y si sus *comunicaciones* son fáciles de cortar: operacion primordial por si el ataque degenera en verdadero *cerco* ó *sitio* formal. En resúmen, así como el que defiende recorre las hipótesis más probables del ataque, así el que lo emprende analiza y pesa en teoría, y en mero supuesto, los datos y condiciones más verosímiles.

Bajo el punto de vista técnico y práctico, el *ataque* de un *puesto atrincherado* exige, sin excusa, un prolijo *reco-*

nocimiento preliminar. Comprende: el terreno que sirve de asiento á la fortificacion, con su calidad, estructura, contornos, dominaciones, avenidas; su facilidad para establecer campamento, proporcionar agua, ramaje y *material de sitio*, si el ataque llega á tomar este carácter. Un ataque siempre se abre con tiroteo, *insultos* á las obras, es decir, tentativas fingidas de tomarlas sin darles importancia, y provocaciones á la escaramuza: estos movimientos, rápidos, variables, desconcertados, se aprovechan para *reconocer* de cerca y *tantear*, no sólo la *fortificacion*, sinó la *gente* que está dentro. En aquella se estudia alrededor la *traza*, el *relieve*, los *materiales*, la *dominacion*, el *flanqueo*; en la guarnicion, se observa si hay aplomo, punteria, ó precipitacion y aturdimiento. Unas aspilleras silenciosas; un parapeto sin coronar, y sobre el cual asome inofensivo el anteojo del comandante da á veces más cuidado, que horribles descargas fuera de alcance, ó gritos y provocaciones valentonas.

Sobre los detalles interiores, regularmente sólo los espías ó militares disfrazados pueden dar cuenta de si hay *reducto de seguridad*, cortaduras, víveres, municiones, pertrechos suficientes. En la guerra civil ha sucedido tener el enemigo confidentes dentro de un puesto, que le avisaban de todo en las barbas de la guarnicion por medio de luces y señales telegráficas.

Muy torpe ó descuidado ha de ser el comandante de un puesto atrincherado que se lo deje tomar por *sorpresa*; pero como en la guerra todo es posible convendrá en ciertos casos suponer éste, aunque sea remoto. Una marcha, rápida y forzada, de noche ó entre niebla, puede preparar la sorpresa: bosques ó barrancos inmediatos, y sobre todo *inteligencia dentro*, podrán lograrla. (V. cap. XIII).

Más frecuente es el medio de atacar por *escalada*, que en rigor participa algo de sorpresa. Es un error vulgar el creer que para esta clase de ataque reducido en general á *escalar* y trepar por donde cada uno pueda es suficiente el valor individual, impetuoso, desordenado. Basta abrir la historia del ejército francés, que hace gala excesiva de esa brillante cualidad, conocida universalmente con el nom-

bre de «furia francesa,» para convencerse de que no debe á ella sola sus envidiables triunfos, sinó terribles descalabros, que nunca sin embargo le han servido de saludable escarmiento. Tanto puede lo que llamamos carácter nacional, ó manera de ser de cada pueblo. Es singular que, por opuesto camino, tambien la «sangre fria» inglesa tenga la pretension de sobresalir y áun de metodizar la *escalada.* Obras hay (como la del coronel de ingenieros Jebb) en que detenidamente se explica el número y dimensiones de las escalas; la manera regular y acompasada de conducirlas y arrimarlas. Se conoce que la costumbre de habérselas con las estacadas y débiles atrincheramientos en la India, les han hecho olvidar los horribles escarmientos de España y otras partes de Europa.

En el ataque de *escalada*, ó, como algunos dicen con intolerable galicismo, en el *ataque brusco*, predomina sin duda alguna el valor; pero «no se coge el fruto» si no lo dirige la oportunidad y el tino.

Una *sorpresa abortada*, por cualquier causa, degenera regularmente en *escalada:* dando este nombre, por extension «aunque no haya *escalas*,» á la arremetida briosa, general, y un tanto vengativa con que se pretende acobardar y acuchillar la guarnicion de un fuerte.

Por descabellada que parezca ó sea, esta operacion no carece de algunas reglas generales además de las que largamente se citan en el capítulo XIII de las sorpresas. Principiando por las *escalas*, es curioso ver en la historia la gran mayoría de las *escaladas* abortar por «ser las escalas cortas:» parece imposible esa ignorancia constante de la medida que cabalmente es más indispensable. El arbitrio, tan óbvio y sencillo en apariencia, de atar con cuerdas dos *escalas*, y hacer una, sus dificultades tendrá cuando nunca se ocurre ó sale bien. En teoría se presume que no es el momento supremo de una *escalada*, para ocuparse en algo que exija minuciosa detencion. Por consiguiente, lo que no se lleve perfectamente acomodado y hecho, excusado es pensar luego en recomponerlo. Los autores disertan á su placer sobre las *escalas* y mecanismos para alargarlas. Impreso tenemos á la vista el consejo de usar-

las de viento, es decir, que se arman soplando...... (cualquiera puede leerlo en *Maizeroi*) ó el de ponerlas cuidadosamente cojines y fieltros para que no suenen al arrimarlas al muro; ó el de usarlas de cuerda ó dobles y angulares para que suban dos hombres á un tiempo. Estos detalles pueden llegar á ser ridículos dictados desde un gabinete y asoma la risa al apuntarlos.

Lo que sí merece estudiarse muy de antemano, es la distribucion y disposicion de la gente. El eterno principio de «no comprometerla toda de golpe,» es decir, quedar con un cuarto ó tercio de *reserva* y el de distraer el ataque *verdadero* con otro ú otros *simulados*, tienen aquí más que en caso alguno, perfecta y fecunda aplicacion. Hay, pues, razon técnica para la division normal en *tres* trozos, *cuatro* quizá si por la disposicion del *puesto atrincherado* conviene cortar el paso al *socorro* que amenazase. No cabe distincion sutil entre las *especies* de tropa que deben asignarse á las tres ó cuatro secciones. Todas deben ser buenas. La bola rueda, y á lo mejor el ataque *falso* se convierte, sin advertirlo, en *verdadero:* y la *reserva*, al avanzar para cubrir y recoger á los fugitivos, es al fin la que trepa por los parapetos. Dada la señal no hay más que encomendar el éxito á la fortuna y al valor.

Si éste es coronado por aquella, y el que ataca logra hacer pié en algun punto del *recinto* fortificado, necesarias son tambien algunas precauciones para no perder lo ganado. Ante todo, en ningun momento es más necesario, y por desgracia más difícil, mantener la tropa en disciplina y obediencia, sin desbandarse por el cebo del saqueo en un pueblo, ó por el simple flujo de hombrear y curiosear en un *reducto* escueto. Basta indicar someramente los cuidados primeros á que irremisiblemente hay que atender, y los numerosos grupos en que la tropa vencedora tiene que esparcirse al mando de buenos subalternos ó sargentos. *Alojarse en el muro*, es decir, mantenerse, establecerse en el punto ganado; ayudar á los que atacan y suben; abrir la puerta ó paso por donde haya de entrar la tropa de *reserva* (ó la caballería si la hubiese;) recorrer y enseñorearse del recinto y obras; buscar directamente la persona del *coman-*

dante del puesto para desbaratar más la defensa quitándole unidad; apoderarse y alojarse en los cuerpos de guardia, y traveses de los almacenes, del repuesto de municiones, de las plazuelas, si es lugar; cortar el paso y atacar al *reducto de seguridad*, fuerte ó ciudadela; envolver á los fugitivos; custodiar prisioneros; arrestar habitantes principales..... todas estas atenciones son simultáneas. Júzguese ahora, si el jefe que ha de proveer en el acto á todas, y sus subalternos á dos ó tres juntas, necesitan aplomo y serenidad; y si la tropa debe dar muestra de rígida disciplina, de activa é inteligente obediencia. El retardo de un minuto; la equivocacion de una calle; el menor accidente fortuito, pueden hacer incompleto ó estéril un hecho de armas glorioso. Por demás es advertir que entre ellos el más lamentable seria la muerte del que todo lo dirige; pero no es lógico ciertamente prescribir que «economice» su persona el que tiene cabalmente que «multiplicarla» para acudir á todas partes; y exponerla singularmente para llevar al peligro la seccion de su tropa que vacile en arrostrarlo. A pesar del secreto, como siempre advertimos, de una operacion militar, máxime de esta especie, la prudencia aconseja que el primer jefe confíe á su segundo las bases ó principales rasgos del *plan*.

Basta recordar la numerosa variedad de *medios defensivos* y de sus múltiples combinaciones, que se dejan atrás someramente indicadas, para calcular la variedad consiguiente de trances que aguardan al que ataca por *sorpresa* y *escalada* y lo prolijo de aventurar reglas para los más probables. Aquí será un foso cuya escarpa y contraescarpa, casi verticales, dificultan la bajada y la subida; ó bien la metralla que lo barre desde un flanco escondido; ó la caponera ignorada que abrase á quemaropa: allí el alto muro de una iglesia hará inútiles escalas y zapapicos; ó la simple tala y la estacada se rebelará contra el hacha; allá una fogata oportuna, causando bajas y receloso temor, cortará una comunicacion precisa..... Y, por la inversa, un foso lleno de agua, descanso del defensor, se hiela aquella noche justamente; una batería mal construida derrumba al foso sus merlones al primer cañonazo; el almacen

de pólvora vuela con el reducto de seguridad etc. etc.

En resúmen: para atacar un puesto atrincherado por *sorpresa, ardid* y *escalada*, ó como dicen nuestros clásicos militares por *interpresa*, se requieren en el jefe y en su tropa condiciones casi contradictorias: secreto y combinacion; cálculo y azar; prudencia y arrojo; dislocacion y disciplina.

Por compensacion natural, las ventajas de la *escalada* ó *ataque á la bayoneta* se desvirtúan por la frecuencia con que se frustran, y lo mermadas y *desmoralizadas* que las tropas quedan en este caso. Tras de un ataque frustrado de esta especie, lo que sobreviene, por punto general, es una *retirada* que quizá viene á hacer desordenada y desastrosa una fuerte *salida* de la guarnicion enardecida con su victoria.

Por eso, el ataque más normal, más *táctico*, más frecuente y hasta puede decirse más *militar*, es el que se llama *regular* ó *metódico*, el cual por medios más lentos, pero en cambio más seguros y nunca desastrosos, conduce á la *capitulacion* ó *al asalto* de un *puesto atrincherado*. Conviene en libros elementales de este género, definir y usar con exactitud las voces técnicas para no propagar ó añadir alguna incorreccion á las muchas é inevitables que bastardean el lenguaje militar. Sea lícito, pues, advertir de paso la diferencia real que existe entre *escalada* ó interpresa, y *asalto*. La primera supone una guarnicion descuidada, ó por lo ménos sobrecogida, á la que se intenta sorprender, aturdir, quitar la accion y maniatar, por decirlo así, impunemente ó sin gran esfuerzo; miéntras que *asalto* es todo lo contrario; es el acto final «calculado y previsto» de un combate abierto y generalmente largo, cuando el defensor, agotados los esfuerzos para mantaner léjos al que ataca, le ve venir encima; y establecer lo que para él es más funesto, por su inferioridad numérica, el acceso y contacto material, el *combate cuerpo á cuerpo*. Rigorosamente hablando, el *asalto* supone una fortaleza *permanente*, es decir, con altas y sólidas *escarpas*, que, destruidas ó aportilladas por el cañon ó la mina, ofrecen una *brecha*; mas se puede tambien, por extension, aplicarlo á un *fuerte de*

campaña, que si en general lo forman *parapetos*, puede, como se ha visto, tener en parte, ó en todo el *recinto*, muros ó tapias en los que tambien la *brecha* es frecuente y necesaria.

Es evidente que un pequeño *reducto*, una iglesia aspillerada no requieren un desarrollo de *trabajos de sitio*, como los que se hacen ante una *plaza* bajo las reglas y direccion de artilleros é ingenieros; pero en la *fortificacion de campaña*, con la extension que hoy tiene, y la que en las «guerras futuras» ha de tomar, puede muy bien y debe el *ataque regular*, ya por disponer de tiempo ó por ahorro de sangre, acudir á pequeños *ramales de trinchera*; á rápidas *cestonadas* y *espaldones* para desenfilarse; á *baterias*, en fin, de *posicion* y con altos *merlones*, para no sacrificar los artilleros á unos cuantos tiradores invulnerables.

Convendrá, pues, que el oficial se familiarice con los principios «generales» del *arte de los sitios* y con la parte indispensable del tecnicismo; no para entrar en competencia con los cuerpos facultativos, ni abrigar pretensiones pedantescas ó discordantes con su graduacion, sínó para aplicar con oportunidad medios que desconoce y podrán serle provechosos ante un simple *fuerte de campaña.*

Si éste es muy elemental, como una *flecha* ú otra obra abierta, están indicados dos ataques simultáneos; falso el uno y el otro verdadero, sobre el *saliente* y sobre la *gola.* El ataque falso puesto que es para llamar, ó técnicamente «divertir la atencion,» requiere más fuego, más ruido, más agitacion; pero, como ya se ha dicho, si el segundo jefe que lo dirije ve coyuntura propicia, aunque sepa que su ataque es *falso*, cuidará muy bien de hacerlo *verdadero* si puede. Ambos ataques, estén ó no secundados por artillería, siempre requieren alguna provision anterior de vigas, cestones, faginas, sacos terreros, para cruzar ó rellenar el foso, saltar al parapeto; y de hachas, marrazos, zapapicos, por si hay estacadas, blockaus, defensas interiores. Todo trabajo y preparativo de ataque formal se hace de noche, y en direccion de las *capitales*; toda batería se *planta* ó construye ó *establece* (emplazar está mal dicho,) en la prolongacion de largas alas ó frentes que pueda *enfilar* y

tomar *de rebote*, ó perpendicularmente si las *bate en brecha*.

Las piezas se cubren, si hay tiempo, con un sencillo espaldon enterrándolas cosa de 0,m 50. Las granadas sirven para desordenar dentro; y sobre todo, muy abundantes, para incendiar un pueblo.

Guerrillas y tiradores sueltos á cubierto procurarán acallar de paso la fusilería y singularmente la artillería defensora; y se pondrá especial cuidado en *cubrir* las columnas de ataque ó de asalto, hasta el momento preciso en que deban obrar y que no debe anticiparse, miéntras no estén muy débiles, y mejor, *apagados* los fuegos de artillería.

Cada columna va precedida de zapadores, ó infantes que hagan de tales, con los tablones, ó zarzos, ó escalas, ó fagínas preparadas para tapar pozos de lobo, rellenar fosos, etc.

Otra seccion va á la cola para *alojarse* ó establecerse ó, si puede decirse, volver al revés los elementos de defensa contra el defensor, y allanar ó ensanchar los pasos á las tropas que sigan entrando. Las columnas, repetimos, avanzan sobre las *capitales*, ó por aquella parte donde haya ménos riesgo y más ventaja.

Si bien se mira, en la guerra todo es sencillez y analogía: la diferencia la dan las proporciones. Ataques de *fortificacion pasajera* ha habido cien veces más mortíferos que ciertos *sitios* largos y pomposos de grandes *fortalezas*. El fondo de la cuestion es «lograr el objeto con la mayor economía de tiempo, de medios y de sangre:» la forma tiene siempre importancia secundaria.

Por regla general suele haber tres períodos distintos en el ataque, por rápido y vigoroso que sea: el de precaucion, preparacion y *acordonamiento*, si puede aplicarse esta expresion á una bicoca de campaña (aquí se utiliza la caballería que haya); el de ataque, segun queda explicado, y el tercero de mantenimiento, ó quizá de retirada, porque no todo ataque sale bien. En esta retirada, que puede fácilmente convertirse en derrota y en desastre, se necesita nueva energía y en ella tambien puede servir grandemente la *caballería* para repeler al defensor. Hé aquí dos ejemplos de caballeria útil, contra toda fórmula, en el ataque de una *fortificacion*. (V. Cap. VI de *Posiciones*.)

Discernir lo esencial de lo accesorio es lo que más importa en la vida práctica, de la cual es la *guerra* la expresion más concreta. ¿Se necesita, ó no se necesita el cañon? pues, sea ó no costumbre ó ritual, el cañon debe ir. ¿Conviene la mina? pues, si no hay ingenieros, se improvisan. Pasó ya el tiempo en que la compañía de granaderos, por mantener rancios privilegios, podia entrar en disputas con el enemigo encima.

Porque se llame *puesto de campaña*; si ese *puesto* tiene por defensa un pantano, una inundacion, no ha de desdeñar el ataque los *enfaginados*, los *zarzos*, los *puentes*, los *diques*.—Se repiten con insistencia estas razones, para desarraigar la vieja preocupaciou que pueda reinar contra la *fortificacion pasajera* y que entraña dos males de trascendencia: uno, descuidar en la paz su importantísimo estudio; otro, prodigar inútilmente en el campo sangre y recursos, por desconocer ó negar esa importancia.

7. Demoliciones.

Como apéndice, que no parece inútil, se añaden al fin de este capítulo ciertos pormenores, que hubieran embarazado el curso de las anteriores explicaciones, rápidas siempre y concentradas por la índole de esta obra.

En casos apurados de faltar la pólvora (en cuya conocida composicion entran partes casi iguales de azufre y carbon 12 á 14 0[0 y otra preponderante de salitre) puede reducirse á lo siguiente el fabricarla. Poner en un barril 10 kilóg. de azufre en polvo, otros 10 kilóg. de carbon en pedazos con 30 kilóg. de balas y remover dos horas. A 5 kilógramos de mezcla añadir 15 de salitre con otros 30 de balas y triturar de nuevo dos horas. Regar esta nueva mezcla con 6 0[0 de agua y remover en una artesa; añadir 5 ó 7 0[0 segun el estado higrométrico de la atmósfera y amasar. Pasar por criba ó graneador apretando primero, y luego sin apretar. Meter esta pasta en otro barril y menear á 15 vueltas por minuto. Secar á la sombra, á la corriente del aire; remover con pala, luego al sol

y aire caliente. Mezclando simplemente los ingredientes triturados basta para fusil. En último extremo tambien basta con salitre y carbon sin azufre.

La pólvora averiada por humedad se corrige con secarla; pero si ha perdido mucho salitre, se le añade batiéndola otra vez. Si tiene arena ó está mojada por agua de mar queda inservible; sólo se le extrae el salitre con legía.

La buena pólvora tiene grano fino, igual, duro, que no se aplasta ni deja polvo en la mano. Al inflamar una poca en papel blanco, ni lo quema, ni deja manchas amarillentas. Se omiten otras composiciones ya vulgares como el algodon-pólvora.

Tambien importa recordar el manejo ó ejercicio, ya olvidado, de las granadas de mano. Generalmente son de hierro, pero las hay tambien de vidrio, con peso ordinario de 1 kilóg. Colocados los hombres á 1 ó 2 m, el saco de las granadas en el suelo al lado del pié izquierdo, con las espoletas al aire; se toma el proyectil con la mano izquierda descansando en la palma, y la espoleta entre el pulgar y el índice uñas al frente. Se dá un giro á la derecha llevando el pié lejos del izquierdo. Se traslada la granada á la mano derecha, que viene á estar á la altura de la tetilla izquierda, el codo unido al cuerpo, las uñas al frente. Se descubre la espoleta con los tres primeros dedos de la mano izquierda, se juntan las puntas ó estopines de la espoleta. Se toma el botafuego con la mano izquierda, sacudiéndolo sobre la bocamanga derecha; se da fuego y se arroja como una piedra, rápidamente, pues la espoleta no suele durar más que 15 segundos. Amarrando una cuerda de un metro á la espoleta se tira como piedra con honda

---

Abrir brecha en un muro con tierra ó terraplen detrás por medio de la mina, es tarea del minador de profesion en el sitio formal de una plaza; pero á un simple muro ó pared de 0,m 6 á 0,m 9 basta arrimar un par de barriles de pólvora y darles fuego. El torreon de algun antiguo casti-

llejo suele á veces dar que hacer, y necesitar un minador para distribuir bien los honillos.

Para volar el arco de un puente se practican dos hoyos hácia los riñones ó tercios, donde se deposita la pólvora, que sube á 150 y 200 kilóg. si las pilas tienen 2m á 3m de espesor. Cuando el caso apura, basta abrir en el piso una zanja hácia la clave ó mitad del arco, hasta que se vea la piedra, y poner igual cantidad de pólvora. Así han volado arcos de medio punto ó semicirculares de 8m de luz y 1,m 3 de espesor. La zanja tambien se hace en cruz.—Si tampoco hay tiempo, ni con qué, se cuelgan barriles por debajo; y por último si tampoco hay cuerdas, se echa la pólvora en montones. Tres de estos á 100 kilógr. cada uno hacen saltar un arco de 2m de espesor en la clave. Se entiende que se han de *acompasar* los fuegos, es decir, graduar la mecha ó *salchicha*, para que la explosion sea simultánea, y siempre poner algo encima.

Para puentes de madera basta colgar por debajo del tablero ó dejar simplemente encima (aumentando la cantidad) pólvora en barriles ó á granel. La pólvora, siempre que haya caja embreada ú otro medio preservativo, hace gran efecto dentro del agua y tiene la ventaja de no revelar el secreto. Por ejemplo: una botella grande ó caja de plomo que contenga 50 ó 60 kilógramos de pólvora, metida por más precaucion en un barril con tierra apisonada, produce grande efecto. Pero lo malo es que no habiendo pila de Bunzen, ó siquiera cuerda portafuego, se complica el artificio para inflamar.

Una casa viene á tierra zapando sus apoyos y dejándole muy pocos, en los que se taladran pequeños hornillos ó barrenos de 5 á 6 kilógramos de pólvora. Se deben acompasar exactamento los fuegos. Si no hay pólvora, preciso es volver á los medios usados cuando no se conocia. «Poner en cuentos,» que se decia entónces, esto es, dejarla en el aire por medio de puntales, y prender fuego á estos, ó bien armar el antiguo *ariete* con una viga.

Una palizada, estacáda ó frisa no requiere para ir al suelo más que un par de minutos: lo que tarda un hombre en abrir un hoyo de 0, m 5, meter un saco de 10 kilógramos de pólvora, apisonar algo con los piés y dar fuego.—Si se quiere evitar el hoyo se arriman 15 ó 20 kilógramos de pólvora, y se apuntalan con cuatro ó cinco sacos de tierra. Más efecto se logra con dos ó tres sacos pequeños de pólvora, si se acompasan los fuegos, que con uno muy grande.

Para derribar una puerta hay un medio, consagrado ya desde el siglo XVII, que es el *petardo*. La artillería los ha construido de bronce en forma de pequeña campana con cabida para 4 kilógramos de pólvora. Pero es bien fácil de improvisar el petardo, pues todo su aparato se reduce á un caja cúbica de madera, esto es, de tabla fuerte de 0, m 02 y de 0, m 2 de lado, bien clavada y rellena de pólvora. Pesa vacía 6 kilógramos y 9 la pólvora: total 15 kilógramos. Se carga por capas sucesivas de 0, m 04; se cubre con papel y se atornilla la tapa con tornillos de cobre. Se lia con cuerdas, dejando un agarradero para colgar, y la meche estopin viene á la derecha. Su efecto es proporcional al cuadrado del peso de la pólvora: mayor si se le ponen sacos de tierra que apuntalen ó aprieten.

Se reemplaza el petardo por una bomba ó por un simple saco de 15 kilógramos de pólvora.

Puede ser útil el uso del petardo, más bien que contra puertas de fortaleza, en el combate de barricadas, en el ataque y defensa de nn pueblo amotinado ó enemigo, contra puertas débiles de casas y simples tapías de cercas y jardines; tomando así prontamente por la espalda á los defensores, como se dice á continuacion.

Por último cuando urge inutilizar un cañon, sabido es que se *clava*, esto es, se introduce por el fogon un tornillo de acero y, si no lo hay, un clavo cualquiera.—Tambien el puede cargar con doble ó triple cantidad de pólvora,

meter la bala con cuñas, fieltro, trapos y disparar con mecha larga, que dé tiempo de alejarse.—Hacer reventar una granada dentro del ánima; y en fin, si no hay pólvora, atorar balas con cuña, romper un muñon.—El afuste ó cureña se inutiliza en el acto con explosion de granada, ó rompiendo á mazo la madera, ó torciendo el hierro, ó quitando la rosca de puntería etc.

8. Combates en las calles.

Entre los innumerables incidentes que se relacionan con el vasto asunto desenvuelto en este capítulo, debe mencionarse uno, no muy frecuente, pero importante por lo complicado. Sucede á veces que un cuerpo de tropas, grande ó pequeño, está ocupando, alojado ó acantonado pacíficamente, un pueblo de crecido y revoltoso vecindario; el cual, por sugestiones del enemigo, por patriotismo, por pasiones políticas, revolucionarias ó de localidad, ande inquieto y alterado, buscando medios de anular la presion militar de las tropas, contra las cuales por último se levanta en abierta hostilidad.

La marcha ordinaria de estos deplorables sucesos se anuncia generalmente, y se va acentuando, con síntomas visibles de inquietud y fermentacion; con alguna intentona frustrada ó aplazada, que produciendo alarmas repetidas, mantiene á las tropas alerta y en estado de prevencion. Lo que se entiende por conmocion, tumulto y asonada suele ser el prólogo, ruidoso en general pero inocente, de todo movimiento popular, tenga el alcance que quiera. Pero esa inocencia cabalmente, es la piedra de toque peligrosa para el tacto y la prevision del jefe superior, de los oficiales y de las tropas mismas. Si se presentan ó despliegan, con el laudable objeto de intimidar á la muchedumbre y cortar los vuelos al tumulto, su papel pasivo no es airoso: casi nunca es agradecido, y con el porte prudente y conciliador aumentan los gritos, redoblan los denuestos, llueven las piedras y suenan los tiros. Retirarse no es decoroso: avanzar y despejar la via pública, siempre ocasiona desgracias que el

pánico abulta, y que realmente pueden no estar en proporcion con la índole, magnitud ó trascendencia de la asonada. Napoleon debió á la represion bárbara y sangrienta que exageró Murat, en el infausto y glorioso Dos de Mayo, que su estrella comenzase á nublarse con el levantamiento de España, precursor de su catástrofe en Bailen.

No es fácil dictar norma absoluta de conducta en la embarazosa duda de estos primeros momentos, en los cuales ni los mismos que urden la trama saben el carácter y el vuelo que podrá tomar la insurreccion: la cual así puede abortar por varias causas, como producir la subversion completa del órden y la expulsion ó el asesinato de las tropas; como sucedió á los franceses descuidados en el conocido caso, que la historia conserva como ejemplo con el nombre de Vísperas Sicilianas. Sin embargo la humanidad, la prevision y la experiencia aconsejan de consuno, que en los tumultuosos principios de la asonada toda fuerza organizada del ejército debe desaparecer de la vista, dejando el campo libre al desórden con las fuerzas civiles, ó gentes de policía que pueda haber en la localidad. El antiguo sistema de dispersion con retenes, patrullas y cabalgadas; á fin de mantener circulacion, de impedir barricadas, ú ocupar ciertos puestos interiores, es hoy inaplicable en grandes centros de poblacion, donde cabalmente son más temibles las asonadas. Al contrario, la concentracion de las tropas debe ser rápida, instantánea y léjos del barrio en conmocion: evacuando hasta los cuarteles y cuérpos de guardia que convengan. Ciertas reglas fundamentales del *arte de la guerra* y de la *táctica* son inmutables: todo jefe que se dispone al combate recoge sus tropas y, como tantas veces se recomendó, «las tiene en la mano.» Desde léjos su comandante, que quizá conozca de antemano la índole y tendencia del movimiento, no sólo puede apreciar con calma y sangre fria sus vicisitudes, sinó recibir con más prontitud y claridad las órdenes ó inspiraciones de otra autoridad inmediatamente superior, ó del Gobierno mismo, por la facilidad que hoy tienen las comunicaciones. Sus disposiciones propias llevan á la vez la tranquilidad y mesura que hacen más imponente el mando en los lances

críticos. En estos momentos de expectacion, más ó ménos largos y difíciles, el aplomo, la prevision, la cordura son por todo extremo recomendables; pero una vez resuelta la represion, todo se reduce ya á una cuestion de *táctica*: las tropas deben entrar tácticamente en combate, con las condiciones del arte, con la combinacion de las armas, con la oportuna aplicacion de los medios adecuados.

El *combate*—porque ya no es otra cosa—obedecerá á las condiciones *tácticas* y generales indicadas en este mismo capítulo y en los VI y VII, y á la esencial ó más importante que le imprima el carácter peculiar que distingue á cada hecho de armas. Por ejemplo: si un cuerpo de tropas enemigo, en inteligencia y concierto con el pueblo insurrecto, viene á caer como el rayo, áun de muy larga distancia con una marcha en posta ó ferro-carril: entónces, es evidente que la primera atencion será oponerse á que éntre en la ciudad; batirlo, alejarlo, y despues volver sobre ésta para apretarla y traerla á razon. Contrayéndose á este último caso, bien se ve que la represion táctica ó por la fuerza armada de un movimiento insurreccional es simplemente el *ataque de un puesto de campaña* y, sinó el sitio de una plaza, puesto que no hay murallas ni guarnicion, «el último acto» al ménos de un *sitio* de esos tenaces, en que ya no quedan ni aquellas, ni ésta; y en el que, despues de un asalto victorioso, todavía se lucha en calles y plazas contra los habitantes indómitos y desesperados, como en Barcelona en 1697 y 1714, en Zaragoza en 1809. Este género de combate, mucho más practicado en otros paises que en España, esta lucha, civil por un lado y militar por otro, toma por sus singulares condiciones tácticas el nombre, ya generalizado, de *combate en las calles*.

Si al discurrir sobre este asunto, se le saca del terreno puramente *militar* y *táctico*, involucrándolo con consideraciones de otro órden, políticas, sociales ó humanitarias; evidentemente, se embrolla y complica la cuestion; el planteo mismo no es fácil; la solucion por consiguiente y la regla general imposible; pero desentendiéndose por completo de las causas ó incidencias, y viniendo al hecho exclusivo y material de la *represion armada* y del restablecimiento inme-

diato del órden de cosas anterior, la regla es conocida, probada, constante y, pudiera añadirse, infalible, contando como se cuenta siempre con la obediencia, firmeza y disciplina de las tropas. Por más que sea ciertamente distinta la índole y composicion del enemigo; en este caso, como siempre, si la *táctica* juega, debe jugar como es debido, con todos sus resortes, con todos sus elementos, con todos los medios que aseguren el triunfo absoluto y pronto, que dejen bien puesto el *honor de las armas*, primera y sagrada ob igacion militar. Por consideraciones ciertamente respetables, suele haber reparo y casi escrúpulo en hacer jugar el cañon, la caballería, es decir, los principales elementos *tácticos*, de una manera concertada y vigorosa, en las calles y plazas de un pueblo abierto. Si esta consideracion naciese por ventura de que el *enemigo*, es decir, el pueblo armado, no lo está con armas iguales, porque no dispone ordinariamente de caballos ni cañones, inútil es decir que por caballeresca que sea esta razon, no pesa en el *arte de la guerra* ni ménos áun en la balanza de la *política* tan cruda, ó más á veces, que la *guerra* misma. Sin ir muy léjos, la «nacion entera,» con todo el peso de sus medios militares y gubernativos cayó en 1834 contra los primeros batallones carlistas de Navarra, los cuales, fuera de su valor, nada *militar* tenian, mucho ménos caballos y cañones. Esta, pues, no es razon plausible. La de humanidad, respetable siempre, debe entenderse con imparcialidad en todo caso para las dos partes contendientes. Por más que sea costumbre poner el grito en el cielo por la muerte de un paisano y abultarla más que la de cien soldados «porque ese es su oficio» segun la expresion vulgar; la ley de humanidad bien aplicada dirá que tan soldado es, en el acto de batirse, el militar como el paisano: más áun, teniendo en cuenta que aquél, llamado á servir en su gran mayoría por la ley, á la *ley* que lo trajo á las banderas, es á las que defiende más bien forzosa que voluntariamente. Así un cañonazo con todo su ruido, que en suma taladra unos cuantos tabiques puede aventar una fusilería tenaz que, á dejarla impune, diezmaría un batallon; un escuadron que cargue, despejando con poco estrago una gran

plaza, puede evitar una aglomeracion peligrosa; y en fin, llegadas las cosas á este deplorable extremo, hay que prescindir de toda añeja é irrazonada preocupacion; como la de llevar, por ejemplo, las tropas compactas y al descubierto, por alarde vano y costoso. Admitido que la represion es un *combate*, y un combate como otro cualquiera, en el combate, sea con quien fuere, lo que se busca es la victoria y el verdadero triunfo está en obtenerla rápida, completa, decisiva y lo ménos costosa posible. Si juegan las barricadas (y como por desgracia se ha visto, con cañones y caballos) no se comprende por qué no han de hacerlas á su vez las tropas organizadas; si se usan los balcones, por qué no han de subir á ellos, y, sépanlo usar ó no los insurrectos, hasta el arte del minador con *humazos* y *petardos* debe entrar, cuando por este medio expedito y de gran efecto moral se llega más rápidamente al fin. La guarnicion de París, escarmentada con las horribles pérdidas de la verdadera batalla con la insurreccion de 1848, bajo el mando de Cavaignac, adoptó unos manteletes portátiles y aspillerados. para cerrar instantáneamente las boca-calles. Arriba queda expuesto el modo rápido de petardear muros delgados, cercas y puertas, que permite tomar por la espalda manzanas de casas y grandes edificios; las granadas de mano pueden ser más útiles á veces que la metralla. Doloroso sin duda alguna es prevenir tales pormenores, si la imaginacion no los aplica contra extranjeros; pero más puede serlo la manía de afectar imprevision, como si por no prepararse á sucesos desagradables, dejasen éstos, incluyendo la misma guerra civil, de llegar al punto y hora que la providencia tenga señalados.

Resumiendo: en estos casos toda tropa, más ó ménos numerosa, debe, como disposicion general de combate, concentrarse y *tomar posicion* en un punto escogido de la circunferencia y que reuna el mayor número posible de las condiciones *tácticas* explicadas en el capítulo VI para la verdadera *posicion militar*. Caso habrá, por la excesiva desproporcion de fuerzas, en que será conveniente ó forzoso *atrincherar* esa posicion. Por esto no hay que abochornarse: el bochorno en la guerra es ser vencido ó no llevar

á cabo lo que se intenta. No sabemos qué otro partido pueda tomar una brigada ó division muy corta, ante una ciudad populosa y que sepa batirse, como lo han probado ya en otros tiempos Génova, Palermo, Lyon y Barcelona. Si dentro del pueblo ha quedado un *puesto* crecido y central, como es costumbre, aislado por los acontecimientos, la primera maniobra es ponerse en comunicacion á toda costa, usando el cañon, ó lo que convenga: ya sea para asegurar su retirada, si su permanencia no debiere prolongarse, ya por el contrario, para hacer llegar á él municiones, refuerzos, vituallas que lo constituyan en segunda ó quizá primera base ó eje de maniobras; la línea de calles que una entrambos puntos, y que naturalmente será una de las grandes arterias de comunicacion, se ha de mantener asegurada ocupando, segun conviniere, los principales edificios, abriéndoles comunicacion interior, *atrincherándose* en ellos, si es preciso, como queda dicho en su lugar y haciendo circular patrullas que eviten toda solucion de continuidad. Desde esta línea principal y segura se inicia el ataque contra el sector del círculo ó barrio de la ciudad que constituya el *foco* verdadero de la insurreccion. El ruido de los disparos, el clamor de la muchedumbre, el ver de léjos barricadas levantadas en todas partes, y muchas de ellas, casi por juego, por algunas mujeres ó muchachos traviesos, dificulta realmente esta apreciacion del *punto-llave* que debe ser justa, y sin embargo rápida, como todo lo es, en combates de este género. Resuelto el ataque, y bien estudiada su más corta y ventajosa direccion, no hay que vagar en ponerlo por obra, acumulando fuerza, medios y vigor.

El principal papel incumbe á los cazadores é ingenieros. Ellos con el zapapico y, si es preciso, con el humazo y el petardo, van avanzando poco á poco, sin aturdimiento, sin dejar nada á la espalda: miéntras unos taladran, los otros apagan los fuegos de los balcones, ganan las buhardillas y azoteas, y *dominan* las barricadas de la calle haciéndolas evacuar ó mermando su guarnicion. Sólo cuando ésto se haya logrado y ya no reste más que el fuego incierto de algunos pocos tiradores tenaces, es cuando

puede avanzar á brazo alguna pieza cubierta, siempre con colchones ó sacos de tierra, si los hay á mano, más que para ametrallar, para *batir en brecha*, para derribar y deshacer las barricadas dejando el tránsito libre, primero á las descubiertas de infantería, que estacionan en las esquinas, luego á patrullas de pocos caballos, que quizá limpien de una trotada las calles laterales; por fin al grueso de la columna principal, que avanza pausada, vigilando mucho su retaguardia, y relevando y reforzando contínua y ordenadamente á los cazadores é ingenieros que van haciendo el *flanqueo*, por decirlo así, oculto é invisible por el interior de las casas. Naturalmente la caballería y la artilleria que sobrarán, por no ser necesarias en gran fuerza para esta columna principal, servirán para *acordonar* de más léjos, y áun batir por algun punto de la circunferencia, el barrio sobre el cual se concentra todo el esfuerzo; pero al cual, entiéndase bien, no se ha de atacar «formalmente» aunque sobren tropas ó estén inactivas, más que por un solo camino, por un solo radio, en el que marcha, quizá sin tirar un tiro, la tropa ó columna principal á modo de reserva.

Y aquí, más que en campo raso, es donde tiene al mismo tiempo fecunda, infalible aplicacion la regla táctica y fundamental de preludiar al ataque formal y decisivo con otro ú otros simulados; con *insultos* atrevidos, con movimientos inquietos, en general circulares y envolventes. Nada perturba, trastorna y acobarda como la aparicion imprevista de una tropa, aunque sea despreciable, por la espalda. Si Napoleon en una de sus batallas al ver á los austriacos á su retaguardia, pudo contentarse con volver la cabeza y exclamar alegremente «esta gente es nuestra;» no hay jefe de barricada que no se desconcierte al ver que el peligro asoma por su flanco ó por donde ménos lo espera. Es lícito pues, tácticamente, diseminar por el contorno del barrio atacado partidas muy pequeñas, que en direccion convergente siempre, aturdan, distraigan, intimiden con un fuego más ruidoso que certero, con más intencion de moverse y multiplicarse que de avanzar. Eso queda para el ataque principal; el cual, una vez llegado al cora-

zon, él por sí aplana todo y facilita, sin gran pérdida, que los ataques simulados y las pequeñas tropas que los entretienen, confluyan al foco apagado ya de la defensa, El lúgubre silencio que en éste reina basta para desanimar y hacer desfallecer la insurreccion en otros puntos: si algun chispazo salta, una fuerte columna que va derecho á él, sin hacer caso de tiros sueltos, concluye con el último y desesperado esfuerzo.

De todo lo expuesto se desprende el importante servicio que puede tocar al oficial suelto, con pequeña partida ó destacamento; y lo útil, lo necesario que ha de serle meditar sobre todos los extremos que abraza este capítulo de fortificacion, mero índice, volvemos á repetir, de uno de los ramos más importantes del *arte de la guerra.*

CAPITULO XVI.

RECONOCIMIENTOS.

1. Definicion.—Ideas generales.—2. Teoría del terreno.—3. Orografía.—Montañas.—Valles.—Llanuras.—Mesetas.—4. Hidrografía.—Fuentes.—Lagos.—Rios.—5. Topografía.—Distancias inaccesibles. Orientacion.—Meridiana.—6. Reconocimientos especiales.

1. Definicion.—Ideas generales.

Pocas voces técnicas habrá de un significado más extenso, más complicado y más importante. Decker define el reconocimiento «el exámen crítico de un objeto, sea el que fuere, mirado desde el punto de vista militar.» En toda su generalidad *reconocer* «es la accion y efecto de recoger datos y noticias, para una tropa en campaña, sobre la fuerza, posicion ó movimientos del enemigo; sobre el terreno y su aprovechamiento, y sobre los recursos de todo género de que se puede disponer.»

Antes de todo demostremos—por si alguno dudase—no la oportunidad ó conveniencia, sinó la necesidad de incluir esta grave materia en un sencillo manual destinado al oficial que sirve en las armas generales.—Razones de órden, de lógica y de conveniente secreto asignan en todos los ejércitos constituidos el importante y delicado servicio de *reconocimientos* á la Plana Mayor ó Estado Mayor, es decir, á los oficiales, generalmente facultativos, que ro-

dean al jefe de una grande unidad táctica, como brigada ó division. En el E. M. G., esto es, en la órbita del general en jefe, es donde viene á concentrarse, como vienen todos, el *servicio de reconocimientos.* Naturalmente el cuerpo especial de E. M. en España, y en los otros paises que lo tienen organizado, lo cuenta como «preferente» pero de ningun modo como «exclusivo.» Nada lo es, ni debe serlo, en un *ejército de operaciones* y en varios parajes de esta obra se recomienda con insistencia este principio fecundo y salvador. El cuerpo de ingenieros, por ejemplo, tiene á su cargo la fortificacion y los puentes, como especialidad que no puede ser más técnica y científica; sin embargo no se ha de desarreglar el cuadro orgánico para dar dotacion de ingenieros, con todos sus útiles y pertrechos, á un pequeño destacamento de cuatro ó seis compañías, á una columna ligera y volante, cuyo cometido así puede durar algunas horas, como algunos meses. Y sin embargo, á un *destacamento* compuesto de *tres armas*, como el supuesto en el capítulo IX, le pueden sobrevenir y acontecer «en pequeño» los mismos trances y vicisitudes de guerra que á uu ejército desmesurado. Tendrá que combatir, que pasar rios, que atrincherarse; y no por eso su comandante, que quizá ni áun tenga el grado de jefe, ha de pretender dar batallas como un general consumado, ni pasar rios con trenes como un pontonero, ni levantar plazas fuertes como la de Santoña. Los capítulos X y XV están escritos con estudiada ligereza, para mostrar cómo someros apuntes y recuerdos desarrollados sin gran esfuerzo por la sana razon, en ciertos momentos críticos pueden bastar al oficial de fila, para salir airoso de un empeño, acreditando celo y aptitud.

Esta materia de *reconocimientos*, á pesar de su indudable complicacion, se trata con igual sencillez, y casi pudiera decirse con igual desenfado. Mírese bien, y los *reconocimientos* los practica todo el mundo en un ejército, desde el cabo de patrulla y avanzadilla hasta el jefe de E. M. G. Nada se proyecta, ni se emprende en la guerra sin objeto, sin motivos, sin datos, sin medios: nada, pues, se hace sin *reconocimiento* prévio. La escala de importancia y perfeccion no puede ser más vasta, en el hecho de comprenderlo todo:

la diferencia entre sus varias gradas ó escalones es lo que debe tomarse en cuenta.

Por eso, para entenderse y exponer la doctrina con órden y claridad, es costumbre dividir los *reconocimientos* en varias clases. Desde luégo lo más lógico parece recordar las partes principales y constitutivas del *arte de la guerra*. Sabidas son: la estrategia, la táctica y el servicio de campaña, que forma el principal asunto de esta obra. Quedan, pues, deslindadas por este mero raciocinio tres *clases de reconocimientos.*

La más elevada, que comprende los que por otros nombres pueden llamarse *político-militares*, *generales*. Al *constituir una guerra*, como se ha dicho en el capítulo I no bastan los datos propios: son más necesarios é interesantes los del enemigo, y tambien los más difíciles ó peligrosos de obtener. De manera que esta clase de reconocimientos no sólo se verifican «en tiempo de guerra ó de preparacion» sinó en el seno de la «paz;» porque la *milicia* nunca ha de perder de vista que su destino es la *guerra*, ni descuidar lo que conduzca á constituirla sobre hipótesis cuerdas y seguras, sobre hechos y datos en lo posible inconcusos. Las comisiones al extranjero, la estadística, la geografía, la diplomácia, la lectura «crítica» de libros, documentos y periódicos militares entran en esta clase de elevados *reconocimientos*. Abierta la campaña siguen naturalmente, y con fin más concreto, para dar base y acertada ejecucion á las *grandes operaciones*. Nada de eso concierne á la materia de este modesto manual.

Los *reconocimientos* de que aquí puede tratarse giran en círculo muy pequeño; interesan directamente á reducida tropa, y pueden ser ejecutados por oficiales no facultativos con la necesaria y relativa perfeccion.

Bajo este punto de vista, considerados como una parte del *servicio de campaña*, los *reconocimientos* pueden clasificarse en *diarios*, *ofensivos* y *especiales*. Los primeros son simplemente la observacion y registro contínuo, las medidas diarias de vigilancia y seguridad comprendidas en el capítulo VII bajo el nombre de servicio de *descubierta*, de *patrullas*, de *flanqueo*, y en rigor bajo el nombre genérico

de *servicio avanzado*, que es en el fondo un *reconocimiento*, no sólo diario, sinó constante.

Los *reconocimientos* llamados *ofensivos ó á viva fuerza* no son tan frecuentes, ni tan útiles, en opinion de militares muy autorizados. El reconocimiento *ofensivo* es un *combate*. Al «practicar un fuerte reconocimiento»—que es la frase habitual—se trata de compeler á viva fuerza al enemigo á que ceda terreno, á que repliegue sus avanzadas y deje reconocer y darse cuenta, con la posible exactitud y detencion, de algun punto notable de su posicion, de su fuerza, de sus medios defensivos y hasta de sus intentos; haciéndole que forzosamente descubra sus atrincheramientos sus baterías, que despliegue sus tropas; que revele, en fin, sus recursos y sus proyectos. Esto no puede conseguirse sin trabar escaramuza, sin empeñar un combate por lo menos de avanzadas, sin emprender tanteos peligrosos y demostraciones que pueden salir caras. Ordinariamente constituyen el preludio de un ataque formal, y casi siempre la introduccion ó prólogo de las grandes batallas; pero acontece con frecuencia que sin esa intencion se va calentando impensadamente la escaramuza; se van comprometiendo tropas con irreflexion; se lanzan otras para que desenreden á aquellas, y concluye por empeñarse un largo y sério combate, una batalla formal y azarosa, sin deseo, ni plan preconcebido. Algunos militares de larga práctica, Bugeaud entre ellos, proscriben de plano estos *fuertes reconocimientos*, verdaderos y sangrientos combates en que rara vez se encuentra lo que se busca, ni se tiene la tranquilidad de espíritu necesaria para estudiar «levantando cróquis» como quieren los libros didácticos. Indudablemente los datos que se buscan se pueden recoger á menos coste por el espionaje, por pequeñas partidas que nada comprometen, como las del capítulo VII; y cuando se trate de combatir, siempre debe hacerse «en regla» con la intencion formal de desalojar, de castigar, de vencer.

Esta clase de *reconocimientos ofensivos* ó á viva fuerza encuadra más con la índole de la *guerra de posiciones* en el siglo pasado; hoy con la *vanguardia*, cuyas funciones se han indicado en el art. 2 del cap. IV, son innecesarios en la generalidad de los casos.

De todos modos un *fuerte reconocimiento* exige mucho tacto, gran fuerza, y casi siempre es ordenado y dirigido personalmente por el general en jefe á quien rodea su cuartel general. Por todas estas razones no es oportuno desenvolver aquí los largos pormenores de un gran *reconocimiento ofensivo*, que en todo caso están más en su lugar y han podido verse en el citado artículo dedicado á la *vanguardia*.

Los *reconocimientos* llamados *especiales* ó *parciales* entran perfectamente en el círculo del oficial particular de infantería ó caballería, cuyo rádio es muy variable, puesto que se extiende desde la *partida suelta* de 20 ó 30 cazadores á pié ó á caballo (V. cap. VII,) hasta el *destacamento* ya numeroso (V. cap. IX) de dos ó tres batallones con las tres armas y oficiales facultativos.

Bajo este concepto restringido, las consideraciones que siguen tendrán sin embargo la posible generalidad.

El *reconocimiento especial* ó parcial puede ser *táctico* puramente, es decir, sobre el enemigo, ó *topográfico*, que vale tanto como sobre el terreno, ó *estadístico*, que abraza lo concerniente á material de guerra, víveres, recursos de toda especie.

En el capítulo del *servicio avanzado* se ha recomendado la asídua y constante *observacion*. Aunque algunos, con sobrada sutileza, pretendan establecer distincion, bien se ve que no hay gran diferencia entre *observar* y *reconocer*.

Una *partida suelta*, de las que trata el mencionado capítulo puede recibir el simple encargo de saber únicamente «dónde está el enemigo:» más preciso todavía, en esta sola pregunta ¿el enemigo está en tal parte ó no? Para esto ni se necesita ser facultativo, ni más instrucciones que las contenidas en esas breves palabras. El oficial lo que debe hacer es volver cuanto ántes con la respuesta.

Pero si ademas de saber ó averiguar «dónde está» el enemigo, el general quisiere saber «cómo está,» la comision se complica; el *reconocimiento* es de más vuelo, y si el oficial «con antelacion» no tiene seguridad en sus estudios, en sus medios, en su *ojeada militar*, quedará deslucido.

La *táctica* será siempre la base. Ciertas ideas generales

sobre *organizacion*, sobre *campamentos*, sobre *posiciones* tambien son indispensables. «Saber del enemigo en posicion» es ver y deducir su composicion, su fuerza, su modo de estar; su campo, cómo apoya sus alas, si en rio, pantano, bosque, lugar ó precipicio; si está atrincherado y cómo, si con talas ú obras de tierra, con líneas continuas ó reductos destacados; en cuántas lineas campa, con que extension; dónde está la artillería, cuál el número de piezas, dónde el gran parque y la caballería de reserva; dónde el cuartel general; cuáles son las principales desembocaduras al frente; si hay cercas, setos, viñedos, escarpados; qué «fisonomía» general ofrece el terreno entre el ejército propio y el enemigo; cuáles son las comunicaciones y sus dificultades; cuáles las costumbres militares del enemigo; cómo hace el servicio, singularmente el avanzado; hasta dónde llega su línea extrema; si tiene víveres, si está satisfecho, etc. Y de todos estos datos combinados, comprobados hay que adivinar, por decirlo así, sus intentos, presumir sus apoyos y maniobras, calcular, puesto que no está á la vista, su línea de retirada.

Un *reconocimiento* exige en el oficial encargado, no sólo ojeada, celo, inteligencia, sino cierta probidad digámoslo así, que le vede suponer ó inventar. Un dato falso, una apreciacion ligera, errónea puede ocasionar una falsa maniobra, una catástrofe. Nadie ignora que el gran capitan de nuestra época, el que pasó maravillosamente los Alpes y maniobró sobre el Splügen, vió detenido su carro triunfal en Waterloo ante un arroyuelo cenagoso. Pero al mismo tiempo que se recomienda una nimiedad sistemática, el *parte ó informe*, ya sea verbal ó escrito, en que el oficial dé cuenta, debe resaltar por lo exacto, conciso y limpio de la frase; por lo justo de la apreciacion; por lo metódico y clasificado; por la veracidad que se revele tanto en la afirmacion como en la duda.

Comisiones de esta clase naturalmente se confían á oficiales despejados y por consiguiente afanosos de lucir. Estos deben procurar mantenerse con modestia en los límites de su encargo y refrenar la propension á rebasarlos. Nada hay más intolerable que propasarse, por petu-

lancia ó por «exceso de celo,» á consideraciones impertinentes al asunto, ó deducir consecuencias, ó entrometerse que es lo peor, á «forjar planes de operaciones y de campaña.» Eso incumbe al General. El subordinado cumple con la simple y modesta exposicion de los datos que se le piden. Demasiado sabrá el superior apreciar y distinguir el mérito real del trabajo, sin necesidad de acentuarlo con pretensiones pedantescas.

Comision de *reconocimiento* puede recibirla directamente el oficial de infantería ó caballería, ó bien indirectamente al ser nombrado comandante de la pequeña *escolta ó partida*, que de ordinario acompaña á uno ó más oficiales facultativos, singularmente del cuerpo especial de Estado Mayor, al cual, como se ha dicho, atañe con preferencia el servicio de reconocimientos en paz y guerra.

En el primer caso, ya sabe que su responsabilidad es personal, estrecha, exclusíva; pero en el segundo, aunque no la tenga «directa» sinó del órden disciplinario de su tropa, en el que los otros no intervienen, hay razones de utilidad para el servicio, de decoro personal y hasta de verdadero compañerismo, que vedan al oficial de las armas principales afectar indiferencia, mantenerse alejado con cierta esquivez y mucho ménos entorpecer ó malograr el *reconocimiento*. Disculparse con que «aquello no es de su arma ó cuerpo,» con que no se tiene instruccion suficiente, con que «para eso están los cuerpos facultativos» son pretextos de mal género, que así pueden encubrir una ignorancia bochornosa, como una intencion malévola. No ayudar con fé, no cooperar con todo celo al éxito de cualquier *servicio de guerra*, sea el que fuere, es más que negligencia, es una falta. En la region *técnica* ya se ha visto—en el capítulo III por ejemplo—la íntima conexion táctica y orgánica de *todas las armas*, de *todos los servicios*; en la region más elevada de la *moral* y de la conciencia esos motivos de visible y práctica utilidad se convierten en razones y estímulos de incuestionable deber.

Por consiguiente, no hay excusa. Ya mande, ya obedezca, vaya solo ó acompañado, todo oficial debe prestar «en su esfera» al importante *servicio de reconocimientos* su

atencion y su esfuerzo. Se ha visto que este ramo se desenvuelve en ámbito inmenso desde la *patrulla ó descubierta* hasta los ocultos resortes del E. M. G., hasta las más vastas concepciones y proyectos del general en jefe. Difícil es que en tan larga escala no haya un punto en que el oficial pueda satisfacer y desarrollar con fruto sus particulares aficiones, sus aptitudes personales y sus deseos de distinguirse.

Ordinariamente se da á la «conduccion material» de una pequeña *partida de reconocimiento* más importancia de la que realmente tiene. En los artículos 7—10 del capítulo VII se indican algunas de las pocas reglas generales que pueden darse. No hay que repetir cuán útil es «leer bien en el mapa,» saber marchar con rapidez y secreto, usar los guías, ó mejor no necesitarlos si son malos é infieles, entender el espionaje, interrogar transeuntes y desertores, recoger *indicios*. Tambien se sabe ya que la *escolta de un reconocimiento*, cuya fuerza no ha de ser muy pequeña ni muy grande, marcha generalmente en la disposicion normal de las patrullas: por ejemplo, treinta hombres se distribuyen: 2 en vanguardia, 15 en el grueso, 5 de comunicacion entre estos dos trozos, 4 que flanquean y 4 que cierran la retaguardia.

Si bien el objeto indica de suyo que deben evitarse en lo posible los malos tropiezos, no prescribe que en ciertas ocasiones sea irremediable y hasta conveniente el combatir ó escaramuzar con patrullas ó con avanzadas enemigas, para coger prisioneros ó para «no dejarse coger» uno mismo. Por regla general, para *reconocer* un campo se recomienda aproximarse y emboscarse de noche, para descubrirlo desde un punto dominante y al romper la diana. como el instante de más movimiento; pero tambien es el de más peligro por la salida reglamentaria de las *descubiertas*. Si no basta con una observacion, conviene ocultarse ó retirarse para repetirla al mediodia, tiempo ordinario de reposo, especialmente para el *cordon avanzado*. Cuando se note novedad en el campo ó canton, llegada y salida de tropas, preparativos, agitacion, la *observacion* debe ser más insistente, para volver—si no hay tiempo

fijado—con la noticia exacta del movimiento probable.

El *reconocimiento* de una columna en marcha tambien se ha dicho (art. 8, cap. VII) que suele ser más fácil. Desde un alto se vé, se cuenta, se compara. Y tambien, sí es preciso se repelen flanqueadores, se cogen despeados,

Pero si todos estos pormenores, esparcidos en varios capítulos, tienen su importancia relativa, en éste, tratándose de *reconocimientos* en su acepcion técnica y extensa, forzoso es levantar algo la vista y entrar en consideraciones de un órden, sinó más elevado, más científico al parecer. Rara vez, en verdad, se *reconoce* al enemigo sóla y exclusivamente, despegado, por decirlo así, del *suelo* que pisa, del *terreno* en que campa, marcha y maniobra. Son dos ideas éstas tan conexas, tan correlativas, que es imposible separarlas; y al decir *reconocimiento táctico* puramente, se comete casi una abstraccion, necesaria para distribuir con método el razonamiento al desenvolver la teoría, pero irrealizable, inexistente en la práctica. Concebir un ejército, una tropa desligada del *terreno*, valdria tanto como querer concebirla separada de sus armas. Decir, pues, *reconocimiento táctico* reconocimiento de una tropa en campaña, es añadir implícitamente *reconocimiento topográfico*, reconocimiento del terreno que ocupa y señorea, ó pretende dominar. Es más: el uso, haciendo ley en la guerra como en todo, casi prescribe que al decir *reconocimiento* simplemente, sin añadir «de qué,» se entienda que el reconocimiento es del *terreno* más bien que de la *tropa*. Y se comprende perfectamente. Al entrar el enemigo en campaña, se conoce, con más ó ménos exactitud, su organizacion, su composicion, su fuerza, la calidad del soldado, el carácter de sus jefes principales; pero no es tan fácil, aunque hoy los mapas y las estadísticas sean mejores, conocer *topográficamente*, es decir, con gran puntualidad y nímios detalles las extensas comarcas en que operan los grandes ejércitos.

Esa frase tan sencilla «conocer el terreno,» que anda en boca de todos, compendia un conjunto feliz de dotes militares, naturales ó adquiridas, que nunca han faltado, ó mejor, que siempre han sobresalido entre las otras de los

grandes capitanes, desde Alejandro, Aníbal y César hasta Federico y Napoleon. Y no se diga que para desarrollarlas ó aplicarlas se necesitan ejércitos poderosos, ni vastos teatros de guerra. En España, cabalmente, abundan los ejemplos en contrario. El guerrillero español, que brota espontáneo como planta sin cultivo, ha opuesto siempre á las tropas regulares propias y extrañas, más que su valor y perseverancia, su *conocimiento del terreno*, lo mismo en los tiempos de Viriato que en los tiempos de Zumalacárregui. Algo, pues, hay en *eso* que tan necesario es para dirigir doscientos hombres, como para dirigir doscientos mil.

En el dia esta materia del *terreno* no puede ya tratarse «militarmente» de la manera algo lega, ó no muy científica al ménos, de años atrás. Las ciencias naturales han hecho inmensos progresos: la antigua *geografía física*, que abrazaba este ramo ha desaparecido ante la moderna *geología*, cuya luz más viva cada vez va penetrando los más recónditos arcanos de nuestro planeta.

Desde principios del siglo los estudiosos militares alemanes han dado al *conocimiento científico del terreno* para la guerra preferente y merecida atencion. Con el nombre propio de *Terrainlehre* aparecen cada dia preciosos tratados didácticos, que vulgarizan y propagan «hasta en las clases de tropa» ciertas ideas, tan populares hoy que entran en todos los países en los programas universitarios de segunda enseñanza. En España tambien, ya en 1819, publicó el general Cisneros una obrita sobre este asunto, inservible hoy por los rápidos adelantos de la ciencia, con el título de «Elementos sublimes (sic) de geografía física, aplicados á la ciencia de campaña.» Modernamente y sin llegar hasta Alemania, Chatelain (traducido al castellano) y Sobieski, que andan en manos de todos los oficiales, consagran como indispensable un capítulo á la *geologia*, primera base del *reconocimiento topográfico*. Nadie negará que se funda tambien por otra parte en el cálculo de distancias y en ciertos rudimentos de topografía.

Estas razones y estos ejemplos motivan, ó disculpan si se quiere, la insercion de los artículos siguientes, que pudieran causar alguna extrañeza á los pocos que ignoren su

conexion con el *arte de la guerra* y con el *servicio de campaña.*

2. Teoría del terreno.—Brevísimas nociones.

La *Geología,* ó ciencia de la tierra, trata en general de los cambios sucesivos que se han verificado en los tres reinos dela naturaleza; investigando las causas de estos cambios y sus influencias sobre las modificaciones que han sufrido, tanto la «superficie» del globo, como su «estructura interior.» Entre las diversas cuestiones que abraza este enunciado, la primordial para el geólogo es averiguar «cuáles son las materias que componen la tierra y cómo están dispuestas.»

El vasto desarrollo, el cultivo universal de esta moderna ciencia, cuyos elementos, vulgarizados hasta en cartillas, forman hoy—repetimos—parte de la segunda enseñanza universitaria, le han hecho absorber lo que al principio de este siglo se llamaba *geografía física,* es decir, aquella parte que más directamente analiza las *formas* del suelo: las llanuras, los valles, las montañas. Si las formas, ó estructura, ó configuracion exterior dependen en gran parte de su «naturaleza ó calidad» y de las «causas que las han producido,» bien se ve que ambos estudios no pueden andar por más tiempo divorciados. Tanto valdria querer tratar de las alteraciones y enfermedades de la piel, ó parte exterior delcuerpo humano, desentendiéndose de las causas interiores que perturban el organismo.

No es éste lugar de exponer, ni áun someramente, los principios de una ciencia que cada dia ensancha sus conquistas, que cada año se enriquece con centenares de volúmenes: tan sólo se intenta hacer ver, muy por encima, la conexion evidente que la antigua *geografía física,* ó la moderna *geología* tiene con el *arte de la guerra.*

Sabemos que la *tierra* es un cuerpo redondo, aislado en el espacio, y dotado de dos movimientos: uno, de «traslacion» alrededor del sol, y otro, de «rotacion» sobre sí mismo. Está demostrado por los conocimientos astronómicos

y físicos; por los eclipses de luna, los viajes de circunnavegacion, los progresos geológicos.

Es teoría fundamental y universalmente aceptada que la *tierra*, para llegar al estado en que hoy la vemos, ha pasado, en el trascurso de los siglos, por una série de notables modificaciones. Inmenso globo gaséoso y fluido en su orígen, fué progresivamente reduciendo su volúmen, aumentando su velocidad, y adquiriendo consistencia más pastosa por los efectos combinados de la «gravedad» y del «enfriamiento» superficial, producido por su contacto con el espacio. La consecuencia inmediata del «enfriamiento» es la condensacion, la concentracion; y la formacion de una primera película, *costra* ó *corteza* sólida, muy análoga á la que en las fundiciones se observa, cuando se deja enfriar lentamente una bala de cañon. De modo que la imaginacion, esforzándose, comprende el *planeta primitivo* con los tres principales elementos que hoy conserva, aunque en muy distintas proporciones: una *atmósfera*, abrasadora, más densa, más espesa, que debia ejercer mayor presion; una *costra* ó *corteza* muy delgada, y dentro un *núcleo* ardiente, en fusion ígnea, impidiendo y retardando por una parte la accion del enfriamiento exterior; rompiendo y destrozando por otra la débil corteza que trabajosamente se iba endureciendo ó solidificando. Difícil es darse cuenta del poder trastornador y creador á la vez, de la duracion incalculable, de los variables resultados de estos primeros fenómenos. Sólo recordando lo que tarda en enfriarse la bala de cañon, que se ha puesto por ejemplo, ó la lava de algunos volcanes, que en el largo espacio de un siglo no pierde del todo el calor, es como se puede formar idea aproximada de los millares, de los millones quizá de años que nuestro planeta habrá necesitado para «apagarse», por decirlo así, para solidificar esa *corteza*, y prepararla de modo que los primeros séres orgánicos, y más tarde el hombre, la pudiesen habitar.

La existencia del *núcleo* interior y candente, del *calor central* originario está probada por las experiencias en las minas, cuya temperatura aumenta con la profundidad; por las aguas termales, y por los volcanes en actividad. Para

formarse alguna idea comparativa del gran volúmen de ese núcleo que tenemos bajo los piés, basta considerar que siendo el radio medio de la tierra unos 6.300 kilómetros, escasamente dan los geólogos á la *corteza* sólida que pisamos de 40 á 50. Se ve, pues, que hay todavía gran exageracion cuando se la compara á la cáscara de un huevo. Mucho mayor se comete al comparar las desigualdades de la *superficie terrestre* con las de una naranja. La mayor altura de montaña medida en la India, no llega á 9.000 metros: escasamente tendrá otro tanto la profundidad «media» del mar; luégo de los 50 kilómetros de espesor, que se atribuyen á la *corteza terrestre*, entre 18 ó 20 no más están comprendidas sus «máximas desigualdades.»—Respecto á la *atmósfera*, es decir, á la capa de aire que envuelve á la tierra, tambien tiene espesor muy limitado: algunos le dan 50 kilómetros; otros 100, y tambien hay quien la compara á la ligerísima capa que deja el aliento sobre una bola de billar.

Todo esto concurre á demostrar que donde ha residido, y reside la verdadera y potente «actividad terrestre,» es en el centro del planeta. Si hoy, que la costra sólida parece ofrecerle más resistencia, la vemos manifestarse por contínuos terremotos, numerosos volcanes, levantamientos y hundimientos de grandes y pequeños territorios, calcúlese en los tiempos primitivos lo poderoso y trastornador de su accion. A ella se deben indudablemente esas arrugas, grietas, desgarrones y protuberancias que llamamos *valles* y *montañas*. De este contraste, de esta pugna entre lo *fluido* y lo *sólido* proviene la creacion ó formacion sucesiva de nuestro globo con su variada y escabrosa superficie. La primitiva bola gaseosa, convertida luégo en una inmensa vejiga ó ampolla, difícilmente podria contener las oleadas del mar de fuego que hervia y se revolvia en su seno. Unas veces debió reventar, entreabrirse, desgarrarse; dando paso á las materias ígneas, que rebosaban luégo y se amontonaban en la superficie, quedando tambien inyectadas en la grieta; otras debió contraerse, dilatarse, arrugarse, hacer nesgas, segun la pintoresca frase de Elie de Beaumont; otras en fin, cuando ya la *costra*, más espesa,

pudo contrabalancear el ímpetu interior, fué levantada y abovedada ó bombeada de una pieza en grandes espacios y regiones, al paso que en otras se hundia y cuarteaba. De manera que por una parte se distinguen *formaciones* por coagulacion, por precipitacion acuosa de arriba abajo, por eyaculacion ó inyeccion de dentro afuera; y por otra parte, movimientos alternativos de báscula, de compresion lateral, de torsion, de levantamiento, de hundimiento, de trastorno. Los autores se esfuerzan en presentar imágenes y comparaciones que hagan más comprensible aquel caos, aquella labor de creacion y dislocacion alternativa y simultánea: ninguna más expresiva que la de Omalius d'Halloy, considerando los trozos de *corteza* sólida como un inmenso mosáico, y mejor, como las piedras ó dovelas de una inmensa bóveda que se destraba.

Miéntras que la accion *ígnea* obraba con una eficacia de que hoy no podemos formar idea sinó por sus vestigios, la *atmósfera* de aquellos tiempos primitivos, densa y abrasada, se precipitaba en inmenso diluvio, arrastrando á las hondonadas, como *sedimento* ó poso, los materiales que arrancaba á las alturas; penetrando tambien á través de las grietas y hendiduras de la *corteza* hasta el *núcleo* interior, que, convirtiendo estas aguas en vapor, acrecentó su fuerza y su variedad de accion con este agente poderoso, hoy tan conocido y utilizado por el hombre. La lucha, pues, ó la combinacion, si se quiere, del *agua* y el *fuego* es la que por una série de siglos que la imaginacion no puede abarcar, fué modelando y variando el *relieve* de la *superficie terrestre*, como si la preparase para habitacion del hombre, cuya aparicion es relativamente muy reciente.

La naturaleza no hace alto ni descanso en su marcha, creadora y destructora á la vez; pero el hombre, como más limitado, se los supone, para darse cuenta más ordenada de sus actos principales. De ahí viene dividir los geólogos en cuatro *períodos*, épocas ó eras «convencionales,» el largo proceso de la formacion de la tierra. En el período *primario* comprenden aquellos tiempos oscuros y remotos, en que la *masa fluida* de la tierra principia á sentir los efectos del enfriamiento y de la contraccion. En el *secundario*, la

costra sólida se interpone ya con alguna firmeza, y aunque sufriendo roturas y dislocaciones, separa la accion, hasta entónces revuelta y confundida, de la *atmósfera* exterior y del *núcleo* interior. Más propensa aquella al enfriamiento, desde entónces se precipita en lluvias tempestuosas, de que dan imperfecta idea las actuales de los trópicos; y en el período *terciario*, la tierra sufre el esfuerzo de los dos elementos hostiles, viniendo el *agua* á nivelar y uniformar lo que el *fuego* interior continuaba levantando y dislocando. Grandes acumulaciones en las partes hondas constituyen los mares, á cuyo fondo van arrastrados nuevos *sedimentos*, que constituyen nuevas *capas* ó *estratos*; y la atmósfera, enfriándose y despejándose gradualmente, dá más paso á la luz, adquiere condiciones de vitalidad; los séres orgánicos pueblan la tierra y las aguas, y el período *cuaternario*, con nuevos fenómenos inexplicables todavía, concluye de preparar la venida del hombre sobre la tierra. Con él empieza (ó se ha convenido que empiece) el *tiempo histórico*, lo que se llama *actualidad* en *geología*.

Los progresos de la ciencia hacen que cada dia estos grandes *períodos* reciban nuevas divisiones y subdivisiones, llegando hasta treinta y tantas en algunos tratados. No entraremos, aunque ya sea vulgar, en su escabrosa y técnica nomenclatura; á la cual se ligan ideas de otro órden, concernientes á los restos petrificados ó *fósiles* de los *séres orgánicos*; pero es indispensable, para entenderse, mencionar algunas diferencias notables que separan el lenguaje técnico del ordinario.

Suelo ó *corteza terrestre* quiere decir la pequeña porcion de la *tierra* accesible á la observacion é investigacion directa del hombre. Por lo dicho, no ha sido siempre lo que es hoy; y los varios elementos que la componen toman el nombre colectivo de *sustancias minerales*, las cuales difieren entre sí: 1.° por su *naturaleza* ó calidad; 2.° por su *orígen* ó causa, enteramente diversa; 3.° por las *épocas* diferentes en que fueron producidas. Forman, pues, estas *sustancias* tres grupos principales é independientes, que en geología se designan de una manera fija con los nombres distintos de *rocas*, *formaciones* y *terrenos*.

Por *roca*, segun Coquand, debe entenderse todo mineral, ó toda mezcla de minerales, que se encuentra en grandes masas en la corteza terrestre, y en una extension bastante considerable para que se la pueda mirar como una de las partes componentes de esta *corteza*, y no como un cuerpo que está en ella simplemente enclavado de diversas maneras. Así las arcillas encierran frecuentemente cristales de yeso: la arcilla sólo es una *roca* y el yeso un *mineral* accidental; al contrario, los yesos suelen estar algunas veces mezclados con arcilla; en este último caso la arcilla no hace el papel de *roca*.

Las *rocas* son cálizas, graníticas, pizarrosas etc. y esta denominacion la aplica indiferentemente el geólogo á toda *masa mineral*, sea blanda ó pétrea: así es, que en ella se comprende, por singular que parezca, la arcilla, la arena, y hasta la turba.

Las *formaciones* son grupos de *rocas*, sea la que fuere su «naturaleza y su edad» que han sido formadas por «causas» análogas ó distintas. Asi se dice: formaciones *ígneas*, formaciones *acuosas*, marinas, de agua dulce. Los *terrenos* reunen las *rocas* de toda «naturaleza» y de todo «orígen» que han sido producidas en el mismo *período* de tiempo primario, secundario etc.

Los *terrenos*, pues, son para el geólogo, segun la expresiva frase de Constant-Prevost lo que para el historiador son los períodos, siglos, años, meses etc.

Las *formaciones* representan, al contrario, las categorías, clases ó estados coexistentes, como v. g. el clero, el ejército, la magistratura.

Las *rocas* podrian asimilarse hasta cierto punto á los hombres notables, sea el que fuere su rango y la época en que hayan existido.

En una palabra: las *rocas* de todos tiempos difieren entre sí ménos por su naturaleza profunda, que por circunstancias de orígen y edad. Las *formaciones* son el resultado de causas «contemporáneas» y sincrónicas. Los *terrenos* constituyen forzosamente una série «cronológica y sucesiva.»

Para distinguir, estudiar y clasificar estas diferentes *ro-*

cas y *terrenos*, el geólogo no tiene que acudir á profundas sondas y excavaciones: la naturaleza se las presenta espontáneamente. El que en una corta jornada fuera de carretera vaya fijando la atencion en la tierra que pisa, comprende al punto la relacion íntima que existe entre la *forma*, el *aspecto* y la *naturaleza* ó calidad de las sustancias que se suceden. Aquí el granito, por ejemplo, muestra, unas veces sus picos, otras sus protuberancias redondeadas que, á pesar de su dureza, producen por desagregacion tierra vejetal que se va juntando en las quebradas; más allá, la marga, empapada por una ligera lluvia, presenta incómodos barrizales, ó las pizarras su molesto corte; unas veces las dos vertientes de un valle muestran hiladas horizontales y correctas como las de un edificio; otras las diferentes *capas* están retorcidas y revueltas, atestiguando la violenta presion que debieron sufrir. Por todas partes está manifiesta la accion, exclusiva ó combinada, de los dos agentes creadores, el *fuego* y el *agua*. Los geólogos, que han disputado mucho sobre cuál de los dos *elementos* fué más preponderante en esa accion, hoy ya solo difieren en el modo de apreciarla: miéntras unos, que se llaman partidarios de las *causas actuales*, creen que éstas han bastado en el trascurso de los tiempos para dar *forma* y *relieve* á la *tierra*, otros sostienen que en lo pasado esas causas, si bien iguales, debieron obrar con rapidez y energía mucho mayores. Pero en lo que todos coinciden, es en que no debe considerarse el *globo terrestre* como obra humana que sale terminada de manos del artista, y puede ser definitivamente examinada y juzgada: léjos de eso, se acepta la opinion de Lecocq, de Delesse, de Vezian, de que llegará un momento en que el planeta habrá absorbido en su «masa» la totalidad del agua y hasta del aire atmosférico que tiene actualmente en su «superficie» y entónces presentará la constitucion de su satélite la luna, que ya, segun parece, ha llegado á este período, á consecuencia de su más rápido enfriamiento.

Sea como quiera, las «causas» de los terremotos, de las fuentes termales, de las erupciones volcánicas y del *levantamiento de las montañas* no han cesado de manifestarse,

con intensidad varia, durante todas las épocas geológicas; ninguna de ellas está extinguida; todas son inherentes á la «materia» todas resultan de la *incandescencia* original, y todavía persistente del globo. De tal manera están unidos entre si estos diversos fenómenos que son todos, puede decirse, inseparables.

Y sin embargo, por la razon arriba apuntada, en cuanto se entra en la «exposicion de doctrina,» ménos aún en la simple «nomenclatura,» forzosamente hay que dividirla, para hacerla, más clara; así, el estudio de la *superficie terrestre* se divide ordinariamente en dos partes: *orografía* (*oros*, en griego, montaña; *graphos*, describo) la que trata del *relieve*, es decir, de las elevaciones y depresiones; é *hidrografía*, la que trata de las aguas.

OROGRAFIA.

Montañas.—Valles.—Llanuras.—Mesetas.

Las palabras *monte*, *montaña*, tan inteligibles en el lenguaje vulgar, son en el científico ambiguas é indeterminadas, porque unas veces expresan la elevacion absoluta y otras la relativa ó diferencial, es decir, el contraste entre un lugar alto y otro bajo. Lo que un habitante de país montañoso considera como *colina*, es *sierra* ó *montaña* enorme para el habitante de la llanura. Los Pirineos, en la parte que sirve de frontera, son *montes:* en su prolongacion al oeste ó poniente ya son *montañas*, de Santander, de Asturias. La mayor altura ó *altitud* (como se llama á la altura absoluta sobre el nivel del mar) es en España uno de los picos de Sierra Nevada que tiene 3.500 metros; pues bien, esta altura máxima se llama *Cerro* de Mulahacen. En la Mancha es *sierra* cualquier línea de *colinas ó cerros*, que rompa la uniformidad del horizonte.

Lo mejor para entenderse, es, dejándose de *montes*, *sierras* y *cerros*, comparar primeramente lo alto y lo hondo con sus cercanías, y luego su relacion con el nivel constante del mar. El, con su horizonte general, nos da el *cero*

de la escala para las desigualdades ó bajo-relieves de la tierra. Así el nombre genérico de *monte* ó *montaña* debe aplicarse á toda protuberancia, pliegue, resalto ó arruga que sobresale más ó ménos, no sólo del nivel «general» del mar, sinó del «particular» del plano local ó parcial en que descansa.

Como muestra de la copiosa nomenclatura que, segun las provincias, tienen los puntos elevados, citaremos: alcarria, altillo, altozano, berrocal, braña, cabezo, canchal, cordal, cueto, derrocadero, desgalgadero, hacho, mogote, morrón, muela, muga, otero, pobo, poyo, puig, ribazo, teso, risco, tela, torcal, tozal etc.

La superficie de la tierra presenta en sus grandes comarcas montañosas notables desvíos de la forma esférica, contrarios á las leyes de gravitacion y movimiento: es, por lo tanto, evídente, que otras fuerzas además han debido concurrir á su estructura. Humboldt llamó ya «reaccion del interior del globo contra su corteza sólida» la fuerza que ha producido las desigualdades de la superficie, esto es, las *montañas*. Son, en efecto, hinchazones, intumescencias locales de la epidérmis ó costra terrestre, comparables si se quiere á los tumores de la piel humana: como ellos, se producen de dentro á fuera, y como ellos tambien, al reventar, esparcen sobre la superficie la materia líquida que viene de adentro.

La idea de la «formacion de las montañas por *levantamiento*» no es nueva; varias veces ha sido emitida y luego olvidada, en tiempos en que la geología sólo se fundaba sobre conjeturas; pero en el dia está ya generalmenie admitida.

Solamente algunos geólogos que creen poder explicarlo todo por las *causas actuales*, apoyándose en el hecho local y concreto del levantamiento *lento* de la Suecia, y sobre algunos otros movimientos del suelo debidos á la accion volcánica, quieren que los *levantamientos* se hayan verificado *lentamente* y por una série de esfuerzos largo tiempo repetidos: miéntras que otros piensan, con De Buch y Elie de Beaumont, que ha sido de una manera *repentina* y *violenta*. Esta última opinion es la de la mayoría de los geó-

logos; y parece razonable al aspecto de las singulares torsiones, desgarraduras, pliegues y dislocaciones que presentan las montañas.

Recientemente se ha hecho contra la palabra *levantamiento* una objecion: las grietas ó hendiduras—han dicho—por las cuales se han elevado las *cordilleras*, son debidas á un *hundimiento* general que la corteza ha debido sufrir, para seguir la contraccion más considerable de la masa fluida interior; luego las montañas son en definitiva el resultado de un *hundimiento*, y no de un *levantamiento*.

Esto sería fundado, si al emplear la palabra *levantamiento* se la quisiera aplicar al conjunto de modificaciones que ha debido sufrir la *corteza* en una época dada; pero no es ménos cierto que una *cordillera*, en particular, resulta de una accion, de una *reaccion*, si se quiere, que obra de abajo arriba; y no hay el menor inconveniente, en este caso, en emplear una palabra que representa muy bien el hecho y que además sería difícil de reemplazar por otra expresion tan cómoda y breve.

Dentro de ese principio «general» puede haber ciertamente diferentes clases de «orígen,» así como tambien hay numerosas combinaciones de «forma,» resultantes de sus desarrollos y degradaciones en diferentes épocas. Las tres clases principales son: 1.ª por eyaculacion, inyeccion, desborde y aglomeracion de masas ó materias eruptivas á la superficie, y que suelen distinguirse con el nombre geológico de *montañas volcánicas*. 2.ª por levantamiento de partes preexistentes de la corteza sólida, ocasionado tambien por masas ígneas inferiores, y que forman las *montañas* llamadas *plutónicas*, y 3.ª las producidas de mil modos por compresion lateral, por movimientos de báscula y palanca, á manera de nesgas, pliegues, arrugas de la corteza. En un mismo *sistema*, ó *macizo montañoso*, se encuentran á veces combinadas varias de estas clases.

A pesar del natural empeño de conocer la altura de montañas notables, y del esmero con que en todos tiempos se han buscado resultados exactos, no debe extrañarse la discordancia de éstos, ni retraer de nuevos esfuerzos

al mal éxito que posteriormente se comprueba. Son tantas las causas de error y de extravío en este género de investigaciones, que sólo deben aceptarse, y con reserva, los resultados de operaciones exactas, como las que en nuestros tiempos permiten los adelantos de las ciencias, y áun más de los instrumentos, (que en este ramo son agentes principales) y podemos sacrificar sin remordimiento datos tradicionales de inseguro orígen.

Debemos ver sin extrañeza descender de sus respectivos rangos eminencias que los han ocupado muchos años sin rival. Esto es de todos tiempos. A principios del siglo XVIII continuaba el pico de Tenerife en posesion del título de «montaña más alta del mundo» (véase la geografía de Varenius) á pesar de estar bien á la vista los Alpes y los Andes. En los Pirineos, recorridos por sábios académicos, pasaba por más alto el Canigou, y hoy sabemos que el Mont-Perdu le lleva 600m. El Chimborazo mismo, tan célebre por los trabajos de Bouguer, La Condamine y Humboldt, tuvo que ceder su puesto preferente y dejárselo al Himalaya. En esta enorme cordillera del Asia central, que constituye la mayor elevacion del globo, se disputan hoy la primacía los dos picos de Kunchinjunga y de Gaurisankar que tienen unos 8.840 m.

Los viajeros, geógrafos y naturalistas confunden las montañas de diferentes órdenes, por falta de buenas definiciones que las distingan entre sí. Hasta ahora estas definiciones han sido arbitrarias: ningun principio ha servido de guia y la principal dificultad estriba en la eleccion de caractéres.

Considerando las montañas con relacion á sus dimensiones ó á sus alturas, en algunas cordilleras, en algunos grupos se ven cumbres ó cimas de 2.000m dominar todo el sistema y formar montañas *de primer órden*, relativamente á las otras; al paso que en otro macizo, frecuentemente poco apartado del primero, los picos de 3 á 4.000.m no son más que de *segundo órden*, por estar dominados por montañas de más de 6.000m de altura; además hay *cadenas ó cordilleras* secundarias, regidas y caracterizadas evidentemente por otra principal, que ofrecen muchas veces picos

más elevados que los de la masa á la cual la naturaleza parece haberlas subordinado.

En los Alpes, por ejemplo, con respecto á la vejetacion, se consideran seis regiones:

1.ª submontana ó de los nogales hasta los........			800.m
2.ª montana ó de las encinas.......de	800	á	1.300
3.ª subalpina ó de los pinares.......de	1300	á	1.700
4.ª alpina ó de los arbustos.........de	1700	á	2.100
5.ª sub-nival ó de las gramíneas....de	2100	á	2.700
6.ª nival, nívea ó de nieves perpétuas arriba de			2.700

De todas estas regiones naturales, que se van sucediendo como pisos en las faldas de una montaña, ninguna tiene un carácter al parecer tan señalado como el de las *nieves perpétuas*, es decir, las que resisten al estío, ó se renuevan en cuanto un derretimieuto parcial durante el estío ó la primavera ha disminuido su masa.

Fácil es de comprender que la línea llamada *límite de las nieves perpétuas* se encuentra á una altura absoluta tanto mayor cuanto más calor hace «al nivel del mar.» Miéntras en las regiones polares, por ejemplo en el Spit zberg, 79.° latitud norte, está al nivel mismo del suelo; tiene grande elevacion en las regioues ecuatoriales, como en el Himalaya, falda septentrional á 36° latitud norte, dónde sube á 5.300 m ó en los Andes de Quito 1° latitud Sur á 4,820.m

Pero ésto del límite de las nieves perpétuas es muy complejo. Depende de la temperatura; del estado higrométrico del aire; de la forma de las montañas; de la direccion de los vientos reinantes; de su contacto, sea con la tierra ó con el mar; de la altura de la montaña; del escarpe de sus faldas, y en fin de la extension superficial y elevacion absoluta de las *mesetas* que soportan esta *montaña*. Todo ello contribuye á dar al *límite de las nieves* su carácter de variabilidad.

Este empeño, ó necesidad, de dividir y clasificar las montañas por su *altura*, hace que cada tratado de geografía adopte un método; pero el más aceptado parece el que las clasifica en cuatro órdenes: el 1.° de 3.500m arriba, con

cuatro regiones ó zonas que son: la del cultivo, la de los bosques ó forestal, la de los prados ó pastos, la de las nieves perpétuas; el 2.° de 3.500m á 2.700m tambien con las cuatro regiones; el 3.° de 2.700m á 1.200m con tres solamente, pues que se suprime la de las nieves perpétuas; y por último el 4.°, de ménos de 1.200.m con sólo las dos primeras regiones ó más bajas, la cultivada y la forestal.

Para darse razon y hacer comprender la *disposicion* ordinaria de una *sierra* ó *cordillera* y de sus partes constitutivas, se la pinta ó supone «teóricamente» como formada por dos planos inclinados que se reunen en *arista*, como los de un tejado; ó como un *prisma triangular*, muy prolongado, que insiste sobre una de sus caras en una extensa llanura. Así, la cara horizontal del prisma es realmente la *base*, cuyo *contorno* es, en todo caso, el que podria conocerse; las dos caras inclinadas y laterales son las *vertientes*, *flancos*, *faldas*, *cuestas*, *laderas* ó *bargas*; su interseccion, la *cumbre*, *cima*, *cresta*, *vértice*, *cúspide*; las partes inferiores de las faldas, el *pié*; la distancia entre ellos, la *anchura*; la perpendicular bajada de la cima á la base, la *altura* etc.

En una *cordillera*, de formas algo regulares, se puede suponer un *eje* que pasa por su parte central; línea que algunas veces, léjos de ser imaginaria, está visible y materialmente marcada por la hendidura que dió salida á los materiales procedentes del interior de la tierra y cuya aparicion determinó la *formacion de la cordillera*. Este *eje* suele llamarse por los geólogos *de levantamiento*; puesto que lo marcan esos materiales que levantaron ó dislocaron el terreno.

Las *montañas* se presentan raramente *aisladas*, y casi siempre son volcánicas en este caso, como el Etna, el Vesubio, el Pico de Tenerife. Más frecuente es la disposicion longitudinal, reunidas en *cadenas* ó *cordilleras*. Por último, cuando las montañas se agrupan confusamente, y del centro, *nudo* ó *núcleo* de este monton irradian líneas de alturas, que en direcciones divergentes forman *ramales*, *contrafuertes* ó *escalones* descendentes, el conjunto de todas estas eminencias se llama *grupo* ó *macizo de montañas*,

y la reunion visible de estos macizos toma para algunos el nombre de *sistema*.

En las *cadenas de montañas* se observa casi siempre una *masa central*, dirigida segun cierta línea, y *ramificaciones* laterales, ó *ramales*, ó *estribos*, casi perpendiculares á la direccion general, que se corresponden de una y otra parte y que avanzan á mayor ó menor distancia. Sólo en las extremidades de una *cordillera* es donde se hacen divergentes y forman lo que suele llamarse *pata de gallo*, carácter que conviene notar porque asigna «límites locales» á los fenómenos que han producido estas *disposiciones de montañas*.

Los *ramales ó estribos* de una cordillera están ordinariamente divididos, como la montaña misma, presentando otras ramificaciones perpendiculares á su direccion y divergentes á su extremidad. Estos *ramales* se subdividen á su vez, y lo mismo sucede con sus diferentes partes, por decirlo así, hasta el infinito.

Generalmente el *centro de la cadena* es la parte más elevada y las *ramificaciones* laterales se van deprimiendo sucesivamente hasta su extremo; y lo mismo puede decirse de unos *ramales* relativamente á los otros. Sin embargo, sucede frecuentemente que en ciertos puntos de un *ramal*, algunas veces en la extremidad misma, el terreno se levanta de pronto y hasta una altura mayor que en todos los demás.

La *cumbre* de una *sierra ó cadena* presenta ordinariamente una línea más ó ménos ondulosa en toda su extension. Su elevacion tambien es varia por todo extremo: aquí los *vértices ó picos* se alzan atrevidos hasta millares de metros; allá no llegan ni á centenas; acullá toman todas las alturas intermedias, produciendo contínuas desigualdades. Generalmente en el punto en que se enlazan ó articulan dos *estribos laterales opuestos* es donde se encuentran las alturas mayores; y entre dos *ramales* vecinos es lo más frecuente presentar una gran depresion, que se llama *puerto*, *col*.

El *contrafuerte*, segun algunos, se diferencia del *estribo* y del *ramal* en que es más corto, abrupto y exactamente

perpendícular á la *cadena* que lo destaca; en que no acompaña, ni alimenta una gran corriente de agua, y en que forma ordinariamente un *valle trasversal.*

El *espolon* es la salida abrupta de estos contrafuertes sobre las costas, formando los grandes *promontorios.*

Es un hecho generalmente observado en las grandes montañas que una de sus *faldas* ó *pendientes* es siempre más dulce y tendida que la otra; pero, como en todo, sin regla fija, ni referencia á un punto cardinal exclusivo. Los Alpes bajan más rápidos hácia Italia que hácia Suiza. Los Pirineos son más abruptos del lado Sur que del Norte, y en otras partes se ve que es al Este ó al Oeste la diferencia.

Esta desigualdad, casi constante, tiene lugar bien por que las cadenas de montañas, áun las más aparentes, distintas y acusadas, no son en gran parte más que *bordes escarpados* de anchas *mesetas*, oblícuamente inclinadas, de las cuales parece estar compuesta «en general» la superficie del globo; ó bien debe ser, porque formadas las montañas de *capas*, la pendiente más rápida será aquella en que su inclinacion tambien lo sea, ó en que, interrumpida la continuidad de las capas, éstas se presenten cortadas formando *escarpes.* En los *ramales* y *estribos*, la pendiente, por regla general, es más abrupta en el lado que mira hácia la cordillera, que en el opuesto. En montañas formadas de capas de tierra ó piedra la inclinacion es menor en la vertiente hácia la cual *buzan* ó se pierden aquellas.

La *cumbre ó cima* de una *sierra* ó *cordillera* constituye esa línea divisoria de aguas, que hoy se conoce solamente con el nombre de *divisoria.* Recientemente el trazado de los ferro-carriles ha dado, por la cuestion de pendientes, importancia á esa línea, que realmente ninguna tiene en geografía, por más que ya Tito Livio (XXVIII-45) la llamase *divortia aquarum.* Está probado que casi nunca la *divisoria* coincide con la *línea de mayores alturas*, y se comprende tambien que no hay necesidad de *montañas* para que exista *divisoria.*

A principios del siglo dijo Humbóldt: «A medida que uno se va familiarizando con la verdadera configuracion

de cadenas muy elevadas, como los Alpes, Pirineos, Himalaya, Cáucaso, etc., se reconoce mejor que la direccion general de las cadenas se desvía frecuentemente de la línea que pasa por los puntos culminantes. Los puntos ordinariamente de formacion más reciente, y producidos por un levantamiento posterior al de la cadena, están la mayor parte situados léjos de la línea de las crestas. En el Himalaya, por ejemplo, esto llega á tal extremo, que la série de vértices corta casi en ángulo recto el eje general de la cadena.—Por estas razones las altas cimas que parecen amenazar al cielo, y que tan vivamente excitan la curiosidad de todos los pueblos, son un fenómeno ménos importante que la línea de crestas, formando el eje general, en los lugares en que se puede determinar con exactitud este efecto del levantamiento terrestre sobre las primeras grietas ó fallas del globo.»

Respecto á los Pirineos, sabido es que sus principales picos, como la Maladetta, no están en la *línea de las crestas*, ó realmente *divisoria*, sino al Sur de ella, sobre la vertiente española.

Estas *divisorias*, si bien proporcionan «division» efectivamente para concretar de alguna manera las descripciones del suelo, nunca pueden representar *el modo de formacion*. Y lo que se consigue con sistematizar ciertas ideas auxiliares, ó dar más valor del que tienen á algunas definiciones, es ponerse en pugna con la naturaleza, pintando falsamente las cordilleras como espinas de pescado ó columnas vertebrales, segun se ve en Buache, Denaix y aún Lavallée.

Hasta ahora casi todos los grabadores de mapas se han creido en el deber, que ellos se imponen porque quieren, de pintar entre dos rios ó corrientes de agua, sean las que fueren, su inevitable *cordillera*, con su correspondiente *arista* ó *divisoria*, marcada como el filo de un cuchillo, para que determine bien la *cuenca*. En todas partes, y singularmente en España, no parece sinó que los rios se obstinan en desmentir á los mapas, rompiendo y cortando atrevidamente esas mismas *montañas* que se les quieren oponer como *diques* naturales.

El general austriaco Hauslab, célebre en Europa por sus fecundos estudios en este importante ramo científico-militar, divide las cuencas en tres clases, *orográficas, hidrográficas* y *geológicas* definiéndolas así:

Cuencas orográficas,—cavidades festoneadas de cadenas de montañas las cuales pueden, ó bien tener sus rios particulares, ó bien ser meramente atravesadas por ellos; ó bien, dar nacimiento á otros que corran en direcciones opuestas y que tengan su orígen, no precisamente en estas montañas, sinó en medio de un valle y hasta en lo más hondo de la *cuenca*, en cuyo caso el agua corre por cortaduras en el suelo. Los antiguos geógrafos no han comprendido bien estas anomalías.

Hidrográficas,—extensiones de tierra que comprenden el curso de un rio, ó bien los terrenos regados por rios que desembocan todos en el mismo mar. Estas cuencas tienen dos ó tres escalas diferentes de magnitud. Si á veces suelen coincidir con las *orográficas*, lo general es que difieran; porque los rios frecuentemente atraviesan de parte á parte una cordillera, ó por lo ménos un trozo de ella, por medio de estrechos surcos con bordes generalmente escarpados. Este último accidente ha sido desconocido por los geógrafos, que imaginaron cada corriente separada por alturas y marchando siempre entre dos eminencias contínuas.

Geológicas,—cavidades en las que los *terrenos* se han depositado en épocas diversas, de tal manera que sus *capas* convergen siempre desde todos los bordes de la cuenca hácia el fondo de ella.

Naturalmente, las *cuencas* de esta clase se alejan de la forma redonda ú oval, y se hacen tanto más irregulares, cuando se procede de terrenos antiguos á formaciones modernas. Coinciden á veces con las *orográficas*, especialmente los de épocas geológicas recientes; pero difieren generalmente de las *hidrográficas*; y es muy natural, puesto que no son otra cosa que los representantes de las *cuencas hidrográficas* de épocas geológicas anteriores, que se han ido progresivamente modificando. Además, no suelen tener analogía ni con las *orográficas* ni con las *hidrográficas*, por los cambios sobrevenidos en la corteza ó su-

perficie terrestre, por el levantamiento de montañas y por el lavado ó denudacion de las aguas.

Por lo demás, nada más vario que la *forma de las montañas*. Su estructura, su composicion, la inclinacion de sus faldas y una multitud de circunstancias influyen sobre su configuracion exterior. Tan pronto son cimas esbeltas é inaccesibles, formando crestas dentelladas, verdaderas *sierras*, dividiéndose en agujas y obeliscos; tan pronto son picos regulares terminados en punta; otras veces conos escorificados, con pendientes suaves ó escarpadas, terminados por cráteres ó cimas truncadas como los puys ó conos volcánicos. Otras veces son cúpulas ó campanas; otras toman la forma de columnas de edificios arruinados; otras se parecen á estátuas colosales, animales ú otros objetos, cuyos nombres toman.

Las formas de sus *bases* no son ménos variadas. Lo más general es un óvalo irregular ó un poliedro colocado oblícuamente sobre el suelo. Esta *base* puede reunirse á otras, ofrecer ángulos, numerosos indicios y arranques de pequeños valles que surcan las *faldas* de la montaña. Estas pueden ser dulces ó ágrias, desnudas ó cubiertas de vejetacion, ocultas por derrumbes ó con escarpados verticales, de los cuales se lanzan *arroyos* que se convierten en *cascadas*. Otras veces están escalonadas presentando inmensos peldaños que cuesta trabajo subir.

Rara vez las montañas, como se dijo, á no ser volcánicas, están aisladas: lo general es formar *grupos, macizos* y *cordilleras*.

Las *cordilleras*, consideradas en general, no tienen direccion determinada. Aunque el sábio geólogo Elie de Beaumont ha publicado notables observaciones sobre este punto, no caben aquí por su extension, por su enlace con ideas que tambien salen de nuestro cuadro, y sobre todo porque, á pesar de su brillante y seductora novedad, distan mucho de estar aceptadas universalmente. Sirvan de prueba estas palabras textuales del vizconde D'Archiac en 1862.

«Se atribuye á Werner el principio minero, que en un mismo distrito todos los filones de la misma naturaleza

deben su orígen á grietas paralelas entre sí, abiertas al mismo tiempo y rellenas en seguida por las mismas sustancias minerales durante el mismo período.»

«Este principio vino á ser el gérmen de una teoría (la de Elie de Beaumont) que ha tenido gran boga por su aplicacion á las grandes dislocaciones de la corteza terrestre. Si, en efecto, todas las dislocaciones que han producido cadenas de montañas y son paralelas fuesen contemporáneas la «edad de las cordilleras» se deduciria naturalmente; pero hoy se sabe que las dislocaciones se han producido en la misma direccion, en el mismo espacio y en épocas muy diferentes, y el principio, en su aplicacion general ha debido perder su importancia.» (*Paleontología estratigráfica.*—Tom. 1.º—Pág, 135.)

La íntima conexion que generalmente existe entre la *estructura geológica* y la *forma exterior* de las montañas, puede servir de guía al militar, como sirve al geólogo.

Las montañas volcánicas modernas tienen forma cónica truncada, con una cavidad cónica tambien, pero inversa que forma el *cráter*; las traquíticas, ó compuestas de materiales volcánicos, tambien terminan en conos ó *cúpulas*; las basálticas, en *torres*, *cilindros* y *escalinatas*: las graníticas en *agujas* y *pirámides* ó en *cúpulas chatas*, segun la descomposicion de los materiales; las calizas tienen ordinariamente su cima cortada en *meseta* ó *muela*.

Los contornos de las montañas, de las llanuras, de todos los accidentes de la *corteza terrestre* se modelan sobre la forma, sobre la estructura interior, sobre el modo de division de las diferentes *masas minerales*. Son un hecho estas relaciones de los contornos *exteriores* con la forma *interior* de las diferentes masas minerales, hasta tanto, que á veces se puede desde cierta distancia adivinar la *composicion* de una montaña por las *formas* que presenta su perfil. Saussure ha mostrado en los Alpes como puede reconocerse, desde algunas leguas, la naturaleza de las *rocas* nada más que por la *forma* de las *crestas*.

Las montañas modifican constantemente los movimientos y la naturaleza física del aire atmosférico; parece que lo hacen más puro, más agradable á la respiracion; ellas

aumentan la extension de la superficie de la tierra; ellas rompen la insípida uniformidad de una llanura sin termino; por su elevacion, por la bizarría, en fin, y singularidad de sus formas, se las puede comparar á inmensos laboratorios, donde la naturaleza prepara los meteoros atmosféricos que vienen á desarrollarse y estallar sobre los países cercanos de estas grandes asperezas.

El estudio de las montañas ha sugerido al naturalista aleman Boué curiosas reflexiones, de que daremos ligera muestra.

«Las cordilleras—dice—que corren en direccion aproximada del Oeste al Este establecen, no sólo entre las naciones, sinó entre sus faunas y floras (reino animal y vegetal,(una diferencia mucho más marcada que las que se extienden en sentido Norte—Sur ó de los meridianos.»

«Y otra particularidad de las cordilleras Norte—Sur es que sobre ellas se verifican todas las mezclas de dos pueblos y de dos lenguas.»

«Segun la historia toda conquista ha sido más fácil en el sentido del O. al E. y vice-versa, que de N. á S. y de S. á N. Alejandro y los grandes conquistadores asiáticos no han tenido que salvar más que cordilleras N. S.—Los cimbros fueron deshechos por los romanos, por haber pasado imprudentemente los Alpes y haber dejado entre ellos y su patria una cordillera segun los paralelos.—Los Romanos conquistaron la Germania, no por el camino derecho, sinó rodeando los Alpes: primero entraron en la Gaula por el pié marítimo de los Alpes occidentales, y de allí pasaron á los países germánicos.—Los godos se vieron detenidos en el imperio de Oriente por cordilleras O. E. y para entrar en España, tuvieron que dar la vuelta á todas las cordilleras semejantes, que protegieron por tanto tiempo al imperio romano á pesar de su progresiva decadencia.—Los vándalos siguieron forzosamente el mismo camino, y no atacaron verdaderamente al imperio romano sinó por Africa.—Los magyares no penetraron en Hungría sinó por una parte de los Karpatos, dirigida casi N. S, á saber por el Marmarosh.—Carlo-Magno fué favorecido en sus guerras por la direccion O. E. de la mayoría de sus expediciones.-

Los alemanes imperiales en la guerra de Treinta Años operaban detrás de cordilleras O. E, no siendo atacados sinó en el otro sentido. En fin: para Boué, los desastres de Napoleon en España, los de los griegos contra los turcos, la tenaz y varonil independencia de los suizos, de los vascos..... todo proviene esencialmente de «la constitucion geológica del suelo, de la direccion de las cordilleras y montañas.»—Algo hay aquí indudablemente digno de reflexion para el militar estudioso.

Y ya que en este artículo—cuya forzosa brevedad contrasta con lo ameno y extenso del asunto—se ha citado el nombre respetable de Elie de Beaumont, sea lícito cerrarlo con un párrafo suyo, tomado entre los bellísimos que esmaltan su célebre memoria titulada *«Notice sur les systèmes de montagnes.»*

«Los sistemas de montañas—dice—son á la vez los rasgos más delicados y los más generales del relieve de la superficie del globo: son á la vez tambien la quinta esencia de la topografía y las huellas más características de los trastornos que ha sufrido aquella misma superficie; son en fin el lazo mútuo entre el juego cuotidiano de los elementos, determinado por el relieve actual del suelo y los acontecimientos pasados que han modelado este relieve. Al investigar la coordinacion del vasto conjunto de caractéres con que la mano del tiempo ha grabado la historia del globo sobre su misma superficie, se ha encontrado que las montañas, son las letras mayúsculas de este inmenso manuscrito y que cada sistema de montañas forma un capítulo.»

Valles.

Son los espacios que separan las *montañas*, y en los que vienen á reunirse las aguas pluviales que corren de las faldas de aquellas.

Por eso segun estén más cerca ó más léjos las *montañas*, así son los *valles* más grandes ó más pequeños, más estrechos ó más anchos. Y se ve que en un caso puede el

muchas veces varias de ellas concurren simultánea ó sucesivamente á formarlos.

Las grandes *hendiduras*, es evidente que no pueden atribuirse sinó á violentos terremotos. Para el geólogo son como inmensos *filones* que la naturaleza no ha rellenado. Pero guardémonos de confundirlos con las *ramblas* y *barrancos* que á nuestra vista forman las lluvias en las faldas de las montañas.

Si éstas, como se ha visto, no son más que resultado de las *dislocaciones de la corteza del globo*, los *valles* no pueden ofrecer mayor dificultad.

Las primeras ideas, hemos dicho, que sobre su orígen se tuvieron, se fundaban en la excavacion ó desgaste por la accion erosiva de las aguas; pero, debiendo en ese caso las *montañas* estar formadas con anticipacion, es claro que las aguas hubieran debido seguir la pendiente natural del suelo y surcarlo exclusivamente en este sentido como hacen actualmente los aguaceros de tempestad; cuando se encontrasen detenidas por un obstáculo ó en una cuenca, hubieran debido cortar ó romper con preferencia los depósitos de arenas, grava y casquijo, ó rebosar y verterse por el punto más bajo. Cabalmente vemos «lo contrario» de estas acciones al parecer naturales: los *valles* no siguen, en general, la *pendiente* real y verdadera del terreno; y las aguas, ni se abren paso á través de terrenos muebles ó movedizos, ni se vierten por el punto más bajo de las cuencas. Por todas partes se pueden hacer observaciones análogas, de modo que no parece sino que los rios han retrocedido siempre delante de los depósitos ó terrenos que precisamente les ofrecian la menor resistencia.

La consecuencia de estos hechos es que los rios, en lugar de haber excavado sus propios *lechos*, como se pensaba, se han dirigido simplemente por surcos ó canales que encontraron ya establecidos. Ahora bien, no es preciso remontar al orígen de estos canales; son evidentemente resultado de *dislocaciones* y *levantamientos* que han trastornado y desgarrado la superficie del suelo hasta entónces horizontal. Es claro, en efecto, que las capas inflexibles han debido entónces romperse, y hacerse en consecuencia un

número mayor ó menor de *grietas*, *fallas* y *hendiduras*. Estas han venido á ser *valles* colocados de diferentes maneras unos con relacion á otros, segun las circunstancias del *levantamiento*: paralelas, si la accion ejerciéndose en una sola direccion se extendia suficientemente en latitud; divergentes, si la accion se contrajo á un solo punto, como en ciertos macizos montañosos; muchas veces, en fin, perpendiculares á la direccion de las *cordilleras* levantadas como las grietas secundarias que se manifiestan en los terremotos: lo que debia suceder principalmente cuando la accion interna forzó á ciertas materias cristalinas á salir por la principal ó más ancha. Se concibe fácilmente que estas *grietas* hayan quedado abiertas, más bien en las materias sólidas, que en los depósitos arenáceos, cuyos derrumbos tienden sin cesar á rellenar los vacios; y ésta es la razon porque los rios parece que «han huido de los terrenos muebles» que tan fácilmente hubieran podido atacar, si no hubiesen encontrado un *cauce* ó *lecho* preparado ya en otra direccion. Así mismo en los *escalones* ó *cuencas* sucesivas que presenta la mayoría de los *valles*, y que á nuestros ojos se ofrecen como otros tantos *lagos*, se reconoce holgadamente la causa de los *desfiladeros* por donde escaparon las aguas: son tambien *rajas* ó *grietas* que han debido abrirse con preferencia en las partes sólidas.

Mas no por ésto se ha de estatuir «en absoluto» que las aguas nunca han tenido influencia en la *configuracion de los valles*. Muy al contrario, es de creer que en los sucesos que tan súbitamente han agrietado ó hendido una comarca y hecho escurrir, correr de golpe las aguas que en ella se hubiesen juntado, se produjeron corrientes de una violencia incalculable, que, arrancando, corroyendo, desmontando, barriendo, llevándose por delante todos los escombros fracturados por el *levantamiento*, modificaron los pasos que se les ofrecian. No puede dudarse que todos estos restos y escombros, acarreados con una velocidad prodigiosa, habrán *surcado*, violenta y repetidamente, todas las *rocas* que quedaban en pié, y contribuido por mucho á ensanchar y profundizar las *gargantas* principiadas por la rotura; testigos de ello son el desgaste, la usura y los sur-

cos que percibimos en las *laderas* de los *valles*, en direccion de los grandes cantos y peñas que han sido trasportados muy léjos en la época de estas grandes convulsiones.

Evidentemente, la mayoría de los *valles* han sido posteriormente «retocados y modelados por las aguas» y solamente aquellos que han aparecido los últimos como los Alpes del Valais y los Andes etc., son los que conservan señales más características de su primitivo orígen.

Tambien es probable que ciertos *valles*, que atraviesan terrenos muebles poco dispuestos á fracturarse, hayan sido «producidos enteramente por la accion de las aguas.» Pero los *valles* á quienes pueda atribuirse este orígen, presentan caractéres muy diferentes de los primeros: por un lado siguen invariablemente «las líneas naturales de pendiente,» por otro se desvian de su direccion al tropezar con masas resistentes, y las rodean para marchar con cierta constancia sobre terrenos movedizos ó ménos coherentes.

Aún admitiendo que las aguas hubiesen sido más abundantes en otro tiempo, eran incapaces de excavar *valles* tan anchos y largos como los de las grandes *cordilleras*; y si el agua hubiese podido producir sola estas grandes desigualdades, los *valles* empezarían, como los *barrancos*, por un ligero *surco*, cuya profundidad y anchura irian aumentando siempre: miéntras que vemos *valles* que tienen por punto de partida un *circo* y algunos hay enteramente *cerrados*.

Lo que indudablemente han hecho las *corrientes* ha sido, repetimos, modificar, modelar los *valles*; pero esta erosion de las paredes, el profundizar en algunos puntos el lecho, ó variar algo las pendientes, amontonando en algun paraje lo que han arrancado en otro, son pequeños efectos de importancia casi nula, comparados con la *fisonomía* general de un *país de montañas*.

En los de *colinas* ó *llanuras* hay *valles* tambien que han sido completamente cavados por las aguas. Si la direccion de algunos ha sido determinada por una grieta ó ligera depresion, en general debe atribuirse al agua todo el mérito de estos *pequeños valles* y *cañadas* en terrenos muebles.

Por esto suelen ordinariamente distinguirse los *valles* en

altos y *bajos*. Los primeros, en verdaderos *países de montaña*, tienen su orígen dependiente «de las fuerzas procedentes del interior del globo» y los otros son más bien «los formados por los rios.» Además hay que tener presente, que ambas fuerzas «han combinado y confundido sus respectivos atributos.»

En general, valle *alto*, *encajonado*, valle de *desgarramiento*, ó de *separacion*, ó de *fractura* (que todos estos nombres tiene) es la *hendidura* larga, estrecha, profunda, irregular, sinuosa, de rápidos escarpes, en los cuales se perciben vestigios de *capas* ó *estratos* fracturados y cuyos ángulos salientes de un lado suelen corresponder á los entrantes del otro. Estos *altos valles* están ordinariamente *cerrados* en su cabecera ú orígen, quedando sólo un estrecho *paso*, *brecha* ó *garganta*. Frecuentemente los terminan hácia la parte más alta, ó los interrumpen en su longitud, grandes cavidades llamadas *circos*, que son verdaderos *cráteres de levantamiento*, visiblemente caracterizados en su mayoría por las capas de terreno levantadas.

Todavía para Omalius d'Halloy hay en estos *valles de fractura* un elemento original que debe tomarse en cuenta: la desecacion. En efecto, las rocas estuvieron antiguamente más calientes y más empapadas en agua; las contracciones ó encogimientos por lo tanto estarian en proporcion con el volúmen..... si la desecacion del barro de una pequeña charca tiene *grietas* de más de un centímetro ¿no habrá producido *valles* la desecacion de un *depósito* entero que cubre un país?—Además este género de abertura ó separacion puede obrar enérgicamente sobre una hilada superior y dejar intacta la inferior: lo cual explica por qué ciertos *valles* «se detienen» con cierto *terreno*, sin correrse ó profundizar en el *terreno* inferior.

Respecto á los *grandes valles* que parecen *llanuras*, ó los que empiezan por un *circo*, ó los que forman varios escalonados y comunicándose por estrechas *gargantas*, tambien se les supone producidos por grandes *dislocaciones*; pero sin olvidar que el agua, que en seguida ha rellenado sus *cuencas*, puede haber entrado por mucho en su actual configuracion.

Las grandes *llanuras circulares* son evidentemente el *fondo* de antiguos *lagos* que se comunicaban entre sí, los cuales acarreaban en sus diversas *cuencas* una gran cantidad de materiales que han concluido por terraplenarlos, y cuya superficie, atravesada hoy por una simple corriente entorpecida por un cúmulo de restos y materias, se cubre de una vejetacion vigorosa.

El primer orígen de estos *valles*, ó más bien de estos grandes *lagos* que les han dado nacimiento, parece depender de las causas particulares que han formado las grandes *depresiones* sobre los continentes, y que son debidas á fenómenos de *dislocacion*, y por consiguiente de *hundimiento*, ó á ciertas condiciones de *enfriamiento* y solidificacion de la *costra* primitiva.

Valle de *denudacion ó erosion* es el producido por el desgaste y trasporte de los materiales que ántes ocupaban el sitio de aquél: accion determinada por las *aguas corrientes*, como en los alrededores de Madrid. Si *valles de elevacion*, por el contrario, son los formados por «una accion interior opuesta á la del agua,» y en ellos el surco ó depresion la constituyen las capas levantadas del terreno, bien se ve un medio sencillo para distinguirlos: en los *de denudacion* no hay más que «materia desalojada;» miéntras que en los *de elevacion*, necesariamente ha de haber alteracion y desórden en las paredes, bargas ó laderas.

Estos valles de *erosion ó denudacion* están formados, por lo general, en terrenos muebles ó capaces de desleirse, como las *regatas* que las aguas de tempestad forman á nuestra vista llevándose las materias que constituian el suelo. Los últimos encauces de los grandes *rios* están formados de esta manera; y las *erosiones* que diariamente hacen las grandes *crecidas*, son las que producen los *cambios de lecho* que tan frecuentes son en algunos.

En general, los *valles de erosion*, abiertos casi siempre en llanuras á la base de las montañas, están colocados en la prolongacion de los *valles de fractura* ó de pliegue; y así debe ser, puesto que estos últimos han servido de «conductos ó canales» para traer las aguas que han producido la *erosion*.

Sucedió á veces, sin embargo, que la corriente, al bajar impetuosa de la montaña, no tuvo fuerza para atacar y corroer el *terreno* que la llanura le ofrecia como una especie de barrera, y en este caso, como por alguna parte habia de correr el agua, tomó una direccion lateral, hacia la línea de separacion del depósito sedimentario de la llanura y de las rocas de la montaña. Un *valle* que se ve, por decirlo así, en el conflicto de tener que sufrir y resignarse á tomar contra su voluntad una direccion longitudinal respecto á una cordillera, no tarda en encontrar otro valle trasversal en el cual vierte sus aguas y en el que viene á abortar, si se permite esta expresion.

En la época *cuaternaria*, que los geólogos llaman del *diluvium* (en latin, para distinguirla del diluvio bíblico, los *valles de erosion*, simples ó con terrazas ó escalones, que generalmente se encuentran colocados en la prolongacion de los *valles de fractura* han sido formados y rellenos por aguas bajadas de estos valles: de suerte que si se mira el escaso caudal que constituye nuestros rios actuales, como «resíduo» de las antiguas y enormes *corrientes*, cuya existencia tenemos forzosamente que admitir, entónces sí, se puede decir con los antiguos geólogos que «cada rio efectivamente ha excavado su propio valle» y añadir además que «cada valle ha sido rellenado con materiales tomados de las montañas en que nace.»

Las aguas obran por su accion disolvente, que deslíe y corroe, por su peso, por el movimiento de traslacion y por choque. Se debe, pues, inferir que en cada uno de los trastornos determinados por los diversos *movimientos del suelo*, las aguas, lanzadas violentamente de un lado para otro, han debido, como hoy vemos en los terremotos, lavar, desleir, deshacer, modificar de mil maneras las *rocas*, *depósitos* ó *terrenos* preexistentes. Muchas circunstancias pueden explicarse por la *erosion* de las aguas y las extensas *denudaciones* que han podido operar. Desde luégo, siempre que veamos en algunos parajes líneas de *colinas*, *cabezos*, *muelas ó cerros*, de *cumbres planas* y todas *á nivel*, compuestos de rocas ó materias *de sedimento*, cuyas *capas* se corresponden, bien se pueden considerar como los *hitos* ó *damas* que,

á semejanza de las que el hombre deja en los grandes desmontes, las aguas dejaron en ¡testimonio de su paso y de sus estragos en ciertas épocas relativamente no muy lejanas.

Sabido es tambien que cuando *corrientes bravas* acarrean materias en suspension, éstas se depositan fuera de la corriente, en lugar de extenderse en *capas*, ó *estratos planos* como las que se hacen en aguas tranquilas. Así es que un rio, hinchado con crecidas, forma en sus orillas especies de bordes elevados encima del fondo del lecho; y un obstáculo que parta la corriente en dos brazos basta para originar un *depósito*, que, elevándose á cada avenida, viene á ser *islote* y (salvo las dimensiones) en este *islote* podemos ver una *montaña* aislada en medio de dos *valles* que la separan de dos *cordilleras*, es decir, de las bargas del rio.

Las *dunas*, ó montecillos de arena en las costas, nos enseñan cómo se hacen *hondonadas* al mismo tiempo que *elevaciones* y forman *grupos de colinas*, que tambien es país *montañoso* en miniatura, surcado por *valles*, sin la mas mínima *erosion* por las aguas.

La nieve nos da otro ejemplo sensible de aglomeracion desigual, cuando cae con mucho viento, y un árbol, por ejemplo, divide la corriente de éste, amontonándose en unas partes y formando islotes. Aquí tambien, muy en pequeño, tenemos *mesetas*, surcadas por *valles*, en cuyos bordes hay *cabos*, *peninsulas* y *montañas* aisladas.

Luego si esto sucede en un fluido elástico tan raro como la atmósfera, ó en superficies líquidas tan menguadas como nuestros rios; echémonos á pensar lo qae no pasaria en aquellos vastos y borrascosos «mares geológicos» y comprenderemos que la inmensa fuerza de las *corrientes* debió muchas veces recoger y acumular los materias de las *capas* en los parajes en que el agua estuviese tranquila, originando por consiguiente *colinas* y *valles* grandes ó pequeños. Es probable que haya muchos *valles* de esta especie y parece tambien ésta la explicacion más plausible de esas *colinas aisladas* y de esas *resquebrajaduras* que en ciertos parajes forman los *bordes de una meseta* que domina una *llanura*, y cuyas *capas* han conservado su posicion

original ó no han sufrido, al ménos al parecer, desarreglos suficientes para explicar el *relieve* del país.

Las grandes *cordilleras* suelen estar separadas por grandes, *valles* cuyas pendientes son generalmente muy suaves y cuyo fondo está ocupado por un rio. Esos *valles* se llaman *longitudinales* y las montañas que los bordean tienen generalmente el plano de sus capas paralelo á la direccion del valle.

Los otros *valles* qne vienen á abrirse en éstos, y que siempre son más estrechos, con pendientes más abruptas mucho más cortos, y que generalmente «cortan en ángulo recto el plano de las capas» son los llamados *trasversales*.

Estas dos clases de *valles* se encuentran en los *países de montaña*: en los Alpes se ven los unos y los otros; pero en los Pirineos sólo hay *trasversales*.

Bajo el aspecto geológico y geográfico es de gran importancia la distincion entre los valles *longitudinales* y *trasversales*. Los primeros siguen la direccion general de la *cordillera* y se relacionan íntimamente con la *estructura* de la montaña. Ordinariamente «sus dos laderas son de distinta naturaleza,» puesto que están cabalmente en el punto de separacion de dos *formaciones* diferentes. Al contrario, los *trasversales* «tienen frecuentemente idéntica cualidad en ambas laderas,» puesto que cortan la *cordillera*. Esta distincion de *longitudinales* y *trasversales* es fácil en grandes y formales *cordilleras* y con *eje longitudinal* extenso, cuyo tipo perfecto son los Andes, luégo y ménos los Karpatos, ménos aún los Alpes, y ménos por consiguiente los Pirineos: más difícil es en *grupos* y *macizos* montañosos.

Aunque los *valles trasversales* tienen comunmente sus bargas ó laderas más escarpadas que los *longitudinales*, se ve bien que esto depende de la naturaleza del *terreno*, pues mal puede haber escarpados en tierra mueble ó incoherente.

En los valles *longitudinales*, las dos laderas opuestas si no son de naturaleza diferente, al ménos están compuestas de materias arregladas de otra manera.

En los *trasversales*, al contrario, hay casi siempre «iden-

tidad perfecta entre las dos paredes opuestas» tanto bajo el aspecto de la *naturaleza*, como bajo el de la *estructura*: y cuando se ve de un lado un ángulo saliente, es casi seguro que el lado opuesto presenta un entrante.

Los *pasos estrechos*, formados por escarpes verticales ó á pico, que á veces presentan los *valles* en diversos puntos se llaman en general *desfiladeros* y tambien «puertas de las naciones» por la importancia que tienen en una guerra defensiva. Los hay célebres en la historia: tales son los desfiladeros del Tauro y del Cáucaso llamados Puerta Ibérica, Puerta Caspia, Puerta Albanesa; Paso de Isso, célebre por el de Alejandro; las Termópilas en que trescientos espartanos detuvieron el ejército de Jerjes; las Horcas Caudinas, en que los samnitas forzaron á los romanos á pasar bajo el yugo etc. Las paredes de éstos *pasos* «cortados á pico» tienen á veces alturas enormes: los hay, repetimos, en los Andes que se elevan á 1.600 m.

De lo dicho resulta que hay bastante confusion en «las causas originarias de los valles» puesto que obrando varias de ellas «simultánea y sucesivamente,» han debido combinar, anular y confundir á veces sus resultados.

Tal sería, por ejemplo, el caso de un territorio que hubiera tenido en su orígen muchos valles de acumulacion y compresion; que en seguida hubiera sido fuertemente plegado y arrugado; en el que levantamientos posteriores hubieran producido numerosas fracturas con separacion; y despues, el juego de las piezas, como en el mosáico ó bóveda que arriba se mencionó, hubiera causado fallas y nuevas dislocaciones; y por último, encima de todo esto, el diluvium geológico hubiera venido con sus denudaciones y erosiones á dar, por decirlo así, la última mano á todas las hendiduras, depresiones y desigualdades preexistentes.

Llanuras.—Mesetas.

Todo el mundo sabe lo que es un *llano* y sin embargo se encuentra grande embarazo para definir esta palabra.

En la acepcion ordinaria, *llano*, *llanura*, *llanada*, es una grande extension de terreno que no está limitada por *montañas*, ni surcada por *valles*; en una palabra, es un país raso, plano, liso, pero es difícil señalar límites entre un país *plano* y un país *montuoso*. En general, una comarca conserva la denominacion de *llana* cuando no está atravesada por *altas montañas*, aunque el suelo esté sensiblemente *ondulado*.

Los pequeños llanos encerrados entre montañas no son otra cosa que *valles* de solera ó fondo *plano*. En general están formados de escombros ó restos que se han depositado en el fondo de las aguas que en otro tiempo los cubrian. Un dia, los grandes lagos de la América del Norte, desembarazados de sus aguas, formarán probablemente *llanuras* análogas. Pero estos anchos valles de fondo plano nunca dan más que llanuras limitadas: miéntras que, en cierta parte de los continentes, hay espacios inmensos cuya regularidad sólo es turbada por ligeras arrugas ó resaltos que se levantan poco sobre el nivel del océano.

Las verdaderas *llanuras* son, pues, las que por un lado están bordeadas por el mar.

El estudio de las *llanuras* es de un gran interés para el geólogo, si se atiende á que la mayor parte de las *cordilleras* son de fecha posterior á la aparicion de los *continentes*; de modo que éstos han debido elevarse al principio muy poco encima de las aguas. Entónces debian presentar una superficie uniforme y pantanosa; porque al *levantamiento de las montañas* es á lo que las *llanuras* deben las pendientes, más ó ménos fuertes, que ahora permiten correr á las aguas.

Toda la tierra seca ó *emergida* (por oposicion á la sumergida ó debajo de las aguas) puede dividirse en tres categorías: llanuras *bajas*, llanuras *altas* ó *mesetas*, y *montañas*. Las llanuras *bajas* están situadas generalmente á la orilla del mar, y por léjos que se extiendan hácia el interior siempre vienen á parar á la *costa*. Las llanuras *bajas* mejor caracterizadas en Europa son la Holanda y la Lombardía, sin que puedan admitir comparacion con los Llanos y Pampas de América.

Las *mesetas* son tambien *llanuras*; pero se distinguen de las *bajas*, tanto por su *altitud*, como por su superficie que suele ser ménos lisa, plana ó igual.

Si puede considerarse á los *bajos llanos* como terrenos *sedimentarios* for mados por rios, esto es, por los fragmentos que el agua, la nieve ó los vientos han acarreado desde las montañas hasta los mayores y más profundos surcos de la corteza terrestre; las *mesetas*, al contrario, aparecen como resíduos de este mismo trabajo de *erosion* y sacan de este orígen dos caractéres distintivos; desde luégo, los *lechos de los rios*, que los atraviesan, van generalmente más encajonados entre sus orillas que en los *bajos-llanos*, en los cuales el nivel del agua es á veces «más alto que el de los terrenos inmediatos,» lo que exige trabajos dispendiosos de dique ó encauzamiento; además, la capa arable ó vejetal es ménos espesa que en las *llanuras bajas*, y tanto que el arado más simple llega al sub-suelo: en las *mesetas* la capa vejetal escasamente tiene seis pulgadas de fondo miéntras que en los *bajos-llanos* pasa de veinte, de cincuenta piés de profundidad. En los valles del Rhin y del Vístula, mejor aún en los del Ganges, Orinoco ó Misisipí, es imposible llegar al *sub-suelo*. Sondas de gran profundidad han demostrado la presencia de un légamo de aluvion sin llegar á terreno firme ó resistente.

Aunque las *llanuras* se dividan en *bajas* y *altas* ó *mesetas*, no puede fijarse de un modo positivo «dónde acaban las unas y principian las otras:» tanto es el número que hay de gradas ó resaltos intermedios. En cierto modo por *llanuras* ó *escalones* sucesivos, y como de terraza en terraza, es cómo principalmente se elevan los *continentes* encima del Océano; las grandes *cordilleras* que los atraviesan no son, por decirlo así, más que «accidentes» en medio de los terrenos planos *elevados*.

Las *colinas*, ó las *montañas* que se perciben á lo léjos en el extremo de una *llanura*, no son muchas veces otra cosa que las *caidas* ó *pendientes* de una *meseta*, más ó ménos elevada por encima de la que ocupa el observador.

Estas *mesetas*, y singularmente las de «mucha altura sobre el nivel del mar,» ofrecen una circunstancia que me-

rece notarse. Es raro que estén «enteras» en toda su extension: lo más ordinario es que el *macizo* que constituyen, se encuentre recortado, resquebrajado por entalladuras profundas, generalmente ramificadas, que irradian en diferentes direcciones, partiéndole de varias maneras al prolongarse sobre la *meseta* inferior, en la cual vienen á desembocar.

Esta circunstancia es la que ha hecho considerarlas como *grupos* y *macizos de montañas*, miéntras que en realidad no forman generalmente en toda su extension más que una sola y misma *masa* fracturada por *valles*, más ó ménos hondos y numerosos. Las plataformas de las diferentes piezas que al parecer los componen, ya estén completamente separadas, ya unidas por trozos irregulares, se hallan todas sensiblemente en el mismo plano y las capas ó estratos que componen la masa se corresponden en las pendientes de las *gargantas* y *barrancos* que los surcan.

Tambien á veces el *macizo* está cortado y dividido por *valles* radiales ó convergentes, que se reunen en un punto central, en donde se presenta un vasto hundimiento; y entónces se notan sobre el borde de este hoyo ó cuenca *montañas*, más ó ménos altas que realmente, no son otra cosa que las extremidades de los trozos ó masas parciales en que el *macizo* total se encuentra dividido ó repartido.

Por los cálculos de Humboldt (que Zimmermann reproduce) relativos á la reparticion del *volúmen de las montañas* sobre toda la superficie de los *continentes*, se viene á deducir que las *montañas* representan una masa de terreno infinitamente menor de lo que á primera vista pudiera sospecharse, miéntras que la extension de las *mesetas* es, relativamente, mucho más considerable. Por lo demás *mesetas* y *montañas*, esto es, todo aquello que se eleva sobre el *nivel medio* de la superficie terrestre, debe su orígen á una «accion procedente del interior de la tierra,» al calor central, á la incandescencia del *núcleo* del globo.

La *sedimentacion*, la trasformacion lenta y tranquila de las *rocas* primitivas ha sido interrumpida y modificada por la accion, probablemente repentina, de fuerzas interiores. Hoy todavía, á pesar de los millares de años tras-

currridos desde la primera coagulacion de la *corteza*, el interior del globo conserva ese estado de *fluidez ignea*, y si la superficie, mucho más espesa por efecto del *enfriamiento*, todavía no es bastante fuerte para resistir estas fuerzas interiores ó *plutónicas*, mucho ménos debia serlo cuando solo tenia $\frac{1}{50}$ del espesor actual. Al levantarse las masas estratificadas, se produjo á cada lado una pendiente y estas pendientes debieron ser irregulares por la desigualdad de resistencia. He aquí porqué, en tal punto de la superficie sólo se formó una intumescencia, una protuberancia, una verdadera giba, sin desgarradura: miéntras que en otro, el *levantamiento* de una vasta extension produjo una *meseta*; allá, en el centro de esa *meseta*, ó bien en sus bordes, surgió una serie de nuevas eminencias; acullá, en fin la *corteza* reventó y las materias en fusion se desparramaron por fuera en cantidad exígua respecto á su volúmen, pero formando masas enormes á los ojos atónitos del hombre, que siempre compara con su pequeñez individual la inmensidad del mundo.

Estos fenómenos, al hacer tan áspera y escabrosa la superficie de la tierra, han modificado y aumentado ventaosamente sus elementos. Las capas ó estratos, no sólo de horizontales han pasado á veces hasta quedar verticales, sinó que se alteró su naturaleza por el contacto ó la proximidad de las masas en fusion: sus elementos, despues de sufrir la accion de este elevado calor, se enfriaron de nuevo; y así se ven trasformados los depósitos calizos, por ejemplo, en mármoles de aspecto cristalino.

4. HIDROGRAFÍA.

Fuentes.—Lagos.—Rios.

El *agua* puede presentarse bajo tres formas de agregacion: sólida, formando hielo; líquida, como vulgarmente se la conoce; como vapor, en fin, gaseosa ó aeriforme.

Desde 1781 se demostró que no era *elemento*; y segun recientes análisis 100 gramos de agua destilada contienen 11 gr. 13 de hidrógeno y 88 gr. 87 de oxígeno.

Las aguas líquidas pueden dividirse en dos grandes grupos: las que forman el inmenso reservatorio que rodea todas las tierras, y las que se encuentran esparcidas en el interior de éstas últimas.

Las primeras toman el nombre colectivo de *mar* ú *océano*. Esta segunda palabra, acompañada siempre de un epíteto, como «atlántico, pacífico» designa espacios muy extensos: miéntras que *mar* se aplica especialmente á otros más circunscritos, y que ordinariamente tienen límites, digámoslo así, ya trazados por la presencia ó cercanía de algunas tierras. Cuando éstas le rodean y circunscriben de tal modo, que solo comunica con el Océano por pasos estrechos, el *mar* es interior ó *mediterráneo*.

Las aguas de tierra se pueden subdividir en otros dos grandes grupos: *corrientes*, y *tranquilas*, durmientes, estancadas, dando á esta última calificacion un sentido más bien relativo que absoluto; porque las aguas rebalsadas, remansadas ó detenidas suelen estar atravesadas por otras *corrientes* que se elevan y ensanchan, bien por obstáculos ó por condiciones especiales del terreno. Cuando tienen alguna profundidad forman *lagos* ó *estanques*, segun el obstáculo es natural ó artificial; y aquí tambien hay que ceder al uso variando con las dimensiones, pues, cuando la masa de agua es considerable deja el nombre de *lago*, para convertirse en *mar*, como el Caspio ó el Muerto.

Las *aguas corrientes* se subdividen á su vez en *permanentes* ó *accidentales:* las primeras constituyen los *rios* y *arroyos*, y por eso tambien se pueden llamar *fluviales* y *rodadas*, y perennes ó intermitentes segun se sequen ó no en el estío; las *accidentales*, llamadas tambien *bravas* y salvajes, forman masas considerables que se precipitan con violencia haciendo estragos á su paso, y constituyendo *torrentes*.

Las *aguas sólidas* pueden tambien considerarse como temporales ó permanentes, segun resista ó no su solidez á la temperatura del estío. Las primeras se forman de nieves que caen de la atmósfera y de hielos que se forman sobre la tierra en momentos de frio, pero que se funden en cuanto la temperatura se eleva. Las segundas constituyen las masas que se conocen bajo los nombres de *nieves per-*

pétuas, *hielos fijos*, *hieleras*, *neveros*, *ventisqueros*. Estos tres últimos no son la misma cosa, aunque vulgarmente se confundan. En España no hay *hieleras* (*glaciers* en francés, *glaestcher* en aleman) propiamente dichas como las de Suiza.

La vasta superficie de los mares, contínuamente expuesta á los ardores del sol, produce necesariamente una gran *evaporacion*; y en la meteorología se vé cómo el *vapor* de agua, elevado en la atmósfera y condensándose allí, da lugar á un gran número de *meteoros acuosos* (lluvia, nieve, granizo) que todos vuelven á traer sobre la superficie terrestre el agua que de ella se habia alejado.

Si se levantan montañas hasta las nubes, ó si las nubes bajan hasta el nivel de las llanuras, los *vapores* al punto son absorbidos y desaparecen; si cae nieve, se funde y se trasforma en agua, ó permanece congelada en la cumbre de las montañas, ó alrededor de los polos de la tierra, formando inmensas *hieleras*.

Lo más frecuente es caer el agua en forma de lluvia, esparciéndose sobre los continentes, y cualquiera que sea la forma en que caiga, en seguida se divide en tres partes, cuyas proporciones relativas varían notablemente por muchas circunstancias, que dependen de la naturaleza del suelo, de la tempetura del aire y del estado particular del agua misma que se precipita sobre la tierra.

Una parte de esta agua se *evapora* en el acto, volviendo á la *atmósfera*; otra parte resbala por la *superficie*, serpentea segun las pendientes, y toma el nombre de aguas *bravas* ó salvajes; la otra se infiltra en las tierras y *rocas* que componen la *corteza* exterior de nuestro planeta. Esta última sigue las grietas y hendiduras, penetra á profundidades variables, filtra á través de muchos y diversos materiales, y sus hilos, reuniéndose entre dos *capas* de terreno, vienen luégo á brotar ó manar en aquellos lugares, de nivel generalmente inferior al de los puntos de partida. Tal es el orígen de las *fuentes* ó *manantiales*. El agua que de ellos mana, junta con las aguas salvajes, dá nacimiento á los *arroyos* y *rios*, á las *corrientes de agua*, como genéricamente se dice.

Una gran parte de la que penetra en el suelo, debe advertirse que es absorbida por los vejetales, en cuyo interior circula, segun los varios sistemas de vasos capilares. Una porcion de esta agua es descompuesta desde luégo por la fuerza de la vegetacion que absorbe el oxígeno, y el resto vuelve á la atmósfera, despues de haber atravesado las partes más delicadas de las hojas y ramas.

Así, del agua que se filtra en el suelo, solamente una parte, la mitad quizá penetra á cierta profundidad: el resto no pasa de la *capa vegetal* ó *arable*, de esa capa, siempre muy delgada, en que se extienden las raices de las plantas y de los árboles. Aun esta porcion que traspasa la capa vegetal va sensiblemente disminuyendo á consecuencia de la desecacion, producida en parte por la absorcion de los vegetales y en parte por la de su misma superficie expuesta á los rayos del sol y al roce continuo de las corrientes de aire.

Esta parte, pues, que se hunde ó entierra no es tan considerable como generalmente se cree: baja hasta que encuentra una masa impermeable, como una capa de arcilla, resbala sobre ella, si encuentra huelgo, ó sinó se embebe como en una esponja en la capa superior. Si la masa impermeable, en vez de plana, es cóncava, el agua se acumula hasta llenar la «cuenca subterránea» y al rebosar por los bordes, produce *fuentes* copiosas, cuyo volúmen sufre pocas variaciones. Deben existir muchas de estas cuencas ó reservatorios en el interior de la *corteza.*

Las *corrientes de agua* en la superficie, al llegar á lugares que están horizontales, pueden extenderse y producir *pantanos*; aunque tambien éstos pueden resultar con más frecuencia de aguas que se rezuman, que se escapan del suelo, como *trampales* y *tremedales* ó bien del derretimiento de las nieves en las montañas, ó de la estancacion del agua de manantiales.

Si el suelo, en vez de presentar una superficie horizontal ofrece una *depresion*, el agua, reuniéndose y acumulándose, produce un *lago*, una *laguna*, reservatorio más ó ménos grande de aguas dulces ó saladas.

Las numerosas *corrientes* que surcan el suelo ocupan or-

dinariamente el fondo de hondonadas particulares que se abren unas en otras. Así, toda el agua que cae sobre cierto espacio se reune en un *arroyo ó torrente*, que corre por la parte más baja; allí cerca la que cae escurre á otro *arroyo*; y la línea llamada *aresta* ó *divisoria*, porque realmente divide estas aguas, es el límite de las dos pequeñas *cuencas hidrográficas*. Un número mayor ó menor de estas hondonadas ó cuencas elementales viene á abrirse en la *cuenca de un rio*, y varias de ellas juntándose á su vez, van á cubrir vastas llanuras que quedan sumergidas y forman así el *mar*, cuenca inmensa que los reune á todos.

Se ve, pues, que las partes *emergidas* del globo ofrecen algunos puntos inundados como grandes *lagos*, *mediterráneos* y largas *corrientes* que surcan la superficie; y por una especie de compensacion, las partes *sumergidas* presentan *islas* y *peninsulas* que establecen numerosos puntos de contacto entre la tierra y el agua. De modo que esta forma al rededor del globo una capa agugereada aquí y acullá por las *islas* y *continentes*.—Las cuencas de los mares y de los grandes lagos contienen en reserva la mayor parte: miéntras que la otra, como se ha dicho, está puesta en circulacion por el *calor*, que se combina, la eleva en *vapor* hasta las altas regiones, donde la abandona y le permite bajar.

Los estudios geológicos comprueban que el agua va disminuyendo progresivamente sobre la *superficie* terrestre. En todos los *lagos* se observan señales evidentes del descenso de nivel de sus aguas, y una tendencia general á quedar en seco andando el tiempo. Humboldt ya establecia que los lagos de Méjico, cuyas aguas se ven disminuir anualmente, no eran sinó «resto de antiguas é inmensas cuencas.»

Entre los fenómenos de este género el mayor y mas curioso es la disminucion probada del gran lago salado que se conoce, con el nombre de mar Caspio, cuyo nivel parece inferior al general del Océano. Las observaciones de Pallas, la presencia de fósiles modernos, la disposicion escalonada de sus orillas, las grandes llanuras arenosas cubiertas de charcas saladas que le separan del mar Negro, hasta la

analogía de los animales que hoy los pueblan, todo demuestra que el Caspio estuvo en otro tiempo unido al mar Negro, el cual hoy está elevado sobre aquel 26 metros. La historia en cierto modo viene á comprobar las indicaciones de la geología, pues muchos de estos fenómenos se han operado desde los tiempos recientes, llamados *históricos*. Tambien puede citarse el mar Muerto, cuyas aguas aumentan en sal á medida que se evaporan, y cuyo nivel va bajando, miéntras que en época remota y ántes de las conmociones volcánicas que trastornaron el territorio, sus aguas quizá se comunicaban con el mar Rojo.

El *lecho de los rios* se compone «generalmente» de una serie de *cuencas* escalonadas, que ántes de la disminucion de las aguas y de la erosion de sus diques, debian formar otros tantos grandes *lagos* que se comunicaban entre sí.

El agua, como se ha dicho, es la única sustancia que está esparcida en la naturaleza en tres estados á la vez: líquido, sólido y de vapor. Esto consiste, por una parte, en que da vapores hasta temperaturas muy bajas, y por otra en que su punto de solidificacion es tan poco elevado, que las simples variaciones de temperatura del aire atmosférico bastan para hacerla oscilar por encima y por debajo de este punto. Los fenómenos producidos por el agua en estos diversos estados son tan diferentes, que la ciencia los trata en capítulos aparte.

El agua diseminada en el aire, sea en estado *de vapor*, sea en forma *vesicular* y en proporciones incesantemente variables, entra en el dominio de la *meteorología*. Tambien en estado *friable* constituye el fenómeno puramente *meteorológico* de las nieves perpétuas.

Pero en estado *líquido* y *de hielo* pertenece directamente á la *geología*. En efecto, líquida el agua, llenando las cuencas de *mares* y *lagos* alimentando *corrientes*, superficiales ó subterráneas, su estudio se enlaza con la formacion de los *depósitos sedimentarios*, marinos, lacustres ó fluviales, y con el orígen de las aguas *minerales* y *termales*. En forma *de hielo*, sea acumulada en las cumbres ó suspendida en las faldas de las altas montañas, sea, mirando más léjos, que cubra como una inmensa mortaja

entrambos polos de la tierra, el agua da lugar á resultados, no sólo muy distintos de los que produce en estado líquido y de vapor, sinó de los que nos ofrecen las demás sustancias sólidas.

Ciñéndonos á las aguas *corrientes*, todo tiende á probar que las lluvias, al filtrarse en el suelo, son las que producen las *fuentes*, como se comprueba por las variaciones que ofrecen en el volúmen de sus aguas, menguando en las sequías y manando en abundancia cuando las lluvias frecuentes empapan el terreno, aunque no siempre dependan de las estaciones.

Puesto que muchas *fuentes* tienen por causa la condensacion inmediata del vapor, sin que pase al estado de lluvia, las *montañas* deben ejercer notable influencia sobre la abundancia de *manantiales* de una comarca. Sus *cumbres* altas y frias, hallándose en contacto con los *vapores*, los condensan, y el agua, corre sobre sus *faldas* ó penetra en su interior segun la naturaleza de las *rocas*.

Las *montañas* ejercen poderosa atraccion sobre todos los cuerpos que se encuentran en sus cercanías y por lo tanto sobre los *vapores atmosféricos*; mas aunque no existiese esta atraccion, el efecto seria el mismo; porque desde que los primeros vapores se hayan condensado los que le siguen y empujan por su elasticidad, al encontrarse ellos mismos en contacto con la montaña, se condensarian á su vez y así sucesivamente, estableciéndose como una corriente de vapores que vendrian de todas partes á chocar con la montaña y convertirse en agua.

Por eso se ven los *picos* aislados rodeados constantemente de un cinturon de nieblas, formadas no solamente por las nubes esparcidas en el aire, y que son visiblemente atraidas por la *montaña*, sinó tambien por los *vapores* derramados por la *atmósfera* los cuales siendo al principio invisibles miéntras permanecian rarificados, vienen á hacerse aparentes y formar *nubes* sensibles, desde que se aproximan á la montaña lo necesario para sufrir un principio de *condensacion*, acabando por «resolverse en agua» al llegar al punto de contacto.

A las diferentes causas que determinan la formacion de

las *fuentes* es preciso añadir la *capilaridad del suelo*, y la accion de las leyes de la gravedad que obligan á todos los líquidos á buscar su *nivel*.

Es de notar la gran diferencia entre la distancia que media entre el punto de *absorcion* del agua y el punto de *salida*. Si la *roca* es dura, compacta y con grietas, el agua sale pronto y por numerosos *manantiales*: si, por el contrario, el terreno está formado por *rocas* porosas y muy permeables, el agua penetra más profundamente y va á salir muy léjos, de modo que grandes espacios quedan desprovistos de fuentes. Esto sucede en los paises *volcánicos*, donde todas las aguas se filtran y reunen bajo las masas de *lava*, viniendo á brotar en su extremidad. No es raro ver corrientes de lava, de dos á tres leguas de largo, sin ofrecer el menor rastro de agua en todo su trayecto.

Los *manantiales* de agua *dulce* que brotan «en medio del mar,» prueban tambien que el agua puede recorrer gran distancia, puesto que alguno de ellos sale á 35 leguas de la *costa* más próxima.

Algunas *fuentes*, y sobre todo las más abundantes, no tienen por causa única ó directa la frecuencia de las lluvias, ni la condensacion de los vapores: deben su orígen á arroyos, y muchas veces á verdaderos rios *subterráneos* que vienen de pronto á brotar en el suelo.

El *vapor*, á veces, pasa al estado sólido ántes de formar *manantiales*, y esto sucede en las *cumbres* de altas montañas, donde en lugar de penetrar directamente en el interior, se congela y forma *hieleras*. Estas se derriten por la parte inferior, y de su extremidad manan *fuentes* claras y abundantes.

Las que provienen así de la «absorcion y condensacion de los vapores» contenidos en el aire, son ordinariamente más abundantes en verano que en invierno de cuya diferencia es fácil darse cuenta, recordando que el aire cuanto más caliente, más «vapor de agua» contiene. Durante el invierno, por estar el suelo más caliente que el aire, no puede haber condensacion de vapor: miéntras que en verano, estando el aire caliente y el suelo más frio, especialmente en cumbres elevadas, hay una precipitacion con-

tínua de agua que alimenta las *fuentes* de las cercanías.

Esto explica la abundancia de algunas á pesar de estar situadas casi en la *cumbre* de altas montañas, ó por lo ménos no dominadas sinó por verdaderos *picos* de superficie limitada. No puede uno darse razon del volúmen de sus aguas, sinó admítiendo esta «condensacion contínua de vapores» sobre las cimas inmediatas.

Tambien una vejetacion rica y vigorosa influye notablemente sobre la produccion de *manantiales*. Parece que hasta los árboles mismos tienen la propiedad de atraer los vapores con más fuerza todavía que las montañas, y el descuajar ó desmontar un país contribuye á dejarlo seco, privándolo de *fuentes*.

Estas derraman sobre el suelo de las islas y continentes un volúmen de agua considerable; pero de un modo sumamente irregular, es decir, que miéntras unas son copiosas, otras son muy escasas.

Cuando en un país son las fuentes numerosas, como generalmente sucede en los de rocas cristalizadas, granitos, gneíss ó pizarras, el volúmen de las aguas no es considerable; y se concibe, en efecto, que *rocas* muy resquebrajadas, con grietas estrechas, deben dejar escapar poca cantidad de líquido á la vez. Si, al contrario, el terreno es de *capas* superpuestas; si estas *capas* están formadas de *rocas* tiernas, arenáceas, que el agua puede fácilmente arrastrar ó de calizas, en que tambien puede penetrar con facilidad, entónces se ven *fuentes* considerables que se escapan de largas cavernas y dan inmediatamente nacimiento á crecidos *arroyos* y á veces hasta *rios*.

En este caso, las aguas que penetran en tal especie de *terrenos* no tardan en surcar sus *rocas* poco sólidas y ahondar progresivamente canales, que tienden siempre á reunirse á los más antiguos, por ser los más profundos. Entónces se repite en el seno de la tierra lo mismo que en la superficie, esto es, que las pequeñas *corrientes* van siempre á desaguar en las más considerables; y puede mirarse á estas enormes fuentes como *rios subterráneos* que resultan de una infinidad de arroyuelos.

Muchas veces estas aguas encuentran una *capa* impermeable, sobre la cual resbalan, sin penetrarla ni embeberla; se juntan, siguen la pendiente y forman un *lago subterráneo*, que viene á salir en la base de una colina ó en la falda de una montaña.

Así pues, en los países llanos rodeados de montañas, es donde deben presentarse con más frecuencia los *manantiales*. A veces se encuentran algunos situados en una misma línea y manando en un mismo punto, lo cual indica visiblemente el de union de dos *capas* superpuestas.

La *elevacion* absoluta de las fuentes es muy variable, y en general se las encuentra á todas alturas: algunas veces hasta muy por encima de los terrenos que al parecer debian alimentarlas, y necesario es admitir para algunas de ellas la accion de fuerzas extrañas que las eleven por encima de los niveles que les dan nacimiento, como en las *artesianas*, *intermitentes*, etc.

En general, el agua de *manantial* guarda cierta constancia en su *temperatura*; pero si bien no hay variacion sensible respecto á uno mismo, las hay grandes y frecuentes refiriéndose á diversos. Bajo este aspecto las *fuentes* pueden dividirse en *frias ó termales*; y aunque no sea fácil establecer la division de un modo claro y preciso, está, digámoslo así, consagrado por el uso. Aquí sólo nos ocuparemos de las primeras, porque las *termales* entran en la clase de *fenómenos volcánicos*, cuya inmensa variedad ni áun puede mencionarse en este brevísimo resúmen.

El *calor* de las aguas puede provenir de dos causas: de la temperatura que reina en el *interior* del globo, y de la que obra sobre la *superficie*, esto es, del calor del sol. Se admite generalmente que la temperatura de las *fuentes* sigue con regularidad, no la del aire exterior ó ambiente que á cada instante varía, sino la temperatura *media* del año: de modo que viene á representar la del suelo á una cierta profundidad. No teniendo muy someros los canales de alimentacion, que permitan influir á las estaciones, la temperatura es constante. Y ésta es la verdadera causa de encontrar, como vulgarmente se dice, el agua fria en ve-

rano y caliente en invierno, por tomar como punto de comparacion la del *ambiente* que varía.

En efecto, al pasar del calor de 30°, que el aire por término medio, suele tener en el estío, á una fuente que tenga 12°, es claro que la sensacion será de fresco; pero si el aire de invierno está á 8°, bajo cero, y la fuente conserva sus 12°, nos parecerá caliente por esta diferencia de 20°. Sensacion igual á la que se sufre en las cuevas hondas que conservan, como los manantiales, temperatura constante. Desdo *cero*, esto es, desde el punto de congelacion en que el agua no puede correr, hasta 100°, en que se trasforma en vapor, la de fuente tiene todos los grados intermedios.

El modo de distinguir las *frias* de las *termales* es referirse á la *temperatura media* de la localidad. Esta en los trópicos, por ejemplo, no pasa de 30°; por lo tanto toda fuente que haga subir más el termómetro, y en rigor que acuse esa misma temperatura, puede decirse que es *termal* y que debe su calor á causas independientes de las relaciones «exteriores» de nuestro planeta. En la zona templada, en que aquella viene á ser de 12° á 14°, toda fuente es *termal* si hace subir el termómetro á 15° ó 16°. Así, conociendo el promedio de un lugar, toda *fuente* cuyo calor le exceda viene de las profundidades del globo, y no es un fenómeno perteneciente á su superficie.

La inversa no tiene el mismo grado de certeza; pero además de ser raras las excepciones, tanto la composicion como las materias gaseosas que las acompañan bastan para distinguirlas.

La temperatura «ordinaria» de las *fuentes* suele ser de 10° á 12°. Por eso la nieve se funde al rededor de ellas, y las plantas allí conservan su verdura con rigorosos frios. A medida que uno se eleva en las montañas las fuentes se enfrian como el ambiente: en los Alpes las hay de 1.° y 2.° Ramond valuaba el «enfriamiento de las fuentes» en un grado por cada 160 metros de elevacion. De modo que, teniendo este dato en cuenta y á falta de observaciones meteorológicas, las *fuentes* dan un medio de conocer la temperatura bastante exacto para muchas investigaciones.

Lagos.—Lagunas.

El nombre de *lago* se aplica genéricamente á todas las pequeñas acumulaciones de agua que existen en la superficie del globo; pero no se puede definir con mucha precision la palabra, habiendo gran diferencia entre los objetos que suelen reunirse bajo esta denominacion.

El agua de fuentes ó lluvias, la que proviene del derretimiento de las nieves no siempre forma *arroyos* ó *rios:* suele á veces reunirse en pequeñas cavidades sin salida formando *charcas*; pero en rigor esta voz indica pequeño depósito, hoyo, más bien, que se seca y se llena alternativamente; que las lluvias solas alimentan, y que, por lo tanto, está sometido directamente á la influencia de las estaciones. Una *charca*, por pequeña que sea, desde el momento en que está alimentada de una manera contínua por una *fuente* debe tomar ya el nombre de *lago* ó *laguna*.

A veces, sin embargo, un *lago* no es más que el ensanche del *lecho* ó *cuenca* de un *rio*, que entra por un lado y sale por otro. Cuando hay un *dique* artificial, se llama *estanque*. Si en lugar de tener *orillas* bien limitadas, el agua se extiende sobre una ancha superficie, que apénas cubre, forma, como se ha dicho, un *pantano*.

Los *lagos* son muy comunes en ciertos países y se encuentran en toda especie de *terrenos*. Unas veces ocupan depresiones en medio de las *llanuras*, otras en las *cordilleras* desde la base hasta poca distancia de la cumbre: como si las montañas al levantarse hubieran dejado vacíos al pié. Tambien se encuentran en los *altos valles*, formando en general depresiones, que un rio llena saliendo por el otro lado, como el lago de Ginebra. Los que están precisamente en las altas cumbres son siempre pequeños y más bien *charcas* ó *lagunas* de agua pura que resultan del derretimiento de las nieves ó de la cercanía de las *neveras* y *hieleras*.

Segun el diferente modo de «alimentarse,» los *lagos* podrian dividirse en cuatro clases:

1.ª Aquellos en que entra y sale un rio. Son los más numerosos y extensos, y ordinariamente se encuentran en los valles ó llanuras cercanos á grandes cordilleras, como el citado de Ginebra, atravesado por el Ródano. A veces se ensanchan alternativamente y se estrechan formando varios *depósitos ó cuencas escalonadas*, como el de Lucerna cruzado por el Reuss, que tiene tres. En los Alpes, los de Brienz, Thoun, Constanza, etc., y en Europa, en comarcas montañosas como la Suecia, tambien los hay. En América los grandes lagos Superior, Huron, Erie y Ontario parecen no ser otra cosa que las *cuencas* sucesivas del ancho *valle*, por donde corre el rio San Lorenzo.

2.ª Lagos que producen rios sin recibirlos. Quizá los alimenten *canales* subterráneos ó *fuentes* ocultas; y cuando son profundos, puede que les suceda lo que en el sondeo de *pozos artesianos*, cuando se llega á la *capa* que se opone á la salida del agua, es decir, que en ciertos casos pueden considerarse como verdaderos pozos artesianos, muy ensanchados por arriba y recibiendo por el fondo el agua que se filtra de terrenos más elevados. Hay varios en Europa: el que da en Rusia nacimiento al Volga, algunos pequeños en los Pirineos y sobre todo los Ojos del Guadiana.

3.ª Los que reciben un rio sin que salga. Lo cual puede suceder, ó porque las aguas se pierdan por conductos subterráneos, ó porque la evaporacion compense las que van entrando, ó probablemente por ambas causas á la vez. Los mares Muerto y Caspio son ejemplos.

4.ª Lagos en que no entra ni sale rio alguno. Son pocos y pequeños, producidos generalmente por *cráteres de volcanes* apagados en que se conserva el agua. Algunos hay en Francia, tambien en Portugal cerca de Coimbra, etc.

Respecto á la *composicion* de sus aguas los lagos admiten dos divisiones: los *de agua dulce* y los *salados*. La de los primeros es sumamente limpia y pura, porque deposita las materias que tiene en suspension, y adquiere por lo tanto gran trasparencia. El agua de los lagos *salados* tiene próximamente la misma *composicion* que la del *mar*, aunque muchos de ellos contienen otras materias. Un hecho singular se observa en Siberia, al norte del mar Caspio, y es

la mezcla de pequeños lagos de agua dulce con otros salados.

Aunque muy varias «las formas y dimensiones» de los *lagos* pueden reducirse aquellas «por su situacion» á dos dominantes. Si ocupan depresiones y reciben rios que vienen á morir ó evaporarse en ellos, si llenan antiguos *cráteres volcánicos*, la forma, tomada en conjunto, es siempre redonda y próximamente circular. Pero, si ocupa *valles altos* y son atravesados por rios, la forma general es oblonga ú ovalada, y estrecha ó agarrotada á veces de trecho en trecho. Naturalmente están prolongados en el sentido de la *corriente* que los origina ó alimenta.—Las dimensiones pueden variar desde 4 ó 5 m de diámetro hasta 55 leguas que tiene el lago superior en América ó hasta la inmensidad del mar Caspio, si se quiere considerar como *lago*, así como los demas *de agua salada* que no tienen comunicacion visible con el mar.

La *profundidad* tampoco está en relacion con las otras dimensiones. El lago Erie del Canadá con 85 leguas, y otros de la América del Norte tienen muy poca profundidad, y no son realmente más que «vastas llanuras sumergidas.» Los más profundos son los que llenan antiguos *cráteres* ó altos *valles* en las montañas. El pequeño lago de Oó en los Pirineos que segun Boubée tiene 230 pies de hondo, el de Panticosa y otros lo comprueban.

Rios.

Los franceses y alemanes tienen tres palabras para expresar las tres especies ordinarias de *aguas corrientes*: los primeros, *fleuve*, *rivière*, *ruisseau*, y los segundos, *strom*, *fluss*, *bach*. Los italianos y españoles solo tenemos dos *rio* y *arroyo*, *fiume* y *ruscello*. Pero, por el desórden que en todas partes reina acerca de estas nomenclaturas, los franceses que guardan su *fleuve* para rios de primer órden, llaman casi siempre *rivière* al mayor rio conocido, que es el de las Amazonas.

Sea como quiera, y puesto que no es cosa de inventar

una palabra, contentémonos con las dos existentes, y si es necesario con una sola, puesto que *rios* hay más humildes y pacíficos que un *arroyo*. Llamando *rio* á toda *corriente de agua*, grande ó pequeña, se podria aceptar el convenio admitido de clasificarlos en tres órdenes; pero en España tendria esa práctica el tropiezo de que, sin una pretension exagerada, ningun *rio* puede ponerse, como de primer órden, al lado de los que alcanzan esta elevada gerarquía en Europa. Veamos, sin embargo, esta clasificacion tal como los geógrafos se la imponen á los *rios*, pero sin fiar que estos se sometan á ella.

Rios de primer órden (*Strom*, *Fleuve.*)—Deben desembocar en el mar; ocupar precisamente el fondo de una *cuenca* de primer órden; tener mucha longitud, gran *caudal* y una anchura que dificulte los grandes puentes; ser ó poder hacerse navegables; tener *afluentes* caudalosos y navegables.

Rios de segundo órden (*Fluss*, *Rivière*)—Son, ó deben ser *afluentes* de los de primero, ó bien, si son independientes, reducen y modifican todas las proporciones y circunstancias enumeradas.

Rios de tercer órden.—Arroyos, riachuelos, torrentes.—Afluentes de los de segundo, cortos, estrechos, sin *afluentes* suyos que deban en rigor llamarse arroyos, sinó hilos de agua; que puedan vadearse, atravesarse por un tablon, ó saltarse, quedando secos en verano.

Arroyo es el agua de un manantial que se ha cavado un lecho de pequeñas dimensiones en longitud, anchura y profundidad, y que corre con más ó ménos rapidez. Si la pendiente es fuerte, si el *arroyo*, generalmente seco, no es alimentado sinó de cuando en cuando por las lluvias ó el derretimiento de las nieves, toma el nombre de *torrente*; si cae de un lugar elevado, el de *cascada*; si un obstáculo viene á detener sus aguas, que se acumulan ó rebalsan, el de *lago*; pero si el terreno en que se estancan es plano y sin pendiente, el de *pantano*, *trampal*, *tremedal*, *atolladero*, *lodazal*.

Los autores se empeñan en buscar signos y carácteres diferenciales entre los *torrentes* y los *rios*. *Torrente* es

aquel que no corre en gran cantidad sinó durante las tempestades y aguaceros, con crecidas súbitas y violentas; cuyo lecho, profundo, quebrado, sinuoso, con pendiente irregular y sujeto á contínuas variaciones, forma en las montañas un perfil de curva más bien convexa que cóncava, y llegado al pié se establece sobre un plano más ó ménos inclinado, pero siempre con mayor pendiente que el *rio* á que afluye. La grava ó cascajo del *torrente* lo componen sólo piedras esquinadas ó angulosas, tal como descienden de la montaña. Los estragos que los *torrentes* causan dependen mucho de la *orientacion* de las montañas en que nacen y de las pequeñas cuencas que los recogen. Entre dos de la misma capacidad y pendiente, la que tenga sus paredes opuestas á la direccion de los vientos lluviosos detendrá las nubes, las obligará á condensarse, recibirá grandes chubascos y avenidas, miéntras en el otro sólo habrá lluvias regulares y prolongadas. El *lecho* de un torrente al pié de la montaña tiene grandes alternativas: se eleva, si la crecida es corta; se rebaja, si es larga. El *lecho* de arena que luego deja en seco es lo que se llama *rambla*. El Diccionario de la Academia llama tambien *torrentera* á la quebrada ó hendidura, en terreno pendiente, causada por la acumulacion y avenidas de las aguas llovedizas. *Torrentero* á la *rambla*, *ramblazo*, *ramblizo*, es decir, á la arena que amontonan los *torrentes*. *Raudal*, á la copia de agua que corre arrebatadamente: del adjetivo raudo, rápido, violento, precipitado. *Regata*, *regato*, *riera*, *rigola* es el límite extremo en pequeñez del *arroyo* ó *torrente*.

Bajo la denominacion genérica de *rio* se comprende el agua que «corre en todo tiempo» procedente de *fuentes* ó *manantiales perennes*, cuyo volúmen más ó ménos considerable, aumenta con las *crecidas*; pero tiene bastante duracion para dar al *lecho* una pendiente reglada, un *régimen* ó estado sensiblemente regular. La *pendiente* siempre es mucho menor que en el *torrente*. El *lecho* conserva próximamente la misma altura, por larga que sea la crecida, y no se eleva sinó ensanchándose. Los guijarros tambien son más pulidos y redondeados por el movimiento y la rotacion.

Pero varios *torrentes* reunidos no forman desde luégo un *rio*. Hay un estado «intermedio,» que puede extenderse muchas leguas, en que la *corriente* participa de los carácteres de *rio* y de *torrente*,, segun se aleja ó se acerca á uno ú otro.

En esta materia el cálculo matemático es insuficiente, ó más bien, inútil. Con reducir las *corrientes* á una «fórmula general» se logra tener rios puramente «convencionales,» porque es difícil, si no imposible hacer «entrar en ecuacion» causas, accidentes y obstáculos de tan caprichosa variedad.

Se ve, pues, que ningun *rio* de España cumple con las principales condiciones impuestas á los de primer órden, y que nos podemos pasar por consiguiente sin palabra propia y exclusiva que lo designe. Podríamos sin inconveniente empezar por los de segundo; pero lo más cuerdo parece dejarse de *órdenes* teóricos y arbitrarios y llamar *principales*, si distincion se quiere, á los cinco que positivamente lo son, dejando en la masa de secundarios ó subalternos á todos los demás. La falta significativa de vocablo, que acabamos de señalar, está compensada con la sobra que hay para expresar estos últimos, por ejemplo: riachuelo, arroyo, arroyuelo, torrente, torrentera, rambla, riera, regato, etc.

Dice Ritter en su Geografía: «Querer ordenar las diferentes denominaciones que en cada parte tienen las *corrientes de agua*, es tan inútil como la nomenclatura geográfica de los chinos, en la que los pueblos y provincias tienen nombres particulares segun su magnitud...» y continúa más adelante: «Lo que es *arroyo* para unos puede ser *gran rio* (fleuve, Strom) para otros: asi lo mejor es dividirlos en 1.ª 2.ª y 3.ª clase.»

Lo mejor, positivamente, es renunciar á tales divisiones, y la razon la da el mismo Ritter en el siguiente ejemplo. El pequeño Issar, en Baviera, está alimentado nada ménos que por 136 lagos y 1293 riachuelos afluentes que corren en 103 lechos ó cuencas. El Issar es por junto uno de los 34 afluentes del Danubio, que no es de los rios más grandes de la tierra.

En contraste con el Issar, simple *rivière* ó de segundo órden, podemos citar el Guadiana, uno de los cinco *fleuves*, rios principales ó de primer órden de España. La longitud del *curso* tampoco puede servir de norma: miéntras el Ebro tiene de largo 780 kilómetros y el Duero 810, el Volga tiene 3.340 y el Misisipí 6.590.

Quede, pues, sentado que toda *corriente de agua* es *rio*, siempre que en el país por donde pasa la llamen así, con razon ó sin ella.

Allanada esta dificultad, pasemos á considerar los elementos principales y constitutivos, y los importantes accidentes de un *rio*.

El agua que mana de las *fuentes* y la que resbala inmediatamente sobre el suelo por su propio peso obedecen á la ley de la gravedad y siguen las *pendientes del terreno*. La línea de union de dos *pendientes* opuestas determina el *cauce* que siguen estas aguas para formar los *arroyos*, *torrentes* ó *rios*: de modo que el agua, de lluvia ó de manantial, que cae sobre las montañas viene, despues de una multitud de circuitos y ramificaciones á reunirse en la vasta cuenca del Océano, receptáculo ó reservatorio comun, desde el cual se evapora para circular de nuevo.

Las *cuencas* ó *regiones hidrográficas* de los *grandes rios* son muy extensas, por estar formadas de la reunion de una infinidad de particulares de otros *rios* ó *arroyos*. Algunas veces los bordes ó *aristas* de estas *cuencas* están trazados por *cordilleras*, que señalan gráficamente las *divisorias* de aguas; pero, como ya se ha dicho, de ningun modo debe concluirse que el *terreno* ha de estar siempre y forzosamente «elevado» en el punto de separacion de estas *cuencas*; léjos de eso, suele suceder que no hay la menor eminencia y que los terrenos tributarios de dos *rios* no los separan sinó por una pequeña distancia.

Los geógrafos, á ejemplo de Ritter, suelen dividir el *curso* de los *grandes rios* en tres partes ó trozos: superior, medio é inferior.

El *superior* corre, ó más bien se precipita, entre altas montañas con pendiente varia y siempre fuerte, gran ruido y espuma por el aire absorbido; nunca es navegable, ni

aun flotable, y constituye ordinariamente la parte más corta y torrencial.

El trozo *medio*, el más largo y variado, arranca del terreno montuoso y ondulado al pié de la gran cordillera. La pendiente disminuye hasta hacerse muchas veces insensible; serpentea en *recodos* y *meandros*; tiene lagos y angosturas, y, si bien estos *lagos* no son de los llamados *alpinos*, ni los *escalones* del lecho merecen el nombre de *cataratas*, hay *rápidos, saltos* y *cascadas*.

En el trozo *inferior*, que se desarrolla en general por *llanuras bajas* y extensas, todavía disminuye más la *pendiente* y la *velocidad*: aumenta la *anchura*; es más fácil la navegacion; el *cauce* se parte en ramales ó *brazos* y se forman los *estuarios*, los *deltas* ó *alfaques*. La *embocadura* ó entrada en el mar varía segun éste tenga ó no *mareas*. Esta «division convencional en trozos» sólo es aplicable al curso de los «de primer órden:» muchos de segundo no tienen más que dos, y no muy distintos, ni caracterizados.

Nada hay fijo sobre la *direccion de los rios*. Aunque sean grandes, rara vez su *curso* es recto: siempre ofrece *recodos* y sinuosidades segun el volúmen, el régimen, la fuerza de la corriente; segun los *afluentes*, segun los *obstáculos* que el terreno presenta y la clase de *rocas* que va encontrando.

Muchas veces sobre el límite de dos *terrenos* de diferente naturaleza geológica es donde el agua va excavando su *lecho*, porque ya allí encuentra hecha una especie de *falla* ó *hendidura*, que luego no hace más que ensanchar. Esto, junto á la posicion de las *colinas*, determina frecuentemente los numerosos *recodos* de las *corrientes*. Se dice que algunos rios «se encorvan» al salir de entre las montañas porque habiendo al pié de ellas encuentro de dos *capas* diferentes, prefieren seguirlo, á romperlas trasversalmente para abrirse paso. A esto llamaba Heim «atraccion de los rios por las montañas.»

La *rapidez* ó *velocidad* de una *corriente* depende de su volúmen ó cantidad de agua y de la inclinacion del *lecho*, es decir, que la determinan como factores la *presion* y la *pendiente*. En las altas montañas, la pendiente vence á la

presion: en grandes llanuras al revés. La *rapidez* se modifica por trozos de lecho casi horizontales, por aglomeracion ó estancamiento en *lagos* y *tablas*; se acelera por *crecidas* y *afluentes*.

Una *corriente* de 0, m 16 por segundo arrastra la arena fina; de 0, 21, la gruesa; de 0, 82, la grava ó cascajo menudo; de 0, 85 piedras redondeadas hasta de 0, m 0 3; de 0, 96, a 1 m puede arrastrar piedras angulosas del tamaño de un huevo.

No todos los *hilos* de la *corriente* tienen igual velocidad en el fondo llevan ménos que en el medio, y en este ménos que en la superficie. En linea horizontal tampoco es igual en todos los *hilos*: el rozamiento obra siempre sobre los de las orillas. La *superficie* del agua no es *plana*, como parece tiene alguna convexidad en esa *línea* ó *hilo*, generalmente central, de mayor rapidez.

Cuando se dice *velocidad de un rio*, como siempre es mayor en la *superficie* que en el *fondo*, se entiende la velocidad *media*. Para determinar ésta, se echa al agua un flotador, que se sumerja un poco y no ofrezca presa al viento. Cuando tome una marcha uniforme, se observa un reloj de segundos y se marcan las distancias recorridas en la orilla; la relacion del espacio al tiempo es la *velocidad* en la superficie. Para obtener la *media*, no hay más que multiplicarla por la fraccion 0, 81.

El *lecho*, *cauce*, *álveo*, *madre* de un rio es la caja ó espacio que materialmente ocupan sus aguas en la parte más baja del valle ú hondonada. En el dia es usual y técnica la voz alemana *thalweg* (*weg*, camino, *thal* valle) para significar lo que otros dicen hilo del agua esto es, la línea más central, más profunda, de mayor corriente.

Nada más variable que el *lecho* de los *rios* en su forma, en su fondo, en su anchura, en su pendiente. *Lecho normal* es el determinado por el *volúmen de equilibrio*, por el *régimen* habitual del rio. El *volúmen* depende de la fuente; de la longitud del curso y de la clase de éste, rápido ó lento, recto ó sinuoso; del número y tamaño de los *afluentes* de las montañas de la *cuenca*; de la naturaleza del suelo; del estado de la atmósfera, de su temperatura; de los bos-

ques, de la vejetacion de la cuenca y orillas. Este *volúmen* variable por *crecidas*, avenidas, desbordamientos ó inundaciones, se llama *de equilibrio* cuando no está alterado por tales causas, y se compone de las aguas constantes que alimentan la *corriente.*

La *fuerza* de ésta es el producto de la masa por la velocidad. Esta última varía, como se ha visto, con la pendiente; la fuerza obra sobre el fondo y los bordes simultáneamente. La *resistencia* del fondo depende de la dureza ó tenacidad de los materiales y de la pendiente mayor ó menor; la de los bordes de la misma tenacidad y de la direccion tambien. Hay pues *equilibrio*, cuando la *fuerza* es igual á la *resistencia.*

En la acepcion rigorosa, adoptada por varios ingenieros, la voz *régimen del rio*, en hidrodinámica, designa meramente el estado en el cual hay *equilibrio* entre la accion erosiva de una corriente y la resistencia del lecho que la recibe. En acepcion más general, esta frase se aplica á «la manera de ser» y, segun la expresion italiana, á la «índole, al carácter, al natural» bueno ó malo de un *agua corriente.* Así se dice: «tal rio tiene un *régimen regular*; tal otro un *régimen torrentoso* ó torrencial.» Se concibe que en materia de riegos, por ejemplo, el régimen regular es más útil que el torrencial. Sin embargo, cuando este último ofrece un *volúmen* notable en la estacion de los riegos, la irregularidad del *régimen* no es suficiente motivo para renunciar á su empleo.

La *pendiente* del lecho, necesaria para que el agua corra, está formada por varios planos ó escalones, cuya inclinacion va decreciendo, y puede en conjunto representarse por una *curva*, cuya mayor curvatura está hácia el *orígen.* Para formarse idea de lo apartados que pueden estar los límites extremos de *pendiente*, basta considerar que hay *torrentes* de 1 pié de desnivel por cada quince ó veinte de curso, y en el rio de las Amazonas, segun dicen, por cada 1.000 piés no llega á 2 líneas el desnivel. Esta *pendiente* es inapreciable, casi nula.

Es difícil determinar exactamente la *profundidad* de los rios, porque, arrastrando contínuamente partes terrosas

que hacen variar su *lecho*, esta profundidad cambia á cada instante.

La *anchura* es tambien un carácter muy sujeto á grandes variaciones; porque independientemente de las *crecidas* extraordinarias y periódicas, una multitud de obstáculos que se oponen á su marcha, deben hacer variar á cada paso estos caractéres. Si los bordes no presentan resistencia, se ensancha; y lo que gana en extension lo suele perder en *velocidad* y *profundidad*. Si, por el contrario, las *márgenes* son de roca dura, se comprende que el *lecho* ha de angostarse, aumentando en *profundidad*, y la corriente ha de ganar en *velocidad* lo que en el caso anterior perdia al extenderse en más vasto espacio. Esto contribuye á dificultar el *afòro*, ó «la determinacion de la cantidad de agua que lleva un rio en un tiempo dado.»

Crecida es el aumento de volúmen de las aguas, procedente de las pluviales que corren superficialmente con rapidez y sin filtracion. El derretimiento de las nieves por un viento caliente equivale á una lluvia general. La magnitud de las *crecidas* depende de lo general ó parcial de las lluvias, de su intensidad, de la extension del país sobre que caen, de su declive, de su desnudez ó descarnamiento. En igualdad de circunstancias, las *crecidas* son más fuertes en países montañosos; pero tambien más cortas, por la misma razon de facilitar los declives el escurrimiento. La *crecida* se anuncia, con más ó ménos antelacion, por el cambio de color en las aguas y aumento de velocidad. Las aguas turbias efectivamente no pueden proceder de *manantiales*, que siempre las dan claras, sinó de las tierras que el aguacero haya desleido y arrastrado. Algunas veces, en comarcas de mucho arbolado, los aguaceros de otoño producen *crecidas* porque el agua resbala sobre las hojas secas que tapizan el suelo.

De todos modos sin un rigor geométrico, en atencion á la variedad de pendientes, de vejetacion y de calidad, cuanto más extenso sea el espacio en que cae la lluvia, mayores serán el aumento y duracion de las *crecidas*. Su máximo en un punto dado de la corriente se verificará en el momento en que lleguen á él las aguas rodadas proce-

dentes de los mas lejanos, ántes de que acaben de escurrir las de los más inmediatos. Y por consiguiente para la máxima crecida, la duracion é intensidad de la lluvia debe ser proporcional á la extension del país ó cuenca que dá alimento al rio. La *crecida* no cesa en el instante mismo que la lluvia deja de caer: porque el terreno, á no ser de roca muy dura, se empapa como una esponja, y el agua sigue escurriendo durante un tiempo proporcional á la extension del terreno empapado. Si el *volúmen* ordinario ó de *equilibrio* no es muy exacto de calcular, bien se comprende que el *extraordinario* de las *crecidas*, en vista de los varios elementos que las causan, ha de ser áun más difícil de apreciar con aproximacion.

En general toda *corriente* busca de suyo la línea recta, el punto más bajo, la máxima pendiente y el menor obstáculo ó resistencia; esta «tendencia natural» se modifica, sin embargo, por condiciones y circunstancias muy variables. La fisonomía, el carácter, el régimen de un rio cambian no sólo en los diferentes *trozos* de su curso, arriba mencionados, sinó con la calidad ó naturaleza diversa del *lecho* que los encajona. Así en los *rios* llamados de *cascajo* se distingue un lecho *mayor* y otro *menor*: miéntras que en los de *arena, fango ó légamo*, el *lecho* se divide más bien en *facticio* y *natural*. El cascajo indica cercanía de montañas ó terrenos fragosos, puesto que viene al rio por afluentes torrenciales. Cuanto más grandes y esquinados son los guijarros más cerca estará el orígen: cuanto más pulidos y redondeados, es señal y efecto de haber rodado largas distancias.

En general el *lecho* de *arena* tiene ménos pendiente que el de cascajo y el de *fango* ménos áun que el de arena. El *fondo* en estos es ménos variable, la *velocidad* más uniforme, por esto tienen ménos *ollas* y *remolinos*. Si forman *islotes*, no los destruyen como los de cascajo; pero son más propensos á dividirse en *brazos* por la excesiva anchura, por los árboles y matas, por diques oblícuos, por crecidas que salven las orillas.

En unos y otros, con lecho natural y orillas simétricas, la *corriente* es decir su *thalweg*, toma regularmente el

medio, por eso se da á los puentes número impar de arcos. Si son sinuosas, el *thalweg* siempre tiende á lamer los entrantes, y casi es rasante ó tangente á la orilla cuando es muy escarpada. En el lecho muy ancho, la corriente se va hácia los bordes ó márgenes y hasta llega á dividir el rio.

La *erosion*, desgaste ó corrosion de una orilla está en razon inversa de su oblicuidad con la corriente y de su propia tenacidad; en razon directa de la fuerza de aquella. Será mayor en el cascajo, mediana en la arcilla, nula en peña; y serán relativas, por lo tanto, las diversas curvas que produzca la *erosion*. Así un borde oblicuo é incorrosible, léjos de apartar ó repeler, atrae la corriente, por que los hilos de agua, al chocar con el obstáculo lo siguen paralelos, se oprimen unos á otros y procuran corroer el fondo lo más cerca posible de la orilla.

Los *recodos*, así como los hoyos ú *ollas* en el fondo, son convenientes y necesarios muchas veces para entorpecer y disminuir la «fuerza acumulada» de una corriente que podria ser devastadora. La profundidad de las *ollas* depende de la del agua y tambien de la pendiente; la distancia entre ellas suele estar en razon inversa de esta última. La mayor velocidad siempre está á la entrada de la *olla* y la menor á la salida: por eso en ella suelen encontrarse los *vados*. Respecto á estos, las consideraciones y reglas expuestas en el capítulo X nos dispensan de entrar en más pormenores.

La *confluencia*, ó reunion de dos *corrientes*, no obedece al principio matemático de «la diagonal resultante de dos fuerzas componentes:» tampoco la *seccion trasversal* de la confluencia es, como al parecer debia, la suma de las secciones *afluentes* ó *confluentes*. En general, la corriente más fuerte se opone más ó ménos á la entrada de la más débil; si ésta no tiene más pendiente se hincha ó se divide en *brazos*.

Las grandes desigualdades que existen en la *inclinacion* del *lecho* de los rios, explican cómo una corriente puede llegar á desembocar en otra sin aumentar su anchura, sinó acelerando su curso; tambien se concibe que sus aguas

marchen largo trecho una al lado de otra sin mezclarse; y si un rio muy rápido viene bajo un ángulo agudo á desembocar en otro, éste puede oponerle momentáneamente un dique, detener su curso, y hacerle refluir á su *origen* hasta que sus aguas hayan adquirido detrás de esta muralla móvil suficiente *fuerza* para vencerlo ó compensarlo.

Un *torrente* al confluir en un *rio* suele estrechar, más bien que ensanchar, el *lecho* de éste; pero en cambio siempre le aumenta la pendiente y la velocidad. Así se dice, inversamente, que la pendiente disminuye agua arriba de la *confluencia*. De todos modos, los materiales que el *torrente* acarrea, no solo elevan el *lecho* del *rio*, sinó que pueden entorpecer su *curso* y establecer el *thalweg* á la orilla opuesta, equivaliendo el *torrente* en este caso á un *dique* oblícuo.

La *embocadura* ó *desembocadura* de un *rio* en el *mar* depende de la forma y terreno de la *costa* y de la fuerza de las *mareas*. Así, unas veces se forman *rias*, otras *brazos*, que se llaman *deltas* (por la semejanza con la forma de esta letra griega) ó *alfaques* por recuerdo árabe. Y, por haber de todo, algunos *rios* en rigor no tienen *embocadura*, puesto que se pierden, ántes de llegar al mar, en vastos *pantanos* absorbentes que, por su abundante evaporacion, pueden ir recibiendo nuevas aguas sin desbordarse.

En el océano, las *altas mareas* detienen la corriente al entrar; la repelen, la obligan á elevarse y forman *barras de agua*, por distincion de las *barras de arena*, ó depósitos variables del fondo, que rara vez salen á la superficie. En el Mediterráneo, donde no hay mareas ni lucha, se forman *islas* y terreros, peligrosos tambien miéntras se están formando y ántes de salir á flor de agua.

Al *estuario* se le podria llamar *delta* negativo. Es un *lago* de agua dulce ó salada, que forman las *embocaduras* de algunos rios cuando se ensanchan de repente ántes de llegar al mar. La embocadura del Amazonas (Orellana) tiene 40 kilómetros de largo, y puede ser mirada como *estuario*. En la estacion de las lluvias el rio se precipita en el Atlántico con tal fuerza, que sobre una distancia de 200 le-

guas, segun dicen, en línea recta, sus aguas no se mezclan con las del océano.

Pocos geólogos han tratado con la segacidad que el ya citado Elie de Beaumont, esto que él llama *aparato litoral*, es decir, los fenómenos y accidentes de esa línea, tan extensa como interesante y variada, en que se ponen en contacto las *tierras* y los *mares*.

Por lo demás, sería desviarnos de nuestro propósito—reducido meramente á indicar algunas ideas generales y modernas—tocar, ni siquiera de pasada, lo que concierne á la *geografía física del mar*. Este ramo de la ciencia, que en estos últimos tiempos ha recibido grande impulso de Maury y otros varios, trata nada ménos que de la circulacion de la atmósfera y del océano; de la temperatura y de la profundidad de las aguas; de las sales del mar; de sus climas, de sus habitantes, de todos los fenómenos visibles en su superficie ú ocultos en sus abismos.

Sólo trascribiremos, para concluir, los siguientes párrafos de Boué. «El estudio del mar es tanto ó más importante para la geodesia y geología que el conocimiento exacto de los continentes; hasta ahora apénas está bosquejado, y quedará reservado á la ingeniosa perseverancia de nuestros descendientes.»

«Hasta el dia nos contentamos con sospechar que el fondo de los mares presenta, poco más ó ménos, en hondo una configuracion semejante en conjunto al *relieve* de los continentes; creemos saber por escasos sondeos que las mayores profundidades del mar no exceden la altitud de nuestras mayores montañas; que ciertos mares, naturalmente los grandes, son en general más profundos que los pequeños; y en fin poseemos mapas imperfectos del fondo de los mares de Europa y de algunos otros puntos notables de la superficie líquida, y en particular de costas importantes para la navegacion.»

«Pero ¡cuánto nos falta!... Nos falta saber: la utilidad ó el empleo, probablemente múltiple, del mar para el globo;—la identidad completa, ó la simple aproximacion de formas entre el relieve de los continentes y el del fondo del mar;—la direccion, ramificaciones, distribucion, confi-

guracion, quizá particular, de las cordilleras y eminencias submarinas;—la probabilidad de que no existan valles como los nuestros en las grandes profundidades;—la presencia, en vez de ellos en tales lugares, de cuencas crateriformes;—la clase de desfiladeros pendientes y escarpados, así como las localidades de verdaderos valles submarinos ó de lechos de corrientes;—las partes del fondo que nunca han sido cubiertas por depósitos;—los terrenos geológicos que falten;—los que existan, su distribucion y sus fósiles;—la dístincion de terrenos, que probablemente jamás han sido emergidos, y de los que lo han sido y han vuelto á ser hundidos y tragados.»

5. TOPOGRAFIA.

Distancias inaccesibles.—Orientacion.—Meridiana.

La palabra *topografía* significa, en general, descripcion muy detallada de un lugar, de una pequeña comarca, de una corta extension de terreno. La descripcion puede hacerse de palabra, por escrito, ó por medio del dibujo, en un papel que ofrezca la imágen del suelo en proporciones reducidas, y tal como la imaginacion supone que podria verse elevándose á grande altura. Siendo esto último lo más usual y lo más exacto, al decir *topografía* se sobreentiende que la *descripcion del terreno* consiste en un *dibujo*, que se llama *plano topográfico*, ilustrado y esclarecido además, en aquello que convenga, con una relacion escrita, que toma el nombre técnico de *memoria descriptiva*.

La voz *topografía* lleva en sí la idea constante de gran nimiedad en los pormenores, de suma prolijidad en la ejecucion; por lo cual se aplica «en la guerra» á espacios circunscritos de dos ó tres leguas lo más, á ciertas *posiciones*, á los *campos de batalla*. Cuando la descripcion, ménos minuciosa, comprende una provincia, una region, toma el nombre de *corografía*; y cuando un reino, una de las cinco partes de la tierra, ó la tierra entera, entónces es *geografía*. En este caso, los *dibujos* ya no son *planos*, sinó *mapas*, en los que generalmente no se pintan más que los principales

rios y caminos, poblaciones y accidentes. Por consiguiente *mapa* es un dibujo *geométrico* de una porcion extensa de terreno, sin pormenores ni pequeños detalles: miéntras que *plano* indica lo contrario. Un arquitecto en un *plano* de un edificio, un ingeniero en el de una plaza fuerte aprecian hasta los milímetros: el *mapa* de España (en tanto que no se concluya el que está en obra) da errores de algunos kilómetros. Cuando el *mapa*, como sucede en algunos países, y sucederá en el nuestro, es el *conjunto* de la *topografía* minuciosa de todas las provincias ó regiones; cuando está dibujado en papel de gran magnitud, que por comodidad se corta en muchos trozos ú hojas de regular tamaño, entónces se dice *mapa topográfico* con lo cual se dá á entender que es más perfecto, más detallado.

El estudio y la ejecucion práctica de la *topografía* tiene hoy gran desarrollo y recibe contínuas mejoras y adelantos. Los antiguos métodos, algo laboriosos y en la guerra impracticables, se abrevian cada dia y se perfeccionan. Muy recientemente, la aplicacion ingeniosa de la *fotografía* á la *topografía* abre una senda nueva, que podrá conducir, vencidos algunos tropiezos, á resultados sorprendentes por su expedita ejecucion y satisfactoria exactitud.

Es por consiguiente de aconsejar al oficial de fila que en materia de *topografía*, si quiere instruirse con fruto, no se enrede en voluminosos tratados, ni en los enojosos procedimientos de hace treinta años. Al agrimensor, ó al ingeniero civil les interesa que una heredad tenga un metro más ó ménos en capacidad ó en declive; pero al militar «en campaña, lo que le importa esencialmente es abarcar de una ojeada, no las *dimensiones* minuciosas, sino la forma y relieve general, la naturaleza y *estructura* del *terreno*.

La *topografía militar ó de reconocimiento* tiene que ser forzosamente rápida, expedita, irregular, incompleta: no admite de ordinario procedimientos geométricos y tardos, ni voluminosos instrumentos de precision, como no sea alguno que pueda llevarse en el bolsillo. Lo regular es no disponer de ninguno, y suplirlo con el ojo, con el paso, con la buena voluntad.

Los procedimientos, muy varios, que usa la *topografía*

militar no pueden ni áun mencionarse aquí: todos son sencillos é inteligibles para el que tenga los conocimientos elementales de geometría, vulgares hoy en la educacion primaria. Reducidos, en general, á determinar la situacion de puntos notables ó característicos, y referir á ellos sucesivamente la de los otros ménos importantes; completando luego la traza de rios, caminos y líneas continuas, puede decirse que el *levantamiento de un plano* se reduce á medir ángulos, y medir, ó más bien *apreciar* y *valuar* distancias.

Medir una línea ó distancia, propiamente, es aplicar sobre ella la *unidad* material *de medida*, como la vara ó el metro: calcular, apreciar, valuar es determinarla con más ó ménos aproximacion por cualquier otro procedimiento, que no exija sobre ella aquella aplicacion material y repetida. *Apreciar*, pues, *distancias inaccesibles*, esto es, que no se puede ó se quiere medir, como son casi todas en campaña, constituye un ramo preferente de la educacion militar. Si bien se mira, muchos problemas de *táctica* y de *guerra* estriban—como repetidamente hemos dicho—en el cálculo de tiempo y de distancias.

Hoy, como no sólo en la guerra sinó en todos los actos de la vida, se busca simplificacion y brevedad, el oficial deseoso de cumplir puede hacerse *topógrafo* con poco esfuerzo y corto gasto. Un pequeño manual, de los muchos que se publican en el extranjero, pronto le instruye: y en cualquier tienda de instrumentos matemáticos encontrará por poco precio ingeniosos aparatos ópticos, ó de otro género, que llevan adjunta la explicacion del uso para *valuar distancias inaccesibles*.

Unos hilos de araña, unas ligerísimas rayas hechas en los cristales ó lentes de esos anteojos comunes, llamados de larga vista, bastan para darles el carácter de instrumentos *especiales* para valuar distancias sin medirlas, y constituir lo que en la ciencia se conoce con el nombre italiano de *estadia (stadia)*, ó con el más retumbante y griego de *telémetro* (*teles* léjos, *metron* medida).

La combinacion de prismas y cristales produce tambien igual efecto, como en los conocidos anteojos de Lugeol, Rochon, Porro y otros varios.

Sin necesidad de anteojo, hay para *valuar distancias* gran variedad de instrumentos y aparatos sencillísimos, á cuyo solo aspecto es innecesaria la explicacion. Tales son los de Steinheil, Groetäers, Jaspar, Rottermund, etc.

El más sencillo de todos, con el nombre algo pretencioso de Nautómetro Morel, se lleva, no en el bolsillo sinó entre los botones de la levita como un lente. *Brújulas topográficas* hay no mucho mayores que un reloj; y á veces tambien hacen servicio esas otras, del tamaño de media peseta, que se llevan colgadas como dijes en la cadena.

Una *plancheta*, que es lo más voluminoso, se ha llegado á plegar y reducir tan ingeniosamente, que cabe con holgura en la maleta. La *escuadra* llamada *de reflexion* (muy usada por los agrimensores) cuando tiene dos espejos no llega al volúmen de una pequeña caja de rapé; aunque tenga seis, es una cajita rectangular que no pasa de un decímetro de largo y dos céntimetros de ancho y alto.

Con instrumentos de este género,—que cabos y sargentos aprenden á manejar en una sola leccion—se puede en campaña *levantar un plano* ó por lo ménos un *cróquis*, es decir, un plano imperfecto ó simple bosquejo de un terreno.

Aun sin instrumentos de este género, tan usuales y baratos, pueden medirse y *apreciarse distancias* en la guerra con suficiente aproximacion: á pasos, á ojo, con el oido. Hoy el largo alcance de las armas portátiles, el uso del alza, y la precision que se busca en el tiro obligan á todos á fijar su atencion en esto de *apreciar distancias*, y los manuales han divulgado ya varios medios expeditos. Sólo pues tocarémos de pasada este punto, á pesar de su importancia.

Se llama, en *óptica*, ángulo *visual* al que teniendo su vértice en el ojo «subtiende» ó abraza un objeto cualquiera. Cómo la vista, ó la potencia de percepcion en los ojos, es limitada, si el objeto subtiende un ángulo muy pequeño v. g. de un minuto, la imágen en la retina es insensible por lo pequeña. Si en un fondo negro se deja un círculo blanco, será invisible, en general, si el diámetro «subtiende» un ángulo de ménos de un minuto; pero se irá percibiendo á medida que, acortando la distancia, el círculo

subtienda un ángulo de dos, tres..... minutos. Porque si reducimos la distancia al tercio, triplicará próximamente el ángulo; si la distancia es décupla, tambien lo será el ángulo; luego es evidente que este *ángulo visual* nos hace *valuar* instintivamente la «magnitud» de los objetos ó bien la «distancia» que de ellos nos separa, si anticipadamente, en cada caso, tenemos una idea formada ya sea de la «distancia» ya de la «magnitud.» El cálculo aproximado que hacemos á ojo de lo que dista á lo léjos un hombre ó un caballo, es la comparacion tácita del *ángulo visual* bajo el cual lo vemos en el momento, con el «recuerdo de otro ángulo» bajo el cual lo vimos en distinta ocasion. Hasta la degradacion de la luz, causada por la interposicion de una masa de aire mayor, contribuye á apreciar lo que se aleja un objeto.—Así decimos que un hombre, un objeto conocido, á la distancia de 300 ^{m} no representa más generalmente que la tercera parte de su altura; á 400 ^{m} la cuarta, á 500 ^{m} la quinta.

Esto basta para explicar cómo por simples «medidas» combinadas con la teoría de los «ángulos subtendidos» puede obtenerse la distancia, con suficiente exactitud, de objetos *inaccesibles*, y sin necesidad de conocer en metros los diámetros, ó dimensiones reales de estos objetos.—Por ejemplo, con un «instrumento de medir ángulos,» un observador en la orilla de un rio invadeable, quiere saber su anchura. Apunta sobre la orilla opuesta á un objeto *A* un tronco de árbol v. g. cuyo diámetro trasversal, exagerado para que sea perceptible en la fig. 55, lám. II, subtiende en *B* un ángulo de un grado. Se aleja sobre la prolongacion de su primera estacion y del objeto, hasta el momento en que, como en *B*, el ángulo subtendido se reduce á la mitad. En esta segunda estacion, la distancia al tronco del árbol es sensiblemente doble, por consiguiente, de la segunda á la primera hay igual número de metros que de la primera al árbol.

No nos detendremos en explicar el nautómetro Morel, ni mucho ménos la sencilla estadia ántes mencionada, que ha vulgarizado ya el reciente Manual de tiro para sargentos y cabos. Estos aparatos se fundan en el principio de la

«semejanza de triángulos,» rudimental y fecundo en geometría. Sólo, como muestra de los diferentes medios de aplicarlo y tomando por ejemplo, como ántes, la anchura de un rio, citaremos los siguientes:

En la lámina II, figura 56, AB es la línea *inaccesible*, por uno de sus extremos A, cuya longitud se quiere saber. Tomando un punto C, que está en la alineacion prolongada AB, y otro punto D, exterior (que se fijan con piquetes) trácense las rectas DB, DC; dividiendo DC en dos partes iguales en F, y señalando tambien el punto E en que la DB, es cortada por la AF, se tendrá

$$AB = \frac{BC \times BE}{DE - BE}$$

Pero si el punto E se toma en el medio de la BD, buscando el F como interseccion de AE prolongada y CD, entónces

$$AB = \frac{FD \times BC}{FC - FD.}$$

Por último, si no pudiese tomarse el punto F medio de CD, ni el E medio de BD, se tendría de todos modos

$$AB = \frac{FD \times BC \times BE}{FE \times DB - CD \times BE}$$

La fig. 57 indica otro medio. Fórmese con un cordel un triángulo rectángulo, cuyos catetos tengan, por ejemplo, 6^m y 8^m de largo respectivamente, y 10^m la hipotenusa. Clavando un piquete en B, frente del punto A escogido en la otra orilla, póngase el cateto BC en la direccion ó alineacion AB, con lo cual el otro cateto caerá en BD. Señálese este punto D con otro piquete; y levantando en C la perpendicular indefinida CE, márquese el punto E, donde es cortada por la prolongacion de AD. Se tendrá entónces:

$$AB = \frac{BC \times BD}{CE - BD} = \frac{48}{CE - 8}$$

Tambien hay medio de suprimir todo cálculo, como en la fig. 58. A la derecha, por ejemplo del punto ó piquete B, tómese otro cualquiera CA. A partir de B, y sobre la BC prolongada, llévese de B á D la distancia BC,

fijando el punto D. Tómese otro punto arbitrario E, sobre la prolongacion de AC; y la distancia EB, llévese en su misma prolongacion, de B hasta F; buscando el punto G de interseccion ó encuentro de las dos rectas FD y AB, se tendrá $BG = AB$ Si se hubieran tomado $BD = \frac{1}{10} BC$ y $BF = \frac{1}{10} BE$, evidentemente $BC = \frac{1}{10} AB$.

Por último, si, como en la fig. 59, la línea AB, que se quiere valuar, fuese *inaccesible* por los dos extremos, bien se comprende que tomando un punto arbitrario C, y próximamente central, se podrian calcular, por cualquiera de los medios anteriores, las dos distancias AC y BC inaccesibles sólo por *un extremo*. Llevando luégo sobre sus respectivas alineaciones prolongadas las distancias halladas, es claro que $A'B' = AB$; ó si se lleva solamente una fraccion de ellas cualquiera $\frac{1}{n}$, $A'B' = \frac{1}{n} AB$.—Basta como muestra y por complemento del capítulo X.

En los *reconocimientos*, y en otros muchos trabajos militares en que, atendiendo sobre todo á la brevedad, las distancias se miden á pasos, sería incómodo querer sujetar el propio de cada individuo, y se prefiere construir por experiencias una *escala* correspondiente á un número determinado de pasos.

El mejor medio es repetir estas experiencias en una carretera, entre dos postes kilométricos. Tomando el promedio de varias, se logra deducir con bastante certeza el número de pasos que se andan en un hectómetro. Puede variar generalmente entre 120 y 130; supongamos 126. Por una proporcion se averigua el número de metros correspondientes á 1.000 pasos.

126 pasos : 100 m :: 1.000 : X = 794 m próximamente.

Al $\frac{1}{10.000}$ por ejemplo, es decir, á la *escala* en que un metro representa 10.000, se tomará una longitud de 79 milíms.,4 que represente los 794 m ó 1.000 pasos; la cual, dividida en 10 partes iguales, dará por cada una 100 pasos, y subdividida, á la izquierda del cero, en décimas, dará unidades de paso. Para evitar el uso del compás, se pega esta escala en el bisel de una reglita, y hace el oficio del *décime-*

tro tan usado para delinear y que llevan todos los estuches.

La principal dificultad en las mediciones *á pasos* es llevar exactamente la cuenta de los que se dan; mas, para remediarla, se inventó un instrumento llamado *odómetro*, que puede adaptarse á la rodilla y se encarga de dar el número de pasos andado.

Aunque sea muy sabido, recordemos tambien que pueden apreciarse las distancias por la combinacion del sonido y de la luz.—La velocidad del sonido es de 337^{m} por segundo, al aire libre, á una temperatura de 10 grados centígr. ú 8 de Reaumur. Aumenta ó disminuye una fraccion 0^{m}626 por cada grado centígrado de temperatura, y 0,^{m}783 por cada grado Reaumur. Esta velocidad crece ó disminuye unos 10^{m} por segundo con un viento ordinario y 30 con el huracan, segun sople ó no en direccion del sonido. La velocidad de la luz se calcula en 80.000 leguas, y se toma como «infinita» con relacion á la del sonido. Se puede apreciar con aproximacion cuántos metros dista una pieza de artillería que hace fuego, contando el número de segundos que pasan desde el instante en que se percibe el fogonazo hasta que se oye la detonacion; y multiplicando este número de *segundos* por el de *metros* que corre el sonido en uno de ellos.

Fijando la atencion y á fuerza de repetidos ensayos y ejercicios, la vista, como los demás sentidos, puede «educarse» si se permite la expresion. Desde luégo hay que acostumbrarla á ciertos fenómenos, cuya explicacion no cabe aquí, pero cuyos efectos son bien conocidos. La *refraccion*, por ejemplo, que hace aparecer los objetos lejanos más altos de lo que realmente están; el *espejeo* ó espejismo (el *mirage* de los franceses) que los presenta invertidos, no sólo en el desierto, sinó en cualquier llanura muy extensa, como las de La Mancha, caldeada por un sol canicular.— A veces una pirámide que se destaca sobre un prado puede parecer un camino que entra en un bosque. Segun la luz, dos montañas divididas por una profunda cañada, parecen una sola. Y mas de una vez cuenta la historia que se han tomado montones de mieses por tropas en batalla, etc.

Aunque la vista individualmente sea variable, en una colectividad ó tropa la de todos los individuos viene á formar, por decirlo así, un *promedio*, y á él, á lo que se dice «vista ordinaria» ó regular, pueden referirse los siguientes datos. Se cuentan las ventanas grandes de un palacio ó fábrica á unos 4.000m. Se perciben como puntos los hombres y caballos á 2.000. Se distingue la caballería de la infantería entre 1.000 y 800. Son perceptibles los movimientos del hombre á 500; la forma del chacó y el fusil entre 400 y 300; el color del cuello y vueltas, el correaje y áun los botones á 200; las facciones del rostro escasamente á 100.

Orientacion.—Meridiana.

Tanto al apuntar las anteriores generalidades sobre el *terreno*, como al indicar estas últimas pequeñeces, bien se comprenderá que solo impulsa el deseo de llamar la atencion del oficial de fila sobre los numerosos particulares y pormenores científicos (amenos y atractivos muchos de ellos) que nuestra profesion abraza y que, léjos de ser incompatibles con la ordenanza y la táctica, contribuyen directa y poderosamente á la mejor ejecucion de sus preceptos. En este sentido será lícito incluir para terminar este artículo algunas palabras sobre la *orientacion*, por haber mentado esta voz técnica en páginas anteriores.

Se dice que un *plano* ó *cróquis se orienta*, cuando en él se traza la línea llamada *Norte-Sur*, ó por otro nombre *meridiana*. El comandante de una partida suelta (cap. VII) y en general toda tropa que marche ó maniobre de noche, (cap. IV) tiene que *orientarse*, es decir, establecer ó referir su situacion á los cuatro *puntos cardinales*, norte, sur, este y oeste: y como los cuatro son invariables y co-ordenados entre sí, basta conocer uno de ellos, el *norte*, para deducir los demás, singularmente el *sur*, que es el opuesto.

Los astrónomos llaman *meridiano* á todo plano imaginario que pasa por el *eje* del mundo ó de la tierra. Meri-

diano *celeste* es la interseccion de dicho plano con la esfera ó bóveda celeste: *terrestre*, con la tierra. El plano, pues, que se supone pasar por el *eje* de la tierra ó por sus *dos polos*, que es lo mismo, y la vertical, ó el hilo á plomo, ó el zenith del punto en que está el observador, es el *meridiano de aquel punto*. La interseccion de este *meridiano* con el horizonte sensible, con el suelo, da materialmente esa línea *meridiana* que determina la direccion *Norte-Sur*.

La *meridiana* se obtiene por uno de dos medios á cual más sencillo. De dia, por el que se llama de *alturas correspondientes del sol*: reducido á clavar un piquete vertical ó colgar de un pabellon de armas una cuerda con una bala, que haga oficio de *plomada*, y observar por mañana y tarde, en tiempos exactamente *equidistantes* del medio-dia, la sombra arrojada por la plomada ó piquete. Para ello no hay mas que marcar el encuentro de dicha sombra con varios círculos *concéntricos*; y la línea N. S., que divide por medio en dos partes iguales la curva producida por las señales de la sombra en los círculos, es la *meridiana*. Se ve, pues, el principio en que se funda la sorprendente exactitud con que la gente del campo sabe la hora que es, sólo con mirar la direccion y longitud de su propia sombra.

De noche el procedimiento es aún más conocido y expedito para la misma gente campesina: se limita á distinguir la *estrella polar* por el medio siguiente. La *Osa mayor ó el carro* (fig. 60, lám. II.) constelacion compuesta de siete estrellas, es conocida de todos. Si se imagina una línea recta que úna las estrellas **a** y **b**, y se prolonga, pasará muy próxima á la *estrella polar*, alrededor de la cual parece que giran de oriente á occidente todas las que están inmediatas. La *polar* es la principal de las estrellas que forman la *Osa menor*, constelacion semejante á la otra, pero mas próxima al *Polo-Norte*. Entre las dos se halla, como se ve en la figura, la *Cola del Dragon*.

La *polar* pasa próximamente por el *meridiano* del sitio en que se halla el observador, cuando está en el mismo vertical que la estrella **c** de la *osa mayor*, la más próxima al cuadrilátero; por consiguiente será fácil determinar

aproximadamente durante la noche la *meridiana terrestre*; pues bastará colocar á cierta distancia del ojo una *plomada*, con cuyo hilo se cubrirá la *polar*, y cuando cubra á la vez la estrella c, se tendrá la direccion de la *meridiana* con solo unir el punto de observacion y el pié de la plomada.

Como aplicacion curiosa, y muchas veces útil en campaña, puede citarse la construccion del *reloj de sol*, cuya sencillez se demuestra á continuacion:

No considerando más que su movimiento «aparente,» el sol describe cada dia, de una manera uniforme, la circunferencia de un *círculo máximo* de la *esfera celeste* perpendicular al *eje del mundo*. De consiguiente, si en un punto cualquiera de la tierra se tira una paralela á este *eje*, el plano que pase por esta línea y el centro del sol recorre 360 grados en 24 horas, ó sean 15 en cada hora. En tiempo que se llama «verdadero» es mediodia, cuando este plano coincide con el *meridiano*: es la una, las dos, cuando se aparta de este último espacios angulares de 15... 30... grados. Instalando, pues, de un modo invariable, sobre una superficie expuesta al sol un punzon, una aguja ó *estilo* delgado, que sea paralela al *eje del mundo*; y trazando á un lado y otro del *meridiano* las líneas de encuentro con dicha superficie de los *planos horarios* del sol, correspondientes á las diversas horas del dia, claro es, que por la coincidencia ó la comparacion de la sombra del estilo con estas rayas ó encuentros, se podrá saber la hora que es en el momento de la observacion. El aparato así constituido se llama técnicamente *cuadrante solar*.

Su trazado é instalacion requieren, como se vé, conocer la *meridiana* del lugar y la *altura del polo*. Esta última es lo mismo que la *latitud geográfica*, la cual se obtiene, con suficiente aproximacion, en cualquier mapa bien hecho.

Siendo, como queda dicho, un *cuadrante solar* la traza de las líneas de encuentro, ó de interseccion, de una *superficie* dada con los diferentes *planos horarios* del sol, que pasan por el *estilo*, el cual es paralelo al eje del mundo, es exidente que un reloj puede trazarse por medio de la observacion directa, en los momentos oportunos, de la som-

bra arrojada ó proyectada por el estilo. Basta para ello consultar el reloj de bolsillo; pero la construccion geométrica que sigue, no es mucho más difícil, especialmente para el *cuadrante horizontal*, el más propio y cómodo para un *puesto ó campamento*.

Sobre una superficie plana cualquiera, (tabla, losa, pizarra) representada en $M N$ y $M' N'$, $M'' N''$ fig. 61, lámina II, se sujeta ó clava fuertemente una pequeña placa de forma triangular, como se vé en $A B C$, y vista por arriba $A' B'$; en ella el ángulo $A B C$ es precisamente igual á la *latitud* del punto en que se hace la construccion. Estando la superficie exactamente horizontal y *orientada* de modo que $B A$ sea paralela al *eje del mundo*, si por un punto cualquiera A de dicha recta $A B$ se imagina un plano $A D$ perpendicular á esta línea, las trazas sobre este último de los diversos *planos horarios* del sol harán entre si ángulos *planos*, que servirán de medida á los ángulos *diedros* de los *planos horarios* correspondientes. Si se abate, pues, el plano $A D$ sobre la superficie horizontal del cuadrante, alrededor de su traza D, $D' D''$, el punto A, A' viniendo á A'' y A''' bastará tirar por A''' y á uno y otro lado de la recta $A' A'''$ líneas que formen con ella ángulos respectivamente de 15, 30..... grados para tener trazas ó intersecciones abatidas de *planos horarios* correspondientes á las *horas* redondas del dia; y si los ángulos se dividen por la mitad es decir á 7, 30... se tendrán las *medias horas*.

Como las intersecciones ó encuentros de las trazas abatidas con la línea D, $D' D''$ no cambian de lugar al levantar hasta su primitiva posicion el plano $D A$, basta unir dichos puntos de encuentro, como se ve en la figura, con el punto B' para tener sobre la superficie del *cuadrante* las trazas buscadas de los *planos horarios*. Por falta de espacio suficiente en el cuadrante, las líneas correspondientes á las horas *VII* y *VIII* no se pueden obtener directamente, pero se consigue con facilidad. No hay más que tirar por un punto a cualquiera de la línea de las *IX* una paralela á la que indica las *III*, se toma despues $ab=ab'$ y $ac=ac'$ así b' y c' son puntos de las dos líneas que quedaban por construir. La línea de las *VI* es perpendicular á las de las *XII* y

el *cuadrante* es, como se ve, *simétrico* con relacion á entrambas líneas.

La piedra, pizarra ó lo que fuere, cuya dimension no pasa de 0, m 25 á 0, m 40 se coloca y asegura sobre un pequeño zócalo de ménos de 1 m y se *orienta* por medio de la direccion de la *meridiana*.

El *cuadrante solar* da la hora *verdadera*, que no debe confundirse con la hora *media*, que señalan los relojes. La diferencia entre los instantes correspondientes á estas horas es variable, y en ciertas épocas puede pasar de un cuarto de hora.

6. Reconocimientos especiales.

Con las brevísimas nociones que quedan expuestas de *geografía física*, y con las ideas diseminadas por todos los capítulos, especialmente en los IV, V, VI, X y XI hay lo suficiente para que el oficial comprenda la manera de reconocer, definir y describir *objetos parciales*, y áun pequeñas comarcas. Los manuales sin embargo, suelen condensar esta materia de *reconocimientos topográficos* en una especie de lista ó catálogo muy conciso de advertencias, que en éste tambien se adopta, porque realmente tiene utilidad ó por lo ménos abrevia sin fatigar la memoria. No se sigue la costumbre admitida de poner los objetos «por órden alfabético,» porque no se necesita con el copioso *índice* que va al fin del libro, y que es en rigor un verdadero *vocabulario*, que guia al lector derechamente á la página ó páginas en que se define ó juega principalmente la palabra que le interesa.

Rios.

Nombre.—Fuente, orígen, nacimiento.—Direccion en general.—Curso: recto, sinuoso.—País que riega.—Afluentes, tributarios.—Calidad de las aguas: si son potables; si disuelven el jabon y cuecen las legumbres.—Velocidad media.—Régimen.—Volúmen normal ó de equili-

brio.—Crecidas: si son periódicas; en que épocas; duracion; máximo; hielos y deshielos.—Inundaciones: si son naturales ó artificiales; terreno que cubren; medios de producirlas, ó evitarlas, ó utilizarlas.—Lecho: si es variable; anchura, profundidad; clase del fondo; si es de roca, piedras, grava, arena, fango, en donde haya de construirse el puente.—Orillas y riberas: nivel, forma; talud; si son pantanosas, cultivadas; con cañaverales ó arboledas.—Alturas dominantes.—Posiciones que guardan.—Caminos que concurren, de sirga, cambios de orilla.—Puntos de paso: vados, barcas, puentes.—Presas, diques, molinos, fábricas.—Canales.—Esclusas.—Corriente en general; islotes; ollas, remolinos, cascadas, rápidos, tablas, brazos; flotable ó navegable.—Navegacion: número de barcos; épocas en que se interrumpe; medios de protegerla ó impedirla.—Desembocadura; si en el mar ó en otro rio; por cuántos puntos; cómo; hasta dónde suben las mareas.

Torrentes, barrancos.

Nombre.—Orígen y embocadura.—Suelo: de roca, pedregal, arena.—Precipicios; escarpados.—Agua: fija ó variable por tempestades, deshielos.—Anchura, profundidad.—Facilidad ó dificultad de paso; medios, recursos.

Fuentes y pozos.

Si son perennes, periódicas, intermitentes, artesianas, frias, termales.—Clase del agua; calidad, cantidad, salubridad, temperatura.—Facilidad de usarla.—Proximidad á la posicion ó campo.—Si forma pantanos, tremedales.

Lagos, lagunas, charcas, pantanos, trampaies, tremedales.

Exámen en conjunto.—Causas.—Nombre.—Situacion.—Configuracion.—Dimensiones: ancho, largo, hondo.—Permanentes ó accidentales.—Epocas de mayor agua.—Naturaleza del fondo.—Turberas.—Orillas; si hay vejeta-

cion, matorrales, yerbas.—Partes practicables é impracticables.—Islas.—Terreno adyacente.—Posibilidad de sangrar, derivar, utilizar.—Si contraría ó favorece las operaciones.—Modo de atravesar, con enfaginados, diques.—Caminos que cruzan.—Salubridad: nieblas, exhalaciones, tercianas.—Influencia del calor ó frio excesivos, de las nieblas, de las lluvias.—Posiciones que pueden ocuparse cerca.

Prados.

Extension.—Clase y disposicion de setos, vallas y cercados.—Cantidad y calidad de forraje.—Si son inundables, por molinos ó esclusas.—Clase de terreno: esponjoso, pantanoso.—En qué estacion varían.—Clase de yerba: la muy alta y espesa suele hacerlos impracticable para caballería, y hasta para infantería á la primera lluvia. Aun en verano debe desconfiarse de prados que parecen practicables, y en los que puede comprometerse la caballería.—Las matas ó trozos de color más vivo indican un charco. —Examinar las huellas y carriladas.—Desconfiar de las noticias de los habitantes.

Canales.

Denominacion.—Orígen, toma de aguas: si está en nuestro poder ó del enemigo.—Lago ó rio que alimente.—Navegable, ó de riego.—Curso.—Dimensiones: ancho, largo, hondo.—Barcas.—Esclusas.—Localidades que baña, ó fertiliza, ó enlaza.—Terreno adyacente.—Puntos ventajosos de paso.—Cómo se puede impedir el uso, inundar, destruir.

Caminos.

Cuando el objeto principal ó exclusivo del *reconocimiento* es examinar y describir los particulares, pormenores y

accidentes del camino que debe seguir un cuerpo de tropas, un convoy, un destacamento, entónces se llama propiamente *itinerario*. Basta echar la vista sobre los excelentes que ha hecho y publicado en estos últimos años el *Depósito de la Guerra*, para comprender el mecanismo de su *redaccion* y *dibujo*, y el uso de los *signos* llamados *convencionales* en *topografía*.

En un *itinerario*, ó reconocimiento especial de camino, se suelen tomar en cuenta como principales los puntos siguientes: Clase: carretera, vecinal, de herradura, de carros, sendero.—Direccion en conjunto: recta, tortuosa.—Anchura, variable ó constante.—Calidad del *firme* (como llaman los ingenieros al piso) de grava ó á la Mac-Adam, empedrado.—Si se encharca; si hay piedras ó ramaje inmediato para rellenar baches ó recebar con faginas.—Rampas y pendientes: en qué estacion son practicables; para qué tropas; si necesitan bueyes ó aumento de tiro la artillería y bagajes.—Angosturas, malos pasos: medios de corregirlos ó utilizarlos.—Traza en general, recodos; qué parte va en desmonte y cuál en terraplen.—Si hay otro camino paralelo, ó próximamente en su misma direccion.—Lados: cunetas, árboles, setos, bardas, cercas, ribazos, alturas.—Terreno adyacente, cultivos.—Caminos y sendas que cruzan y confluyen, de dónde y á dónde.—Senderos y atajos: debe examinarse si son susceptibles de mejora y ensanche con poco trabajo; muchas veces bastan unos cuantos barrenos ó golpes de zapapico.—Rios, arroyos.—Puentes.—Vados. —Barcas, balsas.—Caserías, ventas.—Pueblos.—Paradas de posta.—Medios de trasporte.—Fisonomía general del país.

El reconocimiento especial de un ferro-carril, si en parte es difícil por más técnico, lo facilitan las descripciones y planos impresos. En general, importará saber en el trozo que se reconozca, si tiene una ó dos vias.—Dónde hay túnel, viaducto, desmonte y terraplen.—Si hay carretera ó rio paralelo.—Cuántas locomotoras, wagones, truks, disponibles para tropa de todas armas.—Los cuerpos de artillería é ingenieros son los que naturalmente están llamados en lo porvenir á entender sobre este nuevo elemen-

to de guerra, especialmente para utilizarlo en país enemigo.

Puentes.

Denominacion.—Construccion y clase: piedra, hierro, madera; de barcas, volante, colgado.—Dimensiones: longitud, anchura, altura sobre agua.—Solidez: fecha de la construccion; si resisten al paso de artillería y trenes.—Situacion: qué pueblo ó arrabales enlazan.—Acceso y desembocadura, fácil ó difícil; con cañada ó desfiladero, que pueda hacerse practicable ó barricarse.—Cómo se atacan ó defienden.—Cómo y con qué se rompen, destruyen ó reparan.—Qué especie de fortificacion conviene para cabeza; materiales, recursos, tiempo para construirla.

Vados.

El capítulo X, página, 282 contiene indicaciones suficientes.

Bosques.

En los pequeños, lo primero es dar la vuelta á su perímetro, anotando los caminos que salen y su direccion; los torrentes y barrancos se siguen agua arriba, hácia el orígen.—Situacion.—Dimensiones.—Especie de arbolado.—Claros, macizos.—Estado de caminos y sendas; si conviene ensancharlos, abrir otros y en qué direccion.—Si hay en medio tierras de labor, prados, casas, chozas, y su distancia al perímetro exterior.—Manantiales, charcas, turberas, carboneo.—Determinar si es *posicion* con arreglo al capítulo VI, y si puede atrincherarse, segun el capítulo XV.

Montañas.—Valles.—País montuoso.

Por los artículos dedicados anteriormente á ilustrar, en lo posible, de un modo *científico* el reconocimiento de estos importantes objetos, y por lo dicho respecto á la parte

militar en el capítulo XI se comprenderá la complicacion de este asunto. Lo que más conviene esclarecer, tanto en el reconocimiento general de un grupo ó sistema, como en el parcial de una pequeña localidad suele ser lo siguiente: —Si las montañas son aisladas ó eslabonadas; si constituyen grupo ó cordillera.—Si sirven como de muralla á una region ó territorio.—Puntos principales, característicos, culminantes, dominantes.—Cumbres, accesibles ó no; sus formas; nevadas, desnudas, con vejetacion.—Eslabones, contrafuertes, ramales.—Vertientes, laderas, ribazos.—Rellanos, gradas, escalones.—Arroyos, torrentes, ramblas.—Naturaleza del suelo: especie de roca y de formacion.—Mesetas.—Bosques, trozos cultivados.—Pastos, forrajes, víveres, recursos.—Nieves, neveros, ventisqueros, hieleras; en qué época y por cuánto tiempo las nieves cierran los pasos.—Comunicaciones: caminos, sendas, veredas; si escasean ó abundan; si estas comunicaciones con bases, almacenes, depósitos, son cortas, fáciles, seguras; distinguir los que siguen orillas de arroyos y torrentes; los que van á media ladera; los que corren á lo largo de las cumbres, entre dos valles ó cañadas paralelas y distantes; nudos, confluencias, desembocaduras al llano; barrancos y torrentes que en el estío sirven de comunicacion; modo y medios de guardar y cubrir las que importen; de ensancharlas y abrirlas; de repararlas, ó destruirlas, ó utilizarlas.—Puertos, cols, pasos: para cuál de las armas son practicables.—Comunicacion que establecen y cuál tienen entre sí.—Medios de guardarlos, de defenderlos.—Tiempo para subir á lo más alto.—Examinar si son realmente pasos precisos, ó hay otros que puedan habilitarse á poca costa.

Desfiladeros:—Dimensiones; forma, recta, sinuosa.—Tiempo que se tarda en atravesarlos;—fáciles para qué especie de armas;—con qué frente;—senderos laterales;—corriente de agua en el fondo;—facilidad de ataque, defensa, posesion, atrincheramiento;—trabajos de modificacion.—Naturaleza del suelo á la boca y salida.—Puntos favorables para desembocar.

Valles:—formacion presumible,—altos ó bajos,—longi-

tudinales ó trasversales;—orígen, curso, embocadura;—forma general;—extension,—poblacion,—cultivo,—suelo,—aguas,—bosques,—prados,—recursos.—Si pueden marchar ó estacionar tropas con seguridad, con comodidad.—Si se corre peligro de quedar encerrado.

El país más bien *montuoso* que montañoso, el que participa de quebrado y llano, el cultivado en parte y forestal en otra, es el más difícil de reconocer y describir con método y claridad: constituyendo justamente el mejor teatro de operaciones y maniobras, tanto principales como secundarias. Hay que «orientarse» con exactitud; subir á las cumbres, darse allí cuenta del conjunto; descender luégo por arroyos y barrancos, anotando bien las confluencias, accidentes y pormenores.

Posiciones.—Poco podrá añadirse bajo el punto de vista topográfico á lo expuesto en el capítulo VI pág. 135 y singularmente en este mismo capítulo pág. 420. Por lo mismo que abundan en país *montuoso*, es necesario mirar bien si son fáciles de envolver ó de bloquear;—si ejercen realmente influencia;—si han de reducirse á meros puestos de observacion, á simples blockhaus, ó baterías, ó reductos, ó atalayas.—En caso de establecerse campo, véase si cumple las condiciones del capitulo V.—Examinar y pesar el partido que pueda sacarse de alquerías, caserías, torres castillejos, segun el capítulo XV.

Llanuras.

Aspecto y fisonomía general.—Si son altas ó bajas.—Húmedas, secas.—Descubiertas, rasas.—Onduladas. montuosas.—Con grandes ó pequeñas quebradas.—Rios y arroyos, charcas, pantanos.—Bosques, plantíos, cultivos.—Recursos.—Caminos, sendas.—Aldeas, alquerías, cortijos, quintas.—Posiciones.—Propiedades importantes del suelo, de las aguas.—Climas.—Influencia, sobre la salud, del aire, calor, frio, humedad, sequedad, vientos, estaciones.—Medios de garantirse de la intemperie.

Pueblos abiertos.

En el capítulo XV pág. 384 se dan algunas indicaciones bajo el punto de vista «defensivo,» que pueden convenir al oficial de fila. El reconocimiento de una verdadera fortificacion concierne al de ingenieros. En general la descripcion de un pueblo *abierto* y no muy «grande» comprende: —Nombre.—Situacion.—Dominacion.—Recinto; muro antiguo, en qué estado; tapias, cercas, setos, fosos.—Caserío: agrupado, disperso, de mampostería, pajizo. Iglesia, cementerio; edificios sólidos ó principales, que puedan habilitarse para hospitales, depósitos, almacenes.—Comarca, territorio, término.—Caminos que concurren.—Rio.—Poblacion, comercio, industria.—Recursos en hombres, caballerías, jornaleros.—Víveres.—Combustible.—Abrevaderos.—Tahonas, molinos.—Cuadras, mesones.—Alojamiento.—Espíritu de los habitantes.—Susceptibilidad de defensa.—Ermitas, santuarios, castillejos. Si hay alguno de estos últimos que importe, se apunta su nombre, situacion, extension, relacion con el pueblo; objeto primitivo y razon de ser; estado actual, bóvedas, restos de muros; si conviene utilizarlo ó destruirlo.

Costas.

Aunque lo concerniente á ellas compete directamente á la Marina, puede el oficial del ejército tener que reconocer algun trozo. Importa examinar:—Si es acantilada, aplacerada; con dunas, con rocas;—tranquila, borrascosa.—Mareas.—Rios que desembocan.—Lugares propios de desembarco.—Bahías, radas, ensenadas, puertos, caletas.—Cabos, puntas, promontorios.—Lugares para fuertes, torres, baterías;—para posiciones;—para campamentos.—Caminos litorales, carreteras, ferro-carriles.—Edificios principales, arsenales, almacenes, dársenas, lazaretos.



ÍNDICE ALFABÈTICO.

Pág

A.

Abrojos...............374
Acantonamientos...127-133
Adobes...............370
Aguas.............460-486
Altura de apoyo.......359
— del parapeto.......358
Angulo achaflanado...366
— de la espalda.......365
— entrante...........364
— muerto.........373,389
— saliente...........363
Antefoso.............361
Aparcar........130,272,319
Ardid.................325
Arte de la guerra.....1-7
— militar...........1-7
Artilleria....79-83,230-233
Asalto...............400
Aspillera..........372,381
Ataque y defensa
— de cantones.....132,331
— convoyes.......316-323
— desfiladeros....304-310
— forrajes.......337-343
— montañas.......289-304
— posiciones... 142-147, 300-304
— pueblos y puestos......... 390-414
— puentes.......268-273
— rios...........261-288
Atrincheramientos 354-514, 365
Avanzadas........149-172
Avanzadillas...155,157,164
Avanzado (servicio) 149-192

Pág.

B.

Balsa..............278,285
Baluarte..............364
Banqueta..............358
Barricadas 372,388,407-414
Barbeta...............362
Base...................41
Batallas...........193-209
Bayoneta..............225
Berma.................359
Blindaje..............383
Blockhaus.............373
Borde del foso.........360
Brigada.............21-22

C.

Caballeria........72-79,228
Caballetes............276
Caballo de frisa........373
Cabeza de puente. 270,273, 367,379
Camino cubierto...361-383
Campamento...........121
Campo.................121
— atrincherado... 144,366
Canton................127
Cañonera..............363
Capital...........364,401
Capitulacion...........393
Caponera..........373,384
Caras de baluarte......365
— de cañonera........363
— de flecha..........363
Cazadores.....72,215-220
Centinela avanzado....163
Ceston................371

	Pág.
Columna (definicion.)....	53
— móvil volante..	245-260
Comandante de avanzada.....	156-163
— convoy.........	311-323
— descubierta.....	100, 169
— destacamento..	245-260
— emboscada.........	332
— forraje.	258, 337-343
— partida........	172-180
— patrulla	166, 266, 333
— pueblo (atrincherado.).....	384-403
— puesto (id).........	354
— retaguardia .	102-107, 268
— reten	167
— sorpresa	325-332
— vanguardia	93-102
Combates.........	209-243
— en las calles...	407-414
Composicion.........	18-19
Compuertá de embarque.....	267, 285
Concentracion.......	50, 86
Concéntrico	50
Confidentes............	180
Consistencia.............	30
Constitucion de la guerra.....	19-22
— militar..............	17
Contraescarpa.........	360
Convoyes..........	311-323
Cortadura.	.346, 374, 377, 393
Cortina............	365, 389
Cresta del parapeto...	358
— militar.........	302, 355
Cróquis.	101, 116, 145, 177, 338, 386, 486.
Cuadro...	16, 70, 105, 320
Cuartel general......	11-14
Cuarteles de invierno..	128
Cubo..................	373
Cuencas...........	441, 477
Cuerpo de ejército..	24-25
— muerto.	275 277
Cuneta...............	360

D.

	Pág.
Declivio...............	359
Defensas accesorias..........	373-376
Defensiva.....	233-239, 295
Demolicion y destruccion.......	403-407
— de cañones.........	406
— muros.............	404
— palizadas...........	406
— puentes...........	405
— puertas............	406
— vados.............	284
Demostracion.	336
Descubierta.......	101, 169
Desenfilada......	355, 377
Desfiladeros.	304-310, 377
Destacamentos.	...245-260
Diario de operaciones.........	177, 394
Dislocacion............	130
Divergente.	51
Diversion...........	40, 51
Divisoria..............	439
Division.....	11, 23, 25, 27
Dominacion.......	137, 354

E.

	Pág.
Ejército..............	9-23
Emboscadas.......	332-336
Encamisada...........	330
Escalada..............	396
Escarpa...............	360
Escolta de convoy.	311-323
— de forraje.....	337-343
— del general..........	12
— de prisioneros..	322
Escuchas..........	156, 387
Espaldon.	308, 355, 367, 401
Espias................	180
Estacada.........	373, 379
Estadia................	488
Estado mayor general..	10

Pág.

— militar 9
Estratagema 325
Estrategia 35-58
Evolucion 53
Excéntrico 39, 48
Expedicion 38

F.

Fagina 370
Fajo 371
Filosofía de la guerra . 19-21
Flancos 111
Flanqueo de columna 107, 171
— de fortificacion . . 357, 365
Flecha 363
Fogatas 375
Formacion (táctica.) 53
— geológica 430
Forrajes 337-343
— en verde 338
— en seco 258, 342
Fortificacion 345-414
— definicion, generalidades 345 353
— de bosques 380
— caminos 377
— castillos ruinosos . . . 383
— desfiladeros 307
— edificios 381-384
— iglesias 383
— montañas 294-297
— pueblos 385-390
— puentes 379
Foso 360
Fraile 375
Frisas 373
Fuego y bayoneta 225
Fuentes 465
Fuerte 365, 367

G.

General en jefe 10,27
Geografía 425,486
Geología 425
Glásis 360,375

Pág.

Gola 364
Granadas 404
Gran guardia 155,157
Guerrillas 216
Guerrilleros 187-192, 296, 299, 322.
Guias 10, 183
— del general 12
— en marcha 92,116
— en sorpresa 328
— militares 13

H.

Hidrografía 460-486
Hornabeque 366

I.

Impedimenta 38, 103
Indicios 160
Itinerario 501

J.

Jefe de E. M. G. 10

L.

Ladroneras 381
Lago, laguna 471-473
Lazos 106, 119, 325, 335
Línea abaluartada . . . 364
— atenazada 364
— de batalla 49
— de llares 364, 378
— de redientes 364
— de operaciones 47
Logistica 36, 87, 311
Luneta 364
Llanuras 456-460
Llave 239-241

M.

Magistral 356

Pág.

— reconocimiento (de) 496
— régimen 480
— thalweg....... 479,482
— trozos 477
— vados............. 282
— velocidad 478
— volumen.......... 479
Rodillera............ 363

S.

Saco terrero.......... 372
Salchicha........ 375, 405
Salchichon............ 371
Salida................ 392
Servicio avanzado 149-192
Solidez................ 29
Sorpresas........ 325-332
Superioridad....... 32,239

T.

Táctica..........59-83,346
Talas 374
Talud 359
Tambor 373,382
Tapial.................369
Teatro 40
Telémetro.............488
Tepes.................370
Terreno 425-486
Testigo...............375
Topografía............486
Torrentes 475
Través 355,393
Traza.............356,363
Trinchera......353,361,373
Tronera...........363,383

V.

Vados.... .118,265,282,284
Valles 445,456-502
Vanguardia.... 93-102,215
Viñas................ 374
Vivac 123-127

Z.

Zarzos 371
Zona táctica.. 355, 381,386

LÁM. I.

C B
A F
E
B
D
6
D
E

7
A B C

19

21

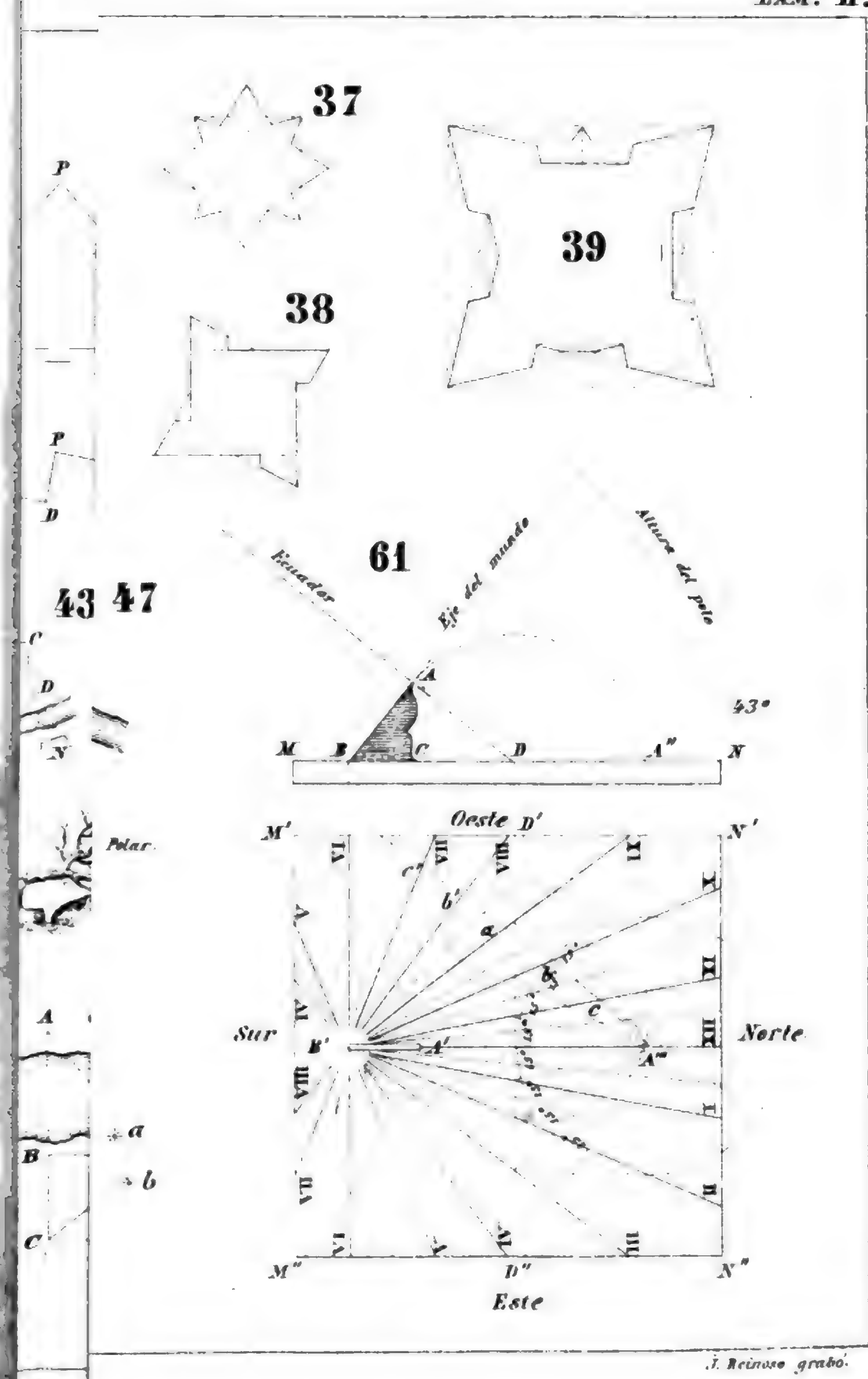
24

D

25

29

J. Reinoso grabó.



J. Reinoso grabó.

